

Annotation

La guerra civil no fue sólo un episodio crucial en la historia contemporánea de España, marcó un punto de inflexión en la conciencia del mundo occidental, anticipando el enfrentamiento entre el progreso y la reacción, entre el totalitarismo y la democracia. El libro de Hugh Thomas es un estudio clásico en la extensa bibliografía que la guerra española ha suscitado, una de las primeras obras a cuya amplitud y rigor se unen la claridad y la ponderación.

Hugh Thomas nació en Windsor, Inglaterra, en 1931. Estudió en Sherborne School, Queen's College, en Cambridge y en la Sorbona de París. Trabajó en la Cancillería de 1954 a 1957 y para el Subcomité de Desarme de la ONU por el Reino Unido. Destacado estudioso de la historia, ha sido catedrático en la Universidad de Reading de 1966 a 1976, en la Graduate School of Contemporary European Studies de 1973 a 1976, en el Centre for Policy Studies de Londres de 1979 a 1991, en la Universidad de Nueva York de la cátedra Rey Juan Carlos I de civilización española en 1995 y en la Universidad de Boston en 1996. Allí, desde 1997, cumple su labor docente como profesor universitario. Es miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid y de la Royal Historical Society de Londres. Ha recibido importantes premios y distinciones, como el premio Somerset Maugham 1962, el Arts Council National Book Award de 1980, la Orden de Isabel la Católica en 1986 y la Orden del Águila Azteca en 1995. Entre sus obras destacan "La guerra civil española", "La historia inacabada del mundo" y "Cuba. La lucha por la libertad".

Hugh Thomas

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Volumen 2

Guerra mundial en miniatura

Y ahora, mutilados todos, estad preparados para recibir en cualquier momento la orden o el grito de ¡A mí los mutilados!, para que igual que cuando los legionarios oyen el grito de ¡A mí la Legión!, acudamos todos juntos para que con los miembros que nos resten y con nuestros corazones que siguen batiendo con igual ardor, formemos el Tercio de Mutilados. General Millán Astray a los mutilados

Ayer, miles de hombres y mujeres fueron cantando a las trincheras. La Internacional llegó a las líneas enemigas e hizo huir a los mercenarios. El pueblo de Madrid montaba guardia alrededor de la ciudad. Camaradas, el momento es difícil. A pesar de ello, triunfaremos. Triunfaremos por nosotros mismos, por nuestra patria y por todo el mundo antifascista. ¡Viva Madrid combatiente y militante! ¡Vivan nuestras milicias y su Quinto Regimiento! ¡Viva la lucha mundial contra el fascismo! ¡Viva la nueva España, la España del pueblo! «Comandante Carlos» (Vittorio Vidali)

28

Llegada de armas rusas. — La Legión Cóndor. — La quinta columna. — Los anarquistas entran en el gobierno. — Plan de ataque de Mola. — El gobierno abandona Madrid. — El general Miaja. — Matanza en Paracuellos. — La batalla de Madrid. — Las primeras Brigadas Internacionales. — Asensio atraviesa el Manzanares. — Bombardeos aéreos. — Boadilla, Lopera y la carretera de La Coruña.

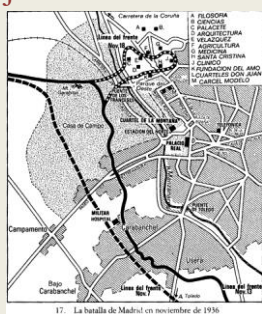
El 28 de octubre, los diplomáticos volvieron a reunirse en la dorada sala Locarno del Foreign Office. Maisky repitió, en una intervención pictórica de dobles negaciones, que los países que consideraban justo ayudar al gobierno español (esto es, Rusia) «tenían derecho a no sentirse más atados por el pacto de no intervención» que Alemania, Italia y Portugal.^[1]

El mismo día, el congreso de sindicatos británicos y el Partido Laborista imitaron a los rusos dejando de apoyar la no intervención, tras una reunión de los representantes de la Segunda Internacional y del Komintern celebrada en París el 26 de octubre. En adelante, «¡armas para España!» sería un grito que uniría a las izquierdas,^[2] en Inglaterra y en cualquier país. En el mismo momento, Largo Caballero estaba transmitiendo una alocución por radio Madrid: «Llegó la hora del esfuerzo decisivo. Los ataques del enemigo se estrellan contra nuestra voluntad de vencer. Es el momento no sólo de hacer frente sino de arrojarlo de una vez para siempre de mis posiciones actuales, de librar a Madrid de la garra fascista [...]. El gobierno anuncia a las fuerzas del frente que dispone de todos los medios necesarios para lograr el triunfo».^[3] Madrid ya había oído antes predicciones optimistas parecidas. Sin embargo, esta vez, Largo Caballero estaba diciendo la verdad: habían llegado los tanques y aviones rusos. El ataque tuvo lugar al amanecer del 29 de octubre. Quince tanques rusos T-26, conducidos por rusos, al mando de un especialista lituano, el capitán Paul Arman (llamado «Greisser»), se precipitaron contra la caballería nacionalista.^[4] Estos tanques fueron utilizados con el nuevo estilo de *Blitzkrieg* propagado en Alemania por el coronel Guderian y admirado en Rusia: según esta técnica, los tanques atacaban formando un grupo compacto, en vez de diseminarse para apoyar a la infantería, como preferían los franceses,^[5] aunque la falta de vehículos mecanizados no permitía que la infantería los siguiera. A continuación vino una batalla extraña y quijotesca entre tanques y jinetes en las estrechas calles de Seseña. Como la nueva Brigada Mixta de Lister, que tenía encomendado el ataque principal detrás de los tanques, no pudo avanzar con suficiente rapidez, los nuevos monstruos del campo de batalla se vieron obligados a retirarse. A pesar de todo, estos tanques, con blindaje y armas muy pesados, demostraron ser eficaces. Se dijo que un tanque ruso había destruido once italianos. Además, el ejército de África tenía sólo unos cuantos cañones antitanque italianos, pocos y malos. El mismo día, una escuadrilla de bombarderos Katiuska rusos bombardearon Sevilla.^[6] Al día siguiente —aunque probablemente sin tener noticias del ataque de los tanques rusos—, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, Neurath, envió instrucciones al almirante Canaris, entonces en España, donde, bajo el nombre de «Guillermo», se divertía conduciendo a toda velocidad por carreteras desiertas. «Teniendo en cuenta la posibilidad de que aumente la ayuda a los rojos —decía Neurath— el gobierno alemán no considera que la táctica de combate de la España blanca, tanto en tierra como en el aire, esté bien orientada de cara al éxito.» Por lo tanto, ordenaba a Canaris que propusiera a Franco el envío de poderosos refuerzos por parte de Alemania. Si Franco los aceptaba, tendría que acceder a que estuviesen al mando de un comandante alemán que sólo sería responsable ante él y garantizar que la guerra se llevaría más sistemáticamente.^[7] Franco aceptó estas condiciones. El 6 de noviembre, empezó a salir de Alemania hacia Sevilla la llamada Legión Cóndor, en una operación que recibió el nombre en clave de «*Rugen Winter*», al mando del general von Sperrle, «el general de aspecto más brutal» de Alemania (como dijo de él el propio Hitler), y con el coronel von Richthofen (primo del famoso «as» de la primera guerra mundial) como jefe de estado mayor.^[8] Esta fuerza comprendía unos cien aviones: un grupo de batalla formado por cuatro

escuadrillas de bombarderos de doce aviones cada una, un grupo de cazas de una fuerza equivalente, y una escuadrilla de hidroaviones, de reconocimiento y experimental. Estaba apoyada por unidades de cañones antiaéreos y antitanques, y por dos unidades blindadas formadas por cuatro compañías, con cuatro tanques cada compañía. El personal de esta fuerza se elevaba a unos 3.800 hombres al principio, y más tarde llegó a los 5.000.^[9] Richthofen, uno de los dos ayudantes del jefe del departamento técnico de la Luftwaffe, era uno de los responsables del gran desarrollo de las fuerzas aéreas alemanas. Era un hombre «con visión y resuelto». Aunque, en algunos aspectos, la Legión Cóndor era una unidad revolucionaria, su equipo y su armamento eran todavía primitivos. Para empezar, sus aviones volaron casi siempre sin radio. Las ametralladoras habían de cargarse a mano. Los bombarderos eran Junker 52. Los cazas eran todavía Heinkel 51. Estos pesados aviones eran todos más lentos que sus equivalentes rusos. Posteriormente se adhirió también a la Legión Cóndor un Grupo del Mar del Norte, compuesto por especialistas en artillería, minas y señales. Éstos operaban desde los buques de guerra *Deutschland* y *Admiral Scheer*.^[10] Teniendo en cuenta que, al principio de la guerra, Franco sólo tenía cinco oficiales de comunicaciones y ningún tanque, es evidente el valor técnico que tuvo para él esta ayuda. Otra innovación fue la utilización de un Heinkel 70 para fotografiar el territorio republicano. Los oficiales rusos y alemanes que, en los años anteriores a la subida de Hitler al poder, se habían estado entrenando secretamente juntos en las llanuras de la Rusia blanca tenían ahora la posibilidad de realizar otros experimentos en el campo de batalla más amplio de la guerra española. Sin duda gracias a este nuevo compromiso, los generales nacionalistas se mostraron ahora extraordinariamente confiados. Mola instaló su cuartel general en Ávila, para lanzar el asalto final contra Madrid. Cuando un grupo de periodistas extranjeros le preguntó cuál de sus cuatro columnas conquistaría Madrid, él contestó que sería la «quinta columna», es decir, la de los partidarios de los nacionalistas, en secreto, que se encontraban dentro de la ciudad.^[11] Estas imprudentes palabras constituyeron la justificación de innumerables asesinatos en la capital. A partir del 29 de octubre, se inició una intensa campaña de bombardeos contra Madrid, en parte para satisfacer a los asesores alemanes que tenían curiosidad por ver las reacciones de la población civil. El ataque sobre Getafe del día 30 fue particularmente duro. A partir de entonces, cada día, hasta que comenzó la lucha en las inmediaciones de la ciudad el 6 de noviembre, el ejército de África conquistaría algún pequeño pueblo que los periodistas describirían como «clave» para la conquista de Madrid. El 4 de noviembre cayó el aeropuerto de Getafe. El mismo día, los nuevos cazas rusos (que entraron en combate por primera vez el día 3) demostraron su superioridad dispersando a una escuadrilla de cazas Fiat que escoltaba a unos Junker 52.^[12] Franco, anunció que la liberación de la capital estaba próxima, y dijo a los madrileños que permanecieran en sus casas, que «respetarán nuestras nobles y disciplinadas tropas». Estas palabras iban acompañadas de una amenaza: «sabremos encontrar a los culpables y sólo sobre ellos caerá el peso de la ley».^[13] Se confeccionaron listas de personas que habían de ser detenidas, y se constituyó la administración municipal que regiría la ciudad conquistada. Se acumularon camiones de alimentos para la población a poca distancia de la artillería.

Radio Lisboa incluso llegó a transmitir una descripción de Franco entrando en Madrid montado en un caballo blanco. En el bando republicano, a pesar de la eficacia de los aviones rusos, y de las grandes esperanzas del día del ataque de los tanques, los ánimos estaban decaídos. Los tanques, que se habían utilizado nuevamente los días 3, 4 y 5 de noviembre, habían producido poco impacto, en parte porque los españoles que ahora los manejaban no estaban familiarizados con ellos. Las calles de la capital estaban llenas de refugiados, que habían llegado con su ganado y sus animales domésticos. En estos momentos de crisis, se reformó el gobierno para dar entrada en él a los anarquistas, igual que se había reformado la Generalitat catalana hacía un mes. El destacado organizador anarquista de Cataluña, García Oliver, pasó a ser ministro de Justicia; Juan Peiró, el treintista que en julio se había pronunciado tan enérgicamente contra el terror del principio de la guerra, fue nombrado ministro de Industria; Juan López Sánchez, otro treintista, de Valencia, se convirtió en ministro de Comercio; y Federica Montseny, una intelectual de Barcelona, en ministro de Sanidad. La entrada de estos dirigentes obreros en el gobierno no causó la menor sorpresa. Esta medida venía proponiéndola desde mediados de septiembre el secretario general de la CNT, Horacio M. Prieto, un «realista» inflexible y defensor de la colaboración.^[14] Los cuatro anarquistas habían sido elegidos previamente en un «pleno» del movimiento como los miembros más indicados de su organización para entrar en el gobierno. Los restantes ministerios, que pasaron de 13 a 18, permanecieron básicamente igual que antes. Un republicano de izquierdas, Carlos Esplá, que había contribuido en gran medida a evitar el alzamiento en Valencia, se convirtió en el primer ministro de Propaganda de España.^[15] Azaña se opuso a la entrada de los anarquistas, pero le fue imposible evitarlo.^[16] De hecho, dado que Industria y Comercio habían sido anteriormente un solo ministerio, y Sanidad simplemente una dirección general, el número de carteras anarquistas era menor de lo que parecía. García Oliver, el único anarquista que ha sido ministro de Justicia en país alguno, impresionó incluso a los republicanos con su eficiencia.^[17] Pero su obsesión desde que se hizo cargo de sus funciones fue la de destruir los archivos de convictos, cosa que hizo. Más tarde se dijo que los archivos comprometedores se habían quemado en un ataque aéreo.^[18] *Solidaridad obrera*, el 4 de noviembre, decía que aquél era «el día más trascendental en la historia política del país», y anunciaba que el gobierno había «dejado de ser un opresor de la clase obrera». Al fin y al cabo, Federica Montseny fue la primera mujer ministro de la historia española. Mientras tanto, el socialista Araquistain explicaba desde su embajada en París que la UGT se había pasado al socialismo revolucionario y que ahora la CNT reconocía al Estado como «un instrumento de lucha»,^[19] Unas semanas antes, Peiró había sugerido que el gobierno después de la victoria debería ser el de una República federal socialista, ya que, habiendo admitido la colaboración con los demás partidos de la clase obrera, «no sería justo ni noble» intentar imponer por la violencia las ideas anarquistas a la sociedad futura.^[20] Pero el padre de Federica Montseny (un viejo propagandista anarquista, Federico Urales) dijo a su hija que aquel paso significaba «la liquidación del anarquismo. Una vez estéis en el poder, ya no os libraréis del poder».^[21] Ella comentaría más tarde: «¡Cuántas reservas, cuántas dudas, cuántas angustias

internas hube de vencer yo personalmente para aceptar ese cargo! Para otros, [un puesto en el gobierno] podía ser la meta, podía ser la satisfacción de ambiciones desmedidas. Para mí no era más que el rompimiento con toda una obra de mis propios padres. Había de representar para mí un esfuerzo tremendo hecho a costa de muchas lágrimas».^[22] Al mismo tiempo que los anarquistas entraban a formar parte del gobierno, el Consejo de Aragón anarquista se trasladó a Caspe y abrió sus puertas para recibir una representación de los otros partidos. Joaquín Ascaso fue recibido por Largo Caballero, Companys y Azaña, y el gobierno aceptó oficialmente los poderes del Consejo, aunque de mala gana. En un futuro inmediato, el Aragón republicano seguiría siendo anarquista; pero ya se habían sembrado las simientes de su destrucción, porque ahora estaban presentes en sus deliberaciones dos comunistas, dos miembros de la UGT, y un republicano; y uno de los republicanos era Ignacio Mantecón, un gran simpatizante comunista que no tardaría en ser consejero de Justicia.^[23] Sin embargo, de momento, Aragón era un Estado virtualmente independiente, que incluso tenía relaciones comerciales con el mundo exterior. Tenían una fuerza de policía, un programa de producción, tribunales... pero, por desgracia para ellos, carecían de ejército.



17. La batalla de Madrid en noviembre de 1936.

Entretanto, con una mezcla de confianza y precaución, Mola, Varela y Yagüe retrasaron su asalto a Madrid hasta la madrugada del 8 de noviembre. El plan consistía en lanzar un ataque en flecha entre la Ciudad Universitaria y la plaza de España, hacia un sector de la ciudad ocupado por la clase medía, situado sobre las colinas que están directamente encima del valle del Manzanares. El ataque implicaría la dificultad de subir por la colina cubierta por el parque del Oeste, atravesando el río Manzanares y la Casa de Campo. De las columnas de Yagüe, la primera, la de Asensío, cruzaría el Manzanares directamente debajo del paseo de Rosales, la larga calle que, como una terraza, se extiende a lo largo de la parte superior del parque del Oeste, y subiría para conquistar la cárcel Modelo y el cuartel de Don Juan. Castejón cruzaría más a la izquierda y se instalaría en una residencia de estudiantes llamada Fundación del Amo, en la parte de la Ciudad Universitaria más próxima a Madrid. Delgado Serrano, por la derecha, había de conquistar el cuartel de la Montaña, con lo que quedarían a tiro el Palacio Nacional y la Gran Vía. Barrón y Tella avanzarían por el barrio de Carabanchel, para hacer creer que el ataque principal venía del sur.^[24] Estas cinco columnas, dirigidas por comandantes que habían luchado en el Rif cuando eran jóvenes, se componían en su mayor parte de marroquíes y legionarios.

Aunque, como hemos visto, los pertenecientes a la legión extranjera eran básicamente españoles, es posible que los marroquíes fueran más numerosos. También participarían en el combate una serie de tanques italianos —quizá veinte—, a las órdenes del capitán Oreste Fortuna, que, con sus hombres, técnicamente formaba parte de la legión, y habría además algunos tanques alemanes, a las órdenes del coronel von Thoma: dos compañías de tanques «pesados» y una de ligeros. Ahora el gobierno de Largo Caballero decidió marcharse de Madrid y dirigirse a Valencia. Se alegó que no se podían realizar las tareas de la administración en una zona de guerra. El aplazamiento de esta decisión hasta ese momento dio un aspecto de huida a la retirada del gobierno. Además, Prieto había pensado que irían a Barcelona, igual que Azaña, lo cual habría constituido una decisión más lógica.^[25] A pesar de todo, el 6 de noviembre por la tarde, Largo Caballero comunicó repentinamente el plan al jefe de la división de Madrid, general Miaja, y le dijo que, a partir de entonces, él era la máxima autoridad de la ciudad, tanto en lo político como en lo militar. Los principales ministros, funcionarios y políticos de todos los partidos se fueron de Madrid, llevándose todos los archivos del gobierno, incluso los del ministerio de la Guerra.^[26] Los nuevos ministros anarquistas se oponían a dar este paso, porque creían que les habían hecho entrar en el gobierno con engaño, pero no pudieron evitarlo; se fueron en silencio, sin poder comunicarse ni siquiera con sus seguidores.^[27] Grandes caravanas de vehículos ocupaban las carreteras que iban a Valencia, transportando los archivos y otro material del gobierno.^[28] La embajada rusa se fue con otros diplomáticos; el único funcionario ruso que se quedó fue Orlov, de la NKVD. Orlov dijo a Louis Fischer: «Márchate lo antes posible. No hay ningún frente. El frente es Madrid».^[29] El subsecretario de la Guerra, general Asensio, mandó llamar a Miaja y al general Pozas, jefe del ejército del Centro, y dio a cada uno un sobre donde ponía: «Muy confidencial. No abrirlo hasta las seis de la mañana».^[30] A continuación, Asensio también se fue a Valencia. Miaja insistió en que se abrieran las órdenes inmediatamente. Y entonces, los dos generales descubrieron que, al meter las dos listas de instrucciones, se habían equivocado de sobre. Se ordenaba a Pozas que estableciera un nuevo cuartel general del ejército del Centro en Tarancón, y a Miaja que organizara una junta de defensa con representantes de los partidos del Frente Popular que se hiciera responsable de Madrid y defendiera la capital como pudiera.^[31] Si tenía que retirarse, debería hacerlo con el ejército intacto y establecer una nueva línea cerca de Cuenca, donde le pareciera mejor a Pozas. Se formó la junta propuesta, compuesta en su casi totalidad por hombres jóvenes. Aunque el número de sus miembros era proporcional, según lo estipulado, a los partidos gubernamentales, igual que en los pueblos durante los primeros días de la guerra, el poder quedó en manos del grupo más fuerte: en aquellas circunstancias, las juventudes socialistas-comunistas y el Partido Comunista. El corresponsal de *Pravda*, Koltsov, se ocupó de todo él mismo, organizando y escogiendo comisarios, animando el ministerio de la Guerra, y asistiendo a las reuniones del comité central del Partido Comunista. El general Goriev y los demás asesores rusos también consolidaron su posición, mientras que el jefe de su misión, general Berzin, salía para Valencia. La propaganda republicana adoptó un tono ruso: por ejemplo, *Mundo obrero*

animaría a sus lectores a «emular a Petrogrado».^[32] En Madrid se organizó un nuevo estado mayor central, dirigido por Rojo, el oficial que había visitado el Alcázar durante su asedio, un hombre competente, educado y culto, pero pesimista y sin garra popular. Había una serie de jóvenes oficiales de estado mayor (Matallana, Estrada, Casado) que también ansiaban aprovechar aquella oportunidad tan interesante para hacerse un prestigio.^[33] Fueron convocados al ministerio de la Guerra todos los oficiales, y luego los dirigentes sindicales de Madrid. Miaja les habló en términos heroicos, sin ocultar la gravedad de la situación, y pidiendo que, al día siguiente, fueran enviados al frente 50.000 sindicalistas más. Mientras tanto, el jefe de estado mayor fue favorecido por la suerte: estalló un tanque italiano, y, en el bolsillo de un oficial español muerto que iba en su interior, se encontró el plan de batalla de Varela para el día siguiente.^[34] Los jefes volvieron con sus hombres animados ante la idea de que, por lo menos, Madrid no caería sin lucha. La primera reunión de la junta de defensa de Madrid se celebró en el ministerio de la Guerra: la constituían un grupo de hombres jóvenes y entusiastas, tan hambrientos de gloria como los oficiales. A su cabeza, sin embargo, estaba la incongruente figura de Miaja, verdaderamente sorprendido de encontrarse entre ellos.^[35] «Locuaz, amante de las anécdotas, saltando de un tema a otro»,^[36] es un hombre difícil de juzgar. Era simpático, tranquilo, indolente y feliz; pero también incompetente y vanidoso. Era bajo, tenía el aire de un amable franciscano, y había sido tan ambiguo en julio en Madrid, como desafortunado en agosto en Córdoba. Al parecer, Koltsov se encargó de sacar de Madrid a los presos políticos más importantes que todavía estaban en la cárcel Modelo (el total ascendía a más de 1.000). Casi todos ellos fueron asesinados por sus guardianes, mientras, oficialmente, «eran trasladados a otra cárcel», cerca del pueblo de Paracuellos del Jarama, a pocos kilómetros del aeropuerto de Barajas. Durante los días siguientes, hubo muchas otras ejecuciones de presos políticos de Madrid, en aquel mismo paraje desierto, en el pueblo próximo de San Fernando de Henares, y en Torrejón de Ardoz.^[37] Es evidente que los principales funcionarios de la policía, empezando por el nuevo director de Orden Público, Manuel Muñoz, tenían conocimiento de estos asesinatos. El primero en protestar tuvo que ser un anarquista, el director de Prisiones nombrado a continuación, Melchor Rodríguez. Estos asesinatos se explican por el ambiente de pánico que cundió en Madrid ante la perspectiva de que pudiera caer la capital. La amenaza del desastre aumentaba la intensidad de las emociones, y aquellos hombres jóvenes de la junta de defensa, que sabían que morirían si ganaba Franco, pasaron por alto la brutalidad, cuando no la sancionaron. El gobierno estuvo a punto de tener un fin parecido. En la carretera de Valencia, varios ministros fueron detenidos en Tarancón por el comité anarquista local. El «responsable» local, el anarquista Villanueva, había recibido órdenes de sus camaradas de Madrid de impedir cualquier huida de la capital. «Sois unos cobardes. Volved a Madrid —dijo—. Por lo menos, dejad vuestras armas aquí.» No pudieron pasar hasta que llegó una orden escrita de la CNT de la capital.^[38] Éste era el prestigio del gobierno en el momento en que el ejército de África estaba a las puertas de Madrid. En la capital, se estaban presentando voluntarios para la defensa, respondiendo a los llamamientos que se oían por los altavoces. Muchos de ellos

eran refugiados de otras partes de España. Los carabineros, soldados y milicianos movilizados, animados con panfletos, discursos y poemas en los que se proclamaba que los que no creían en la victoria eran unos cobardes, cumplieron casi al pie de la letra la orden de no retroceder ni un paso. Un marinero, Antonio Coll, se hizo famoso al destruir él solo dos tanques en el barrio de Usera.^[39] En la Casa de Campo, el avance nacionalista que, según lo planeado, debía llegar al cuartel de la Montaña, no pasó de un montículo llamado el cerro de Garabitas. Desde allí se dominaba una magnífica vista de Madrid, y además constituía una excelente posición de tiro sobre la ciudad, al otro lado del valle, para la artillería. Los jefes republicanos enviaban constantemente a la retaguardia peticiones de más municiones, o comunicaban que la mitad de sus hombres habían caído. Miaja contestaba siempre que ya se habían enviado refuerzos. Pero gran parte de la organización de la resistencia, que emanaba de su cuartel general, instalado en los sótanos del ministerio de Hacienda, procedía no tanto de Miaja como del general ruso Goriev, instalado en un despacho próximo al de Miaja. No se sabe hasta qué punto esto fue así: cada general tiene sus partidarios entre los historiadores, igual que los tuvo entre sus contemporáneos.^[40] Sin embargo, parece ser que otro ruso, el coronel Voronov, fue el auténtico inspirador del cuartel general de la artillería, más que el inspector general de artillería, coronel José Luis Fuentes, que era su jefe español.^[41] En estos momentos críticos fue cuando empezaron a desfilar por la Gran Vía las primeras unidades de las Brigadas Internacionales, camino del frente. La primera de estas unidades era un batallón de alemanes, con una sección de ametralladoras servidas por ingleses, entre los que se contaba el poeta John Cornford. El batallón había llevado el nombre de su jefe, un ex-oficial prusiano, Hans Kahle, que ahora era comunista, pero este nombre había sido cambiado por el de batallón «Edgar André», en honor de un comunista alemán de origen belga que se llamaba así y había sido decapitado por los nazis el 4 de noviembre. En segundo lugar iba el batallón «Comuna de París», compuesto de franceses y belgas, a las órdenes del coronel Jules Dumont, ex-oficial del ejército francés pero comunista desde hacía mucho tiempo, que había estado en Abisinia y era conocido por sus conferencias sobre este tema.^[42] Fierre Rébière era el comisario. El tercer batallón era el batallón «Dombrowsky», dirigido por un polaco, Boleslav Ulanovski, compuesto principalmente por mineros polacos socialistas o comunistas residentes en Francia y Bélgica desde hacía poco tiempo. En estos tres grupos se hallaban supervivientes de los alemanes, franceses y polacos que habían combatido en Aragón y en el valle del Tajo. Toda la brigada (llamada la 11ª Brigada, porque, para entonces, en el ejército republicano se habían formado otras diez nuevas «brigadas mixtas») estaba al mando del húngaro Kleber. Habían llegado a Madrid después de ser aclamados en los pueblos de La Mancha por campesinos que gritaban «¡No pasarán!» y «¡Salud!», a lo que los miembros de la brigada respondían gritando «*Rot front!*» y «*Les soviets partout!*». Aquellos hombres, aparentemente disciplinados, con sus uniformes de pana y sus cascos de acero, seguidos por dos escuadrones franceses de caballería, impresionaron profundamente a los madrileños, que ya habían dado a la capital por perdida. Muchos pensaron que por fin Rusia se había decidido a intervenir, por lo que, desde los balcones de la Gran Vía, resonó el grito de

«¡Vivan los rusos!». El 8 de noviembre por la tarde, la brigada ya ocupaba sus posiciones.^[43] Los batallones Edgar André y Comuna de París fueron enviados a la Casa de Campo. El batallón Dombrowsky se unió a Líster y al Quinto Regimiento en Villaverde. Se ha dicho que las Brigadas Internacionales salvaron Madrid. El embajador inglés, sir Henry Chilton, llegó a asegurar a su colega norteamericano en San Juan de Luz que «no había españoles en el ejército que defendió Madrid».^[44] Sin embargo, esta 11ª Brigada Internacional sólo contaba con 1.900 hombres, aproximadamente^[45] La 12ª Brigada Internacional, que llegó al frente de Madrid el 13 de noviembre, comprendía unos 1.550 hombres.^[46] Esta fuerza era demasiado reducida para haber cambiado el signo del día sólo con el número de sus hombres. Además, el ejército republicano había detenido a Varela el 7 de noviembre, antes de la llegada de la brigada. Fueron los coroneles Galán y Romero, al mando de las brigadas mixtas 3ª y 4ª, quienes impidieron que los rebeldes cruzaran el Manzanares (y, en la 3ª Brigada, había una cantidad importante de ex-carabineros). Sin embargo, el valor y la experiencia de las brigadas resultó crucial en varias batallas posteriores. El ejemplo de las Brigadas Internacionales dio a los madrileños la impresión de que no estaban solos, de que había algo de verdad en las inflamadas declaraciones de, por ejemplo, un Fernando Valera, subsecretario de Comunicaciones y diputado republicano que, en la noche del 8 de noviembre, proclamaba por Radio Madrid: «Aquí, en Madrid, se encuentra la frontera universal que separa la libertad de la esclavitud. Aquí, en Madrid, se enfrentan en una gran lucha dos civilizaciones incompatibles: el amor contra el odio, la paz contra la guerra, la fraternidad de Cristo contra la tiranía de la Iglesia [...]. Esto es Madrid. Está luchando por España, por la humanidad, por la justicia, y, con su manto de sangre, cubre a todos los seres humanos. ¡Madrid! ¡Madrid!».^[47] A pesar de todo, en la mayor parte del mundo se daban por buenos los informes de eminentes periodistas, tales como Sefton Delmer, Henry Buckley y Vincent Sheean, acuartelados en los hoteles Gran Vía o Florida, que decían que Madrid estaba a punto de caer. Al día siguiente, 9 de noviembre, Varela, detenido en la Casa de Campo, preparó un nuevo ataque, esta vez de verdad, en el sector de Carabanchel. Pero la lucha en las calles desconcertaba a los marroquíes, que no conseguían avanzar. Eran unos tiradores excelentes en el desierto o en campo abierto, pero sus recursos disminuían en aquella ciudad desconocida. En cambio, a los milicianos les ocurría lo contrario: en realidad, el fracaso de la República hasta entonces podía atribuirse al hecho de que los milicianos urbanos no estaban habituados al campo. Además, la artillería republicana contaba con sesenta piezas, que estaban bien dirigidas, puesto que el edificio de la Telefónica era un excelente puesto de observación para el comandante Alejandro Zamarro y para el asesor ruso, comandante Voronov.^[48] En la Casa de Campo, Kleber reunió a la Brigada Internacional, y, en el brumoso atardecer, lanzó un ataque. «¡Por la revolución y la libertad! ¡Adelante!»^[49] Entre las encinas y los acebos, la batalla se prolongó toda la noche y hasta entrada la mañana del 10 de noviembre. Para entonces, a los nacionalistas sólo les quedaba el cerro Garabitas, en la Casa de Campo. Pero habían caído una tercera parte de los hombres de la primera Brigada Internacional. Varela abandonó el ataque directo a Madrid por la Casa de Campo. Sin embargo, en Carabanchel continuaba

una sanguinaria batalla. En el hospital militar se luchaba cuerpo a cuerpo. Aumentaba el bombardeo de la capital, que se había mantenido intermitentemente desde el principio del ataque. Se emplearon sobre todo bombas incendiarias, porque se consideraba que el fuego era el mejor medio para sembrar el pánico. Entretanto, el día 11, la aviación del gobierno se había apuntado un tanto al destruir gran parte de la escuadrilla de Junker y Heinkel del teniente Eberhard en el aeródromo de Ávila.^[50] El 12 de noviembre, la persistente batalla de Carabanchel convenció a Goriev, Rojo y Miaja de que el próximo ataque sería contra la carretera Madrid-Valencia. Por consiguiente, enviaron a aquel sector del frente a la nueva 12ª Brigada Internacional, compuesta por los batallones Thaelmann, André Marty y Garibaldi, de alemanes, «franco-belgas» e italianos. Esta brigada estaba mandada por el general «Lukács», que en realidad era el novelista húngaro Mata Zalka. Igual que Kleber, era un oficial húngaro que había servido en el ejército austríaco en la primera guerra mundial, había sido capturado por los rusos, se había unido al ejército rojo, y ahora era más revolucionario que novelista. Tenía un asesor militar ruso: el coronel Batov. El comisario de la brigada era el escritor comunista alemán Gustav Regler, hermoso como Sigfrido, aunque antes había desempeñado este cargo Longo, el comunista italiano. Lukács tenía además dos oficiales de estado mayor búlgaros: Lukanov («Belov») y Kozovski («Petrov»)^[51] En esta brigada, el batallón Thaelmann, de alemanes, estaba dirigido por el novelista Ludwig Renn, célebre por su novela pacifista *Krieg*, basada en sus experiencias de la primera guerra mundial. El comunista y ex-diputado bávaro Hans Beimler era su comisario. En este batallón había dieciocho ingleses, entre los que se contaba Esmond Romilly, el anárquico sobrino de Winston Churchill. El batallón Garibaldi, de italianos, estaba dirigido por el republicano Randolpho Pacciardi.^[52] El ex-camarada socialista de Mussolini, Prieto Nenni, mandó durante un tiempo una compañía. En total, estaban representadas diecisiete nacionalidades. Esta fuerza, a pesar de la galaxia de talentos de diversos tipos con que contaba, estaba menos preparada para la guerra que la 11ª Brigada. Cuando entró en acción, se confundían las órdenes, debido al problema de la diversidad de idiomas. (Lukács hablaba menos idiomas que Kleber, y era menos competente como jefe.) La brigada tuvo que entrar en combate cansada tras una marcha de quince kilómetros. El apoyo de la artillería fue insuficiente. Algunas compañías se perdieron. Una vez más, el destacamento de tanques rusos no logró el contacto necesario con la infantería. La lucha duró todo el día; pero el objetivo del ataque, la colina que constituye el centro geográfico de España, llamada cerro de los Ángeles, permaneció inexpugnable. Así pues, fracasó el contraataque. Y, además, una importante ofensiva aérea lanzada por los rusos el 13 de noviembre no pudo eliminar del cielo a los aviones rebeldes, que eran más lentos.^[53] Al mismo tiempo que la 12ª Brigada Internacional, llegó a Madrid Durruti, con una columna de 4.000 voluntarios anarquistas, tras haber sido persuadido a marcharse de Aragón por Federica Montseny, en nombre del gobierno.^[54] Él y García Oliver, ministro de Justicia, deseaban un sector independiente del frente donde pudieran operar, y nuevas armas; ambos deseos fueron cumplidos, hasta cierto punto, aunque los fusiles eran modelos suizos de 1886, comprados por Rusia en el mercado libre de armas. Miaja accedió a asignar a los

anarquistas la Casa de Campo. Durruti recibió órdenes de atacar el 15 de noviembre, con el apoyo de toda la artillería y la aviación republicana. Las órdenes que se le dieron eran confusas, pero implicaban un ataque frontal contra el enemigo: «una imbecilidad —pensó otro dirigente anarquista— están buscando una derrota para desacreditarnos [...]; los comunistas no pueden permitir que Durruti sea el salvador de la capital».^[55] De todos modos, cuando llegó la hora, las ametralladoras de los marroquíes —con las que, evidentemente, no se habían tropezado antes— aterrorizaron tanto a los anarquistas que se negaron a luchar. Durruti, furioso, prometió un nuevo ataque para el día siguiente. Varela escogió este momento para volver a avanzar, esta vez cubierto por la Legión Cóndor alemana, que realizaba su primera intervención.^[56] Por tres veces la vanguardia de la columna de Asensio llegó al Manzanares, y por tres veces tuvo que retroceder. Finalmente, Asensio pudo establecer una cabeza de puente en la orilla del río, bajo el Palacete de la Moncloa. Después de un fuerte bombardeo artillero y aéreo, dos tabores marroquíes y una bandera de legionarios pudieron atravesar el río. Se encontraron con que la columna situada frente a ellos (la columna Libertad de los anarquistas catalanes) se había retirado de improviso. Pero no había sido reemplazada. Los nacionalistas tenían casi libre el camino hacia la Ciudad Universitaria. Escalaron rápidamente los colinas, y conquistaron la escuela de Arquitectura y otros edificios cercanos. La 11ª Brigada Internacional fue enviada desde la Casa de Campo para defender la facultad de Filosofía y Letras. Pero al mismo tiempo estaban cruzando el río cada vez más hombres del ejército de África.^[57] En la Ciudad Universitaria empezó una sangrienta batalla. La babel de lenguas, el frecuente canto de *La Internacional* en distintos idiomas, y los insultos que se cruzaban entre nacionalistas y republicanos no hacían más que aumentar la macabra confusión. Las marchas que cantaban los comunistas alemanes inundaban los escombros de los laboratorios y las aulas de una tristeza teutónica. Los anarquistas confraternizaban con los hombres de la Brigada. En la oscuridad se daban órdenes en voz baja dirigidas a hombres que nunca habían visto la ciudad que habían venido a defender: «*Bataillon Thaelmann, fertig machen!*», «*Bataillon André Marty, descendez vite!*», «*Garibaldi, avanti!*».^[58] Tras horas y horas de bombardeo artillero y aéreo, en el que no cedía ninguno de los dos bandos, venían luchas cuerpo a cuerpo por una habitación o un piso de los edificios. En el hospital clínico, que aún no estaba terminado, el batallón Thaelmann subía bombas en los ascensores para que explotaran entre los marroquíes que estaban en el piso inmediato; y, en este edificio, los marroquíes sufrieron bajas por haberse comido animales inoculados que se guardaban allí con propósitos científicos. Ambos bandos demostraron un valor extraordinario. Una compañía de polacos del batallón Dombrovsky resistió en la Casa de Velázquez del Instituto Francés hasta el último hombre. Una avanzadilla de marroquíes hizo retroceder a los anarquistas de Durruti una vez más en la plaza de la Moncloa, la primera plaza situada ya dentro propiamente de Madrid, y empezó a abrirse camino por la calle de la Princesa. Algunos incluso bajaron por el paseo de Rosales para llegar a la plaza de España, pero los mataron a todos. Sin embargo, no fue fácil detener el rumor de que «los moros están en la plaza de España». Miaja se presentó en la línea de fuego para renovar los ánimos de los

milicianos. «¡Cobardes! —gritaba— ¡Morid en vuestras trincheras! ¡Morid con vuestro general Miaja!»^[59] El 19 de noviembre, mientras la batalla estaba aún en su apogeo, Durruti fue mortalmente herido frente a la cárcel Modelo. Murió al día siguiente en el hotel Ritz, convertido en hospital para los milicianos catalanes. Se dijo que su muerte había sido causada por una bala perdida procedente de la Ciudad Universitaria. También puede ser que se matara él mismo accidentalmente con su propio fusil al salir de su coche. Se rumoreó también que lo había matado uno de sus hombres, un «incontrolable», que no estaba de acuerdo con la nueva política («la disciplina de la indisciplina» defendida por Durruti desde el mes de agosto) de participación en el gobierno, pero de esto no hay pruebas y parece poco verosímil.^[60] El entierro de Durruti en Barcelona constituyó un acontecimiento extraordinario. Durante todo el día, desfiló por la Diagonal una procesión de ochenta a cien personas en fondo. Por la tarde, una multitud de 200.000 personas prometió ser fiel a los principios del muerto. Pero la muerte de Durruti, a sus cuarenta años, señaló el final de la época clásica del anarquismo español. Un poeta anarquista proclamó que la nobleza que había demostrado en vida Durruti haría que tras él surgiera «una legión de Durrutis». Se equivocaba. Entretanto, Franco, tras haber comentado, según parece, ante unos periodistas portugueses que destruiría Madrid antes que dejárselo a los «marxistas», se lanzó al experimento de forzar la rendición de Madrid a base de bombardeos. A los oficiales alemanes de la nueva Legión Cóndor les interesaba ver la reacción de una población civil ante un intento cuidadosamente planeado de prender fuego a la ciudad, barrio por barrio. El bombardeo también incluiría edificios como la Telefónica o el ministerio de la Guerra, cuya destrucción causaría un daño especial. Los ataques aéreos iban acompañados de bombardeo artillero, que consistía en lanzar granadas incendiarias desde el cerro Garabitas. Desde el 19 hasta el 22 de noviembre continuaron los bombardeos por los Savoia 80 y los Junker 52, especialmente de noche, y murieron unas 150 personas.^[61] Ninguna ciudad había sido tan puesta a prueba a lo largo de la historia, aunque el ataque no era más que un anticipo de lo que ocurriría al cabo de pocos años en Londres, Hamburgo, Tokio y Leningrado, como profetizaban elocuentemente los comentaristas que se encontraban en Madrid por entonces. Los cazas rusos no podían replicar eficazmente de noche. Los efectos militares y psicológicos de los ataques aéreos fueron negativos, ya que los bombardeos inspiraban más odio que miedo, como ha ocurrido casi siempre —según se ha sabido más tarde— en los casos de «guerra aéreo-psicológica». Sólo fueron destruidas un centenar de casas, y la Telefónica permaneció en pie. El palacio de Liria, residencia del duque de Alba, fue bombardeado, pero los milicianos consiguieron poner a salvo la mayoría de las obras de arte que se encontraban en su interior.^[62] El corresponsal de *París Soir*, Louis Delaprée, escribió apocalípticamente en su diario: «Oh, vieja Europa, siempre tan ocupada con tus pequeños juegos y tus graves intrigas, Dios quiera que toda esta sangre no te ahogue».^[63] (Unos días más tarde, caía mortalmente herido en una batalla aérea, cuando volaba hacia París para quejarse de que el director de su periódico no hubiera publicado sus crónicas más sensacionales.)^[64] La batalla de la Ciudad Universitaria continuó hasta el 23 de noviembre. Para entonces, tres cuartas partes de su área estaban en manos de Mola. Sus puntos de

penetración más avanzados fueron los hospitales Clínico y de Santa Cristina, y los institutos de Higiene y del Cáncer. La defensa constante en la facultad de Filosofía y Letras impidió que avanzaran hacia la plaza de la Moncloa. Ahora, los dos ejércitos, casi exhaustos, se dedicaron a cavar trincheras y construir fortificaciones. Los nacionalistas se dieron cuenta de que cualquier nuevo avance hacia Madrid les costaría demasiado. Los republicanos comprendieron que les sería igualmente costoso desalojar a sus enemigos. Los aviones rusos, aunque utilizados tímidamente, con pocos bombardeos de larga distancia, eran suficientes para dar a la República plena protección. El 23 de noviembre, en Leganés, tuvo lugar una sombría reunión de jefes nacionalistas, bajo la presidencia de Franco. Los generales rebeldes convinieron en que debían suspender el ataque frontal contra Madrid. De manera que Mola no podría tomar su taza de café en el café Molinero de la Gran Vía.^[65] La cuestión de cuántos fueron los muertos en estas famosas batallas de Madrid sigue siendo motivo de controversia. Aunque hubo menos muertos de lo que podía suponerse, dado que los combatientes de ambos bandos sumaban entre los 30.000 y los 40.000 hombres, probablemente el número de bajas de ambos bandos fue de unas 10.000.^[66] Ahora Madrid se encontraba inmersa en lo que se describía como un asedio, aunque sólo se encontraba directamente amenazada parte de la ciudad. Continuaron las medidas contra la quinta columna, especialmente contra aquellas personas de las que se sospechaba que disparaban por las noches desde «coches fantasma» —un acto de sabotaje planeado por el último jefe de los falangistas de la facultad de Medicina, Ignacio Arévalo, que fue muerto al cabo de poco—. La policía llamó una noche a la puerta de la embajada finlandesa, en la calle de Fernando el Santo, y se le negó la entrada. Alguien disparó desde dentro y alcanzó a un policía. Finalmente, la policía forzó la entrada, encabezada por el joven director de Seguridad, el comunista Serrano Poncela, y por el omnipresente Koltsov, y encontró dentro a 525 burgueses españoles. Todos los funcionarios de la embajada, excepto un empleado español, habían salido para Valencia.^[67] Otro acontecimiento típico de principios de aquel invierno fue el asesinato del barón de Borchgrave, el encargado de negocios belga. Había persuadido a varios de sus compatriotas de las Brigadas Internacionales para que desertaran. Una noche, se descubrió su cadáver, junto con otros dos, a las afueras de Madrid.^[68] Para entonces, casi todas las embajadas de Madrid se habían trasladado a Valencia. La última había sido la de Estados Unidos. Sin embargo, la situación diplomática no estaba regularizada porque, mientras los embajadores continuaban en San Juan de Luz como si el verano fuera a durar para siempre, en Madrid quedaban funcionarios que se cuidaban de los refugiados de derechas. El 13 de diciembre, los nacionalistas trataron de proseguir la ofensiva que habían intentado diez días antes, destinada a aislar a los republicanos del Guadarrama, para rodear a Madrid desde el norte.^[69] La batalla consistió en la lucha de los nacionalistas por alcanzar la carretera Madrid-La Coruña, a pocos kilómetros de El Escorial. Dirigió las operaciones el general Orgaz, recién nombrado jefe supremo del frente de Madrid en vez de Mola. Varela tenía el mando en el campo de batalla. A sus órdenes se encontraban reunidos 18.000 hombres entre infantería y caballería, organizados en cuatro brigadas móviles dirigidas por García Escámez, Barrón,

Sáenz de Buruaga y Monasterio.^[70] Los nacionalistas empezaron, como de costumbre, con un fuerte bombardeo artillero. El 14 de diciembre, se inició el avance hacia Boadilla del Monte, un pueblo solitario, perdido en la llanura de Castilla (aunque de hecho está a menos de 30 kilómetros de Madrid) y dominado por un pequeño monasterio. Por la noche, el pueblo había caído. Las fuerzas republicanas que estaban allí consistían en una serie de batallones heterogéneos, dirigidos por el comandante Barceló, un oficial del ejército republicano que, como tantos otros militares, había ingresado en el Partido Comunista atraído por su disciplina. Entraron en combate las dos Brigadas Internacionales y un destacamento de tanques rusos dirigidos por el general Pavlov, que hacía poco había relevado en el mando de los tanques enviados por Rusia a España al coronel Krivoshein. (Los dos grupos de voluntarios ingleses incorporados a los batallones Thaelmann y Comuna de París, el de Cornford y el de Romilly, se encontraron por primera vez bajo las encinas de la carretera de Boadilla.) Los nacionalistas se retiraron de Boadilla, y los batallones Dombrowsky y Thaelmann entraron en el pueblo. Entonces los nacionalistas los rodearon. A continuación se produjo una terrible lucha. Los dos bandos tuvieron muchas bajas. Los batallones Dombrowsky y Thaelmann dejaron 78 cadáveres tras ellos, en el pueblo. Murieron todos menos dos de los diez ingleses que quedaban en la primera compañía del batallón Thaelmann.^[71] Se produjo otra violenta batalla cuerpo a cuerpo en el cercano castillo del duque de Sueca, defendido por miembros republicanos de la guardia civil, que finalmente tuvieron que retirarse dejando atrás un centenar de muertos. Después de esto, los nacionalistas, tras haber ganado sólo Boadilla y Villanueva de la Cañada, ocho kilómetros al norte, suspendieron su ataque.



En cuanto concluyeron estas batallas, la República lanzó un ataque malogrado en el frente de Córdoba. Acababa de organizarse un nuevo ejército del sur republicano a las órdenes del general Martínez Monje, con el ruso Meretzkov como asesor, formado por columnas que estaban a punto de transformarse en brigadas mixtas. Había comenzado un avance nacionalista de poca importancia, y la República creyó oportuno responder enérgicamente. Durante esta batalla se publicó el famoso comunicado: «En el día de hoy continuó el avance sin pérdida de ningún territorio». Para entonces, los voluntarios ingleses de las Brigadas Internacionales habían alcanzado un número suficiente para formar una «Compañía n° 1» íntegramente inglesa, compuesta por 145 hombres, que se incorporó al batallón francés La Marseillaise, de la recién organizada 14ª Brigada Internacional, dirigida por el general polaco «Walter» (Swierczewski).^[72] Los ingleses estaban mandados por el capitán George Nathan que, tras haber ascendido al rango de

CSM durante la primera guerra mundial, luego había sido por poco tiempo oficial de la Brigada de Guardias. En España se reveló como un auténtico líder, lleno de recursos, valiente como un león y respetado por todos.^[73] Una sección de la compañía inglesa estaba compuesta por irlandeses, que tenían todos, según se decía, «experiencia de guerra en Irlanda». Su caballeresco jefe, Frank Ryan, había sido miembro radical del Ejército Republicano Irlandés (IRA) desde 1918.^[74] La compañía salió en tren hacia el frente de Andújar la víspera de Navidad y combatió con el resto de la brigada los días 28 y 29 de diciembre, sin éxito, para conquistar el pueblecito de Lopera. En esta batalla murió Ralph Fox, poeta comunista que era el comisario de la compañía.^[75] También murió otro prometedor poeta inglés, John Cornford, al día siguiente de su veintiún aniversario.^[76] En la misma acción murió Pepe «el Algabeño», el ayudante de Queipo de Llano, un torero que se había hecho falangista y ahora mandaba una columna. A consecuencia de esta acción, los rebeldes conquistaron unos 1.500 kilómetros cuadrados de buena tierra, varios pueblos y la central hidroeléctrica de El Campo. Tras el fracaso de la acción, André Marty se presentó en el cuartel general del general Walter, y el comandante Gastón Delasalle, jefe del batallón La Marseillaise, fue acusado de espionaje en favor de los nacionalistas, juzgado y fusilado. El comandante murió proclamando su inocencia, gritando imprecaciones a Marty y pidiendo que interviniera el coronel alsaciano Putz, presidente del consejo de guerra que lo había condenado. Sin embargo, en el caso de que Delasalle fuera un espía —lo cual parece dudoso—, probablemente lo fuera en favor del gobierno de Francia y no de Franco.^[77]

Después de Navidad, los nacionalistas intentaron de nuevo cortar la carretera Madrid-La Coruña. Las columnas que habían participado en la batalla de Boadilla habían sido reforzadas con nuevas tropas regulares y por falangistas entrenados en Cáceres por oficiales alemanes. Estas fuerzas se enfrentaron con un ejército republicano reorganizado en el frente de Madrid como un cuerpo del ejército (a las órdenes de Miaja), con cinco divisiones, dirigidas respectivamente por Niño Nanetti (un comunista italiano que, tras llegar a Barcelona, en agosto había dirigido un batallón de juventudes catalanas en Huesca), Modesto (el comunista español que había sido suboficial en África y había organizado el Quinto Regimiento), y los coroneles del ejército Perea, Prada y José María Galán. El embate del ataque nacionalista se produjo contra la división de Modesto, compuesta por nuevas brigadas mixtas dirigidas por «el Campesino», Luis Bárcelo, Cipriano Mera y Gustavo Durán. Mera era el principal jefe anarquista que había producido la guerra, y Durán, que había sido compositor (sobre todo de música para películas cómicas), se veía convertido en comandante, de la noche a la mañana, tras haber desempeñado, antes de Navidad, el puesto de jefe de estado mayor de Kleber.^[78] El 3 de enero empezó el ataque. Barrón avanzó a lo largo de la carretera desde Villanueva de la Cañada y, el 4 de enero, llegó a las primeras casas de Las Rozas, en la línea de ferrocarril Madrid-El Escorial. Por la derecha, García Escámez y Sáenz de Buruaga lucharon contra una tenaz resistencia en Pozuelo. El avance era lento, ya que las villas de veraneo de aquella zona proporcionaban muy buenas posiciones a los defensores. Kleber envió como

refuerzos al batallón Comuna de París a Pozuelo, y los batallones Edgar André y Thaelmann a Las Rozas. El 5 de enero, después de un día de inacción debido a una espesa niebla, empezó un nuevo ataque nacionalista. El bombardeo fue seguido por el avance de los tanques y la artillería ligera, a los que siguieron las dos primeras oleadas de infantería, y después más tanques. El frente republicano se rompió por todas partes. Este ataque del tipo Blitzkrieg fue muy interesante para los oficiales alemanes del bando nacionalista que, con cruel objetividad, continuaban considerando a España un «Aldershot europeo». Un poco antes, en Pozuelo, seis carros blindados rusos, con cañones de 37 mm basados originariamente en el diseño alemán Rheinmetall, habían dejado fuera de combate a veinticinco tanques ligeros Mercedes, alemanes; lo cual, a la larga, sirvió para introducir muchas modificaciones en la fabricación alemana de armamento.^[79] Las brigadas de Barceló, «el Campesino», y Cipriano Mera quedaron desconectadas entre sí, y se les acabaron las municiones. Miaja, encargado del mando general, se vio obligado a enviar municiones de fogeo al frente, pensando que, mientras los hombres oyeran los disparos de sus fusiles, seguirían resistiendo. Incluso montó un falso fusilamiento de desertores para evitar que flaquearan en las trincheras. El inminente desastre obligó a trasladar desde Madrid a la brigada de Líster, y persuadió a Largo Caballero para que se enviara desde Córdoba a la 14ª Brigada Internacional. Pero al avance nacionalista no se detuvo. Las columnas de Orgaz llegaron a la carretera general en Las Rozas y más allá de Pozuelo (aunque este último pueblo continuó resistiendo). Pero las ametralladoras de las Brigadas Internacionales infligieron muchas bajas a las columnas de Orgaz. El día 6, el batallón Thaelmann fue enviado a Las Rozas con la orden de resistir y no retroceder ni un paso más. Más tarde se revisaron estas órdenes, pero entonces no pudieron llegar al batallón, porque estaba cercado. El batallón Thaelmann resistió en su posición todo el día, a pesar de los ataques de los tanques, la aviación y la infantería. Los moros —probablemente los marroquíes seguían siendo mayoría en las fuerzas de asalto nacionalistas— irrumpieron en varias de sus trincheras y mataron a bayonetazos a los heridos que encontraron allí. Pero los alemanes no cedieron. Al día siguiente, Kleber envió al batallón una nueva orden de avance. Los supervivientes tuvieron que contestar de mala gana con el siguiente mensaje: «Imposible. El batallón Thaelmann ha sido destruido».^[80] Walter, jefe de la primera compañía del batallón Thaelmann,^[81] vivió durante esta batalla la terrible experiencia de encontrarse el cadáver de un piloto de la Legión Cóndor con el que había servido hacía tiempo en la misma escuadrilla aérea.^[82] El 9 de enero, los nacionalistas habían conquistado, a costa de grandes pérdidas, diez kilómetros de la ansiada carretera, los que iban desde Las Rozas hasta las últimas casas de Madrid, en Puerta de Hierro. El 10 de enero, llegaron a Madrid las Brigadas Internacionales 14ª y 12ª, en las que iba incluida la Compañía nº 1 inglesa, mandada ahora por Jock Cunningham, comunista desde 1920, año en que le habían encarcelado por haber dirigido un motín de los montañeses de Argyll y Sutherland, en Jamaica.^[83] Nathan tenía el mando del batallón La Marseillaise, en el que había sucedido al infortunado Delasalle. Un grupo alemán de la 14ª Brigada pidió que se les concedieran doce horas para dormir tras su viaje de cuarenta y ocho horas

después de las batallas de Córdoba. Walter, su jefe polaco, los arengó: «El gobierno ha pedido las mejores tropas. Ésas sois vosotros. ¿O es que se han equivocado con respecto a la 14ª Brigada?». Las tropas recalcitrantes se dirigieron al frente, y ésta fue quizá la primera vez en la historia en que un comandante polaco reprendiera a una fuerza alemana. Al día siguiente, la República contrató en medio de una espesa niebla (poco corriente en Madrid) y un frío terrible. La 12ª Brigada Internacional llegó a Majadahonda, y la 14ª a Las Rozas, tras haberse perdido en la niebla un batallón de esta última, cuyo paradero sigue siendo una incógnita. Los tanques rusos, dirigidos personalmente por el general Pavlov, atacaron furiosamente, destrozando hombres, pero incapaces de ganar terreno. La batalla continuó hasta el 15 de enero, día en que ambos bandos empezaron a cavar fortificaciones. Entre los dos bandos habían perdido 15.000 hombres en diez días. Orgaz conservó sus diez kilómetros de carretera general, y Miaja había impedido el aislamiento de la Sierra. De manera que el equilibrio militar parecía completo.^[84] Los rebeldes habían observado que la capacidad de resistencia de sus oponentes había aumentado, y atribuían esto a la existencia de «mandos profesionales extranjeros»,^[85] a la disciplina y al nuevo armamento. Mientras tanto, el resto de los 2.000 kilómetros de frente estaba tranquilo, porque ninguno de los dos bandos disponía de armas modernas suficientes para entablar más de una batalla simultáneamente. Los republicanos tenían bastantes hombres, pero, según el estado mayor central, muchos de ellos no eran muy de fiar (como en Aragón), estaban demasiado mal entrenados (como en el sur), o mal armados (como en la costa cantábrica). En muchos lugares, el frente seguía consistiendo simplemente en «un sistema de estrechas trincheras cavadas en la roca, provistas de primarias troneras construidas con montones de piedras». En ocasiones había hasta doce centinelas distribuidos «en diferentes puntos de la trinchera, delante de los cuales estaban las alambradas, y luego la ladera se deslizaba hacia un barranco que parecía no tener fondo: al otro lado se extendían las colinas desnudas».^[86] En la cumbre de cada colina, en Aragón, por ejemplo, había un puñado de hombres andrajosos y sucios, nacionalistas o republicanos, «tiritando alrededor de su bandera», mientras las balas silbaban de vez en cuando entre ellos, y en ocasiones se podían escuchar voces que animaban a la desertión, haciendo una descripción risueña de las comodidades existentes en el otro bando, y profiriendo insultos. Desde luego, algunos nacionalistas desertaban, a veces hasta cinco hombres en una sola noche en el sector de una compañía. La República ofrecía a cada desertor de las líneas enemigas 50 pesetas, y 100 si llevaban consigo sus armas; aunque realmente la recompensa no era particularmente tentadora (antes de la guerra civil, una libra esterlina equivalía a 36 pesetas). También hubo casos de desertión en el bando republicano, aunque, en esta fase de la guerra, la balanza probablemente se inclinaba a favor de la República. En la mayoría de los casos, sin embargo, los desertores eran hombres que habían sido sorprendidos por la guerra en un bando que no era el suyo, habían fingido pertenecer al bando por el que estaban luchando para salvar sus vidas, y desde entonces estaban esperando una oportunidad para cruzar las líneas. El doctor Junod, el infatigable filántropo de la Cruz Roja, se había instalado en San Juan de Luz para tratar de efectuar

intercambios de prisioneros, en su mayoría personas detenidas al principio de la guerra más que soldados. Se establecieron oficinas de la Cruz Roja en Salamanca y Valencia, que se comunicaban a través de Ginebra. Se hicieron listas de prisioneros y, a veces, las agencias de la Cruz Roja intercambiaban prisioneros de uno y otro bando y parientes suyos. Giral, que se convirtió en el ministro republicano encargado del posible canje de prisioneros, propuso un intercambio de 10.000; pero los nacionalistas se mostraron poco dispuestos a colaborar, y sólo se llegaron a canjear unos centenares.^[87] Amigos y enemigos coincidían en las oficinas de la Cruz Roja, irreconciliables incluso en medio de su tristeza. El doctor Junod explicó más tarde la historia de Isabel, una orgullosa monárquica, cuyo hermano él intentaba localizar para lo cual llevaba meses importunando a las autoridades republicanas. Por fin llegó la noticia: «Ejecutado con otros diez. Enterrado en el cementerio». Sin una lágrima, pero mortalmente pálida, al salir se cruzó con Carlota, de cuyo novio no se tenían noticias. Cada una conocía la historia de la otra. Se vieron y comprendieron al punto lo ocurrido. Con idéntica actitud de desprecio y de odio, evitaron mirarse al pasar la una junto a la otra. Pero Carlota dijo después: «Por lo menos, ella puede visitar su tumba. Mientras que yo nunca lo sabré, nunca».^[88] El carácter riguroso del invierno de 1936 en España, sin embargo, quedaba mejor reflejado en la larga caravana de camiones cargados de comida que los nacionalistas habían preparado para alimentar a la población de Madrid, tan pronto como cayera la ciudad. Su contenido se fue pudriendo lentamente bajo la nieve y la lluvia. A un kilómetro de distancia, detrás de las líneas republicanas, los madrileños resistían estoicamente con su arroz, su pan y un hambre cada vez mayor, consecuencia de la matanza de ganado y el consumo inmediato durante los primeros días de la revolución, y del desbarajuste económico general, así como de la presencia en la zona republicana de un millón de refugiados que habían huido a lo largo del otoño de una provincia a otra.

29

La ejecución de José Antonio. — Unamuno. — La España nacionalista en el invierno de 1936. — La justicia nacionalista. — Condiciones económicas de la España nacionalista. — La actitud de la Iglesia.

Hubo un acontecimiento en particular cuyas repercusiones se extendieron en los dos bandos, más allá de las líneas de batalla. Fue el juicio de José Antonio. Parece ser que la decisión de juzgar al jefe de la Falange (que estaba recluido en la cárcel de Alicante desde el 6 de julio, muy bien tratado por el personal de la prisión, que le admiraba) estuvo inspirada por el miedo a que, si la República era derrotada, uno de sus mayores enemigos pudiera escapar sano y salvo. Los planes para organizar un intercambio que afectara a José Antonio habían fracasado; al parecer, el gobierno no podía aceptar un plan como aquél por miedo a sus propios seguidores. Había fracasado un aventurado intento de rescatar a José Antonio por medio de un golpe de mano en Alicante, aunque tanto el cónsul alemán honorario, von Knobloch, como el almirante Carls, del acorazado Graf Spee, habían estado dispuestos a colaborar. El dirigente de las milicias falangistas Agustín Aznar llegó disfrazado a Alicante, en el torpedero alemán Ildis, e intentó sobornar a la CNT local, pero en todo Alicante no consiguió encontrar a nadie que le ayudara, ni siquiera por 8 millones de pesetas.^[89] Más tarde, José Antonio se ofreció a intentar negociar la paz, yendo en avión a Salamanca, y dejando en la cárcel a sus familiares como rehenes que garantizaran su regreso. El gobierno se negó, e indudablemente las autoridades nacionalistas habrían hecho lo mismo.^[90] El juicio de José Antonio se desarrolló correctamente ante un magistrado, y él pudo defenderse a sí mismo leyendo en voz alta editoriales de Arriba para demostrar que sus opiniones eran diferentes de las de Franco o los monárquicos. Durante el juicio, se presentó un miliciano como testigo de cargo. «¿Odia usted al acusado?», le preguntó José Antonio, que se estaba defendiendo a sí mismo. «Con todo mi corazón», respondió el testigo. A pesar de su dignidad y elocuencia durante todo el juicio, el fundador de la Falange fue condenado a muerte. Se pidió la misma sentencia para su hermano Miguel y para la esposa de éste. José Antonio, con la caballerosidad que nunca le han negado sus enemigos, apeló en su favor. «La vida no es un fuego de artificio que se enciende al final de una fiesta», concluyó. En consecuencia, fueron condenados a reclusión. Pero esta clemencia no fue posible para el propio José Antonio. La princesa Bibesco, hija de Asquith, que, como esposa del ex-representante rumano en Madrid, había sido amiga de Azaña, telefoneó al presidente para pedirle que impidiera la ejecución. Azaña contestó sombríamente que no podía hacer nada, porque él también era un prisionero,^[91] aunque anteriormente había salvado dos veces la vida a José Antonio interviniendo ante el gobernador civil de Alicante, Jesús Monzón.^[92] Según Largo Caballero, la sentencia de muerte llegó al gobierno para ser confirmada el 20 de noviembre, pero cuando se estaba debatiendo el asunto, llegó la noticia de la ejecución (técnicamente hablando, un acto de insubordinación). Los jefes locales de Alicante habían temido que fuera conmutada la sentencia.^[93] Los anarquistas se habían opuesto a la sentencia de muerte, porque consideraban que José Antonio era «un patriota español que buscaba soluciones para su patria».^[94] Al parecer, todos los ministros habrían votado a favor de la conmutación de la pena. En realidad, a la larga, la ejecución de José Antonio

fue una suerte para Franco, ya que, aparte de él, era la única figura de auténtico prestigio de la derecha española que quedaba después del holocausto de julio. Pero no se tomó ninguna medida contra las autoridades de Alicante; en realidad, todavía se ejecutaban muchas sentencias sin consultar con el gobierno.^[95] José Antonio fue fusilado el 20 de noviembre en el patio de la cárcel de Alicante, entre otros dos falangistas, y dos carlistas, que también fueron ejecutados. Su última voluntad fue que, después de su muerte, limpiaran bien el patio donde iban a fusilarle, «para que mi hermano Miguel no se vea obligado a pisar mi sangre».^[96] Casi a la misma hora, el mismo día que fue fusilado José Antonio, moría Durruti en el hotel Ritz de Madrid a consecuencia de sus heridas. Murieron dos «héroes españoles de su tiempo», dejando libre el camino a sucesores menos generosos. José Antonio dejó un testamento lleno de ideas constructivas para una España futura sin rencores: gustó a Prieto pero no tuvo ningún otro efecto. Durante mucho tiempo no se dio la noticia de esta ejecución en la prensa nacionalista. Se referían a él llamándole «el ausente». A partir de 1933, cuando se leían en voz alta los nombres de los mártires falangistas en las ceremonias, la Falange gritaba «¡Presente!», imitando un rito fascista similar. Continuarían gritando «¡Presente!» tras el nombre de José Antonio, y muchos que sabían que el jefe estaba realmente muerto actuaban como si creyeran que no lo estaba, como si se tratara de niños que fingían creer todavía en Papá Noel. Otro hecho notable que tuvo repercusiones más allá de las líneas de batalla fue el cambio de actitud de los más eminentes intelectuales de la España anterior a la guerra. La mayoría de ellos se encontraban en la España republicana en el momento del alzamiento. Firmaron un manifiesto pidiendo apoyo para la República. Entre las firmas se contaban las del médico e historiador doctor Marañón; el ex-embajador y novelista Pérez de Ayala; el historiador Menéndez Pidal; y el prolífico filósofo José Ortega y Gasset: amigos, e incluso fundadores, de la República de 1931. Pero las atrocidades y la creciente influencia de los comunistas hicieron que todos estos hombres aprovecharan cualquier oportunidad que se les presentara para huir al extranjero. Y, una vez allí, retiraron su apoyo a la República.^[97] El filósofo vasco Miguel de Unamuno, sumo sacerdote de la generación del 98, siguió un camino diferente. Como rector de la universidad de Salamanca, al empezar la guerra civil se había encontrado en territorio nacionalista. La República le había desilusionado, había admirado a algunos de los jóvenes falangistas, y dio dinero para el alzamiento. Todavía el 15 de septiembre apoyaba al movimiento nacionalista.^[98] Pero el 12 de octubre había cambiado de opinión. Estaba, como dijo más tarde, «aterrado por el cariz que estaba tomando aquella guerra civil, realmente horrible, debida a una enfermedad mental colectiva, a una epidemia de locura, con un sustrato patológico».^[99] En aquella fecha, aniversario del descubrimiento de América por Colón, en que se conmemoraba la «Fiesta de la Raza», se celebró una ceremonia en el paraninfo de la universidad de Salamanca. Allí estaban presentes el doctor Pla y Deniel, obispo de Salamanca,^[100] y el general Millán Astray, el fundador de la legión extranjera, que por entonces era un asesor importante, aunque oficioso, de Franco. Su parche negro en un ojo, su único brazo y sus dedos mutilados lo convertían en el héroe del momento. Presidía el acto Unamuno, el rector de la

universidad. La ceremonia tenía lugar a un centenar de metros del cuartel general de Franco, instalado desde hacía poco tiempo en el palacio del obispo de Salamanca, por propia invitación del prelado. Después de las formalidades iniciales, vinieron los discursos del dominico Vicente Beltrán de Heredia y del escritor monárquico José María Pemán. Ambos discursos fueron muy apasionados. También lo fue el del profesor Francisco Maldonado, que atacó violentamente al nacionalismo catalán y al vasco, describiéndolos como «cánceres en el cuerpo de la nación». El fascismo, el «sanador» de España, sabría cómo exterminarlos, «cortando en la carne viva como un cirujano resuelto, libre de falsos sentimentalismos». Desde el fondo de la sala alguien gritó el lema de la legión extranjera: «¡Viva la muerte!» Millán Astray dio a continuación los gritos excitadores de multitudes que ahora eran ya habituales: «¡España!», gritó. Automáticamente, una serie de personas gritaron: «¡Una!» «¡España!», volvió a gritar Millán Astray. «¡Grande!», contestó el auditorio. Y al grito final de «¡España!» de Millán Astray, sus seguidores respondieron: «¡Libre!» Varios falangistas, con sus camisas azules, hicieron el saludo fascista ante la fotografía sepia de Franco que colgaba de la pared sobre el estrado. Todos los ojos se volvieron hacia Unamuno, cuya antipatía a Millán Astray era conocida, y que, al levantarse para cerrar el acto, dijo:^[101] «Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Quiero hacer algunos comentarios al discurso, por llamarlo de algún modo, del profesor Maldonado. Dejaré de lado la ofensa personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes. Yo mismo, como sabéis, nací en Bilbao. El obispo —y aquí Unamuno señaló al tembloroso prelado que estaba sentado a su lado—, lo quiera o no lo quiera, es catalán, nacido en Barcelona». Hizo una pausa. Se produjo un silencio cargado de temores. Nunca se había pronunciado un discurso como aquél en la España nacionalista. ¿Qué diría el rector a continuación? «Pero ahora —continuó Unamuno— acabo de oír el necrófilo e insensato grito: "¡Viva la muerte! Y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de deciros, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero, desgraciadamente, en España hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta el pensar que el general Millán Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor.» En este momento, Millán Astray ya no pudo contenerse por más tiempo. «¡Mueran los intelectuales! —gritó—. ¡Viva la muerte!» Este grito fue coreado por los falangistas, con quienes el militar que era Millán Astray tenía, en realidad, muy poco en común. «¡Abajo los falsos intelectuales! ¡Traidores!», gritó José María Pemán, deseoso de limar las aristas del frente nacionalista. Pero Unamuno continuó: «Éste es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis,

porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedir os que penséis en España. He dicho.» Siguió una larga pausa. Algunos de los legionarios que rodeaban a Millán Astray iniciaron un amenazador movimiento de aproximación al estrado. El guardia personal de Millán Astray apuntó a Unamuno con su ametralladora. La mujer de Franco, doña Carmen, se acercó a Unamuno y Millán Astray y pidió al rector que le diera el brazo. Él se lo dio, y los dos salieron juntos, lentamente. Pero ésta fue la última vez que Unamuno habló en público. Aquella noche, Unamuno fue al casino de Salamanca, del que era presidente. Cuando los miembros del casino, algo intimidados por estos acontecimientos, vieron la venerable figura del rector subiendo las escaleras, algunos gritaron: «¡Fuera! ¡Es un rojo, y no un español! ¡Rojo, traidor!». Unamuno entró y se sentó. Un tal Tomás Marcos Escribano le dijo: «No debería haber venido, don Miguel, nosotros lamentamos lo ocurrido hoy en la universidad, pero, de todos modos, no debería haber venido». Unamuno se marchó, acompañado de su hijo, entre gritos de «¡Traidor!» El único que salió con ellos fue un escritor de segundo orden, Mariano de Santiago. A partir de entonces, el rector ya no salió casi nunca de su casa, y la guardia armada que le acompañaba tal vez era necesaria para garantizar su seguridad. La junta de la universidad «pidió» y obtuvo su dimisión del cargo de rector. Murió con el corazón roto de pena el último día de 1936.^[102] La tragedia de sus últimos meses fue una expresión natural de la tragedia de España, donde la cultura, la elocuencia y la creatividad estaban siendo reemplazadas por el militarismo, la propaganda y la muerte. Poco después, hubo incluso un campo de concentración para prisioneros republicanos llamado «Unamuno».^[103]

Ahora Salamanca era el centro de poder en la España nacionalista. Franco dormía, recibía visitas y comía en el primer piso del palacio episcopal, y trabajaba con su estado mayor en el segundo piso. La secretaría diplomática, encabezada por José Antonio Sangróniz, y el departamento de prensa y propaganda, dirigido primero por Juan Pujol, y luego por Millán Astray,^[104] estaban en la planta baja, y en el último piso se instaló un servicio de radiotelégrafos. La simplicidad de esta organización era la razón de su eficacia. Aparte de Franco, las figuras importantes eran su jefe de estado mayor, coronel Martín Moreno; su hermano Nicolás, que hacía de secretario político; el asesor jurídico, coronel Martínez Fuset; y uno o dos oficiales de estado mayor, como el coronel Juan Vigón, un monárquico pro-alemán, y el comandante Antonio Barroso, ex-agregado militar en París. También eran influyentes Kindelán, el jefe de las fuerzas aéreas, y el almirante Juan Cervera, un marino de 66 años, cargado de experiencia, que se convirtió en jefe de estado mayor de la marina. Todos estos militares veían a Franco cada día, o, mejor dicho, cada noche, porque Franco celebraba una tertulia en sus apartamentos la mayoría de las noches para hacer comentarios sobre la guerra, habitualmente en presencia de algún general que viniera del frente: Varela, Yagüe o algún otro africanista.^[105] También estaban en Salamanca las misiones y los representantes diplomáticos de Alemania e Italia, el cuartel general de la Falange, y algunos, aunque no todos, de los departamentos del

gobierno; el departamento del Tesoro, el incipiente banco de España, y los ministerios de Justicia y Trabajo estaban en Burgos. Salamanca, sin embargo, era el nervio central de la rebelión nacionalista, mucho más que Valencia lo era de la España republicana: a Salamanca llegaban los informes de los pocos diplomáticos que, de momento, tenía oficialmente la España nacionalista (sólo el marqués de Magaz en Berlín, y García Conde en Roma), los agentes privados (Juan de la Cierva o el marqués de Portago en Londres), y los informes secretos del servicio de espionaje (particularmente sobre movimientos de barcos y compras de armas de los republicanos) que dirigía el ex-embajador monárquico en París, Quiñones de León, así como toda la información que se recibía de los espías que se encontraban en la «zona roja».^[106] La centralización del mando nacionalista y la concentración del poder en las ambiciosas manos de Franco era cada día más evidente, por contraste con las divisiones existentes en la zona republicana. Generales leales pero discretos como Orgaz y Dávila desempeñaban un papel por lo menos tan importante como el de militares más vistosos y conocidos, como Varela, mientras que el papel del almirante Cervera era considerable. Sobrino del desgraciado almirante que perdió la flota española en la guerra contra los Estados Unidos, con más edad que cualquier otro de los próximos a Franco, tuvo una personalidad lo bastante fuerte como para insistir en la importancia del mar en el conflicto y conseguir que se comprara material naval, por ejemplo, minas (a Alemania) o lanchas (a Italia), y que se destinara dinero a la construcción de nuevas escuelas para técnicos navales. En la primavera de 1937, la balanza de la potencia marítima se inclinaba a favor de los nacionalistas, principalmente debido al descuido de este terreno por parte de sus enemigos; y esto, junto con la organización militar, fue un elemento determinante. La flota republicana anclada en Cartagena no volvió a salir al Atlántico después de finales de septiembre, dejando mal defendida la costa cantábrica: una victoria para los nacionalistas tan grande, aunque no tan vistosa, como el avance del ejército de Africa hasta Madrid. Los nacionalistas tuvieron que contar con otros factores técnicos adversos, a saber: durante toda la guerra, el teléfono internacional estuvo controlado por la República. Además, al principio de la guerra sólo tenían una de las tres centrales cablegráficas de España, la de Vigo, mientras que las de Málaga y Bilbao estaban en manos republicanas. Las comunicaciones entre Salamanca y Vigo eran deficientes. Esto significaba que la comunicación de los nacionalistas con el mundo exterior era menos satisfactoria que la de la República. Generalmente, los periodistas de la prensa republicana eran los primeros en dar las noticias.^[107] Ahora Franco no tenía ningún rival entre los generales, y ni los falangistas ni los carlistas podían desafiarle, y menos aún los antiguos partidos políticos. Los falangistas, los pocos «camisas viejas» y la enorme cantidaa de nuevas, todavía estaban intentando situarse políticamente. Al fin y al cabo, pocos partidos políticos han crecido nunca tan rápidamente; ni siquiera el Partido Comunista dentro de la República. De 75.000 miembros como máximo que eran en julio, a finales de año eran casi un millón de miembros, de diversos orígenes. Habían surgido nuevos periódicos falangistas en todas partes. Hedilla, el nuevo, aunque provisional, jefe nacional, intentaba por todos los medios convertir aquel movimiento de enorme expansión

en un auténtico partido, pero las exigencias de la guerra impedían que tuviera éxito en su empresa. La nueva junta de la Falange creó dos pequeñas «escuelas militares» para formar oficiales de milicia en Salamanca y Sevilla, pero no tuvieron éxito. Sus mejores unidades fueron absorbidas por el ejército propiamente dicho. A finales de 1936, el movimiento afirmaba que había enviado 50.000 hombres al frente, y que quedaban 30.000 en la retaguardia, pero estas cifras pueden ser una exageración.^[108] En realidad, la Falange tuvo más problemas en su propio seno que con Franco. Algunos falangistas veían en Franco al jefe potencial de una España fascista, y otros esperaban mucho más de Hedilla. Otros conspiraban con los alemanes y los italianos. Mientras tanto, la institución falangista más notable era el Auxilio de Invierno, fundado en Valladolid por Mercedes Sanz Bachiller, la viuda de Onésimo Redondo. Empezó en octubre, en Valladolid, en una sola habitación, como centro de ayuda a los niños huérfanos. Al cabo de unos meses, se había extendido por toda la España nacionalista.^[109] Como su nombre se parecía demasiado al de una organización nazi similar que había en Alemania, pasó a llamarse Auxilio Social. Algunos de los miembros de esta organización se entrenaron en Alemania. Una triste tarea era la de cuidarse de los hijos de republicanos o «marxistas» muertos. («Primero se mata a los padres, y luego se hace caridad con los niños», era un comentario cínico.) A pesar de todo, estos centros sociales improvisados eran lugares animados, montados por las esposas e hijas de los ricos, quizás un poco paternalistas, pero, con una dedicación que, de haber existido antes de la guerra, seguramente la habría hecho innecesaria.^[110] De Auxilio Social surgieron otras instituciones, como las Cocinas de Hermandad, organizaciones para confeccionar ropa para los desvalidos, y casas de maternidad. Las «Margaritas», la organización de las mujeres carlistas, también hicieron mucha labor social. Las únicas dificultades serias del general Franco en el invierno de 1936-1937 surgieron con los carlistas. El 8 de diciembre, el alto mando carlista creó una Real Academia Militar para la formación de jóvenes oficiales en materias militares e ideológicas. Mola dio su aprobación. La Falange, al fin y al cabo, tenía dos centros de formación militar. Pero los iniciadores no habían consultado con Franco, quien dijo al general Dávila que informara al conde de Rodezno de que la creación de esta academia militar sólo podía ser considerada como un intento de golpe de Estado. Fal Conde, jefe supremo carlista e inspirador de esta idea, recibió la orden —que le dio Dávila— de abandonar el país en un plazo de cuarenta y ocho horas si no quería ser juzgado en un consejo de guerra. El 20 de diciembre la junta de guerra carlista discutió esta perentoria orden. Decidieron aceptarla, aunque haciendo constar su protesta, para probar que eran inocentes de todo intento de golpe de Estado; y Fal Conde salió para Lisboa, lugar favorito de los exiliados de derechas de España. Después de esto, Franco publicó un decreto por el que unía todas las milicias —carlistas, falangistas y de la CEDA— y las colocaba a todas bajo una autoridad militar ortodoxa.^[111] Más tarde, Franco declaró al embajador alemán que habría hecho fusilar a Fal Conde si no hubiera temido los efectos que esto habría podido tener sobre la moral de los carlistas en el frente.^[112] En realidad, el espíritu de lucha de los carlistas no podía discutirse. Parece ser que preguntaron a un

requeté a quién había de avisar si moría. «A mi padre, José María de Hernandorena, del tercio de Montejurra, de 65 años de edad.» «¿Y si él también hubiese muerto?» «A mi hijo, José María de Hernandorena, del tercio de Montejurra, de 15 años de edad.»^[113]

Entretanto el movimiento carlista se había extendido tan rápidamente como la Falange y, desde el mes de octubre, había lanzado diversas iniciativas para influir en el desarrollo del Estado nacionalista. En enero, debía existir un centenar de batallones de voluntarios peninsulares. En las veintidós escuelas de oficiales se estaban formando muchos jóvenes españoles de clase media y antiguos oficiales chusqueros, todos entre los dieciocho y los treinta años, todos con bachillerato, todos con dos meses de experiencia de guerra, y dirigidos por Orgaz, con la ayuda de instructores alemanes. Estos «alféreces provisionales», que tenían 24 días de instrucción, serían el meollo del futuro ejército nacionalista, a pesar de su alta tasa de mortalidad: «alférez provisional, cadáver efectivo» era una broma macabra habitual en Burgos. Orgaz había proporcionado unos 3.000 o 4.000 oficiales a finales del invierno de 1936-1937.^[114] Los jefes preferían organizar a sus soldados en columnas, como al principio de la guerra, y no en brigadas, así que, de esta manera, quedaban más anticuados que los republicanos. A pesar de todo, durante la primavera empezaron a organizarse las primeras brigadas mixtas del ejército nacionalista, donde se combinaban ordenanzas, ametralladoras y armas técnicas. Para entonces, en la España nacionalista había más de 200.000 hombres movilizados: en el ejército de África eran 60.000 hombres, los requetés y los falangistas juntos ascendían a 120.000; y había 25.000 en caballería, artillería, ingenieros y otros cuerpos. Este ejército no tardó en empezar a organizarse más o menos en divisiones, con nombres territoriales. En aquella época tan dada a las ideologías, parecía deseable cierto encuadre intelectual para tantos y tan diversos empeños. Nicolás Franco quería que se creara un «partido patriótico», como la Unión Patriótica de Primo de Rivera. Se discutieron cien ideas: ¿una Falange franquista? ¿una «Restauración»? Estas palabras llegaban más lejos que el lema «una Patria, un Estado, un Jefe». Pero ¿hasta dónde podrían llegar en el curso de la guerra? El 27 de febrero, la Marcha Real pasó a ser el himno nacional de la España de Franco. Pero también había que escuchar de pie, en honor a los caídos, el Oriamendi, el Cara al sol y el himno de la legión. Aun así, con la bandera roja y gualda, el cambio parecía alentador para los monárquicos. Pero ¿qué monarquía? Desde luego, no la de 1931, y mucho menos la de 1923. ¿El «nuevo Estado» de Isabel y Fernando, cuyo emblema, el yugo y las flechas, se veía en todas partes? Por otra parte, la guardia mora ante el cuartel general de Franco sugería un estilo de autoridad más oriental y grandioso que el que España había visto en sus reyes en las últimas generaciones. Había una actitud política constante, aunque pudiera parecer negativa: matar al siglo XIX, «liberal, decadente, masónico, materialista y afrancesado», y «volver a impregnarnos del espíritu del siglo XVI, imperial, heroico, orgulloso, castellano, espiritual, mítico y caballeresco».^[115] Un síntoma de esta nueva actitud heroica fue el cambio de nombre de las calles: desaparecieron los nombres de políticos del siglo XIX, como Castelar o Salmerón, además, naturalmente, del de «14 de abril», y las calles pasaron a llamarse «Berlín», «Trabajo», o «San José». En la tierra de

nadie, donde se confundían la propaganda, la ideología y los gritos de combate, a veces era difícil saber si lo que se oía se refería a la revolución o a la contrarrevolución. Hubo una campaña de prensa, por ejemplo, a favor de «la concisión, la rapidez y el fin del espíritu remolón». La re-hispanización de las costumbres, los nombres de los hoteles, e incluso de los platos se convirtió en una obsesión para los propagandistas nacionalistas, que insistían en que había que eliminar del vocabulario todo lo que sonara a extranjero: la ensalada rusa se convirtió en ensalada «nacional», el ragoût desapareció de los menús, e incluso la «tortilla a la francesa» perdió su nombre gálico (para convertirse simplemente en «tortilla»).[116] De esta manera se hablaba con «acento imperial». Apareció también la tendencia a prohibir otras formas de comportamiento «liberal»: todos los varones, a partir de los dos años de edad, tenían que llevar traje de baño completo; se declaró la «guerra a los escotes» y a las faldas cortas. Las mangas tenían que llegar a las muñecas, y estaban muy mal vistos todos los modales igualitarios. Cualquiera que dijera «¡Salud!» al estilo republicano se arriesgaba a recibir la visita de la policía. Hubo muchas otras manifestaciones del contra-renacimiento fascista de las cuales se encontraban muchos ejemplos en la Italia fascista y en la Alemania nazi.[117] Así pues, la España nacionalista estaba en la primera fase de una revolución cultural, como mínimo. En el movimiento nacionalista estaban presentes tres elementos típicos de la contra-revolución europea institucionalizada —el conservadurismo, la nostalgia reaccionaria y el fascismo—, pero también estaba el medievalismo evangélico de Millán Astray y sus llamamientos en favor de un retorno a la cristiandad caballeresca. «¡A mí, mutilados!», gritaba a los heridos de guerra, como presidente que era de su asociación, igual que antes había gritado: «¡A mí la legión!» a la legión extranjera, y los hombres que iban en sillas de ruedas o con muletas hacían lo que podían para ponerse firmes. La propaganda daba sus frutos. Se trataba de luchar por la «vieja España» contra Rusia, el «marxismo» y la masonería; muchos españoles de la clase alta y media encontraban en «el movimiento» algo que casi los devolvía a la época de las cruzadas. El joven duque de Fernán Núñez, por ejemplo, muerto en noviembre en el frente de Madrid, escribió una última carta clásica a su mujer, que pone de manifiesto la nobleza espontánea de un paladín: «Así pues, me voy tranquilo y firme, lamentando sólo hacerte sufrir [...]. Espero que ellos [los niños] puedan vivir en un inundo más tranquilo y más normal que éste, en el que Manolo continúe las tradiciones de la casa, practicando la virtud, cumpliendo con su deber, atendiendo a su trabajo, y sabiendo escoger a sus amigos».[118] Sin embargo, tal vez el joven Manolo y sus amigos ya se habían alistado en las filas del movimiento juvenil de la España nacionalista, equivalente a los balilla de Mussolini: con el nombre de «pelayos», «cadetes» o «flechas», los chicos de Salamanca, Sevilla y Burgos desfilaban aquellos días con sus uniformes de Falange o de carlistas y sus fusiles de madera. La Iglesia continuaba siendo la aliada del Régimen. Era típico de los propagandistas del régimen el hecho de que, en casi todos los nuevos sellos de correos, los rostros de los dirigentes republicanos o socialistas hubieran sido sustituidos por imágenes de catedrales. Los divorcios y los matrimonios civiles realizados durante la República fueron anulados. A menudo, los sermones eran casi

arengas políticas. Muchas veces, los sacerdotes concluían sus sermones con un «¡Viva España!» o un «¡Viva el generalísimo!» Un domingo, en la iglesia de la Merced, en Burgos, durante la misa mayor, el oficiante se volvió repentinamente hacia los fieles y les dijo: «¡Oh, vosotros que me escucháis! ¡Vosotros que os llamáis cristianos! Vosotros tenéis mucha culpa de lo que ha sucedido. Porque habéis tolerado entre vosotros, sí, e incluso tomado a vuestro servicio, a trabajadores asociados en organizaciones hostiles a nuestro Dios y a nuestra patria. Habéis desoído nuestras advertencias y os habéis unido con judíos y masones, ateos y renegados, colaborando a fortalecer aquellas mismas logias cuyo propósito era lanzarnos a todos en el caos. Que las actuales tragedias os sirvan de advertencia. Habéis de ser con esas personas, todos hemos de ser, como el fuego y el agua... no puede haber pactos de ninguna clase con ellos... no puede haber perdón para los criminales destructores de las iglesias y asesinos de los sagrados sacerdotes y religiosos. Que su semilla sea borrada, la semilla del mal, la semilla del diablo. Porque, verdaderamente, los hijos de Belcebú son los enemigos de Dios»^[119] Los católicos sabían que en la España republicana habían sido asesinados centenares de sacerdotes, y creían que el número de eclesiásticos muertos era mayor incluso del real. Además, para entonces, había pocas familias que no tuvieran algún pariente o amigo fusilado al otro lado de la línea de batalla. A la zona nacionalista llegaba cada vez más gente que había conseguido escapar de grandes peligros, y las historias de estas personas llenaban los periódicos. Existía una diferencia entre la entrega de la jerarquía española a la causa nacionalista y la actitud del Vaticano. Es cierto que, cuando, en septiembre, el papa Pío XI había recibido a seiscientos refugiados españoles huidos de la República, había hablado de la «satánica» conducta de los sin Dios en España.^[120] Pero ahora, a finales de diciembre, el general Franco se quejó al embajador italiano, Cantalupo, de la actitud del papa respecto a la causa nacionalista. Su representante en el Vaticano pidió al papa que condenara públicamente a los vascos. Pero Pío XI se negó, quizá debido a la influencia de monseñor Múgica, el obispo de Vitoria. Lo máximo que haría el papa sería condenar la cooperación de los católicos con los comunistas. Además, lamentó la ejecución de sacerdotes vascos por las tropas nacionalistas, y se mostró pesimista respecto a las perspectivas de Franco.^[121] Probablemente esta actitud por parte del papa se debía a las relaciones de Franco con Mussolini y Hitler, Pero, en España, eran muy pocos los sacerdotes y los católicos que tenían estas reservas romanas. Para la mayoría de ellos, la «cruzada» era una guerra santa; el obispo de Salamanca había dicho que los comunistas y los anarquistas eran hijos de Caín, y el primado había calificado a la guerra de castigo por el laicismo y la corrupción que los dirigentes políticos habían impuesto al pueblo español: «los judíos y los masones habían envenenado el alma nacional con absurdas doctrinas, y los cuentos tártaros y mongoles se habían convertido en un sistema político».^[122] Hubo un aumento de asistencia a las iglesias: en un pueblo de Aragón, por ejemplo, en 1937, de una población de 1.200 personas en edad de comulgar, sólo 58 no se confesaron por pascua; en 1936, habían sido 302.^[123] Pero, a pesar de todo, surgieron algunas disensiones dentro de la Iglesia. Ya hemos hablado de las dificultades causadas por los obispos de Pamplona

y Vitoria. El obispo de Vitoria, monseñor Mágica, llevaba ahora varios meses en Roma y, cuando llegó la noticia de que determinados sacerdotes vascos que habían simpatizado con las fuerzas nacionalistas vascas o que habían sido capellanes suyos habían sido fusilados, presentó al papa un informe completo, razonado y convincente.^[124] Se entrevistó con Pío XI el 24 de noviembre, y la protesta que a continuación envió el papa a Franco fue la razón por la que se puso fin a los fusilamientos de sacerdotes vascos (ya se habían ejecutado catorce).^[125] Todos estos sacerdotes habían sido fusilados precipitadamente, sin juicio, y enterrados sin ataúdes, ni funerales, ni registro oficial. Uno de los fusilados era un fraile carmelita, y el resto, curas párrocos; uno de ellos, el padre José Aristimuño, era un activo escritor nacionalista vasco (aunque, al parecer, se había opuesto a la alianza del nacionalismo vasco con las izquierdas), y otro, un cura merecidamente famoso por su piedad, el padre Joaquín Arín, arcipreste de la pequeña población metalúrgica de Mondragón.^[126] Más tarde, el cardenal Gomá intentó explicar la muerte de estos sacerdotes diciendo que habían sido víctimas de sus propios actos: esta opinión, manifestada en una carta abierta al presidente Aguirre, dio lugar a otra denuncia de monseñor Mágica ante el papa. (Ya había dicho a Gomá, cara a cara, que mejor habrían hecho Franco y sus soldados besando los pies al venerable padre Arín que fusilándolo.)^[127] Después de esto, en marzo, vino una tercera carta, esta vez dirigida al cardenal Pacelli, cuando el arzobispo de Burgos, Manuel Castro, intentó excomulgar a los sacerdotes del país vasco que continuaban siendo leales al movimiento nacionalista vasco. Monseñor Mágica, cada vez más decidido, impidió que se produjera aquella condena, y continuó apoyando la causa vasca desde Roma. Algo parecido ocurrió con el arzobispo de Tarragona, cardenal Vidal y Barraquer, quien, tras ser salvado por Companys de ser asesinado, se retiró al exilio en Suiza, guardando un silencio que todo el mundo sabía que significaba una condena de las atrocidades de ambos bandos.^[128] Por último, los «cruzados» tuvieron problemas con los católicos extranjeros distinguidos que, como Bernanos, Mauriac, Maritain («el judío Maritain», como intentó llamarle muy inexactamente la propaganda nacionalista) y el obispo de Dax, en el sur de Francia, trataron de mediar o de organizar el intercambio de prisioneros. (El obispo de Dax acudió a Bilbao en septiembre para confortar a los prisioneros de derechas que estaban confinados en un terrible buque-prisión, más o menos como rehenes; luego intentó organizar un intercambio. Pero las autoridades de Salamanca no podían aceptar que una autoridad de la Iglesia pudiera tener contacto con los «rojos».)

Los dirigentes nacionalistas temían los disturbios en la retaguardia, y seguían haciendo fusilar a muchos enemigos del régimen dentro de su plan de «limpieza»: querían limpiar a España de sus males importados del extranjero, incluyendo, a bulto, a los prisioneros. Desde luego, había algunas acciones guerrilleras, por ejemplo, en Galicia o en la sierra de Gredos, a cargo de revolucionarios o simpatizantes del gobierno que se habían refugiado en las montañas después de la ocupación de la zona por los nacionalistas. Cantalupo, el primer embajador italiano en la España nacionalista, inició su misión pidiendo que acabara la matanza de prisioneros. Franco le dijo que el fusilamiento de prisioneros había

terminado.^[129] No era cierto. El fracaso de la democracia humana en España había puesto el poder en manos de uno de los hombres más fríos del país, un hombre intolerante respecto a las flaquezas humanas, no genial, pero sí competente, tranquilo y decidido. Un día de aquel invierno, Bernhardt estaba almorzando con Franco (al que admiraba). Se planteó el problema de qué había que hacer con cuatro milicianas capturadas con fusiles en la mano. Franco creía que cualquier mujer detenida con armas en la mano había de ser fusilada. «No hay nada más que hacer —dijo—, fusiladlas», con el mismo tono de voz que usaba para hablar del tiempo.^[130] Franco dijo claramente al coronel Faldella, jefe de estado mayor de las tropas italianas que empezaron a llegar en grandes cantidades en el curso del invierno, que su política no consistía en derrotar a ejércitos, sino en conquistar territorio, «llevando a cabo las purgas necesarias».^[131] Pueden distinguirse dos etapas en las ejecuciones nacionalistas. Al principio, se fusilaba sin procedimiento judicial alguno. Pero más tarde, estos terribles autos de fe de la represión no oficial fueron reemplazados por consejos de guerra, aunque sin que las víctimas tuvieran muchas más garantías, ya que los jueces eran a menudo jóvenes tenientes que, al cabo de un tiempo, consideraban que condenar a muerte a hombres era algo así como «matar conejos».^[132] Es cierto que los «crímenes» cometidos por algunos de los que fueron fusilados a veces habían sido odiosos; mientras que otros, como los oficiales republicanos, particularmente los de la guardia civil, sabían que era muy probable que los condenaran a muerte sólo por haberse opuesto a la rebelión. En cualquier guerra de este tipo habría sido de esperar la ejecución de los espías y de las personas que habían participado en la quema de iglesias o en las matanzas de la zona republicana. Pero la lista de personas ejecutadas sólo en la cárcel de Torrero, en Zaragoza, es asombrosa; no sólo fueron fusiladas la mayoría de las personas que habían tomado parte activa en el esfuerzo de guerra republicano (por ejemplo, los coroneles Enciso —uno de los fundadores del UMRA, el grupo de oficiales republicanos— y González Tablas, ambos hechos prisioneros en el frente), sino también Jaime Pérez, el sepulturero de un pueblecito (Blesa, en Teruel), cuyo «crimen» era haber enterrado a destacadas personas de derechas. Otro hombre fue fusilado porque, cuando estaban quemando los archivos legales de Blesa, en una calle del pueblo, había atizado el fuego con un palo. Salieron a la luz muchos odios complicados y muchas declaraciones conflictivas, que se despacharon arbitrariamente. Podía acusarse a fulano de tal (una camarera de hotel, un conductor de autobús o un soldado) de haber traicionado a una determinada persona de derechas. Una vez, un comisario político hecho prisionero en el frente de Teruel, fue acusado por un oficial republicano, también detenido, de haber matado a un miliciano que había querido desertar. El comisario dijo que había dado parte de un robo cometido por el teniente, pero, pese a todo, fue fusilado, y dijo al sacerdote que le dio la extremaunción que no culpaba a nadie de su muerte; la única mala era la sociedad.^[133] También continuaron algunas ejecuciones no oficiales. Sigue siendo difícil calcular el número de los que, de una forma u otra, fueron condenados y fusilados, pero tuvieron que ser cerca de mil al mes, y a veces, por ejemplo, cuando era conquistada una ciudad republicana, muchos más. Innumerables republicanos, revolucionarios y

prisioneros de guerra, sacerdotes vascos y separatistas de todas clases, se encontraban en las atiborradas cárceles de la retaguardia nacionalista, a merced de los directores de las prisiones y de los guardianes, que a menudo eran pedantes, frívolos y crueles. Los prisioneros podían ser fusilados en el acto por dar un «viva» a la República, les podían castigar rompiéndoles las cartas de sus mujeres, o prohibiéndoles cartearse con sus novias. «Cuando los corazones se comprenden, no existen los barrotes», escribió la mujer de un prisionero a su marido; el funcionario de la prisión preguntó al marido si creía que una mujer decente podía escribir de aquella manera.^[134] El que escapaba a la muerte o a la cárcel, y había sido de algún modo amigo de las izquierdas, corría el riesgo de perder su empleo. Los funcionarios públicos lo pasaron muy mal aunque sólo hubieran estado al servicio del gobierno entre febrero y julio de 1936, a no ser que hubieran tomado parte activa en el momento del alzamiento. Los magistrados, maestros, funcionarios municipales, e incluso empleados de correos que continuaron en su puesto en la zona republicana después de julio y luego fueron «liberados», tuvieron serias dificultades para conservar la vida.^[135] Unas cuantas voces se alzaron en favor de la tolerancia: una de ellas la de Hedilla, el dirigente falangista, en su discurso de Navidad de 1936. Dirigiéndose a los falangistas que se dedicaban a las investigaciones, dijo: «Impedid con toda energía que nadie sacie odios personales y que nadie castigue o humille a quien por hambre o desesperación haya votado a las izquierdas. Todos sabemos que en muchos pueblos, y acaso hay, derechistas que eran peores que los rojos [...]». Acabó este discurso abriendo sus brazos «al obrero y al campesino: [...] que ninguna de las mejoras sociales conseguidas por los obreros queden sobre el papel sin surtir efectos y se conviertan en realidad».^[136] Pero Hedilla no estaba en posición para llevar a cabo estos hermosos pensamientos. Además, aunque Hedilla, y algunos otros, como Dionisio Ridruejo, el nuevo jefe de Falange en Valladolid, pensaran así, muchos de sus camaradas de Falange pensaban más en sus coches requisados, sus escoltas (armadas hasta los dientes), y su propio futuro político.

Económicamente, la España nacionalista gozaba de buena salud. La cotización de su peseta en el mercado internacional era el doble que la de la República. Tenían casi toda la comida que necesitaban, y estaban apoyados por la mayoría de los antiguos financieros y banqueros. Seguían teniendo crédito para comprar lo más esencial, incluido el petróleo. Durante el invierno de 1936-1937, la firma de Gieselke, en Leipzig, por iniciativa de Johannes Bernhardt, acuñó nueva moneda: ésta, gradualmente, fue sustituyendo a los antiguos billetes. Lo único que la respaldaba era «la voluntad de victoria» del bando nacionalista, y no el oro.^[137] El 13 de octubre se estableció oficialmente el control de precios y se crearon comités provinciales para garantizarlo, bajo la supervisión de los gobernadores civiles, con representantes de la Falange y el ejército. Las sucursales del banco nacional de España en Burgos y en Sevilla eran los bancos centrales del país. Los fondos de que disponían allí las autoridades rebeldes (500 millones de pesetas) se complementaban con un impuesto de lujo del 10% sobre el tabaco y el vino, y también con un impuesto de guerra sobre todas las rentas superiores a las 60.000 pesetas. Las cuentas

de los partidos del Frente Popular fueron confiscadas, y el activo de algunas compañías extranjeras también, aunque sólo temporalmente. Todas las deudas contraídas con alguien de la zona republicana fueron declaradas nulas, aunque tuvieron que pagarse al erario nacionalista. En el exterior, el cambio de la peseta se fijó a 42,50 pesetas la libra. Estas medidas fueron mucho más eficaces que las medidas económicas adoptadas por la República, pero, aun así, continuó existiendo una moderada inflación.^[138] Ya hemos indicado que, en agosto de 1936, el área de España controlada por los rebeldes producía sólo alrededor de una tercera parte de los impuestos españoles. En diciembre, la conquista de San Sebastián y del valle del Tajo había aumentado el área «liberada», pero ésta todavía producía menos de dos quintas partes de los impuestos nacionales anteriores a la guerra. Al mismo tiempo, las nuevas autoridades gastaban más que cualquier gobierno español normal que hubiera gobernado todo el país, en tiempo de paz. ¿Cómo se conseguía este dinero? En primer lugar, el hecho de contar con Alemania e Italia para el suministro de armas significaba que estaba garantizado el crédito para adquirir lo más esencial, incluido el petróleo (evidentemente, esto además tenía el efecto de aumentar el interés de Alemania e Italia, así como el de Texas, por la victoria de Franco). En segundo lugar, los planes de suscripción tuvieron un papel muy importante, aunque a veces degeneraran y se convirtieran en oportunidades para la intimidación. Además constantemente se estaban pidiendo donativos de joyas, oro o dinero: en realidad, en noviembre de 1936, las autoridades insistían en que todo el oro que se encontraba en manos de particulares se cambiara por dinero.^[139] Sin embargo, no parece que esto diera un gran resultado. Pero, del mismo modo, todo el dinero extranjero que estuviera en manos de particulares o de compañías, teóricamente, había de ser entregado a un comité de cambio extranjero. Esta medida afectaba también a todas las compañías extranjeras, excepto las alemanas o italianas. Casi todo el dinero disponible en los primeros meses de la guerra civil fue a parar a manos de la HISMA de Bernhardt. No se permitió que ciudadanos particulares se llevaran dinero al extranjero, se suspendieron los intereses de la deuda nacional, y otro plan para conseguir dinero fue el del llamado «plato único», una innovación de Queipo de Llano, copia de Alemania, según la cual los clientes de los restaurantes recibían un solo plato, pero pagaban tres, y la diferencia se entregaba a las autoridades. (Sin embargo, al final esto se convirtió en un mero impuesto sobre las comidas.) Por ineficaz que fuera esto, tuvo más éxito que los días «sin postre» y «sin cigarro». Algunos de los planes de suscripción eran verdaderamente curiosos. ¿Qué pensar, por ejemplo, de las peticiones de dinero para la construcción de un chalet para el coronel Cascajo, el brutal gobernador político de Córdoba? Indudablemente, algunos planes debían de redundar en beneficio inmediato de otros altos cargos, incluido quizás Queipo de Llano, siempre tan aficionado al whisky. No se introdujo ningún plan de bonos en el curso de la guerra civil. La consecuencia fue que los ricos, que invirtieron poco, se limitaron a aumentar sus depósitos bancarios. Naturalmente, continuó el comercio privado, aunque, dado que la clase de los comerciantes se hallaba políticamente dividida antes de la guerra civil, muchas pequeñas empresas y muchos pequeños negocios fueron

adversamente afectados. Los libreros, en particular, sufrieron las consecuencias, ya que se prohibieron los libros que tocaban temas vedados. Esta «depuración» literaria se extendió a las bibliotecas públicas y a las escuelas. Se hicieron enormes hogueras con estos libros, produciéndose muchos errores e incontables actos arbitrarios, como suele ocurrir en estos momentos de locura. Hubo algunos casos de chantaje y protección forzosa. Teóricamente, los bares, cafés y otros lugares de reunión tenían que cerrar temprano, muy temprano para las costumbres españolas, pero era más probable que estas normas tan austeras se cumplieran en el norte que en Andalucía, donde, en el imprevisible virreinato de Queipo, prevalecía un ambiente más libre. En la zona nacionalista continuaba el comercio exterior pero, el 4 de enero, se ordenó a todos los gobernadores provinciales que crearan un comité regulador de importaciones y exportaciones para supervisar todas las exportaciones procedentes de áreas sometidas a su control; otro decreto, del 22 de enero, prohibió la exportación de todos los bienes importantes (aceite de oliva, vino, pieles, lana, mineral de hierro, piritas, mercurio, cinc y cobre), a no ser que contara con la aprobación del recién creado comité nacional de Comercio Exterior. Esto daba a las autoridades nacionalistas un poder sobre las exportaciones mayor que el de cualquier gobierno español anterior, aunque, gracias a Queipo, el comité de exportación e importación de Sevilla funcionó con gran independencia de Burgos. A pesar de los alemanes, el comercio con Inglaterra continuó siendo importante. Así, las exportaciones de jerez, otros vinos, e incluso piritas aumentaron en 1937 respecto a las de 1935. En diciembre de 1936 se firmó un protocolo comercial que confirmaba los «antiguos lazos» de una forma sumamente «accidentalista». A partir de entonces, en Burgos hubo una presencia comercial británica en la persona de Arthur Pack, consejero comercial en la embajada británica. Éste fue un eficaz competidor de la HISMA, y más popular que el equivalente italiano de la HISMA, la Sociedad Anónima Financiera Nacional Italiana (SAFNI), cuyos empleados, nada emprendedores, estaban dedicados a tratar de conseguir una buena tajada cuando los nacionalistas liberaran las minas de mercurio de Almadén, si es que lo conseguían. A pesar de todo, la economía nacionalista estaba dominada por las relaciones hispanoalemanas. Por ejemplo, la Río Tinto Company, de propiedad inglesa, cuyas minas fueron ocupadas en agosto por el ejército nacionalista (tras varios meses de conflictos laborales), se quejó a mediados de enero de que su cobre estaba siendo requisado y enviado a Alemania. Las minas de azufre y cobre de Tarsis, cuya propietaria era una compañía de Glasgow, también se quejaron, lo mismo que los gerentes de las minas de hierro y manganeso de Marruecos, donde había sustanciales intereses británicos. A continuación, el gobierno inglés se quejó ante el gobierno alemán, pero en el ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín eran impotentes, e incluso lo ignoraban todo al respecto, debido al control establecido por Bernhardt, y la HISMA. En enero de 1937 hubo algunas disputas entre HISMA-ROWAK y el ministerio de Asuntos Exteriores, pero Bernhardt salió de ellas convertido, a la larga, en el amo del comercio español, con lo que el Partido Nazi obtuvo otra victoria sobre el ministerio de Asuntos Exteriores.^[140] Queda por señalar una ayuda alemana al general Franco: en diciembre de 1936, llegó a Vigo, procedente de Hamburgo, una enorme instalación de

radiotransmisión Lorenz, tres veces mayor que ninguna otra de las que había en España. A partir de entonces, la voz de Salamanca y Burgos pudo oírse claramente no sólo en la España nacionalista sino en toda la España republicana; y, para empezar, podía oírse la voz de Queipo de Llano: «Esta noche voy a tomarme un jerez y mañana tomaré Málaga».^[141]

30

La España republicana. — Su fragmentación política y regional. — La industria catalana. — Los comunistas y los republicanos. — Las tribulaciones de Largo Caballero. — Reformas republicanas. — Motín en Bilbao.

En el invierno de 1936-1937, la República sólo parecía un Estado unido en las páginas de la prensa extranjera. La división era la característica de todas las instituciones y, mientras que todos los partidos y todas las regiones parecían estar en desacuerdo, había además agrias disputas en el seno de la mayoría de los partidos. Entre éstos, los comunistas, el nuevo partido de ley y orden, parecían al mismo tiempo los más provocativos y los más seguros de sí mismos de todos los elementos de la alianza republicana. Su aire de poseer el futuro, su dinamismo, su actitud política basada en el sentido común, y el prestigio de las armas rusas (la «propaganda por la vista», como decía González Peña) los convertían en el partido ideal para cualquier persona ambiciosa. A los pesados tanques y los rápidos cazas y bombarderos no tardaron en añadirse unas excelentes ametralladoras nuevas. Muchos oficiales del ejército que antes habían sido neutrales, se adhirieron al Partido Comunista o quedaron sometidos a su influencia. Así, el general Pozas, jefe del ejército del Centro, ya se había aproximado al partido,^[142] mientras que Hidalgo de Cisneros, jefe de las fuerzas aéreas republicanas, que antes no había siquiera pensado nunca en el socialismo, se hizo comunista porque «pensaba que ellos eran los que mejor contribuían a la lucha».^[143] La debilidad, las constantes divisiones y la vaguedad ideológica del Partido Socialista contribuyeron también al éxito comunista: masas de antiguos votantes

socialistas se pasaron al Partido Comunista. Largo Caballero todavía era socialista, pero, antes de la guerra, hacía sólo unos pocos meses, ¿no había sido el español más procomunista de todos? Mientras tanto, los anarquistas estaban divididos. Muchos criticaban la entrada de los cuatro dirigentes en el gobierno. Otros criticaban el traslado del gobierno de Madrid a Valencia, y acusaban de cobardía a su secretario general, Horacio M. Prieto, por haber dejado marchar a los ministros: acusación injusta, porque no había sido consultado. Éste dimitió. Y aquel hombre austero, orgulloso, seco e intransigente fue sustituido por Mariano Rodríguez Vázquez, un joven obrero de la construcción exuberante y atlético, con una voz poderosa, que era el protegido de García Oliver.^[144] ¿Tendría quizá razón Marx —se preguntaban algunos— al decir que el anarquismo, en la práctica, degeneraba para adoptar una conducta pequeñoburguesa? Los socialistas y los comunistas catalanes ya casi no se distinguían dentro del PSUC. En otros sitios, muchos que no ingresaron formalmente en el partido en realidad eran miembros del mismo: entre éstos se contaban Margarita Nelken y Francisco Montiel (el tesorero de la UGT), Felipe Pretel (que además era subcomisario general), y Edmundo Domínguez, el presidente de la casa del pueblo de Madrid y secretario de los obreros de la construcción. Muchos otros miembros del Partido Socialista de Madrid, que se habían quedado en aquella capital donde los comunistas estaban en aquellos momentos en la cúspide de su fuerza, también aceptaron el lenguaje y el estilo del comunismo, aunque su lealtad al mismo fuera sólo superficial en muchos casos.^[145] El número de comunistas había ascendido a 250.000 a finales de 1936.^[146] Su defensa de la propiedad individual de los campesinos y su oposición a la revolución les hicieron ganar terreno en todas partes. El escritor catalán José Agustín Goytisolo escribiría más adelante que su padre ingresó en el PSUC porque, siendo como era un hombre de derechas, quería que le protegieran contra los anarquistas, que deseaban apoderarse de la fábrica en la que él trabajaba como ingeniero.^[147] José Díaz diría al comité central comunista en marzo que no menos de 76.000 miembros del partido (casi una tercera parte) eran campesinos propietarios de sus tierras, y 15.485 (un 6,2%) pertenecían a la clase media urbana. O sea que había más campesinos propietarios que obreros agrícolas: una situación extraordinaria. En junio, la cifra total de comunistas en España aumentaría hasta casi 400.000, de los cuales, 22.000 estaban en Vizcaya y 64.000 en Cataluña. Las juventudes unificadas también aumentaron mucho el número de sus afiliados. Lo mismo que los asociados a organizaciones comunistas como la «Unión femenina», la «Milicia de la cultura» y, sobre todo, el «Socorro Rojo Internacional». Frente a este enorme aumento de los efectivos comunistas, ahora el Partido Socialista sólo tenía 160.000 afiliados, la FAI más o menos los mismos, y las juventudes anarquistas unos 100.000. El POUM podía tener unos 60.000, a lo sumo. Una de las razones del éxito de los comunistas residía en que, en Cataluña, habían organizado la GEPCI, que llegó a reunir 18.000 miembros.^[148] Esta organización enfurecía a los anarquistas, que la consideraban un refugio para capitalistas. Además, tanto los anarquistas como los socialistas de izquierda criticaban el apoyo prestado por los comunistas a los pequeños agricultores de Valencia, muchos de los cuales habían apoyado

antaño el movimiento autonomista valenciano, y algunos habían sido miembros de la CEDA.^[149] Los comunistas afirmaban que más de la mitad de sus miembros estaban sirviendo en el ejército: si esto era cierto, significaría que 130.000 de los 360.000 hombres del ejército republicano, a finales de marzo de 1937, eran comunistas.^[150] El Partido Comunista utilizó su poder para entrar a fondo en la administración republicana y hacer que, por medio de Orlov, los tentáculos de la NKVD llegaran a todas las checas privadas, las de las juventudes socialistas-comunistas y otras, preparando el camino para una matanza de miembros del POUM y otros marxistas antiestalinistas en España igual que la que se estaba produciendo en Rusia.^[151] Merece la pena examinar los motivos de los comunistas; porque el POUM no era trotskista, desde que Nin había roto con Trotsky al entrar en el gobierno catalán y éste había criticado al POUM. No, lo que molestaba a los comunistas era que el POUM constituía un grupo serio de marxistas españoles revolucionarios, bien dirigidos, e independientes de Moscú. Los dirigentes del POUM eran todos ex-comunistas, o sea que se les podía considerar traidores. En toda España, sólo el periódico del POUM, *La Batalla*, y el de la CNT, *La Noche*, publicado por miembros del grupo extremista anarquista «Amigos de Durruti», mencionaron las purgas de Moscú, por ejemplo; y la CNT acabó desautorizando el artículo de *La Noche*. La mayoría de los republicanos españoles creían que las purgas de Rusia eran un invento de la propaganda fascista.^[152] El primer paso de la purga española fue la campaña del PSUC para lograr que el POUM saliera de la Generalitat, basada en la tesis de que el gobierno tenía que estar formado por sindicatos, no por partidos. Nin, cuya actuación en la conserjería de justicia había sido bastante discutida,^[153] dimitió el 16 de diciembre. Fue reconstituido el gobierno catalán: la CNT obtuvo cuatro puestos (Herrera, Doménech, Isgleas y Abad de Santillán), la UGT tres (Comorera, Vidiella y Miguel Valdés, todos ellos miembros del PSUC), la Esquerra tres (Tarradellas, Ayguadé y Sbert), y los rabassaires uno (Calvet). Ayguadé, sin embargo, como consejero de Seguridad Interior, estaba muy próximo a los comunistas. La poderosa figura de Comorera, secretario general del PSUC, pasó, de hecho, a dominar cada vez más este gobierno. El anarquista Isgleas, nominalmente consejero de Defensa, hizo poca cosa. Los anarquistas al principio no hicieron gran cosa para defender al POUM, ya que consideraban que aquella disputa no era más que otra riña interna marxista. Se recordaba que Nin, aunque era ex-comunista, también era un renegado de la CNT. La falta de entusiasmo de la Esquerra por el POUM era también sobradamente conocida; al mismo tiempo, los comunistas, de momento (aunque sólo de momento) eran muy amigos de Companys; no sólo contra la revolución (POUM, CNT y FAI), sino también contra la reacción. Había que defenderse tanto contra la última como contra la primera, ya que, en el otoño de 1936, hubo un intento de golpe de Estado por parte de unos cuantos nacionalistas catalanes. Los dirigentes de l'Estat Catalá (la mayoría de los cuales estaban en París) habían estado esperando la victoria de Franco en Madrid. Al parecer, habían pensado en negociar una Cataluña autónoma a cambio del reconocimiento de la victoria de Franco en el resto de España. Los conspiradores, además, habían intentado captar el interés de algunos anarquistas desafectos. Hubo filtraciones, y

se descubrió que estaban implicados en el plan Andreu Reverter, comisario de orden público de la Generalitat, y Juan Casanovas, presidente del Parlamento de la Generalitat. Se echó tierra sobre el asunto: Reverter fue detenido, acusado de corrupción; y a Casanovas se le permitió que saliera para París tranquilamente, aunque a toda prisa. Reverter también fue puesto en libertad secretamente, y nunca más se supo de él. Puede que lo mataran. Fue reemplazado por un amigo de Companys, Martí Rouret, que no tardó en ser sustituido, a su vez, por un comunista, Rodríguez Salas.^[154] De todos modos, esta crisis fue una prueba más del malestar existente entre el gobierno central y Barcelona. Como hemos visto, Cataluña ya había aprovechado el alzamiento militar de julio de 1936 para llevar a cabo lo que de hecho había sido su golpe de Estado propio contra Madrid. Había un problema importante, y no resuelto, relacionado con la posición de las industrias catalanas, particularmente las industrias de guerra: el gobierno de Cataluña había insistido en que el gobierno republicano central tuviera tratos sólo con ellos, y no directamente con las industrias. Sin embargo, la Generalitat distaba mucho de ser eficaz, y las necesidades de la guerra eran apremiantes.^[155] Así pues, la situación en Cataluña era de una complejidad única: Companys y sus amigos de la Esquerra estaban completamente de acuerdo con el gobierno central y con los comunistas, cuando había que tratar con los anarquistas y el POUM, respecto a la necesidad de acabar con el terror en la retaguardia, y a lo beneficiosa que era la intervención estatal en la industria, comparada con el control de los propios trabajadores. Se oponían al gobierno central (y a los comunistas) en sus ideas de centralizar el esfuerzo de guerra. Mientras tanto, ante los ojos del atribulado Companys, los anarquistas y los comunistas tenían choques diarios en la prensa. Por ejemplo, Solidaridad obrera escribió el 19 de diciembre: «La cantinela [de los comunistas] de "primero ganar la guerra" nos parece penosa. Es un lema desecado, sin sustancia, nervio ni fruto. Primero ganar la guerra y hacer la revolución al mismo tiempo, porque la guerra y la revolución son consustanciales, como el sol y la luz». El plan comunista consistía esencialmente en restablecer el poder de la Generalitat frente a los anarquistas y el POUM, para ayudar luego al gobierno central a controlar a ésta. Así, en el invierno de 1936, el PSUC se movió para conseguir la disolución de los comités revolucionarios, con el fin de colocar todos los órganos ejecutivos de gobierno bajo la Generalitat, en particular las patrullas de control cuyo inocente nombre era utilizado por dirigentes anarquistas como Dionisio Eróles, José Asens y Aurelio Fernández para mantener aterrizada a Barcelona. La rivalidad entre los anarquistas y el PSUC se agudizó en Barcelona a principios de enero, cuando el PSUC convenció a Companys para que nombrara consejero de Abastos a su secretario general, Comorera. Éste abolió los comités del pan, dirigidos por la CNT, que hasta entonces habían supervisado el suministro de alimentos en Barcelona. Durante un tiempo, se suprimió la intervención estatal en el abastecimiento de víveres en Cataluña. Incluso se demoró el racionamiento. Esto acarreó dificultades, porque el precio del pan había subido mucho más que los salarios. A continuación vino una escasez de pan, en parte causada por la insuficiente cosecha del año anterior, pero atribuida por los anarquistas a la ineficacia de Comorera. Sin embargo, éste

declaró que su predecesor de la CNT, Doménech, había sido mucho más incompetente.^[156] (El índice general del coste de la vida había subido un 40% desde junio, y estaba subiendo cada mes: 1937 sería un año de fuerte inflación.) A continuación, se desencadenó una guerra de carteles. Los carteles de la CNT pedían la dimisión de Comorera, mientras que los del PSUC decían: «¡Menos hablar! ¡Menos comités! ¡Más pan!», e incluso «¡Todo el poder para la Generalitat!». Entretanto, las colas de 300 o 400 personas ante las panaderías cerradas, se convirtieron en un espectáculo cotidiano. Y en ocasiones, cuando no se podía distribuir nada de pan, los guardias de asalto tenían que dispersar las colas a culatazos.^[157] Todos los dirigentes anarquistas, incluidos los cuatro ministros que estaban en el gobierno central y en el gobierno catalán, estaban disgustados por la aceptación de la economía capitalista parcialmente controlada por los comunistas, pero tenían que conformarse.^[158] A pesar de todo, la «normalización» de la vida en Barcelona (respaldada por los comunistas y por Companys simultáneamente) tranquilizó a muchos, incluso de la clase obrera. El subsecretario de Justicia, Quero Morales, rescató el palacio de Justicia de manos del tribunal revolucionario encabezado por el sanguinario abogado Samblancat que estaba instalado allí desde julio. Sbert, consejero de Instrucción Pública de la Generalitat, había empezado a reorganizar las escuelas primarias sobre una base convencional. También se evitaron los cambios revolucionarios en la enseñanza secundaria y superior gracias a los esfuerzos del profesor Bosch Gimpera, de la Universidad de Barcelona. Se restableció paulatinamente la vida municipal, se nombraron consejos que reemplazaron a los comités revolucionarios, con una proporción aproximada de tres delegados de la CNT, tres de la izquierda no revolucionaria, y dos del PSUC (comunistas), y quedando a veces un puesto para el POUM.^[159] Al mismo tiempo, a nivel nacional, Largo Caballero convenció al nuevo ministro anarquista de Industria, Peiró, para que dejara de presionar para conseguir una mayor colectivización de las industrias, diciéndole que aquello asustaría al capital extranjero, aunque, desde luego, en el invierno de 1936-1937 la mayor parte de la economía catalana estaba colectivizada, y las fábricas funcionaban dependiendo de los consejos creados en octubre.^[160] Además, muchas tiendas pequeñas habían sido eliminadas en aras de una mayor racionalización. A pesar de todo, el sistema no funcionaba como había previsto el decreto de octubre. Continuaban las colectivizaciones ilegales, y no se pagaron muchas indemnizaciones acordadas. No siempre se formaron los consejos generales, que se consideraban tan necesarios. Muchas pequeñas empresas solicitaron ayuda estatal para salir de apuros económicos. No era sorprendente que la producción industrial hubiera disminuido en un tercio desde junio, y continuara disminuyendo.^[161] El motivo de esta situación no residía en principio en que los gerentes fueran malos o inexpertos: también se debía a la escasez de materias primas y de mercados. Los anarquistas, además, estaban dispuestos a reconocer que la revolución había planteado problemas en los que ellos no habían pensado: el dirigente de la FAI, Abad de Santillán (a la sazón consejero económico de la Generalitat) escribiría ingenuamente: «Considerábamos que la propiedad privada de los medios de producción, de las fábricas y de los medios de transporte, así como el sistema capitalista de

distribución, eran la principal causa de miseria e injusticia. Deseábamos la socialización de todos los bienes, de manera que ni una sola persona quedara excluida del banquete de la vida. Algo hemos hecho, pero no lo hemos hecho bien. En lugar del antiguo propietario, hemos puesto a media docena de nuevos patronos que consideran la fábrica o los medios de transporte por ellos controlados como su propiedad personal, con el inconveniente de que no siempre saben organizarse tan bien como el antiguo dueño».^[162] Aunque se adoptaron algunas nuevas medidas de seguridad social —entre las que se contaban el seguro de accidentes y enfermedad, una mayor racionalidad en las pensiones y subsidios familiares—, el sindicalismo industrial de Barcelona conservó los salarios individuales, a diferencia de los anarquistas rurales, y no experimentó con salarios familiares. Es cierto que probablemente estos salarios habían aumentado, a finales de 1936, una tercera parte respecto a julio. Pero los efectos de este aumento quedaban anulados por la inflación, debida a la disminución de la producción, la falta de crédito y la influencia de los refugiados de Castilla y Aragón.^[163] Más tarde, los ministros anarquistas se quejarían amargamente de que sus ideas eran rechazadas en el gobierno por los comunistas y los republicanos. Peiró, en el ministerio de Industria, dijo que los comunistas le negaban dinero, se oponían a sus decretos de colectivización y desbarataban todos sus proyectos. En cambio, impidieron que muchas empresas que ya habían sido colectivizadas volvieran a ser de propiedad privada.^[164] Sin embargo, los problemas del anarquismo en la guerra no podían preverse ni podían resolverse. Pensemos en las fuentes de energía: antes de la guerra, la mayor parte del carbón que se consumía en Barcelona venía de Asturias. Ahora Asturias estaba incomunicada. Inglaterra era un importante exportador de carbón; pero, después de la botadura en septiembre del nuevo crucero nacionalista Canarias, la República había perdido el dominio del mar. La escasez de carbón obligaba a reconsiderar la política del transporte y de otras industrias. ¿Era necesario que funcionaran tantos trenes como antes de la guerra? La CNT pensaba que sí. Sin embargo, en noviembre, habían tenido que modificar mucho aquel programa.^[165] La industria textil catalana se veía afectada por problemas similares. Antes de la guerra, Cataluña compraba el algodón a Egipto, Estados Unidos y Brasil; la lana que utilizaba antes de 1936 venía en parte de Castilla. Ahora, Estados Unidos y Brasil eran inaccesibles, porque estaban al otro lado de Gibraltar, mientras que Castilla estaba casi toda en manos de Franco. Todavía podían venir barcos —principalmente barcos ingleses— de Egipto, pero incluso el Mediterráneo se estaba volviendo cada vez más peligroso para los buques mercantes españoles. Ahora, las industrias de Cataluña tenían tres tipos distintos de gestión: en primer lugar, estaban las empresas en las que el propietario continuaba teóricamente en su antiguo puesto, aunque los trabajadores hubieran elegido un comité que controlaba la empresa. La mayoría de empresas de esta categoría eran propiedad de extranjeros. En segundo lugar, estaban las empresas en que el antiguo propietario había sido sustituido directamente por un comité de trabajadores elegido por ellos mismos. En tercer lugar, estaban las empresas «socializadas», en las que se había hecho un esfuerzo para reorganizar la industria de que se tratara. Un ejemplo de esto era la industria de la

madera en Cataluña, en la que, bajo la égida de los sindicatos anarquistas de trabajadores madereros, habían sido unificadas todas las actividades, desde la tala del árbol hasta la venta de las tablas. Pero esta división en tres tipos da una falsa impresión de simplicidad. Por ejemplo, como hemos visto, en todas las grandes industrias y en las industrias importantes para la guerra, figuraba en el comité un representante del Estado. Era el responsable del control de los créditos, y a veces de las materias primas. Éste paulatinamente fue desempeñando un papel más importante, de manera que, en algunas empresas (sobre todo en las fábricas de municiones), no tardó en llegarse a algo parecido a la nacionalización. Luego, el decreto del 24 de octubre había autorizado la supervivencia de las empresas privadas en las que trabajaran menos de cien obreros. Esto significaba la inmensa mayoría de las empresas catalanas. De manera que el decreto parecía cada vez menos radical. Toda la colectivización que preveía ya se había llevado a cabo. A pesar de la parte que había tomado el anarquista Juan Fábregas en su redacción, sus consecuencias reales serían una confirmación del papel de la pequeña burguesía en las empresas y, lo que es más importante, la atribución al Estado de una responsabilidad cada vez mayor respecto a la industria.^[166] La industria más importante en Cataluña era, desde luego, la textil (en la que trabajaban unos 180.000 obreros, más del doble que en cualquier otra industria). La mayoría de las fábricas eran pequeñas. Se intentó socializar (es decir, racionalizarlo bajo una dirección única), pero sobrevivieron muchas empresas privadas, y algunas fábricas colectivizadas que se negaban a colaborar en ningún plan nacional o regional. Entretanto, la escasez de materias primas y de mercados, a la que nos hemos referido antes, obligó a adoptar a veces una semana de tres, y hasta de dos días (aunque, en estos casos, los trabajadores percibían el salario de cuatro días). Se hizo un esfuerzo para unificar salarios, que se tradujo en una reducción general de los sueldos de trabajadores y técnicos, aunque la CNT explicó que esto quedaba contrapesado por la nueva semana de 40 horas, el establecimiento de un salario fijo y permanente, y la supresión del trabajo a destajo.^[167] Pero no se hizo ningún intento de equiparar los salarios de hombres y mujeres. Al parecer, la industria era dirigida por una auténtica fiesta de comités, organizados de aquella forma piramidal que tanto gustaba a la CNT: comité de establecimiento, de zona, de región y de mercado, todos ellos elegidos por asambleas plenarias de trabajadores. Al principio, en esta industria no había ninguna representación del gobierno, porque se negaba a admitirla. La Generalitat respondió hasta el punto de importar tela de Francia para los uniformes de su nuevo ejército.^[168] No era extraño que esta industria textil revolucionaria produjera en enero de 1937 menos de la mitad de lo que producía en enero de 1936.^[169] En cuanto a las compañías navieras, la mayoría de las más grandes (la Compañía Transatlántica y la Compañía Transmediterránea) habían sido confiscadas en julio por los socialistas, pero ahora las dirigían comités de la CNT y de la UGT. La Compañía Transatlántica tenía en su comité, además de tres miembros de cada uno de estos dos sindicatos, un representante de la Generalitat y uno del gobierno central. Los trabajadores anarquistas de transportes se encargaban de los servicios de trenes, metro y autobuses, aunque la UGT estaba

representada en los comités de las dos redes de ferrocarriles catalanes. En cambio, los bancos, tras ser llevados durante un tiempo por los empleados bancarios socialistas, pasaron a manos de la Generalitat, mientras que la Compañía Telefónica era dirigida por un comité de trabajadores de cada central. Otro grupo importante de empresas en Cataluña lo constituían las fábricas metalúrgicas. Algunas eran propiedad de extranjeros y, por lo tanto, fueron dirigidas por comités de trabajadores sin que se produjera ninguna colectivización a la larga. Otras fueron colectivizadas, pero no socializadas, es decir, continuaron siendo empresas aisladas —excepto las que eran necesarias para la guerra— y, por lo tanto, sometidas a la intervención del comité de milicias, la Generalitat y el gobierno central, sucesivamente. Así pues, el delegado del gobierno tenía un papel decisivo en la Hispano-Suiza, donde se fabricaban camiones blindados, ambulancias, granadas de mano y soportes para ametralladoras, entre otras cosas.^[170] Éste fue el único sector de la industria que, en el invierno de 1936, registró un aumento de su producción global respecto al año anterior.^[171] La producción metalúrgica manifestó un aumento realmente grande. Fuera de Cataluña, el gobierno central estaba siguiendo una política similar. Trataban de someter a las fábricas más importantes a la supervisión estatal, tanto si estaban nacionalizadas como si la gerencia estaba en manos de particulares. Para conseguir esto, el gobierno creaba muchas dificultades a las fábricas anarquistas, entre otras, la de restringirles los créditos. A consecuencia de esto, cuando se agotaron las existencias de algodón, algunas fábricas tuvieron que suspender su producción. Esto ocurría a pesar de que, nominalmente, el ministro de Industria era un anarquista: Peiró. Los planes de colectivización de Peiró fueron rechazados por Largo Caballero, y la industria republicana, a lo largo del invierno de 1936-1937, no fue unificada. Unas fábricas estaban nacionalizadas, otras socializadas y racionalizadas, otras en manos privadas, y otras en manos de comités de trabajadores, con representantes del Estado en las pertenecientes a las dos últimas categorías. En todas escaseaban las materias primas, los accesorios, y (salvo en las industrias de guerra) la demanda: y Peiró, al tomar posesión de su cargo, se encontró con 11.000 solicitudes de crédito.^[172] En Valencia, las formas de dirigir la industria eran más simples. Casi todas las fábricas y las tiendas estaban directamente en manos de los que trabajaban en ellas. Pero el traslado del gobierno a Valencia, a pesar de todo, le dio cada vez más dominio sobre el Levante que, antes de noviembre, cuando era casi independiente. Ricardo Zabalza, que había dirigido el sindicato agrario socialista (FNNT) en 1934, fue nombrado gobernador civil y se mostró un decidido centralista. El gobierno central sofocó al comité semi-independiente de Valencia que, a partir de enero de 1937, pasó a la historia, así como su miembro más destacado, el revolucionario teniente Benedito. Los alcaldes volvieron a ser nombrados por el gobernador civil, igual que antes. En realidad, se nombraron gobernadores civiles centralistas siempre que se pudo. En Madrid, la hostilidad entre los comunistas y los anarquistas tenía diferentes implicaciones. Por una parte, era un aspecto de la querrela entre Madrid y Valencia, y, por otra, el principio de una disputa entre los comunistas y Largo Caballero. Después de la batalla de la carretera de La Coruña, el general Kleber

dijo que la República debía atacar, lanzando una ofensiva encabezada por las Brigadas Internacionales. Pero aquí Kleber topó con la desconfianza que había inspirado a Miaja y a otros jefes españoles. Largo Caballero, celoso del prestigio de «La Pasionaria» y otros comunistas que se habían quedado en Madrid durante la lucha, sospechaba incluso que Kleber deseaba utilizar a las Brigadas Internacionales para dar un golpe de Estado comunista en la capital. Los anarquistas de Madrid apoyaron a Miaja y, por primera vez, aunque indirectamente, a Largo Caballero. Aun así, las ideas tácticas de Kleber tal vez se habrían impuesto de no haber incurrido éste en las sospechas de André Marty. Por consiguiente, Kleber abandonó el mando y se fue a vivir, temporalmente, a un pequeño hotel de Valencia. A partir de entonces, la reputación de Miaja, cualquiera que fuera su efecto real en el campo de batalla, aumentaría de día en día. Se estaba haciendo extraordinariamente popular en Madrid; y él lo sabía. «Cuando voy en mi coche —dijo a Zugazagoitia— las mujeres me gritan: "¡Miaja! ¡Miaja! ¡Ahí va Miaja!". Yo las saludo y ellas me saludan. Ellas quedan contentas, y yo también.»^[173] Miaja no era un general político. Una vez dijo a Pietro Nenni que le gustaban más los comunistas que los socialistas porque eran gente resuelta: «Los socialistas hablan primero, y luego actúan. Si los comunistas hablan, es después de la acción. Desde el punto de vista militar, esto es una ventaja».^[174] Más tarde, se dijo que se había hecho miembro del partido. En realidad, Miaja tenía los carnets de todos los partidos políticos que quedaban en Madrid, incluso el del movimiento juvenil unificado, a pesar de sus sesenta años;^[175] y Azaña recordaba que, unos años antes, le había dicho que, aunque desde luego era republicano, no podía colaborar con los socialistas: que habría que fusilarlos a todos.^[176] Entretanto, el «Lenin español» estaba cambiando totalmente su actitud política. Como jefe de gobierno, Largo Caballero había restablecido la autoridad del Estado y, con el convencional general Asensio como subsecretario de Guerra, había empezado a reorganizar el ejército sobre nuevas bases. Los comunistas y las juventudes unificadas, dominadas por los comunistas, le habían ayudado a acceder al poder, y él se había beneficiado de la habilidad organizadora del Partido Comunista. Sin embargo, el comunismo le había desilusionado. Quizá su decepción arrancaba del momento en que los comunistas, al igual que Miaja, se habían beneficiado tanto de la defensa de Madrid. La carta que le envió Stalin el 21 de diciembre, llena de consejos paternalistas seguramente no mejoró las cosas: tal vez en España el método parlamentario tuviera más eficacia revolucionaria que en Rusia; aun así, la experiencia rusa podía ser útil: de ahí el envío de ciertos «camaradas militares» que habían recibido órdenes de seguir las instrucciones de los españoles y actuar como asesores. Stalin pedía a Largo Caballero, «como amigo», que le comunicara si los asesores habían tenido éxito, y si estaba satisfecho de Rosenberg. La carta acababa con el consejo de que había que respetar la propiedad de los campesinos y los extranjeros, había que formar fuerzas de guerrilleros tras las líneas nacionalistas, no había que atacar a la pequeña burguesía, y no había que tratar con fría indiferencia a Azaña y a los republicanos.^[177] Pero la culminación del resentimiento de Largo Caballero contra Rusia tuvo lugar en enero, cuando el embajador ruso, Rosenberg, trató de influirle para que

destituyera al general Asensio e hiciera una serie de cambios que querían los comunistas. Después de dos horas de animada conversación, en la que también estuvo presente Álvarez del Vayo, en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores, Largo Caballero saltó: «¡Márchese! ¡Fuera! Debe usted saber, señor embajador, que los españoles podemos ser pobres y necesitar ayuda del exterior, pero tenemos el orgullo suficiente para no aceptar que un embajador extranjero trate de imponer su voluntad a un jefe de gobierno español. En cuanto a usted, Vayo, debería recordar que es español, y ministro de Asuntos Exteriores de la República, en vez de ponerse de acuerdo con un diplomático extranjero para ejercer presión sobre su propio jefe de gobierno».^[178] Resulta irónico que el viejo sindicalista iniciara otra etapa de su vida política con la defensa de un militar que, pese a ser competente, era profundamente conservador. También hubo escenas parecidas entre Largo Caballero y los dos ministros comunistas del gobierno.^[179] Por consiguiente, Rosenberg no tardó en marcharse de España (para ser asesinado judicialmente en Rusia, junto con la mayoría de sus colegas del cuerpo diplomático ruso). Fue reemplazado por la figura más dócil de su encargado de negocios, Gaikis. Pero, a principios de 1937, era evidente que el Partido Comunista no estaba satisfecho con el jefe de gobierno al que ellos mismos habían presionado tanto. Durante todo el invierno, los comunistas habían estado pidiendo que se fusionaran los partidos socialista y comunista, como se habían fusionado los dos movimientos juveniles, pero él se había negado. Incluso vino a España Marcelino Pascua, el embajador español en Moscú, con otro mensaje de Stalin, especialmente destinado a insistir en la idea de la fusión. Largo Caballero seguía negándose, aunque se le dijo que el propio Stalin quería que él continuara siendo jefe del movimiento unificado. Así, pues, Largo Caballero empezó a luchar contra los comunistas en el invierno de 1936-1937, y ellos, a su vez, a presionar contra él. Largo Caballero pensó en hacer dimitir a Álvarez del Vayo por deslealtad, consiguió el apoyo de Azaña para ello, pero vaciló, y luego se echó atrás en el último minuto, aunque las palabras que había dicho a Azaña habían sido muy fuertes: «Uno de mis ministros me ha traicionado. Es un socialista. Es el ministro de Asuntos Exteriores».^[180] El inconveniente de que formulara estas quejas a Azaña radicaba en que la moderación política del Partido Comunista en España le había llevado casi a una alianza con los republicanos liberales. La política de Azaña y de Giral, por ejemplo, en la medida en que tuvieran una política aparte del objetivo general de ganar la guerra, era casi la del Partido Comunista, en lo referente a la estrategia militar y a la economía. Así, pues, cuando Azaña, en una de sus raras apariciones públicas, en Valencia, el 21 de enero, pidió «una política de guerra [...] con una sola expresión: disciplina y obediencia al gobierno responsable de la República», estaba utilizando un lenguaje casi idéntico al de «la Pasionaria». Igualmente, los socialistas prietistas, incluido el propio Prieto, y el ministro de Hacienda, Negrín, consideraban a los comunistas unos aliados útiles no sólo contra Largo Caballero, al que detestaban desde hacía tanto tiempo, sino contra toda la política de la revolución inmoderada, tan odiada por ellos. Odiaban al POUM y a los anarquistas tanto como los comunistas. Además, la ayuda militar rusa, y el espíritu incomparable de las Brigadas Internacionales mantenían el mito del «frentepopulismo»,

que ellos continuaban defendiendo. Puede que esta alianza funcional entre Azaña, Prieto y los comunistas no fuera muy profunda, y que no durara mucho, pero, como veremos, fue suficiente para hundir a Largo Caballero. En aquellos momentos, Prieto, aunque luego le molestara recordarlo, llegó incluso a hablar en favor de la fusión de los partidos socialista y comunista.^[181] Ahora Azaña y los comunistas estaban de acuerdo en que las reformas sociales y de todo tipo debían esperar a la victoria. Fue la adopción de esta política lo que confirió al Partido Comunista gran parte de su atractivo. En un congreso juvenil nacional celebrado en enero en Valencia, el secretario general de las juventudes socialistas-comunistas, Santiago Carrillo («una crisálida con gafas», como le llamaban sus enemigos: sólo tenía veinte años), dijo: «No somos juventudes marxistas. Luchamos por una República parlamentaria democrática». Solidaridad obrera le tachó de «charlatán reformista»: «Si las juventudes socialistas unificadas no son ni socialistas ni comunistas ni marxistas, ¿qué son?» De hecho, las juventudes unificadas no se habían dado cuenta de que sus dirigentes se habían pasado al comunismo con armas y bagajes y, cuando lo descubrieron, hubo protestas: a consecuencia de ello, los secretarios de Valencia y Asturias renunciaron a sus puestos en el comité nacional del movimiento.^[182] Sin embargo, si se consideran las razones de estas disputas, y se tiene en cuenta la presión sofocante que ejercían sobre la República los comunistas oportunistas, tanto españoles como extranjeros, se verá que, en muchos aspectos, este gobierno de Largo Caballero estaba buscando a tientas la forma de lograr una España mejor. A pesar de que la guerra se estaba llevando la mayor parte de los recursos de la España republicana, se iba prestando más atención que nunca a la enseñanza. En 1937 se abrieron cerca de mil escuelas nuevas, muchas de ellas en las casas confiscadas a los ricos, aunque las escuelas de la Iglesia se habían convertido en escuelas estatales o nacionales («Nueva Escuela Unificada»). En 1937, estaba previsto que hubiera 2.000 escuelas militares, donde aprenderían a leer unos 100.000 milicianos, que antes eran analfabetos.^[183] En las colectividades agrarias, generalmente había varios maestros más que antes de julio de 1936. Se estaba haciendo un gran esfuerzo para lograr que la enseñanza llegara a todos, y la mayoría de los observadores se fijaron en que había menos niños que antes holgazaneando alrededor de sus casas. Se fundaron varias escuelas vocacionales o técnicas, como la Universidad Agrícola de Moneada (Valencia), donde unos 300 alumnos aprendían mejores técnicas agrícolas.^[184] Según una versión anarquista, en Barcelona había 116.846 niños escolarizados en julio de 1937, mientras que en julio de 1936 sólo había 34.431.^[185] En cuanto a la sanidad, se dieron los primeros pasos encaminados a la socialización de la medicina. La obra del consejero anarquista de Sanidad y Asistencia Social en Barcelona, García Birlan, y del director de servicios sanitarios que nombró, el doctor Félix Martí Ibáñez, fue muy notable. Los 1.000 médicos, las 3.200 enfermeras, las 330 comadronas y los 600 dentistas de Barcelona trabajaban mejor y más imaginativamente que antes.^[186] Además, los servicios prestados eran gratuitos, incluidas las intervenciones quirúrgicas. A pesar de la demanda de doctores y servicios médicos que había en el frente, en la República había unas mil camas más que en 1936 para pacientes tuberculosos. En 1937 se

instituyó la vacunación obligatoria contra la viruela, la difteria y el tifus. A finales de 1937, había tantos centros asistenciales para niños en la España republicana como en toda España antes de la guerra.^[187] Además, la actuación de las organizaciones de ayuda médica extranjeras repercutió en toda la República, creando nuevos niveles de higiene y eficacia. Aunque García Birlan no tardó en abandonar la Generalitat, Federica Montseny, otra anarquista muy entregada a su labor y bien informada, fue ministro de Sanidad de la República hasta bien entrado el año 1937. Entretanto, en el frente, doctores como Trueta y el canadiense Bethune, introdujeron nuevos métodos de transfusión de sangre y tratamiento de heridas y fracturas que constituirían una revolución en el campo de la medicina. Otra innovación fue la legalización del aborto, por un decreto del 13 de enero; aunque seguía estando prohibido después de los tres primeros meses de embarazo, y todas las intervenciones de este tipo se realizaban con las debidas precauciones médicas.^[188] Los matrimonios se celebraban con rapidez: en Solidaridad obrera del 29 de diciembre de 1936 apareció lo siguiente: «El domingo por la mañana, en presencia de numerosos camaradas, tuvo lugar una sencilla y emotiva escena en la Unión de Transportistas, más por su significado libertario que por su aspecto social. Una joven pareja se unió por libre y espontánea decisión [...]. Juan Freixas y Tomasa Costa [...]. Un único lazo consagró esta unión: el amor [...] la voz de nuestro director, Liberto Callejas, selló la unión al decirles: "En nombre de la libertad, os declaro unidos"». Fin cambio, la vida en las cárceles republicanas de la zona central no era mejor que en las de Franco. Las viejas prisiones, como la de Montjuich, en Barcelona, o los buques-prisión anclados en el puerto, estaban atestados, la comida era insuficiente (arroz y un trozo de pan para comer y para cenar, y, al amanecer, un poco de agua caliente con unas gotas de café y quizás otro trozo de pan), y los sistemas de lavado eran primitivos. Igual que los republicanos y revolucionarios que se encontraban en las cárceles de Franco, muchos de los prisioneros se comportaban con ejemplar heroísmo; e, igual que en las cárceles de Franco, los carceleros solían ser mezquinos, brutales y arbitrarios. Y los tribunales populares no eran más honrados que los consejos de guerra de Franco: los prisioneros tenían poco tiempo para preparar su defensa, a menudo tenían que aceptar un abogado defensor al que no conocían hasta el día del juicio, y muchas veces el tribunal estaba compuesto por personas predispuestas en contra del acusado e influidas por el entusiasmo de una multitud que tal vez aplaudía siempre que se anunciaba una sentencia de muerte. Es cierto que, en diciembre, una orden del gobierno anunció que no sería ejecutado nadie antes de que la sentencia hubiera sido aprobada por cuatro jueces y después por el gobierno. Poco a poco, empezó a cumplirse esta orden. A pesar de todo, los fusilamientos de «derechistas», militares, votantes de la CEDA, sacerdotes, conspiradores y personas inocentes continuaron durante el invierno de 1936-1937 en toda la España republicana, aunque el papel de las cuadrillas privadas disminuyó, y aumentó el de los tribunales y el del gobierno. La principal diferencia entre las dos Españas en este terreno residió en que, gradualmente, el tratamiento dado a los prisioneros fue mejorando en la República, debido al deseo del gobierno de regularizar las cosas, y también de mostrarse más humanitario. En la España de Franco, resulta difícil

detectar un deseo de este tipo. Melchor Rodríguez, un anarquista humanitario nombrado director general de Prisiones por García Oliver, no tenía ningún equivalente en Burgos ni en Salamanca. Rodríguez, que era un filósofo autodidacta, intrépido y hostil a todo tipo de terrorismo, se ganó una considerable autoridad moral. Pero luego el nombramiento tuvo el efecto de animar a los comunistas a abrir sus propias cárceles, sin autorización ni supervisión, bajo la égida de José Cazorla, el dirigente juvenil comunista responsable del orden público en Madrid. García Oliver, el ministro anarquista de Justicia, se encontraba detrás de la mayoría de estas mejoras legales. El 31 de enero de 1937, pronunció el discurso más extraordinario que jamás ha pronunciado un ministro de Justicia, en ninguna época: «La justicia —proclamó— ha de ser caliente, la justicia ha de ser viva, la justicia no puede estar encerrada dentro de los estrechos límites de una profesión. No es que despreciemos de forma definitiva los libros y los procedimientos; pero lo cierto es que había (sic) demasiados abogados [...]. Cuando las relaciones entre los hombres sean las debidas, no habrá necesidad de robo ni de matar [...]. Por primera vez, se dirá que el criminal delincuente común no es un enemigo de la sociedad, es, acaso, una víctima de la sociedad. ¿Quién es capaz de decir que no va a robar obligado a ello para dar de comer a sus hijos y para comer él mismo? No creáis que quiero hacer la apología del robo, pero a las masas hay que hablarles con dureza. El hombre no procede de Dios, procede de la caverna, de la bestia [...]. La justicia es algo tan sutil que basta con tener corazón para interpretarla».^[189] Cuando tomó posesión de su cargo, según dijo después, no había ningún órgano de justicia «[...] Todo el mundo administraba su justicia. Ha habido quien la llamaba "paseo". Yo digo que era la justicia administrada directamente por el país, por el pueblo, en ausencia absoluta de los órganos de la justicia tradicional que había fracasado.» Entonces, a pesar de este comienzo tan poco prometedor, procedió a crear un nuevo código de leyes. El 12 de diciembre se estableció que los delitos de mercado negro serían castigados con penas de prisión. El día 22, se cancelaron por decreto todos los antecedentes penales cometidos con anterioridad al 15 de julio. El 28 de diciembre, se crearon una serie de campos de trabajo para los prisioneros nacionalistas (sobre las puertas podía leerse el lema: «Trabaja, y no pierdas la esperanza»). Esta innovación fue una mejora respecto de las cárceles. Pero si los antiguos anarquistas libertarios se hubieran levantado de sus tumbas, se habrían quedado horrorizados ante aquel lema de resonancias tan germánicas. También se abolieron los aranceles judiciales, incluidos los honorarios de los abogados. El 4 de febrero, se reconoció por decreto, por primera vez, la capacidad jurídica de la mujer, mientras que otro decreto reconocía como matrimonios legales las «uniones libres» de milicianos muertos en el frente.^[190] Los anarquistas siempre habían creído en la «unión libre», como contrapuesta al matrimonio convencional, que, en los lugares más pobres implicaba prácticamente la venta de las novias. Pero no eran partidarios del divorcio fácil. Federica Montseny, por ejemplo, no se oponía a la familia, y consideraba que generalmente los niños se educaban mejor en casa que en la escuela. En cambio, creía en el control de natalidad, aunque pensaba que la mayoría de las mujeres serían contrarias al mismo.^[191] Los aislados territorios republicanos del norte se

mantuvieron al margen de las disputas del sur. También se mantuvieron distanciados unos de otros. Cada una de las tres regiones (Asturias, Santander y Vizcaya) tenía su moneda propia, e incluso fronteras «mucho más difíciles de atravesar que una frontera internacional». Una vez que el general Llano de la Encomienda, el comandante en jefe del norte, quiso pasar de Asturias a Santander (dos regiones que estaban a su cargo), le registraron el coche y le confiscaron un queso.^[192] En las minas de carbón de Asturias, la dirección estaba en manos de consejos locales, elegidos entre los mineros, y supervisados por un comité de trabajo que, a su vez, dependía de la junta provincial. Los pescadores de Gijón estaban organizados en una colectividad anarquista. El puerto de Santander estaba en manos de los socialistas. En el País Vasco, la industria continuaba funcionando normalmente. Un manifiesto publicado en enero por los secretarios provinciales de la UGT y la CNT de León, Asturias y Palencia atacó enérgicamente a la «burocracia», indicando con su tono la amenaza que ésta empezaba a suponer incluso en un Estado socialista tan pequeño como Asturias. Entretanto, Asturias seguía concentrada en una batalla crónica contra su capital, Oviedo, donde todavía resistía Aranda. Los nacionalistas vascos estaban intentando evitar que se impusieran en su pequeño territorio las soluciones extremistas de la España republicana. El 4 de enero, en Bilbao se produjeron una serie de disturbios tras un bombardeo aéreo alemán realizado por los Junker 52 de la Legión Cóndor. Dos de éstos fueron derribados por cazas rusos. Dos alemanes se lanzaron en paracaídas. Uno murió a manos de una multitud enfurecida por aquel arbitrario ataque. El otro se salvó de una muerte similar gracias a la intervención de un piloto ruso. Entretanto, Bilbao se había convertido en una ciudad enloquecida de ira. La rabia del pueblo estaba exacerbada por el hambre, ya que, últimamente, eran pocos los barcos con alimentos que habían conseguido forzar el bloqueo nacionalista, cada vez más eficaz. Una muchedumbre enfurecida, apoyada más tarde por un batallón de milicias de la UGT, se dirigió hacia los edificios donde se encontraban los presos políticos de Bilbao. Mataron a 208 prisioneros en tres cárceles diferentes.^[193] Algo parecido ocurrió, por una razón semejante, en el buque prisión Alfonso Pérez, frente a la costa de Santander: allí murieron casi doscientos falangistas, carlistas y partidarios de las derechas.^[194] Las relaciones entre los vascos y el gobierno central eran distantes. Indudablemente, los vascos habrían intentado rendirse en condiciones favorables si el gobierno republicano no hubiera aceptado sus exigencias de autonomía. La visita de la flota republicana a aguas vascas en septiembre había elevado la moral, además de traer armas. Más tarde, aunque llegaron al norte algunos envíos de armas, rusas y de otras procedencias, fueron irregulares.^[195] Aguirre se había nombrado a sí mismo comandante en jefe del ejército de Euzkadi —unos 30.000 hombres— ante todo el mundo, como si fuera el jefe de un ejército independiente dentro de un Estado independiente; pero Largo Caballero consideraba que aquella fuerza formaba parte del ejército republicano del norte, en el que estaban incluidos los vascos, Asturias y Santander, nominalmente a las órdenes del general Llano de la Encomienda, el vencedor (un poco a pesar suyo) de Barcelona en julio. En Euzkadi, el vasco, el euskera, era idioma oficial junto con el castellano. De toda la España republicana, sólo estaban abiertas las

iglesias en las provincias vascas. Euzkadi continuaba dominado por un partido nacionalista católico y conservador que se había visto obligado, por cálculo, circunstancias y accidente, a aliarse con la República de la izquierda revolucionaria. Muchos vascos —incluso algunos que habían sido nacionalistas vascos— estaban luchando en el bando de Franco, y Euzkadi sólo comprendía a Vizcaya. La mayor parte de Álava y Guipúzcoa ya era franquista. Pero, en Euzkadi, la moral era alta. No había ningún problema con los comunistas, y el dirigente comunista local, Astigarrabia, era virtualmente un nacionalista vasco. Es cierto que un ministro vasco, Espinosa, de la Unión Republicana, había sido llevado en avión y entregado a los nacionalistas a traición por un piloto desleal, y que lo habían ejecutado en el curso del invierno. Pero, aparte de esto, si prescindimos de la escasez de alimentos, a veces habría sido difícil darse cuenta de que el País Vasco estaba en guerra.^[196] Y, sin embargo, lo estaba, como pronto se vería, y las bajas cifras de producción de las industrias vascas pronto afectaron a la pequeña república. En la propaganda republicana, se contraponían dos imágenes, como si siempre hubiera potencialmente una guerra civil dentro de la guerra civil: una imagen, para extranjeros, presentaba a la democracia española luchando contra el fascismo internacional; la segunda imagen, para consumo nacional, mostraba al pueblo español a un paso sólo de un mundo nuevo: la victoria llevaría a la vida nova.^[197] El conflicto no sería fácil de resolver.

31

El ejército popular. — La influencia comunista. — Las brigadas mixtas. — Los comunistas en las fuerzas aéreas. — La marina. — La revolución en uniforme de campaña.

En diciembre de 1936, la reorganización del ejército republicano estaba muy adelantada. Los restos del antiguo ejército se habían fusionado efectivamente con las milicias, dando lugar a unas brigadas mixtas autosuficientes, dos o tres de las cuales, en principio, formaban una división.^[198] Ésta fue una proeza de organización que debe atribuirse al

general Asensio, subsecretario de la Guerra. En el nuevo ejército figuraban, o iban a figurar pronto, varios miles de oficiales regulares, procedentes de las listas de oficiales retirados o en activo en 1936.^[199] Se dijo que este ejército contaba con unos 350.000 hombres en el invierno de 1936-1937: de los cuales, 85.000 estaban en el centro, 40.000 en Aragón, 30.000 y 20.000 en las zonas del sur y Levante, 40.000, 16.000 y 45.000 en el País Vasco, Santander y Asturias, respectivamente, y tal vez unos 80.000 en la reserva.^[200] Pero estas cifras eran hinchadas artificialmente, y los pagadores de las divisiones se prestaban a la corrupción, y recibían alimentos y pagas para muchos más hombres que los que había en realidad:^[201] al parecer, en Aragón, 20.000 milicianos recibían la paga de 90.000, y las raciones de 80.000, y, en el frente de Madrid, 35.000 hombres recibían cada día 120.000 raciones. La cuestión de la comida era importante; continuaba el reclutamiento de voluntarios quizás en gran medida porque se sabía que la comida era buena en el frente, mientras que en las ciudades era difícil de conseguir y mala. Los jefes no eran muy partidarios de informar de las deserciones, ni de las ausencias sin permiso. El deseo de mantener las cifras predisponía a los jefes locales a ocultar las bajas. «Casi nunca, o nunca, se deshacían de ese 5 o 10% de chusma inútil que se encuentra en todos los cuerpos de tropas, y de la que habría que deshacerse sin muchas consideraciones»; esto decía George Orwell, un observador simpatizante. Es cierto que Orwell se encontraba situado en un «sector tranquilo» del pacífico frente de Aragón (recordado por el hermoso poema de John Comford The Last Mile to Huesca), y sus comentarios no se referían a unidades de choque, como la brigada de Líster, ni a las Brigadas Internacionales. Pero la mayor parte del ejército republicano debía de ser como decía Orwell.^[202] «Llegué a la conclusión — continuaba Orwell—, bastante a pesar mío, de que, a la larga, los mejores soldados son los "buenos hombres de partido", sobre todo si son de la clase obrera. En la milicia del POUM —añadía— había una ligera, pero perceptible, tendencia a elegir para oficiales a personas de origen burgués.» En cuanto a la edad, Orwell señaló que «aunque los chicos jóvenes, hasta de catorce años, son a menudo muy valientes y dignos de confianza, son simplemente incapaces de soportar la falta de sueño». El comentario muestra que muchos de los soldados de la República (y sin duda también muchos del ejército de Franco) eran jóvenes.^[203] La mayor parte de los frentes de la guerra española estaban en calma. Por otra parte, muchos republicanos creían que, si los hacían prisioneros, los fusilarían; lo que solía ser cierto si eran voluntarios u oficiales. Casi no se fusilaba a ningún recluta en ninguno de los dos bandos. Sin embargo, este peligro producía concentración mental y fomentaba la prudencia. Ahora se consideraba que todos los que estaban en el ejército republicano se habían alistado para todo el período de la guerra. Los voluntarios de las Brigadas Internacionales, en particular, no podían escoger el momento de retirarse, aunque algunos lo hicieron, aprovechando los permisos para ir a sus embajadas (si eran de países antifascistas o democráticos), y a veces encontrando de este modo la forma de escapar. Los hombres pasaban largos períodos en el frente; en Aragón, cinco meses seguidos, durmiendo siempre en las trincheras, muy incómodos. De manera que los soldados iban cortos de sueño y estaban demasiado cansados para aprender cosas nuevas.

La vida de la tropa era más aburrida de lo necesario: «Las pocas mujeres que estaban en el frente o cerca del mismo [...] eran simplemente una fuente de celos. Entre los españoles más jóvenes había algunos casos de sodomía», recordaba fríamente Orwell.^[204] Los anarquistas estaban horrorizados ante todos aquellos cambios que estaban llevándoles a lo que ellos consideraban un nuevo ejército convencional. Las escuelas populares de guerra, la escuela del Quinto Regimiento en Madrid, e incluso la propia escuela «Bakunin» que tenían los anarquistas en Barcelona, representaban el fin de una época. ¿Podía un anarquista servir en la misma unidad que un comunista, o un miembro de la burguesía? ¿Podía llevar uniforme y obedecer órdenes de un gobierno central? Las juventudes libertarias hablaban de los peligros de que el ejército no se diferenciara apenas del que se había rebelado en julio: «Una fuerza de choque, que ignora los gritos de libertad, pan y justicia de su carne de cañón». «No estamos haciendo la guerra, sino la revolución», proclamaba un editorial de Acracia.^[205] La FAI pidió la supresión del saludo militar, paga igual para todos en el ejército, periódicos en el frente, y consejos de soldados, en todos los niveles. Solidaridad obrera se quejaba de la «obsesión de la disciplina», el «neomilitarismo» y la «psicosis de unidad». Los 20.000 hombres de la Columna de Hierro (de los cuales unos 400, tal vez, eran ex-presidarios), que se encontraba ante Teruel, se rebelaron rechazando las consecuencias del decreto contra las milicias.^[206] Hasta entonces, se había pagado a la columna en bloque. Ahora, los hombres serían pagados individualmente por un funcionario del ministerio de la Guerra. Era terrible la desesperación de aquellos hombres ante la perspectiva de tener que obedecer órdenes; de tener que hablar de «usted» a los oficiales, en vez de tratarles con el familiar tuteo; de tener que soportar abusos de cabos y sargentos como en los malos tiempos pasados. Muchos miembros del grupo, quizá varios miles, desertaron antes que convertirse en «soldados-robot». Y el resto, unos 4.000, de muy mala gana votaron, el 21 de marzo, a favor de la aceptación de la militarización, como alternativa a la disolución.^[207] «Un día —escribió un ex-presidiario de la Columna de Hierro, que había sido condenado antes de la guerra civil a once años de cárcel (por el asesinato de un cacique)— pardo y triste, por las crestas de la sierra, como viento de nieve que corta las carnes, bajó una noticia: "Hay que militarizarse" [...]. Yo estuve en el cuartel, y allí aprendí a odiar. Yo he estado en el presidio, y allí en medio del llorar y del sufrir, cosa rara, aprendí a amar, a amar intensamente. En el cuartel casi estuve a punto de perder mi personalidad, tanto era el rigor con que se me trataba, queriendo imponérseme una disciplina estúpida. En la cárcel, tras mucho luchar, recobré mi personalidad [...]. Cuando oí que, montañas abajo, venía rodando la orden de militarización, sentí por un momento que mi ser se desplomaba, porque vi claramente que moriría en mí el audaz guerrillero de la Revolución [...].»^[208] Naturalmente, los anarquistas se daban cuenta de que los comunistas se proponían tener un papel preponderante en el nuevo ejército, al lado de los antiguos oficiales regulares. El jefe del Quinto Regimiento comunista, Enrique Lister, por ejemplo, fue nombrado comandante de la primera Brigada Mixta.^[209] Quizás estos temores fueran exagerados. Asensio, el subsecretario, Martínez Cabrera, el jefe de estado mayor, Llano de la

Encomienda, en el norte, y Martínez Monje, en el sur, no eran comunistas, ni tampoco lo eran los principales defensores de Madrid, Miaja y Rojo. Sin embargo, el fracaso de los anarquistas en el frente y las pérdidas de tiempo ocasionadas por las discusiones sobre las ventajas de este o aquel ataque hacían débil la posición de los anarquistas. No obstante, los anarquistas tenían tanta antipatía a los oficiales regulares como a los comunistas, y naturalmente recelaban al ver que ambos mostraban signos de estar de acuerdo. Durante algunos meses, siguieron existiendo milicias, particularmente en el sur y en Levante, donde los nuevos jefes del ejército nombrados por la República lo pasaron muy mal. Pero a la larga se deshicieron los antiguos grupos. Los jefes de batallón se convirtieron en comandantes; los «delegados de centuria» pasaron a ser capitanes. En primavera, las brigadas de la 1 a la 40 estaban completas; las brigadas de la 101 a la 115 se estaban entrenando; y de la 41 a la 100 estaban en diferentes etapas de organización.^[210] Además, las brigadas no tardaron en organizarse en unidades divisionarias. Algunos anarquistas tomaron parte activa en la reorganización militar, y el gobierno nombró a García Oliver para dirigir las escuelas de oficiales. Además, era el representante anarquista en el consejo supremo de guerra, creado el 9 de noviembre bajo la presidencia de Largo Caballero. (Los otros miembros eran Prieto, Julio Just y Álvarez del Vayo.)^[211] Federica Montseny también veía con simpatía estos cambios; había deplorado públicamente el tiempo perdido en discusiones en el frente. Pero muchos otros anarquistas lamentaron que sus propios dirigentes aceptaran las formas de la «reacción»; particularmente cuando oyeron por radio que se llamaba a García Oliver «el Excelentísimo Señor Ministro de Justicia, Camarada García Oliver». En cuanto a Cataluña, la Generalitat dio forma definitiva, en Aragón, en diciembre, a lo que de hecho constituía un ejército aparte. Se formaron tres divisiones a base de reclutas, y las antiguas columnas se convirtieron en regimientos, que los catalanes preferían a la brigada como la unidad básica. Teóricamente contaban con unos 40.000 hombres, aunque (como hemos indicado antes) probablemente la cifra fuera mucho menor; pero seguramente eran más numerosos que los 20.000 nacionalistas, aproximadamente, que tenían frente a ellos, y a quienes entonces habría sido difícil resistir ante un decidido ataque catalán. Las divisiones catalanas conservaron su antiguo tono político, aunque con otro encabezamiento. Así, la milicia anarquista se transformó en tres divisiones que acabaron dirigidas por los «nuevos» comandantes Ortiz, Sanz y Jover, todos ellos con la formación de guerrilleros.^[212] La milicia del POUM pasó a ser la 29ª División, a las órdenes del llamado teniente Rovira; la milicia del PSUC se convirtió en la 27ª División, a las órdenes del dirigente miliciano comunista «comandante» José del Barrio, mientras que la columna «Maciá-Companyans», o columna catalana, se transformó en la 30ª División, a las órdenes del comandante regular Jesús Pérez Salas. La mayoría de estos jefes dirigieron estas columnas a partir de julio. El jefe supremo era el coronel Vicente Guarner, que, antes de la guerra civil, era comandante del ejército.^[213] A pesar de la «militarización», persistieron los distintos colores políticos de las diferentes unidades, y el gobierno nunca pudo nombrar a los jefes de las unidades anarquistas: el comité de defensa de la CNT regional presentaba al gobierno una lista de nombres para

que escogiera entre ellos a los jefes. Todavía no existían uniformes, pero casi todos llevaban pantalones de pana y cazadoras con cremallera. La instrucción era rudimentaria. La puntería no era buena y el manejo del fusil casi desconocido. Las granadas podían estallar tanto en manos del que las lanzaba como sobre el enemigo. En muchos sitios, no había mapas, telémetros para la artillería, gemelos de campaña ni material de limpieza; y Orwell descubrió, con el horror lógico en un miembro experimentado del cuerpo de instrucción de oficiales de Eton, que nadie de su columna del POUM había oído hablar de cómo se limpiaba un fusil.^[214] El Comité de Industrias de Guerra Catalanas, presidido por Tarradellas, y organizado por el coronel Jiménez de la Beraza (director de la fábrica de armas de Oviedo en 1934),^[215] estaba obteniendo un éxito considerable en la reconversión de las industrias de Cataluña para la fabricación de material de guerra: por ejemplo, a finales de febrero de 1937, estas industrias de Cataluña (inexistentes en julio de 1936) producían diariamente 500.000 cartuchos de fusil.^[216] El comité además consiguió en gran medida concentrar la producción en las fábricas mejor equipadas, y cerró y reorganizó varias industrias. Pero las industrias de guerra vascas, mucho más importantes, estaban muy por debajo de su nivel de producción anterior a la guerra, debido en parte a la falta de materias primas, y en parte a una dirección insatisfactoria. El ejército republicano, además, continuaba armado con fusiles de diferentes procedencias: una tercera parte eran Máusers (es decir, del antiguo ejército), una tercera parte, rusos (del tipo Mosin), y otra tercera parte, de diferentes orígenes, principalmente mexicanos.^[217] Las diferencias de calibre causaban muchos problemas. Los republicanos tenían unos 100 cañones antitanque rusos de 37 milímetros, que no utilizaban correctamente, y, para entonces, gran parte de la artillería que tenían en julio se había agotado, debido al mal uso que habían hecho de ella las columnas de milicianos, o a que la abandonaban en el campo de batalla, durante las retiradas. A pesar de todo, en el invierno de 1936-1937 se abrieron escuelas de artillería en Chinchilla y en Almansa, sumamente necesarias, porque la mayoría de oficiales de artillería que había en julio de 1936 estaban en el lado nacionalista.^[218] La aviación republicana, debido a su estrecha relación con Rusia en lo referente a entrenamiento y material, era más comunista que el ejército: su jefe, Hidalgo de Cisneros, un aristócrata prietista, se había hecho comunista, como hemos visto, igual que Cordón y otros oficiales del ejército que antes no eran políticos. (Hidalgo de Cisneros comunicó el secreto de que había ingresado en el partido a su mujer, Constanza de la Mora, nieta del político conservador Antonio Maura; ella le contestó que había hecho lo mismo unas semanas antes.)^[219] La mayoría de los pilotos españoles que siguieron un curso de entrenamiento de seis meses en Rusia sabían volar bien cuando volvieron; además, muchos se habían hecho comunistas. Los pilotos rusos a las órdenes del general Smushkevich constituían una excelente propaganda por sí mismos, aunque hubo tensiones esporádicas, entre ellos, los pilotos españoles y Belarmino Tomás, el comisario general del Aire, que era anticomunista. En la marina, el comunismo no había tenido tanto éxito. El jefe, almirante Buiza, su sucesor, el capitán González Ubieta, y el comandante de la flotilla de destructores, Vicente Ramírez, eran todos oficiales de carrera naval, y no les gustaba el

Partido Comunista. Bruno Alonso, el comisario general de la flota, era prietista, aunque un ignorante en cuestiones marítimas. Dos rusos capitaneaban submarinos republicanos, había una serie de oficiales rusos que hacían de asesores de los oficiales españoles, y el agregado naval ruso, capitán Kuznetsov, siempre estaba dando consejos a Prieto. Pero, aparte de esto, la presión no era extraordinaria. Esta relativa ausencia de influencia rusa o comunista no favorecía la eficiencia. En realidad, la flota republicana, inactiva y abandonada, era un elemento decorativo dentro de la guerra civil. Gran parte de la responsabilidad debe atribuirse a Prieto, el ministro encargado, que sabía tan poco del mar como Bruno Alonso, y que, en estas cuestiones, confiaba demasiado en su secretario personal, el teniente Eduardo Merín («El papa negro»), que, a pesar de sus aires de sábelotodo, era indolente, moroso y posiblemente un traidor.^[220] Estos oficiales de la marina, que eran técnicamente leales a la República, solían ser muy poco entusiastas de la revolución; mientras que gran parte de la marinería estaba constituida por anarquistas. El capitán Kuznetsov describió una visita al acorazado Jaime I en la que encontró que se estaban celebrando por lo menos tres reuniones políticas. «Nunca cesaban las disputas y las discusiones —comentó agriamente el futuro comandante en jefe de la marina rusa—. El lema "conquistar o morir" se oía por todas partes, pero los anarquistas ni conquistaban ni morían.»^[221] Esta indisciplina entre los hombres, la ignorancia de muchos de los que eran nombrados para el mando de los barcos, y el conflicto de sentimientos en el corazón de los comandantes supremos, fueron las razones del fracaso de la flota republicana. Buiza era un hombre reservado y valiente, pero tímido; González Ubieta no tenía ninguna gana de luchar; Vicente Ramírez, un andaluz expansivo, salpicaba su conversación con expresiones gruesas y marineras, y esto le hacía muy popular, pero era incapaz de crear disciplina; y el oficial más eficaz era el comandante de la flotilla de submarinos, Remigio Verdía.^[222] La función más importante de la flota republicana no era combatir, sino proteger la ruta de Rusia. En esto, la República tuvo más éxito. Entre octubre de 1936 y septiembre de 1937, más de veinte grandes barcos de carga, españoles en su mayoría, hicieron travesías desde el Mar Negro hasta España sin dificultad. El responsable de esto fue el propio agregado naval, Kuznetsov. Además del ejército, seguían existiendo cuatro fuerzas de policía armada: la antigua guardia civil, rebautizada como guardia nacional republicana; los guardias de asalto; los carabineros, dirigidos por el ministro de Hacienda para garantizar el pago de derechos de aduana en la frontera; y el cuerpo de «investigación y vigilancia». De éstas, la guardia republicana y los guardias de asalto tuvieron poca importancia, una vez iniciada la guerra civil. Eran menos importantes que las «milicias de la retaguardia» locales, muchas de las cuales se mantuvieron demasiado tiempo, gracias a la debilidad del bienintencionado ministro socialista de la Gobernación Ángel Galarza. Negrín se encargó de los carabineros a lo largo del invierno de 1936-1937, y consiguió que hicieran su trabajo eficazmente: se les llamaba los «cien mil hijos de Negrín», aunque no eran más de 40.000. Casi todos eran socialistas, no comunistas, en la medida en que pueda asegurarse una cosa así. Pero la policía propiamente dicha y el cuerpo de «investigación y vigilancia» tenían sustanciales componentes comunistas, aunque el nuevo director general de

Seguridad, Wenceslao Carrillo, era un firme partidario de Largo Caballero. Sin embargo, los jefes de policía de Madrid eran comunistas o amigos de los comunistas, y los dos jefes del departamento de información secreta del ministerio de la Gobernación, Juan Galán y Justiniano García, eran miembros del partido.

Una serie de innovaciones producidas en el ejército republicano durante el invierno de 1936-1937 estaban llamadas a afectar al resto del mundo. Me refiero a los cambios en el tratamiento de las heridas de guerra introducidos, al principio en Cataluña, bajo la inspiración del entonces cirujano jefe del hospital general de Barcelona, Josep Trueta. Las innovaciones de Trueta consistieron en el tratamiento de heridas y fracturas por cirugía inmediata; dar puntos en los labios de la herida; y proteger la parte afectada, y proporcionar descanso al paciente, mediante el uso extendido del yeso. Estos cambios suponían que el cirujano acudía donde estaba el paciente y no, como solía ocurrir en la primera guerra mundial, que el paciente fuera al hospital. Sólo este cambio ya salvó muchas vidas. El uso de bancos de sangre en reserva en el frente permitía que los cirujanos operaran sin retrasos. El doctor Durán-Jordá, director del servicio de transfusión de sangre de la Generalitat (y luego del ejército republicano), fue el responsable del inicio de este sistema, junto con su ayudante canadiense, el indisciplinado y llamativo, pero heroico, Norman Bethune. La unidad móvil hispanocanadiense de transfusión de sangre del doctor Bethune prestó sus servicios por primera vez en el frente el 23 de diciembre de 1936, en la Ciudad Universitaria: un hecho tan importante en la historia de la guerra como el primer vuelo sobre Madrid del Messerschmitt 109, que fue casi contemporáneo del primero. Otra de las innovaciones de Trueta fue el abandonar el cambio diario de los vendajes y los antisépticos, tan temido por los heridos. La consecuencia fue que, en la España republicana, el número de muertos en proporción al número de bajas fue muy inferior al registrado en Francia durante la primera guerra mundial, a pesar de que, al principio, los servicios médicos no estaban debidamente organizados y las condiciones higiénicas eran malas, y apenas existían canales de comunicación (para llevar a los heridos a retaguardia).^[223] Además, Trueta tuvo algunas dificultades para conseguir que sus ideas fueran aceptadas en el ejército republicano convencional, aunque al final consiguió convencer al coronel d'Harcourt, el cirujano que dirigía el servicio quirúrgico del ejército.^[224] Hubo un cambio particularmente favorable respecto a la incidencia de la gangrena gaseosa, esa fatal enfermedad de guerra, hasta tal punto que los cirujanos que fueron a Barcelona en 1938 empezaron a pensar que en España (o por lo menos en Cataluña) no había microbios anaerobios, que son los portadores de esa enfermedad. Pero los que tenían buena memoria sabían que no era así.

32

A los problemas existentes entre anarquistas y comunistas a propósito del ejército se sumaron dificultades todavía más graves en lo referente a la tierra. Porque ahora los comunistas apoyaban abiertamente a los pequeños propietarios agrícolas, mientras que los anarquistas, y, en colaboración con ellos, muchos socialistas, defendían las colectividades agrarias. Estas colectividades eran la innovación romántica de la revolución española. Desde entonces, habían dominado la imaginación de muchos. ¿Cómo eran? ¿Cómo funcionaban? ¿Podrían haber sobrevivido? ¿Eran justas? En la España republicana había tal vez unas 2.500 colectividades: varios centenares en Andalucía, unas 450 en Aragón, unas 350 en Levante, y quizás 300 en Castilla. En Cataluña sólo había unas 80; y en la pequeña zona de Extremadura que todavía pertenecía a la República, unas 40.^[225] Todas estas innovaciones agrarias no estaban dominadas exclusivamente por los anarquistas, ni mucho menos; había unos 800 colectividades socialistas, y alrededor de 1.100 tenían por lo menos uno o dos socialistas en sus comités. Las familias que trabajaban en las colectividades agrarias sumaban casi medio millón de personas, y el total de tierra cultivada en régimen colectivo ascendía a casi 9 millones de acres. Además de la existencia de estas colectividades, unos 300.000 campesinos habían recibido tierra del Instituto de Reforma Agraria, que en total (se venía entregando desde 1932) sumaba ahora tal vez 1.500.000 acres; y, naturalmente, seguían existiendo muchos pequeños propietarios privados que deseaban seguir igual que antes, particularmente en Cataluña, e incluso en Aragón. Algunos sitios estaban totalmente colectivizados, pero, en la mayoría, había elementos privados que coexistían con los colectivistas.^[226] En algunos lugares incluso había dos colectividades, una anarquista y una socialista. En algunos sitios, cuando se ocupaban las grandes fincas próximas, la mayoría del pueblo votaba a favor de cultivarlas como pequeñas propiedades. En Aragón, la colectividad era a menudo el propio pueblo. En Levante, las colectividades solían ser más a menudo empresas parciales, y sólo se organizaba de forma comunal el 40% de la población agrícola.^[227] En Andalucía, se formaron colectividades en las fincas privadas confiscadas que, por sus dimensiones y su historia, dieron lugar a problemas diferentes que los que se plantearon en Aragón. De hecho, la mayor parte de la tierra de las colectividades había pertenecido anteriormente a propiedades de tamaño mediano, más que a fincas muy grandes, ya que el área clásica de los latifundios de Extremadura y Andalucía había caído en seguida en manos de los nacionalistas. En Cataluña, en el campo, la

asociación de *rabassaires* amplió su organización y absorbió todas las asociaciones de campesinos independientes dando lugar a una sola federación, en la que entraron todos los campesinos. Toda la tierra cultivada bajo cualquier forma de arrendamiento pasó a manos de quienes la cultivaban. Así como Barcelona, en los primeros meses de la guerra, constituía un triunfo de la industria colectivizada, el campo catalán era un mar de pequeñas propiedades.^[228] Durante los seis primeros meses de la guerra civil, la tierra que se ocupó constituyó de la mitad a las dos terceras partes de todo el país.^[229] Como suele ocurrir, desgraciadamente, con los planes agrarios revolucionarios, se pensó más en función del número de acres que en función del tipo de cultivo. Esto fue un fallo, porque, tanto si triunfa la revolución como la reacción, un viñedo de La Mancha, un naranjal de la huerta de Valencia y una pobre finca mixta de Castilla son cosas completamente diferentes. Las colectividades variaban de tamaño, yendo desde una de 5.000 miembros como la de Tomelloso (Ciudad Real), que controlaba bodegas en las que podía almacenarse más de un millón de arrobas de vino, hasta una como la de Villas Viejas (Albacete), que consistía en dos propiedades ocupadas por unas veinte familias (92 personas) que trabajaban allí. Para empezar, cada colectividad adoptó un estatuto propio de inauguración, con normas que eran diferentes de un sitio a otro. Después, una conferencia anarquista regional aprobó un estatuto modelo para que todos lo copiaran. También se aprobó un sistema general de cuentas, y se estableció una sección estadística nacional. Sin embargo, las colectividades continuaron siendo muy diferentes de carácter y normas. En Aragón, como hemos descrito antes, se celebró en octubre un congreso de colectividades, que llevó a la formación de un consejo regional, dirigido por Joaquín Ascaso. Aunque, en otras regiones, se formaron consejos para otras actividades (producción y racionamiento), en ningún otro sitio hubo un consejo fuerte e independiente, dirigido por los anarquistas, que rechazara toda autoridad política exterior. La mayoría de las colectividades de los pueblos o las ciudades pequeñas estaban dirigidas por una alianza de la UGT y la CNT. Cualesquiera que fueran las diferencias entre estas dos organizaciones, o entre sus dirigentes, a nivel nacional, en muchos pueblos pequeños, sus relaciones fueron buenas durante toda la guerra. Estos miembros de la UGT eran, en su mayoría, personas que habían ingresado en el movimiento socialista en 1931 o 1932 y habían tenido un papel muy importante en la política agrícola antes de la guerra. A diferencia de los socialistas de las ciudades, estos socialistas rurales se mantuvieron muy al margen de la influencia comunista. Habían sido, naturalmente, partidarios de Largo Caballero y revolucionarios en los meses anteriores a la guerra. Los miembros dirigentes de los sindicatos locales declaraban constituidas las colectividades, y nombraban los «delegados» que se encargarían de las diferentes ramas del trabajo: ganado, vino, aceite, etcétera, incluyendo estadística, transporte, administración e intercambio. La reunión de estos hombres constituía el consejo de administración de la colectividad, formado por un presidente, un secretario, un vicesecretario, un tesorero, y tal vez otros cuatro miembros. En algunos sitios, el consejo de administración se constituía mediante votación de una «asamblea general» de la colectividad. El mismo «delegado» podía asumir varios cargos, siempre que le permitieran realizar su propio trabajo en el campo: estos

hombres, sobre todo, no eran políticos profesionales ni funcionarios. Para que quedara claro que no se ganaba nada por ser delegado, a menudo los miembros del consejo de administración recibían menos paga que los trabajadores ordinarios: por ejemplo, en Tomelloso, recibían once pesetas semanales menos que el resto.^[230] (Esta costumbre sería muy digna de ser imitada en otros sitios.) El delegado administrativo, al acabar el año, tenía que dar al contador de la región el balance de importaciones y exportaciones de la colectividad. Las ganancias, si las había, iban a la cuenta de ahorro regional, para ayudar a las colectividades que no podían cubrir gastos. El dinero también se podía destinar a las nuevas compras que se necesitaran en la colectividad. Todos los que ingresaban en la colectividad aportaban sus tierras, sus instrumentos de cultivo y sus existencias. En modo alguno puede decirse que todos los colectivistas fueran personas sin tierra deseosas de tener una participación en las fincas del terrateniente local: también ingresaron algunos pequeños propietarios. Por ejemplo, Jaime Segovia, un joven abogado de Alcorisa (Teruel), ayudó a organizar la colectividad de allí, a pesar de su modesta fortuna;^[231] y el agricultor Vidal Cruz, presidente del consejo de Alcázar de Cervantes, aportó cuatro acres de su propia tierra, junto con otros dos que tenía arrendados.^[232] Todas las colectividades mantenían una tesorería propia: pero lo más probable era que ni siquiera en una colectividad próspera hubiera a mano más de 7 pesetas en efectivo por cada miembro. Es difícil calcular hasta qué punto las personas entraban en las colectividades forzadas o por voluntad propia. La prensa comunista alegaba que reinaba el terror en todas partes, e incluso que «conocidos falangistas» se habían instalado en muchos lugares, haciéndose pasar por anarquistas. A principios de 1937, los pequeños propietarios pudieron continuar cultivando la tierra individualmente sin interrupción en la mayoría de los sitios, aunque se les prohibió tener empleados, y, por lo menos en Aragón, se les prohibió incluso tener registradas sus propiedades en el catastro —«para contrapesar el espíritu de la propiedad egoísta».^[233] Las relaciones entre los campesinos privados (a menudo apoyados por su condición de miembros del Partido Comunista) y las colectividades fueron mejorando a lo largo de 1937. La cuestión de hasta qué punto las colectividades constituyeron un éxito social, y hasta qué punto degeneraron en la dictadura de jefes locales tan cerrados de actitud mental como aquellos a los que habían expulsado o matado, sigue siendo difícil de resolver.^[234] El comunista Líster criticó al Consejo de Aragón en sus memorias: pintaba a Ascaso llegando a Barcelona en una flotilla de grandes automóviles, y siendo agasajado con banquetes, mientras el trabajador medio de sus dominios vivía «sometido a una tiranía inhumana infinitamente peor que antes de la revolución anarquista». Bastaba que el comité local denunciara a una familia campesina para que ésta fuera liquidada, y a quienes preguntaban por ellos se les decía que «se habían pasado al enemigo». En la época del comunismo libertario, concluía, «los aragoneses conocieron el terror como instrumento de autoridad y el crimen organizado [...]. Los enemigos de toda dictadura establecieron una autoridad que era incomparablemente peor, en cuanto a métodos terroristas, que los gobiernos más reaccionarios». Los propios anarquistas reconocen que hubo varias deserciones: en Iniesta (Cuenca), por ejemplo, parece ser que los «individualistas» tenían mucha fuerza. Esta gente

no eran comunistas, sino anarquistas, interesados en la distribución de la tierra. Después de convertirse las grandes propiedades en la base de la colectividad, los «individualistas» insistieron en que se les dieran tres quintas partes de aquella tierra, junto con la mitad de las existencias y las herramientas de cultivo. Después permanecieron 80 familias en la colectividad, y evidentemente prosperaron —tomando prestadas 13.000 pesetas del cuartel general regional— de manera que a finales de 1937 el número de familias había aumentado a 200.^[235] En Peñalba (Huesca), el resultado no fue tan satisfactorio. Al principio, en agosto de 1936, toda la población (1.500 personas) entró a formar parte de la colectividad. Pero ésta no fue popular, porque la principal tarea de la colectividad era alimentar a la columna Durruti, acantonada allí cerca. Por consiguiente, la mayoría de la población, cuando reunieron el valor suficiente, o cuando se dieron cuenta de que contarían con el apoyo comunista, anunciaron su intención de reclamar su propiedad. Una comisión se encargó de supervisar la demolición, y lo hizo satisfactoriamente. En la colectividad quedaron 500 personas. Aun así, se mencionan otros casos de «malos colectivistas» que, cuando todo se daba gratis, trataban de acumular bienes y luego venderlos o dejar que se estropearan.^[236] No siempre quedó claro lo que ocurrió con tales personas: en San Mateo (Castellón) y Seros (Huesca), se dispuso explícitamente que la asamblea general de la colectividad podía expulsar a sus miembros por inmoralidad,^[237] aunque nunca se hizo uso de esta facultad. En muchos sitios, las relaciones entre los agricultores privados y los colectivistas eran frías y corteses, pero no abiertamente malas: en Calanda (Teruel), el pueblo natal de Buñuel, por ejemplo, tenían un café para cada grupo.^[238] Y, por último, en Fatarella (Tarragona), los pequeños propietarios se alzaron en armas contra la CNT que quería colectivizarlos; hubo varios muertos antes de que se restaurara el orden.^[239] Pero, aun teniendo en cuenta su exageración y su parcialidad, ¿tenía razón Lister en su condena de este experimento o no la tenía? Es necesario investigar algún otro aspecto del problema antes de llegar a un veredicto. El papel de la «asamblea general» de las colectividades variaba. En algunos lugares, era un cuerpo activo, en el que la población podía, de vez en cuando, dirigir la política de la colectividad. En Ademuz (Valencia), por ejemplo, un pueblo encantador situado en la ladera de una montaña, la asamblea general se reunía cada sábado para discutir las «orientaciones futuras».^[240] En Alcolea de Cinca (Huesca), se celebraban asambleas generales «mando era necesario».^[241] En Alcázar de Cervantes y en Granadella (Lérida), las asambleas generales elegían el consejo de administración, pero después no hacían casi nada más.^[242] La colectividad de Cervera del Maestre (Castellón) se constituyó por «acuerdo de una asamblea abierta en la plaza del pueblo»,^[243] Gastón Leval, un anarquista francés, describió sus visitas a aquellas asambleas generales en Aragón, donde los acuerdos adoptados «permitían a la población conocer, comprender e integrarse mentalmente en la sociedad, coparticipar en la dirección de los asuntos públicos, y en las responsabilidades, de manera que no había las recriminaciones y las tensiones que se producen siempre que el poder de decisión está limitado a determinados individuos, por muy democráticamente elegidos que sean, sin posibilidad de réplica».^[244] Los secretarios de las colectividades, a menudo elegidos, más que por su dedicación política, porque sabían

leer y escribir, tenían una responsabilidad considerable. En una colectividad del alto Aragón, el secretario era un estudiante universitario, hijo del cacique local, Vicente de Piniés, ex-ministro de la monarquía. (Más tarde se alistó en el ejército, atravesó las líneas en pleno combate, y llegó a ser embajador con Franco.)^[245] Es particularmente difícil emitir un juicio sobre el éxito económico de las colectividades anarquistas. Había muchas variedades de agricultura. En algunos pueblos, por ejemplo, las familias salían el lunes por la mañana para trabajar toda la semana en las montañas, con sus cabras y sus ovejas, y no regresaban hasta el sábado por la noche. Las estadísticas existentes dan un aumento de la producción de trigo de Aragón y el centro de España, los centros principales de colectividades, y una disminución en Cataluña y Levante, el baluarte de los campesinos propietarios. Este hecho fue utilizado por los anarquistas: «Campesinos de Castilla — escribió un tal N. González—, aquí tenéis las pruebas concluyentes de que la colectividad campesina no es una locura: es el sistema con el que la producción es mayor. Éste es el camino a seguir, queridos camaradas [...]».^[246] Desgraciadamente, lo malo era que, aunque verdaderamente aumentó el trigo, como indican estas cifras, el aumento del consumo en el lugar de producción, la decadencia del sistema de transporte y distribución, el aumento de refugiados y la mayor demanda de alimentos que hacía inevitable el bloqueo nacionalista, dieron lugar a una escasez de comida en todas las ciudades de la República, excepto en Valencia. A veces pueden conseguirse las cuentas de colectividades concretas. En el cuadro que viene a continuación están las de Almagro, una población de La Mancha, de unos 8.000 habitantes, no muy lejos de Ciudad Real, que era un gran centro de la industria vinícola.^[247] Estas cifras muestran que la población de Almagro no alcanzaba los niveles de inflación de la República, que debían de ser, incluso en el campo, y entre las fechas mencionadas, aproximadamente de un 30%. El periodista anarquista que fue a Almagro en nombre del semanario *Campo Libre* comentaba además mordazmente que, aunque era evidente que la colectividad funcionaba correctamente, debía tratar de ahorrar, no para sí misma, sino para otras menos prósperas de la región. La colectividad de Almagro parecía haber olvidado que formaba parte de una federación. Los camaradas que formaban el consejo de administración de Almagro estaban demasiado orgullosos. Sin embargo —y esto era algo que, al parecer, podía decirse de muy pocos directores de colectividades— ninguno de ellos fumaba ni bebía. En aquella población había una anomalía: un molino de harina anarquista dirigido por los trabajadores que, no obstante, no formaba parte de la colectividad. Sus productos eran de tres calidades, descritas por orden de valor como «FAI», «CNT» y «AIT».^[248] La colectividad se componía de 300 familias, cada una de las cuales, en el año que iba del 1 de septiembre de 1936 al 31 de agosto de 1937, consumió 180 litros de aceite de oliva, 90 kilos de patatas y unos 350 kilos de pan. Durante el año se bebieron unos 430 litros de vino por familia; una cantidad modesta, teniendo en cuenta que se trataba del primer año de libertad revolucionaria. La iglesia había sido convertida en carpintería. La población era notable por la falta de «comunistas desordenados», y por las buenas relaciones que reinaban entre los partidos.

Continuaba existiendo el ayuntamiento, y en él los anarquistas tenían seis de los quince

puestos.^[249]

	Valor de los bienes el 1 de septiembre de 1936	Valor de los bienes el 1 de octubre de 1937
Bienes		
Muebles	68.080 pesetas	91.150 pesetas
Carros	19.750 »	26.700 »
Corderos	70.800 »	74.000 »
Enseres agrícolas	140.500 »	150.405 »
Enseres para construcción y construcción de caminos	—	4.969 »
Carpintería	—	2.122 »
Dinero en efectivo	—	4.356,74 »
Valor de los bienes	298.330 pesetas	376.686 pesetas
Productos		
Cebada	3.400 fanegas	5.955 fanegas
Vino	500 arrobas	2.050 arrobas
Asente	600 arrobas	1.700 arrobas
Centeno	80 fanegas	130 fanegas
Ciudadanos	60 fanegas	310 fanegas
Trigo	1.700 »	900 »
Mate	35 »	— »
Algarrobilla (judía)	160 »	335 »
Carbanas	4 »	20 »
Yeros	70 »	30 »
Habas	20 »	160 »
Valor de los productos	100.953 pesetas	138.726 pesetas
Valor total de bienes y productos	298.330 pesetas	376.686 pesetas
	100.953 »	138.726 »
	399.283 pesetas	515.412 pesetas
Importaciones a la colectividad 1936-1937:	375.577,84 pesetas	
Exportaciones de la colectividad 1936-1937:	371.242,10 »	
Diferencia:	4.335,74 pesetas	
Diferencia entre el valor de 1936 y el de 1937:	116.129 pesetas	

Los salarios variaban de una colectividad a otra, y en realidad se seguía el criterio de que, cuanto más rica era la colectividad, mejor pagaba a los trabajadores. Ésta era una conclusión irónica, aunque sin duda inevitable, del sueño libertario. En cambio, en muchos sitios daban gratis un poco de aceite, vino, pan e incluso carne, no se pagaban alquileres, y también eran gratuitos la luz eléctrica (donde la había), el barbero, la asistencia médica y las medicinas. Los salarios generalmente variaban según el tamaño y las necesidades de la familia. Como hemos visto, el dinero se abolió totalmente en muchos sitios, pero, en la mayoría de ellos, al cabo de pocos meses, o fue sustituido en forma de vales o bonos, o reapareció con el pago de un «salario normal», como en cualquier otro sitio. Por ejemplo, en Graus (Huesca), al principio los salarios se pagaban en vales: a final de mes, éstos fueron sustituidos por unos billetes divididos en puntos; luego, debido a la importancia de la localidad, situada en una encrucijada, volvió a introducirse la peseta; y, por último, el comité emitió una moneda local para uso interno del pueblo, con diferentes pagos según las necesidades.^[250]

En unos pocos lugares, especialmente si estaban apartados y donde era de esperar que el mal tiempo causara escaseces en invierno, se permitió que los colectivistas mantuvieran unos cuantos animales propios: en Piedras Henares (Guadalajara), por ejemplo, había dieciocho gallinas y tres cabras;^[251] en otros lugares, se montaron comedores comunales donde los solteros podían comer gratis, y los transeúntes por una peseta. En unos pocos lugares, las estadísticas señalan un verdadero aumento de la producción, por ejemplo en la colectividad de Miralcampo, instalada cerca de Guadalajara en tierras que antes habían pertenecido al conde de Romanones.^[252] También hubo algunas mejoras radicales impuestas o posibilitadas por las exigencias de la guerra y, tal vez, por el deseo de los colectivistas de demostrar la superioridad de su sistema sobre todos los demás. Una y otra vez, llegaban informes de nuevas granjas modelo de cerdos, nuevos molinos y nuevas carreteras. La tierra a menudo era cultivada de una forma más racional que antes de la guerra, se extendió el regadío, se iniciaron inteligentes cambios de producción, mejoró la higiene y se construyeron muchos cobertizos. Muchas colectividades compraron nueva maquinaria agrícola. Aumentaron las escuelas, y el ansia de educación de jóvenes y

mayores fue satisfecha, por lo menos parcialmente, en conventos o palacios transformados, por nuevos maestros, que a su vez habían aprendido con dificultad. Desde luego, a innumerables trabajadores, la ausencia, la muerte o, en algunos casos, la jubilación de la antigua clase dominante, del cura, de todo el complicado aparato de la forma de vida católica tradicional, y de todas las cosas que ésta llevaba consigo —tales como la subordinación de las mujeres— les tenían en un estado de euforia permanente, que compensaba todos los inconvenientes de la guerra. La vida tradicional en España había sido muy a menudo, en las pequeñas poblaciones de Castilla y Aragón, extraordinariamente limitada. Ahora, por lo menos, las ventanas parecían abiertas. La conquista del poder por los trabajadores había creado problemas, pero gran parte del tedio de la antigua vida había desaparecido, arrastrado por un mar de lemas, de estímulos para trabajar más, de canciones revolucionarias, viejas canciones con letra moderna, de emisiones radiofónicas y reuniones de comité, que daban la ilusión, al menos, de que existía una vida política en la que podían participar todos.

Desde el punto de vista del gobierno, la principal desventaja práctica de las colectividades era que no pagaban impuestos; y, aunque los anarquistas decían que «consideraban un deber sagrado llevar los alimentos directamente al frente»,^[253] éstos llegaban a intervalos irregulares, o sea que no se podía contar con ellos, y a menudo se malgastaban. Y tampoco se podía contar con que las colectividades siguieran las directrices gubernamentales, a pesar de la presencia de representantes de la UGT en muchos consejos de administración. En diciembre de 1936, los principales funcionarios del ministerio de Agricultura, empezando por el ministro, eran comunistas. (Castro Delgado había pasado del Quinto Regimiento a ser director general de la Reforma Agraria, y el secretario general era otro comunista, Morayta Núñez.)^[254] Esto hizo que muchos trabajadores del campo pensarán que, aunque la clase dominante era nueva, todo era virtualmente igual que antes en todos los aspectos realmente importantes. Es difícil calcular cuál habría sido el destino de las colectividades si el país hubiera estado en paz. Porque es posible que la misma existencia de la guerra y de los otros partidos revolucionarios —por paradójicos que pudieran parecer ambos fenómenos a los anarquistas— fueran las causas parciales del éxito que tuvieron las colectividades. La guerra mantenía el sentido del servicio comunitario. Al mismo tiempo, el apoyo del gobierno y de los comunistas a los pequeños propietarios agrícolas significaba que éstos, generalmente, a partir del otoño de 1936, estuvieron seguros de tener un aliado en caso de necesidad: el consejo de administración de cada pueblo no podía intimidar demasiado a los individuos para obligarles a unirse a ellos o conformarse. (El ministro comunista de Agricultura pronunció una serie de discursos prometiendo al agricultor privado que sus intereses serían protegidos por el Partido Comunista, y el mensaje fue captado: como ya hemos señalado, en febrero de 1937, un tercio de todos los miembros del partido eran campesinos propietarios.)

Podemos sacar la conclusión general de que, en tiempo de paz, la experiencia colectiva habría sido un éxito o un fracaso según el grado en que los que la llevaran a cabo hubieran sido capaces de aceptar la permanencia del Estado y de los propietarios

privados, y de colaborar con ambos; y según el grado en que el Estado y los propietarios privados se hubieran avenido a aceptar permanentemente estos kibbutzim españoles al lado de las empresas económicas y sociales convencionales. Algunos anarquistas, como Horacio M. Prieto, seguían esta línea, y algunos también estaban empezando a ver que la fusión de, por ejemplo, veinticinco o cincuenta tiendas de comestibles en un gran almacén colectivo no siempre era necesariamente una ventaja desde el punto de vista social. La abolición de los cerrajeros, zapateros y carpinteros artesanos privados a menudo llevó a la desaparición total de estos oficios tan esenciales. Y además ¿cómo se conseguiría garantizar que las colectividades ricas entregaran su exceso de producción en beneficio de las pobres?, y ¿cómo lograrían los gerentes rurales los fertilizantes, la maquinaria, el crédito y la asistencia técnica que necesitaba la agricultura española, quienquiera que fuera el que la dirigiera? O sea que hay demasiadas preguntas sin respuesta para poder decir que estas empresas agrarias fueron un éxito. Sin embargo, es evidente que canalizaron el entusiasmo y los intereses de muchos hombres y mujeres pobres, pero entregados a su trabajo. No merecieron ni el desprecio de los comunistas ni la brutalidad de los nacionalistas, pese a que la crueldad y las manías de grandeza de algunos de los dirigentes anarquistas, como Joaquín Ascaso, disminuyeran la simpatía que, de otro modo, inspirarían a todo el mundo aquellos autodidactas idealistas que trabajaron en el sistema. Un último problema del invierno de 1936-1937 requiere un comentario. Surgió en la rica tierra de Valencia, la región que producía el 60% de los agrios españoles, teniendo en cuenta que las naranjas, entonces como ahora, eran la exportación más importante de España. Desde el estallido de la guerra, la comercialización corría a cargo de un comité de la UGT y la CNT (aunque dominado por esta última), que representaba a los intermediarios, y no a los cultivadores de naranjas propiamente dichos. El ministerio de Agricultura pagaba a este comité la mitad del precio internacional de la cosecha en el momento de la entrega, y la otra mitad después de la venta y la deducción de los gastos. Los cultivadores de naranjas, con el apoyo de Uribe, el ministro comunista de Agricultura, acusaron a este comité de que se quedaba con los beneficios, y a ellos no les daban nada. El comité arguyó que, si la cosecha de naranjas volvía a manos de comerciantes privados, no sólo quedarían destruidos los sindicatos, sino que los comerciantes sacarían de España las divisas extranjeras que ganaran. El odio de los cultivadores de naranjas al comité anarquista fue manifestado por el pueblo de Cullera, unos 40 kilómetros al sur de Valencia, que se alzó en armas contra él. El gobierno envió carabineros armados, hubo varios días de lucha, varios muertos, y, al final, el gobierno se hizo cargo del comité. A pesar de todo continuaron las colectividades locales, mientras que los portavoces anarquistas se dedicaron a hacer correr la historia de que los campesinos privados de Cullera habían tratado de entregarse a los nacionalistas, haciendo señales luminosas de cara al mar para atraer la atención de la flota nacionalista. Las acusaciones de fascismo, como veremos más adelante, serían muy frecuentes y se utilizarían mucho dentro del campo revolucionario y republicano durante 1937.^[255]

El bloqueo nacionalista. — Reconocimiento de los nacionalistas por parte de Alemania e Italia. — Acuerdo hispano-italiano del 28 de noviembre. — España ante la Sociedad de Naciones. — Los comienzos de la Brigada Abraham Lincoln. — El plan de control de la no intervención. — La Ley de Embargo en los Estados Unidos. — El mar Cantábrico.

Las batallas en torno a Madrid en el invierno de 1936-1937 fueron acontecimientos tan internacionales como españoles. Sin embargo, los diplomáticos hablaban como si la no intervención pudiera ser verdad. Así, el 12 de noviembre, Maisky, el embajador ruso en Londres («en cierto modo, un segundo embajador leal en Londres»),^[256] había comentado muy satisfecho que «después de semanas enteras de divagaciones sin objeto, nuestro comité [...] ha elaborado un esquema para conseguir un control más o menos efectivo del acuerdo de no intervención».^[257] Porque, aquel día, había sido aprobado un plan de lord Plymouth para descubrir las violaciones del pacto situando observadores en las fronteras y los puertos españoles. Portugal, Alemania e Italia arguyeron que, antes de presentar el plan a los dos contendientes españoles, había que incluir un control aéreo. La práctica imposibilidad de éste indicaba que a estos países les interesaba más prolongar las negociaciones que llegar a un acuerdo. Precisamente entonces, el cónsul alemán en Odesa y los corresponsales de prensa en Estambul informaron del embarque de armas en Rusia. Naturalmente, el cónsul alemán no fue el único en advertir el embarque de la ayuda militar rusa. El 15 de noviembre, Edén, en la Cámara de los Comunes, anunció claramente que había países «más culpables de infracción de la no intervención que Alemania e Italia». El 17 de noviembre, Edén se enfrentó además con un nuevo problema. Los nacionalistas declararon que estaban dispuestos a impedir que llegara material de guerra a la República, y que, para ello, detendrían y registrarían los barcos en alta mar. Pero, de acuerdo con las leyes internacionales, los barcos británicos podían transportar armas a España desde puertos extranjeros, y pedir ayuda a la marina de guerra inglesa si había interferencias, a no ser que éstas se produjeran en aguas territoriales españolas, en las que

la marina inglesa no tenía derecho a entrar. El gobierno británico consideraba la actuación de estos barcos mercantes «contraria al espíritu, cuando no a la letra» del acuerdo de no intervención. La marina de guerra no quería proteger a los barcos mercantes que se dedicaran a aquel comercio.^[258] Si se reconocían a Franco los derechos de beligerante en la guerra civil, las interferencias serían legales. Aunque al gobierno británico le habría gustado reconocerlos (creían que de aquel modo sería más fácil que Inglaterra se mantuviera al margen del conflicto), los franceses se oponían. Edén no deseaba ayudar a Franco ni ofender a Francia. Pero le habría gustado «enseñar los dientes en el Mediterráneo». El 22 de noviembre, en el gobierno, la mayoría de los ministros arguyeron en favor de los derechos de beligerancia, mientras que Edén se opuso a ellos. Ganó éste, y el gobierno decidió dejar que la marina de guerra protegiera a los barcos ingleses que llevaran carga ordinaria, pero prohibir a los barcos ingleses el transporte de armas.^[259] En realidad, el 20 de noviembre, el almirantazgo dijo a los barcos de guerra ingleses que cualquier barco español podía detener a los buques mercantes y registrarlos en busca de armas. Edén no consiguió que se cancelara esta orden hasta el 25 de noviembre. Fue una suerte para el gobierno inglés que no hubiera filtraciones y esto no llegara a oídos de la prensa.^[260] Antes de que se hubiera digerido el anuncio del bloqueo, Alemania e Italia proclamaron que reconocían a los nacionalistas como el gobierno de España. Franco recibió la noticia y reaccionó ante ella diciendo que Alemania e Italia, con Portugal y la España nacionalista, eran los baluartes de la cultura, la civilización y la cristiandad en Europa. «Este momento —añadió con una exageración poco habitual en él— marca la cumbre de la vida del mundo.»^[261] Pero la situación era peligrosa, porque, el 21 de noviembre, un submarino italiano había atacado y torpedeado al crucero republicano Miguel de Cervantes frente a la costa de Cartagena.^[262] El 27 de noviembre, el embajador italiano en París manifestó a su colega norteamericano, Bullitt, que Italia no dejaría de apoyar a Franco, aun cuando Rusia abandonara a la República, «porque los efectivos de Franco no son suficientes para permitirle conquistar toda España».^[263] Mussolini lo apostaba todo a la victoria de Franco. Acababa de enviar a Anfuso, el principal secretario de Ciano, y al jefe del servicio de información secreta militar, coronel Roatta, a Franco, para sugerirle que Italia estaba dispuesta a enviar una división de «camisas negras» a combatir en España. A cambio, quería que Franco apoyara a Italia en su política mediterránea. Las relaciones comerciales serían lo más favorables posible.^[264] El 28 de noviembre, Franco aceptó este trato sin entusiasmo, y empezaron a organizarse los camisas negras. En aquellos momentos, Italia había enviado a Franco, en total, unos 50 tanques ligeros Ansaldo-Fiat, 50 piezas de artillería, unos 24 cazas Fiat, 19 bombarderos Savoia 81 y algunos bombarderos ligeros Romeo 37.^[265] Ahora fueron retirados la mayoría de los especialistas en tanques, que habían combatido desde el 21 de octubre hasta el 26 de noviembre, vinculados a la legión, dejando en España el material y un grupo de pilotos italianos bastante desmoralizados, dirigidos por el capitán Fagnani, que eran los únicos italianos que, en realidad, estaban luchando con Franco.^[266] Entretanto, llegó a Burgos el primer encargado de negocios alemán ante el gobierno

nacionalista. Se trataba del general von Faupel, jefe de un cuerpo de ejército en la primera guerra mundial, que más tarde sería un organizador del *Frei Korps*, y pasaría la mayor parte de la década de los años 20 ayudando a reorganizar los ejércitos de Argentina y Perú. Era un nazi convencido, hablaba español con soltura, ya que, desde 1934, era director del Instituto Alemán Iberoamericano, y en el ministerio alemán de Asuntos Exteriores se le tenía mucha antipatía. Hitler le había dicho que no se entrometiera en asuntos militares, y se llevó consigo un hombre que se encargara de la propaganda, y otro para la «organización de la Falange». Desde el principio, él y su mujer —«gruesa, inteligente y maternal»— cayeron mal a los dirigentes españoles.^[267] Von Faupel, en cambio, encontró a Franco «agradable», pero «incapaz de calibrar las necesidades de la situación».^[268] El general von Faupel era antirreligioso, y odiaba a la clase alta española; porque pensaba que sólo un hombre de baja extracción podía hacer una revolución fascista. Por lo tanto, sus agentes se asociaron y apoyaron a los miembros más radicales de la Falange, particularmente a Manuel Hedilla.^[269] Von Faupel quería que Hitler llevara a cabo una cruzada antibolchevique, en España y en todas partes; pero Hitler le había dicho que España era «un reclamo que entretenía a las grandes potencias y dejaba a Alemania libre para perseguir sus objetivos en el este».^[270] El primer informe de von Faupel a Berlín fue para pedir (de acuerdo con el general von Sperrle, el jefe de la Legión Cóndor) que Alemania abandonara ahora a Franco, o enviara más fuerzas. Sólo se necesitaba una fuerte división alemana y otra italiana.^[271] Una fuerza de combate concentrada, de quince a treinta mil hombres, decía, podía romper fácilmente las líneas republicanas de forma abrumadora y ganar la guerra. Dieckhoff, en el ministerio de Asuntos Exteriores, se opuso a esto, arguyendo que se necesitaría más de una división alemana, y que, si se enviaban tales fuerzas, Alemania e Italia suscitarían el mismo odio que habían despertado los franceses en 1808, en España. Además, Alemania y la España nacionalista pronto tendrían que considerar la cuestión del pago, ya que Alemania codiciaba los minerales españoles, y otros bienes. De hecho, el último día del año 1936, von Faupel y un miembro del servicio diplomático nacionalista firmaron un protocolo que ampliaba el tratado comercial existente hasta el 31 de marzo de 1937, y preveía la celebración de nuevas negociaciones antes de aquella fecha. Antes de esto, Delbos, que temía que Italia estuviera a punto de atacar Barcelona, y sabía que Franco podía pagar la ayuda alemana con minerales,^[272] propuso a Edén que pidiera a Alemania, Italia y Rusia que llegaran a un «acuerdo entre caballeros» para cesar en la venta de armas, y luego mediar en España. Delbos también pidió apoyo a Roosevelt. Bullitt, al recibir la petición, aprovechó la oportunidad para advertir a Delbos que «no basara su política exterior [...] en la expectativa de que los Estados Unidos volverían a enviar tropas o barcos de guerra u oleadas de municiones y dinero a Europa».^[273] Mientras tanto, el 2 de diciembre, el comité de no intervención (con la abstención de Portugal) acordó presentar a los dos bandos españoles el plan de control de lord Plymouth.^[274] El 4 de diciembre, Francia e Inglaterra se pusieron oficialmente en contacto con Alemania, Italia, Portugal y Rusia para tratar de la mediación. Edén sugirió que «las seis potencias más directamente relacionadas»

pidieran un armisticio, y enviaran una comisión a España para que, después de un plebiscito, formaran un gobierno constituido por hombres que se hubieran mantenido al margen de la guerra civil, como Salvador de Madariaga, a quien Edén había conocido en Ginebra y al que tenía un gran respeto; Madariaga había sido el representante español durante los últimos años de la República, y había sido funcionario permanente de la Sociedad de Naciones.^[275] Así pues, entonces había tres planes francobritánicos para mejorar las condiciones de la guerra civil: el plan de control, la propuesta de mediación, y una sugerencia hecha por lord Plymouth en el comité de no intervención, en el sentido de dar prioridad al cese del envío de voluntarios a España. El 6 de diciembre, mientras se suponía que por lo menos estaban considerando estas sensatas ideas, Mussolini, Ciano y los jefes de estado mayor italianos se reunieron para planear la fase siguiente de su ayuda a España.^[276] También asistió a la reunión del omnipresente Canaris, para decir a los italianos que el gobierno alemán deseaba reducir su participación en España en comparación con la participación italiana. El ministerio de la Guerra alemán había decidido no acceder a la petición de von Faupel de enviar a España unidades completas. Ya que Italia quería obtener ventajas diplomáticas, correspondía a Mussolini prestar más ayuda a Franco que la que Alemania podía suministrar. Al día siguiente, 7 de diciembre, Roatta fue investido con el mando supremo de todos los italianos en España, y en el ministerio italiano de Asuntos Exteriores se instaló una «oficina española» para planear este nuevo paso.^[277] además, en este mismo mes de diciembre, se reunieron los dos estados mayores navales de las dictaduras y acordaron que, como línea general, Italia actuaría en favor de Franco en el Mediterráneo, y Alemania se concentraría en el Atlántico. El 10 de diciembre, con disgusto por parte de Litvinov (que era contrario a que se llevara el caso español a la Sociedad de Naciones) y de los franceses (que no habían sido consultados en absoluto), Álvarez del Vayo planteó el caso de la República ante el consejo de la Sociedad de Naciones, en Ginebra. No podía esperar que, después de tantos fracasos a la hora de emprender una acción colectiva, la Sociedad de Naciones fuese a tener una intervención decisiva en España; pero, al menos, la cuestión fue incluida en el orden del día. Álvarez del Vayo pidió que la Sociedad de Naciones condenara a Alemania e Italia por haber reconocido a los rebeldes. Señaló que barcos de guerra extranjeros habían atacado a mercantes en el Mediterráneo, que se habían utilizado innumerables tropas marroquíes, que la guerra de España era un peligro general para la paz, y que el acuerdo de no intervención era ineficaz. Finalmente, el consejo instó a los miembros de la Sociedad de Naciones que pertenecían al comité de Londres a que hicieran todo lo posible para garantizar la no intervención, y recomendó la mediación. Aunque Rusia y Portugal declararon que estaban dispuestas a apoyar cualquier plan de mediación razonable, Alemania e Italia, aunque ofrecieron su apoyo, dijeron que pensaban que era muy probable que ninguno de los dos bandos aceptara la idea. Tenían razón: los periódicos nacionalistas y los republicanos rechazaron la mediación en sus editoriales. Se abandonó el plan de mediación, y Edén y Delbos encaminaron sus esfuerzos a conseguir que se llevaran a cabo planes menos ambiciosos. La República aceptó en principio el plan de

control el 16 de diciembre, a la vez que exponía sus puntos de vista ya conocidos sobre la no intervención, y se reservaba el derecho a rechazar el plan después de estudiarlo más. Los nacionalistas respondieron, el 19 de diciembre, haciendo preguntas. Éstas fueron estudiadas por el subcomité del comité de no intervención el 22 de diciembre, en una atmósfera de aprensión ante la renovada posibilidad de una guerra general.^[278] Esta alarma fue causada por la llegada de los primeros 3.000 camisas negras a Cádiz; porque la República española había capturado el barco alemán Palos, que se dirigía a la España nacionalista; y porque los nacionalistas habían hundido un barco ruso de suministros, el Komsomol. En París, Delbos mantuvo una solemne conversación con Welczeck. Le dijo que el pueblo francés quería llegar a un entendimiento con Alemania.^[279] La forma de lograrlo era colaborar en el caso de España. La víspera de navidad de 1936, los embajadores franceses e ingleses en Berlín, Roma, Moscú y Lisboa insistieron, al margen del comité de no intervención, en la necesidad urgente de prohibir los envíos de voluntarios a partir de enero. François-Poncet dijo en Berlín que la cuestión no había parecido hasta entonces a Francia tan importante como para justificar aquella interferencia en la libertad personal.^[280] Pero las perspectivas de que esto pudiera llevar a alguna parte quedaron muy poco claras cuando el embajador italiano aseguró a Blum que sólo podría iniciarse un período de amistad francoitaliana si dejaba que Franco subiera al poder en España. Mussolini, añadió el diplomático (y quizá decía la verdad), odiaba a Hitler y estaba deseando tener una oportunidad para romper con él. Otra muestra de esta actitud de positivo apaciguamiento pudo verse en el «acuerdo entre caballeros» angloitaliano del 2 de enero de 1937. Éste afirmaba la independencia de España y la libertad de paso por el Mediterráneo.^[281] Pero las noticias del aumento del apoyo italiano a Franco acabaron con cualquier idea de que aquel acuerdo no fuera sólo papel mojado. «Parecía sumamente probable —reflexionaba Edén más tarde— que Mussolini hubiera utilizado nuestras negociaciones para encubrir su intervención posterior.»^[282] Ahora estaban llegando a España, indiscutiblemente, manadas de «turistas armados», como los llamaba Winston Churchill, o commis voyageurs en idéologie, en palabras del coronel Morell, agregado militar francés en Madrid.^[283] El 15 de enero, llegó a Cádiz una segunda expedición de 3.000 camisas negras y 1.500 técnicos italianos. El Duce quería que sus italianos fueran a España para dar gloria a Italia y, por consiguiente, no quería mezclarlos con unidades españolas, como hacía Franco. Éste cedió, de mala gana, durante algún tiempo. A mediados de enero, el total de italianos en España era de 17.000.^[284] Estas tropas recibían dos tipos de paga: dos pesetas diarias de Franco y 20 liras diarias de Mussolini. Sin embargo, en Roma se hablaba de otra paga de 25 pesetas diarias, y de un seguro de 20.000 liras, para atraer voluntarios.^[285] Entretanto, se instalaron centros de reclutamiento de voluntarios para España en las mayores capitales de provincia de Italia, particularmente en las zonas más pobres, como Bari, Cagliari o Nápoles. (En Italia también había agentes secretos comunistas que reclutaban voluntarios para las Brigadas Internacionales.) Y no sólo eso, sino que fueron enviados a España empleados de los ferrocarriles italianos para reorganizar los ferrocarriles conquistados por Franco. Los

alemanes que había en España seguían siendo 7.000, pagados únicamente por Berlín. El último día de 1936, el cónsul general norteamericano en Barcelona calculaba que, desde octubre, habían llegado de Francia en tren unos 20.000 voluntarios para la República, y que habían pasado 4.000 por Barcelona y Albacete entre navidad y la víspera de año nuevo,^[286] mientras en Moscú, el 1 de enero de 1937, 17 pilotos rusos eran nombrados «héroes de la Unión Soviética» por «difíciles servicios al gobierno» —esto es, por servicios en España-^[287] Así pues, la guerra estaba trayendo cada vez más hombres a España, de todas partes. Durante todo este tiempo, Rusia no hizo ningún comentario público sobre su ayuda a España, pero, naturalmente, sus tanques y sus aviones fueron advertidos por todos los observadores. El primer grupo organizado de 96 norteamericanos voluntarios para la España republicana salió de Nueva York el 26 de diciembre.^[288] En realidad, según la ley americana, era un delito que un americano se alistara en el ejército de otro Estado. Pero esto no se aplicaba a los norteamericanos que se presentaban voluntarios en otro país, sino sólo a los reclutados en suelo estadounidense. A partir del 11 de enero, sus pasaportes llevaron normalmente el sello «No válido para España».^[289] Esto no tuvo mayores consecuencias, ya que, desde París, la organización de las Brigadas se encargaba de los voluntarios, que para entonces ya funcionaba muy bien. De hecho, no hubo ningún proceso contra ningún ciudadano norteamericano que se hubiera presentado voluntario para la República. El «embargo moral» sobre la venta de material de guerra a España había sido eficaz, por lo general, aunque a España llegó algo de material norteamericano a través de México. Pero, el 28 de diciembre, Robert Cuse, un lituano nacionalizado como estadounidense que trabajaba para la llamada Vimalert Enterprise, de Jersey City (y que probablemente trabajaba para el gobierno ruso), solicitó una licencia para enviar al gobierno español aviones, motores y otras partes de avión por valor de 2.775.000 dólares.^[290] El Departamento de Estado tuvo que conceder la licencia, pero lamentó que una compañía norteamericana hubiera insistido en hacer valer sus derechos legales en contra de la política del gobierno. Temiendo, con razón, que el gobierno de los Estados Unidos pudiera actuar rápidamente para impedir el envío, Cuse empezó inmediatamente a cargar su mercancía en el buque mercante español Mar Cantábrico. Mientras tanto, el presidente dispuso que el senador Pittman y el representante McReynolds presentaran resoluciones para prohibir los embarques de armas para España en las dos cámaras del Congreso tan pronto como se reuniera éste, el 6 de enero.^[291] Aquel día, en el Senado, sólo se opuso a la resolución el senador Nye. Arguyó que el embargo era injusto, porque perjudicaba más a la República que a los nacionalistas. También lo criticaron varios miembros de la Cámara Baja. Pero el Senado aprobó la nueva ley por 81 votos a favor y ninguno en contra, y la Cámara de Representantes por 406 contra uno. El representante Bernard, que fue quien disintió, declaró que aquello era un acto de falsa neutralidad, ya que su efecto era «arrebatar a la España democrática sus legítimos derechos internacionales en el momento en que estaba siendo asaltada por las hordas fascistas».^[292] Sin embargo, un error técnico del Senado impidió que la resolución se convirtiera en ley hasta el día 8, y, el día 7, el Mar Cantábrico zarpó apresuradamente de

Nueva York, aunque llevando sólo parte del cargamento de Cuse. Pero no acabó aquí la aventura. Dos pilotos norteamericanos, Bert Acosta y Gordon Berry, que habían pilotado aviones republicanos durante el otoño por la elevada paga que se ofrecía entonces, afirmaron que les debían 1.200 dólares por sus servicios. Convencieron al servicio de guardacostas para que presentara una orden de embargo al capitán del Mar Cantábrico en el estuario de Long Island.^[293] Pero resultó que el embargo sólo podía aplicarse a las propiedades de Prieto. De manera que, acompañado por un avión y un barco del servicio de guardacostas (por si el embargo de armas se convertía en ley más rápido de lo que se esperaba) hasta el límite de las tres millas de aguas territoriales, el Mar Cantábrico salió con rumbo a Veracruz, en México, donde recogió más carga y zarpó para España. Aunque entonces iba camuflado de barco inglés, fue capturado por el crucero nacionalista Canarias en el golfo de Vizcaya, y el material que transportaba fue confiscado. Los españoles que formaban parte de la tripulación fueron ejecutados.^[294] Franco declaró que, con la ley de Embargo, el presidente Roosevelt se había portado como un «verdadero caballero». Alemania también alabó la ley. Los comunistas americanos protestaron, así como muchos intelectuales liberales de los Estados Unidos. El petróleo no estaba incluido en la ley. Los liberales pidieron al presidente que declarara, por lo menos, que había un estado de guerra, debido a la presencia de tantas tropas extranjeras en España, y que, por lo tanto, había que aplicar el acta de neutralidad de 1935, con el fin de evitar toda exportación de material de guerra a Alemania e Italia. Cordell Hull convenció a Roosevelt de que una declaración como aquélla podía aumentar las probabilidades de una guerra general. Por lo tanto, el presidente se abstuvo de dar este paso.^[295] Sin embargo, a España llegó algo de material americano, a través de Alemania y Rusia; por ejemplo, el tanque T-26 llevaba incorporado un cañón de 40 milímetros que al principio se fabricaba en Estados Unidos y se vendía a Rusia.^[296] El desafío abierto de Cuse al gobierno de los Estados Unidos creó dificultades a otras personas (entre ellas el embajador republicano en México, Félix Gordón Ordás) que estaban tratando de conseguir armas en los Estados Unidos de forma más secreta.^[297] El 5 de enero Portugal, y el 7 de enero Alemania e Italia, contestaron a la propuesta anglofrancesa sobre los voluntarios. (Rusia había respondido afirmativamente el 27 de diciembre.) La nota alemana fue redactada personalmente por Hitler. ¿Por qué se intentaba dar de lado al comité de no intervención? ¿No era injusto hacer aquella propuesta entonces, cuando el bando republicano estaba tan bien provisto de voluntarios extranjeros? Sin embargo, Alemania cooperaría, siempre que el plan fuera controlado efectivamente.^[298] Edén, por consiguiente, propuso al gobierno británico que ofreciera los servicios de la marina para supervisar los puertos de la costa española, con derecho a registrar. Baldwin, que antes de la discusión había aprobado la idea de Edén, no le apoyó; Hoare, primer lord del Almirantazgo, criticó duramente a Edén, diciendo: «Estamos llegando a un momento en que, como nación, estamos intentando impedir que gane el general Franco». Esgrimió «toda clase de argumentos técnicos» para invalidar el plan de Edén; la costa española era demasiado extensa, se necesitarían demasiados barcos, y habría que movilizar a la reserva naval. Otros ministros adoptaron idéntica

postura, y el gobierno sólo autorizó a Edén a que llevara adelante un plan internacional, no británico, de no intervención. El 10 de enero fue enviada «una propuesta truncada», como la llamó Edén, de acuerdo con la línea del gobierno.^[299] Así pues, se perdió una buena oportunidad de conseguir un verdadero control de la no intervención. A pesar de todo, en una circular repartida entre los miembros del gobierno el 8 de enero, se puso de manifiesto que Edén, por lo menos, se había dado cuenta de que «ahora es menos importante para la paz de Europa cómo va a ser el futuro gobierno de España que el hecho de que los dictadores no salgan victoriosos».^[300] Entonces, Alemania, que parecía haber dejado los asuntos de España en manos de Italia, de repente adoptó una actitud provocadora. El barco alemán Palos había sido puesto en libertad después de ser capturado por la República el 27 de diciembre, pero quedó detenido un español que iba a bordo, así como un cargamento de celuloide y teléfonos, que se consideró material de guerra. La petición de Alemania para que fueran dejados en libertad el prisionero y el material no fue aceptada. Neurath se mostró de acuerdo en amenazar con «medidas más duras» si no se cumplimentaba la petición inmediatamente. Al no cumplimentarse, fueron capturados tres buques mercantes republicanos, y dos de ellos fueron entregados a los nacionalistas. Y el bombardeo de un puerto se dejó para el futuro. Después se produjo otra crisis. El 7 de enero, el gobierno francés se enteró de que habían desembarcado en el Marruecos español 300 alemanes. El hombre del Quai d'Orsay, Alexis Léger, recordó a Welczeck, el embajador alemán en París, el acuerdo franco-español de 1912 sobre Marruecos, que prohibía la fortificación uno contra otro del Marruecos español y del francés. Welczeck negó que pudiera haber tropas alemanas en el Marruecos español. Entretanto, la prensa francesa estaba muy excitada. Vansittart solicitó ayuda inglesa para Francia si se demostraba que los informes eran correctos. Al día siguiente, empezaron a concentrarse tropas francesas a lo largo de la frontera entre el Marruecos francés y el español. Von Faupel informó a Neurath de que había una unidad alemana en Melilla — una posesión española a la que no se aplicaba el acuerdo sobre Marruecos—, pero en ningún otro lugar. Mientras tanto, Hitler llamó a François-Poncet y le dijo que Alemania no tenía ambiciones territoriales en el suelo español. Esta afirmación se publicó en la prensa, y la crisis perdió toda su virulencia. El coronel Beigbéder, en su calidad de alto comisario de Marruecos, dijo al cónsul francés en Tetuán que, de hecho, eran los italianos, y no los alemanes, los que «estaban intentando establecerse en el Marruecos español, bajo cualquier pretexto: ofrecían con profusión todo lo que uno podía desear [...] él se había negado». También dijo que, aunque algunos alemanes habían pasado por Marruecos, allí no había ninguno de forma permanente, ni lo habría.^[301] Beigbéder era un hombre honrado, y el francés le creyó. Así pues, el incidente pasó a la historia como una alarma más de guerra, fácilmente creada y fácilmente desaparecida, en la cadena de inquietud que destrozó los nervios de Francia entre 1918 y 1939.^[302] Pero Marruecos estaba asumiendo un extraño papel en la guerra civil. La guardia del general Franco estaba formada por tropas marroquíes; el coronel Beigbéder había animado o engatusado a unos 50.000 voluntarios marroquíes para que apoyaran el alzamiento; y, sin embargo, se habían

iniciado negociaciones entre la República y los dirigentes nacionalistas marroquíes para conceder la independencia al protectorado a cambio de que cesara su ayuda a Franco. Antes del 18 de julio de 1936, un «comité de acción nacionalista marroquí» incluso había enviado una delegación para advertir al gobierno de Madrid de lo que estaban planeando los oficiales del ejército de África; pero el gobierno de Casares Quiroga no hizo caso de ésta, ni de ninguna otra advertencia.^[303] Después del alzamiento, el mismo comité recibió a representantes de la izquierda francesa y del gobierno de Madrid. El comité dijo que ayudaría a «salvar la democracia en España», siempre que la República proclamara su apoyo a la independencia del Marruecos francés y español. Se hicieron otras peticiones, como la de que España diera armas a los nacionalistas y que Francia iniciara todas las reformas necesarias en el sultanato. Abdel Kjalak Torres, dirigente del partido reformista, acudió a Barcelona en el otoño de 1936 para ofrecer una alianza. Los catalanes mostraron interés por el asunto, pero Largo Caballero rechazó la idea, por miedo a dificultar las cosas a Léon Blum.^[304] Porque Herriot, el ministro francés de Colonias, «amenazaba con actos terribles si la República apoyaba aquella empresa que, en su opinión, era un acto de locura». Entonces, Largo Caballero ofreció 40 millones de pesetas al comité de Abdel Kjalak Torres para que hiciera propaganda en favor de la democracia española, comprometiéndose a «portarse bien» en Marruecos cuando ganaran. Los marroquíes rechazaron esta idea, pero mantuvieron relaciones con los catalanes. Más tarde, sin embargo, el gobierno republicano dio otros pasos para intentar revolver a Marruecos contra Franco. Por ejemplo, el 19 de febrero de 1937, propusieron a Inglaterra y a Francia concesiones en Marruecos favorables a ambos países (quizá la cesión a Francia de todo el Marruecos español), si cambiaban su postura respecto a la no intervención.^[305] Más adelante todavía, Carlos Baraibar, que para entonces era el subsecretario de Guerra de Largo Caballero, ofreció simplemente dinero a los marroquíes para iniciar una rebelión contra Franco; pero ellos se negaron.^[306] El 14 de enero, Weizsaecker dijo a un miembro del servicio de información privada de Ribbentrop que «hay que abandonar la aventura española. Sólo se trata de sacar a Alemania del asunto airosamente», añadió,^[307] Sin embargo, Goering reconoció el mismo día que Alemania nunca toleraría «una España roja».^[308] En medio de estas actitudes conflictivas, el 20 de enero, se reunieron en Roma Goering, Mussolini y Ciano. Convinieron en que, ahora que Franco había sido «ampliamente provisto», Alemania e Italia apoyarían el plan francobritánico para impedir que entraran voluntarios en España. El día 31 de enero se enviaría la última ayuda militar. También acordaron que no permitirían de ningún modo que la guerra civil llevara a una guerra mundial. Schmidt, intérprete de Goering en esta reunión, observó que tanto los alemanes como los italianos hablaban de sus fuerzas en España como si se tratara de auténticos voluntarios —incluso entre ellos—^[309] Weizsaecker, además, comentó: «La finalidad de Alemania, así como la de Italia, es, ante todo, negativa. No queremos una España comunista».^[310] Además, el objetivo de la ayuda rusa seguía siendo impedir la derrota republicana. La intervención de fuerzas lo bastante grandes como para decidir la victoria de uno u otro bando en 1937 habría supuesto el riesgo de una guerra europea

general. Y nadie deseaba una guerra como aquella a consecuencia del conflicto de España. De hecho, el comité de no intervención no tardaría en conseguir su primera victoria real. El 28 de enero, el ministerio alemán de Asuntos Exteriores dijo al general von Faupel, que estaba en Salamanca, que Alemania deseaba «un control tan efectivo como fuera posible, para suspender sus suministros a España tan pronto como quedara establecido».^[311] Y éste no tardó en llegar. El plan era que habría observadores internacionales en el lado no español de las fronteras españolas, y en los barcos de los países pertenecientes al comité de no intervención que se dirigieran a España. Además habría barcos de guerra que patrullarían en aguas españolas. Ribbentrop recibió instrucciones de no establecer el control aéreo como condición para aceptar el plan de control, por miedo a estropear las posibilidades de acuerdo.^[312] Ciano también dijo a Grandi que se mostrara «positivo»,^[313] ya que habían cesado los envíos italianos a España. El único obstáculo era Portugal, que se negó, por razones de «soberanía», a aceptar observadores internacionales en su lado de la frontera con España. Entonces Rusia dijo que deseaba participar en la patrulla naval. Se le asignó un área marítima al norte de España. Maisky sugirió que prefería la costa este. Esta idea fue rechazada por Alemania e Italia (a quienes se había asignado aquella zona), porque no deseaban ver a la flota rusa en el Mediterráneo. Portugal accedió a aceptar unos cuantos observadores ingleses, oficialmente vinculados a la embajada británica en Lisboa, que no serían considerados «supervisores internacionales», y Rusia, que de todos modos tenía pocos barcos, al final accedió a no insistir en el asunto de su participación en el control naval. Quizá lo que la persuadió a este acto conciliatorio fue la captura, justamente frente a la costa de Barcelona, de un gran cargamento procedente de Odesa, que transportaba el antiguo trasatlántico Marqués de Comillas. El botín había sido enorme. El costo de la puesta en práctica del plan de no intervención en un año se calculó en 898.000 libras. Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y Rusia pagarían cada una el 16% (143.680 libras), mientras que el 20% restante se dividiría entre los otros 22 países.^[314] Los gastos de la patrulla naval correrían a cargo de los cuatro países que participarían en ella. Finalmente, el plan quedó acordado el 8 de marzo. Se encargaría de su administración una junta internacional, en la que estarían representadas Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Rusia (y, más tarde, Polonia, Grecia y Noruega), y cuyo presidente sería el vicealmirante holandés van Dulm. Inglaterra se haría responsable de la frontera hispanoportuguesa. En la frontera francesa habría 130 observadores, encabezados por un administrador jefe (el coronel danés Lunn), y 550 observadores en los barcos que zarparan con rumbo a puertos españoles, presididos por el contralmirante Oliver, supervisarían la descarga de todos los barcos. Inglaterra controlaría la patrulla naval desde la frontera francesa hasta el cabo Busto, en el extremo noroeste de Galicia, y desde la frontera portuguesa del Algarve hasta el cabo de Gata. Francia patrullaría desde el cabo Busto hasta la frontera portuguesa, la costa del Marruecos español, y las de Ibiza y Mallorca. Alemania sería responsable de la costa oriental española, desde el cabo de Gata hasta el cabo Oropesa, e Italia desde el cabo Oropesa hasta la frontera francesa. Menorca también quedaría bajo la responsabilidad de Italia. La organización del plan y de la

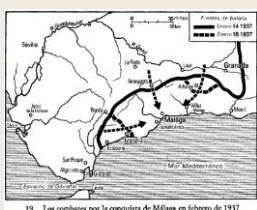
legislación necesaria en los diferentes países para obligar a sus ciudadanos a cumplirlo duró hasta el 20 de abril. Para entonces, los observadores y los barcos de patrulla ya se encontraban en sus puestos respectivos. La bandera de la no intervención —dos esferas negras sobre fondo blanco— ondeó esperanzadamente, a partir de entonces, frente a los puertos de España.^[315]

34

La caída de Málaga y las batallas del Jarama y de Guadalajara.

En la primavera de 1937, se libraron tres batallas en España: en Málaga; en el río Jarama, cerca de Madrid; y en las afueras de la ciudad de Guadalajara, también próxima a la capital. La primera, que sólo fue una escaramuza, constituyó una victoria para Franco; la segunda acabó en tablas; y la tercera fue una victoria moral para la República. Málaga, con sus cien mil habitantes, era la principal ciudad de una estrecha llanura que se extiende desde el mar hasta Sierra Nevada. Su clima espléndido y su puerto natural le habían dado tres mil años de gran relevancia comercial. A principios de 1937, el frente, que partía de un punto de la costa situado a unos treinta kilómetros de Gibraltar, se dirigía por el interior hacia Ronda, y continuaba por las montañas hasta Granada. Así pues, la República conservaba una franja costera de treinta kilómetros de anchura, en cuyo centro estaba Málaga. La única carretera que unía aquel territorio con el resto de la España republicana, más al norte, estaba cortada por una inundación que se había producido en Motril. La propia Málaga había sido bombardeada, y antes los obreros habían destruido el elegante barrio de La Caleta. Por lo tanto, la ciudad presentaba un aspecto desolador. Las autoridades de Málaga habían actuado como si constituyeran una república separada del resto de España, y no se habían organizado bien: de ahí que se dijera que el gobierno central «no quería saber nada de Málaga». Pero, oficialmente, Málaga corría a cargo del nuevo ejército republicano del Sur, dirigido por el general Martínez Monje. Éste tenía un asesor ruso, el comandante Meretskov (futuro mariscal). Había empezado a organizar sus fuerzas como brigadas

mixtas, pero el proceso no había llegado muy lejos. El 17 de enero, empezó una ofensiva nacionalista en esta región, dirigida por Queipo de Llano, al mando del ejército del sur del otro bando. El coronel duque de Sevilla, un Borbón, primo del ex-rey, tenía el mando directo de las tropas. Empezó por ocupar la parte occidental del territorio republicano, que incluía hasta Marbella, en los tres primeros días. A continuación, las tropas de la guarnición de Granada, al mando del coronel Muñoz, avanzaron para apoderarse de Alhama y los territorios circundantes, al norte de Málaga. Estos dos ataques y preliminares se llevaron a cabo sin encontrar resistencia. Aunque los refugiados de los territorios recién perdidos afluían a la ciudad y dormían sobre las losas de la catedral, al parecer, el mando republicano de Málaga no sospechó que aquellos acontecimientos anunciaran una campaña general. Y en Valencia no se hizo nada para enviar refuerzos a Málaga. Aunque, como la carretera estaba cortada en Motril, no podrían haber enviado artillería. De todos modos, Largo Caballero estaba acariciando la idea de lanzar un ataque desde la carretera Madrid-Valencia contra los nacionalistas del sur de Madrid.



19. Los combates por la conquista de Málaga en febrero de 1937

Inmediatamente al norte de Málaga, las fuerzas mecanizadas de los camisas negras italianos habían empezado a reunirse bajo el mando de Roatta («Mancini»):^[316] eran nueve batallones en total, es decir, algo más de 10.000 hombres. Los coroneles Emilio Faldella y Rossi eran el jefe de estado mayor y el jefe directo de las tropas, respectivamente. (Roatta continuó siendo jefe del servicio secreto italiano mientras pasaba una temporada, como suponía él, en España.) Algunos de sus soldados eran ex-fascistas de los tiempos de la marcha sobre Roma, en 1922, y la mayoría eran voluntarios nuevos, aunque, como escribió uno de ellos más tarde, si bien todos eran legalmente voluntarios, pocos lo eran en realidad: eran «voluntarios sin voluntad».^[317] Contaban con el apoyo de una fuerza aérea «legionaria» italiana de 100 aviones. A diferencia de los pilotos de julio y agosto de 1936 (que vestían uniformes de la legión extranjera), estos italianos llevaban su uniforme propio, y operaban con independencia total, para conseguir, si podían, la victoria gloriosa que deseaba Mussolini. Roatta había montado una base en Sevilla, donde había reunido su equipo, incluidos muchos y muy buenos carros blindados de fabricación italiana, como los Fiat, los Lancia y los Isota Fraschini. Sus hombres empleaban el mismo fusil Mauser que utilizaba el ejército español, así como ametralladoras, artillería y morteros de la primera guerra mundial. Al principio, Roatta había deseado montar una ofensiva desde Teruel hasta el mar, pero Franco le había sacado la idea de la cabeza y le había convencido para que participara en la campaña de Málaga, deseada desde hacía mucho tiempo por Queipo de Llano.^[318] Justo antes de que empezara la campaña, Mussolini dijo a Franco que no podía

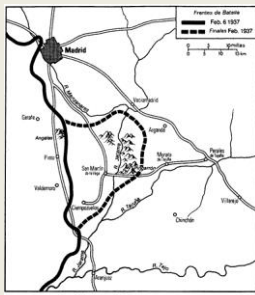
enviarle más ayuda, porque iba a entrar en vigor el acuerdo de no intervención para terminar con el envío de voluntarios. Franco contestó, el 25 de enero, que, ya que el control de la no intervención no podía afectar a Estados como México, que no formaban parte del comité, el acuerdo debía ser rechazado. Además envió una nueva lista de material de guerra que necesitaba. Von Faupel y Roatta preguntaron a Franco cuál de aquellas cosas era la más urgente. «Todas», dijo Franco. Para conseguir esto, el generalísimo dijo que estaba dispuesto a organizar un estado mayor conjunto italiano-alemán, formado por cinco oficiales alemanes y cinco italianos. Los dos aliados se retiraron para discutir esta sugerencia. Entretanto, se ponía en marcha la campaña de Málaga.^[319] El jefe republicano de Málaga era el coronel Villalba, el evadido de Barbastro, que había sido trasladado recientemente desde Cataluña. En el despacho de Villalba estaba un coronel ruso, a quien llamaban «Kremen», y que intentaba darle órdenes, pero éstas eran muy mal recibidas, ya que existía muy poca comunicación entre ambos. Tampoco eran buenas las relaciones de Villalba con su jefe supremo, Martínez Monje (que hizo una breve visita a Málaga en enero), ni con el jefe del alto estado mayor de Valencia, Martínez Cabrera. Las tropas de Villalba se elevaban a unos 12.000 hombres, pero sólo disponía de unos 8.000 fusiles y 16 piezas de artillería.^[320] Las municiones eran muy escasas. A pesar de todo, las milicias se mostraban confiadas, y contaban con el sincero apoyo de los campesinos de la zona. Por ejemplo, en un pueblo cercano a Málaga, demasiado pobre para tener grandes fincas, un campesino aseguró al doctor Borkenau que estaba luchando por la «libertad». En la misma ciudad de Málaga, la moral era baja, la disciplina mala y la brutalidad cosa corriente. Los presos políticos habían sido tratados de forma abominable en la cárcel. A finales de enero, el diputado comunista y comisario Cayetano Bolívar fue a Valencia para explicar a Largo Caballero la desorganización de los defensores: pero Largo Caballero no estaba dispuesto a ayudar, y parece ser que le contestó: «Ni un fusil ni un cartucho más para Málaga».^[321] El 3 de febrero, empezó en serio el ataque contra Málaga.^[322] Tres batallones, dirigidos por el duque de Sevilla, avanzaron desde el sector de Ronda, encontrándose con una furiosa resistencia. El 5 de febrero por la mañana, los camisas negras italianos iniciaron su avance. En Málaga cundió el pánico, en parte por el miedo a quedar aislados. Villalba no pudo infundir un espíritu de lucha a los hombres de Málaga, y su temperamento convencional no le permitía creer que una población civil pudiera combatir hasta la muerte. En aquellas circunstancias, tras la ruptura inicial del frente, el avance nacionalista continuó con regularidad rítmica, por las carreteras. El 6 de febrero, los italianos llegaron a las cumbres de Ventas de Zafarraya, desde donde dominaban cualquier posible retirada por la carretera de Almería. Roatta fue alcanzado por uno de los pocos disparos que se hicieron con intención, aunque la herida era tan leve que no le impidió seguir en el mando. Villalba ordenó la evacuación general, creyendo que había llegado el último momento. De hecho, los nacionalistas no cortaron la carretera de retirada. No deseaban enfrentarse con la lucha desesperada a la que, inevitablemente, se habría visto lanzada una ciudad sitiada. El alto mando republicano, los dirigentes políticos y sindicalistas, y otros que temían las consecuencias de la ocupación nacionalista, intentaron escapar por la carretera de la costa,

aunque la inundación de Motril hacía el paso sumamente difícil. Los más afortunados huyeron en los pocos automóviles de que se podía disponer, y el resto a pie. El *Canarias*, el *Baleares* y el *Velasco* bombardearon la ciudad, pero la flota republicana continuó inactiva.^[323] El 7 de febrero por la tarde, los italianos llegaron a los suburbios de Málaga. Al día siguiente, con los españoles a las órdenes del duque de Sevilla, entraron en la ciudad desolada. Los italianos habían perdido 130 muertos (4 oficiales) y 424 heridos. A continuación tuvo lugar la represión más feroz ocurrida en España desde la caída de Badajoz. La desencadenó el recuerdo de los 2.500 muertos en Málaga bajo la República, de la destrucción de iglesias y el saqueo de casas particulares. En la ciudad quedaron miles de simpatizantes republicanos: algunos fueron fusilados inmediatamente, y el resto fueron encarcelados. Un testigo ocular afirmó que, en la primera semana después de la caída de la ciudad, mataron a 4.000 personas. Puede que esto sea una exageración. Pero, desde luego, muchos fueron fusilados sin juicio, en la playa, y otros tras un breve juicio a cargo del consejo de guerra recién establecido.^[324] El único periodista republicano que quedó en la ciudad, Arthur Koestler, entonces corresponsal del *News Chronicle*, pasó varios meses en la cárcel de Sevilla, la mayor parte del tiempo condenado a muerte como sospechoso de espionaje —acusación que tenía alguna base—,^[325] El embajador italiano, Cantalupo, se quejó ante Franco de que las tropas italianas habían quedado desacreditadas por las ejecuciones de Málaga, y Ciano le ordenó que fuera a aquella ciudad para ver lo que estaba pasando. Vio cómo mujeres ricas profanaban tumbas republicanas, y más tarde escribió a su superior que él, personalmente, había conseguido el indulto para 19 masones y la destitución de dos jueces excesivamente severos.^[326] Entre el botín se encontraba la supuesta mano de Santa Teresa de Ávila, sacada de un convento próximo a Ronda, y descubierta en la maleta del coronel Villalba. La enviaron al cuartel general de Franco, que, en lo sucesivo, la tendría siempre al lado de su cama.^[327] En la larga carretera de la costa que llevaba a Almería, los tanques y la aviación nacionalistas se lanzaron a la caza de los fugitivos. Mataron a muchos, mientras que la mayoría de los que escaparon quedaron tendidos en la carretera, exhaustos y medio muertos de hambre.^[328] El intento de defensa aérea de este trágico éxodo fue el último combate en el que participó la escuadrilla aérea de André Malraux: para entonces, la mayor parte de los aparatos estaban destrozados, la mayoría de los pilotos muertos o heridos, y, a partir de entonces, Malraux abandonó los combates, y se pasó a la propaganda en favor de la República. Los restos de la escuadrilla España se integraron en la aviación republicana.^[329] Esta derrota provocó también la caída, el 21 de febrero, de Asensio Torrado, el subsecretario de la Guerra y general favorito de Largo Caballero, a quien los comunistas acusaron de encontrarse en un cabaret de Valencia mientras Málaga estaba a punto de caer. Los dos ministros comunistas del gobierno también se quejaron de que el gabinete había pasado cuatro horas discutiendo sobre los problemas de la industria del vidrio en el momento culminante de la crisis militar.^[330] Largo Caballero había salvado a Asensio de caer en desgracia en octubre, cuando le habían puesto en la picota llamándole el «general de la derrota»; pero en esta ocasión no pudo hacer nada, porque todo el gabinete estaba dispuesto a destituir a Asensio como chivo

expiatorio, aunque no tuviera más culpa que cualquier otro.^[331] Le sucedió como subsecretario de la Guerra Baráibar, director de *Claridad*, un amigo íntimo de Largo Caballero que, llegado el caso, fue tan poco útil para los comunistas como lo había sido Asensio. Este asunto fue un nuevo motivo de discordia entre ellos y el «Lenin español». Además, provocó el conflicto definitivo entre Largo Caballero y su antiguo amigo, Álvarez del Vayo, que en este caso, como en muchos otros, apoyó a los comunistas. Mientras tanto, Queipo de Llano estaba muy irritado por la restricción que le había impuesto Franco al ordenarle que no continuara su avance. Esta orden era un error, ya que probablemente se podría haber conquistado sin mucha lucha el resto de la Andalucía oriental, Almería incluida. La conquista de Málaga, sin embargo, dio a los nacionalistas un puerto mediterráneo, permitiendo que el bloqueo se extendiera fácilmente. Además, la batalla recortó la longitud del frente. La derrota de Málaga coincidió con una nueva ofensiva nacionalista contra el sudeste de Madrid. Los nacionalistas atacaron en el valle del Jarama con cinco columnas móviles (que ahora se llamaban brigadas), dirigidas por Varela, cada una de ellas con un regimiento de marroquíes y legionarios, a las órdenes de García Escámez, Sáenz de Buruaga, Barrón, Asensio y Rada (el antiguo instructor de los carlistas), apoyadas por seis baterías de 155 milímetros y un grupo de artillería de la Legión Cóndor dotado de cañones de 88 milímetros. El objetivo de la ofensiva era cortar la carretera Madrid-Valencia. Se llevó a cabo en un frente de unos 16 kilómetros que se extendía de norte a sur a partir de una línea situada unos cien metros al este de la carretera Madrid-Andalucía. Los republicanos habían estado planeando un ataque en la misma zona, pero no se había hecho nada, porque Miaja no estaba dispuesto a dejar que salieran tropas de Madrid para ayudar al ejército del centro, del general Pozas. El ataque, que constituyó una sorpresa para la República, comenzó el día 6 de febrero. García Escámez avanzó furiosamente hacia el pueblecito de Ciempozuelos, defendido por la recién creada 15ª Brigada republicana, cuya vanguardia fue aplastada. Rada avanzó por el norte para conquistar un pico de unos 600 metros de altura, La Marañososa, donde dos batallones republicanos lucharon casi hasta el último hombre. El 7 de febrero, Barrón alcanzó el punto de unión de los ríos Jarama y Manzanares, a muy poca distancia del cruce de carreteras de Vaciamadrid, con lo que quedaba sometida a su fuego la carretera principal Madrid-Valencia. La defensa republicana se vio obstaculizada por una serie de brigadas nuevas, que se había pensado utilizar en la proyectada ofensiva, y que ahora se encontraron en retirada. El 8 de febrero, Miaja envió la 11ª División, bien entrenada y reorganizada, ahora encabezada por el comunista Líster, para ayudar al general Pozas, el jefe del ejército del centro. (Líster, en sus memorias, habla del general ruso Pavlov calificándolo de «el alma de la resistencia republicana» durante aquellos días.)^[332] A toda prisa se reunieron dos comandos de defensa republicanos, el primero de los cuales pertenecía al ejército de Miaja y estaba dirigido por el comunista Modesto; y el segundo, que dependía del ejército del centro, de Pozas, estaba dirigido por el coronel Burillo. El 9 de febrero, la defensa republicana estaba reorganizada a lo largo de las alturas de la orilla oriental del Jarama. Sin embargo, el 11 de febrero al amanecer, los nacionalistas consiguieron cruzar el Jarama. Un

tabor de marroquíes (a las órdenes del comandante Molero) se deslizó silenciosamente en la oscuridad hasta el puente de ferrocarril de Pindoque, a mitad de camino entre Ciempozuelos y San Martín de la Vega, otro pueblecito blanco situado al pie de las colinas, donde degollaron a los centinelas del batallón francés André Marty (que ahora estaba en la 14ª Brigada), uno por uno, mientras se encontraban en sus puestos.^[333] Inmediatamente, el resto de la brigada de Barrón atravesó el río. El puente de Pindoque fue volado por medio de minas que se hicieron estallar desde el puesto de mando republicano, pero, el puente, tras elevarse unos centímetros en el aire, volvió a caer en el mismo sitio, con lo que todavía permitía el paso. Los italianos del batallón Garibaldi, desde un terreno elevado, concentraron su fuego sobre la cabeza de puente e impidieron cualquier avance ulterior. Más al sur, Asensio había conquistado, al amanecer, San Martín de la Vega. Las ametralladoras le habían impedido cruzar el puente durante todo el día, pero, al caer la noche, lo cruzó gracias a una estratagema similar a la llevada a cabo al amanecer en el puente de Pindoque. Un destacamento de marroquíes mataron a los centinelas españoles. Asensio pasó la noche consolidando su posición y, al día siguiente, el 12, conquistó las alturas de Pingarrón, al otro lado del río. La brigada de Sáenz de Buruaga también cruzó en San Martín y se unió a Asensio en el centro del frente. Durante los dos días siguientes, sin embargo, los nacionalistas no ganaron mucho más terreno, y el 14 fue un día de dura lucha sin resultado. Entretanto se mantenía el control republicano del aire sobre el campo de batalla, aunque las baterías antiaéreas de 88 milímetros de la Legión Cóndor (de una precisión fenomenal) evitaron que este control pudiera convertirse en una auténtica ayuda para una ofensiva.^[334] Sin embargo, los «Chatos» rusos barrieron del cielo a los viejos Junker alemanes, mientras la brigada de tanques rusos se concentraba ante el pueblo de Arganda, en el norte del frente. En esta batalla recibió su bautismo de fuego la 15ª Brigada Internacional, mandada por el coronel «Gal» (Janos Galicz), naturalizado ruso, pero austrohúngaro de nacimiento, igual que Kleber y Lukács (y probablemente miembro activo de las brigadas internacionales del ejército rojo en 1919-1920). Gal era incompetente, tenía mal carácter y era generalmente odiado. Sin embargo, la figura central en la formación de la brigada era el jefe inglés de estado mayor, capitán Nathan. El comisario era un comunista francés, Jean Chaintron («Barthel»). La brigada comprendía voluntarios de veintiséis países. El primer batallón de la brigada estaba compuesto por seiscientos ingleses, y se llamaba batallón Saklatvala (nombre de un comunista indio que había sido miembro del Parlamento en los años veinte), aunque se le solía llamar «el batallón inglés». Lo mandaba el «capitán inglés», Tom Wintringham, un comunista de clase media, director de la *Left Review* y corresponsal militar del *Daily Worker*, un teórico militar infatigable», aunque «con poca experiencia real de guerra».^[335] El comisario político fue, al principio, David Springhall, un comunista que más tarde se hizo famoso por su participación en un proceso por espionaje, y luego George Aitken, un comunista escocés experto y muy independiente. Los comandantes de la compañía y los comisarios políticos eran casi todos comunistas. Los demás batallones de la 15ª Brigada estaban compuestos por los 800 hombres procedentes de países balcánicos (incluidos 160 griegos) del batallón Dimitrov; los 800 franceses y

belgas del batallón 6 de febrero^[336] (o franco-belga); y los 550 americanos del batallón Abraham Lincoln, entre los que se contaban algunos negros (aunque este batallón estaba todavía en fase de instrucción).



20. La batalla del Jarama en febrero de 1937

Había unos cuantos irlandeses que, con mucho tacto, fueron repartidos entre el batallón inglés y el Abraham Lincoln.^[337] Algunos de ellos, como Frank Ryan, eran miembros del IRA (Ejército Republicano Irlandés). Para quienes conocen las ironías de la política irlandesa no será una sorpresa enterarse de que, en aquel mismo momento, un grupo de voluntarios irlandeses (en el que se contaban otros miembros del IRA) también estaba avanzando hacia el frente, aunque desde el lado nacionalista. Su jefe, el general Eoin O'Duffy, encabezaba un movimiento fascista irlandés: los «camisas azules». Sin duda esperaba que las hazañas de sus seiscientos hombres en España le proporcionaran importancia política en su país. En aquellos momentos, habían terminado su entrenamiento en Cáceres y habían recibido órdenes de avanzar hacia el frente del Jarama.^[338] De manera que, para algunos, la guerra civil española debió de ser, sobre todo, una guerra en el seno del IRA. El batallón inglés había recibido el embate del asalto de Asensio y Sáenz de Buruaga el 12 de febrero. Defendieron la llamada «colina del suicidio» durante siete horas contra el fuego de artillería y ametralladoras que les disparaban desde arriba, desde Pingarrón, con una «carencia total de mapas», y sin que tal vez tres cuartas partes de los miembros del batallón hubiera tenido nunca un arma cargada en las manos hasta entonces. Se portaron valerosamente.^[339] Casi todas las reservas nacionalistas fueron lanzadas a la batalla, mientras llegaba Líster, con su experta 1ª Brigada, por el flanco izquierdo del batallón inglés. Un voluntario inglés, John Lepper, describió la escena en este poema:

La muerte acechaba entre los olivares
Escogiendo sus hombres
Su dedo de plomo señalaba
Una y otra vez.^[340]

La batalla continuó todo el día 12 de febrero. Las Brigadas Internacionales sufrieron grandes pérdidas, incluidos la mayoría de sus oficiales. Al terminar el día, de los 600 miembros que tenía el batallón inglés, sólo quedaban 225.^[341] Wintringham, el jefe del batallón, cayó herido, y entre los muertos se contaba Christopher Caudwell, un joven y prometedor escritor comunista.^[342] Una compañía del batallón inglés fue capturada con engaño por haber dejado llegar a sus trincheras a un grupo de marroquíes que avanzaron cantando *La Internacional*. Es fácil entretenerse hablando de las hazañas de los miembros de las Brigadas Internacionales en ésta y en otras batallas, ya que han sido objeto de

amplias crónicas, pues muchos hombres fueron valientes y su presencia era algo insólito. Pero, desde el punto de vista militar, en el Jarama fueron más importantes los aviones y los tanques rusos, que mantuvieron el terreno y controlaron el aire. También fue importante la dirección rusa de la artillería republicana. Las divisiones entre los generales Miaja y Pozas fueron las causantes de parte de la confusión, y hasta que Miaja no asumió el mando de un ejército, con una categoría igual a la de Pozas, sus fuerzas de reserva no entraron a fondo en el combate.^[343] Mientras tanto, el 16 de febrero, los legionarios y los marroquíes, a pesar de su iniciativa y de que estaban bien dirigidos, se vieron obligados a adoptar una postura defensiva, después de conquistar las colinas situadas más allá del Jarama. Se produjeron algunos incidentes en el frente. El 16 de febrero, los nacionalistas irlandeses del general O'Duffy habían llegado al frente del Jarama en Ciempozuelos. Tan pronto como llegaron a sus posiciones, observaron una fuerza que avanzaba hacia ellos. Los oficiales irlandeses creyeron que eran amigos, y salieron a recibirlos. Cuando estaban a ocho pasos del capitán de las tropas que avanzaban, el oficial español de enlace que acompañaba a los irlandeses saludó y anunció: «¡Bandera irlandesa del tercio!» El capitán que avanzaba sacó su revólver, disparó, y, a los pocos momentos, el tiroteo se hizo general. Los irlandeses tuvieron cuatro muertos, incluido el oficial español de enlace. Luego se supo que sus atacantes eran realmente nacionalistas, de las islas Canarias. Se llevó a cabo una investigación, de la que los irlandeses salieron libres de toda culpa, y que cargó toda la responsabilidad sobre los canarios. Pero, a partir de entonces, los irlandeses quedaron instalados en Ciempozuelos, y casi no participaron en ninguna otra acción.^[344] Franco también tuvo algunas dificultades con otro aliado: Italia. El 12 de febrero, el jefe de estado mayor de Roatta, coronel Faldella, había llegado de Andalucía y había sugerido que se lanzara otro gran ataque italiano, para aumentar la gloria alcanzada en Málaga. A principios de febrero había llegado otro gran contingente de tropas regulares italianas a España, mandadas por el general Bergonzoli. ¿Por qué no iniciar un avance desde Teruel hacia el mar? Faldella habló con el comandante Barroso, del estado mayor de Franco, y, al día siguiente, con el propio Franco. Éste se quejó amargamente: «Primero, me dijeron que venían compañías de voluntarios para integrarse en los batallones españoles. Yo accedí. Luego me pidieron que formara batallones italianos, y accedí. Después vinieron a mandarlos oficiales de alta graduación y un general, y, por último, empezaron a llegar unidades ya formadas. Ahora, usted quiere reunir todas estas tropas para que luchen juntas, a las órdenes del general Roatta, cuando mis planes son completamente diferentes».^[345] En realidad, Franco quería repartir a los italianos por toda España. Pero no deseaba oponerse a Mussolini, de manera que aceptó una vez más. Los italianos, voluntarios y tropas regulares, podrían formar un ejército aparte con el nombre de CTV (*Comando Truppe Volontarie*), y combatir en un frente, aunque sería en el nordeste de Madrid, y no donde deseaba Roatta. Franco todavía no había abandonado la esperanza de acabar la guerra aquel invierno conquistando la capital. Mientras tanto, el 17 de febrero, el ejército republicano reorganizado lanzó un contraataque. Una división hizo retroceder a Barrón más allá de la carretera de Valencia. Otra, desde el norte, cruzó el Manzanares al oeste de Marañosa. Pero

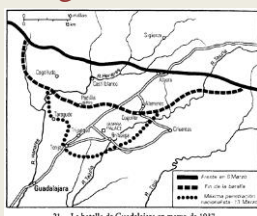
un combate aéreo, que tuvo lugar el día 18, y en el que tuvo un papel decisivo el as cada vez más famoso de la aviación nacionalista Joaquín García Morato, había dado temporalmente el contril del aire a los nacionalistas. A las órdenes de García Morato, los cazas Fiat italianos estaban resultando tan buenos como los «Chatos», siempre que se pilotaran con valor e imaginación, y por lo menos fueron derribados ocho cazas rusos.^[346] Al mismo tiempo, el general Gal, el nuevo general de división que dirigía a las Brigadas Internacionales, fracasó en sus ataques contra el frente nacionalista, entre Pingarrón y San Martín, los días 23 y 27. En esta ocasión, entraron en combate por primera vez los 450 hombres del batallón Abraham Lincoln. Su jefe era Robert Merriman, de 28 años, hijo de un maderero, que, después de estudiar en la universidad de Nevada, había conseguido un puesto docente en la universidad de California. Había venido a Europa con una beca para investigar sobre problemas agrícolas. En esta brigada —caso único en las Brigadas Internacionales— la mayoría de los americanos que la componían eran estudiantes. A continuación, el grupo más numeroso estaba constituido por marineros.^[347] Los norteamericanos parecían inocentes, comparados con el resto de las brigadas. No venían de ciudades destrozadas por las guerras y ahora dominadas por dictadores, como muchos de sus camaradas. Pocos de ellos habían servido en el ejército de su país. Eran más jóvenes que los miembros de las otras brigadas. Sin embargo, lucharon con gran valor, sin apoyo de la artillería, y tan poco preparados como los ingleses una semana antes. Murieron 120 y 175 cayeron heridos. Entre los muertos se contaba Charles Donnelly, un joven y prometedor poeta irlandés.^[348] Bien podían cantar más tarde los supervivientes, con la música de *Red River Valley*:

Hay un valle en España llamado Jarama, Es un lugar que todos conocemos muy bien, Porque en él destrozamos nuestra juventud Y nuestra edad madura en gran parte también.^[349]

A partir de entonces, como había ocurrido en la batalla de la carretera de La Coruña, cada bando era demasiado fuerte para ser atacado. Ahora Franco intentó que los italianos se apresuraran a iniciar su ofensiva en el nordeste de Madrid para dispersar el empuje republicano, pero ellos no se apresuraron, o no pudieron apresurarse. Por lo tanto, se construyeron fortificaciones. La batalla del Jarama dio por resultado otra situación de equilibrio, en la que los republicanos habían perdido terreno en una profundidad de unos quince kilómetros, a lo largo de un frente de unos veinticinco kilómetros, pero habían conservado la carretera de Valencia. Ambos bandos, por lo tanto, se proclamaron vencedores, pero, en realidad, ambos habían sufrido una derrota. Los republicanos tuvieron más de 10.000 bajas (unos 1.000 muertos, probablemente 7.000 heridos, y unos 3.500 enfermos), y los nacionalistas unas 6.000.^[350] Las diferencias entre los jefes republicanos y la dureza de la lucha, señal segura de que, pese a la sustancial ayuda rusa (que, por lo menos durante un tiempo, fue técnicamente superior a la de los nacionalistas), la guerra iba a ser larga, contribuyeron a sembrar el abatimiento entre los dirigentes republicanos. Los aliados italianos de Franco, tal como estaba previsto, se estaban preparando para atacar Madrid desde el nordeste. Su objetivo era Guadalajara, la capital de la provincia del mismo

nombre, situada a unos 80 kilómetros de Madrid. Esperaban que Orgaz continuara la ofensiva del Jarama, y, si era posible, que se encontrara con las tropas que avanzarían desde el nordeste en Alcalá de Henares, con lo que por fin quedaría cercado Madrid. El ataque contra Guadalajara fue iniciado por la derecha por la división Soria, a las órdenes de Moscardó, el héroe del Alcázar, con 15.000 marroquíes recién llegados, y algunos carlistas. Por la izquierda, 35.000 italianos lucharían a las órdenes de Roatta.^[351] Éstos estaban repartidos en tres divisiones de «camisas negras» fascistas: la División «*Dio lo vuole*», mandada por el general Rossi; los «llamas negras», a las órdenes del general Coppi; y los «flechas negras», mandados por el general Nuvoloni. También estaba la división Littorio, una división del ejército italiano regular, a las órdenes del general Bergonzoli. Contaban con el apoyo de 81 tanques y 200 piezas de artillería ligera, una compañía de guerra química, una compañía de lanzallamas, 8 carros blindados, 16 cañones antiaéreos, y 2.000 camiones. Esta fuerza iba acompañada por 50 cazas y 12 aviones de reconocimiento. La importancia del plan desde el punto de vista de Mussolini consistía en que todos los italianos actuarían juntos, de manera que la victoria que lograran redundaría en gloria para Italia. En el momento de comenzar la ofensiva, Mussolini hizo una extraña propuesta a Franco, presentada por el secretario del partido fascista, Roberto Farinacci. Éste comunicó a Franco que, después de la victoria, los problemas de España podían quedar resueltos con la subida al trono español del duque de Aosta, primo del rey de Italia y nieto del infortunado Amadeo I, que ahora era virrey de Abisinia.^[352] De las fuerzas combatientes, la división Littorio, aunque era una división regular del ejército italiano, se componía de reclutas, trabajadores que habían deseado ir a Abisinia, muchos de ellos mayores de treinta años, y algunos que no sabían a dónde iban, y quizá pensaban que iban a tomar parte en las escenas de masas de la película *Escipión en África*. Todos se concentraron en la nueva población de Littorio, a las órdenes de oficiales regulares.^[353] Aunque se trataba de una unidad sin experiencia, iba bien equipada. Todas las divisiones italianas estaban bien provistas de transporte motorizado. La división Soria de Moscardó sólo iba a ser una reserva para los italianos, en parte porque tenía que guardar todo el frente. Guadalajara, en tiempo de paz, es una atrasada capital de provincia que domina el valle a través del cual se desliza rápidamente el río Henares, que viene del Guadarrama. Entonces, el frente estaba defendido por la recién creada 12ª División republicana, y fue roto al primer asalto de la división de «llamas negras» de Coppi, compuesta por camiones y carros blindados, que utilizó la táctica que más tarde se haría famosa con el nombre de *Blitzkrieg*. Al mismo tiempo, Moscardó rompió las líneas republicanas en la carretera de Soria. Pero, a media mañana, descendió la temperatura y se puso a llover. Luego vinieron la cellisca, el hielo y la niebla. Muchos de los italianos llevaban uniforme colonial, indicado para los trópicos. Los aviones nacionalistas no pudieron despegar de sus improvisadas pistas. La aviación republicana, que controlaba el aire, minó la moral italiana casi desde el principio, porque el cuartel general del general Smushkevich estaba cerca, en Alcalá de Henares. Verdaderamente, en esta batalla tuvo lugar «la concentración de fuerzas más rápida y ordenada de todas las que habían llevado a cabo los republicanos».^[354] El mal tiempo, y la

fatiga de los hombres, impidieron a Orgaz lanzarse al ataque en el valle del Jarama. Sin duda la falta de entusiasmo también facilitó que los italianos salieran de apuros. Al día siguiente, 9 de marzo, se reanudó el avance italiano, a pesar del mal tiempo. Los «llamas negras» de Coppi entraron en Almadrones y luego se dirigieron hacia el flanco izquierdo para ampliar la brecha en las líneas republicanas, apoderándose de Masegaso. Nuvoloni y los «flechas negras» atacaron por el centro, pero el general mandó hacer alto por la noche: una decisión que luego fue muy criticada, porque fue crucial. Muchos de sus hombres eran mayores o inexpertos en la guerra, tenían frío, y estaban mal entrenados, igual que todas las tropas italianas. Moscardó, sin embargo, continuó avanzando, y tomó Cogolludo. En aquellos momentos, la situación parecía crítica para la República. Esto dio a los comunistas la oportunidad de insistir en que dimitiera otra de sus bestias negras, Martínez Cabrera, el jefe de estado mayor republicano; fue reemplazado por el coronel Rojo, jefe de estado mayor en la defensa de Madrid. Aunque nunca había sido comunista, Rojo era un técnico competente, capaz de apreciar las ventajas militares de la colaboración con el Partido Comunista. Al atardecer, se había reunido apresuradamente un 4º cuerpo de ejército, formado con los mejores regimientos republicanos, al mando del coronel Jurado, un competente oficial regular de artillería. La 11ª División, dirigida por Líster, y compuesta por la 11ª Brigada Internacional (alemana) y por la brigada de «el Campesino», se estableció en los bosques que rodean la carretera de Trijueque a Torija. A lo largo de la carretera Brihuega-Torija se había situado el anarquista Cipriano Mera, con la 14ª División, en la que se encontraba la 12ª Brigada Internacional de Lukács, encabezada por el batallón Garibaldi. En la retaguardia estaba una tercera división republicana, la 12ª, dirigida por un oficial regular de ingenieros, el coronel Lacalle. La vieja ciudad de Brihuega, amurallada en parte (una colectividad compuesta por 125 familias), quedaba entre los dos ejércitos. Allí, en 1710, el general francés Vendôme había derrotado a lord Stanhope, en la última batalla de la guerra de sucesión española. Y de nuevo aquí tuvo lugar una batalla internacional.



21. La batalla de Guadajajara en marzo de 1937

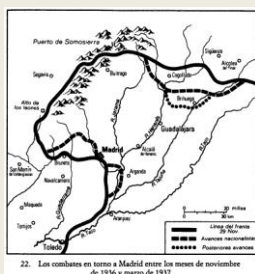
El 10 de marzo, al amanecer, Brihuega cayó en manos de los «llamas negras» y los «flechas negras» italianos, dirigidos por el coronel Enrico Erancisci. La división Littorio de tropas regulares, a las órdenes de Bergonzoli, iba detrás como reserva. Al mismo tiempo, Moscardó, avanzando por las orillas del Henares, había llegado a Jadraque. Roatta estaba entusiasmado. Al mediodía, el batallón Garibaldi —acompañado por el formidable trío constituido por Vidali (Carlos Contreras) como inspector general de todo el frente, Luigi Longo (Gallo) con el mismo cargo en las Brigadas Internacionales, y Nenni, que mandaba una compañía del batallón— avanzó por la carretera de Torija hacia Brihuega. No tenían la

menor idea de que Coppi y Nuvoloni ya habían tomado la ciudad. Al llegar al llamado «palacio de Don Luis», prosiguieron su avance a pie, acompañados por una patrulla de motoristas. A cinco kilómetros de Brihuega, esta patrulla encontró a un motorista de los «llamas negras» de Coppi, que, al oír hablar italiano en el batallón Garibaldi, les preguntó si aquélla era la carretera de Torija. Los motoristas del Garibaldi le respondieron afirmativamente. Y ambos regresaron adonde se encontraban sus respectivos jefes. Coppi supuso que los exploradores del batallón Garibaldi formaban parte de la división de Nuvoloni, y continuó avanzando. Ilio Barontini, un comunista livornés, comisario y encargado del mando del batallón Garibaldi, también prosiguió.^[355] Situó a sus hombres en los viñedos que había a la izquierda de la carretera, donde establecieron contacto con la 11ª Brigada Internacional, que también había avanzado hasta allí. Entonces aparecieron los tanques de Coppi, que fueron atacados por las ametralladoras del batallón Garibaldi. La infantería de los «llamas negras» se lanzó al ataque. Se enfrentaron dos patrullas de las fuerzas italianas antagonistas. El jefe de los «llamas negras» preguntó por qué los otros italianos habían disparado contra él. «*Noi siamo italiani di Garibaldi*», fue la respuesta. Entonces, la patrulla de «llamas negras» se rindió. Pero, durante el resto del día, los italianos prosiguieron su guerra civil propia en torno a una casa de campo conocida con el nombre de palacio Ibarra. Entretanto, Vidali, Longo y Nenni montaron una campaña de propaganda. Los altavoces gritaban a través de los bosques: «Hermanos, ¿por qué habéis venido a una tierra extranjera a asesinar trabajadores?». Los aviones republicanos lanzaban octavillas en las que prometían salvoconductos a todos los italianos que desertaran de los nacionalistas, y una recompensa de 50 pesetas. Si se entregaban con armas, les prometían cien pesetas. Mientras tanto, en Roma, el conde Ciano aseguraba al embajador alemán, Hassell, que en Guadalajara todo iba bien. «Nuestros enemigos —añadió— son principalmente rusos.»^[356] Al día siguiente, 11 de marzo, se reanudó la batalla. Los jefes fascistas italianos se vieron honrados por una orden del día de Roatta, que les daba instrucciones para mantener a sus hombres en un alto grado de exaltación. «Esto es cosa fácil —decía Roatta— si se les hacen frecuentes alusiones políticas, y se les recuerda siempre al Duce, que ha querido este conflicto.»^[357] Los «flechas negras» rompieron el frente de la 11ª División de Líster, conquistando Trijueque, y empezaron a avanzar rápidamente en sus carros blindados por la carretera, en dirección a Torija. La brigada Thaelmann sufrió grandes pérdidas y su moral podría haber bajado mucho si no hubiera sido por la presencia de ánimo de Ludwig Renn, su jefe de estado mayor. Éste reorganizó a sus hombres, y resistieron en la carretera de Trijueque a Torija. La que va de Brihuega a Trijueque también fue defendida todo el día por el batallón Garibaldi. Roatta ordenó un día de descanso. El día 12, una tormenta permitió a los bombarderos republicanos, que despegaban de pistas permanentes, bombardear las columnas italianas estacionadas sin ser molestados. Los «camisas negras» fueron bombardeados y ametrallados desde el aire. Entonces, Líster ordenó a su división que contraatacara (en el cuartel general de Líster se mostraba particularmente activo un oficial ruso, el capitán «Pablito», futuro mariscal Rodimtsev).^[358] Los tanques rusos del general Pavlov fueron los primeros en atacar; se

trataba de modelos T-26 y TB5, y estos últimos, que pesaban 20 toneladas cada uno, eran mucho más terribles que los Ansaldo italianos de 3 toneladas. Trijueque fue reconquistado a punta de bayoneta por las brigadas Thaelmann y de «el Campesino». Muchos italianos se rindieron. El ataque republicano continuó a lo largo de la carretera de Brihuega. El batallón Garibaldi atacó a sus compatriotas en el palacio Ibarra y conquistó éste al atardecer. Al día siguiente, 13 de marzo, el gobierno republicano telegrafió a la Sociedad de Naciones que los documentos encontrados y las declaraciones de los prisioneros italianos demostraban «la presencia de unidades militares regulares del ejército italiano en España», lo cual constituía una contravención del artículo 10 del convenio de la Sociedad de Naciones.^[359] El general Roatta lanzó al ataque a sus otras dos divisiones, los «camisas negras» de Rossi, y la división Littorio, mandada por Bergonzoli. Las había tenido en reserva para que entraran en acción después del ataque inicial. El hecho de que ahora las utilizara significaba que había fracasado el plan original de Guadalajara. Los dos ataques fueron rechazados. El día 14, los tanques de Pavlov avanzaron por la carretera hasta más allá de Trijueque, hacia la ciudad catedralicia de Sigüenza, se apoderaron de gran cantidad de material, e incluso podrían haber tomado esta ciudad si hubieran contado con el apoyo de infantería motorizada. Los días 15, 16 y 17 hubo una pausa en la batalla. Roatta daba órdenes del día, pero hacía pocos preparativos, y prefería quejarse de la constante inactividad de Orgaz en el Jarama.^[360] El 18 de marzo, los republicanos del frente de Guadalajara se lanzaron a la ofensiva. El principal embate fue dirigido por Pavlov, que había tratado de que no se lo adjudicaran a él, pero había tenido que ceder ante la insistencia de Miaja.^[361] Era un mal momento para los italianos: aquella mañana, Roatta se había ido a Salamanca para pedir a Franco que le permitiera suspender el ataque a Guadalajara. Franco se negó e insistió en que, ahora que había empezado el ataque, debía continuar. Todos los planes que sugirió a Roatta iban encaminados a la continuación de la ofensiva. Roatta acababa de aceptar uno de estos planes, cuando le telefonearon desde su cuartel general para decirle que la República estaba contraatacando. A la una y media, más de cien aviones republicanos («Chatos», «Moscas», Katusca y Natasha) atacaron Brihuega. A continuación vino un nutrido fuego de la artillería republicana. A las dos, las dos divisiones de Líster y Cipriano Mera, con setenta de los tanques de Pavlov, atacaron, una por el oeste y la otra por el este, con el fin de rodear el pueblo. Casi lo habían conseguido cuando los italianos recibieron órdenes de retirarse. Y así lo hicieron, pero con tanto apresuramiento que la acción, más que retirada, fue casi una fuga desordenada por la única salida que todavía les quedaba libre. La persecución continuó durante varios kilómetros. Moscardó también recibió órdenes de retirarse a Jadraque.^[362] En esta mal llamada «batalla de Guadalajara», los italianos de Mussolini dijeron que sólo habían tenido 400 muertos, pero no era cierto, y la cifra fue probablemente más alta. Puede que llegaran a tener 3.000 muertos, 800 prisioneros de guerra y 4.000 heridos. Las pérdidas de Moscardó fueron insignificantes. La República tuvo unos 2.000 muertos, 400 prisioneros y 4.000 heridos.^[363] Después de la batalla, los apologistas de la República afirmaron que había sido una gran victoria contra Mussolini. Ernest Hemingway, que llegó a España el 16 de marzo, escribió, en una crónica que hizo

para la unión de periódicos norteamericanos: «He estado estudiando la batalla durante cuatro días, recorriendo el terreno con los jefes que la dirigían, y puedo afirmar claramente que Brihuega ocupará un lugar en la historia militar entre las batallas más decisivas del mundo».^[364] Herbert Matthews, del *New York Times*, escribió que Guadalajara era para el fascismo lo que la derrota de Bailen había sido para Napoleón.^[365] Desde el punto de vista militar, sería más exacto ver la batalla como semejante a las del Jarama y de la carretera de La Coruña. Fue detenido un intento nacionalista de completar el cerco de Madrid al precio de veinte kilómetros. Pero la retirada de los italianos, y la demostración de que los nacionalistas estaban utilizando unidades organizadas italianas tuvieron un considerable valor propagandístico para la República. Se había pretendido que la batalla fuera una exhibición de cómo podían emplear los italianos las técnicas de guerra modernas. Pero, de hecho, fue una lección objetiva de cómo no se debe lanzar un ataque mecanizado. Muchos tanques pasaron horas inmovilizados por falta de combustible. Los italianos no habían mantenido contacto con el enemigo y habían intentado operar sin apoyo aéreo, y sin protección antiaérea.^[366] Los jefes de batallón no tenían mapas, y el propio Roatta sólo disponía de un mapa de carreteras Michelin (escala de 1 a 400.000), muy insuficiente por su falta de detalles y de información topográfica.^[367] El papel de los asesores rusos en esta batalla fue considerable. Smushkevich («Douglas») en el aire, Pavlov con los tanques, Rodimtsev con Líster, y también Malinovsky, Batov y Meretskov: una galaxia de futuros «héroes», e incluso mariscales, de la Unión Soviética. Guadalajara además enfureció tanto a Mussolini que declaró que ningún italiano volvería vivo de España a menos que logran una victoria. Se quejó a Hassell de sus aliados españoles que, según él, «apenas habían disparado un tiro durante los días decisivos».^[368] El más antiguo de los falangistas que todavía estaban con vida, Fernández Cuesta, comentó a Ángel Díaz Baza, un amigo de Prieto que había ido a visitarle a la cárcel para hablar de un compromiso de paz, que la derrota italiana en Guadalajara había sido «la única satisfacción que había experimentado durante la guerra».^[369] Franco y su alto mando tampoco acogieron mal la noticia de la derrota de su aliado italiano, antes tan presuntuoso. El abatimiento de Cantalupo, el embajador italiano en Salamanca, fue tan grande que tuvo que ser relevado de su puesto, que había ocupado durante menos de seis meses. Con él volvieron los generales Rossi, Coppi y Nuvoloni, así como el jefe de estado mayor coronel Faldella. Pero Roatta, más responsable que los otros, permaneció en España, junto con Bergonzoli, aunque el general Ettore Bastico, veterano de las guerras de Libia y de Abisinia, así como de la primera guerra mundial, le sustituyó más tarde en el puesto de comandante en jefe supremo, y vino un famoso organizador fascista de los años veinte, Attilio Teruzzi, para reorganizar a los «voluntarios». La batalla, además, llevó a los estados mayores centrales de Europa (sobre todo al francés) a la conclusión de que las tropas motorizadas no eran tan eficaces como se había dicho en un principio. Los alemanes no sacaron esta conclusión gracias a su desprecio hacia los italianos como soldados.^[370] La presencia de divisiones italianas organizadas en la batalla de Guadalajara se debatió en el comité de no intervención. El 23 de marzo, en el comité había reinado un clima de excitación motivado por nuevos informes

que confirmaban que tropas italianas habían salido en el *Sardegna* rumbo a Cádiz. Grandi dijo que no podía discutir sobre aquel tema y, dejándose llevar del mal genio, añadió que esperaba que ningún voluntario italiano saliera de España hasta el final de la guerra.^[371] Esta sinceridad causó consternación. Al día siguiente, Maisky acusó a Italia de «aumentar cada vez más la intervención militar», alegando que, a mediados de febrero, había 60.000 italianos en España (había unos 40.000), y que había que enviar una comisión para que examinara el asunto sobre el terreno.^[372] Mientras tanto, el discurso de Grandi se comentaba en las cancillerías. Los diplomáticos alemanes se mostraron prudentes. Manifestaron que querían que se pusiera en práctica el acuerdo de control. Cerrati, el embajador italiano en París, aseguró a Delbos que Italia no tenía la menor intención de romper la no intervención. A principios de abril, se había conservado el comité, aunque todavía no era utilizado.



22. Los combates en torno a Madrid entre los meses de noviembre de 1936 y marzo de 1937

Guadalajara fue la última de las batallas en torno a Madrid. En adelante, aparte de algunos bombardeos intermitentes, el frente permanecería tranquilo durante unos meses. Sin embargo, las sombras internacionales que se proyectaban sobre la guerra civil eran cada día mayores. Cada vez se veían implicadas más personas y más intereses en las emociones de un país que, en realidad, conocían poco. Así, el distinguido biólogo J.B.S. Haldane llegó a Madrid para asesorar sobre el uso de las granadas Mills y los ataques con gases.^[373]

La principal preocupación de los defensores estribaba en la cuestión del suministro de alimentos. En Valencia, la población comió bien durante toda la guerra. En Madrid, la carne era casi desconocida, salvo en los hoteles frecuentados por visitantes extranjeros, como el Gaylords y el Florida. En la Ciudad Universitaria, «el analfabetismo y las ratas» pasaron a ser los enemigos más enérgicamente perseguidos. Las Brigadas Internacionales tuvieron ahora su primer reposo desde su entrada en acción. Los voluntarios habían descubierto en la batalla que «una guerra de ideas» es prácticamente igual a cualquier otro conflicto. En España, como en todas partes, había confusión de órdenes, los fusiles se encasquillaban en el momento crítico, reinaba la incertidumbre sobre la situación del enemigo y de los puestos de mando, había ansia de cigarrillos (o chucherías), cansancio, y, a veces, histeria. Un miembro desconocido del batallón inglés había escrito:

Ojos de hombres que corren, que caen, que chillan, Ojos de hombres que gritan, que sudan, que sangran, Los ojos de los que temen, los de los que están tristes, Los ojos del

agotamiento, y los de la locura.

Ojos de hombres que piensan, que confían, que esperan, Ojos de hombres que aman, que maldicen, que odian, Los ojos de los heridos, inyectados en sangre, Los ojos de los moribundos, y los de los muertos.

Desde el principio, los voluntarios más impetuosos habían tenido dificultades con las autoridades comunistas, aunque sólo fuera por sus excesos en la bebida. Pero los problemas eran frecuentes.^[374] No se permitía regresar a su patria a los que deseaban hacerlo. Algunos se quejaban diciendo que se habían presentado voluntarios creyendo que podrían regresar al cabo de tres meses. Pero no tenían ningún documento que lo probara. Aquí, los principios de un ejército de voluntarios que luchaban por sus ideales entraban en conflicto con las necesidades militares. El castigo por un intento de desertión o de fuga era, por lo menos, el confinamiento en un «campo de reeducación», para cuyos rigores no estaban preparados los jóvenes (idealistas, pero fácilmente disgustados) procedentes de países anglosajones o escandinavos. Pero, a pesar de todo, había desertiones. El Foreign Office, en Londres, consiguió llegar a un acuerdo por el que se eximía de la pena de muerte a los voluntarios británicos detenidos cuando intentaban desertar, pero esta pena se aplicó en diversas ocasiones a otros voluntarios (quizás a cincuenta).^[375] Los dirigentes comunistas de las Brigadas Internacionales se mostraban muy duros ante las necesidades humanas, aunque los organizadores (por ejemplo, Marty) vivían bien.^[376] Los uniformes eran tan escasos que parecía que el batallón inglés fuera casi vestido de harapos.^[377] Mientras algunos anglosajones empezaban a desilusionarse, los voluntarios de la Europa oriental continuaban llegando en oleadas a España, muchos por medio del «ferrocarril secreto» de Tito. Algunos eran detenidos por el camino, ya que presentarse voluntario para la guerra de España era ilegal en los países que formaban parte del comité de no intervención.^[378] Los gobiernos derechistas de los Balcanes y de la Europa oriental intentaban por todos los medios detener a los voluntarios. A pesar de todo, continuaban alistándose; en las universidades o en los barrios bajos de la Europa central y los Balcanes, España parecía un ruedo exótico donde estaba en juego la libertad del mundo; así pues, mientras Tito continuaba operando desde París, el escritor comunista Djilas controlaba en Belgrado la oleada de voluntarios procedentes de Yugoslavia.^[379] En la primavera de 1937, la base de Albacete se convirtió en una central de la que saldrían los dirigentes comunistas que dominarían la Europa oriental diez años más tarde. La mayoría de los voluntarios, desde luego, recibían de su brigada periódicos y demás material de lectura, que consistía principalmente en una interpretación comunista de la guerra y de los problemas de la República: de manera que, en esta literatura, cuando hablaban del POUM, si es que lo hacían, no lo dejaban mejor que a los fascistas. Stephen Spender, el joven poeta que había sido un apologeta de la República muy activo, llegó por entonces, en busca de un antiguo secretario suyo que se había presentado voluntario para las brigadas y que, desilusionado, había intentado escapar. Durante un tiempo, pareció que podían fusilar a aquel hombre. Como si se tratara de una novela de Kafka, Spender cenó con los comisarios del batallón inglés, que eran sus jueces, y consiguió ablandarlos.^[380] La

historia del joven Coope —esta vez en la línea de Candide— también cautivó la atención de Inglaterra por unos días. Se trataba de un chico de 18 años, que se presentó voluntario para las Brigadas Internacionales después de oír un discurso de la político laborista Ellen Wilkinson; pero que más tarde huyó en un barco que le dejó en Grecia. El padre del chico fue a España en su busca, y, para ello, tuvo que incorporarse a las brigadas. Los batallones americanos de las Brigadas Internacionales también recibían la visita de amigos de su país.^[381] Era un espectáculo usual ver a Ernest Hemingway, sentado a la cabecera de una cama, en un hospital financiado por simpatizantes americanos, y entreteniéndolo a un herido con su charla sobre literatura.^[382] «Me han dicho que Dos Passos y Sinclair Lewis van a venir también», decía un americano herido que quería ser escritor. «Sí —contestaba Hemingway— y cuando vengan, los traeré a verte.» «Eres un buen chico, Ernesto —decía el herido—. ¿No te importa que te llame Ernesto?» «¡Claro que no!», replicaba Hemingway.^[383] Este candor era un alivio en el mundo de las Brigadas Internacionales, donde nadie decía su verdadero nombre; nunca estaba claro a quién se trataba de engañar, como no fuera a los republicanos españoles, que tenían la impresión de que todos aquellos Gómez, Pablo y Martínez que hablaban con acento eslavo estaban jugando a un juego siniestro, en vez de considerarlo una treta de guerra. El servicio médico de financiación extranjera, con sus médicos expertos y abnegados, sus enfermeras y conductores de ambulancias, tuvo un papel casi tan importante como las Brigadas Internacionales. El servicio americano de ayuda médica tenía seis hospitales en España, y el británico, cinco. En estas unidades, los pacifistas podían servir a la causa sin mala conciencia, lo mismo que los poetas sin entrenamiento militar. En una de estas unidades sirvió como camillero el mejor de los poetas ingleses de entonces, W. H. Auden, Pero regresó a su país «después de una visita muy breve de la que nunca habló».^[384] Más adelante, en junio, se creó un comité de socorro familiar para ayudar a las familias de los voluntarios británicos que se encontraban en España. Fue organizado por Charlotte Haldane. Todos sus empleados eran comunistas, pero la organización estaba patrocinada por personas no comprometidas como la «duquesa roja» de Atholl, de sesenta años (que entonces era miembro conservador del Parlamento, y luego arruinó su carrera política por su apoyo a la República),^[385] sir Norman Angelí, Víctor Gollancz, el profesor Harold Laski, Sean O'Casey, H. G. Wells, y Sybil Thorndike; así como algunos políticos laboristas, entre los que se contaban Attlee o Emmanuel Shinwell.^[386] Mientras tanto, el gobierno de los Estados Unidos, siempre en busca de la más pura neutralidad, promulgó una serie de reglamentaciones que prohibían recoger fondos para los dos bandos españoles, a no ser que estuvieran destinados a verdaderos fines benéficos. Pero no se negó la licencia a ninguna de las 26 organizaciones que se registraron oficialmente, de acuerdo con estas normas, y se recaudó mucho dinero. ¿Cuál era la razón de aquel apasionado interés por la causa española por parte de tantas personas que sabían muy poco de España antes de 1936? Virginia Woolf, cuando fue a España su sobrino, Julián Bell, escribió: «No hago más que preguntarme, sin encontrar la respuesta: ¿qué sentía él por España? ¿Qué le hizo sentir la necesidad de ir, sabiendo, como sabía, la tortura que aquello iba a suponer para

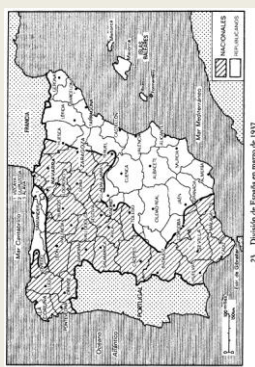
Nessa [su madre]? [...] Supongo que es una fiebre en la sangre de la generación más joven que no podemos entender. Yo nunca he conocido a nadie de mi generación que sintiera eso ante una guerra [...]. Y aunque comprendo que esto es una "causa", que puede llamarse la causa de la libertad y todo eso, no obstante, mi reacción natural es luchar en el terreno intelectual; si yo fuera de alguna utilidad, escribiría contra aquello [...]. Quizá se trataba de una inquietud, una curiosidad, algún talento que nunca había utilizado en la vida privada, y una convicción, en parte emocional, sobre España [...]. A veces estoy furiosa con él; sin embargo, tengo la impresión de que estuvo muy bien, como están muy bien todos los sentimientos intensos; no obstante, también están mal de alguna manera; hay que controlar el sentimiento con la razón».^[387] La respuesta a la pregunta de Virginia Woolf era que hombres como Bell veían en la guerra española un microcosmos de los descontentos europeos, una forma de luchar contra el fascismo, tanto si aquella plaga había llegado a su país como si no. Además, España saciaba una sed de acción muy extendida entre los jóvenes, que consideraban que una guerra civil, a diferencia de la guerra de 1914-1918, era una guerra justa.

35

La campaña vasca. — Los dos ejércitos. — El bombardeo de Durango. — Intentos vascos de mediación. — El bloqueo de Bilbao. — Potato Jones. — El Seven Seas Spray. — Guernica. — Santa María de la Cabeza.

El 22 de marzo de 1937, Franco expuso sus nuevos planes al jefe de sus fuerzas aéreas, general Kindelán. El frente de Madrid se reorganizaría en plan defensivo. Mola iniciaría una campaña contra los vascos, contando con el grueso de la aviación nacionalista y con toda la artillería disponible.^[388] Este plan suponía la dura aceptación del hecho de que Madrid no podía ser conquistado inmediatamente, y de que no se podía ganar la guerra rápidamente, a pesar de que, tras una vasta campaña de reclutamiento, el número total de las fuerzas nacionalistas se acercaría pronto a los 300.000 hombres.^[389] Los territorios

republicanos del norte eran una presa tentadora: no sólo estaban políticamente divididos y peor equipados que el centro, sino que comprendían el hierro del país vasco y el carbón de Asturias, así como el acero y las industrias químicas.^[390] En el ejército de Mola, desempeñaba un papel esencial la recién organizada división Navarra, cuyos hombres habían tenido a Guipúzcoa como campo de operaciones el año anterior. Esta división comprendía 18.000 hombres, divididos en cuatro brigadas, dirigidas por los coroneles García Valiño, Alonso Vega, Cayuela y Latorre. Para entonces constituían unos rivales a la altura de las antiguas unidades de choque de la legión extranjera (en las que figuraban algunos ex-anarquistas e izquierdistas que demostraban su lealtad exponiéndose al peligro).^[391] Muchos pensaban que Bilbao podía ser conquistado a las tres semanas del comienzo de las operaciones. Porque Mola conocía la fuerza y la situación del enemigo, gracias a la traición del comandante Alejandro Goicoechea, un oficial vasco que había participado en la construcción de las defensas de Bilbao, el llamado «cinturón de hierro», y que se había pasado a los nacionalistas en su propio coche a principios de marzo.^[392] Además, sin duda sabía algo de la falta de contacto y entendimiento entre los vascos y el gobierno republicano del centro: al fin y al cabo, los vascos estaban luchando por la independencia, no por la revolución o por la democracia española. Y, por si fuera poco, el cinturón de hierro consistía en dos líneas con una distancia entre ellas de unos 200 o 300 metros aproximadamente, que carecían de profundidad y de protección por el flanco, y estaban situadas en las cumbres de las colinas, sin camuflaje alguno.



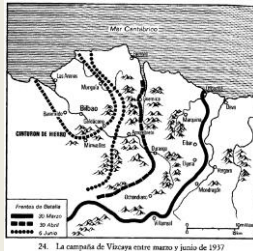
Unos días antes de que empezara la ofensiva vasca, tuvo lugar frente a Bilbao una batalla naval que fue como un ensayo de lo que iba a ocurrir a continuación. Un barco mercante cargado de material de guerra que se dirigía a Bilbao fue interceptado por el crucero nacionalista *Canarias* a cinco millas de la costa. Tres pequeños pesqueros vascos se enfrentaron con el crucero hasta que perdieron dos tercios de su tripulación y quedaron casi destrozados. A propósito de esta lucha, el poeta inglés Cecil Day Lewis, que entonces era comunista, escribió su famoso poema narrativo, *Nabarra*, que comienza así:

Libertad es más que una palabra, más que la vil moneda de los hombres de Estado, más que el deshonesto cheque del tirano, más que el loco e hinchado dinero del soñador. Es mortal, lo sabemos, y está hecha a semejanza de los hombres sencillos que no gustan de

matanzas pero que prefieren matar o morir antes que ver esa imagen traicionada.

La ofensiva de Mola empezó el 31 de marzo. El ataque sobre el terreno iba dirigido por el coronel Solchaga. El monárquico y germanófilo coronel Vigón era el jefe de estado mayor de Mola, y el coronel Martínez de Campos era el jefe de la artillería, que contaba con 200 cañones. Las brigadas navarras estaban situadas entre Vergara y Villarreal, en el límite entre las dos provincias vascas de Vizcaya y Álava. Estaban muy bien armadas. A su lado se encontraba una nueva fuerza, los «flechas negras», que se componía de 8.000 españoles con oficiales italianos, a las órdenes del coronel Sandro Piazzoni. Para apoyar a estas fuerzas, se reunieron en Vitoria 80 aviones alemanes y otros 70 aviones italianos y españoles en otros aeródromos nacionalistas del norte.^[393] La armada nacionalista, que incluía el viejo acorazado *Jaime I*, los cruceros *Canarias* y *Almirante Cervera*, y el destructor *Velasco*, pudo establecer, con muchos barcos más pequeños, un bloqueo efectivo. El ejército republicano del norte seguía mandado por el general Llano de la Encomienda, el que, en julio de 1936, siendo jefe del ejército en Barcelona, había permanecido leal. Era pesimista acerca de las posibilidades de victoria, ya que, aunque tenía bajo su mando todas las fuerzas republicanas situadas a lo largo de la costa cantábrica, seguía sin haber ninguna unidad entre los vascos, los asturianos y los santanderinos, y esto era algo evidente. El comisario general del ejército era el socialista asturiano González Peña; el comisario en el País Vasco, el diputado comunista vasco Jesús Larrañaga; en Asturias, el anarquista Francisco Martínez; y en Santander, Antonio Somarriba, socialista. Esta coalición no funcionaba. Incluso el comunista Larrañaga era objeto de opiniones contrapuestas, pues los vascos desconfiaban de él porque era comunista, y los comunistas también porque era un vasco que, a diferencia de Aguirre, incluso hablaba vasco con su familia. El inspector general del ejército del norte, general Martínez Cabrera, recientemente destituido de su cargo de jefe de estado mayor, no tenía buena reputación. Largo Caballero había asegurado en privado a los vascos que el ejército del norte no existía en realidad, y que él reconocía al ejército vasco, el «ejército de *Euzkadi*». que teóricamente formaba parte de las tropas bajo el mando de Llano de la Encomienda, como la principal organización del norte de España.^[394] Llano de la Encomienda había tenido que pasar por la humillación de enviar un telegrama preguntando al jefe de gobierno si aquello era realmente cierto. En febrero trasladó su cuartel general a Santander, y a partir de entonces no tuvo mucha relación directa con los problemas cotidianos de la campaña. El conjunto de sus tropas, teóricamente, ascendía a 150.000 hombres. En teoría también, tenía más de 250 piezas de artillería, pero éstas se encontraban repartidas: 75 en Vizcaya, 130 en Asturias y 50 en Santander. Tenía unos pocos tanques rusos T-26, y unos cuantos tanques Renault procedentes de Francia, pero, en conjunto, tenía menos efectivos bélicos que sus antagonistas. Frente a la fuerte armada nacionalista, la República, en el norte, sólo podía contar con dos destructores y tres submarinos. Los vascos sólo tenían de 25 a 30 aviones. Los bombarderos republicanos del centro de España tenían una autonomía demasiado limitada para ayudar a los combatientes del norte, y no se movieron de donde estaban. (Sin embargo, pronto fueron enviados algunos cazas.) El equipo de los ejércitos del Norte no era

tan bueno como habría sido de esperar, teniendo en cuenta que la República controlaba las fábricas de armas de Trubia, Éibar y Reinoso, las de municiones y explosivos de Galdácano, Guernica y La Manoya, y, por supuesto, las fundiciones de acero de Vizcaya. Pero allí, durante la guerra, los niveles de producción habían descendido, en vez de elevarse.



Los vascos habían reunido 46 batallones de infantería, compuestos por un total de 30.000 hombres. De estos batallones, 27 estaban formados por nacionalistas vascos (a éstos se les llamaba gudarís), ocho por los socialistas, y el resto por una mezcla de comunistas, juventudes socialistas-comunistas, republicanos de izquierda, y anarquistas. Este ejército estaba atendido por un cuerpo de capellanes castrenses, formado por 82 sacerdotes, cuya función, única en el ejército republicano, consistía en celebrar misa, velar por la moralidad de los gudarís, acompañar a los moribundos en los últimos momentos, y «formar a los reclutas en la línea de la tradición cristiana». Además había unos diez batallones de asturianos, que eran muy impopulares entre los vascos, porque se dedicaban a robar ganado, a seducir muchachas vascas, e incluso, algunas veces, a cometer asesinatos: por ejemplo, el cura de Abadiano fue fusilado por los asturianos a su paso por el pueblo.^[395] Mola publicó un ultimátum preliminar que recordaba la amenaza de los atenienses a Melos: «He decidido terminar rápidamente la guerra en el norte. Los que no sean culpables de asesinatos y rindan sus armas verán sus vidas y sus propiedades respetadas. Pero, si la sumisión no es inmediata, arrasaré toda Vizcaya hasta que no quede piedra sobre piedra, empezando por las industrias de guerra».^[396] El 31 de marzo, esta amenaza, que pretendía tener una importancia psicológica, empezó a llevarse a la práctica. Los Junker 52 de la Legión Cóndor bombardearon el pueblo de Durango, cruce de carreteras y ferrocarriles entre Bilbao y el frente. Una bomba mató a catorce monjas en la capilla de Santa Susana. La iglesia de los jesuitas fue bombardeada en el momento en que el sacerdote estaba distribuyendo la comunión. En la iglesia de Santa María, el sacerdote fue muerto en el momento de la elevación. El resto de la población también fue bombardeado y ametrallado. Aquel día murieron 127 paisanos, entre los que se contaban 2 sacerdotes y 13 monjas, y otros 121 murieron más tarde en los hospitales.^[397] Anteriormente, Durango había tenido fama por ser la ciudad en la que Don Carlos había decretado, en 1834, que todos los extranjeros que fueran detenidos en armas contra él fueran ejecutados sin juicio. A partir de 1937, disfrutaría también de la triste fama de haber sido la primera ciudad indefensa bombardeada sin piedad en Europa. El mismo día, después de un bombardeo de

aviación y artillería muy intenso y bien coordinado, el coronel nacionalista Alonso Vega avanzó por la derecha del frente para conquistar las tres montañas de Maroto, Albertia y Jarindo. Al norte de Villarreal, en el centro del frente, hubo una lucha violenta en los alrededores de Ochandiano. Esta batalla continuó hasta el 4 de abril. Cada día bombardeaban el pueblo entre cuarenta y cincuenta aviones. Los navarros llegaron casi a rodearlo. Aterrados ante la posibilidad de quedar aislados y caer vivos en manos del enemigo, los vascos se retiraron, dejando seiscientos muertos. Se hicieron cuatrocientos prisioneros. Después del 4 de abril, hubo una pausa en la ofensiva, debida a la intensa lluvia. Mola reorganizó sus tropas para la siguiente fase de la campaña, que ya se veía que probablemente iba a ser más larga de lo que él había profetizado al principio. El general von Sperrle se quejó.^[398] Los vascos fortificaron sus nuevas posiciones, y realizaron nuevos ajustes en el cinturón de hierro. El uso táctico de los bombardeos aéreos, por muy inexacto que fuera, había causado gran alarma, y había aumentado el odio a Alemania. Fueron movilizados más hombres, y llegó más material de guerra, de manera que, el 10 de abril, los vascos tenían 140 piezas de artillería.^[399] La llegada del general Goriev, el destacado militar ruso que estaba en España, como asesor militar, con más personal ruso, sin embargo, no pareció mejorar las cosas, a pesar de la buena reputación de que éste gozaba en Madrid.^[400] El 6 de abril, los nacionalistas anunciaron que impedirían que entrasen barcos con alimentos en los puertos republicanos del norte de España.^[401] Por consiguiente, el vapor británico Thorpehall, que llevaba un cargamento de provisiones de Santander a Bilbao, fue detenido a cinco millas de la costa por el crucero nacionalista Almirante Cervera y por el pesquero armado Galerna. Finalmente, el Thorpehall pudo pasar, ya que los buques nacionalistas no parecieron muy dispuestos a pelear con dos destructores británicos, el Blanche y el Brazen, que se apresuraron a presentarse en el lugar del suceso. Este hecho replanteó con toda crudeza la cuestión del bloqueo. Al principio de la guerra, el gobierno republicano había declarado un bloqueo a ciertos puertos del territorio nacionalista. Los ingleses habían considerado que la declaración se aplicaba a un territorio demasiado extenso y que «para ser válido», el bloqueo «tenía que ser efectivo».^[402] Así pues, si un buque de guerra español hubiera detenido a algún mercante en alta mar, Inglaterra habría considerado incorrecta la acción. Los barcos ingleses tendrían que ser protegidos contra aquella interferencia. Además, Inglaterra sólo reconocía un límite de tres millas para las aguas territoriales, mientras que España insistía en las seis millas. La complejidad de la situación era tal que constantemente cambiaban las órdenes en la armada y esto llegó a ser una carga intolerable para los jóvenes oficiales de la marina. El anuncio de este nuevo bloqueo nacionalista exacerbó la complejidad de la posición del gobierno británico. Según el derecho internacional, los beligerantes reconocidos podían llevar a cabo un bloqueo (en el que va incluido el derecho al registro de barcos en alta mar). Pero, como no deseaban someter a los buques mercantes ingleses a la inspección de los buques de guerra españoles, Baldwin y sus ministros se opusieron al reconocimiento de los dos bandos españoles como beligerantes. La situación era todavía más complicada debido al hecho de que muchos barcos extranjeros llevaban bandera

británica para intentar evitar que los detuvieran y asegurarse la protección. El gobierno inglés sabía muy bien que muchos barcos mercantes eran «virtualmente contrabandistas del bloqueo que corrían el riesgo porque se trataba de grandes fletes».^[403] Pero ahora los nacionalistas poseían el dominio del mar. Por lo tanto, si se reconocían los derechos de beligerancia, serían barcos de guerra nacionalistas los que, sobre todo, practicarían la interceptación, y buques mercantes ingleses los que principalmente tendrían que soportarla. Pero, si no se reconocían los derechos de beligerancia, los buques mercantes ingleses estarían autorizados para pedir ayuda a la marina de guerra británica si eran interceptados (fuera de las aguas territoriales vascas). Por lo tanto, ¡mejor sería que ningún barco inglés se dirigiera a los puertos vascos! Esta última reflexión, quizás hecha a un nivel subconsciente, predispuso al capitán del *Blanche* y al comandante en jefe de la flota del Mediterráneo a llegar a la conclusión de que el bloqueo nacionalista era efectivo. Sir Henry Chilton informó en el mismo sentido desde Hendaya. Y hubo otros informes parecidos: no sólo era cierto que la marina nacionalista situada frente a Bilbao era capaz de impedir la entrada de todos los mercantes, sino que, además, las aguas territoriales vascas estaban minadas. Por consiguiente (según informaban Chilton y la armada inglesa), para los buques mercantes británicos sería peligroso que intentaran entrar en Bilbao. Dentro del límite de las tres millas, naturalmente, la armada inglesa no podía proteger a los mercantes. Como los vascos habían perdido el dominio del mar, los barcos ingleses podían ser atacados en las aguas territoriales. De manera que el Almirantazgo ordenó a todos los buques mercantes ingleses que se encontraban a menos de cien millas de Bilbao que se dirigieran al puerto pesquero francés de San Juan de Luz, y allí esperaran nuevas órdenes. Al día siguiente, el comandante Julián Troncoso, gobernador militar nacionalista de Irún, dijo a Chilton, siguiendo instrucciones de Burgos, que Franco estaba decidido a hacer efectivo el bloqueo. Concretamente, se iba a impedir por la fuerza el viaje de cuatro mercantes ingleses de los que se sabía que iban cargados de alimentos y que ahora estaban en San Juan de Luz. Entretanto, se seguirían colocando minas en el puerto de Bilbao.^[404] Esta resolución afirmación llegó a Londres el sábado 10 de abril por la mañana, y obligó a Baldwin a convocar al gabinete para el domingo. Interrumpiendo su fin de semana, llegaron, entre otros, Duff Cooper, ministro de la Guerra; sir Samuel Hoare, primer lord del Almirantazgo; sir John Simón, ministro del Interior; y Edén, ministro de Asuntos Exteriores. Como resultado de la reunión, la junta de Comercio «advirtió» a los barcos ingleses que no fueran a Bilbao, y les notificó que la marina de guerra no podría ayudarles si intentaban hacerlo. Además, el Almirantazgo envió el acorazado Hood, orgullo de la armada, a «algún sitio próximo a Bilbao, para que las fuerzas británicas en aquella región no fueran inferiores a las del general Franco». El lunes siguiente, Baldwin explicó ante una airada Cámara de los Comunes que había riesgos contra los cuales resultaba imposible proteger a los barcos ingleses.^[405] Al gobierno le preocupaba menos el principio abstracto de la libertad de los mares que la importante cuestión de las 60.000 toneladas de mineral de hierro que normalmente importaba Inglaterra de los puertos vascos.^[406] De hecho, los puertos del norte de España

no tenían minas, y era lógico suponer que continuarían sin ellas, porque las minas impedirían que los nacionalistas utilizaran los puertos, en el caso de que triunfaran. Pero las entradas de los puertos sí que habían sido minadas. Durante toda la semana siguiente, hubo protestas en el Parlamento. Toda aquella primavera, España había sido un tema constante en las interpelaciones y debates sobre asuntos exteriores. Edén y su ayudante, Cranborne, habían sido sometidos a grandes presiones por los laboristas y liberales que simpatizaban con la República y por el grupo de conservadores que apoyaban a los nacionalistas. ¿Había oído hablar el gobierno de la llegada de nuevas divisiones italianas a Cádiz? ¿Cuántos rusos había en Madrid? Ante estas preguntas, el gobierno había declarado que carecía de información exacta. Además, había entablado negociaciones secretas con los nacionalistas para garantizar la producción de las minas de propiedad inglesa situadas en la zona rebelde, siempre que no vendieran piritas a Francia.^[407] Ahora, el interés inglés por España había llegado al máximo. Edén defendió la no intervención en un discurso que pronunció en Liverpool: «Queda un resultado positivo. La política de no intervención ha limitado y reducido poco a poco la oleada de intervención extranjera en forma de armas y hombres para España. Y, lo que es más importante, la existencia de esa política, y el conocimiento de que muchos gobiernos, pese a todas las contrariedades, estaban trabajando en esa línea, ha reducido en gran medida el riesgo de una guerra general»^[408] En privado, Edén confesaba que «quería claramente que ganara la República».^[409] El 14 de abril, Attlee presentó un voto de censura. El gobierno británico, la mayor potencia marítima del mundo, había decidido no proteger a los barcos mercantes ingleses; sin embargo, los vascos habían dicho que ya habían retirado las minas del puerto de Bilbao, y que, por las noches, el puerto estaba protegido por pesqueros armados (con la ayuda de reflectores). (Esta información procedía de un telegrama enviado por Aguirre.) ¿De dónde procedía la información que tenía el gobierno sobre los peligros? ¿Procedía de «esos curiosos individuos, nuestros agentes consulares, que tan silenciosos se muestran sobre la cuestión del desembarco de tropas italianas?» A continuación, sir John Simón, ministro del Interior, arguyó que, si se permitía que los barcos ingleses fueran a Bilbao, primero habría que hacer una limpieza de minas. Y eso constituiría «una clara operación de guerra». Sir Archibald Sinclair, el líder liberal, arguyó que la aceptación del bloqueo nacionalista por parte del gobierno ya suponía una intervención. Al fin y al cabo, los alemanes —dijo, recordando incidentes acaecidos el invierno anterior— siempre se habían cuidado de sus barcos. A continuación habló Churchill, quien, reiterando su desvinculación olímpica de los dos bandos de la guerra, se entregó a un sueño fantástico de mediación a base de «una reunión en lo que lord Rosebery llamó una vez una "posada al borde del camino" que daría a España la oportunidad de conseguir «paz, ley, pan y perdón». Entonces, aquellos «puños cerrados se podrían abrir para convertirse en manos abiertas a una generosa cooperación». Harold Nicolson, del Partido Laborista Nacional, describió la negativa a arriesgar barcos ingleses en aguas vascas como una «píldora amarga. No es agradable. Es una poción que resulta casi nauseabunda», pero había que aceptarla. Noël-Baker sugirió que era la primera vez desde 1588 que los ingleses parecían

tener miedo a la armada española. Edén terminó el debate diciendo que, si los buques mercantes ingleses salían de San Juan de Luz, y por tanto desobedecían a la junta de Comercio, recibirían protección naval hasta el límite de las tres millas. «Confiamos en que no lo hagan, porque, a la vista de los informes sobre las condiciones existentes, no creemos que sea seguro para ellos el hacerlo.»^[410] Los capitanes de los barcos mercantes anclados en San Juan de Luz se estaban impacientando. Sus cargamentos (por los que habían sido magníficamente pagados)^[411] se estaban pudriendo. Tres barcos, todos ellos mandados por capitanes galeses que se apellidaban Jones (se los distinguía por sus respectivas cargas: «Potato Jones», «Corn Cob Jones» y «Ham and Eggs Jones»), se hicieron famosos por sus intentos de salir del puerto. «Potato Jones», cuyas patatas ocultaban armas y que actuaba por motivos materiales, adquirió una repentina, aunque inmerecida, reputación, por una serie de ingeniosas respuestas que dio a un reportero del Evening News, en la línea de sal gruesa típica de la tradición conradiana. Pero no fue él (que desembarcó su cargamento en Valencia) quien rompió el bloqueo de Bilbao. El primero fue el «deán rojo» de Canterbury, doctor Hewlett Johnson, un destacado e incansable apologista de Rusia, y ahora de la República, que zarpó de Bermeo, cerca de Bilbao, hacia San Juan de Luz, en una lancha torpedera francesa, sin ningún contratiempo; y luego se lo contó al Manchester Guardian. Luego, el Seven Seas Spray, un buque mercante que llevaba un cargamento de provisiones procedentes de Valencia, zarpó del mismo puerto el 19 de abril a las diez de la noche, ignorando los mensajes que le enviaban desde la costa. Su capitán, llamado Roberts, hizo oídos sordos a las advertencias de un destructor británico que se encontró a diez millas de la costa vasca. El capitán del destructor dijo a Roberts que debían continuar por su cuenta y riesgo, y luego le deseó buena suerte. A la mañana siguiente, el Seven Seas Spray llegó a Bilbao, sin haber visto minas ni barcos de guerra nacionalistas. Mientras este barco remontaba la ría hacia el muelle, con el capitán y su hija en pie sobre el puente, el hambriento pueblo de Bilbao se amontonaba en los muelles, muy excitado, gritando: «¡Vivan los marineros ingleses!» y «¡Viva la libertad!» Ahora el Almirantazgo británico tuvo que reconocer su error. Porque, en el caso de Bilbao, era cierto lo que había dicho Attlee en el debate: el bloqueo de Bilbao no era efectivo. Por lo tanto, otros barcos que se encontraban anclados en San Juan de Luz se dirigieron a Bilbao. Cuando uno de ellos, el MacGregor, se encontraba a diez millas de la costa, el crucero nacionalista Almirante Cervera le dio orden de detenerse. El MacGregor envió un SOS al Hood, de la armada británica. Su comandante, el vicealmirante Blake (que no se creía la historia de las minas), pidió al Almirante Cervera que no pusiera obstáculos a los barcos ingleses fuera de las aguas territoriales. El Almirante Cervera dijo que las aguas territoriales españolas tenían una extensión de seis millas. El almirante Blake contestó que Inglaterra no reconocía esto, y dijo al MacGregor que podía seguir su camino, si lo deseaba. Y el MacGregor así lo hizo. A pocos metros del límite de las tres millas, el pesquero armado Galerna disparó contra la proa del MacGregor. El Firedrake, de la armada británica, ordenó al Galerna que no atacara a un barco inglés. Desde la costa, las baterías vascas lanzaron una salva, y el Galerna se retiró. No se hizo ningún otro intento para impedir que los barcos ingleses

llegaran a Bilbao, aunque continuó el bloqueo. ¿Cuál era la explicación de este curioso incidente en la historia de la marina? Edén, sin duda, estaba diciendo la verdad cuando, el 20 de abril, manifestó, de pasada, en la Cámara de los Comunes, que «si yo tuviera que escoger en España, creo que el gobierno vasco se encuentra mucho más cerca de nuestro sistema que el de Franco o el de la República». (En sus memorias, Edén escribiría más tarde que «a partir de los primeros meses de 1937, si yo hubiera tenido que escoger, habría preferido una victoria del gobierno».)^[412] Pero, al parecer, el Almirantazgo y sir Samuel Hoare, que deseaban evitar cualquier problema con Franco, dieron una información incorrecta al gobierno. Parte, al menos, de la información del Almirantazgo no procedía de un cuidadoso examen de los hechos sino de versiones dadas por los propios barcos de guerra nacionalistas. El Daily Telegraph del 20 de abril publicó una entrevista con el nacionalista capitán Caveda, que comentaba lo agradable que había sido trabajar con la flota inglesa «en cuestiones surgidas del bloqueo de Bilbao». Sir Samuel Hoare, en el Almirantazgo, parecía muy satisfecho al aceptar la información falsa y actuar precipitadamente de acuerdo con ella.

El 20 de abril, empezó en Vizcaya un nuevo avance nacionalista. Cuando había cesado el bombardeo aéreo y de la artillería, y los vascos empezaban a salir de las superficiales trincheras en que se habían refugiado, oyeron las ametralladoras navarras en la retaguardia. Una vez más, igual que en Ochandiano, se oyó el grito: «¡Estamos copados!» Muchos defensores se retiraron mientras pudieron. Sin embargo, ante el pueblo de Elgeta, entre las onduladas colinas de Inchorta, se habían cavado trincheras profundas. Y allí, los vascos, dirigidos por el comandante de milicias Pablo Belderrain, rechazaron el ataque. Pero entonces se retiraron dos batallones de la CNT, y esta retirada completó el hundimiento del frente. Ahora, los comandantes vascos estaban deseando retirarse a las buenas trincheras del cinturón de hierro. Los bombardeos constantes bloqueaban las carreteras e impedían los movimientos. El estado mayor central de Bilbao demostraba una apatía que provocó acusaciones de traición. El 24 de abril, todas las cumbres del sector del frente escogido para la ofensiva habían caído en manos del coronel que mandaba la 1ª Brigada navarra, Rafael García Valiño. Belderrain tuvo que retirarse de Elgeta. Persistía una atmósfera de pánico. La artillería no sabía adonde disparar. Las trincheras eran evacuadas. Así pues, a los seis días de reanudar la ofensiva de Mola, parecía inminente la derrota general de los vascos. Sin embargo, ahora iba a producirse una nueva crisis: Guernica. Guernica era una pequeña población de la provincia vasca de Vizcaya, situada en un valle a 10 kilómetros del mar y a 30 de Bilbao. Con sus 7.000 habitantes, a primera vista Guernica parecía uno más de los acogedores pueblos de aquella zona montañosa, sembrada de caseríos aislados. En la guerra de la independencia, los franceses habían perjudicado mucho a Guernica. Sin embargo, siempre había sido célebre, desde tiempos inmemoriales, como la patria de las libertades vascas. Porque, ante el famoso roble de Guernica, solía reunirse el «parlamento de los senadores vascos», mientras que, en la iglesia de Santa Eufemia, los monarcas españoles, o sus representantes, juraban los fueros vascos. (Además, en los viejos tiempos, el roble había sido un refugio al que podían

acogerse los deudores vascos.) El 26 de abril de 1937, Guernica estaba a quince kilómetros del frente, en sus calles se amontonaban los refugiados y los soldados en retirada. A las cuatro y media de la tarde, un repique de campanas de la iglesia anunció que se acercaban aviones. Anteriormente la región ya había sufrido algunas incursiones aéreas, pero Guernica no había sido bombardeada. No tenía defensas antiaéreas de ningún tipo. A las cinco menos veinte, un Heinkel 111 (un nuevo y rápido bombardero alemán, con capacidad para transportar 1.400 kilos de bombas),^[413] pilotado por el comandante von Moreau, bombardeó el pueblo, desapareció y volvió a presentarse con otros tres aviones del mismo tipo.^[414] Después de los Heinkel se presentaron tres escuadrillas de los viejos espectros de la guerra española, los Junker 52 —23 aviones—, algunos nuevos cazas Messerschmidt BF-109, y otros cazas más antiguos, Heinkel 51. Los cazas cumplían una doble función, debían escoltar a los bombarderos, pero también ametrallar a toda la gente que vieran, volando a baja altura. Varias oleadas de aviones lanzaron bombas incendiarias, poderosos explosivos y bombas de shrapnel, con un peso total de 50.000 kilos. En el bombardeo participaron 43 aviones; los Junker iban dirigidos por los tenientes von Knauer, von Beust, y von Krafft. El centro de la población quedó destruido y envuelto en llamas. La casa de juntas vasca y los restos del famoso roble, que se encontraban lejos del centro, sin embargo, quedaron intactos.^[415] Igual que la fábrica de armas que había a las afueras de la población. Murieron muchas personas, tal vez mil, aunque los acontecimientos que se produjeron a continuación hacen imposible afirmar con seguridad el número exacto de muertos.^[416] Muchas más quedaron mutiladas o heridas. También es posible que participaran en las últimas fases del bombardeo algunos aviones italianos. Estos hechos fueron confirmados por todos los testigos presenciales, incluidos el alcalde del pueblo y el cónsul británico, así como por los corresponsales extranjeros —principalmente ingleses— que entonces estaban en el País Vasco.^[417] Pero Bolín, el jefe del departamento de prensa nacionalista en Salamanca, manifestó el 27 de abril, que los vascos habían volado su propio pueblo. Mientras tanto, el 28 de abril Durango, y el 29 de abril Guernica, cayeron en manos de los nacionalistas sin mucha resistencia. El general Solchaga ejecutó al jefe vasco hecho prisionero, coronel Llarch, y a tres miembros de su estado mayor, tras un consejo de guerra sumarísimo. Los periodistas extranjeros que se encontraban con los nacionalistas fueron informados de que, aunque se habían encontrado en Guernica «algunos fragmentos de bombas», los daños habían sido causados principalmente por incendiarios vascos, con el fin de inspirar indignación.^[418] El 4 de mayo, un nuevo informe nacionalista dijo que, naturalmente, en Guernica había señales de fuego después de «una semana de bombardeo artillero y aéreo». También admitía que Guernica había sido bombardeada intermitentemente durante un período de tres horas. Diez días después, se encontró la palabra «Garnika» en el diario del 26 de abril de un piloto alemán derribado por los vascos. El piloto explicó, sin convencer a nadie, que aquello se refería a una chica que había conocido en Hamburgo. Unos meses después, otro comunicado nacionalista reconocía que el pueblo había sido bombardeado, pero afirmaba que los aviones eran republicanos. Las bombas —decía— habían sido fabricadas en

territorio vasco, y las explosiones habían sido causadas poniendo dinamita en las alcantarillas.^[419] Pero, en agosto, un oficial nacionalista reconoció ante un reportero de *The Sunday Times* que Guernica había sido bombardeada por su bando.^[420] «Desde luego, la bombardeamos y la bombardeamos [...] bueno, ¿y por qué no?» Años más tarde, el as de la aviación alemana Adolf Galland, que se incorporó poco después a la Legión Cóndor, fue el primero en reconocer que los responsables habían sido los alemanes.^[421] Sin embargo, arguyó que el ataque había sido un error, debido a los malos observadores de bombardeo y a la falta de experiencia. Los alemanes —decía Galland— querían destruir el puente que había sobre el río, erraron el blanco completamente, y por equivocación destruyeron el pueblo. Hay otros alemanes, entre los que se cuentan algunos que tomaron parte en el ataque, que defienden esta idea.^[422] El viento, dicen, hizo que las bombas se vieran impulsadas hacia el oeste. De hecho, Guernica era un objetivo militar, puesto que se trataba de un centro de comunicaciones próximo a la línea de batalla, en realidad, casi al alcance de la vista de las columnas nacionalistas, que se encontraban unos kilómetros más al sur. Los soldados republicanos en retirada sólo podían huir hacia el oeste con cierta facilidad si pasaban por Guernica, porque el puente que había en las afueras del pueblo, sobre el río Oca, era el último antes del mar. Pero, si el objetivo primario de la Legión Cóndor era destruir el puente, ¿por qué von Richthofen no utilizó sus bombarderos Stuka, que atacaban en picado y con gran precisión, si tenía un pequeño número de éstos en Burgos? Además, ¿por qué se montó una expedición tan especialmente devastadora? Como mínimo, uno de los objetivos que tenía en su mente (aunque no figurara en su diario) debía de ser el de causar el máximo de pánico y confusión entre la población civil, así como entre los soldados. El uso de bombas incendiarias demuestra que se pretendía destruir edificios o personas además del puente, aunque es posible que von Richthofen no previera que el fuego iba a extenderse tan rápidamente por las estrechas calles de Guernica, y también es posible que el polvo y el humo de las explosiones causadas por los Heinkel impidieran a los pilotos de los Junker la visión clara (o ni siquiera confusa) del puente. El hecho plenamente atestiguado de que ametrallaran a las personas que salían corriendo del pueblo difícilmente encaja en la versión que explica el ataque como un intento de destruir el puente. Además, el diario de von Richthofen indica que el coronel Juan Vigón, jefe del estado mayor de Mola, estaba enterado del proyecto, con antelación al ataque: los dos habían conferenciado sobre el tema los días 25 y 26 de abril, aunque quizá «sin informar a la autoridad superior».^[423] Sin embargo, es justo reconocer que el ataque aéreo formaba parte de un conjunto de operaciones muy relacionadas con la campaña en curso; y que no hay evidencia directa de que los alemanes estuvieran enterados de la importancia que tenía Guernica para el pueblo vasco, ni de que los militares nacionalistas españoles, que evidentemente sabían lo que representaba Guernica para los vascos, supieran que el ataque aéreo iba a ser tan horripilante. Ni siquiera hay evidencia de que Vigón supiera que el ataque aéreo iba a ser tan devastador, ni de que Franco, Mola, o incluso Sperrle, discutieran de antemano el ataque que se planeaba: por entonces, como veremos, Franco, en realidad, estaba muy preocupado con

los problemas de la Falange y Hedilla, y puede que incluso fuera difícil de localizar. Puede que Mola, Sperrle, e incluso Vigón, los días 25 y 26 de abril, también estuvieran preocupados por la crisis política interna, que en aquellos momentos era sumamente aguda.^[424] Dicen que Mola quedó muy impresionado cuando llegó a Guernica, el 29 de abril.^[425] También se ha dicho que Franco se enfureció con los alemanes cuando se enteró de las consecuencias del bombardeo.^[426] Puede que esto sea cierto, porque el hecho es que, a partir de entonces, no volvió a producirse ningún otro bombardeo del tipo de Guernica en el País Vasco, y, en realidad, la Legión Cóndor nunca volvió a intentar nada parecido al «bombardeo de zona» sobre ciudades indefensas.^[427] Guernica dio lugar a una apasionada controversia internacional. A primeros de año, el pintor Picasso había recibido el encargo de pintar un mural para el pabellón del gobierno español en la exposición universal de París.^[428] Ahora se puso a trabajar en una representación de los horrores de la guerra expresados por la destrucción de Guernica, en una pintura que es probablemente la más famosa de todas sus obras.^[429] Después de ser exhibida en París, en 1937, por primera vez, fue enviada al Metropolitan Museum de Nueva York. Entretanto, el mando nacionalista y los alemanes, impresionados por lo que habían hecho, y preocupados por las posibles repercusiones, montaron una complicada campaña de disimulo. Anteriormente nunca se había producido un bombardeo aéreo como aquél. Los propagandistas de ambos bandos tomaron posiciones que ya no abandonarían jamás. Así como un corresponsal de The Times, George Steer, se mostró dispuesto a escribir tan explícitamente la versión vasca de los hechos, James Holburn, corresponsal del mismo periódico inglés en el bando nacionalista, cuando entró en el pueblo con el tren de bagajes de Solchaga, escribió: «los pocos cráteres que inspeccioné habían sido causados por la explosión de minas».^[430] Veinte sacerdotes vascos, uno de los cuales había sido testigo ocular del bombardeo, y entre los que se contaba el vicario general de la diócesis, escribieron al papa diciéndole quién había destruido Guernica. Dos de ellos, los padres Pedro Menchaca y Agustín Isusi, respectivamente, fueron al Vaticano con esta carta. La entregaron, pero sólo fueron recibidos por el cardenal Pacelli, el secretario de Estado del papa, a condición de que no mencionaran el motivo que les había llevado a Roma. Cuando fueron recibidos, los vascos no pudieron reprimirse y empezaron a hablar de Guernica. Entonces, Pacelli, comentando fríamente que «la Iglesia es perseguida en Barcelona», los acompañó hasta la puerta.^[431] Durante una generación se mantuvo la versión nacionalista de estos hechos. Seguían vivos los que habían dado aquella versión en su momento, como el capitán Luis Bolín.^[432] Hasta 1970, cuando ya habían muerto, o habían dejado de tener influencia, y empezaron a ser accesibles los documentos del gobierno, no se reconoció que Guernica había sido bombardeada desde el aire.^[433] Así y todo, continuó sosteniéndose a menudo que los vascos habían rematado lo que los alemanes no habían hecho más que empezar.^[434] El 30 de abril, diez días después de empezar el control internacional de la no intervención y cuando, por consiguiente, el ministro inglés de Asuntos Exteriores creía que, durante un tiempo, se vería libre de lo que él llamaba «la guerra de la obsesión española», Edén dijo a la Cámara de los Comunes que el gobierno estaba considerando qué se podía

hacer para evitar un nuevo Guernica. En la propia Legión Cóndor, las consecuencias del ataque causaron «gran depresión»^[435] El 4 de mayo, lord Plymouth sugirió al comité de la no intervención que pidiera a los dos bandos españoles que no bombardearan ciudades abiertas. Ribbentrop y Grandi arguyeron, con muy poco ingenio por cierto, que el tema de Guernica no se podía tratar aparte de la consideración general de los aspectos humanitarios de la guerra. Maisky protestó contra esta ampliación del área de debate.^[436] Una conferencia de dirigentes de la Iglesia de Inglaterra, entre los que se contaba William Temple, arzobispo de York, elevó a Edén una protesta formal contra el bombardeo de objetivos no militares. La crisis sirvió para desviar la atención de los enormes cargamentos de material militar que entonces estaban llegando a la República, procedentes de Rusia.^[437] Por otra parte, Franco, el 29 de abril, había firmado un acuerdo con Italia para la compra de dos viejos submarinos, el Archimedes y el Torricelli, que irían a engrosar su flota. Esto también pasó desapercibido. Mientras tanto, se detuvo el hundimiento vasco más allá de la ciudad destruida, aunque, el 30 de abril, los «flechas negras», que eran 4.000, conquistaron el puerto pesquero de Bermeo. Aquel día, la moral vasca se vio estimulada por la destrucción del acorazado España, al parecer por obra de una de las minas que los propios rebeldes habían puesto en Santander; la tripulación se salvó. El 1 de mayo, Mola atacó en todo el frente. Los italianos de Bermeo fueron rodeados, y se vieron obligados a pedir auxilio. Ahora, los bombardeos ya no aterrorizaban tanto a los milicianos vascos, porque habían observado que el ruido que producían era peor que sus efectos.

Mientras Guernica ocupaba los titulares de los periódicos del mundo, estaban ocurriendo hechos casi igualmente dramáticos en Sierra Morena, la magnífica cadena de montañas que separa la meseta castellana de Andalucía. Allí, en dos cumbres, en torno al santuario de Santa María de la Cabeza, llevaban nueve meses resistiendo en favor del alzamiento 250 guardias civiles de Jaén, la mayor parte de sus familias, 100 falangistas y unos 1.000 miembros de la burguesía de Andújar. Durante la mayor parte del tiempo, en la primera fase de la guerra, no se habían lanzado ataques contra aquel enclave nacionalista situado en el corazón de la España republicana. En realidad, durante algún tiempo, el comité del Frente Popular de Andujar ni siquiera supo si los guardias civiles del santuario eran amigos o enemigos. Después de vivir algún tiempo en esta equívoca seguridad, y tras haber reunido una buena cantidad de alimentos, los rebeldes decidieron que era moralmente imposible no hacer saber a los «rojos» en qué bando se encontraban. O sea que enviaron una carta en mano en la que hacían una declaración de guerra. El comandante Nofuentes, que quería rendirse, fue depuesto del mando del santuario, aunque se respetó su vida y la de otros oficiales pro-republicanos. Entonces empezó un asedio. Los defensores estaban dirigidos por un capitán de la guardia civil, Santiago Cortés, cuya esposa y cuya familia eran prisioneros políticos en Jaén. Empezaron a enviar noticias y mensajes exaltados a los nacionalistas de Sevilla por medio de palomas mensajeras. Algunos pilotos nacionalistas —entre ellos el brillante capitán Carlos de Haya— se entrenaron especialmente para poder dejar caer provisiones en la pequeña zona que

estaba siendo defendida —técnica que encontraron parecida a la del bombardeo en picado—. En total, se enviaron 80.000 kilos de comida desde Sevilla, y 70.000 desde Córdoba. Otros suministros más delicados (como los medicamentos) se dejaban caer atados a un pavo, que es un animal de vuelo lento, majestuoso y vertical. En el interior del santuario se improvisaron escuelas y hospitales. Aunque había una fuerza de Queipo de Llano sólo a unos treinta kilómetros de distancia, en Porcuna (pueblo conquistado el 1 de enero de 1937), los nacionalistas no hicieron ningún verdadero esfuerzo por liberar a la guarnición. A principios de abril, la República decidió aplastar aquel islote de resistencia, y envió una gran fuerza a las órdenes del diputado comunista, y ahora teniente coronel, Martínez Cartón. Tras una feroz lucha, el pequeño campamento de los defensores quedó dividido en dos. Lugar Nuevo, el menor de los dos campamentos, envió su última paloma al capitán Cortés para decirle que ya no podía resistir más. Pero cayó una lluvia torrencial y, durante la noche, Lugar Nuevo fue evacuado sin pérdidas, y todos sus defensores, incluidos doscientas mujeres y niños, pudieron refugiarse en el santuario. A continuación, Franco dio permiso a Cortés para rendirse si la resistencia se hacía imposible. También dio órdenes para la evacuación de mujeres y niños, bajo la garantía de los oficiales de la Cruz Roja que habían llegado hacía poco tiempo. Pero Cortés y los defensores, inflamados por las pasiones que había sido necesario despertar para mantener la resistencia, dudaban de que la Cruz Roja pudiera garantizar la evacuación. Los defensores estaban rodeados por veinte mil republicanos. Surgieron dudas. Se reanudaron los ataques. Cortés fue herido el 30 de abril, y envió un último mensaje con una paloma. El 1 de mayo, el ejército republicano irrumpió en el santuario. Las últimas órdenes de Cortés a sus hombres fueron: «La guardia civil y la Falange muere, pero no se rinde».^[438] El santuario fue incendiado. Las llamas se alzaron sobre la sierra. Finalmente, la mayoría de las mujeres y los niños que había allí fueron llevados en camiones, y los defensores que aún quedaban con vida fueron hechos prisioneros. Cortés murió en un hospital a consecuencia de sus heridas, y se llevó a la tumba el secreto de dónde había enterrado la efigie de la Virgen de la Cabeza, para tenerla en lugar seguro.

36

Negociaciones entre carlistas y falangistas. — El caso de Hedilla. — Asesinato de Goya. — El Decreto de Unificación. — Serrano Súñer.

Durante la primavera de 1937, las dos Españas enfrentadas en la guerra civil fueron consolidando su situación. Desde este momento coexistieron en el país dos estados: ya no se trataba de un solo Estado dividido en clases. Por una parte, Franco consiguió una resonante victoria sobre los falangistas y carlistas, que eran los dos únicos movimientos supervivientes. La causa nacionalista se vio reforzada con motivo de la crisis de abril de 1937, y las autoridades de Salamanca eran universalmente acatadas, si bien es cierto que un Queipo de Llano en Sevilla y un Cañizares en Badajoz gozaban de amplia libertad de acción. La consolidación del poder de la zona republicana de España era una tarea más larga y, aunque el Estado había sobrevivido triunfante, la victoria trajo consigo la desmoralización, de manera que no pasó de ser una victoria pírrica. La crisis existente tras las líneas nacionalistas había que remontarla al invierno anterior, cuando Franco desterró a Portugal a Fal Conde, «delegado general» de los carlistas. Aquella dura medida había irritado a los carlistas. El descontento de éstos halló cierto eco en el ánimo de algunos falangistas que no simpatizaban con el general Franco. Desde Lisboa, Fal Conde recibió una invitación de la Falange para discutir un proyecto de unificación de ambos partidos. La invitación fue aceptada.^[439] Al fin y al cabo, ambos partidos coincidían en el diagnóstico de los problemas de España, si bien diferían en los remedios que propugnaban. Las negociaciones duraron tres semanas y no dieron resultado.^[440] Los carlistas sacaron la conclusión de que los falangistas pretendían deshacer todo el movimiento nacionalista. A finales de febrero, los representantes de ambos partidos se despidieron amistosamente. La puerta quedaba abierta para emprender ulteriores negociaciones, gracias a la dúctil personalidad del conde de Rodezno. Pero también recogió la idea de la unificación, el general Franco, que tenía noticia de las últimas vicisitudes, probablemente a través de Rodezno, cuyo apoyo de principio a la vieja causa siempre estuvo templado por la ambición y la incompatibilidad personal con Fal Conde, como se vio durante las conversaciones celebradas con Mola con anterioridad a la guerra. Desde que accedió al poder, Franco supo manejar con éxito a los dispares grupos que integraban el movimiento nacional, como cuando se enfrentaba a los distintos cabecillas de la guerra del Rif, en sus primeros años de madurez. Acaso la pura y simple unificación, efectuada desde arriba, originara aquella amalgama ideológica de la que había hablado con mucha esperanza el diplomático alemán Dumoulin cinco meses atrás. Otro personaje de influencia apoyaba el proyecto: Ramón Serrano Súñer, de treinta y cuatro años de edad y cuñado del generalísimo, que antes de la guerra había sido diputado de la CEDA por Zaragoza y vicepresidente de este movimiento. Este ambicioso hombre de leyes había huido de la España republicana. Aunque siempre estuvo íntimamente asociado con Franco en los círculos políticos, el alzamiento le sorprendió en Madrid. Fue internado en la cárcel Modelo, en donde presenció el fusilamiento de sus amigos Fernando Primo de Rivera y

Ruiz de Alda. Su odio a los republicanos se transformó en rabia ciega cuando éstos fusilaron a dos hermanos suyos. Su muerte se debió en parte a la negativa de la embajada francesa a concederles asilo, y ello alimentó en él un odio especial contra Francia, que reforzaba el creciente desdén que sentía por la democracia. Estas aterradoras vivencias le marcaron para el resto de su vida. Poca cosa quedaba ya del político de la CEDA que fuera en otro tiempo. El discurso que pronunció en El Escorial en abril de 1934, bajo una lluvia de aguanieve, con motivo de la célebre concentración de las JAP, había constituido un anatema contra la degeneración de las democracias. Desde sus años universitarios era amigo personal de José Antonio.^[441] A partir de entonces, aquel dandy de canas prematuras y ojos azules ejerció una influencia dominante en su cuñado. El indolente Nicolás Franco, con su falta de puntualidad y sus extraños horarios de trabajo, perdió influencia paulatinamente hasta que de forma discreta lo enviaron de embajador a Portugal. Serrano Súñer debía su triunfo político a su inteligencia, poder de decisión y temeridad, y también a su encanto personal; pero, así como sabía complacer a un pequeño círculo, se enajenaba a las masas. Era sensible, reservado, arrogante y despierto — «rápido como un cuchillo en la palabra y en la acción», como dijo de él un antagonista británico— que contrastaba tanto con el carácter reservado de Franco como con la expansiva bonhommie del hermano de éste, Nicolás.^[442] La relación de intimidad entre Franco y Serrano la mantenían las esposas de ambos, Carmen y Zita, quienes se veían constantemente. Así empezó a imponerse en España el imperio de lo que se dio en llamar el «cuñadismo». Al principio, el «cuñadismo» carecía de posición oficial. Desde el momento de la llegada de éste a Salamanca, Franco le utilizó como guía político. Serrano se ocupaba de buscar al nuevo Estado nacionalista una base teórica y, a ser posible, jurídica. Quería salvar a su cuñado de la tentación de establecer un régimen personal inspirado en el del general Primo de Rivera; y asimismo rechazaba un Estado de partidos. Se entrevistó con monárquicos, falangistas, eclesiásticos y generales. Visitó al cardenal Gomá, al conde de Rodezno y al general Mola. Después se pasó un día entero paseando y charlando con Franco en los jardines del palacio episcopal de Salamanca. Dijo al generalísimo que, a tenor de lo discutido, todo indicaba que ninguno de los partidos existentes en la España nacionalista parecía satisfacer las necesidades del momento. Aun así habría que tomar alguna decisión. El ejército era la base del poder existente. Pero «un Estado de pura fuerza» no podría mantenerse indefinidamente. En sus comienzos el movimiento nacional había sido una reacción negativa contra la «debilidad criminal» del gobierno republicano y contra la amenaza de una revolución comunista. Era inimaginable un retorno al gobierno parlamentario. «En otros países, gracias a una serie de tradiciones, la democracia puede dar resultados positivos. Pero en España se ha demostrado claramente que la democracia sólo es posible bajo una forma primaria y explosiva, que conduce al suicidio.» Ahí estaba la oportunidad de formar un Estado libre de todo compromiso precedente o lastre, un Estado auténticamente nuevo, el único estado de ese estilo que tenía posibilidad de aparecer. ¿No era muy parecida la situación de España en 1937 a la que había existido en el siglo XV (como había indicado el carlista Pradera, ahora asesinado)

al comienzo del reinado de los Reyes Católicos?^[443] Todas las nuevas ideas del derecho español parecían remitir a los tiempos de Fernando e Isabel. Franco no pudo sorprenderse cuando Serrano le habló en tal sentido, una tarde de primavera de 1937. Ésta sería la primera de una serie de conversaciones análogas entre ambas personalidades. Franco se dedicaba a examinar los estatutos de la Falange, de la cual evidentemente no formaba parte. Leyó a José Antonio y a Pradera. Pero, incluso en la sociedad militarista de la «España blanca», la vida política no estaba completamente muerta. Había muchos falangistas con problemas de subempleo que estaban ansiosos de obtener cargos de privilegio. Seis meses de pavonearse con una escolta armada eran suficientes. Ahora querían el poder. En el mes de marzo, los falangistas que habían tomado parte en la dirección de las fallidas negociaciones con los carlistas, conspiraban para derrocar a Hedilla, jefe provisional de la Falange. Éste era el llamado grupo de Madrid, compuesto íntegramente por amigos y parientes de Primo de Rivera, y cuyos miembros más destacados eran Agustín Aznar; Rafael Garcerán, pasante de José Antonio, que había llegado a convertirse en secretario de la junta de Falange; José Moreno, jefe provincial de Pamplona y Sancho Dávila, primo de José Antonio, que se había escapado de una cárcel republicana para dirigir la Falange de Andalucía. Estos hombres eran admiradores de José Antonio y, como muchos otros, mantenían la ficción de no aceptar los rumores de su muerte. (Circulaban otras versiones que le daban por vivo, según las cuales se hallaba en Inglaterra, oculto en Alicante o de incógnito en la España nacionalista.) No les agradaba Hedilla, porque creían que trataba de convertirse en el nuevo jefe y se les antojaba un tipo excesivamente proletario. Estos hombres tenían pocos seguidores pero gozaban de influencia en Salamanca. Hedilla, que todavía no había cumplido los treinta y cinco años, llevaba viviendo en Salamanca desde el mes de octubre, con su familia, tratando de organizar el movimiento falangista, que se hallaba aún en período de crecimiento. Apoyaban a Hedilla la mayoría de «camisas viejas» de la clase de tropa, muchos jefes provinciales del norte y asimismo los intelectuales del movimiento. La prensa falangista, que se hallaba en plena expansión, también era hedillista, excepto FE, de Sevilla, que prefería a Sancho Dávila. Hedilla respondía con simpatía a las presiones que trataban de convertirle en jefe nacional, pero no intrigó para crear ese estado de opinión. Tanto él como sus partidarios buscaban inspiración en Alemania más que en Italia, y el embajador alemán von Faupel, empezó a cultivar el espíritu nazi entre ellos. Hedilla tenía dotes políticas; por ejemplo, cuando José Andino, jefe falangista de Burgos, difundió una alocución de José Antonio por radio Castilla desobedeciendo las órdenes de Vicente Gay, jefe del departamento de prensa del generalísimo, fue detenido, y Hedilla negoció pacientemente para lograr su libertad.^[444] Por lo demás carecía de tacto: permitió que el periodista Víctor de la Serna publicara un artículo excesivamente elogioso para su persona, y en otra ocasión hizo esperar a Serrano Súñer en su antesala, cosa realmente imprudente. También causó enojo su intervención en favor de personas que sin ella habrían sido fusiladas,^[445] y el embajador italiano, Roberto Cantalupo, trató de utilizarlo como intermediario para limitar la represión.^[446] Los esfuerzos realizados por Hedilla

para hacer de Falange un movimiento independiente del ejército se vieron frustrados, en parte porque muchos estimaban prudente conservar la amistad con él y con el cuartel general de Franco, y en parte porque los militares disponían de todos los recursos. Una dificultad trivial, pero importante era que las líneas telefónicas estaban controladas por los militares y una llamada de Valladolid a Salamanca que no versara sobre tema militar sufría un retraso de diez horas. Si la oposición a Hedilla hubiera nacido en el «grupo de Madrid» no habría revestido caracteres graves. Pero la oposición a Hedilla en el interior del movimiento se veía reforzada por un grupo de profesionales ingenieros, abogados y «tecnócratas», que deseaban convertir a la Falange en el partido pragmático y carente de doctrina del nuevo Estado autoritario. También habían apoyado la idea de entablar negociaciones con los carlistas (un representante característico de este grupo, el ingeniero José Luís Escario, formaba parte de la delegación falangista en las conversaciones de Lisboa). Serrano Súñer prestó su apoyo a estas personas. Ni él ni Franco deseaban que se formara otro centro de poder en torno a Hedilla ni en torno a nadie. Con todas estas vicisitudes, Hedilla perdía simpatías. A primeros de abril se dirigió de Salamanca a Vitoria para visitar al sucesor provisional de Fal Conde como delegado nacional de los requetés, José Luís Zamanillo, y ambos estuvieron de acuerdo en que, si se llegaba a la unificación de la Falange y el carlismo, sería contra su voluntad, y así lo manifestarían llegado el caso. Pero, casi al mismo tiempo, Franco se entrevistaba con Rodezno y otros carlistas para discutir la idea de una unificación formal de todos los partidos, movimientos y subgrupos de la España nacionalista. Era una propuesta típicamente militar: sólo un general podía plantearse en serio la unificación de grupos tan opuestos en un único movimiento como si sólo se tratara de bandas de filibusteros armados, como pretendían sus enemigos. Sin embargo, Rodezno recomendaba el plan a sus seguidores. La noticia llegó a oídos de Hedilla cuando se encontraba en el norte. Declaró su propósito de convocar el consejo nacional de Falange el 25 de abril. Sus antagonistas dentro de Falange, Dávila, Aznar y Garcerán, le denunciaron por realizar una «propaganda monstruosa de sí mismo [...] intrigar para formar un núcleo de seguidores personales [...] mostrar una ineptitud evidente, agravada por su incultura personal [...]».^[447] Declararon que la prolongada ausencia de José Antonio exigía, con arreglo a los estatutos de Falange, que se formara un triunvirato, y, en consecuencia, ocuparon materialmente las oficinas del movimiento en Salamanca, con la connivencia de otros falangistas de la ciudad, y tal vez la de Franco y Serrano Súñer. Hedilla aceptó el hecho consumado, pero acudió a protestar ante Franco. Fue recibido por el coronel Barroso, oficial del estado mayor de Franco. Pero los «rebeldes» obtuvieron una audiencia personal con Franco. A continuación, Hedilla ordenó a la Falange local de Salamanca, al mando de Ramón Laporta, que volvieran a ocupar las oficinas de Falange, y pidió al jefe de la cercana escuela «Pedro Lien» de oficiales falangistas y al fascista finlandés comandante von Haartmann que mandasen una unidad de cadetes para asegurar su propósito. Este último (que había llegado el mes de octubre anterior para sumarse a la lucha contra el comunismo y debía su cargo en la escuela «Pedro Lien» al embajador alemán) insistió en que se le notificara la

orden por escrito, pero, al recibirla, sus cadetes se pusieron en camino y las oficinas de Falange volvieron a manos de Hedilla sin derramamiento de sangre, a media noche.^[448] El edificio empezó a llenarse de amigos de Hedilla, entre ellos Hans Kroegeer, el representante del partido nazi en el estado mayor de von Faupel. Lo que ocurrió después ha quedado oscuro. Von Haartmann recordó que Hedilla le había ordenado detener a los dirigentes falangistas insurrectos, mientras Hedilla declaró que pretendía que el triunvirato entablara negociaciones con él y que había enviado emisarios con tal fin. Pero la evidencia parece indicar que la misión era de carácter ofensivo.^[449] Sea como fuere, el jefe de las milicias falangistas de Santander, José María Alonso Goya, amigo incondicional de Hedilla, se presentó en la pensión que ocupaba Sancho Dávila en la plaza Mayor, acompañado por un destacamento de hombres armados. Goya conocía a todas aquellas personas e incluso había compartido con Sancho Dávila la reclusión en la cárcel Modelo. Pero, al llegar a la residencia de éste, se inició una pendencia. Goya y Peral, amigo de Sancho Dávila y miembro de su guardia personal, resultaron muertos. Al cabo de unas horas Garcerán fue detenido a su vez, cuando otra banda armada de Hedilla estaba a punto de irrumpir en su domicilio. La guardia civil siguió de cerca estos acontecimientos. Von Haartmann también fue detenido.^[450] Hedilla convocó la reunión del consejo nacional de Falange para el 18 de abril. Estuvieron presentes en ella los jefes supervivientes del movimiento, excepto Dávila, que estaba encarcelado. Hedilla pronunció una alocución en la que justificó sus actividades como jefe provisional y solicitó nueva votación para decidir si continuaba en la jefatura. Tras el escrutinio, resultó elegido Hedilla por diez votos contra cuatro, sobre veintidós; el resto eran papeletas en blanco. Hedilla acudió ante Franco y le declaró que había sido confirmado como jefe de Falange. Éste le respondió que le felicitaba y que él mismo deseaba que así ocurriera. Convenció a Hedilla de que apareciera en el balcón a su lado. Hubo aplausos y vivas para ambos. Franco pronunció lo que el ABC del día siguiente calificó, según lo previsto, de «magnífico discurso, inspirado en las más puras ideas y sentimientos de la tradición española». Las tres fases previas para construir la nueva España, explicó Franco, eran la España de los Reyes Católicos, la de Carlos V y la de Felipe II. Pero desde 1598, España había estado sumida en una continua decadencia. El 19 de abril, Hedilla destituyó de su cargo de jefe de milicias a Aznar, el único miembro del triunvirato rebelde que estaba en libertad. Este acto parecía llevar el sello de Franco, pues Aznar y todos sus seguidores, incluida su guardia personal, fueron enviados al frente. Parecía un triunfo de Hedilla. Pero, a las ocho de la tarde del mismo día, Hedilla recibió en su domicilio el texto del decreto que Franco se proponía entregar aquella misma noche a Radio Nacional, por el que se ordenaba la unificación forzosa de la Falange y los carlistas. A medianoche se publicó el decreto. Quedaban incorporados a él todos los grupos que integraban el bando nacionalista, incluidos los monárquicos. Franco sería el jefe supremo, agregando este título al de jefe de Estado y al de comandante en jefe de los ejércitos. El nuevo partido adoptaría el kilométrico nombre de Falange Española Tradicionalista y de las JONS.^[451] Además de ocultar sus planes a Hedilla, Franco no había consultado ni con Fal Conde ni con el regente carlista Javier de

Borbón-Parma. La anciana viuda de don Alfonso Carlos (veterana de la segunda guerra carlista en la década de 1870) escribió a Fal Conde el 23 de abril: «Es una infamia lo que han hecho con nosotros. ¿Con qué derecho [...]?» Franco no comunicó oficialmente la noticia al consejo carlista hasta el 30 de abril.^[452] Los cuatro carlistas que Franco incluía en la propuesta nueva secretaría del movimiento (Rodezno, Dolz de Espejo, Arellano y Mazón) estaban todos notoriamente comprometidos con el ejército. Muchos carlistas, que consiguieron menos de lo que esperaban del nuevo «movimiento», momentáneamente guardaron sus protestas callando sus censuras. ¿Cómo reaccionó el general Mola, jefe del ejército del norte y anteriormente conspirador en Pamplona? El 18 de abril estuvo presente en el balcón del cuartel general de Franco en Salamanca. Pero su única intervención consistió en poner objeciones al empleo de un verbo no autorizado por la Real Academia Española, en el texto del decreto.^[453] Queipo de Llano también fue llamado desde Sevilla y dio su adhesión aunque con reticencias. Entretanto llegaban a Franco telegramas serviles de felicitación procedentes de toda España. Acababa de realizar su segundo golpe de Estado. A Hedilla se le asignó un puesto en la nueva secretaría política. Él declinó la oferta. Todos los que aceptaron eran personajes sin importancia en el seno de la Falange.^[454] Franco trató de persuadirle mediante emisarios. Hedilla insistió en su negativa, aconsejado por Pilar Primo de Rivera, Aznar (cuyos móviles debían ser contradictorios), Ridruejo, el joven poeta y jefe provincial de Valladolid, y el embajador alemán, todos los cuales no habían perdido las esperanzas de formar una Falange independiente, compuesta por «camisas viejas». Fue enviado un telegrama a todos los jefes provinciales de la España nacionalista en el que (al parecer estaba escrito por José Sáinz), se decía que, para evitar malas interpretaciones del decreto de unificación, sólo obedecieran las órdenes emanadas directamente del mando supremo. Posteriormente se consideró que este telegrama constituía un gesto de desafío a Franco, aunque Hedilla aparentemente no sabía que había sido enviado. Las circunstancias eran lo bastante ambiguas para que el malentendido fuera inevitable. Durante los dos días siguientes Hedilla anduvo pidiendo consejo a unos y otros. Acaso no se tratara sino de un malentendido, pero sus acciones parecían una conspiración contra Franco y sus consejeros... El dirigente alemán Kroeger ofreció a Hedilla un salvoconducto para viajar a Alemania y el fascista local Guglielmo Danzi le ofreció un salvoconducto similar para dirigirse a Italia.^[455] Hedilla rechazó ambas propuestas. Entretanto fue detenido Aznar, por acusaciones relativas a los acontecimientos de la noche del 16 de abril. El 25 de abril, Hedilla fue detenido a su vez, siendo internado en la cárcel de Salamanca.^[456] Se le acusó de la detención ilegal de Dávila, de utilizar ilegalmente camiones del gobierno para trasladar a Salamanca a los cadetes de la escuela «Pedro Lien», y de transformar en su beneficio personal el laboratorio de la facultad de Ciencias de la universidad de Salamanca, a fin de fabricar un gas especial que le habría permitido asaltar el cuartel general del generalísimo.^[457] Estas acusaciones descabelladas permitieron al régimen mantenerle en cautividad, al tiempo que se detenía a otros destacados falangistas acusados de diversos actos subversivos. El 1 de mayo, todas las jefaturas provinciales de Falange

quedaron abolidas y, en el mes de junio, al tiempo que se ponía en libertad a algunos falangistas, Hedilla fue nuevamente acusado, esta vez del asesinato de Peral, miembro de la guardia personal de Dávila, y de tentativa de derrocar al Caudillo. Colaboraron en la formación de los cargos el coronel Martínez Fuset, asesor jurídico de Franco, y el nuevo jefe de la guardia civil de Salamanca, comandante Lisardo Doval, de siniestra memoria en Asturias. Ambos estimaban que los falangistas eran unos «rojos» peligrosos. Hedilla fue condenado a muerte, pero la sentencia fue conmutada. Se produjeron algunas manifestaciones públicas de apoyo a Hedilla, pero los que participaron en ellas fueron detenidos por «rojos», desapareciendo varios meses en las cárceles. Otros tantos falangistas destacados fueron acusados de cargos similares, recayendo sobre ellos largas condenas, que al final fueron conmutadas. Pero pocos de ellos pudieron participar en la política española a partir de entonces.^[458] Otros falangistas, más acomodaticios, sirvieron a Franco de buen grado, incluso con entusiasmo. Del choque entre el fascismo y el conservadurismo autoritario salió vencedor este último gracias al desdén que sentía Franco por las ideologías; y, para ser sinceros, muchas de las «ideas» que éste contribuyó a aplastar eran poco elaboradas, mediocres y de segunda mano, como otras muchas ideas nacidas en el siglo de la cultura de masas, en España y fuera de España. Así terminó la llamada «conspiración de Hedilla», en la cual el único que no conspiró fue el propio Hedilla. Los cuatro años siguientes los pasó en prisión, sufriendo hambre y privaciones^[459] El trato dispensado por Franco a Hedilla es una muestra más de la dureza de corazón de aquél, manifestada en este caso contra quien tanto había colaborado en su causa durante los primeros meses de la guerra. Fue un momento curioso y trágico para Hedilla, pues, el mismo día de su detención, se adoptó el nuevo saludo del brazo en alto como saludo nacional reglamentario. «La dialéctica de los puños y las pistolas» que preconizaba José Antonio había dado la victoria a quienes manejaban estas últimas. Serrano Súñer se convirtió en secretario general del nuevo movimiento. Se dedicó a suavizar las diferentes secciones de la derecha política y a calmar los ánimos de los falangistas que se reunían en casa de Pilar Primo de Rivera, en Salamanca.^[460] Pilar Primo de Rivera, que en la primavera de 1937 no se había concedido un momento de descanso, se convirtió en presidenta de Auxilio Social en octubre del mismo año. El general Monasterio, oficial de caballería y ayudante de Gil Robles cuando éste era ministro, fue nombrado jefe de las milicias, cargo honorífico, pues las milicias carlistas y falangistas se hallaban integradas en el ejército. Franco creía que Serrano, que carecía de seguidores y le debía toda su carrera a él, sería fácil de manejar. En realidad parece ser que no surgió ninguna disputa entre ellos hasta el final de la guerra civil. Serrano permanecía aislado, rodeado de desconfianza y temor. Era intensa y aun apasionadamente pro-alemán, aunque no gozaba de las simpatías del embajador alemán. Como destacado ex-miembro de la CEDA, Serrano tenía antigua amistad con muchas personas encuadradas en las derechas políticas españolas. Era un personaje muy visto en la política española pero se disponía a crear un «Estado nuevo», es decir «el único modelo de Estado moderno que en tales circunstancias parecía posible, el único que podía permitir una educación y una organización del pueblo

español para la vida política de España era ese que se ha dado en llamar autoritario. Sus características externas podrán ser semejantes a los de otros pueblos, pero cabalmente lo que varía en el de un pueblo a otro es precisamente el contenido dogmático, el pensamiento, a cuyo servicio se pone. Ese contenido dogmático podrá ser en algún pueblo totalitario una completa aberración (Rusia), en otros podía ofrecer aspectos inmorales o erróneos (Alemania). Con tales aspectos nosotros nada teníamos que ver y nuestra dogmática nos venía dada por la tradición española y por nuestra confesión religiosa. Nosotros rechazamos el agnosticismo y el relativismo políticos. Pienso que no todo es contingente y ocasional en la vida de un pueblo. Creo que junto a la zona inmensa de lo dudoso y discutible hay verdades permanentes, certezas, que condicionan la vida política y que imponen limitaciones a la tarea de la gobernación: son los grandes principios inmutables que afectan al ser o no ser de la patria y de la sociedad civilizada».^[461] Serrano buscaba una ideología que «absorbiera a la España roja, lo que constituye nuestra gran ambición y nuestro deber», y suponía que la Falange cumpliría mejor con estos objetivos que el tradicionalismo. El mayor logro del decreto de abril fue que no dio una estructura al nuevo Estado, sino que aplazó la necesidad de especulación política hasta que terminara la contienda. Los generales von Faupel y Roatta, aliados de Franco, se reunieron para discutir estos acontecimientos. Este último creía que, si Alemania e Italia no intervenían para ejercer su influencia decisiva en las operaciones bélicas y en el desarrollo de la sociedad española, la guerra no podría ganarse. Von Faupel entregó a Franco la traducción española de la ley del trabajo de los nazis. Le propuso que promulgase una legislación similar, ofreciéndole la colaboración de sus «expertos». Y el representante del fascismo italiano, Danzi, presentó a Franco un borrador de constitución basada en el modelo italiano. Pero el generalísimo no hizo caso ni de Danzi ni de von Faupel.^[462] Serrano Súñer observó posteriormente que esos proyectos y sus inspiradores habrían hallado mejor acogida si se hubieran tomado la molestia de traducir sus palabras al español.^[463]

Entretanto, ¿qué ocurría con la monarquía? Aquel mismo año, meses más tarde, Franco expuso sus ideas a ABC, el diario monárquico: «Si llega el momento de la restauración, la nueva monarquía tendría que ser muy distinta de la que cayó el 14 de abril [...] la persona que la encarna deberá actuar como pacificador». Pero ello significaba aplazar por tiempo casi indefinido el retorno de la monarquía.^[464] Franco sería el único monarca en España. Rodeado por una escolta de marroquíes, saludado con reverencia por quienes se entrevistaban con él, el título de sultán habría sido el más adecuado para el nuevo conquistador, puesto que ya no sugería a los oídos de los contemporáneos cierto gusto por la alegría de vivir. Acaso fuera más apropiado el título de «césar», muy usado por la propaganda nacionalista en 1937. Durante este año la posición de Franco recibió nuevos refuerzos. Un decreto del 4 de agosto, por el que se obligaba a todos los oficiales en activo a afiliarse a FET y de las JONS, disponía que el caudillo designaría a su propio sucesor. Franco empezó a aparecer vestido con uniforme de almirante y no sólo de general. Al mismo tiempo, los muros de la España nacionalista se llenaron con carteles que decían:

«Franco, caudillo de Dios y de la Patria» y fotografías del «sonriente general»,^[465] mientras se publicaban nuevos libros que contenían una piadosa dedicatoria a Franco, llamándole «paladín de la nueva epopeya, presente y futuro de la civilización occidental y cristiana».^[466] Los propagandistas de la nueva España de la era de Franco eran el belicoso sacerdote navarro padre Izurdiaga y el «protofascista» Giménez Caballero, por no hablar de Eugenio D'Ors, que había sido un republicano catalán radical, alumno de la Institución Libre de Enseñanza y en la actualidad era un ferviente falangista. Este último comentaba: «A los españoles les gusta el uniforme con tal de que sea multiforme». En los primeros meses de 1937, el departamento de prensa del generalísimo continuaba dirigido por Vicente Gay, profesor de Valladolid, alcohólico y antisemita. Los nuevos y polémicos «franquistas» —la palabra empezaba a usarse ahora— incluían al periodista monárquico Joaquín Arrarás, que publicaría poco después la primera biografía de Franco; al autor de novelas policíacas Mauricio Carlavilla, experto en las relaciones entre la «anti-España» y la homosexualidad; y al «El Tebib Arrumí», médico convertido en periodista a quien Franco conoció en Marruecos y que era el informador oficial de su cuartel general.^[467] El asistente de Gay era Ramón Ruiz Alonso, ex-diputado de la CEDA por Granada que estuvo implicado en la muerte de García Lorca.^[468] Otros intelectuales de derechas pasaron a ocupar puestos de rectores de universidad, directores de institutos y periódicos, y aquélla fue la gran ocasión para los escritores frustrados o resentidos que habían fracasado en tiempos de la República, al decir de ellos, debido a «la conspiración judeo-marxista-masónica» para dominar las universidades o imponer su favoritismo en el campo de las artes.

37

Los comunistas condenan a Largo Caballero. — *Nuevo gobierno catalán.* — *Jornadas de mayo en Barcelona.* — *La ofensiva de Extremadura.* — *La campaña contra el POUM.* — *Caída de Largo Caballero.* — *El gobierno de Negrín.* — *Situación de los ejércitos.*

La crisis política de la España de Franco sólo ocasionó dos muertes, aunque trajo consigo el encarcelamiento de muchas personas. Pero no afectó al curso de la guerra. La crisis surgida en la España republicana, casi paralela pero de mayor complejidad, que tuvo mayor trascendencia para España y el movimiento socialista europeo, ocasionó la muerte de varios centenares de personas, afectó a la moral e impidió que la República pudiera lanzar una ofensiva que le habría permitido beneficiarse de la preocupación que experimentaba el enemigo por el frente del norte. La crisis de la República fue consecuencia de la aparición, a partir de julio de 1936, de una nueva fuerza en la política española: a saber, el Partido Comunista, movimiento apoyado por la ayuda diplomática y militar de Rusia, conducido por un experto grupo de comunistas internacionales y apoyado por muchos miembros de la clase media. Pues no se trataba de un partido comunista ordinario, si es que se considera que todo partido comunista es revolucionario por naturaleza. Si su propaganda atendía a la revolución rusa, en la práctica su acción se amoldaba y reflejaba los deseos de los pequeños comerciantes y granjeros, taxistas, pequeños funcionarios y oficiales jóvenes que se afiliaron al partido entre julio de 1936 y finales de año, sin haber leído a Marx ni saber gran cosa acerca de Rusia, esperando hallar protección contra el anarquismo y la falta de legalidad. Los comunistas propugnaban un régimen burgués, disciplinado y de centro-izquierda, capaz de ganar la guerra, con una industria privada limitada por algunas nacionalizaciones, pero no por una colectivización, o por el control de los trabajadores. Este deseo de protección explicó la complacencia de muchos políticos de clase media con los comunistas durante la primavera: cierta protección contra los anarquistas dentro de la España republicana, y una posible protección internacional contra Franco. También Prieto, siempre hostil a la revolución, junto con los socialistas del ala derechista, era, no obstante, un enérgico defensor de la colaboración con los comunistas. Companys, a pesar de saber que el comunismo ponía el acento en el centralismo, prefirió utilizar a los comunistas catalanes del PSUC, bien organizados por Juan Comorera, contra los anarquistas que en el pasado habían apoyado al separatismo catalán y a quienes el mismo Companys había defendido en tantas ocasiones. Ya se ha explicado hasta qué punto muchos oficiales del ejército de tierra y de la aviación, por razones técnicas preferían a los comunistas por encima de los demás partidos y cómo, mientras unos se afiliaban al partido abiertamente, muchos otros lo miraban con simpatía. La sorprendente y al parecer interminable serie de triunfos sucesivos logrados por los comunistas, muy seguros de sí mismos desde julio de 1936, parecía a muchos un claro indicio de que éstos poseían el elixir que les aseguraba el éxito constante. Contra esta nueva fuerza política se alineaba —aunque la palabra sugiera un carácter formal que no existía— una mezcolanza heterogénea. Estaban los socialistas de izquierdas, dirigidos por Largo Caballero, que todavía era jefe del gobierno, cada vez más resentidos por la infiltración comunista en los órganos del Estado y por la arrogancia que éstos manifestaban. Había unos cuantos oficiales y funcionarios, como el general Asensio, que conservaban la lucidez y, sin rendirse a las emociones de las masas, estaban impresionados por el cinismo de los comunistas. Quedaban, formando grupo aislado, los comunistas revolucionarios del POUM, cuyas vicisitudes fueron descritas con acierto por

George Orwell (que a la sazón servía en las milicias del POUM): y finalmente el movimiento anarquista, aunque se encontraba dividido. En efecto, había una larga distancia, intelectualmente hablando desde el pequeño grupo de anarquistas influyentes a nivel nacional, como Mariano Vázquez, secretario general de la CNT, y los cuatro ministros anarquistas que se habían convencido de la necesidad de crear una autoridad de algún tipo por lo menos hasta que terminara la guerra, hasta quienes, independientemente, controlaban todavía las fuerzas de orden público en Cataluña. También estaban los anarquistas que dirigían medio Aragón como si fuera la «Ucrania española»; y también los anarquistas de las fábricas de Barcelona, resentidos contra un Estado, que se había apoderado furtivamente de la revolución, mediante el manejo del crédito y los suministros de materias primas y la insistencia en que la producción de guerra era objetivo prioritario; porque durante la primavera, los comunistas habían logrado aumentar el influjo del delegado estatal en las grandes fábricas. En el drama que se desarrollaba, la gente corriente, los trabajadores apolíticos y los simpatizantes secretos de los nacionalistas estaban en una posición débil, puesto que la censura de prensa se encontraba en manos de los comunistas y con frecuencia impedía que se difundiera la versión auténtica de los acontecimientos. Con el pretexto de las necesidades bélicas los buenos republicanos tenían un conocimiento cada vez más inexacto de cuanto ocurría, mientras la imagen que tenían del mundo exterior era casi tan estrecha como la que se daba en la zona de Franco. Entretanto la situación económica iba empeorando de forma implacable: en mayo de 1937 los precios de la alimentación en Barcelona habían casi duplicado los de julio de 1936.^[469] La mayoría de las fábricas estaban hundiéndose. Sólo las industrias metalúrgicas, en las que se concentraba la producción bélica, mostraban un incremento respecto a julio de 1936.^[470] El uso de energía eléctrica con fines industriales estaba por debajo del 27% respecto del mismo mes del año 1936.^[471] Los salarios sólo habían aumentado en un 15% desde julio de 1936.^[472] Esta estabilidad en una parte de la economía se debía al hecho de que las huelgas en las que tanta experiencia tenían la UGT y la CNT, habían quedado totalmente descartadas. La crisis política de la República llegó a su cénit en mayo de 1937, aunque sus raíces hay que buscarlas en los sucesos del invierno anterior. En la conferencia anual del 21 de febrero, la FAI amenazó con retirar a sus ministros del gobierno si no se suministraban armas al frente de Aragón, controlado todavía por los anarquistas.^[473] En la primavera de aquel año, la FAI capturó un cargamento de armas en el puerto de Barcelona. Largo Caballero planteó el tema ante el gabinete y pidió a los ministros anarquistas que devolvieran las armas. García Oliver respondió que las armas serían devueltas si el gobierno entregaba a los anarquistas cierto número de aviones. Largo Caballero accedió sin protestar. El Partido Comunista celebró una conferencia en Valencia del 5 al 8 de marzo.^[474] Los discursos fueron de tono muy moderado, salvo en lo referente al POUM. Díaz elogió a los republicanos por las declaraciones de Azaña, exhortando a participar en «el movimiento anti-fascista al lado del proletariado». Negó que la República estuviera empeñada en una guerra contra la religión. No aclaró la cuestión de si las fincas confiscadas serían administradas colectiva o individualmente. Pero tanto él como los demás ponentes hablaron de la urgencia de unificar

el ejército y organizar la industria de guerra. De lo contrario, agregó, «el gobierno dejará de ser el gobierno».^[475] Lister, que parecía el más popular de los jefes de propaganda, y su comisario Santiago Álvarez, entraron a formar parte como miembros del comité central.^[476] Los dirigentes del POUM fueron vilipendiados. Éstos, utilizando palabras de Trotsky, habían hablado recientemente de los «termidorianos stalinistas» que habían instalado en Rusia «el régimen dictatorial de un dictador emponzoñado». También habían insistido en que luchaban por el socialismo y contra el capitalismo, y que «la democracia burguesa de este país» ya había llegado a su fin —lo cual constituía una peligrosa andanada contra la línea de los comunistas, que defendían la «República democrática»—,^[477] El POUM había llegado a proponer que se invitara a Trotsky a residir en Cataluña. Díaz denunció a los militares del POUM como «agentes del fascismo, que se escudan tras sus falsos lemas revolucionarios para llevar a cabo su misión de agentes del enemigo en nuestro propio país». Los pocos periódicos y emisoras de radio del POUM fueron incautados, por considerárseles perjudiciales para el esfuerzo bélico. Durante la primavera los dirigentes del POUM se volvieron cada vez más recelosos. Se trataba en la mayoría de los casos de ex-comunistas, algunos de los cuales habían estado en Moscú en los años veinte. Nin había conocido al cónsul general ruso en Barcelona, Antonov Ovseenko, cuando éste era seguidor de Trotsky. Indudablemente y desde el punto de vista de Stalin, sabía demasiado. El ministro responsable de la prensa y propaganda, Carlos Esplá, explicó a Gorkin: «Por ahora no podemos entrar en polémicas con los rusos». Su diputado advirtió al POUM que a su juicio los comunistas estaban planeando la eliminación física del partido y de sus miembros.^[478] Entretanto se creó un comité de enlace entre comunistas y socialistas. Esta peligrosa iniciativa, como la llamó Largo Caballero, se vio contrarrestada por el traslado de numerosos oficiales comunistas —«comunistoides», al decir de sus enemigos— a frentes lejanos. El plan incluía el envío del comandante Díaz Tendero, jefe de personal, al frente del norte.^[479] Éste había atacado anónimamente a Largo Caballero en una publicación militar, calificándole de senil e incapaz de dirigir la guerra. Durante el mes de marzo —cuando los asesores militares rusos y oficiales veteranos comunistas estaban en el auge de su influencia, con motivo de la victoria de Guadalajara— los dirigentes del Komintern en el Partido Comunista español evidentemente decidieron acabar con Largo Caballero de una vez para siempre. Los comunistas tenían noticia, probablemente a través de Álvarez del Vayo, de un plan de Largo Caballero para lograr un compromiso internacional que pusiera fin a la guerra española, en virtud del cual se entregarían bases a Italia, minas a Alemania, a cambio de la exclusión total de la influencia rusa: al parecer, quien presentó esta idea a las grandes potencias de Europa fue Araquistain, el embajador en París, que participaba plenamente de la opinión de Largo Caballero sobre la cuestión de la influencia comunista. El plan no trascendió, al igual que permaneció en secreto otro proyecto destinado a favorecer el movimiento independentista marroquí para causar perturbaciones al bando nacionalista. Sea como fuere Largo Caballero parecía moverse activamente en la escena internacional,^[480] con iniciativas que podrían redundar en perjuicio de Rusia, y había atacado a los comunistas de modo encubierto al declarar en público que se encontraba

rodeado por «las serpientes de la traición, la deslealtad y el espionaje». Poco después se convocó una reunión sorpresa del ejecutivo del Partido Comunista español, a la que asistieron Marty, Codovila, Stepanov, Geroe, Gaikins (encargado de negocios ruso) y al parecer Orlov, perteneciente al NKVD. Uno de ellos —no se sabe con certeza quién^[481] declaró que Largo Caballero debía ser destituido de su cargo. Díaz y Hernández protestaron. Díaz agregó que los comunistas españoles no tenían por qué someterse siempre a las directrices de Moscú. Los demás españoles callaron por temor o por ambición. Stepanov arguyó que no era Moscú sino «la historia» la que había condenado al jefe del gobierno por su derrotismo y por sus derrotas efectivas. Marty manifestó su aprobación. Díaz tachó a Marty de burócrata y éste protestó diciendo que era un revolucionario. «Todos lo somos», replicó Díaz. «Eso está por ver», contestó Marty. Díaz advirtió a Marty que era huésped del Partido Comunista español. «Si no te gustan nuestros procedimientos —dijo Díaz deliberadamente— ahí está la puerta.» Estalló el tumulto. Todos se levantaron. «La Pasionaria» gritó: «¡Comaradas! ¡Comaradas!» Geroe permaneció sentado, mudo de sorpresa. Sólo Orlov parecía imperturbable. Codovila intentó tranquilizar a Marty. Tales escenas eran inauditas en las reuniones de los partidos comunistas. Finalmente se convenció a Díaz de que aceptara la propuesta si la mayoría la aceptaba por votación. Díaz y Hernández fueron los únicos que votaron en contra. Un representante del Komintern terminó diciendo que la campaña para eliminar a Largo Caballero empezaría con la celebración de un mitin en Valencia y propuso, en tono melifluido que Hernández se encargara del discurso principal. Para suceder a Largo en la jefatura del gobierno la persona más indicada sería el ministro de Hacienda, Juan Negrín. No era tan claramente pro-comunista como Álvarez del Vayo, que además era un personaje disparatado ni tan potencialmente anti-comunista como Prieto. Hernández pronunció su discurso en el cine Tyris de Valencia. Largo Caballero solicitó su dimisión. Hernández dijo que estaba en el gobierno como representante comunista y que, si él dimitía todos los comunistas se retirarían del gobierno. Largo Caballero titubeó y pidió a los comunistas la sustitución de Hernández pero, a la postre, no tomó ninguna medida. La tensión reinante en las calles de Barcelona entre los anarquistas y el POUM por una parte y el gobierno y el PSUC por otra era igualmente elevada. Tarradellas, lugarteniente de Companys, pretendía unificar en un solo cuerpo toda la policía catalana, disolviendo las patrullas de control, dirigidas de hecho por la CNT. En esto, como en muchas otras cosas, coincidían una vez más los propósitos de los comunistas y los de los republicanos y los catalanes, que consideraban prioritaria la dirección eficaz de la guerra. Desde el mes de enero habían surgido problemas constantemente. En Barcelona y Madrid, había habido muchos asesinatos entre anarquistas y comunistas, disputas sobre el control de los comités y las industrias e inesperados intentos de intimidación por parte de los comunistas. En marzo, un grupo comunista robó doce tanques de fabricación casera de un depósito anarquista falsificando órdenes de un comisario anarquista.^[482] Cuando, el día 26 de marzo, Tarradellas prohibió que los miembros de la policía tuvieran filiación política y ordenó a todos los partidos políticos que entregaran las armas, los anarquistas se retiraron de la Generalitat. La crisis gubernamental

consiguiente se prolongó tanto tiempo que la plaza de la República empezó a apodarse «plaza de la crisis permanente».^[483] Las juventudes anarquistas, entretanto, inspiradas por el implacable e inválido Escorza, declaraban que no podían ni querían morir por «la hermosa democracia [de 1931] que nos desterraba [...]. La trágica alternativa es la misma de los tiempos de la Primera Internacional: o el Estado o la revolución».^[484] El hecho era que José Asens, jefe anarquista de las patrullas de control, había detenido y dado muerte a innumerables personas sin juicio previo y sembraba el terror en Barcelona. Otras patrullas anarquistas practicaban las «expropiaciones» privadas, que no eran otra cosa que simples robos.^[485] Finalmente, el 16 de abril, el hábil Companys formó nuevo gobierno, de carácter bastante similar al anterior. La mayor diferencia fue el traslado del consejero de Abastos, Comorera, a la consejería de Justicia.^[486] Los partidos conservaron las armas, subsistieron las patrullas de control y el nerviosismo siguió reinando en Barcelona. Los ministros anarquistas del gobierno de Valencia hicieron lo que pudieron por frenar a sus camaradas de Barcelona, pero con ello sólo consiguieron perder influencia sobre sus propios seguidores, sobre los que ejercían una autoridad muy vaga. El 25 de abril, el periódico anarquista *Solidaridad obrera* publicó un duro ataque contra José Cazorla comisario comunista de orden público en Madrid. Éste había suspendido la edición madrileña de dicho periódico por haber publicado un artículo del anarquista Melchor Rodríguez, director de prisiones, contra los comunistas, acusándoles de tener una cárcel particular, con su correspondiente sala de interrogatorios. El escándalo que se produjo redundó en un retroceso de los comunistas: Largo Caballero disolvió la junta de defensa de Madrid, que, como ya se ha visto, estaba dominada por los comunistas. Traspasó la administración de la capital a un consejo municipal en el que estaban representados todos los partidos. También el 25 de abril, el destacado comunista de Barcelona Roldán Cortada fue hallado muerto, seguramente a manos de anarquistas. El mismo día, en Puigcerdá, villa fronteriza de los Pirineos orientales, se produjo un choque entre los carabineros y los anarquistas de la colectividad local. Negrín, ministro de Hacienda, había resuelto poner fin a la anomalía en virtud de la cual la CNT controlaba aquella importante frontera. La colectividad de Puigcerdá se había convertido en centro de espionaje, falsificación de pasaportes y fugas clandestinas y su alcalde, Antonio Martín, al tiempo que insistía en la colectivización general, criaba ganadería propia. Tenía tanto de excéntrico como de contrabandista y era más un hombre de acción que un auténtico anarquista. Sin embargo, después de producirse un enfrentamiento violento, provocado al parecer por los carabineros, resultaron muertos él y varios de sus hombres.^[487] A Negrín no le resultó tan difícil restaurar el control gubernamental en los demás puestos aduaneros. En Barcelona empezó a temerse que estallara la guerra abierta entre los anarquistas y el POUM por una parte y el gobierno y los comunistas por la otra.^[488] Se decía que los comunistas habían inventado un nuevo lema: «Antes de conquistar Zaragoza hemos de ocupar Barcelona». Cada bando formaba depósitos de armas y fortificaba sus edificios en secreto, temiendo que los rivales atacaran primero. Los cuarteles de Voroshilov (antes Atarazanas) y de la Pedrera eran las ciudadelas de los comunistas. El cuartel Marx era la fortaleza del POUM. La CNT estaba instalada en

el edificio del Fomento Nacional del Trabajo. Transcurrió una semana. Se empezó a rumorear que el asesinato de Roldan Cortada había sido una provocación comunista a fin de justificar la acción policial contra los cuarteles anarquistas de Barcelona. Tales rumores han sobrevivido hasta la actualidad, pues Cortada, que había sido amigo de Largo Caballero, era conocido por su oposición al espíritu de «progrum» que reinaba en el PSUC.^[489] El primero de mayo, que tradicionalmente era una jornada de fiesta, transcurrió en silencio, pues la UGT y la CNT acordaron suspender los desfiles, que inevitablemente habrían ocasionado tumultos. El 2 de mayo, Prieto telefoneó a la Generalitat desde Valencia. El telefonista (anarquista) replicó que en Barcelona no había gobierno sino sólo un «comité de defensa». El gobierno y los comunistas estaban convencidos desde hacía algún tiempo de que la CNT registraba sus llamadas, pues estaba en condiciones de hacerlo. Acaso se limitara a escucharlas. A los comunistas nunca les ha gustado que se les escuche detrás de las puertas. El dos de mayo, una llamada de Azaña a Companys fue interrumpida por el telefonista, quien dijo que las líneas debían usarse con fines más importantes que una mera charla entre ambos presidentes.^[490] El 3 de mayo por la tarde, el jefe de milicia de Barcelona, Eusebio Rodríguez Salas, se dirigió a la Telefónica y se personó en el departamento de censura, situado en la segunda planta, resuelto a ocupar el edificio. Aquello parecía una provocación, pues el control de la Telefónica por el comité anarquista era «legal» con arreglo a un decreto de la propia Generalitat, acerca de las colectivizaciones. Los trabajadores anarquistas abrieron fuego desde el rellano de la segunda planta contra el departamento de censura. Rodríguez Salas solicitó ayuda por teléfono. Se presentó la guardia civil, junto con dos jefes de policía pertenecientes a la FAI, Dionisio Eróles (a la sazón jefe de la comisaría anarquista) y José Asens (que había sucedido a Eróles en el mando de las patrullas de control). Eróles persuadió a los trabajadores cenetistas de que cesaran el fuego. Éstos entregaron sus armas pero no sin antes disparar a través de las ventanas la munición sobrante. En la plaza de Cataluña se había congregado una muchedumbre. Al principio se creyó que los anarquistas habían capturado al jefe de policía. El POUM, los «amigos de Durruti», los «leninistas bolcheviques» (que eran un pequeño grupo de trotskistas auténticos capitaneados por el sagaz periodista Grandizo Munis) y las juventudes anarquistas tomaron posiciones. Al cabo de unas cuantas horas todas las organizaciones políticas habían sacado las armas que tenían ocultas y empezaban a construir barricadas. Los comerciantes cerraron puertas y escaparates precipitadamente.^[491] Hasta aquel momento los comunistas de Barcelona habían alcanzado sus objetivos empleando una mezcla de intimidación y sentido común. Su táctica política contaba con el apoyo de la Generalitat y el gobierno de Valencia. Ayguadé, consejero catalán de Seguridad interior (que equivalía a ministro de la Gobernación), admiraba a Comorera y se hallaba compenetrado con los comunistas. Probablemente calculaban que la Telefónica sería ocupada con toda facilidad. En el enfrentamiento abierto con la CNT de Barcelona, los comunistas no estaban seguros de salir vencedores. El Partido Comunista se había propuesto acabar con Largo Caballero, pese al prestigio que éste tenía ante la clase trabajadora española. Los comunistas tendrían que centrar toda su atención en el logro de

este objetivo. Largo Caballero había ganado algunas bazas en su lucha contra el partido. El decreto del 17 de abril por el que se limitaban los poderes de los comisarios y se exigía la aprobación personal del ministro para el nombramiento de los mismos, irritó a los comunistas tanto o más que la disolución de la junta de defensa de Madrid, anteriormente decretada. Si los comunistas hubieran proyectado un golpe de Estado en Barcelona habrían tomado otras precauciones, como la de llamar aparte a sus militantes que luchaban en el frente. Pero, una vez estallado el conflicto, cabía esperar que sacaran el máximo provecho de los acontecimientos; primordialmente, con la finalidad de desacreditar al POUM, al que se proponían destruir en cuanto se presentara la ocasión. El POUM, y especialmente sus juventudes (Juventud Comunista Ibérica o JCI) y los «leninistas bolcheviques», difundieron durante el mes de abril numerosos llamamientos en los que se pedía que prosiguiera la revolución y se solicitaba la inmediata disolución de las Cortes y la formación de una asamblea constituyente, basada en los comités colectivistas. Las juventudes anarquistas y el «grupúsculo» anarquista extremista autodenominado los «amigos de Durruti» encontraban aceptables estas ideas.^[492] Más tarde el Partido Comunista alegó que los causantes de la crisis habían sido los agentes de Franco infiltrados en la CNT y, sobre todo, en el POUM. Se dijo que en ciertos hoteles de Barcelona se habían hallado documentos que lo acreditaban. Posteriormente se ha sabido que Franco, el 7 de mayo, confesó a von Faupel, que tenía treinta agentes en Barcelona. Uno de ellos había informado de que «la tensión entre comunistas y anarquistas era tan grande que podía asegurar que estallaría la lucha armada entre ellos en las calles de Barcelona». Franco declaró que «en un principio había pensado aplazar la ejecución del plan hasta que comenzara la ofensiva contra Cataluña; pero que en vista de que los republicanos habían atacado Teruel^[493] para auxiliar a los vascos, estimaba que aquél era el momento oportuno para que estallaran los desórdenes en Barcelona. Al cabo de varios días de recibir tales instrucciones, el agente consiguió que estallara la lucha callejera, mediante la acción de tres o cuatro personas a lo sumo».^[494] Pero los espías suelen ser jactanciosos y puede que este agente atribuyera el estallido espontáneo de los combates a sus propias intrigas. El mismo Franco sentiría impaciencia por demostrar a los alemanes la eficacia de sus servicios de información. Entretanto, representantes de la CNT visitaron a Tarradellas y a Ayguadé. Ambos prometieron que la policía desalojaría la Telefónica. Pero los anarquistas fueron más lejos y exigieron la dimisión de ambos consejeros. Éstos se negaron. Al anochecer, Barcelona era una ciudad en guerra. El PSUC y el gobierno controlaban un sector urbano situado al este de las Ramblas. Los anarquistas dominaban el sector oeste de las mismas. Todos los suburbios estaban en manos de la CNT. En el centro de la ciudad, donde las sedes de los sindicatos y los partidos políticos, instaladas en edificios y hoteles requisados se encontraban relativamente próximas, empezó a oírse el tiroteo de las ametralladoras instaladas en tejados y azoteas. Todos los automóviles que circulaban eran ametrallados. En la Telefónica se había acordado una tregua y las comunicaciones telefónicas, que resultaban esenciales para la guerra, no se interrumpieron. La policía, instalada en la primera planta, incluso enviaba bocadillos a los anarquistas, que ocupaban las plantas superiores. Sin

embargo, desde las azoteas, se lanzaron varias granadas que hicieron volar a varios coches de policía. En aquellas condiciones salir a la calle en automóvil era una aventura.^[495] Lo que empeoraba la situación era el hecho de que ni en la CNT ni en la FAI existía la menor cohesión; la antorcha de la revolución la habían recogido los más extremistas de sus seguidores o las juventudes anarquistas.^[496] A primeras horas de la noche, los jefes del POUM propusieron a los aturdidos dirigentes anarquistas de Barcelona formar una alianza contra el comunismo y el gobierno. Los anarquistas se negaron.^[497] El 4 de mayo Barcelona estaba sumida en el silencio, sólo interrumpido por el fuego de fusiles y ametralladoras. Los comercios y edificios estaban cubiertos por barricadas. Bandas armadas de anarquistas atacaron los cuarteles de la guardia de asalto republicana y los edificios gubernamentales. Los comunistas y el gobierno contrataron. La atmósfera era la misma del 19 de julio de 1936. Los ángulos de fuego eran casi los mismos que en aquella jornada épica. La policía disparaba una vez más contra sus antiguos camaradas de armas, que en julio eran los soldados y a la sazón los anarquistas. Entretanto, los dirigentes políticos anarquistas García Oliver y Federica Montseny, leían por la radio un llamamiento a sus seguidores para que depusieran las armas y volvieran al trabajo. Jacinto Toryho, director de *Solidaridad obrera*, se expresó en el mismo sentido. Los ministros iban llegando a Barcelona, y con ellos Mariano Vázquez, secretario del comité nacional de la CNT, Pascual Tomás y Carlos Hernández Zancajo, del comité ejecutivo de la UGT. Ninguno de ellos deseaba comprometerse en un enfrentamiento con los comunistas. Posteriormente Federica Montseny explicaría que la noticia de los disturbios la había cogido totalmente desprevenida a ella misma y a los restantes ministros anarquistas.^[498] Largo Caballero tampoco tenía ningunas ganas de emplear la fuerza contra los anarquistas. Unidades de la 26ª División anarquista (anteriormente llamada la columna Durruti) a las órdenes de Gregorio Jover, se congregaron en Barbastro para emprender la marcha sobre Barcelona. Al oír la alocución radiada de García Oliver, permanecieron donde estaban. Pero la 28ª División, estacionada en las inmediaciones (la que fuera columna Ascaso) y quizá también la división del POUM, capitaneada por Rovira, no desistieron de la proyectada marcha sobre Madrid hasta que el jefe de la aviación republicana en el frente de Aragón, el comandante comunista Alfonso Reyes, amenazó con bombardear la columna si la marcha se efectuaba.^[499] Pero en Barcelona seguía vivo el espíritu romántico: «Antes que renunciar a la lucha contra el fascismo, moriremos en las trincheras; antes que renunciar a la revolución, moriremos en las barricadas».^[500] Así se expresaban las juventudes anarquistas. Dentro de la Generalitat, Tarradellas, respaldado por Companys, seguía negándose a acceder a la exigencia anarquista de que dimitieran Rodríguez Salas y Ayguadé. Pero el 5 de mayo se llegó a una solución. El gobierno catalán dimitió, siendo sustituido por un «consejo provisional» en el que no figuraba Ayguadé.^[501] En él estarían representados los anarquistas, la *Esquerra*, el PSUC y los *rabassaires*. Pero los tiroteos incontrolados seguían barriendo las calles desiertas de la ciudad, causando la muerte a quienes se aventuraban a salir de sus refugios. Dos intelectuales y dirigentes anarquistas italianos, Camilo Berneri y su colaborador, Barbieri, fueron misteriosamente asesinados.^[502] Los «amigos de Durruti»

publicaron un panfleto en el que anunciaban que se había formado una junta revolucionaria. Todos los responsables del ataque a la Telefónica serían fusilados. La guardia nacional sería desarmada, mientras el POUM, «que se había colocado al lado de los trabajadores» volvería a entrar en el gobierno. *La batalla* reprodujo el manifiesto sin comentarios. El clima de alarma se encrespó cuando llegaron al puerto unos destructores británicos. El POUM temía, sin razón alguna, que vinieran en misión de bombardeo.^[503] En realidad los ingleses temían que los anarquistas «se hicieran dueños de la situación [...] y se estaba hablando de evacuar a los subditos extranjeros».^[504] Aquel día también se produjeron combates en Tarragona y otras localidades de la costa.^[505] Por la noche Companys y Largo Caballero mantuvieron una conversación telefónica en el curso de la cual Companys aceptó la oferta formulada por el jefe del gobierno de enviarle ayuda para restaurar el orden.^[506] El día 6 de mayo, los anarquistas proclamaron una tregua que se observó durante toda la mañana. Los llamamientos para volver al trabajo fueron desatendidos, más por miedo que por obstinación. Por la tarde se reanudaron los combates. En un cine resultaron muertos varios guardias civiles por disparos de una pieza de artillería de 75 milímetros que habían traído de la costa miembros de las juventudes libertarias. El comunista Antonio Sesé, secretario general de la UGT catalana y miembro del nuevo consejo provisional de la Generalitat, resultó muerto cuando se dirigía a recibir su nombramiento (acaso accidentalmente, pues todos los automóviles eran tiroteados, aunque posiblemente como represalia por la muerte del anarquista Domingo Ascaso, ocurrida anteriormente). Por la noche dos destructores republicanos, acompañados por el acorazado *Jaime I* arribaron al puerto de Barcelona procedentes de Valencia y cargados de hombres armados. Prieto había logrado vencer la aversión de Largo Caballero a tomar cartas en el asunto. Cuatro mil guardias de asalto, a las órdenes del coronel Emilio Torres, simpatizante de los anarquistas (en otro tiempo había sido asesor militar de la columna «Tierra y Libertad») llegaron de Valencia por carretera, después de dominar sendas revueltas en Tarragona y Reus con derramamiento de sangre: Los anarquistas locales habían volado los puentes, carreteras y ferrocarriles para impedir el paso a la columna.^[507] El 7 de mayo, la CNT lanzó un llamamiento pidiendo la vuelta «a la normalidad». La presencia de los guardias de asalto en las calles lo hizo posible. El 8 de mayo, la CNT proclamaba por la radio: «¡Abajo las barricadas! ¡Que cada ciudadano se lleve su adoquín! ¡Volvamos a la normalidad!» Los disturbios de Barcelona habían terminado. La prensa de la época calculó el número de bajas en 500 muertos y 1.000 heridos.^[508] La Generalitat fue restaurada en sus funciones entrando en ella un solo representante de la UGT (el comunista Vidiella), otro de la CNT (Valerio Mas) y otro de la *Esquerra* (otra vez Tarradellas). Algunos responsables de las muertes fueron juzgados después, pero sólo en Tarragona, y no se les condenó a muerte sino sólo a penas de prisión.^[509] Durante aquellas angustiosas jornadas, el presidente Azaña no se movió del palacio que ocupaba en Barcelona, permaneciendo sereno en medio de la lucha, si bien con aprensión. Durante meses no había hecho sino contar los minutos que faltaban para que se cumplieran sus predicciones (invariablemente sombrías), según anotó en su diario. Recapitulando las jornadas barcelonesas, las describió como sigue: «Histeria

revolucionaria que pasa de las palabras a los hechos para asesinar y robar; ineptitud de los gobernantes, inmoralidad, cobardía, ladridos y pistoletazos de una sindical contra otra, engreimiento de advenedizos, insolencia de separatistas, deslealtad, disimulo, palabrería de fracasados, explotación de la guerra para enriquecerse, negativa a la organización de un ejército, parálisis de las operaciones, "gobiernitos" de cabecillas independientes en Puigcerdá, La Seo, Lérida [...], etc. Companys hablaba a tontas y a locas de dar la batalla a los anarquistas, pero no tenía ni ganas ni medios». ^[510] Prieto —el único ministro que trató de hacer algo para proteger a Azaña— telefoneó a éste con frecuencia, ofreciéndole escolta para conducirlo a un barco de guerra anclado en el puerto. Pero ello habría exigido un gran esfuerzo físico por parte de Azaña y el riesgo de una salida al exterior. «Don Manuel —escribió Zugazagoitia con dureza— prefiere pasar cuatro días de temores intermitentes e incertidumbre a cuatro minutos de resolución.» Durante aquellos cuatro días terminó de redactar *La Velada en Benicarló*, diálogo brillante y pesimista sobre las razones y el carácter de la guerra civil, que había empezado a escribir dos semanas antes del alzamiento. ^[511]

Las «jornadas de mayo» barcelonesas demostraron que no se podía contar con que los anarquistas respondieran con voz unánime a una situación dada. Se había abierto un foso entre los ministros anarquistas, absortos en la tarea de ganar la guerra, y las juventudes anarquistas. Personajes en otro tiempo muy influyentes, como el tullido Escorza, habían perdido el control de sus propios secuaces. La crisis demostró que no podría haber tregua entre el POUM y los comunistas. La Generalitat, los comunistas y el gobierno central parecían dispuestos a actuar conjuntamente contra los extremistas, por la fuerza, si era necesario. Por último, los sucesos de mayo en Barcelona señalaron el fin de la revolución. A partir de entonces se pudo decir que el Estado republicano se hallaba en guerra con el Estado nacionalista y no la revolución en guerra con el fascismo. El nuevo director de orden público en Barcelona, José Echevarría Novoa, no tardó en restaurar la normalidad en la mayor parte de las cárceles y los procedimientos judiciales, poniendo fin a la arbitrariedad que caracterizó el predominio anarquista en gran parte del sistema judicial. Pero, desgraciadamente, los comunistas pudieron de esta manera emprender con mayor facilidad su cruzada, de alcance más limitado, pero no por ello menos despiadada para los que la sufrieron, contra el POUM y otros herejes del marxismo. Las «jornadas de mayo» precipitaron el último acto de la ofensiva comunista contra Largo Caballero. Las relaciones entre el jefe del gobierno y los comunistas eran ahora peores que nunca debido a una disputa estratégica. Varios oficiales del alto mando republicano propusieron que, a fin de comprobar la eficacia del nuevo ejército republicano, se lanzara una ofensiva en Extremadura, por Peñarroya y Mérida. Creían, con razón, que los nacionalistas no contaban con muchos recursos en aquella región y que de esa forma lograrían dividir en dos el territorio enemigo. ^[512] Largo Caballero apoyó la idea. Los comunistas se opusieron al proyecto. El jefe de los asesores rusos, general «Grigorovich», cuyo apellido auténtico era Stern y que había sucedido a Berzin, ^[513] junto con su colega, el general Kulik, asesor del ejército del centro, propuso que se atacase la aldea de Brunete, desde las posiciones

republicanas a lo largo de la carretera de La Coruña, aislando a los nacionalistas en la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria.^[514] Miaja, sometido a la influencia comunista, manifestó que desaprobaba el plan de Extremadura.^[515] Finalmente, y como los oficiales republicanos se mostraban recalcitrantes, los asesores rusos amenazaron con negar a la República el uso de su aviación para la ofensiva propuesta.^[516] Pero Largo Caballero se persuadió a sí mismo de que lograría llevar adelante el plan que había propuesto. Otro motivo de enfrentamiento entre el jefe del gobierno y el gabinete era el empeño del primero en poner en práctica su vieja idea de provocar una revuelta contra Franco en el Marruecos español repartiendo «dinero entre algunos moros notables».^[517] Esta disputa estratégica se transformó gradualmente en una querrela grave entre los comunistas y Largo Caballero. Los comunistas denunciaron al débil Galarza, ministro de la Gobernación y anticomunista, por haber permitido que estallara la crisis de Barcelona y no haber sabido ver «los preparativos descarados del golpe contrarrevolucionario».^[518] (Ni hubo tales «preparativos» ni tal golpe contrarrevolucionario, y además Galarza no tenía jurisdicción alguna en Barcelona en cuestiones de orden interno, que estaban en manos de Artemi Ayguadé, consejero del gobierno catalán y amigo de Comorera.) El 11 de mayo, el periódico valenciano *Adelante*, del POUM, comparó al gobierno con el gabinete de Gil Robles, por sus medidas represivas. En aquel momento fueron prohibidas las llamadas telefónicas interurbanas —medida muy usada en España en las crisis de orden interno desde el año 1909— y se instauró una censura de prensa todavía más rígida. La *Esquerra* y los comunistas de Barcelona iniciaron una campaña para conseguir la «municipalización» del transporte urbano, lo que implicaba la supresión de las colectividades de tranvías, autobuses y metro. El 13 de mayo el gobierno volvió a ordenar la entrega de toda clase de armas, excepto las pertenecientes al ejército regular, en el plazo de setenta y dos horas. La guardia civil, el PSUC y la guardia de asalto empezaron a recoger armas. Finalmente, el mismo día 13 de mayo, en una reunión ministerial celebrada en Valencia, Jesús Hernández y Uribe propusieron el castigo de los responsables de las jornadas de mayo, a saber, el POUM y la CNT, y la suspensión definitiva de la ofensiva de Extremadura.^[519] Largo Caballero calificó a los comunistas de «embusteros y calumniadores» y declaró que, ante todo, él era un trabajador y no podía disolver una hermandad de camaradas trabajadores, a menos que existieran pruebas concretas contra ellas. Los ministros anarquistas apoyaron al jefe del gobierno, arguyendo que los disturbios de Barcelona habían sido provocados por «los partidos no revolucionarios». Los dos ministros comunistas abandonaron la sala. Largo Caballero intentó continuar pero Giral, Irujo, Prieto, Álvarez del Vayo y Negrín no tardaron en retirarse, siguiendo los pasos de los comunistas. Prieto declaró que el gobierno no podía continuar sin los comunistas. Largo Caballero se quedó en la sala del consejo con dos de sus viejos amigos, Galarza y Anastasio de Gracia, y otros cuatro nuevos amigos: los ministros anarquistas. Los anarquistas propusieron que continuara aquel gobierno sin los comunistas y los socialistas del ala derecha; pero el anciano jefe del gobierno no accedió. Quedaba abierta la crisis ministerial. Largo Caballero acudió a entrevistarse con Azaña, que quedó encantado de que le presentara la dimisión aunque no la aceptó inmediatamente.

Aquel mismo día, Hernández, en nombre de los comunistas, propuso a Negrín, ministro de Hacienda, que accediera a convertirse en jefe de gobierno. Negrín le respondió que se avendría a ello si su partido aceptaba la idea, agregando que era una persona desconocida y poco popular. Hernández arguyó que la popularidad podía crearse. Si de algo entendían los comunistas era de propaganda, concluyó Hernández. Negrín protestó arguyendo que él no era comunista y Hernández le respondió: «Tanto mejor».^[520] Al mismo tiempo Prieto mostraba grandes deseos de que Negrín fuera jefe de gobierno, pues ambos habían sido amigos durante muchos años.^[521] Al día siguiente, 14 de mayo, Largo Caballero reiteró a Azaña su propósito de dimitir. El presidente rogó al jefe del gobierno que permaneciera en su puesto hasta que concluyera la proyectada operación militar —en Brunete o en Extremadura—. Largo Caballero se mostró de acuerdo y trazó el borrador del nuevo gobierno, del que quedarían excluidos los comunistas. Una ruptura tan radical con la administración pasada exigía, efectivamente, formar un ejecutivo nuevo. En consecuencia Largo Caballero, apoyado por el comité ejecutivo de la UGT, se aproximó a los anarquistas con la idea de formar un gabinete puramente sindicalista, integrado por la CNT y la UGT. Así parecía quedar abierto el camino hacia un Estado puramente sindicalista. En aquel momento, Negrín, Álvarez del Vayo y Prieto advirtieron a Largo Caballero que el gobierno no podría prescindir de los comunistas, debido a la necesidad de la ayuda rasa. Los comunistas constituían ya un poder aparte, por derecho propio. El ala derecha de los socialistas, inspirada por Prieto y dirigida por el secretario general del ejecutivo socialista, Ramón Lamonedá (que a la sazón era filocomunista) consiguió lo que pretendía desde hacía muchos años: el cese de Largo Caballero. Y, dado que la izquierda republicana, el partido de Azaña, compartía la opinión de los prietistas, era evidente que Largo Caballero no contaba con el apoyo suficiente para formar gobierno.^[522] El Partido Comunista envió un mensaje a Largo Caballero en el que enumeraba expresamente cuáles eran sus condiciones para apoyar a un gobierno formado por él. Todos los problemas referentes a la guerra debían tratarse con un consejo supremo de guerra. El jefe del gobierno dejaría de ser ministro de la guerra. Todos los ministros tendrían que ser del agrado de todos los partidos que apoyaran al gobierno (ello motivó la destitución de Galarza). Un jefe de estado mayor se encargaría de planificar la guerra. Los comisarios políticos sólo responderían de sus actos ante la comisaría de guerra, la cual sería responsable, a su vez, ante el ministerio de la Guerra y el consejo supremo de guerra. Largo Caballero rechazó estas condiciones. Confiaba en poder combatir a los comunistas empleando la plataforma del ministerio de la Guerra, previa depuración de sus cuadros. Sus antiguos rivales anarquistas le apoyaban incondicionalmente. Pero Azaña buscaba un candidato de compromiso. A Prieto le había tenido siempre por veleidoso y excesivamente polémico y la hostilidad entre éste y Largo Caballero era bien conocida y venía durando demasiado. Negrín, a quien los comunistas ya no ocultaban que apoyaban su candidatura, se perfilaba como la alternativa más clara. Los comunistas estimaban inadecuada la candidatura de Prieto, sabedores de que con él no podrían ejercer la misma influencia que creían poder ejercer sobre Negrín. Juan Negrín procedía de una próspera familia de la clase media de las islas Canarias. La familia poseía

muchos inmuebles en el centro urbano de Las Palmas y era religiosa: la madre de Negrín vivió muchos años en Lourdes y su único hermano era monje. Completó la carrera médica en Alemania, y había sido discípulo de Ramón y Cajal, premio Nobel de medicina y uno de los españoles más insignes, a quien sucedió, siendo aún joven, en la cátedra de fisiología de la universidad de Madrid. Tuvo una intervención destacada en la organización de la Ciudad Universitaria de Madrid. Estaba casado con una rusa y en su casa se hablaba en francés. Asimismo él hablaba también el inglés y el alemán. Era, por consiguiente, europeo de cuerpo entero. No se afilió a ningún partido político y la política no le interesó hasta los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera, cuando ingresó en el Partido Socialista. Aunque llegó a ser diputado con la República no participó activamente en política hasta la guerra civil. El único acto político que se recordaba de él, o casi el único, durante los años de la República, fue el voto que emitió en 1932, dentro del grupo parlamentario de su partido, contrario a la concesión de indulto al general Sanjurjo.^[523] Pese a su falta de experiencia política, Negrín fue nombrado ministro de Hacienda por Largo Caballero en septiembre de 1936. El carácter emprendedor que había puesto de manifiesto en la universidad le avalaba para desempeñar aquel difícil cargo. También pasaba por ser hombre infatigable y generoso (había contribuido personalmente a financiar la biblioteca de la facultad de Medicina y su laboratorio). En los meses de julio y agosto de 1936 ayudó a librar a muchas personas de las checas revolucionarias. No simpatizaba con Largo Caballero y siempre que pudo excusó su asistencia a las reuniones ministeriales presididas por éste. Por entonces era partidario de Prieto.^[524] Pero apenas había pronunciado un solo discurso en las Cortes, y políticamente era desconocido. Como ministro de Hacienda fue un administrador competente. Abordó con habilidad el espinoso tema de los pagos a Rusia, entablado buenas relaciones con el agregado económico ruso, el polaco Stashevsky. Pero era hombre que carecía de seguidores personales y también, al parecer, de cualquier tipo de prejuicio político, aunque los anarquistas le tenían por enemigo resuelto de la colectivización, pues se había negado a conceder créditos para financiar los proyectos colectivistas presentados por los ministros anarquistas. Éstos también le acusaban de haber transformado el cuerpo de carabineros en un ejército privado a las órdenes del ministerio de Hacienda. Negrín había actuado en ese sentido para garantizar que el gobierno percibiera los derechos de aduanas que le correspondían. Se encontraba al frente de aquella fuerza el doctor Rafael Méndez, químico y colega de Negrín en la universidad. Negrín pertenecía a la gran burguesía y defendía la propiedad privada e incluso el capitalismo. Este hecho, unido a su eficacia y a su formación académica, hacían de él persona recomendable ante la Gran Bretaña y Francia, y motivó el que los más dispares grupos le aceptaran sin objeciones como nuevo jefe de gobierno. Los líderes republicanos (y no sólo los comunistas), que contaban con mucha más experiencia política, creyeron que sería relativamente fácil influir en Negrín. Éste había conseguido detener la inflación en los primeros nueve meses de guerra y, como mínimo, había dado pruebas de su competencia como ministro, en contraste con el desordenado Álvarez del Vayo. Nada más comenzar su mandato, Negrín manifestó a Azaña que, si iba a ser jefe del gobierno, lo sería al «cien por

«cien».^[525] Y no dejó de insistir en este punto hasta el final de la guerra. Una cosa era la dirección de la guerra y otra el manejo de las Cortes; ambas exigían la aplicación de artes muy diversas y Negrín triunfó donde sus rivales habían fracasado. Aunque su arrogancia, consecuencia inevitable de la entrada de un cerebro privilegiado en la escena política, le creaba enemigos a diario. A otros políticos les sacaba de quicio que un recién llegado a la política les tratara de forma tan dictatorial, al tiempo que despreciaba sus intrigas y ambiciones y se mostraba intolerante con sus fallos. A los ministros del gabinete de Negrín les irritaba la irregularidad de sus comidas y bebidas y su costumbre de convocar reuniones a cualquier hora. Otros acusaban a Negrín de carecer de las virtudes romanas que se estimaban necesarias para ganar la guerra y tener los vicios de la glotonería y la afición a los excesos, también propios de los romanos. Indudablemente el jefe del gobierno era incapaz de trabajar con un equipo de ministros, y menos aún con aquella coalición de individuos dispares sin la cual no habría gobierno de la República. Pero era un apasionado de la libertad personal, que insistía en el derecho a llevar su propia vida privada. No hay indicios de que su vida de prodigalidad, su afición a la compañía de las mujeres y su forma pantagruélica de comer y beber interfirieran en su trabajo. Largo Caballero informó que, a veces, cuando mandaba llamar a Negrín le decían que estaba en el extranjero; y él callaba suponiendo que el viaje estaría relacionado con la compra de armas. La verdad como explicaría luego el mismo Largo, era que Negrín andaba por Francia con nombres supuestos paseando a sus amigas en veloces automóviles.^[526] Estas observaciones deben tomarse con reservas ya que son los comentarios de un puritano de setenta años a propósito de un *bon vivant*. Pero también Prieto recuerda que Negrín había llegado a cenar dos o tres veces en la misma noche y en sitios distintos.^[527] «Nunca había visto yo cosa igual», comentaba Azaña a propósito de su apetito.^[528] Al principio, el presidente de la República se sentía complacido: «Cuando hablo con el jefe del gobierno —anotó en su diario el día 31 de mayo—, ya no tengo la impresión de que estoy hablando a un muerto [...]. Esto, al cabo de los meses, es para mí una novedad venturosa».^[529] Pero, con el tiempo, Azaña se desilusionó. Negrín y él vivían en mundos distintos; Azaña miraba hacia el pasado y se preguntaba qué era lo que había fallado y a quién incumbía la mayor responsabilidad; Negrín, careciendo de pasado político, sólo pensaba en el presente y el futuro. Las relaciones entre el presidente, que en teoría podía destituir al jefe del gobierno, y este último, que estaba obligado a escuchar los consejos del presidente aunque no los siguiera, sufrieron diversas vicisitudes. En noviembre de 1938, Besteiro describía al jefe del gobierno con el apodo de «Karamazov». Por aquellas fechas era la única persona que seguía creyendo en la victoria.^[530] Negrín desarrolló como jefe del gobierno una política oportunista y realista. Como socialista moderado aficionado a la «planificación», estaba dispuesto a realizar cualquier sacrificio político a fin de ganar la guerra. Ello le llevó, como en el caso de Largo Caballero, a estrechar las relaciones con Rusia pues, igual que antes, ésta seguía siendo la principal fuente de suministro de armas. Es más; el Partido Comunista, por su realismo, resultó ser el grupo político de mayor utilidad durante el gobierno de Negrín. De forma que éste tuvo que aceptar decisiones de los asesores militares

rusos y del Partido Comunista español, con el que no simpatizaba. Cuando era ministro de Hacienda, Negrín se había dedicado especialmente a asegurar el envío del oro español a Moscú. Desde aquel momento sus relaciones personales con Rusia recordaron a las de Fausto con Mefistófeles. Pero sería erróneo sacar la conclusión de que Negrín era un mero instrumento de la política rusa. Pocos políticos han utilizado con éxito al Partido Comunista sin ser absorbidos por él. Pero en la España de los años treinta la posibilidad no parecía tan descabellada. La confianza de Negrín en sí mismo y su carácter entusiasta pero reservado le hicieron creer que podría sacudirse su vinculación a los comunistas cuando fuera necesario. Cuando, a principios del verano de 1938, buscaba la paz con los nacionalistas, no confiaba ni en los comunistas ni en nadie. Sería insensato suponer que un intelectual de mentalidad independiente y de temperamento irritable, podía subordinarse a alguien. Mientras los rusos llamaban a Largo Caballero «camarada», Negrín insistió en que se le diera el trato de «señor presidente».^[531] No mantenía relaciones personales con los dirigentes del partido comunista español y no simpatizaba con «la Pasionaria». En realidad, y a pesar del ocaso de los anarquistas, los comunistas aumentaron más su poder bajo Largo Caballero que bajo Negrín. Hernández confesó posteriormente que en un momento u otro habrían tenido que «liquidar» a Negrín.^[532] «La Pasionaria» hablaría de las «oscuras intenciones» de Negrín, arguyendo que él lejos de ser un instrumento en manos de los comunistas, éstos, los comunistas, serían víctimas de su opinión injusta.^[533] La guerra era una lucha a muerte en la que la mayoría de los españoles habían perdido amigos o parientes en circunstancias aterradoras. A los vencidos no se les concedería la menor clemencia. El error capital de Negrín fue que, llevado por el desdén que sentía por la locura revolucionaria, no prestó la debida atención a la represión de los revolucionarios por los comunistas. En este punto, Negrín pecó de ingenuidad; por ejemplo, el Servicio de Información Militar (bautizado con las siglas SIM por los comunistas) se dedicó a construir una serie de cárceles privadas que descubrieron los nacionalistas al ganar la guerra. Negrín negó que hubieran existido, atribuyendo los informes a la propaganda nacionalista. Diez años después reconoció su error.^[534] Negrín se hallaba rodeado por las ruinas del prestigio personal de un Azaña, «el hombre fuerte de la República» y un Largo Caballero, «el Lenin español». A los anarquistas les había quebrantado el choque con las realidades de la vida política. Negrín asumió graves responsabilidades al acceder a la jefatura del gobierno. También cometió errores. Pero durante el resto de la guerra civil, aquel vigoroso fisiólogo de vida privada desordenada representó el espíritu de la República española.^[535] El gabinete de Negrín debía mucho a Azaña en su composición. Incluía a dos socialistas: Prieto, que regentaba al mismo tiempo los ministerios de la Guerra, de la Marina y del Aire, fusionados ahora en el ministerio de la Defensa Nacional, y Zugazagoitia, ministro de la Gobernación. Negrín retuvo la cartera de Hacienda, y los comunistas Hernández y Uribe permanecieron respectivamente al frente de los ministerios de Educación y Agricultura. Giral, viejo amigo de Azaña que ocupaba la jefatura del gobierno en julio de 1936, y Giner de los Ríos, ambos republicanos, fueron nombrados ministros de Asuntos Exteriores y de Comunicaciones. El vasco Irujo pasó a ser ministro de Justicia y el catalán Jaime Ayguadé, hermano del

exconsejero de la Generalitat, fue nombrado ministro del Trabajo. En el gobierno no entraba ningún miembro del ala largocaballerista del Partido Socialista. Araquistain, que era el apoyo más importante que le quedaba a Largo Caballero, dimitió del cargo de embajador en París, siendo sustituido por Ossorio y Gallardo, el «monárquico sin rey», gobernador civil de Barcelona en 1909 y desde 1936 embajador en Bruselas. Se esperaba que, como católico, satisficiera a las derechas francesas.^[536] Álvarez del Vayo continuó como jefe de los comisarios políticos y como representante español en Ginebra. Abandonó con irritación el ministerio de Asuntos Exteriores.^[537] El coronel comunista Antonio Ortega, ex-teniente de carabineros, que en los primeros días de la guerra era gobernador de San Sebastián, sucedió a Wenceslao Carrillo al frente de la dirección general de Seguridad. Fue un nombramiento desacertado. Además los comunistas retuvieron otros puestos clave en el seno de la policía, y el comandante Díaz Tendero volvió a ocupar el cargo de jefe del estado mayor del ejército. Negrín pidió a los anarquistas que entraran en el gabinete, pero éstos no accedieron arguyendo que ellos no habían provocado aquella crisis, a la que consideraban «imprudente, inoportuna y perjudicial para la dirección de la guerra». Colaborar en el gobierno de Negrín, añadían, sería una prueba de «falta de nobleza». El 27 de mayo los cuatro ex-ministros anarquistas condenaron en sendos discursos la oposición de los comunistas y la Izquierda Republicana a realizar los cambios sociales revolucionarios que habían propugnado. Los militantes anarquistas tuvieron noticias detalladas de la disputa entre Juan Peiró y Negrín en torno a la ocupación por el Estado de las minas de sal de Sallent, de los desengaños de Juan López al frente del ministerio de Comercio y de las sinceras dudas de Federica Montseny sobre el papel que podían desempeñar los anarquistas en el gobierno.^[538] La CNT y la FAI siguieron colaborando con el gobierno pero ya no tendrían responsabilidad de sus actos. No se retiraron ni del ejército ni de las filas de la burocracia. Sus dirigentes comprendieron que semejante actitud sólo favorecería a Franco; y, después de las jornadas de mayo en Barcelona, la lección había quedado grabada en las mentes de los militantes de las juventudes libertarias, compañeros de los que cayeron en las refriegas de mayo. Muchos anarquistas siguieron creyendo que su hora llegaría después de la victoria, cuando habría que contar con su gran número de partidarios. Hubo, por consiguiente, cierta pérdida de vitalidad por su parte y algunos de sus militantes (incluyendo al secretario general, Mariano Vázquez) pasaban por ser partidarios de Negrín.^[539] La fuerza de los anarquistas era tal que no podía pensarse en su «liquidación» total, como podía pasar con el POUM: el movimiento anarquista declaró contar con dos millones de afiliados en abril de 1937.^[540] En los primeros meses del verano los anarquistas siguieron perdiendo poder de forma sistemática. El 7 de junio fueron disueltas las patrullas de control de Barcelona. Después de algunos otros cambios, el control efectivo de la policía de Barcelona pasó a personas declaradamente no anarquistas. El coronel pro-comunista Ricardo Burillo pasó a ser director general de Seguridad en Cataluña. El general Pozas asumió el mando del ejército catalán; para entonces, al parecer, se había adherido a los comunistas del PSUC. La FAI perdió la participación en los tribunales populares el 25 de mayo con el pretexto de que no era una organización

legalmente constituida, al revés que la CNT, por lo cual no podía estar representada en las instituciones de la República. Todos los comités de CNT-FAI en Cataluña fueron sustituidos por consejos municipales. En junio los anarquistas abandonaron la Generalitat por propia decisión después de una serie de intrigas políticas que les repugnaban. El todavía ágil presidente Companys (junto con el PSUC) había decidido proponer para el nuevo gobierno al distinguido rector de la universidad y brillante antropólogo doctor Pedro Bosch Gimpera, de Acció Catalana, pero los anarquistas eran hostiles a esta extensión del «catalanismo». Además ahora creían que toda la autoridad real de la España republicana estaba en manos de Negrín. En esto tenían razón, pues los carabineros de Negrín habían recobrado el control de las aduanas y el puesto de consejero catalán de Defensa dejó de existir tras el nombramiento de Pozas como capitán general de Cataluña: la policía y los bomberos catalanes fueron trasladados a otros puntos de España.^[541] Entretanto, el ex-presidente del consejo, Largo Caballero, que había caído de forma tan rápida como increíble, se reincorporó a la secretaría de la UGT, en la que iba a estar seguro unos meses más, rodeado por hombres que, a juicio suyo, eran «miembros puros y limpios de la sociedad, miembros de mi propia clase, gentes que pueden cometer errores pero que obran de buena fe».^[542] El gobierno de Largo Caballero había incorporado con éxito la revolución al Estado entre septiembre de 1936 y mayo de 1937. Cuando Largo Caballero asumió sus funciones, las órdenes del gobierno no podían hacer otra cosa que sancionar los hechos consumados impuestos por los poderes regionales. Cuando dimitió, las órdenes del gobierno de Valencia se cumplían regularmente. Para conseguir aquella victoria del poder del Estado, Largo Caballero se había visto obligado a aceptar al Partido Comunista como organización ejecutiva. Un año antes lo habría aceptado de buen grado. Pero las realidades del poder político, la evolución del Partido Comunista y el valor que daba a su propia independencia, hicieron que rechazase a los comunistas. Pudo convertirse en el jefe de un partido socialista-comunista unido, como él mismo sabía. Pero no estaba dispuesto a unir a su partido con el comunista y sus correligionarios terminaron abandonándole. Así pues, en sus últimas horas como jefe del gobierno, sus únicos seguidores, paradójicamente, eran los anarquistas, contra quienes había luchado durante toda su vida, y cuya influencia había ido limitando sistemáticamente durante los ocho meses anteriores. De forma igualmente paradójica, las fuerzas enfrentadas a Largo, eran los socialistas moderados y los comunistas, unidos por el deseo de frenar el avance de la revolución. Un año antes, el mismo ejecutivo del Partido Socialista que ahora se oponía a Largo Caballero — encabezado por González Peña y Lamonedá— había tratado de apartar a los seguidores de Largo Caballero del control del partido, precisamente porque temían que éste y aquéllos estuvieran excesivamente vinculados a los comunistas. Este cambio sólo puede entenderse si se recuerda que para Prieto, como para los comunistas y para Azaña, el principal factor de perturbación en el bando republicano lo seguían constituyendo los anarquistas, por el recelo cantonalista contra la idea misma del Estado que sobrevivía en ellos. Largo Caballero, pese a su obstinación, su vanidad y su falta de imaginación, fue un hombre íntegro, sencillo y valeroso a quien los comunistas pudieron engañar fácilmente, pues

contaban con amplios recursos en el campo de las relaciones públicas. La digna dimisión de Largo Caballero de la jefatura del gobierno señaló el final de una era de la política española; en términos de eficacia, la sustitución de un yesero por un catedrático de fisiología sólo podía reportar ventajas. Pero Negrín nunca podría alcanzar la popularidad de Largo Caballero entre la clase trabajadora española.

LIBRO CUARTO

Una guerra de dos contrarrevoluciones

*Tal vez los únicos que no están cansados de la guerra son los mismos combatientes.
Manuel Azaña a Marcelino Pascua 13 de agosto de 1937*

*La torre de marfil no es lugar idóneo para los escritores que ven en la democracia una causa por la que luchar. Si uno sobrevive, su escritura mejorará con la experiencia obtenida en la batalla. Si uno muere, habrá logrado un documento más vivo que cualquiera de los que pueden escribirse en las torres de marfil.
André Malraux en Hollywood Noviembre de 1938*

38

Nueva guerra en Vizcaya. — Besteiro en Londres. — La propuesta de mediación. — El incidente del Deutschland. — La flota alemana en Almería. — Las ofensivas de Segovia y Huesca. — Muerte de Mola. — La caída de Bilbao. — Carta colectiva de los obispos españoles. — Polémica en Francia. — Persecución de los sacerdotes vascos.

El nuevo Estado republicano presidido por el doctor Negrín era una organización mucho más formidable que el que Largo Caballero heredara de Giral. Contaba sobre el papel con unos ejércitos poderosos: el del centro, a las órdenes de Miaja, con cinco cuerpos de ejército; el del sur, a las órdenes de Morales Carrasco, coronel regular de ingenieros; el del este (que incluía a Cataluña y Aragón) mandado por el general Pozas, y el ejército del norte, en plena batalla, a las órdenes del general Llano de la Encomienda. Por lo general, el mando en campaña estaba en manos de ex-oficiales del ejército regular, aunque algunos de ellos se habían politizado, como ya hemos visto. Entre estos últimos, la mayoría eran comunistas, como el coronel Cerdán (a la sazón jefe del estado mayor de Pozas) o el comandante Ciutat (jefe del estado mayor de Llano de la Encomienda); pero tampoco faltaban otros de tendencia anarquista, como el comandante Perea, jefe del 4º Cuerpo de ejército. Los jefes más destacados incorporados al ejército después de 1936 eran el líder de las milicias comunistas, Modesto, que estaba al mando del 5º Cuerpo de ejército, y algunos jefes de división (como Líster, Ortiz, Sanz, Trueba, Mera, Jover y Rovira). Al frente de las divisiones se encontraban también varios jefes de las Brigadas Internacionales (Hans Kahle, «Walter» y «Gal»). Gracias a la ayuda de Rusia el equipo con que contaban era casi el adecuado: el ejército del centro tenía 100.000 fusiles para 180.000 hombres. Había un total de 450 baterías con 1.680 cañones en conjunto. El problema era que las piezas de artillería eran variadas, pocas de ellas eran de largo alcance y escaseaba la artillería pesada. Muchos se veían obligados a utilizar gran variedad de cargas: por ejemplo, el viejo cañón Krupp de 77 milímetros, de probada eficacia, utilizó veintidós tipos distintos de proyectiles. Con todo, la República disponía de un temible ejército de tanques mandado ahora por el gran general ruso «Rudolf». El núcleo de esta fuerza lo formaban 125 tanques T-26 y más de cien carros blindados. Frente a ellos, el ejército nacionalista contaba con la artillería alemana e italiana que, probablemente, pieza por pieza, era superior a la republicana, y los tanques, aunque mucho menos temibles, estaban mejor organizados y se utilizaban con mayor imaginación. En cuanto a la aviación, la República tenía una superioridad técnica y numérica, aunque la primera no duraría mucho, y en el frente del norte no existía ni la una ni la otra. Los republicanos tenían unos 450 aparatos a las órdenes de Hidalgo de Cisneros. Entre ellos había 200 cazas (150 rusos) y 100 bombarderos (60 rusos). Los cazas de la zona central seguían estando a las órdenes de un ruso (el coronel «José»), mientras la mayoría de escuadrillas de «Chatos» y todos los «Moscas» estaban pilotados por los rusos. Pero, desde mayo de 1937 pilotos españoles instruidos en Rusia iban sustituyendo a los rusos.^[543] Entre

los restantes aparatos se incluían algunos Bloch, Dewoitine y Nieuport traídos de Francia en los primeros días de la guerra (aunque la República había perdido 150 aviones desde julio de 1936) y también había unos cuantos Bristol «Bulldog» comprados a Inglaterra, algunos Letov y otros aparatos comprados a Francia recientemente. Por su parte los nacionalistas tenían poco menos de 400 aviones: unos 150 pilotados por españoles, 100 por alemanes de la Legión Cóndor y unos 120 por italianos de la «fuerza aérea legionaria». El CR-32 FIAT seguía siendo el modelo de caza característico de las fuerzas italianas y españolas. Pero, en el verano de 1937, llegaron nuevos aparatos de Alemania e Italia, especialmente el bombardero Savoia 79, procedente de Italia, el bombardero Heinkel 111 y sobre todo el célebre Messerschmitt 109, que neutralizaron el dominio de sus rivales rusos por su mayor velocidad, ligereza y potencia de fuego. El Messerschmitt tenía una velocidad límite de 560 kilómetros por hora, gran velocidad ascensional, depósitos de combustible a prueba de balas y una autonomía teórica de vuelo de 640 kilómetros, lo que suponía una gran ventaja sobre la aviación rusa, que tan eficaz había resultado durante el invierno de 1936-1937 (aunque tuviera una autonomía de vuelo mucho menor).^[544] Esta superioridad técnica ya era evidente en la armada. La República había abandonado cualquier intento de intervenir en el estrecho de Gibraltar. Aunque la flota republicana seguía siendo numéricamente superior a la de sus enemigos, la falta de oficiales con experiencia la obligaba a permanecer en el puerto. Se habían perdido varios submarinos y la costa norte estaba sometida a un bloqueo efectivo. Azaña terminó por darse cuenta de que «No puede ganarse una guerra en la Península sin tener el dominio del mar, especialmente si la frontera francesa está cerrada o nos es hostil».^[545] El mando supremo de la armada republicana no tardó en pasar a manos del capitán Luís González Ubieta, que sucedió en su puesto al almirante Buiza. Pero, exceptuando un afortunado combate naval ocurrido en 1938, el nuevo comandante no fue mejor que el anterior. El circunspecto teniente Marín, eminencia gris de Prieto en el almirantazgo, seguía interviniendo en el mando de la armada. Prieto, sin embargo, suprimió el consejo supremo de Guerra de Largo Caballero, confirmando como jefe del estado mayor al competente coronel Rojo y nombrando cuatro subsecretarías de defensa (Fernández Bolanos, Benjamín Balboa, Camacho y Pastor) para el ejército, marina, aviación y armamentos respectivamente, ninguno de los cuales era comunista.^[546] El proyecto de Prieto, cumplido en buena parte, de contrarrestar la influencia comunista con la de los republicanos y los socialistas anti-comunistas no siempre obtuvo los resultados apetecidos. Por ejemplo, el nombramiento del coronel Visiedo como jefe de los cazas «contrapesó» la influencia del coronel Hidalgo de Cisneros, comunista y jefe de la aviación. Pero al parecer Visiedo era de aquellos hombres que permanecieron leales a la República «por razones geográficas», y se mostraba, por lo tanto, muy circunspecto.^[547] El gobierno de Negrín incluía a cinco hombres originarios de las provincias vascas (Prieto, Zugazagoitia, Irujo, Uribe y Hernández).^[548] En ellas, el frente seguía desmoronándose. El 18 de mayo, el padre San Román Ituricastillo, cura de Amorabieta, cruzó las líneas enemigas en misión particular de conciliación. Aquella era una iniciativa arriesgada en cualquier circunstancia. Los nacionalistas le fusilaron, declarando que había sido asesinado

por los «rojos».^[549] Los vascos ahora habían retrocedido casi hasta el «cinturón de hierro». Los bombardeos continuaban y la Legión Cóndor experimentaba el lanzamiento de bombas incendiarias en los bosques, para obligar a los vascos a abandonar sus posiciones. La designación de Aguirre como comandante en jefe del cuerpo de ejército vasco en campaña acabó de complicar las cosas con Llano de la Encomienda. Aguirre escribió a Prieto que Llano era la «personificación de la incompetencia», incapaz de comprender a los vascos, y exclusivamente influido por los comunistas, y más aún su jefe de estado mayor, el comandante Ciutat, que era un oficial competente pero manifiestamente anti-vasco.^[550] Entretanto, los aviones enviados para auxiliar a los vascos desde Valencia a través de Francia estaban retenidos en Toulouse por el coronel Lunn, de la comisión de control de la no intervención. (La República suponía que sus amigos de Air France habían llenado los depósitos de combustible y los habían enviado hacia su destino.) Pero fueron devueltos a Valencia, previa confiscación de las ametralladoras. Finalmente, el 22 de mayo, la República se aventuró a lanzar sus cazas a través de la España nacionalista en dirección a Bilbao. Siete aparatos llegaron sin novedad a su destino y, en las semanas siguientes, la República envió al norte unos cincuenta aparatos; cuarenta y cinco llegaron a su punto de destino: algunos «Moscas», «Chatos» y algunos bombarderos Natasha.^[551] Además los británicos se avinieron a colaborar con los franceses para escoltar los buques de refugiados vascos (enviando incluso buques mercantes británicos), una vez pasado el límite de tres millas de las aguas jurisdiccionales españolas. Los primeros refugiados evacuados fueron niños, cuya custodia fue confiada a personas que se habían prestado a ello voluntariamente. La CGT francesa accedió a custodiar a 2.300 niños y Rusia se hizo cargo de los hijos de comunistas. El comité inglés de ayuda a los niños vascos, con el apoyo de la Iglesia católica británica, aceptó cuidar de 4.000 niños. Éstos, después de sufrir un cuidadoso examen médico del ministerio de Sanidad, fueron alojados en un campamento de Stoneham, en el Hampshire. Las autoridades de Burgos protestaron, creyendo que aquellas medidas significaban que los vascos se disponían a destruir Bilbao. Pero la evacuación de «nuestros valientes niños expedicionarios», como les calificó la prensa bilbaína, prosiguió sin dificultades.^[552] Dado que eran patentes las tensiones existentes entre los vascos y el gobierno republicano de Valencia, se formularon al gobierno vasco una serie de nuevas propuestas para lograr la paz por separado. Tales ideas habían sido presentadas, oficiosamente, durante el invierno. El proyecto más importante de los actuales era obra del embajador argentino en España, que se hallaba instalado en San Juan de Luz, junto con el resto del cuerpo diplomático. Propuso al papa que intentara arreglar una paz por separado. El 12 de mayo aproximadamente, el cardenal Pacelli, secretario de Estado, envió un telegrama de conciliación a Aguirre, en el que le proponía condiciones para firmar un acuerdo de paz en las provincias del norte. Desgraciadamente el telegrama venía en sobre abierto. La oficina de correos de París, al verlo, lo mandó a Valencia. El telegrama cayó en manos del gobierno republicano. Largo Caballero no planteó la cuestión en el consejo de ministros, pero envió un telegrama acusando a los vascos en términos amargos de intentar firmar una paz por separado. El gobierno vasco, que no estaba al corriente de la

equivocación de los correos franceses, sacó la conclusión de que se trataba de una maniobra de los comunistas para desacreditarle. El ministro vasco de Justicia, Leizaola, envió un telegrama redactado en términos tan duros que Prieto, al leerlo, dijo que aquello merecía el fusilamiento. Las relaciones entre el gobierno vasco y el de la República permanecieron en este estado de incomprensión durante el resto de la guerra. Entretanto el papa hizo gestiones cerca del cardenal Goma en el mismo sentido. Goma fue a consultar con Mola y éste telefoneó a Franco. Los nacionalistas llegaron a ofrecer garantías limitadas a los vascos, pero las negociaciones no prosperaron.^[553] Las conversaciones entre los vascos, el cardenal Goma, el papa y Mussolini no eran simples esfuerzos encaminados a poner término parcial a la matanza generalizada en España. Anthony Edén había recibido, en Londres, la visita del socialista reformista Besteiro, que había representado a la República en la coronación de Jorge VI el día 12 de mayo. Besteiro acudió a visitar a Edén en nombre del melancólico Azaña, solicitando la mediación del ministro británico de Asuntos Exteriores. Azaña le había propuesto que, concluida la retirada de voluntarios extranjeros, las grandes potencias impusieran un arreglo en España.^[554] El mismo Edén había acariciado la idea. El nuevo encargado de negocios británico, en Valencia, John Leche, declaró, no obstante, que era tal el odio existente en España que toda mediación estaba condenada al fracaso.^[555] Edén insistió en sus esfuerzos. Los embajadores británicos en Roma, Berlín, París y Moscú, y el representante británico en Lisboa, iniciaron gestiones con los ministros de Asuntos Exteriores de aquellas capitales en el sentido indicado por Azaña.^[556] El 19 de mayo, Bastiniani, segundo de a bordo de Ciano en el Palazzo Chiggi, protestó airadamente ante Hassell diciendo que el plan de Edén era un producto típico de «el deseo británico de impedir la victoria fascista a toda costa».^[557] Franco dijo a von Faupel que el armisticio y las elecciones libres traerían consigo «un gobierno de izquierdas» y señalarían el final de la España blanca. Él y «todos los españoles nacionalistas preferirían morir antes que abandonar a su patria en manos de un gobierno rojo o democrático». Además, Serrano creía que cualquier tipo de compromiso «dejaría la puerta abierta a una regresión al estado de cosas que hizo inevitable la guerra».^[558] El generalísimo agregó que, por lo tanto, estaba convencido de que la República iba a aceptar la mediación. Los ingleses, decía Franco, deseaban el armisticio porque habían adelantado grandes sumas de dinero a los vascos.^[559] Franco y von Faupel estuvieron de acuerdo en considerar que el Vaticano estaba causando demasiadas molestias. En consecuencia, Franco instó al cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, a que no se mencionara en España la reciente encíclica *Mit Brennender Sorge*, promulgada contra la Alemania nazi y leída en las iglesias alemanas en el mes de marzo.^[560] Geoffrey Dawson, director de *The Times* en Londres, entretanto, se preguntaba ansiosamente cómo podría calmar la irritación alemana ocasionada por la información aparecida en su periódico sobre el bombardeo de Guernica. «Indudablemente [los alemanes] se habían irritado al leer la primera versión de Steer del bombardeo de Guernica, pero nunca se ha discutido sobre su veracidad esencial ni se ha intentado desmentirla [...]. Durante varias noches seguidas hice lo que pude por eliminar de las páginas del diario cualquier cosa que pudiese herir su susceptibilidad.»^[561] El 24 de mayo, Ciano declaró al

embajador norteamericano que el plan de Edén era improcedente, pues Franco estaba a punto de entrar en Bilbao.^[562] Edén llegó a Ginebra para asistir al consejo de la Sociedad de Naciones y la delegación británica que encabezaba reconoció abiertamente que el plan de armisticio había fracasado.^[563] Ya no se habló más del tema. El día 28, el consejo de la Sociedad de Naciones tomó en consideración una protesta española sobre la intervención italiana. Álvarez del Vayo habló con elocuencia. Dudaba de que el control de la no intervención sirviera para cortar las entradas de material y se mostró de acuerdo con la retirada de voluntarios. Litvinov apoyó su postura. Delbos y Edén proclamaron su «ferviente convicción» de haber realizado progresos desde el mes de diciembre anterior, cuando el consejo empezó a considerar el caso español. La política de éstos, tanto en la mesa de conferencias como en los pasillos, fue la de mantener la discusión en tonos moderados, a fin de no provocar que, por impaciencia, alemanes e italianos abandonaran el comité de no intervención. En la sede londinense de este organismo, Grandi denunció un nuevo incidente, el del crucero italiano *Barletta*. Este buque, que formaba parte de la aportación italiana al control patrullero del comité, estaba anclado en Palma de Mallorca. En este puerto no podía ejercer sus funciones de control, pues Mallorca estaba bajo la responsabilidad de los franceses. Pero tampoco podía ser totalmente inocente su presencia en Palma. En un ataque aéreo republicano contra la isla, ocurrido el 24 de mayo, el *Barletta* resultó dañado. Murieron seis italianos. El comité de no intervención propuso que se asignara una zona de seguridad a los buques de las patrullas navales anclados en Palma.^[564] Al día siguiente, el consejo de las Naciones Unidas lamentó expresamente el incumplimiento de su resolución de diciembre, al tiempo que acogió con entusiasmo el plan de control, insistió en la retirada urgente de voluntarios, condenó el bombardeo de ciudades abiertas y aprobó los actos humanitarios realizados por Gran Bretaña y Francia con los niños vascos. Pero este mismo día, se produjo otro incidente naval en las Baleares. El ministro de Defensa del gobierno de Valencia había advertido que la actividad de las patrullas no podría desarrollarse dentro de las aguas territoriales españolas. El puerto de Palma era un centro conocido de embarque de armas de los nacionalistas. Por consiguiente, los republicanos seguirían atacándolo. El día 26 se repitió el bombardeo aéreo de Palma, cayendo algunas bombas cerca del buque patrullero alemán *Albatross*, que se hallaba en Palma fuera de servicio. El comandante de la patrulla naval alemana protestó declarando que la repetición de actos similares acarrearía «contramedidas» por parte de los alemanes.



Aquella noche, el acorazado alemán Deutschland estaba anclado frente a la costa de

Ibiza. Aparecieron en el cielo dos aviones republicanos, al principio inidentificables debido a la oscuridad del atardecer, y arrojaron sendas bombas. Una de ellas cayó sobre el comedor de la tripulación, matando a veintidós marineros e hiriendo a otros setenta y cinco. La otra tocó la cubierta lateral, ocasionando pocos daños. El hecho fue presenciado por la flota republicana, que estaba efectuando una de sus raras salidas a alta mar. Por consiguiente, los alemanes pensaron de entrada que les había atacado una flotilla de destructores. El ministerio de Defensa republicano alegó que el Deutschland había disparado primero contra los aeroplanos, y que éstos habían contraatacado. Pero aquello era falso. Los «aviones de reconocimiento» a que se refería el ministerio no llevan bombas.^[565] Los aparatos iban pilotados por rusos.^[566] Al ser informado de la muerte de tantos alemanes, Hitler montó en cólera y el ministro alemán de Asuntos Exteriores necesitó seis horas para tratar de calmarle.^[567] El Deutschland se dirigió a Gibraltar, en donde desembarcó a los heridos. Otros nueve hombres murieron, sumando un total de treinta y uno.^[568] En la madrugada del 31 de mayo, los alemanes se tomaron la venganza. El acorazado de bolsillo Aldmiral Scheer apareció, junto con cuatro destructores, frente a la costa de Almería, y efectuó doscientos disparos contra la ciudad, destruyendo treinta y cinco edificios y causando la muerte de diecinueve personas. Además Alemania resolvió retirarse de los debates del comité de no intervención y de las patrullas navales hasta que recibiera «garantías contra la repetición de tales incidentes». Italia haría otro tanto.^[569] En Berlín sir Neville Henderson, que acababa de llegar a esta capital como embajador británico, pidió a Neurath que «no hiciera a los rojos el favor de convertir la situación española en una guerra mundial».^[570] El mismo Cordell Hull llamó al nuevo embajador alemán en Washington, Dieckhof. Con su circunspección habitual, el secretario de Estado le dijo que los Estados Unidos deseaban que Alemania lograra «un arreglo pacífico» de sus problemas en España.^[571] El consejo de ministros de la República se reunió en Valencia. Prieto propuso que la República bombardeara a la flota alemana en el Mediterráneo. Ello podría provocar una guerra mundial, reconoció, pero el riesgo valía la pena, pues con ello se lograría el fin de la ayuda alemana a Franco. Aquella propuesta audaz e inesperada era típica del veleidoso carácter de Prieto. Negrín respondió con cautela que antes habría que consultar con Azaña. Así los ministros tendrían tiempo de consultar con su conciencia (y con sus amigos). Hernández y Uribe acudieron al comité^[572] central del Partido Comunista. La idea provocó gran agitación entre los asesores del Komintern. Codovila se personó en la embajada soviética. Se consultó telefónicamente a la capital rusa y Moscú respondió que su país no deseaba que estallara una guerra mundial. Por lo tanto, el proyecto de Prieto debía desecharse a toda costa. Pero también Azaña se oponía a él. «Hemos de evitar que el Deutschland se convierta en nuestro Maine.»^[573] Una auténtica guerra contra Alemania podía acarrear el aniquilamiento de la República antes de que Gran Bretaña y Francia se vieran inducidas a ayudarla. En consecuencia, el «incidente» de Almería fue olvidado.^[574] Hubo otra ocasión en que la República estuvo a punto de provocar una guerra mundial. En el aeropuerto de Barajas, situado en las inmediaciones de Madrid, apareció el cuerpo amputado de un

piloto republicano, arrojado desde el aire, junto con un letrado con comentarios insultantes, redactado en italiano. La aviación republicana, enfurecida, deseaba vengarse bombardeando Roma. Su comandante en jefe Hidalgo de Cisneros, declaró que acompañaría a sus hombres en aquella misión. Pero una vez más el consejo de ministros de la República contuvo los ánimos. El provecho que pudiera sacar la República de un conflicto general era más que dudoso si dicho conflicto venía provocado por la guerra española. Era improbable que Gran Bretaña y Francia ayudaran a la República, aun en el caso de que pudieran. Tal era asimismo la preocupación que embargaba a los rusos, quienes sabían que, si mandaban a España suficiente armamento como para que ésta ganara la guerra, estallaría un conflicto mundial, en la que Gran Bretaña y Francia permanecerían neutrales, si no se alineaban contra Rusia. El incidente de Almería señaló el comienzo de las malas relaciones entre Prieto y los comunistas. Anteriormente, cuando se gestaba la caída de Largo Caballero, los comunistas habían medrado más de lo conveniente. Poco después Uribe y Hernández buscaron contactos con Prieto, proponiéndole celebrar reuniones casi a diario. Prieto respondió a los comunistas que discutieran los temas de su interés en las reuniones del consejo y no sólo con él. A partir de entonces, y aunque los prietistas siguieron estando de acuerdo con los comunistas en algunos puntos —en la actitud que debía adoptarse frente a Largo Caballero y en la conveniencia de frenar a los anarquistas— empezó a resquebrajarse la amistad entre unos y otros, como suele ocurrir en las amistades con los comunistas.^[575] Entretanto, el mal tiempo había venido retrasando las operaciones de Mola contra Bilbao. Enviado por el gobierno de Valencia, llegó a esta ciudad el nuevo estado mayor (que actuaría al lado del ruso Goriev), a las órdenes de Gamir Ulíbarri, en sustitución de Llano de la Encomienda, «como promesa de eficacia». Gamir fue designado jefe supremo de las fuerzas vascas, mientras a Llano de la Encomienda se le confiaba el mando del ejército de Asturias y Santander. Gamir era un teórico militar que en otro tiempo había sido director de la academia de Infantería de Toledo. Desde los comienzos de la guerra era jefe del ejército republicano en Teruel. Este competente oficial era persona capaz de infundir mayor eficacia al estado mayor vasco. Aquella decisión resultaba un tanto extraña, puesto que el jefe de estado mayor de Gamir, comandante Lamas Arroyo, habría preferido luchar al lado de los nacionalistas, con quienes simpatizaba, a pesar de haber sido anteriormente jefe del estado mayor del infortunado Puigdemolas, el de Badajoz, y del general Walter; había participado en la mayor parte de las batallas de la guerra civil, pero era desleal por inclinación, aunque competente para la acción. La explicación de la mayor eficacia de los vascos a las órdenes de Gamir residía en el hecho de que se había logrado que Aguirre resignara el mando supremo.^[576] Durante el mes de mayo habían sido reclutados muchos más hombres. Además, a principios de junio, llegó por barco un nuevo cargamento de armas checas entre las que figuraban 55 cañones antiaéreos, 30 cañones y dos escuadrillas de cazas «Chatos». También llegaron, procedentes de Madrid, algunos otros jefes, entre ellos el inteligente comunista italiano Niño Nanetti, que se había distinguido en la 12ª División de Guadalajara. Por entonces el gobierno republicano emprendió dos

nuevas ofensivas en otros puntos de España a fin de desviar el fuego de los nacionalistas del frente de Bilbao. La primera de ellas se lanzó contra Huesca, en el frente de Aragón. La llevó a cabo el ejército catalán, ahora reorganizado, el cual, desde los disturbios de mayo, se hallaba sujeto a un control gubernamental más estricto. La ofensiva, que corrió a cargo del general Pozas, fue un fracaso. Los republicanos eran superiores en número a sus rivales, que se hallaban bien atrincherados en la ciudad, aunque sometidos a fuerte presión y casi sitiados. En las dos semanas que duró el ataque, se produjeron 1.000 bajas en el bando republicano, la mayoría anarquistas. Entre ellas se contó la del alegre general Lukács, que resultó muerto por un proyectil de artillería.^[577] George Orwell, recientemente herido, observó a estos italianos en el tren que les trasladaba al frente, cantando Bandiera Rossa. Desde el tren hospital en que descansaba, vio: «las ventanillas abarrotadas de rostros oscuros y sonrientes, los largos cañones inclinados de las piezas de artillería, los flamantes pañuelos escarlata. Todo ello deslizándose lentamente ante nosotros frente a un mar de color turquesa [...]. Los hombres del convoy de heridos que podían mantenerse en pie se agrupaban al paso del vagón para saludar a los italianos. Una muleta se agitó fuera de la ventanilla; brazos vendados saludaron al estilo comunista. Parecía un cuadro alegórico de la guerra: un tren cargado de tropas de refresco que se dirigía orgullosamente al frente, mientras otro tren con inválidos se arrastraba lentamente en dirección opuesta».^[578] La otra ofensiva se lanzó contra el frente de Segovia. El 31 de mayo, el general Domingo Morlonés, con tres divisiones republicanas (a las órdenes de José María Galán, Walter y el coronel Barceló respectivamente) cruzó las líneas nacionalistas en San Ildefonso. El ataque llegó hasta La Granja, siendo finalmente detenido por Varela, con unidades procedentes de la división de Barrón, situada al sur de Madrid. La ofensiva motivó una controversia entre el general Walter, de la 14ª Brigada Internacional, que era la fuerza atacante y el coronel Dumont, subordinado suyo, sobre las responsabilidades del fracaso final de la operación.^[579] Dado que a Dumont le respaldaban los comunistas franceses, a Walter no le quedó más recurso que protestar contra la vanidad e ineficacia de Dumont. La aviación rusa que apoyaba a las fuerzas republicanas no sólo se mostró ineficaz, sino que llegó a bombardear las posiciones republicanas.^[580] El fracaso de ambas ofensivas selló el destino de Bilbao. Aún se produciría un nuevo acontecimiento preliminar al último acto de la campaña del País Vasco: la muerte del general Mola, ocurrida el 3 de junio. El avión en que viajaba se estrelló en la colina de Alcocero, cerca de Burgos. Mola solía emplear el avión con frecuencia en sus desplazamientos y no existen pruebas de que hubiera sabotaje, aunque, durante muchos años después, un coronel destacado en Valladolid permanecería sentado con dos pistolas cargadas encima de su mesa, esperando el momento de encontrar al asesino de su hijo, el capitán Chamorro, que pilotaba el avión. Von Faupel dijo de Franco que «se sintió indudablemente aliviado por la noticia de la muerte de Mola». Las últimas palabras de Franco sobre su compañero de armas fueron las siguientes: «¡Mola era un tipo muy terco! Cuando le daba órdenes que no coincidían con sus puntos de vista, me solía preguntar: "¿Es que ya no cree en mis cualidades de jefe?"».^[581] La muerte del

«director» de la conspiración del año anterior eliminó de la escena a otro general que tenía una postura política propia. Mola había sido un hombre decidido, nervioso y franco que, aun siendo republicano de toda la vida, había abrazado la causa carlista cuando estuvo destinado en Pamplona, atrayéndose la simpatía de los carlistas, creándose tal cordialidad entre éstos y aquél que su inesperada muerte supuso un duro golpe para ellos. El general Dávila, jefe de la junta administrativa de Burgos, que compartía los puntos de vista católico-monárquicos de Mola, sucedió a éste como jefe del ejército del norte. Era un general burocrático, de estatura más baja que el propio Franco, pero «puro, austero y español», según palabras del almirante Cervera. El general Gómez Jordana sucedió al general Dávila en Burgos. Había sido ministro en los gobiernos de Primo de Rivera y era hijo de un oficial, cuyo nombre fue legendario en Marruecos por su conocimiento de los marroquíes y el interés que éstos le manifestaban, siendo él mismo alto comisario en Marruecos en tiempos de la monarquía. Por entonces era ya viejo, y, al estar por encima de cualquier ambición personal, parecía apto para el cargo. Aunque era monárquico, se consideraba liberal. En realidad era un hombre que, por razón de su edad, se hallaba lejos del fascismo, el comunismo y la revolución industrial. Atento, leal, incansable y honrado, como ministro de Asuntos Exteriores, contribuiría a dar una imagen favorable del régimen de Franco ante los embajadores extranjeros. El 11 de junio, el ejército del norte reanudó los combates. El bombardeo preliminar de 150 piezas de artillería acompañado por ataques aéreos de la Legión Cóndor y la aviación italiana fue particularmente intenso. Aquel golpe quebrantó la resistencia de los defensores vascos concentrados en la última cota de terreno inmediatamente anterior al «cinturón de hierro». Al anochecer, los coroneles García Valiño, Bautista Sánchez y Bartomeu, con tres de las seis brigadas navarras, alcanzaron la célebre línea defensiva. Los bombardeos se prolongaron durante toda la noche. Algunas bombas incendiarias cayeron en un cementerio, ocasionando una violenta resurrección de los muertos.^[582] El general Gamir disponía probablemente de un total de 40.000 hombres, algunos de los cuales eran asturianos y santanderinos y, por consiguiente, no inspiraban confianza. La mitad aproximada de las restantes unidades las integraban socialistas y comunistas muy politizados y que, por lo mismo, no podían compartir plenamente el espíritu de la aventura nacionalista vasca que se respiraba en las brigadas denominadas «Arana Goiri», «Itxar Kuntia» y «Sukarrieta».^[583] El 12 de junio, una vez que las baterías y nuevas oleadas de aviones (aquel día debieron entrar en acción setenta bombarderos) hubieron machacado el «cinturón de hierro» durante varias horas, la brigada de Bautista Sánchez atacó el punto en el que el sistema defensivo era más débil e incompleto. La traición del comandante Goicoechea había contri buido indudablemente a la elección del punto de ataque, localizado en el monte Urcullu. El bombardeo de artillería precedió a la ofensiva. Los defensores, de esta forma, no pudieron distinguir en qué momento preciso terminaron los bombardeos y empezaron a disparar los tanques. De repente, en todas partes surgieron la confusión, el humo y el movimiento. Una vez más las unidades vascas sintieron la amenaza de verse rodeadas y apresuraron la retirada. Juan Bautista Sánchez había roto las líneas vascas en un frente de ochocientos metros de

longitud al amparo de la oscuridad. Se encontraba a menos de diez kilómetros del centro de Bilbao. Los nacionalistas podían bombardear Bilbao a su antojo con la artillería o por medio de la aviación.^[584] El 13 de junio todos los vascos que quedaban al otro lado del «cinturón de hierro» fueron trasladados al interior de la capital. La moral de éstos había sufrido duro quebranto, lo cual pone en evidencia que, desde el punto de vista psicológico un sistema de defensa fijo y complicado es un error. Muchos bilbaínos preparaban la huida a Francia. En el hotel Garitón se celebró una conferencia en el curso de la cual Aguirre preguntó a los jefes militares si Bilbao estaba en condiciones de defenderse. El jefe de artillería, Guerrica Echevarría, contestó negativamente. El general ruso Goriev aconsejó la resistencia. Otro asesor ruso, el coronel Golmann y el francés Monnier se mostraron igualmente firmes. Gamir permaneció en silencio.^[585] Durante la noche del 13 al 14 de junio el gobierno vasco decidió defender Bilbao. Prieto cursó órdenes precisas del ministerio de Defensa a tal efecto. Debían destruirse las instalaciones industriales que pudieran ser útiles al enemigo. Pero la mayor parte de la población civil fue evacuada hacia el oeste, en dirección a Santander. Ello presagiaba el abandono de la capital. El 14 de junio, el coronel alsaciano Putz, que anteriormente había dirigido la 14ª Brigada Internacional, asumió el mando de la 1ª División Vasca. Al italiano Niño Nanetti se le confió el mando de otra división. Pero el éxodo de refugiados que huían de Bilbao no se interrumpió en todo el día y la carretera de Santander fue ametrallada por la Legión Cóndor. La flota nacionalista capturó dos buques llenos de refugiados. El gobierno vasco se retiró a la aldea de Trucios, al oeste de Vizcaya, dejando en la capital una junta de defensa de Bilbao integrada por el ministro de Justicia, Leizaola, el socialista Aznar, Astigarrabia y Gamir. La retirada del gobierno fue un acto razonable; no tanto la huida de Navarro, jefe de la marina de guerra de Vizcaya, o la de Guerrica Echevarría, jefe de artillería y algunos más en los últimos barcos disponibles. El 15 de junio gracias a la acción de Putz, quedó abierta una línea, por lo menos, al avance de los carlistas y los italianos: Belderrain se hallaba al norte; Putz en el centro, y al sur Niño Nanetti. El siguiente ataque se lanzó contra un punto en el que Goicoechea, el comandante traidor, había revelado que las fortificaciones estaban incompletas. Los hombres de Nanetti huyeron cruzando el Nervión, sin volar los puentes tras de sí. Quedaba abierta la carretera de Bilbao. Al día siguiente, 16 de junio, Prieto telegrafió a Gamir ordenándole que defendiera Bilbao a toda costa, y especialmente la zona industrial de la ciudad. Pero la quinta columna había comenzado a disparar indiscriminadamente en el suburbio de Las Arenas. Un grupo anarquista acabó con este tiroteo. Pero no se produjeron bombardeos aéreos: los nacionalistas habían aprendido la lección de Guernica. Al mismo tiempo, Leizaola descubrió que se preparaba un plan para incendiar la ciudad y lo hizo abortar.^[586] El avance nacionalista se prolongó durante todo el día. La división de Putz sufrió graves bajas. El 17 de junio, ambos jefes militares instalaron sus cuarteles generales en el centro de Bilbao. Aquel día cayeron sobre la ciudad 20.000 bombas. Las elevaciones de terreno y las casas aisladas cambiaron de manos varias veces. Algunas fábricas fueron parcialmente evacuadas, otras lo fueron totalmente y el resto, abandonadas. Dentro de

Bilbao, los hombres y el material eran trasladados en ferrocarril o por las dos últimas carreteras que quedaban libres en dirección a Santander. Estas carreteras iban quedando al alcance de la artillería de los «flechas negras», que proseguían su avance. A última hora de la tarde, Leizaola decidió caballerosamente entregar al enemigo los presos políticos que se encontraban en manos de los vascos para evitar que se quedaran sin guardianes en los últimos momentos de la resistencia. Asimismo, impidió que los batallones comunistas y anarquistas volaran la universidad y la iglesia de San Nicolás, en donde creían que el enemigo montaría nidos de ametralladoras. Ahora los nacionalistas controlaban toda la orilla derecha del Nervión desde la ciudad hasta el mar y la mayor parte de la orilla izquierda hasta el puente del ferrocarril. El 18 de junio, al amparo de la noche, las unidades vascas recibieron órdenes de evacuar la capital. La última de estas unidades salió de la ciudad en la madrugada del día 19. Al mediodía, los tanques nacionalistas efectuaron una exploración preliminar a lo largo del Nervión, encontrando la ciudad vacía. Y empezaron a salir la quinta columna, los oportunistas y los agentes secretos que colgaban banderas monárquicas rojigualdas en sus balcones. Se congregó una muchedumbre de unos doscientos simpatizantes nacionalistas que cantaban y gritaban. De pronto apareció un tanque vasco que dispersó a la multitud, destrozando con sus disparos tres banderas que colgaban de los balcones y emprendió la huida por la única carretera que quedaba libre. Entre las cinco y las seis de la tarde, la 5ª Brigada Navarra, a las órdenes de Juan Bautista Sánchez, entró en la ciudad y colgó la bandera monárquica en el balcón del ayuntamiento.^[587] Así terminó el experimento de la República vasca, o Euzkadi, cuyos dirigentes políticos se trasladaron a Barcelona, formando un gobierno en el exilio. El general Gamir se ocupó de retirar el máximo de tropas posible en dirección a Santander. En el curso de esta operación perdió al nuevo jefe italiano de la segunda división, Niño Nanetti, víctima de un ataque aéreo.^[588] Su tarea se vio facilitada por el hecho de que Franco no tenía ninguna prisa en proseguir la ofensiva después de la conquista de Bilbao, como así lo denunció el jefe de la aviación nacionalista, Kindelán.^[589] Los nacionalistas habían sufrido unas 30.000 bajas desde marzo, incluidos 4.000 muertos; Gamir calculó en 35.000 las bajas sufridas por la República, con un máximo de 10.000 muertos.^[590] Franco había aprendido la lección de las «insensatas matanzas» de Málaga y prohibió que entrasen en Bilbao grandes destacamentos de tropas, para evitar excesos.^[591] No se produjeron represalias inmediatas y se hicieron pocos prisioneros civiles. Pero los conquistadores se dedicaron de inmediato a destruir los sentimientos separatistas de los vascos. Se despidió a todos los maestros que no pudieron demostrar, cuando menos, su neutralidad política de forma positiva. La lengua vasca fue prohibida oficialmente. Al cabo de quince días, herr Blatke, representante de ROWAK, visitó las minas de hierro, los altos hornos y las laminadoras de Bilbao, hallándolos intactos. Podía continuar el trabajo al servicio de futuras ofensivas.^[592] Los minerales que se exportaban a Gran Bretaña, especialmente a la Steel Company of Wales, cambiaron de dirección.^[593] Lo mismo ocurrió con la importante planta química de Galdácano, la única industria española capaz de fabricar granadas de artillería. Vizcaya producía la mitad de los explosivos de toda

España. Con la caída de Bilbao quedaron en manos de Franco los tres principales nudos de telecomunicaciones de España (los otros dos eran Vigo y Málaga).^[594] Un sacerdote dio la noticia de la caída de Bilbao a los niños vascos refugiados en el campamento de Stoneham. Los muchachos quedaron tan asustados que la emprendieron a pedradas y garrotazos contra el portador de tan mala noticia. Trescientos niños de los tres mil quinientos que se encontraban en el campo huyeron del mismo sin ningún rumbo fijo, presos de amargo y profundo desconsuelo.^[595]

La caída de Bilbao recrudeció la ya de por sí bastante caldeada polémica mundial acerca de las implicaciones religiosas de la guerra civil española. El tono de la disputa lo había dado en enero el Osservatore Romano, el periódico del Vaticano, que reflexionaba: «Para una concepción militante de la vida, la lucha por una doctrina es una guerra santa [...] sólo el agnosticismo liberal, con su concepción de la tolerancia en la teoría y en la práctica, puede verse sorprendido por una guerra ideológica».^[596] Pero a pesar de esto, la filiación republicana de los vascos, «el pueblo más cristiano de España»,^[597] hizo que los católicos pensarán en sus propias lealtades. En primavera, dos eminentes católicos franceses, Francois Mauriac y Jacques Maritain, habían publicado un manifiesto provasco. El doctor Múgica, arzobispo de Vitoria, que se hallaba en Roma, escribió unas palabras de apoyo al manifiesto francés, aunque no quiso dar su nombre para que no se usara públicamente en defensa de los vascos.^[598] Siguió con sus protestas ante el Vaticano, el cual acusó el efecto de las noticias recibidas. La destrucción de Guernica reforzó la posición de aquellos a quienes la prensa católica de derechas motejaba de «cristianos rojos». El 15 de mayo, dos dominicos españoles residentes en Roma, los padres Carro y Beltrán de Heredia, publicaron un violento panfleto en el que denunciaban la idea que prevalecía en muchos hogares católicos de que se podía ser neutral en la guerra civil española: ello significaba otorgar los mismos derechos a «los asesinos, los traidores a Dios y a la Patria». El pecado, lo mismo que el crimen, carecían de derechos. El arzobispo de Westminster calificó la guerra de «furiosa batalla entre la civilización cristiana y el más cruel paganismo que ha ensombrecido al mundo».^[599] El papa declaró oficialmente que todos los sacerdotes asesinados eran mártires. Claudel escribió entonces su famosa oda Aux martyres espagnols, como prólogo en verso a un folleto de propaganda nacionalista redactado por Joan Estelrich, que, a pesar de ser catalán, era agente diplomático de Franco en París. El 1 de julio, Maritain replicó mediante un artículo publicado en La Nouvelle Revue Française, en el que afirmaba que quienes mataban a los pobres, que eran «el pueblo de Cristo», en nombre de la religión, eran tan culpables como quienes mataban a los sacerdotes por odio a la religión.^[600] En esta fecha, la jerarquía española, encabezada por el cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, dio el extraordinario paso de enviar una carta conjunta «a los obispos de todo el mundo».^[601] En ella afirmaban que ellos no habían deseado un «plebiscito armado» en España, aunque millares de cristianos «bajo su responsabilidad personal, se alzaron en armas para salvar los principios de la religión». Alegaban que, desde el año 1931, el poder legislativo había tratado de cambiar la historia de España «en un sentido totalmente contrario a la naturaleza y exigencias del

espíritu nacional». El Komintern había armado «a una milicia revolucionaria para apoderarse del poder». La guerra civil era, por consiguiente, teológicamente justa.^[602] Los obispos recordaban a los sacerdotes martirizados y se consolaban con la reflexión de que, cuando sus enemigos, que habían sido «alucinados por "doctrinas de demonios", digamos que al morir, sancionados por la ley, se han reconciliado», en su mayor parte, con el Dios de sus mayores. En Mallorca, sólo el 2% había muerto impenitente; en las regiones del sur, no más del 20%. Los obispos terminaban llamando al movimiento nacional «una familia dilatada en la que logra el ciudadano su desarrollo total». A pesar de esta observación, agregaban que ellos serían «los primeros en lamentar que la autocracia irresponsable de un parlamento fuese sustituida por la más terrible de una dictadura desarraigada de la nación». Terminaban reprobando a los sacerdotes vascos (aunque en términos tan moderados que parecían buscar un compromiso) por «haber desoído la voz de la Iglesia». Esta carta no venía firmada ni por el arzobispo de Tarragona (desterrado en Suiza) ni por el obispo de Vitoria.^[603] Este último prelado, que se hallaba en Roma, negó que en la España nacionalista hubiera libertad religiosa (los mismos alemanes habían denunciado la persecución de los protestantes),^[604] y también negó que las penas de muerte fueran siempre precedidas de juicio.^[605] A pesar del apoyo de su obispo, los sacerdotes vascos fueron acusados ante el papa por la jerarquía española de haber actuado políticamente y de llevar armas. El clero vasco replicó que ningún sacerdote vasco había estado afiliado como tal al Partido Nacionalista Vasco, y ninguno, aunque perteneciera al cuerpo de capellanes castrenses, había llevado armas.^[606] Pero el 28 de agosto el Vaticano reconoció formalmente a las «autoridades de Burgos» —como las llamaba el Foreign Office— como gobierno oficial de España. Enviaron un delegado apostólico, monseñor Antoniutti, a la capital castellana. En lo sucesivo, cualquier católico que apoyara a la República o que, como Maritain, predicara que la Iglesia debía permanecer neutral, técnicamente se convertía en rebelde contra el papa. Pero hasta finales de 1938, los rebeldes estuvieron resentidos con el Vaticano, pues el papa no les reconoció plenamente hasta entonces y no envió al nuncio sino tan sólo al delegado apostólico. La guerra de panfletos se prolongó hasta el final de la contienda, especialmente en Francia. Cada día se lanzaban acusaciones de espionaje o se denunciaba a los extranjeros de presunta conspiración con grupos terroristas de derechas o de izquierdas.^[607] Mauriac continuó escribiendo artículos en favor de la República. Charles Maurras le replicó en L'Action Française, proclamando que la Iglesia era la única auténtica Internacional. Bernanos no tardó en publicar Les grands cimetières sous la lune, en el que daba una descripción terrible de la represión nacionalista en Mallorca. Un escritor de derechas replicó con Les grands chantiers au soleil. El sacerdote jesuita Juan Villar Costa, que apoyaba a la República fundó un instituto católico de estudios religiosos a fin de mejorar la imagen de la República ante los católicos de todo el mundo. También publicó un libro penetrante, titulado Montserrat, en el que comentaba la carta de los obispos españoles. En Lieja se editó una oración de los sacerdotes españoles exiliados a la Virgen del Pilar: «A ti, oh María, reina de la paz, volvemos siempre nosotros los

*esperanzados hijos de tu bien amada España, hoy envilecida, ultrajada, mancillada por el bolchevismo criminal, despojada por el marxismo judío y escarnecida por el salvaje comunismo. Te rogamos con lágrimas en los ojos que vengas en nuestra ayuda para conceder el triunfo a los gloriosos ejércitos del libertador y reconquistador de España, del nuevo Pelayo: ¡del Caudillo! ¡Viva Cristo Rey!»^[608] En Inglaterra se formularon opiniones casi tan exaltadas como éstas: por ejemplo, el destacado apologista católico Douglas Jerrold, que un año antes había prestado su contribución personal al alzamiento, escribió en su libro autobiográfico *Georgian Adventure*, refiriéndose a una entrevista que celebró con Franco: «Acaso Franco no sea un gran hombre, como cree el mundo, pero ciertamente es algo mil veces más importante: un hombre bueno en toda la extensión de la palabra, tal vez un héroe y posiblemente un santo».^[609] En Norteamérica los sacerdotes vascos contaron con el apoyo activo de los protestantes. Pero los sondeos de opinión mostraron que sólo cuatro de cada diez católicos norteamericanos estaban con sus obispos. La opinión pública era tan cautelosa que se llegó a rechazar un proyecto de trasladar a Estados Unidos a algunos niños vascos, como violación de la neutralidad.^[610] El temor a perder los votos de los católicos era un factor muy importante en las decisiones de Roosevelt. Para entonces, en las provincias vascas se había desencadenado ya la campaña de persecución. Doscientos setenta y ocho sacerdotes y ciento veinticinco religiosos (entre los que se contaban veintidós jesuitas) fueron destituidos de sus cargos, encarcelados o deportados a otros puntos de España. En julio de 1937 se celebró en Valencia, Barcelona y Madrid el Segundo Congreso Internacional de Escritores, que constituía un «circo ambulante» de hombres de letras, con el fin de culminar la polémica. Se convocó con el propósito de discutir la actitud de los intelectuales ante la guerra. Uno de sus objetivos encubiertos era el de condenar a André Gide, quien en su reciente libro *Retour de l'URSS*, había atacado a la Unión Soviética, en donde le habían recibido como amigo y huésped del gobierno soviético. Al congreso asistieron Hemingway, Spender, Pablo Neruda, Nicolás Guillen y la mayoría de los principales apologistas literarios de la República. También estuvieron presentes Julien Benda, André Chamson, Ilya Ehrenburg, Ludwig Renn y Eric Weinert. Weinert y Renn habían servido en las Brigadas Internacionales. El congreso estuvo dominado por Malraux, «con sus resoplidos y tics nerviosos», que defendió a Gide de las acusaciones de ser un «fascista hitleriano».^[611] Los delegados se paseaban en Rolls y conversaban con los poetas españoles de la guerra, como Rafael Alberti, Altolaguirre, Bergamín, Antonio Machado y Miguel Hernández. El más prolífico era Rafael Alberti: y en casi todos los números de *Volunteer for Liberty*, que era el periódico de la 15ª Brigada Internacional, aparecían versos suyos. Pero el mejor del grupo de nuevos poetas era Miguel Hernández, que al empezar la guerra era miembro del Quinto Regimiento. Era un pastor que había aprendido a leer en las montañas por obra de un sacerdote que le enseñaba pasajes de autores de los siglos XVI y XVII. El comienzo de la guerra civil hizo surgir en él un repentino estallido de actividad poética. He aquí un ejemplo:*

Vientos del pueblo me llevan, vientos del pueblo me arrastran, me esparcen el corazón y me aventan la garganta. No soy de un pueblo de bueyes, que soy de un pueblo que

embargan yacimientos de leones, desfiladeros de águilas y cordilleras de toros con el orgullo en el asta.

Hernández era genuino representante de una generación de socialistas y comunistas jóvenes que estaban convencidos de que estaban luchando por la libertad de España. La mayor parte de ellos no hubieran transigido con el stalinismo de haber sabido lo que éste implicaba. Desdeñaban las actitudes derrotistas, y la guerra, más que politizarlos, los militarizó.^[612] En el congreso se leyó un discurso de Bertolt Brecht.^[613] Como en otras ocasiones similares, se interpretaron los himnos nacionales de las distintas naciones representadas, con lo que el poeta inglés Stephen Spender se encontró en Barcelona saludando con el puño cerrado mientras la banda tocaba el Dios salve al rey. Azaña se negó a pronunciar el discurso de clausura. Consideraba que no había ninguna personalidad importante del exterior y que la delegación española «no era más lucida» que las extranjeras.^[614]

39

Caída del POUM. — Detención y asesinato de Nin. — Consecuencias y lecciones.

Durante los meses de verano, Irujo, ministro de Justicia, con el estímulo de Negrín y la colaboración de los consejeros de la Generalitat de Cataluña, hizo grandes esfuerzos por restaurar la justicia tradicional: los tribunales populares serían presididos por jueces ordinarios, los directores de prisiones serían nombrados de acuerdo con sus años de escalafón y no por su filiación política, la figura del abogado reapareció en los tribunales, y la bandera republicana a ondear en las audiencias. Abogados de tendencia radical revolucionaria como Ángel Samblancat y Eduardo Barriobero perdieron sus posiciones de poder terrorífico en Barcelona. Muchos de los que habían acogido a la revolución con entusiasmo recibieron sin agrado estas medidas. Estos actos constituían importantes victorias de la justicia sobre la ley de la fuerza, de la garantía jurídica sobre la arbitrariedad. Pero estos acontecimientos tenían su aspecto negativo. Desde la formación

del gobierno de Negrín los comunistas habían centrado todos sus esfuerzos en perseguir al POUM. Sus dirigentes fueron acusados de ser fascistas y conspirar con Franco. La persecución, detenciones, interrogatorios y torturas las llevaban a cabo principalmente los comunistas extranjeros. Los comunistas españoles, que no sabían la verdad y no se atrevían a averiguarla, observaban los acontecimientos y aplaudían cobardemente, causando con ello la desmoralización de la causa republicana hasta un grado imprevisible, que ni ellos mismos habían imaginado. ¿Creía sinceramente el comunista católico José Bergantín que Nin, Gorkin y Andrade eran espías? Es difícil de creer. Con todo llegó a escribir que los dirigentes del POUM no tenían derecho a la defensa.^[615] El ala prietista del socialismo e incluso los republicanos de izquierdas mostraban ante tales actos una transigencia que les acabaría perjudicando. Absortos en los problemas de la guerra y sus crueldades, leían los informes de supuesta traición del POUM y concedían el beneficio de la duda a los acusadores, pero no a los acusados. En el mes de abril, la policía de Madrid, controlada por los comunistas, descubrió una conspiración falangista. Uno de los provocadores, apellidado Castilla, fue inducido a actuar como agente provocador. Castilla fue escogido para montar un plan fraudulento de sublevación militar de la quinta columna, prevaleciendo por encima de Golfín, otro falangista de la capital. Golfín lo llevó a cabo, siendo detenido y desarticulado su plan. Posteriormente alguien, que probablemente era el mismo Castilla, redactó una carta que aparentaba ser autógrafa de Nin, el destacado dirigente del POUM, dirigida a Franco, en la que respaldaba el plan de Golfín. Por las mismas fechas aproximadamente, otro auténtico falangista, José Roca, que tenía una librería en Gerona, fue desenmascarado por los comunistas catalanes. La misión de Roca en la quinta columna era la de transmitir mensajes a un hotelero de aquella ciudad. Un día del mes de mayo, se presentó en la librería un individuo bien trajeado que entregó una cantidad de dinero a Roca y un mensaje para el hotelero, rogando que le dejaran guardar en la librería una maleta durante tres días. Roca aceptó. Poco después llegó la policía para efectuar un registro. Como es natural no tardaron en dar con la maleta y al abrirla se encontraron con que contenía una serie de documentos curiosamente sellados con el timbre del comité militar del POUM.^[616] Sobre estos documentos, más la carta de Nin a Franco y la maleta hallada en Gerona, los comunistas montaron sus acusaciones contra el POUM. Era un conjunto de patrañas. A mediados de junio, los comunistas se sintieron suficientemente fuertes para emprender la acción final. El 28 de mayo consiguieron la suspensión del periódico del POUM La batalla. Antonov Ovseenko, Berzin y Stashevsky, los rusos más relevantes que estaban en España desde agosto de 1936 (con los cargos de cónsul general en Barcelona, jefe de la misión militar y asesor económico) fueron llamados a Moscú en junio de 1937, desapareciendo para siempre: Stashevsky había efectuado una imprudente visita a Moscú en el mes de abril, denunciando a Stalin la osadía de las actividades de la policía secreta rusa en España. Pero su destino ya estaba sellado por aquellas fechas.^[617] El 12 de junio, en Rusia, el general Tukhachevsky y otros siete veteranos generales rusos fueron fusilados por «intrigar con Alemania». Tras todos estos hechos resulta difícil creer que el comunista y ministro de Justicia, Jesús Hernández,

podiera sorprenderse cuando, el 14 de junio, el coronel Antonio Ortega, director general de Seguridad, le anunció que el jefe del GPU en España, Orlov, había cursado órdenes de detener a todos los dirigentes del POUM.^[618] Hernández acudió ante Orlov, quien insistió en que el gobierno no debía tener noticia del asunto, pues el ministro de la Gobernación, Zugazagoitia, y otros, eran amigos de los detenidos. Además, había pruebas de la conexión del POUM con un grupo de espías fascistas, según alegó Orlov. Hernández se entrevistó con Díaz, quien se enfureció al recibir la noticia. Díaz y Hernández denunciaron a los «asesores» extranjeros. Codovila insinuó que acaso Díaz se sintiera indispuerto por exceso de trabajo. ¿Por qué no se tomaba unas vacaciones? Entretanto, el 16 de junio, en Barcelona, por orden del nuevo encargado del orden público de esta ciudad, el «comunizante» coronel Ricardo Burillo, fue clausurada la sede del POUM en el hotel Falcón, que fue inmediatamente habilitado como cárcel. Rovira, jefe de la 29ª División del POUM, que se hallaba en el frente de Aragón, recibió un telegrama ordenándole que se presentara en Barcelona, en el cuartel general del ejército del este. A su llegada fue detenido.^[619] Los pequeños batallones del POUM que actuaban en otros frentes fueron disueltos. A Andrés Nin se lo llevaron por separado y todos sus amigos fueron recluidos en calabozos subterráneos de Barcelona y Madrid. Todos los miembros del POUM empezaron a tener pánico, pues conocían bien la costumbre de Stalin de hacer recaer los supuestos crímenes de los dirigentes sobre sus familiares y amigos. Los periódicos comunistas vociferaban acusaciones contra los detenidos por su propio partido, pero sin que se les instruyera juicio alguno. Entonces se extendió el rumor de que Andrés Nin había sido asesinado en la cárcel. Nin había sido secretario de Trotsky, y trabajó en Rusia durante la década de los veinte, hasta que, desilusionado por el comunismo stalinista y sus métodos, regresó a España. Era el tipo exacto de individuo que Stalin quería ver muerto. Negrín mandó llamar a Hernández y le preguntó por el paradero de Nin. Hernández contestó que lo ignoraba. Negrín protestó de que los rusos se estaban comportando en Barcelona como si fuera su propio país. ¿Qué sucedería aquella tarde en el consejo de ministros cuando se informara de la desaparición de Nin? Hernández se comprometió a abrir una investigación. Codovila le dijo que Nin estaba siendo interrogado. La reunión del gabinete se celebró a continuación. Los periodistas que se amontonaban en la puerta pedían noticias de Nin. En el interior Zugazagoitia preguntaba si su jurisdicción como ministro de la Gobernación iba a verse limitada por la policía rusa. Prieto, Irujo y Bernardo Giner apoyaron la protesta. Hernández y Uribe replicaron que no sabían nada de Nin. Nadie les creyó porque nadie comprendía que pudiese haber secretos entre los propios comunistas. Negrín suspendió la discusión hasta que se conocieran todos los hechos. Los miembros socialistas y republicanos del gobierno español, si entonces hubieran podido comprar y transportar armas de fabricación norteamericana, británica y francesa hubieran tenido opción de romper con Stalin. Pero la no intervención de los gobiernos británico, francés y norteamericano hizo inquebrantable la alianza con Rusia. Y, como el oro español se encontraba ya en Moscú, no cabía la posibilidad de adquirir armas en otros países. En España y en el extranjero empezó a extenderse una campaña con el

lema: «¿Dónde está Nin?» Nin era uno de los personajes del movimiento revolucionario español más conocido internacionalmente. El día 28 de junio, el comité nacional de la CNT envió una nota de protesta al gobierno alegando que se necesitaban pruebas de mucho peso para demostrar que personas de la talla de Nin, Gorkin o Andrade eran fascistas, igual que se requerían pruebas para demostrar las acusaciones contra Miaja: «En nombre de la justicia, la legalidad constitucional y el derecho de todos los ciudadanos, defendidos y representados por su propia democracia, pedimos que cese la persecución contra el POUM».^[620] Negrín pidió al Partido Comunista que liquidara aquel caso deshonesto. Los comunistas españoles, que tampoco estaban en condiciones de contestar a las preguntas que se les planteaban, respondieron que Nin se hallaría en Berlín o en Salamanca. Por entonces había muerto ya, casi sin lugar a dudas. Parece ser que Nin fue trasladado en coche desde Barcelona a la prisión particular de Orlov, instalada en la desmantelada catedral de Alcalá de Henares, ciudad natal de Azaña y de Cervantes, pero a la sazón convertida casi en colonia rusa. Allí sufrió el interrogatorio de rigor aplicado por los soviéticos a los traidores a la causa.^[621] Su resistencia frente a tales métodos fue pasmosa. Se negó a firmar los documentos en los que se reconocía su culpabilidad y la de sus amigos. Orlov estaba exasperado y lo mismo ocurría con Bielov y Vittorio Vidali, que colaboraron con aquél en el interrogatorio de Nin. ¿Qué hacer? El propio Orlov empezó a sentir pánico de Yezhov, el insensato jefe del GPU. Finalmente, según explicó posteriormente Hernández, el italiano Vidali (Carlos Contreras) propuso que se simulara un ataque «nazi» para liberar a Nin. Una noche oscura, probablemente la del 22 o 23 de junio, diez individuos alemanes pertenecientes a las Brigadas Internacionales asaltaron el local en que se hallaba recluido Nin. Mientras duró el supuesto ataque hablaron ostentadamente en alemán y dejaron caer billetes de los ferrocarriles alemanes. Nin fue capturado y asesinado, tal vez en el parque real de El Pardo, situado inmediatamente al norte de Madrid. Al negarse a reconocer su propia culpabilidad salvó probablemente las vidas de sus amigos. Tal vez Stalin y Yezhov proyectaran organizar en España un proceso similar a los de Moscú, con simulacros de confesiones de por medio; en tal caso se vieron contrariados. Aunque, en los meses siguientes, los dirigentes del POUM se vieron sometidos a interrogatorios y torturas, especialmente en el barcelonés convento de Santa Úrsula, «el Dachau de la España republicana» como lo llamó un miembro del POUM que sobrevivió a su estancia en el mismo. Aunque Nin fue el único miembro dirigente del POUM asesinado, muchos simpatizantes internacionales de este partido murieron en circunstancias misteriosas: Erwin Wolf, mitad checo y mitad alemán, que fuera uno de los secretarios de Trotsky, fue secuestrado en Barcelona sin que se supiera nada más de él; el socialista austríaco Kurt Landau; el periodista Marc Rhein, hijo del dirigente menchevique Rafael Abramovich (que efectuó una serie de viajes infructuosos a España para descubrir su paradero); José Robles, en otro tiempo profesor de la universidad Johns Hopkins de Baltimore, que fue asesinado tal vez por haber sido intérprete del desdichado general Berzin;^[622] y acaso el periodista inglés «Bob» Smilie, hijo del conocido dirigente minero, que vino a España en representación del Partido Laborista Independiente británico, y

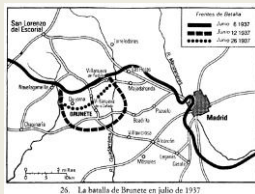
murió aparentemente de apendicitis en una cárcel adonde se le había conducido sin justificación. ¿Qué pensaban del caso los miembros del gobierno republicano? Es difícil afirmarlo con seguridad. Negrín le explicó a Azaña que Nin había sido detenido y liberado por unos agentes alemanes que actuaban dentro de las Brigadas Internacionales. ¿No resultaba un tanto novelesco?, preguntó Azaña. Negrín respondió negativamente. Lo mismo les había sucedido en el hotel Gaylord a varios asesores rusos, envenenados por espías nazis. Azaña anotó este «hecho» en su diario sin comentarios.^[623] Queda planteada la duda de si Negrín sospechaba la verdad y trató de engañar a Azaña o si el propio Negrín fue engañado por los comunistas. Parece más probable la primera posibilidad: que Negrín se diera perfecta cuenta de que se hallaba ante un «asunto sucio», como declaró a Hernández.^[624] La actitud de Azaña y Negrín frente al POUM estaba condicionada por la irritación que les producía el creer que se trataba de un grupo de provocadores que estaban perjudicando el esfuerzo bélico. Nin, cuando había sido consejero de Justicia en Cataluña, no se había distinguido por sus escrúpulos humanitarios respecto a la «burguesía» y un comentario de Manuel Casanova, miembro del POUM, sobre las actividades del partido en Lérida en 1936 recuerda que sus miembros también «sabían odiar».^[625] Ello no justifica, desde luego, las opiniones del presidente de la República y el jefe del gobierno, aunque ayuda a comprenderlas. El caso del POUM levantó en el mundo del comunismo una polémica intelectual similar a la que suscitó el caso del clero vasco en el mundo del catolicismo romano, igualmente teológico. En algunos casos las mismas personas que protestaron contra el trato infligido por el papa a los sacerdotes vascos condenaron a su vez el trato dado por Stalin al POUM: por ejemplo, Mauriac, Jean Duhamel y Roger Martin du Gard escribieron al gobierno republicano para protestar contra los juicios del POUM y suplicando que se les permitiese ejercer el derecho a la defensa. Ilya Ehrenburg, el único escritor ruso de su generación, aparte de Pasternak, que sobrevivió a las purgas rusas y que, como ya se ha visto, pasó largas temporadas en España, escribió en Izvestia: «Debo expresar el sentimiento de vergüenza que me embarga como hombre. El mismo día en que los fascistas estaban fusilando mujeres en Asturias, aparecía en la prensa francesa una nota de protesta contra la injusticia [...]. Pero esas personas no protestaban contra los carniceros de Asturias, sino contra la República, que osa detener a los fascistas y los provocadores del POUM».^[626] Sin embargo, Ehrenburg sabía de sobra que los que morían víctimas de las purgas eran inocentes, y así lo demostró posteriormente en sus propias memorias.^[627] Entretanto George Orwell, que trataba de defender al POUM en la liberal Inglaterra, veía rechazados sus artículos por Kingsley Martin, editor del News Stateman.^[628] El gobierno de la República hacía los mayores esfuerzos por salirse de la trampa en que había caído por su excesiva confianza en los rusos. El nacionalista vasco Irujo, ministro de Justicia, designó a un magistrado, Miguel Moreno Laguía, para que actuara de juez en el caso Nin. Moreno Laguía hizo detener a una serie de agentes de policía que, en su opinión, se hallaban implicados en el caso, entre ellos a un tal Vázquez. Mientras estaba bajo custodia del juez se presentó una unidad de guardias de asalto, con ánimo de liberarle. Al protestar el juez, los guardias pretendieron

detenerle a su vez. El juez dejó marchar a Vázquez. Irujo, Prieto y Zugazagoitia amenazaron con presentar la dimisión si no se confirmaba a Moreno. Posteriormente, el gabinete trasladó al director general de Seguridad, Ortega, responsable de la detención de Nin, enviándole a un puesto de mando en el frente y reemplazándole por Carlos de Juan, fiscal general de la República. Moreno Laguía siguió buscando a Nin infructuosamente, mientras los compañeros de éste permanecían meses enteros encarcelados en espera de juicio^[629] y sus presuntos asesinos continuaban ocupando puestos de influencia. Durante los últimos meses de 1937, numerosos miembros y dirigentes del POUM fueron fusilados de forma ilegal y despiadada, después de consejos de guerra sumarísimos, organizados por los comunistas.^[630] Entretanto, según palabras de Gorkin, había 1.500 «prisioneros antifascistas» —anarquistas, poumistas y otros— en la cárcel Modelo de Valencia a finales de 1937. Los crímenes perpetrados contra el POUM fueron actos de barbarie cometidos en España por comunistas españoles y extranjeros a las órdenes del único y poderosísimo aliado de la República: Rusia. El POUM contaba con pocos amigos, en España y en el extranjero. La represión contra este partido fue sancionada por la mayor parte de quienes apoyaban al Frente Popular y casi no provocó quejas entre los anarquistas. Azaña, Negrín y Prieto, por mencionar sólo a tres hombres representativos, se preocuparon seriamente por el caso de Nin, aunque los dos últimos tal vez menos por el atropello en sí que por el efecto causado en el exterior. Azaña, y con él millares de personas, consideraban que la muerte de Nin y la disolución del POUM eran una contrapartida aceptable en tiempos de guerra a cambio de que terminaran los asesinatos indisciplinados de los primeros meses gracias a la policía comunista, y a cambio del aburguesamiento de la revolución, que había pasado a manos del Estado. No sentían la menor simpatía por los objetivos revolucionarios del POUM ni por la figura de Nin. Por entonces se lanzaron acusaciones que no han sido confirmadas ni plenamente desmentidas de que ciertos líderes del POUM y algunos anarquistas se habían apoderado de dinero y otros objetos de valor que habían depositado en Francia en los primeros días de la revolución.^[631] Azaña decía de la U.R.S.S.: «parece el hombre a quien se admite en sociedad porque no hay otro remedio, pero de quien nadie quiere ser amigo».^[632] Pero los crímenes se vuelven a recordar con los años como ha sucedido también con los asesinatos contemporáneos de Rusia. En lo sucesivo, los comunistas españoles se mostraron más circunspectos. Ya no fue detenida ninguna personalidad política de importancia. Ello se debió indudablemente a la presencia del astuto Togliatti como jefe de la representación del Komintern en el Partido Comunista español a partir del verano.^[633] Con todo, durante el resto de la guerra civil, muchas personas permanecieron injustamente encarceladas e incluso el abogado de los dirigentes del POUM, Benito Pabón, se sintió amenazado personalmente y tuvo que expatriarse; huyendo hasta donde no pudiera alcanzarle la venganza de los comunistas, se instaló en las Filipinas.

La batalla de Brunete. — Santander. — El Ebro. — Fin del Consejo de Aragón. — La caída de Asturias. — Fin de la guerra en el Norte.

Tras la captura de las provincias vascas, el general Franco se detuvo antes de lanzarse sobre Santander, que constituía el inmediato centro republicano en el norte. En este momento, la República lanzó un ataque diversivo muy controvertido. Como puede suponerse, éste se centró en el punto elegido por los comunistas: Brunete. Se habían concentrado dos cuerpos de ejército bajo el mando supremo de Miaja. Eran el 5º Cuerpo de ejército, a las órdenes de Modesto y el 18º Cuerpo de ejército, a las órdenes del coronel de artillería Jurado. El primero incluía la 11ª División de Líster, la 46ª División de «el Campesino» y la 35ª División de «Walter». El cuerpo de ejército de Jurado incluía a la 15ª División de «Gal» (11ª y 12ª Brigadas Internacionales). Kleber regresó al frente para ponerse al mando de la 15ª División y Gustavo Durán, jefe del estado mayor de Kleber durante el invierno mandaba la 39ª División. Ambas formaban la reserva. La influencia comunista en este ejército era considerable. Cinco de los seis jefes de división, un jefe de cuerpo de ejército y los comisarios de los dos cuerpos de ejército eran comunistas (Delage y Zapiraín). También lo era el comisario de Miaja: Francisco Antón. Este ejército sumaba 85.000 hombres. Le apoyaban 40 carros blindados, 300 aviones, 130 tanques y más de 220 piezas de artillería de campaña. El objetivo era avanzar hacia el estancado pueblo de Brunete (cuya población era de 1.556 habitantes en 1935) desde el sector norte de la carretera de Madrid-El Escorial, para aislar por el oeste a los ejércitos que sitiaban la capital.^[634] Rojo, jefe del estado mayor del ejército, esperaba que los republicanos alcanzasen estos objetivos antes de que llegasen refuerzos a los franquistas. La 15ª Brigada Internacional, dirigida por el comunista croata Copie, fue empleada en esta batalla como fuerza de choque,^[635] junto con la 11ª Brigada —alemana— que entonces estaba a las órdenes del coronel Staimer y la 13ª, compuesta principalmente por eslavos y franceses, dirigida por el comunista italiano «Krieger» (Vincenzo Bianco). Esta última incluía algunos españoles. Más adelante entró en combate la 12ª Brigada Garibaldi de Pacciardi, formada principalmente por italianos.^[636] También había varios asesores rusos, entre ellos el general

Stern (Grigorovich) y Smushkevich, que seguía al mando de la misión aérea. Numerosos pilotos rusos se hallaban aún encuadrados en la aviación republicana. El plan de ataque corría a cargo de Matallana, nuevo jefe de estado mayor de Miaja. A los nacionalistas les sorprendió la ofensiva de Brunete, acaso porque ya hacía meses que se estaba hablando de ella en los cafés republicanos. En la línea que había de soportar el embate más fuerte había elementos esquilados de la División 71, en su mayoría falangistas y unos 1.000 marroquíes. Después de escuchar las exhortaciones de Prieto y «la Pasionaria» en vísperas del ataque, la 11ª División republicana al mando de Lister abrió fuego al amanecer del día 6 de julio, después de un duro ataque de artillería y aviación. Al cabo de unas cuantas horas habían avanzado unos 16 kilómetros, rodeando Brunete.



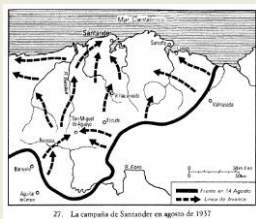
El equivalente de Miaja como jefe nacionalista del centro, era Saliquet, pero el general Varela fue nombrado jefe supremo para la defensa y el contraataque en campaña. Varias divisiones fueron trasladadas al frente de Brunete y desde el norte fue enviada la Legión Cóndor y artillería pesada.^[637] Asimismo estaban la 4ª y 5ª Brigadas navarras de los coroneles Alonso Vega y Juan Bautista Sánchez. El traslado de estos refuerzos se efectuó con gran rapidez y constituyó un éxito de planificación. Cuando llegaron, Brunete estaba ya en manos de Lister. La guarnición del vecino pueblo de Quijorna permanecía tranquila, con una moral muy elevada, resistiendo la ofensiva de «el Campesino». Villanueva de la Cañada, Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo también resistieron el ataque de la 15ª Brigada. La mayoría de sus defensores eran jóvenes voluntarios falangistas procedentes de Sevilla. Aunque el primero de estos pueblos cayó al día siguiente en manos de los británicos, el avance quedó algo frenado debido a la confusión existente. A través de una pequeña brecha abierta entre las líneas nacionalistas entraron en tromba varias brigadas, que acabaron mezclándose unas con otras, Como ya se sabía que la ofensiva era de inspiración comunista, los oficiales republicanos y no comunistas empezaron a criticar la dirección de la batalla. El jefe de estado mayor de la operación, Casado, había expresado sus reservas y se retiró de los combates por enfermedad. Se lanzaron ochenta tanques sobre Villafranca sin resultado alguno.^[638] A la medianoche del primer día de la ofensiva, Varela informó a Franco de que se había restablecido el frente. Veinticuatro horas después llegaron treinta y un batallones y nueve baterías para reforzar las posiciones nacionalistas. La batalla, que se libraba en la reseca llanura castellana, en lo más cálido del verano, adquirió caracteres sangrientos.^[639] Ya nos hemos referido a la batalla contra la sed y hemos visto que el problema del agua constituía una grave preocupación. Negrín quería celebrar una sesión extraordinaria del consejo de ministros en Madrid para celebrar la victoria, pero

Azaña le disuadió de ello.^[640] El 8 de julio, «el Campesino» envanecido porque se le había dicho que sus tropas eran las mejores del ejército republicano y que tenían que dar ejemplo a los demás, alcanzó las primeras casas de Quijorna.^[641] El pueblo cayó al día siguiente. Villanueva del Pardillo y Villafranca del Castillo cayeron en la madrugada del 11 de julio. Pero Boadilla, sometida a un ataque constante, seguía defendida por Asensio. Los cazas Messerschmitt (ME 109) de la Legión Cóndor aparecieron por primera vez en el frente de combate. Inferiores en número a los «Chatos» rusos resultaron, en cambio, mucho más eficaces que éstos. El bombardero Heinkel 111 resultó tan efectivo aquí como en el norte de España, especialmente de noche, aunque, en esta ocasión, los rusos emplearon por primera vez sus cazas en combates nocturnos. El 13 de julio había concluido la ofensiva de Brunete. A partir de aquel momento los republicanos tratarían de defender las posiciones conquistadas. El 15 de julio, después de librarse nuevos y encarnizados combates en torno a Boadilla, se dieron órdenes de cavar trincheras. La República había conquistado una bolsa de terreno de unos doce kilómetros al sur de Brunete, en la carretera de Navalcarnero. Al término de la batalla, resultó muerto el gallardo comandante inglés Nathan, conocido por llevar bastón con empuñadura de oro.^[642] Ha sido muy discutido por qué los republicanos no continuaron su ofensiva, cuando todos los elementos estaban a su favor. La responsabilidad recae en los oficiales jóvenes y de graduación media por la falta de imaginación e iniciativa que demostraron en el combate. La instrucción militar de los republicanos, de inspiración rusa, o la de los veteranos oficiales regulares, resultaba mucho más anticuada que la de los nacionalistas, aprendida en academias de reciente creación dirigidas por los alemanes. Los alféreces provisionales solían ser jóvenes cultos de las clases altas, acostumbrados a la vida en el campo y al deporte de la caza. Ahora, como en otras ocasiones, resultaron más eficaces en combate que los jóvenes más aventajados de las clases trabajadoras urbanas, intelectuales u obreros, por no hablar de los veteranos oficiales regulares que se habían pasado los años encerrados en tediosas guarniciones leyendo libros franceses de ejercicios tácticos. Ahora, y no por primera vez, la victoria se la llevaron aquellos que creían que la guerra era como el deporte de la caza practicado con otros medios. La República andaba escasa de suboficiales. En un ejército como el republicano, con una organización tradicional, un cabo o un sargento competente eran tan importantes como un oficial de estado mayor. La rígida disciplina del ejército nacionalista y la falta de intrigas y disputas políticas en su seno desempeñaron un papel decisivo. A un nivel superior puede achacárseles a los nacionalistas la pérdida de Brunete, pues Franco suspendió la ofensiva en el norte para conquistar un pueblo castellano en ruinas de poco valor estratégico. Pero éste era un método clásico empleado por Franco durante la guerra: se trataba de una estrategia política, más que militar. Al mismo tiempo, Miaja, en el mando supremo, mostró también lentitud en sus reacciones, como era de esperar.^[643] El 18 de julio, las divisiones al mando de Sáenz de Buruaga atacaron por la izquierda, y las divisiones de Asensio por la derecha, mientras las de Barrón se lanzaban hacia Brunete por el centro. Aquel día la Legión Cóndor empezó a dominar los cielos de Castilla, abatiendo veintiún aparatos republicanos.^[644] A partir de aquel momento, el equilibrio de fuerzas en la

guerra aérea del centro de España se inclinó a favor de los nacionalistas. La batalla se prolongó del 19 al 22 de julio, bajo un sol implacable y unas temperaturas atroces, agravándose el problema de la sed en ambos bandos.^[645] Asensio y Sáenz de Buruaga rompieron las líneas republicanas por los flancos. Barrón se abrió paso por el centro para reconquistar Brunete, salvo el cementerio, en donde Líster resistió hasta el día 25. Varela quería perseguir a los republicanos hasta Madrid, pero Franco le hizo desistir de ello, señalando la necesidad prioritaria de terminar la guerra en el norte.^[646] Los republicanos conservaron las localidades de Quijorna, Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo, pagando por ello un precio de 20.000 muertos y 100 aviones. Los nacionalistas perdieron 23 aviones y 17.000 hombres.^[647] La batalla guardaba cierta similitud con la del Jarama, la de Guadalajara o la de la carretera de La Coruña, a la inversa. Ambos bandos declararon haber alcanzado la victoria. Es cierto que la batalla sirvió para aplazar las ofensivas del norte. Los republicanos conquistaron una superficie de unos 6 kilómetros de profundidad por 16 de anchura, pero no alcanzaron sus objetivos. De hecho, los republicanos perdieron mucho material valioso y muchos soldados veteranos, de forma que la batalla de Brunete puede considerarse como una derrota suya. También constituyó un revés para los comunistas, que la habían patrocinado. La presencia de los Messerschmitt, junto con los nuevos Heinkel 111 y los nuevos Savoia 79, señaló el fin de la superioridad aérea de los republicanos, que tanto había contribuido a evitar la caída de Madrid. Aquellos nuevos monoplanos rápidos fueron unos rivales temibles para los rusos.^[648] Las bajas sufridas por las Brigadas Internacionales en Brunete fueron de excepcional gravedad. Los batallones Lincoln y Washington sufrieron tales pérdidas que hubo que fusionarlos. Entre los norteamericanos caídos figuraba el jefe del batallón Lincoln, de raza negra. También hubo en las brigadas casos de insubordinación. El capitán Alocca, que mandaba las fuerzas de caballería de las brigadas, desertó ante el enemigo, huyendo a Francia en automóvil. Posteriormente regresó a Madrid, siendo fusilado por cobardía. El batallón británico, que había quedado reducido a unos 80 hombres, se mostraba indeciso a la hora de acudir al frente. La 13ª Brigada, compuesta mayormente por polacos, se negó rotundamente a regresar al campo de batalla. Su jefe, «Krieger» (Vincenzo Bianco), trató de restaurar su autoridad amenazando con el revólver: apuntando el arma contra uno de los amotinados, le exigió obediencia. Éste se la negó. «Piense usted bien lo que está haciendo», insistió el coronel. «Ya lo he pensado.» «¡Por última vez!» Ante la respuesta negativa, el coronel lo mató de un tiro. La tropa se enfureció y el propio «Krieger» estuvo a punto de ser linchado. Los amotinados marcharon hacia Madrid y no se sometieron hasta la llegada de unos guardias de asalto con sus tanques. Las brigadas, a partir de entonces, fueron totalmente reorganizadas y sus hombres «reeducados».^[649] Los teóricos militares han venido debatiendo la importancia táctica de la batalla de Brunete para el uso de los tanques. El capitán checo Miksche, que estaba al frente de un grupo de baterías republicanas, en su estudio *Blitzkrieg* apuntó que el fracaso de los tanques republicanos se debió a que éstos se desplegaron para apoyar a la infantería, con arreglo a las teorías francesas; pero Varela, ante la insistencia del alemán Von Thoma, concentró sus tanques a fin de hallar una punta

de lanza (*schwerpunkt*), haciéndose con el triunfo de la jornada. La República siempre siguió la táctica de dispersar a sus unidades acorazadas, ya se tratara de artillería, aviación o tanques, y las pruebas de von Thoma sólo podían efectuarse a pequeña escala, dada la escasez de vehículos para el transporte de la infantería que pudieran apoyar a los tanques.^[650] En cuestión de detalles ambos bandos cometieron errores. Trescientos hombres de la columna de «el Campesino» fueron aislados y hechos prisioneros. Todos aparecieron muertos y con las piernas cortadas. Poco después «el Campesino» capturó a un tabor de marroquíes. Cuatrocientos de sus hombres fueron fusilados. Al enterarse de la noticia, Azaña se preguntó si aquello representaba el nacimiento de una nueva España. Por el contrario, era preferible la España vieja, con todas sus taras.^[651] Dos semanas después, los nacionalistas renovaron la ofensiva en el norte. El ejército del norte seguía estando al mando de Dávila. Los italianos, a las órdenes del general Bastico, fueron reagrupados en la División Littorio, la «llamas negras», y la División «23 de marzo», al mando de los generales Bergonzoli, Frusci y Francisci respectivamente.^[652] Las seis expertas brigadas navarras, a las órdenes de Solchaga, estaban dirigidas por los coroneles García Valiño, Muñoz Grandes, Latorre, Avriat, Alonso Vega y Sánchez González respectivamente. (Los dos últimos habían regresado del frente de Brunete.) Muñoz Grandes, que fuera primer jefe de la guardia de asalto en 1931, había huido de Madrid a primeros de año. Alonso Vega era un austero oficial, viejo amigo de Franco en Marruecos, que ahora iniciaba una brillante carrera militar. A estas unidades se sumaron dos brigadas de voluntarios castellanos, a las órdenes del general Ferrer, que estaba impaciente por conquistar la encantadora ciudad de Santander, único puerto de Castilla. Otro grupo lo formaban españoles e italianos. Eran los «flechas negras», con unos 8.000 hombres, al mando del coronel Piazzoni. En total, iban a participar unos 25.000 italianos en la batalla. El ejército del norte comprendía un total de 90.000. Antes de iniciar la campaña, Franco trasladó su cuartel general de Salamanca a Burgos, y con él, el general Bastico.^[653] Dávila tenía a su disposición unos 70 aviones de la Legión Cóndor, 80 aviones italianos y 70 aparatos españoles, junto con una flotilla de hidroaviones. La defensa de Santander estuvo encomendada básicamente a los cuerpos 14º y 15º del ejército republicano. Los generales Llano de la Encomienda y Martínez Cabrera, desacreditados, fueron enviados a la zona central y el general Gamir actuaba de jefe supremo de los republicanos, mientras los dos cuerpos de ejército estaban al mando de los coroneles Prada y García Vayas. Apoyaban a estas fuerzas 50 baterías, 33 cazas y bombarderos y 11 aviones de reconocimiento. El ejército republicano constaba de 80.000 hombres. Estas cifras, por sí solas, no dan una idea exacta de la desproporción de fuerzas. Descontando los 18 cazas rusos, los aparatos de Gamir eran lentos y antiguos. Las fuerzas aéreas que apoyaban la ofensiva nacionalista incluían los últimos modelos alemanes, que se empleaban para probar su eficacia. Lo mismo sucedía con la artillería. Las relaciones entre Santander y Asturias no eran mejores que las relaciones entre santanderinos y vascos cuando unos y otros combatieron juntos en Guipúzcoa, aunque los restos del ejército vasco estuvieron presentes en Santander. Se encontraban en malas condiciones físicas, y su moral bajó aún más al conocerse los primeros rumores fidedignos de que se intentaba negociar la

rendición a los italianos, a cambio de salvar sus vidas.^[654]



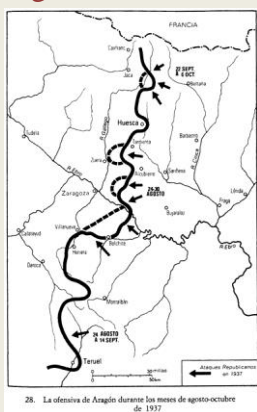
La campaña se inició el 14 de agosto. Las líneas de batalla discurrían por la cordillera cantábrica, cuyas cumbres más elevadas estaban en manos de la República. El campo de batalla era de una áspera belleza. Los republicanos se sentían desbordados por los bombardeos aéreos. El primer día del ataque se rompió la línea del frente por el sur. Las brigadas navarras se lanzaron en tromba hacia las primeras colinas de la cordillera cantábrica. El día 16 de agosto fue conquistada Reinosa, con su fábrica de armamento. Gamir y sus asesores rusos discutieron sobre la conveniencia de relevar del mando al coronel García Vayas, jefe del 15º Cuerpo de ejército, que estaba al mando de Santander desde el comienzo de la guerra y gozaba de popularidad en la ciudad, para reemplazarlo por el coronel Galán, uno más del famoso grupo de hermanos comunistas. Al final hubo compromiso pero el frente se rompió, cayendo muchos hombres prisioneros. A continuación, apoyados por el peso de su propia artillería, tanques y aviación, los «flechas negras» italianos abrieron el frente por la costa el día 18 de agosto. La División «23 de marzo», por el centro, conquistó el paso del Escudo, que era un punto crucial. Desde este momento el frente dejó de existir. El ejército de Santander emprendió veloz retirada. Los vascos combatieron en defensa de Santander con mayor energía que los santanderinos en Bilbao, pero aun así la resistencia se hizo imposible.^[655] En Santander, el puerto y las fábricas estaban cerrados para que los trabajadores pudieran dedicarse a levantar fortificaciones. Se repitieron las escenas conocidas ya en otras ciudades españolas: las calles de Santander se vieron invadidas por campesinos que huían del fragor de la batalla, próxima ya a sus casas, llevando consigo el ganado, los animales domésticos y algunos efectos personales. Muchos santanderinos (tal vez la mayoría) anhelaban la victoria de Franco. Era una ciudad conservadora, que había prosperado al convertirse en lugar de vacaciones de la aristocracia española. El gobierno vasco, ahora en el exilio, volvió a ocuparse de la evacuación. Muchos vascos se negaron a seguir combatiendo e hicieron preparativos para la huida. El 22 de agosto se celebró una reunión entre los dirigentes militares y políticos. Los soldados sentían mayor pesimismo que los civiles, como solía suceder.^[656] El «presidente» vasco Aguirre, encabezó la reunión. En esta ocasión el general Goriev habló poco.^[657] Llegaron órdenes desde Valencia de que se efectuara la retirada hacia Asturias. Pero, al día siguiente, las fuerzas armadas vascas iniciaron la retirada por su cuenta en dirección a Santoña, unos 30 kilómetros al este de la capital. No tenían ganas de proseguir la lucha tan lejos de su patria. Tenían grandes esperanzas en que las negociaciones entabladas por el padre Onaindía con el gobierno italiano en Roma

permitieran una rendición ordenada y por separado. Pero las conversaciones habían fracasado casi por completo, debido a las divergencias entre Aguirre y otros dirigentes vascos sobre el tema. Al anochecer, las órdenes del gobierno eran materialmente incumplibles, pues la carretera de Asturias se hallaba cortada. En la misma capital se originaron algaradas causadas por la sublevación de la «quinta columna». Millares de santanderinos buscaban barcas en las que poder huir con dirección a Francia o a Asturias, prefiriendo afrontar el revuelto golfo de Vizcaya en una barca que exponerse a ser capturados. Muchos murieron ahogados. Entre los que lograron huir estaban Gamir, Aguirre y Leizaola. El resto del ejército fue capturado; 60.000 hombres fueron hechos prisioneros. Ésta fue la mayor victoria de la guerra civil.^[658] Ramón Ruiz Rebollo, diputado por Santander, fue uno de los últimos en evacuar la capital. Sobrevivió a aquellas jornadas y pudo dar la descripción horripilante de las 100.000 personas que, amontonadas en el puerto, esperaban la llegada de los rebeldes.^[659] Los oficiales vascos que se encontraban en Santoña acudieron a negociar la rendición vasca con el comandante en jefe de las fuerzas italianas, coronel Fariña, que estaba al mando de los «flechas negras», y en cuyas manos, estimaban los vascos, con razón, que estarían más seguros que en las de Franco. Se llegó a un acuerdo. Los vascos se rendirían, entregando sus armas a los italianos y se encargarían de mantener el orden en las zonas que todavía controlaban. Ya habían dejado en libertad a los 2.500 hombres que tenían recluidos en el penal de Santoña. Los italianos se comprometieron a respetar la vida de todos los combatientes vascos. En aquel momento los vascos aceptaron la rendición sin ulteriores condiciones, aunque trataron inútilmente de conseguir mayores garantías básicas.^[660] Muchos vascos se negaron a rendirse, optando por huir de la mejor manera posible. El político nacionalista vasco Juan Ajuriaguerra (quien, al revés que Aguirre llevaba intentando negociar con Italia desde la primavera) intentó posteriormente llegar a un acuerdo con el general Roatta, acuerdo que fue desautorizado por el alto mando nacionalista.^[661] Entretanto, Dávila y su ejército entraban en Santander. Los italianos entraron en Santoña y el coronel Fagosi se hizo cargo de la administración civil. Los buques británicos *Bobie* y *Seven Seas Spray* se hallaban anclados en el puerto de Santoña, dispuestos a embarcar refugiados con destino a Francia. Pero no se recibieron instrucciones para efectuar los embarques. El 27 de agosto, el capitán del *Bobie*, un francés llamado Georges Dupuy, y el brasileño Costa e Silva, observador del comité de no intervención a bordo del *Seven Seas Spray*, obtuvieron permiso de los italianos para embarcar a quienes estuvieran en posesión de pasaporte vasco. Comenzó la operación de embarque. Pero a las diez de la mañana, soldados italianos armados con metrallas rodearon el buque donde estaban los refugiados vascos. Cinco falangistas subieron a bordo y efectuaron un registro. Al amanecer del día siguiente, 28 de agosto, Dupuy vio a los que por unas breves horas habían sido sus pasajeros marchar prisioneros hacia el penal de Dueso. El coronel Fariña había sido desautorizado por su superior, el comandante Bartolomé Barba.^[662] Los buques de la esperanza zarparon, llevando ocultos a unos cuantos refugiados en la sala de máquinas. Los que se quedaron en tierra fueron tratados como simples prisioneros por los nacionalistas. Luego vinieron los juicios sumarísimos y las

ejecuciones. Mussolini, empero, envió un telegrama de felicitación a los jefes italianos. Su texto y los nombres de sus destinatarios fueron publicados por los periódicos italianos el 27 de agosto. Por primera vez el público italiano supo los nombres de sus jefes militares destacados en España: Roatta, Bergonzoli, Teruzzi y Bastico: los héroes de la nueva Italia. Ciano dio instrucciones a Bastico para que consiguiera las «armas y banderas capturadas a los vascos». Anotó en su diario: «Envidio a los franceses por los Inválidos y a los alemanes por su Museo Militar. Una bandera capturada al enemigo —agregó el compatriota de Leonardo— vale más que cualquier cuadro». Al día siguiente anotó: «Éste es el momento de aterrorizar al enemigo. He dado órdenes a la aviación de bombardear Valencia».^[663] Pero los aliados españoles de Mussolini no sentían el mismo entusiasmo por la actuación de las tropas italianas: «Sólo un enemigo sin mandos y sin cohesión, y en número insuficiente para cubrir las fortificaciones construidas, podía capitular ante una ofensiva tan magistralmente concebida [...] pero ejecutada con tanta incompetencia como la de los legionarios». Son palabras del coronel Urbano, en un informe especial que remitió al estado mayor central de los nacionalistas.^[664] Los alemanes destacados en España se hallaban divididos. Sperrle, comandante en jefe de la Legión Cóndor, y el embajador von Faupel, se aborrecían mutuamente. Sperrle incluso se negó a ir a ver a von Faupel cuando éste le llamó desde San Sebastián. Además el primero había criticado en público el monopolio ejercido por la HISMA, alentando de este modo a los españoles a expresar sus críticas al respecto. Franco llegó a solicitar, a través de Sperrle, el relevo de von Faupel, en parte debido a las intrigas de éste con la Falange y especialmente debido a su torpe arrogancia.^[665] Cuando Franco recibió la noticia de la conquista de Santander, se hallaba a la espera de otro ataque diversivo de los republicanos, esta vez en el frente de Aragón. La ofensiva la llevó a cabo el ejército catalán —que había sido reorganizado y españolizado llamándose ahora ejército del este— al mando del general Pozas. A las órdenes de éste se hallaban Kleber, al frente de la 45ª División, el coronel Trueba (un autodidacta inteligente), al frente de la 27ª División, y el 5º Cuerpo de ejército del comandante comunista Modesto, que incluía las divisiones 11ª, 46ª y 35ª, mandadas respectivamente por Líster, «el Campesino» y «Walter». Éstas habían sido trasladadas a Brunete. La división de «Walter» incluía a cuatro Brigadas Internacionales (aunque no a la 14ª, debido a las diferencias surgidas entre éste y Dumont),^[666] A estas tropas se enfrentaron el general Ponte, destinado a Zaragoza, el general Urrutia, con mando en Huesca y el general Muñoz Castellanos, que actuaba desde Teruel. La línea del frente era discontinua, y sólo las alturas estratégicas se encontraban fortificadas. El frente de Aragón había sido tratado con descuido por los nacionalistas, que en aquel sector no habían construido fortificaciones importantes. La ofensiva de Aragón tenía otro objetivo claramente distinto. Obedecía al deseo de los comunistas y el gobierno central de liquidar el Consejo de Aragón. En este punto, como en tantos otros, los comunistas y los «liberales» de la República, eran unánimes. Los socialistas moderados apoyaron sin reservas esta política. El 4 de agosto Prieto cursó sus órdenes, aunque cabe preguntarse si no esperaba matar dos pájaros de un tiro al enviar a los 11.000 hombres de la división de Líster para que hicieran el trabajo.^[667] Azaña se mostraba

complacido; uno de los «consejeros de Aragón» había sido chófer suyo.^[668] El Consejo de Aragón, bajo la presidencia suprema de Joaquín Ascaso, había ofendido gravemente al gobierno catalán y al central. Ascaso, que era un anarquista huido de Zaragoza, era hombre dinámico, violento y falto de escrúpulos.^[669] Muchas de las colectividades habían resultado socialmente un éxito, pero su contribución a la guerra era ineficaz. Es difícil dar cifras completas de la gestión económica de la región por los anarquistas; pero la producción de carbón en las minas de Utrillas, por ejemplo, sólo alcanzó la décima parte de lo normal^[670] A finales del mes de julio los comunistas iniciaron una de sus ominosas campañas de intimidación contra Ascaso en la prensa republicana. Los carabineros empezaron a confiscar camiones de alimentos que efectuaban servicio entre las distintas colectividades. Los comunistas, la UGT y los socialistas montaron una nueva organización, el Consejo de Aragón, en Barbastro, que pidió al gobierno que estableciera un nuevo «gobierno federal» de Aragón. El día 11 de agosto, al terminar la cosecha —que constituía un elemento importante de la situación— fue disuelto el Consejo de Aragón y José Ignacio Mantecón fue nombrado gobernador general de las tres provincias aragonesas. Ex-miembro del Consejo de Aragón, Mantecón era republicano de izquierdas y estaba a punto de pasarse a las filas comunistas. Nada más publicarse el decreto, la 11ª División de Líster fue enviada «de maniobras» a Aragón. Ascaso y los miembros anarquistas del Consejo de Aragón fueron detenidos (Ascaso fue acusado de contrabando de joyas). Otros seiscientos anarquistas fueron detenidos en Aragón. Los campesinos que habían logrado mantenerse al margen de las colectividades tomaron muchas de ellas por asalto «llevándose y repartiéndose todos los frutos y enseres que tenían».^[671] Las oficinas del comité regional de la CNT fueron ocupadas y sus archivos y registros confiscados. Otras unidades militares comunistas ocuparon diversas colectividades del valle del Ebro y alto Aragón. Las tropas anarquistas destacadas en el frente, al recibir estas noticias de forma confusa y paulatina, pensaron volver sus armas contra los comunistas, pero se les disuadió de ello. Las divisiones anarquistas, con sus tanques de fabricación casera y sus variadas armas, se hallaban infinitamente peor equipadas que los hombres de Líster, con sus ametralladoras Degtyareva. La dirección general de la CNT puso el máximo empeño en evitar las ejecuciones, pero ello constituía ya un índice del declive de su poder. Por entonces los más enérgicos defensores de los principios de la CNT-FAI, como Abad de Santillán y Escorza, iban siendo paulatinamente apartados de los debates de ambos movimientos. Mariano Vázquez, secretario general de la CNT, se había convertido prácticamente en un negrinista más, y lo mismo sucedía con aquellos anarquistas que ocupaban posiciones en el gobierno. Algunos periódicos anarquistas denunciaban en la medida de sus posibilidades las acciones de los comunistas, pero sin especificarlas. Se limitaban a adherirse al ambiente generalizado de crítica a la actuación de los rusos y publicaban artículos en los que explicaban los beneficios económicos y sociales de las colectividades.^[672] Posteriormente, y a fin de salvar la siguiente cosecha, se restauraron algunas colectividades aragonesas, pero aproximadamente la tercera parte de ellas habían sido destruidas y las que fueron resucitadas no eran sino una pálida sombra de otros tiempos, mientras muchos anarquistas

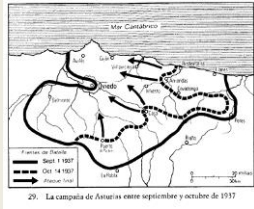
permanecieron internados en prisiones o campos de concentración hasta el final de la guerra. La ofensiva de Aragón se concibió en parte para contrarrestar la mala impresión causada por estos acontecimientos, en parte para asegurar que las divisiones anarquistas no se moviesen de la línea del frente y en parte también para justificar que se reforzara aquel sector con unidades militares del ejército republicano no anarquistas. El primer objetivo seguía siendo el de rechazar por el norte la presión bélica nacionalista. El 24 de agosto comenzó el ataque republicano en ocho puntos sin preparación aérea ni artillería. Al norte de Zaragoza se efectuaron tres ataques, dos entre Belchite y Zaragoza y tres al sur. La República contaba con 80.000 hombres, cien tanques y acaso 200 aviones. Las localidades de Quinto y Codo, al norte de Belchite, fueron las primeras en caer. Las tropas cruzaron el Ebro cerca de Fuentes del Ebro y Mediana cayó el 26 de agosto.^[673] Con todo, la tenacidad de las guarniciones nacionalistas, pese a contar con poca cobertura aérea sorprendió a los atacantes, que disponían de las mejores tropas del ejército republicano y también de muchos destacados dirigentes militares extranjeros y rusos, estos últimos al mando del general Stern (Grigorovich) y del nuevo jefe de la aviación rusa, general «Montenegro».^[674] Belchite fue la que resistió el ataque durante más tiempo.^[675] Cuando los republicanos lograron entrar en Codo, que había sido defendida por unos 300 carlistas contra 2.000 soldados de la República, se encontraron con el siguiente lema, escasamente halagüeño para ellos, grabado en las paredes del pueblo: «Cada rojo que matéis, un año menos de purgatorio».^[676]



El pequeño y bien fortificado pueblo de Belchite (cuya población en 1935 era de 3.812 habitantes) tenía una extraordinaria fascinación a los ojos de los republicanos, cuyas tropas habían mantenido un cerco de varios meses en torno a ella. El asedio fue implacable y la defensa, enérgica. A los sitiados se les cortó el suministro de agua. No les habría servido de mucho consuelo saber que, según los manuales militares, estaban haciendo una demostración de «el uso de una isla de resistencia, organizada para la defensa en todo su perímetro». Hacía un calor aplastante. El alcalde nacionalista, Ramón Alfonso Trallero, murió con el fusil en las manos, defendiendo la ciudad. Pero el mando nacionalista no repitió el error cometido en Brunete y no abandonó la ofensiva en el norte por salvar un

pequeño pueblo del centro. Al final llegó un apoyo aéreo sustancial para las líneas nacionalistas; pero al principio sólo se contaba con quince aviones (Heinkel). Pronto aparecerían en los cielos de Aragón 40 cazas nacionalistas, 20 bombarderos y 20 aviones de abastecimiento. Los bombarderos eran Savoia 79 y los cazas Fiat e iban dirigidos por García Morato, el as de la aviación. Las divisiones nacionalistas 13ª y 15ª de Barrón y Sáenz de Buruaga fueron trasladadas finalmente desde el frente de Madrid para luchar contra las mismas unidades —mandadas por Líster, «Walter» y «el Campesino»— que ya se les habían enfrentado en Castilla. Barrón dirigía el ataque al norte de Zaragoza. Sáenz de Buruaga trató de liberar Belchite, que ahora se encontraba a 16 kilómetros detrás de las líneas republicanas. Pero Belchite se rindió el día 6 de septiembre. La República volvía a estar a la defensiva. Tras una temeraria incursión de Líster contra Fuentes de Ebro, empleando los nuevos tanques rusos B-7 en formación cerrada, la campaña se estabilizó.^[677] El fracaso de la ofensiva suscitó una irritada controversia entre Prieto y el general Pozas: «Tantas fuerzas para tomar 4 o 5 pueblos no le satisfacen al ministerio de Defensa ni a nadie», telegrafió aquél, que seguía atribuyendo el fracaso a los «manejos políticos» y a «la cantidad enorme de oficiales rusos que pululan en Aragón, tratando a los militares españoles como si fueran elementos colonizados».^[678] Pero la verdad era que Belchite y las restantes aldeas habían sido defendidas por los carlistas y falangistas con gran arrojo y la moral de los republicanos en el frente se había visto gravemente afectada por los trastornos políticos que precedieron a la batalla. El día 1 de septiembre el ejército nacionalista del norte inició otra campaña, con Dávila en el puesto de jefe supremo y Aranda y Solchaga como comandantes de campo. Su objetivo era Asturias. Fue la primera ocasión en que Aranda pudo mostrar sus grandes dotes de mando en el campo de batalla, y no en ciudades sitiadas. Los italianos fueron retirados, excepto los seis coroneles que habían logrado grandes éxitos en Santander, que se pusieron al frente de las viejas brigadas navarras. Martínez Campos seguía al frente de la artillería. Cubrían la ofensiva 250 aviones y más de 250 cañones. Frente a ellos estaban los restos del antiguo 14º Cuerpo de ejército republicano a las órdenes del coronel Francisco Galán, que sólo disponía de unos ocho o diez mil hombres, 250 ametralladoras y 30 cañones; y el 17º Cuerpo de ejército, a las órdenes del coronel Linares, con 35.000 hombres, 600 ametralladoras y 150 cañones.^[679] También había veintiséis oficiales rusos a las órdenes de Goriev.^[680] Antes de comenzar la batalla se produjo un hecho que en otras circunstancias habría constituido una novedad extraordinaria pero que en 1937 era tan sólo una confirmación de lo evidente. El 28 de agosto, el consejo de Asturias, que se hallaba instalado en el puerto de Gijón, declaró a Asturias territorio independiente, destituyendo al jefe supremo del ejército del norte, general Gamir. El mando pasó al coronel Adolfo Prada, oficial del ejército regular que había encabezado una columna en el frente de Madrid y que a la sazón casi se había pasado a los comunistas. Había puesto todo su empeño en reorganizar su ejército, compuesto de diez divisiones. Su jefe de estado mayor era el competente comandante Ciutat, comunista de la nueva ola, que había servido al general Llano de la Encomienda en las mismas funciones. El poder político se concentró en manos de Belarmino Tomás, dirigente de los

mineros socialistas, hombre vanidoso, ambicioso y extravagante. La política practicada por la «República de Asturias» era la más adecuada para «fabricar fascistas». El mismo coronel Prada informó posteriormente que «encarcelaban a niños de ocho años porque sus padres eran fascistas, y a muchachas de 16 o 18 años, sobre todo si eran guapas».^[681]



Al principio, el avance nacionalista fue lento. Las montañas leonesas constituían unas defensas magníficas para el viejo corazón de la España revolucionaria. El vértigo era un arma de guerra en manos de la República. Oviedo ya estaba en manos de los nacionalistas pero se encontraba casi totalmente rodeada y las localidades mineras de los alrededores estaban aún en manos de los revolucionarios. La ausencia de la Legión Cóndor, que se hallaba en el frente de Aragón, impidió la rápida victoria de la máquina contra la naturaleza, que había sido la nota característica de la batalla de Santander.^[682] Sea como fuere, el 14 de octubre, tras seis semanas de combates, seguían en manos de los republicanos algunos de los picos más elevados de las montañas leonesas, a pesar de la baja moral del ejército republicano, cuyos miembros sabían que tan improbable era alcanzar la victoria como conseguir la huida. Según el mismo Prada, la provincia era de tendencia derechista, exceptuados los pueblos mineros, y el 85% de los soldados eran reclutas. Los más prácticos confiaban en que se precipitara el invierno y se detuviera el avance de los nacionalistas. Pero el frío afectaba más a los soldados republicanos. La huida se hacía difícil, pues los nacionalistas tenían el dominio de los mares. Para muchos la única esperanza radicaba en las montañas. La moral bajó aún más al conocerse la huida de varios hombres notables (como el alcalde de Gijón) a bordo de barcos extranjeros. El coronel Prada tuvo que ordenar la ejecución de tres jefes de brigada y seis jefes de batallón, junto con otros doce oficiales, a fin de mantener la disciplina.^[683] En el curso de una semana, Asturias fue perdida y recuperada sucesivamente. La Legión Cóndor regresó de Aragón. El 15 de octubre, Aranda y Solchaga confluyeron en el pueblo de Infiesto, en las montañas. Cundió el pánico entre los asturianos. El Consejo de Asturias se reunió en sesión de urgencia. Se propuso que, a cambio de que permitieran embarcar al ejército, los asturianos se comprometieran a no destruir la industria de la ciudad. Pero no existía una flota capaz de llevar a la práctica este plan. Desde este momento, y en contraste con los primeros días de la campaña, la resistencia se debilitó. El avance de los nacionalistas prosiguió con la mayor rapidez posible. Los alemanes de la Legión Cóndor probaron su idea de «bombardeo masivo». Galland y sus hombres, en formación cerrada y a muy baja altura, sobrevolaron los valles, sorprendiendo al enemigo por la retaguardia. En aquel momento todos los aviones empezaron a bombardear simultáneamente las

trincheras de los asturianos.^[684] La réplica de la aviación republicana fue insignificante. La gran mayoría de pilotos rusos o de los pilotos españoles más diestros habían desaparecido. En la siguiente y última reunión del consejo, se informó de que las últimas órdenes de Negrín eran de resistir hasta el final. Los comunistas Juan Ambou y Avelino Roces estaban dispuestos a cumplirlas pero, en la sesión del Consejo de Asturias del 17 de octubre, los jefes militares se mostraron tan pesimistas que la única solución parecía ser la huida por todos los medios posibles;^[685] todos los que pudieron emprendieron la huida — incluyendo a Belarmino Tomás, que se fue en una embarcación inglesa, Segundo Blanco, el anarquista local más destacado, el comandante en jefe, coronel Prada y otros—. Los asesores rusos huyeron a bordo de los pocos aeroplanos que quedaban disponibles. El coronel Galán huyó en una barca de pesca. Los ejércitos se desintegraron. Muchos resultaron muertos en alta mar. El 20 de octubre, cuando Aranda se encontraba todavía a 40 kilómetros de Gijón, entró en acción la «quinta columna». Un grupo de quintacolumnistas exigió la rendición incondicional. Otro se apoderó por la fuerza de determinados edificios públicos. Se rindieron veintidós batallones republicanos. El director de la fábrica de armas de Trubia, coronel José Franco, entregó la ciudad al mando nacionalista, y después de garantizar la seguridad personal de doscientos prisioneros políticos, se entregó; posteriormente fue condenado a muerte y ejecutado.^[686] En el último minuto, Prieto dio órdenes de zarpar al destructor Ciscar, que era el último barco republicano anclado en el puerto de Gijón. El jefe de la misión rusa protestó, pero no se llegó a un acuerdo. Al día siguiente, Prieto se enteró con sorpresa de que el Ciscar había sido hundido: el general Goriev y el coronel Prada le habían instado a que diera contraorden.^[687] El 21 de octubre, las fuerzas de Aranda y Solchaga entraron en Gijón. Se inició una feroz persecución. Aunque el frente del norte había desaparecido, varios millares de hombres permanecieron en las montañas leonesas hasta el mes de marzo, frenando así otras posibles ofensivas de los ejércitos nacionalistas. Entre los que quedaron en las montañas cántabras estaba, según se dijo, el coronel Goriev, que fue rescatado por un avión ruso a finales del año.^[688] La guerra en el norte mostró la notable superioridad del armamento aéreo y artillero nacionalista. Pero ni en la campaña del País Vasco, ni en la de Santander, ni en la de Asturias puede explicarse la victoria de los nacionalistas por superioridad técnica. La existencia de casi tres Estados independientes en el bando republicano, cada uno de los cuales sustentaba distintas teorías de gobierno, debilitó a este bando fatalmente. El general Llano de la Encomienda nunca logró crear un mando unificado, ni tampoco su sucesor Gamir Ulíbarri. También se daba el derrotismo en el bando republicano, más que la traición abierta (como puede deducirse de la pobre información obtenida por los nacionalistas en torno a los movimientos del bando enemigo). El apoyo aéreo de los republicanos fue muy débil al principio en el País Vasco, pero en el mes de junio pudo disponerse de gran número de aviones: por desgracia eran aparatos ya muy usados, por lo que resultaba infructuoso el valor de muchos jóvenes pilotos españoles instruidos en la parte de Rusia que actualmente es Armenia.^[689] Tras la larga campaña iniciada en el mes de marzo, los nacionalistas poseían las minas de carbón asturianas y las

industrias de Bilbao y, lo que es más importante, las industrias de armas. Al término de la campaña, los nacionalistas habían conquistado 18.500 kilómetros cuadrados de territorio. Contaban con un millón y medio más de habitantes —incluidos muchos prisioneros de guerra, que fueron enviados a trabajar en campos de concentración—; controlaban el 36% de la producción nacional, el 60% de la producción nacional de carbón y poseían casi todo el acero de España. La victoria también permitió que la flota nacionalista se concentrara en el Mediterráneo. Finalmente, 65.000 hombres del ejército del norte quedaron disponibles, junto con sus armamentos, para incorporarse al frente del sur. Desde mayo de 1937, el ejército republicano del norte perdió 33.000 hombres, más otros 100.000 que cayeron prisioneros y otros 100.000 heridos. Las pérdidas nacionalistas incluían 10.000 muertos y un total de 100.000 bajas.

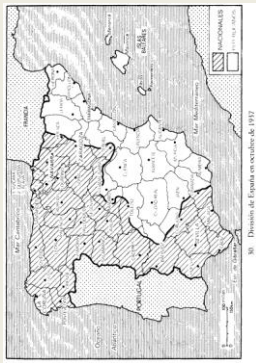
41

Nuevas y sorprendentes vicisitudes en el comité de no intervención. — El incidente del «Leipzig». — Presión económica alemana sobre Franco. — La campaña de los submarinos italianos. — Nyon. — Nueva intervención de la Sociedad de Naciones. — Actuación del comité durante el otoño. — El plan británico para los voluntarios.

A lo largo del año 1937 la guerra civil española constituyó la mayor crisis internacional, que, si bien era irritante para las democracias, daba una oportunidad a los dictadores. Con todo, durante el verano y el otoño, el aspecto diplomático del conflicto se desarrolló de forma especialmente tortuosa. Gran Bretaña continuó desempeñando su papel crítico habitual durante estos meses, buscando por encima de todo llegar a un acuerdo con Alemania. Su política exterior española estuvo subordinada en todo momento a este objetivo vano pero comprensible. Y esta política se llevó con mayor firmeza a partir de mayo de 1937, cuando Stanley Baldwin sucedió a Neville Chamberlain en el cargo de primer ministro. Después del bombardeo de Almería, Edén y Delbos, ministros británico y francés de Asuntos Exteriores, procuraron que Alemania se reincorporara a la patrulla

naval. A los bandos contendientes se les rogó que se abstuvieran de atacar buques de guerra extranjeros y que designaran unas zonas de seguridad en las que pudieran repostar los buques de patrulla. Pero la República rechazó de plano el sistema de control porque se la colocaba al mismo nivel que a los nacionalistas, y pidió libertad para efectuar «actos legítimos de guerra», como por ejemplo ataques aéreos contra Palma, sin que se repitieran incidentes como los de Almería. Rusia, que temía se formara una coalición internacional contra ella, declaró que el comité de no intervención debía disponer de plenos poderes en el asunto de las patrullas. Ciano, que temía un acercamiento entre Alemania e Inglaterra, expresó su protesta ante Berlín (como hizo también von Ribbentrop en Londres), cuando se enteró, en el último minuto, de la proyectada visita a Gran Bretaña de Neurath, ministro alemán de Asuntos Exteriores.^[690] Entretanto Mussolini se jactaba ante Hassell, el día 12 de agosto, diciendo que Inglaterra todavía le subestimaba. En una guerra entre Inglaterra e Italia, el leopardo (Italia) acaso terminara derrotado, pero el león (Inglaterra) saldría del conflicto gravemente herido. En el momento en que los alemanes, junto con los italianos, decidían volver a la no intervención, el capitán del crucero de patrulla alemán *Leipzig* declaró que el día 15 de junio había recibido tres disparos de torpedo frente a la costa de Orán. No se registraron heridos. El 18 de junio, dicho capitán anunció que otro torpedo había alcanzado el costado del buque o que el crucero había entrado en contacto con parte del submarino. La noticia llegó a oídos de Hitler en un mal momento para éste. Acababa de regresar del funeral por los marinos del *Deutschland*. En primer lugar, ordenó que Neurath cancelara su proyectada visita a Londres, y, en segundo lugar, exigió una manifestación de protesta por parte de las flotas de las potencias que formaban la patrulla naval.^[691] La República negó tener cualquier responsabilidad por el ataque. Prieto ofreció a Edén facilidades para montar una investigación en torno al incidente. Y Edén, que había dado fe a la versión alemana sobre el caso del *Deutschland*, aceptó las explicaciones y la negativa de Prieto. Alemania e Italia se negaron a admitir la investigación. Edén, según informó Azcárate a Valencia, «no podía ocultar su vergüenza y asco por la conducta de Alemania».^[692] Con todo, nada podría lograr que el comité de no intervención accediera a ello. Alemania e Italia se retiraron de la patrulla naval, aunque no del comité.^[693] De hecho, parece improbable que el *Leipzig* fuera atacado. Negrín y Giral, ministro de Asuntos Exteriores de aquél, fueron a París. Blum había sido derrotado y le sucedió en el cargo de jefe de gobierno el radical-socialista Chautemps. Pero Blum era vicepresidente del gobierno y Delbos seguía ocupando el ministerio de Asuntos Exteriores. Ambas personalidades españolas trataron de convencer al gobierno francés de que pusiera fin a la no intervención. La ayuda rusa a los republicanos se había reducido mucho, según ellos, debido al bloqueo del Mediterráneo por los nacionalistas en primer lugar, por el cierre de la frontera francesa en segundo lugar, y finalmente, desde comienzos de julio, a causa de la guerra entre la China y Japón, en la que Stalin decidió intervenir en favor de la primera. En la mente de Negrín actuaba evidentemente la idea de que, al comprar armas a las democracias, tendría las manos libres respecto a Rusia y los comunistas. Lo que no quedaba claro era el precio que estaba dispuesto a pagar por ello. La posición republicana había empeorado cuando

Portugal rechazó cualquier control en tanto no se restableciera la patrulla naval. Gran Bretaña y Francia, una vez Alemania e Italia se retiraron de la patrulla naval, se ofrecieron a realizar el trabajo por sí solas, llevando observadores neutrales a bordo de sus buques. Grandi y Ribbentrop alegaron que aquélla no era una solución imparcial. Propusieron que se garantizaran los derechos de beligerancia a ambos bandos, incluyendo el derecho a efectuar persecuciones en alta mar, lo cual sería un sucedáneo de la patrulla naval.^[694] Pero estas medidas favorecían a los nacionalistas. Aunque no pareciera muy favorable a los franceses, Chautemps y Delbos empezaban a acariciar la idea de seguir el ejemplo de Portugal y abolir todos los controles fronterizos. A Negrín y Giral el proyecto les pareció una alternativa a la no intervención. Pero la confianza que tenían los franceses en los ingleses lo hizo abortar. El gobierno francés comprendió que cualquier desavenencia con Inglaterra sólo podía favorecer a Italia. Léon Blum desempeñaba el papel trágico del drama: «*Je n'en vis plus*», confesaría a sus amigos de la Segunda Internacional, como Nenni y Brouckère.^[695] Entretanto los nacionalistas enviaron una nota a todas las potencias extranjeras advirtiéndoles a aquellos países (como Inglaterra y Francia) que se negaban a conceder los derechos de beligerancia, que «no debían sorprenderse» de que España quedara cerrada a ellos en lo sucesivo en materia económica.^[696]



Los gobiernos británico y francés luchaban tenazmente por levantar el complicado edificio de la no intervención. La junta de no intervención calculó que cuarenta y dos buques habían burlado la vigilancia de las patrullas desde el mes de abril, mes en que comenzó su actuación, hasta finales de julio. Tampoco las rutas aéreas se hallaban controladas. La junta de control no podía impedir que se despacharan suministros militares con pabellón español o de países no europeos. Siguió llegando a España material alemán, italiano y ruso, pero los buques alemanes llevaban bandera panameña. Este hecho pasó inadvertido al comité de no intervención. La deuda contraída por los nacionalistas con Alemania sumaba 150 millones de marcos. ¿Cuál era el objeto de aquella ayuda? Simplificando un tanto la cuestión, Hitler manifestó en Würzburg el 27 de junio que apoyaba a Franco para tomar posesión del mineral de hierro español. En 1937 Alemania tenía que importar de España 1.620.000 toneladas de hierro, 956.000 toneladas de piritas y 2.000 toneladas de otros minerales. Durante el mes de julio los alemanes, con motivo de

la crisis de Brunete, arrancaron a los nacionalistas algunas concesiones económicas.^[697] En un documento firmado por Jordana y von Faupel el 12 de junio, los españoles prometieron firmar con Alemania su primer acuerdo comercial general, informar a los alemanes de los tratos económicos que establecieran con terceros países y dar a Alemania el trato de nación más favorecida.^[698] Como suplemento, ambos países firmaron una declaración, el 15 de julio, prometiendo ayudarse mutuamente en cuestiones de intercambio de materias primas, alimentos y productos manufacturados.^[699] El día 16, España acordó pagar en marcos las deudas por material de guerra, con un 4% anual de interés. Las materias primas serían enviadas a Alemania en garantía del pago. Alemania participaría en la reconstrucción y el desarrollo de España.^[700] Las compañías monopolistas HISMA-ROWAK, dirigidas aún por Johannes Bernhardt, seguirían dominando las relaciones hispano-germanas. Al ministerio de Asuntos Exteriores alemán no le gustaba ese estado de cosas, aunque era evidente el prestigio de que gozaba Bernhardt en los círculos del partido nazi y no podían contrariar su autoridad. Estas buenas relaciones contrastaban con las existentes entre los nacionalistas y los italianos. Los jefes italianos todavía querían usar sus tropas en una acción decisiva que constituyera para ellos «un gran triunfo». Danzi, dirigente fascista en España, disponía de 240.000 pesetas mensuales para financiar la propaganda de los legionarios. Pero, según von Faupel, todos sabían que la batalla de Bilbao la decidieron los aviones y las baterías antiaéreas alemanes y no las fuerzas de tierra italianas. El mismo Franco había descrito recientemente la historia de las tropas italianas en España como una «tragedia».^[701] Una vez en Londres, pareció completo el punto muerto a que había llegado el comité de no intervención. El día 9 de julio el embajador holandés propuso que Gran Bretaña conciliara los puntos de vista opuestos.^[702] Tras consultar con su gabinete, lord Plymouth aceptó la misión. El día 14 de julio envió al comité un «proyecto de compromiso para el control de la no intervención». En lugar de las patrullas navales se instalarían observadores en los puertos españoles. También los barcos llevarían observadores a bordo. En tierra se restablecería el sistema de controles. Los derechos de los beligerantes en el mar serían garantizados cuando se hubieran logrado «progresos sustanciales» en la retirada de voluntarios. Alemania aceptó el proyecto «como base de discusión».^[703] Delbos se irritó. Ahora Gran Bretaña, al decir de él, se encontraba ya a medio camino entre Francia e Italia, en vez de cooperar con Francia.^[704] Azaña, desde su cumbre solitaria, denunció el proyecto, alegando que favorecía a la causa de Franco. Los derechos de beligerancia sólo favorecerían a los nacionalistas, al decir de éste, y una retirada parcial de voluntarios permitiría que Franco prescindiera de los ineficaces italianos; mientras la República perdería la inestimable colaboración de muchos miembros de las Brigadas Internacionales. Pero el conde Grandi hizo fracasar cualquier discusión seria del proyecto británico. Pidió que éste se debatiera punto por punto. Así pues, los derechos de beligerancia, que en el borrador ocupaban los primeros lugares, serían estudiados con prioridad al tema de los voluntarios. Maisky quería que se discutiera el tema de los voluntarios en primer lugar. El día 26 el gobierno británico solicitó por escrito la opinión

de otros gobiernos. Desde París, Léger se lamentaba de que los británicos «estuviesen dispuestos a aceptar cualquier cosa antes que sufrir un fracaso».^[705] Edén, que todavía era ministro de Asuntos Exteriores bajo Chamberlain, de momento saludó con agrado el interés que mostraba el nuevo primer ministro en las cuestiones exteriores, pues Baldwin había llegado a aburrirlas. Edén creía también que Chamberlain estaba de acuerdo con él antes de acceder al cargo. Pero el gobierno inglés, bajo la batuta de Chamberlain, trataría de apaciguar a Hitler y Mussolini con mayor empeño aún que el gabinete de Baldwin. El cambio de orientación se hizo patente en la carta privada enviada por Chamberlain a Mussolini el 29 de julio en la que le proponía celebrar «conversaciones», carta que venía a representar una rama de olivo.^[706] Mussolini se impacientaba por lograr el reconocimiento británico de la conquista de Abisinia. Para Chamberlain, España era una nueva complicación que debía olvidarse en la medida de lo posible. Y ahora empezaba a ser posible. El propio Edén confesó a Delbos que esperaba que Franco ganase la guerra, pues calculaba que podría llegar a un acuerdo con Alemania e Italia para que estos países retirasen sus tropas.^[707] El día 6 de agosto, Maisky preguntó a quemarropa al subcomité de no intervención si Alemania e Italia accederían a una retirada total de voluntarios por ambos bandos. Recibió una respuesta vaga.^[708] Durante el resto del mes de agosto el comité de no intervención se reunió una sola vez. Fue el día 27, cuando se llegó a la conclusión de que la patrulla naval no justificaba el enorme gasto que suponía y que, por lo tanto, debía ponerse en práctica el plan británico de enviar observadores a los puertos.^[709] Pero se produjeron nuevos motivos de alarma. La llegada de materiales destinados a la República procedentes de Marsella o de Rusia, o a través del estrecho de Gibraltar, era constante. Los agentes nacionalistas destacados en Bucarest, Argel y Gibraltar, o en Berlín y Roma (estos últimos en colaboración con Alemania e Italia), estaban gravemente preocupados.^[710] Al extenderse los rumores de que Rusia estaba incrementando su ayuda a la República, Franco mandó a Roma a su hermano Nicolás para que solicitara que la flota italiana atacase a los buques rusos, españoles del bando republicano, o de otras nacionalidades, en el área del Mediterráneo.^[711] Mussolini accedió a la petición. No emplearía buques de superficie sino submarinos con la bandera española que «sólo saldrían a la superficie».^[712] (Por entonces Mussolini disponía de la mayor flota submarina del mundo: 83 submarinos frente a Francia, con 76, y Gran Bretaña, con 57).^[713] En consecuencia, los buques rusos, británicos, franceses, de otros países neutrales o españoles, no tardaron en verse atacados en el Mediterráneo por submarinos italianos o por la aviación italiana con base en Mallorca. Un buque mercante británico, otro francés y otro italiano fueron bombardeados cerca de Argel el día 6 de agosto. El 7 de agosto fue bombardeado un buque griego. Los días 11, 13 y 15 fueron torpedeados buques republicanos. El buque cisterna Caporal fue atacado el 10 de agosto. El día 11, el buque cisterna republicano Campeador fue hundido en las inmediaciones de Malta por dos destructores italianos; en varias ocasiones se emplearon buques de superficie. El día 12 fue hundido un carguero danés: Vansittart protestó ante el encargado de negocios italiano, Guido Crolla, declarando «tener pruebas de que aquellos aeroplanos tenían su base en

Palma».^[714] Un buque mercante español, el Ciudad de Cádiz fue alcanzado cuando salía del estrecho de Los Dardanelos el día 14 de agosto y el Armuro, otro buque mercante, fue hundido el 19. El día 26, un barco británico fue bombardeado frente a la costa de Barcelona. El 29 un vapor español fue atacado por un submarino frente a la costa francesa. Un vapor francés de pasajeros informó que le perseguía un submarino cerca de Los Dardanelos. El día 30, el mercante ruso Tuntyaev fue hundido en Argel cuando se dirigía a Port Said. El día 31 de agosto, un submarino atacó al destructor británico Havock. El 1 de septiembre el vapor ruso Blagaev fue torpedeado por un submarino frente a la costa de Skyros. El 2 de septiembre, el buque cisterna británico Woodford lo fue en las inmediaciones de Valencia. «Tres torpedos y una sola captura —anotó Ciano en su diario aquel día—. Pero la opinión internacional está muy soliviantada, especialmente en Inglaterra, a consecuencia del ataque contra el Havock: Ha sido el Iride», reconoció el ministro italiano de Asuntos Exteriores, aunque sólo en su diario^[715] Los nacionalistas, que al comienzo de la guerra carecían de submarinos, contaban ahora con un par de ellos, comprados a Italia. El mando nacionalista había recibido además otros tantos buques italianos, entre ellos algunos submarinos legionarios; otros submarinos italianos actuaban por su cuenta, siguiendo órdenes de su gobierno. El Tuntyaev fue hundido por un submarino «legionario». El Iride estaba bajo las órdenes del mando italiano.^[716] (Italia también había vendido a los nacionalistas seis destructores viejos y un crucero ya usado, el Taranto.)^[717] El gobierno británico seguía siendo reacio a tomar iniciativas, considerando que el envío de buques británicos de patrulla al Mediterráneo aumentaría el riesgo de ataques italianos.^[718] Muchos mercantes británicos —y el gobierno inglés no lo ignoraba— transportaban clandestinamente armas y alimentos con destino a España, por regla general, con miras más lucrativas que idealistas. Una cosa era la libertad de navegación en los mares; y otra la libertad de Jack Billmeyer, el naviero millonario de Newcastle, para amasar una fortuna. Pero las importaciones inglesas de mineral de hierro español constituían todavía un factor considerable y no podía prescindirse de ellas. Edén convenció al gabinete inglés de que se enviaran más destructores al Mediterráneo. También Chamberlain aceptó la propuesta de Delbos de celebrar una conferencia entre las «potencias interesadas». El día 6 de septiembre todos los estados ribereños del Mediterráneo, excepto España, junto con Alemania y Rusia, recibieron invitación de Gran Bretaña y Francia para asistir a una conferencia el día 10 del mismo mes. Ésta se celebraría en Nyon, no lejos de Ginebra, y el lugar se escogió a fin de no irritar a Italia, que asociaba a la ciudad de Calvino con la Sociedad de Naciones y la condena de la expedición italiana a Abisinia. «Toda la orquesta está ya reunida —anotó Ciano—. El tema es conocido: la piratería en el Mediterráneo. También se conoce a los culpables: los fascistas. El Duce está muy tranquilo.» García Conde, embajador de los nacionalistas españoles en Roma, entregó a Ciano un mensaje en el que manifestaba la importancia decisiva de que el bloqueo se prolongara durante el mes de septiembre. «Eso es cierto», reconoció Ciano, quien sin embargo, ordenó al almirante Cavagnari que suspendiera el bloqueo hasta nueva orden.^[719] El encargado de negocios ruso en Roma, Helfand, acusó a

los submarinos italianos del hundimiento de los mercantes Tuntyaev y Blagaev. Dijo tener pruebas irrefutables de la culpabilidad de los italianos. «Supongo que a través de algún telegrama interceptado», escribió Ciano con ligereza, pensando sin duda en las ocasiones en que él mismo había recurrido a aquella fuente de información.^[720] Ciano negó toda responsabilidad en el caso, al tiempo que discutía a Rusia el derecho a formular semejante juicio. Italia y Alemania propusieron simultáneamente que el asunto se tratara en el comité de no intervención, y no en una conferencia especial. Pero Edén y Delbos presionaron para imponer sus acuerdos. Churchill y Delbos, desde el sur de Francia, escribieron a Edén manifestándole que «ahora es el momento de hacer cumplir a Italia sus obligaciones internacionales».^[721] La conferencia continuó con la ausencia de Italia y Alemania. El resultado final fue positivo. En primer lugar Edén y Delbos propusieron que patrullaran por el Mediterráneo buques de guerra de todos los estados ribereños y que se asignara a Rusia e Italia la vigilancia del Mediterráneo oriental. Pero los países pequeños no disponían de suficiente flota para enviar barcos a patrullar y no querían arriesgarse a entrar en guerra. Se decidió entonces que las flotas francesa y británica patrullaran la zona del Mediterráneo situada al oeste de Malta y que abrieran fuego contra cualquier submarino sospechoso. Esta decisión fue adoptada los primeros días de conferencia. El acuerdo se firmó el día 14.^[722] Mussolini estaba furioso y Litvinov mostró su complacencia por haberse alcanzado un acuerdo «con tantas garantías». Churchill escribió a Edén para decirle que el acuerdo alcanzado abría la posibilidad de la cooperación franco-británica. Se proyectaron nuevos compromisos que discutirían expertos navales para resolver la cuestión de los ataques aéreos. Ciano mandó una nota en la que pedía «paridad de obligaciones» entre Italia y los demás estados asistentes a la conferencia de Nyon. Las malas lenguas del café Bavaria de Ginebra decían que un «estadista desconocido» — Mussolini — levantaría un monumento en Roma al «submarino desconocido». El 17 de septiembre, los expertos navales de la conferencia de Nyon otorgaron a dicha patrulla la facultad de actuar contra la aviación, y no sólo contra los submarinos. Los buques de guerra que atacaran a barcos neutrales se expondrían al contraataque de las flotas de patrulla, se encontraran o no en aguas territoriales españolas. El día 18, los encargados de negocios británico y francés en Roma entregaron a Ciano los textos de los acuerdos de Nyon y le pidieron aclaraciones sobre el alcance de la «paridad» que solicitaba Italia. Así fue posible reanudar las relaciones amistosas con Italia, según los deseos de Chamberlain. El mismo día, Negrín compareció ante la asamblea de la Sociedad de Naciones para solicitar que el comité político de ésta examinara el caso de España. Como ya era habitual, sólo Litvinov y la representación de México apoyaron a la República. Edén insistió en que la no intervención había servido para evitar una guerra europea: evocando las palabras que Baldwin pronunciara un año antes, comparó la no intervención con un dique agrietado «y siempre es mejor tener un dique agrietado que carecer de él».^[723] Negrín deseaba que Francia enviara de 400 a 500 oficiales o suboficiales en ayuda de la República y así lo solicitó.^[724] También conversó con Edén, quien, en confianza, le manifestó que la opinión pública inglesa no deseaba la victoria de Franco. El gabinete estaba dividido, siempre

según Edén. Chamberlain temía al comunismo y el gobierno no podía adoptar una línea de firmeza hasta que se completara el programa de rearme.^[725] Entretanto se invitó a Italia a que mandara expertos a París para «ajustar detalles» del acuerdo de Nyon con arreglo a los deseos italianos. Ciano tuvo la sensación de haber logrado un triunfo. El 27 de septiembre, los ingleses, franceses e italianos iniciaron las conversaciones navales de París. A Italia se le asignaron zonas para patrullar entre las islas Baleares y Cerdeña, y en el mar Tirreno. Ello permitió a Italia continuar los suministros a Mallorca sin ser vigilada. El mismo día 27, el comité político de la Sociedad de Naciones abordó la cuestión de España. Álvarez del Vayo habló con elocuente amargura al referirse a la noticia de los nuevos refuerzos italianos al general Franco. Walter Elliott, el representante británico, persuadió al comité para que omitiera cualquier condena a Alemania e Italia en la resolución final. Pero el documento se refería al «fracaso de la no intervención», a la posibilidad de reconsiderarla (a menos que se lograra un acuerdo en torno a la retirada de voluntarios «en un próximo futuro») y a la existencia de «un auténtico cuerpo de ejército extranjero en territorio español». Por más que desagradara a los ingleses semejante franqueza, pocas objeciones podían poner. Porque Mussolini, mientras se estaba discutiendo la resolución, ya se dolía públicamente por la muerte de millares de italianos en suelo español, durante su visita a Alemania, donde se vio abrumado por los signos externos de los preparativos de Alemania para la guerra. El Duce confesó a Hitler en privado que, con independencia de los acuerdos de Nyon, pensaba continuar las actividades de torpedeo. Se jactó de haber hundido ya unas 200.000 toneladas de barcos.^[726] Estas observaciones dieron carácter irónico al aparente éxito final de las conversaciones navales de París, que finalizaron el 30 de septiembre, en las que se decidió incluir a Italia en la patrulla naval. Era difícil interpretar la conferencia de Nyon como un triunfo de la «fuerza». En el Foreign Office y en el Quai d'Orsay se prepararon notas invitando a los «piratas transformados en policías» (como Ciano se llamaba jactanciosamente a sí mismo)^[727] a una conferencia general sobre España. Ciano recibió la invitación el 2 de octubre. El mismo día fue aprobada la resolución de la Sociedad de Naciones, que con tanto esfuerzo se había redactado. Álvarez del Vayo admitió la vaguedad de la frase «en un próximo futuro» entendiéndolo que Gran Bretaña y Francia necesitaban diez días para comprobar si Italia respondía amistosamente a la invitación. Pero ahora Franco necesitaba más «voluntarios». Las tropas italianas habían demostrado su ineficacia en las batallas del norte. Pero Franco quería destituir al general Bastico, subordinado suyo, por la impertinencia mostrada por éste durante la campaña de Santander, al atreverse a entablar negociaciones con los vascos sin contar con el mando. Por entonces Franco andaba preocupado con el caso de Harold Dahl, antiguo piloto de la aviación norteamericana, que se había incorporado a la aviación republicana. Se había visto obligado a lanzarse en paracaídas sobre territorio nacionalista. Dahl fue sentenciado a muerte por rebelión, en consejo de guerra, junto con otros pilotos rusos. El gobierno de los Estados Unidos desplegó sus influencias y un coronel norteamericano que había combatido con Franco en la guerra de Marruecos telegrafió a su ex-compañero de armas

solicitándole clemencia. La pena de muerte fue conmutada posteriormente por la de cadena perpetua.^[728] El día 10 de octubre, Ciano manifestó a Edén y Delbos que no podría actuar sin consultar con Alemania en cuestiones relativas a España. Aun sin tener verdaderas ganas de resolver los asuntos de España, Ciano acariciaba la idea de enviar tropas alpinas regulares a este país, «que se abrieran camino hasta Valencia».^[729] También respondió a la petición de Franco de retirar al general Bastico nombrando al general Mario Berti nuevo comandante en jefe de las tropas italianas en España. Cuando a finales de octubre se celebró una ceremonia para condecorar a los combatientes italianos en España y a las viudas de los caídos, Ciano «examinó su conciencia» para saber si aquella sangre se había derramado por causa justa. «La respuesta es afirmativa —se consolaba—. En Málaga, en Santander y en Guadalajara nosotros luchábamos en defensa de nuestra civilización y nuestra revolución.»^[730] La reacción francesa ante la negativa de Ciano a celebrar conversaciones sin consultar a Alemania fue la de considerar abierta la frontera francesa a efectos de paso de armas a la República. Edén persuadió a Delbos para que antes volviera al comité de no intervención. Delbos replicó que, si no se lograba un acuerdo sobre los voluntarios en el plazo de una semana, Francia abriría la frontera.^[731] El bloqueo en el Mediterráneo era ahora casi total; el hundimiento del buque de suministros San Tomé había supuesto un rudo golpe.^[732] El 15 de octubre, Edén dijo a Grandi que aquel nuevo llamamiento al comité representaba «una última tentativa». En un discurso pronunciado en Llandudno ante un público conservador, dijo que la paciencia ante la intervención italiana en España estaba «a punto de agotarse». Unos días antes, la conferencia del Partido Laborista, reunida en Bournemouth, había condenado la no intervención; sir Charles Trevelyan, rebelde en 1936, presentó la resolución especial en esta ocasión. (Pocos días antes, el congreso de las Trade Unions siguió la misma línea.)^[733] Finalmente, el 16 de octubre, el comité de no intervención celebró una nueva reunión. Entre este día y el 2 de noviembre, el proyecto británico del mes de julio, que proponía garantías para los derechos de beligerancia condicionadas a la retirada de voluntarios «en proporción sustancial», se convirtió en base de discusión. El proyecto fue aceptado, después de prolongadas, penosas y confusas negociaciones, en las que la paciencia de Edén desempeñó un importante papel. Se pedía la cooperación de los dos bandos contendientes, quienes tendrían que aceptar el envío de dos comisiones encargadas de verificar la cifra exacta de extranjeros de cada zona y de llevar a cabo la retirada de los mismos.^[734] Entretanto, puesto que ya se había cumplido una semana desde que Delbos lanzara su ultimátum, la frontera francesa quedaba abierta para el paso de armas a horas nocturnas. Edén manifestó a Delbos sibilinaamente: «No abra usted la frontera, pero deje pasar lo que sea».^[735] Desde entonces, y según dijo Blum, «cerramos los ojos voluntaria y sistemáticamente al contrabando de armas, aunque fuera organizado»^[736] El 28 de octubre, Azcárate se entrevistó con Edén en la Cámara de los Comunes. Azcárate exigió firmeza. Edén. — «Lo que usted pide es una guerra preventiva contra Italia.» Azcárate. — «No, sino simplemente una línea política clara que, si se mantiene con energía y resolución, bastaría para calmar la intemperancia de Mussolini.» Edén. — «No es fácil

decidir esa línea.» Azcárate. — «Con respecto a España sí es fácil: consiste en dar seguridades de que la Gran Bretaña se propone proteger a España de la injerencia extranjera y del fascismo, que lesionaría los intereses estratégicos británicos.» «Edén — informó Azcárate—, me escuchó con la cabeza baja, diciéndome que era más fácil para mí hablar de aquella forma que para él convencer a sus colegas de gabinete. Yo le pregunté qué debía hacer la República para garantizar que en España no existía el peligro comunista. Edén se limitó a admitir conmigo que sería inútil insistir en que los dos ministros comunistas abandonasen el gobierno.»^[737] En aquel momento y pese a las reservas de Azcárate Edén estaba «muy inquieto por hallar algún medio de ayudar a Valencia».^[738] Los verdaderos móviles que impulsaban a intervenir a los países interesados en el conflicto iban quedando cada vez más claros, al menos para ellos mismos. El 5 de noviembre, Hitler, mientras manifestaba su deseo de llevar a cabo una guerra de exterminio contra Gran Bretaña y Francia ante el alarmado Neurath, Blomberg y Beck, anunció que en la guerra española «no es deseable una victoria total de Franco. Estamos más interesados en que la guerra se prolongue».^[739] Sólo así, agregó, podría consolidarse la posición italiana en las islas Baleares, importante desde el punto de vista estratégico. Poco antes, un general ruso había dicho a Orlov, representante de la NKVD, que el Politburó había adoptado una política muy similar a la de Hitler: es decir, la de creer que era preferible esperar a que Hitler se viera arrastrado a la guerra española y atrapado por ella.^[740] Así, por razones de mutua hostilidad, las dos potencias enfrentadas en la guerra española llegaban a la misma conclusión. Poco tiempo antes, el propio ministro británico de Asuntos Exteriores había formulado un juicio bastante similar: el estancamiento de la guerra, según declaró Edén al gabinete a finales de septiembre, serviría mejor a los intereses británicos. Si Franco lograba la victoria, sería contra estos intereses, mientras dependiera de la ayuda alemana. Si la guerra se prolongaba seis meses más, aumentaría la tensión en Italia.^[741] El día 6 de noviembre, Italia suscribió el pacto anti-Komintern con Alemania y el Japón. Aunque Ciano deseaba que se limitara a ser un «pacto entre gigantes», proyectó invitar a España a adherirse a él para formar así el «eje del Atlántico». El 20 de noviembre, Franco aceptó en principio el plan británico de retirada de «voluntarios». Formuló algunas reservas sobre los poderes asignados a la comisión para garantizar la retirada. Afirmó que la retirada de 3.000 voluntarios era ya una «retirada sustancial» a la que vendría supeditado el reconocimiento de los derechos de beligerancia. No era casual la cifra propuesta, pues precisamente entonces se estaba procediendo a retirar a 3.000 combatientes italianos, por enfermedad o porque no inspiraban confianza, y ello al margen de los acuerdos.^[742] El 1 de diciembre, la República aceptó también el proyecto por motivos distintos: Azaña y Giral esperaban que, al aceptar el proyecto, se llegaría al cese de hostilidades, y que éste sería definitivo. Durante mucho tiempo, Azaña tuvo la esperanza de que la retirada de voluntarios traería consigo el armisticio, a la larga. Negrín también creía que el cumplimiento del proyecto acarrearía el alto el fuego y la idea le gustaba porque, en el peor de los casos, daría tiempo a la República para reagrupar sus fuerzas.^[743]

La España de Franco camino de la victoria. — Mal comportamiento de los italianos. — Disputas de Alemania con Franco a propósito de las minas. — El ejército nacionalista. — Primer gobierno de Franco.

Durante el período de calma que siguió a la campaña de Asturias la estabilidad reinante en las dos Españas era tal que podía preverse un estancamiento del conflicto. Comparada con la «ilusión lírica» y el caos, la euforia y las matanzas de julio de 1936, resultaba sorprendente la coherencia de la organización de las dos Españas, cada una de las cuales disponía de un ejército mayor que el de cualquier país europeo, excepto Francia. En ambas zonas la guerra había servido para crear un orden, aunque no fuese el orden óptimo que hubiera deseado un hombre de paz. Dionisio Ridruejo, joven falangista, discípulo de Serrano Súñer, poeta y propagandista del régimen nacionalista, dijo posteriormente que la guerra fue la única ocasión en la historia moderna en que el pueblo español participó plenamente en su propio destino,^[744] pero ese destino venía condicionado, cuando no determinado, por las armas extranjeras. Por muy elevado que fuese el grado de conciencia política del pueblo, la España nacionalista (que ocupaba las dos terceras partes del país) seguía siendo una sociedad militar. El aristocrático general Gómez Jordana continuaba al mando de la junta técnica o gobierno provisional de Burgos, con independencia de la burocracia que ejercía todo el poder administrativo. Sus departamentos se extendían por varias ciudades. Serrano Súñer, que gozó de vagos poderes durante el año 1937, sin ostentar cargo o título gubernamental era el dirigente político. A la medida de él se inventó un pasado falangista poco convincente pero útil, que cargaba el acento en su amistad con José Antonio en los años de la universidad. Sus atribuciones no se vieron limitadas por el nuevo consejo nacional, cuyos cuarenta y ocho miembros fueron designados el día 2 de diciembre. Este organismo no pasó de ser un cuerpo meramente consultivo en la práctica, y en mayor medida que otros similares

bautizados con nombres de igual solemnidad. Recordaba al gran consejo fascista italiano y sus miembros, que tenían función legislativa, eran designados por Franco. En el consejo había tres mujeres: Pilar Primo de Rivera, Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, fundadora de Auxilio Social, y María Rosa Urraca Pastor, «la Florence Nightingale», conocida también por «la Coronela», fundadora de la organización de enfermeras de los nacionalistas. Había también seis generales (Queipo, Dávila, Jordana, Yagüe, Monasterio y Orgaz), dos coroneles (Beigbéder, alto comisario en Marruecos, y Gazapo), veinte falangistas de la vieja guardia (entre ellos Fernández Cuesta, Sancho Dávila, Agustín Aznar y José Antonio Girón) y once antiguos carlistas (incluidos Rodezno y Esteban Bilbao). El resto de la lista lo formaban monárquicos, conservadores o técnicos de diversa especie. Se ofreció un puesto a Fal Conde, quien rehusó. El nuevo «movimiento nacional» (Falange Española Tradicionalista) no alcanzó gran desarrollo durante el año 1937. Si realmente existió, ¿quiénes fueron sus miembros o qué cometido tuvieron? Era un instrumento de Serrano Súñer pero ¿qué significaba eso? ¿Era fascista, corporativista, militarista o franquista? El movimiento tenía funcionarios de carne y hueso pero carecía de ideología propia. Así, el jefe de prensa y propaganda de FET en Salamanca era el padre Fermín Yzurdiaga, cura falangista de Pamplona: era un híbrido adecuado para un partido igualmente híbrido. Por debajo de ellos se encontraba Dionisio Ridruejq, jefe de propaganda, y el carlista Eladio Esparza, jefe de prensa. La Falange era ahora un apéndice del ejército: El periódico del partido, Arriba España, ostentaba en su cabecera el lema «Por Dios y el César». La FET no servía más que para efectuar propaganda, prácticamente. Parecía un «Estado paralelo» pero en la realidad era más una burocracia de sinecuras. Nada cambió a este respecto cuando, en el mes de octubre, Raimundo Fernández Cuesta, secretario general de Falange inmediatamente antes de la guerra, fue canjeado por Justino de Azcárate, hermano del embajador en Londres. Prieto fue el único ministro que se opuso al canje, alegando que Justino de Azcárate no era nadie. Algunos republicanos creían que Fernández Cuesta podría crear dificultades con la Falange si regresaba a Burgos. Pero no ocurrió así, mientras que Azcárate no le fue de ninguna utilidad a la República y, debilitado por su encarcelamiento, se instaló en Francia.^[745] Fernández Cuesta se convirtió en secretario general del nuevo movimiento unido en Burgos. Carecía de la energía necesaria para rivalizar con Serrano Súñer, y el sueño de Prieto y otros de que fundara una «Falange Española Auténtica» que dividiría al movimiento en la España nacionalista no pasó de ser una fantasía.^[746] Los representantes del carlismo en el consejo nacional eran todos del ala moderada y habían aceptado el decreto de unificación, siguiendo a Rodezno. El 5 de diciembre, el príncipe Javier, regente carlista, condenó a quienes prestasen el juramento exigido por el consejo sin recabar su autorización. A continuación efectuó una visita a España, desde su cuartel general de Francia. En San Sebastián dijo a Serrano Súñer que era un error implantar en España una Gestapo según el modelo alemán. En Burgos dijo a Franco: «Si no fuera por los requetés, dudo mucho que usted estuviera donde está». Estas observaciones no fueron bien recibidas. El príncipe giró visita al frente. Habiendo encontrado buena acogida en Sevilla,

llegó a Granada antes de que se le ordenara abandonar España. Mantuvo otra entrevista con Franco, quien le manifestó: «Está usted efectuando una campaña en favor de la monarquía». El príncipe respondió: «No he dicho una sola palabra de política. Pero mi apellido es Borbón. Y, al fin y al cabo, yo creía que también usted era monárquico». «Gran parte del ejército es pro-republicano —respondió Franco—, y yo no puedo ignorarlo.» «Creo que la razón principal de que usted quiera que yo marche de España es que los alemanes e italianos le han insistido en ello», dijo el príncipe Javier. De forma sorprendente, Franco convino con él, y respondió: «Si permanece usted en España, alteza, ni los alemanes ni los italianos nos entregarán más material de guerra». El príncipe Javier salió de Burgos en dirección a Francia, advirtiendo: «No olvide que yo soy el último eslabón entre usted y los requetés, y que yo trabajaré siempre por España pero nunca por usted personalmente».^[747] De hecho, la Falange y los carlistas permanecieron marginados en todos los sentidos excepto en el formal: los movimientos juveniles respectivos no levantaron cabeza y el príncipe Javier continuó en el exilio. Durante el invierno de 1937-1938 los nacionalistas formaron un gabinete de corte tradicional. El día 1 de febrero del Segundo Año Triunfal, Franco se convirtió en presidente del consejo, con el conde de Gómez Jordana en la vicepresidencia y en la cartera de Asuntos Exteriores. El estilo aristocrático de Gómez Jordana había causado buena impresión a los extranjeros, especialmente a los ingleses: «Un hombre de otra época», le llamaba Serrano con desdén.^[748] Dávila, que mandaba el ejército del norte, era ministro de la Guerra. El general Martínez Anido, veterano luchador, brutal gobernador civil de Barcelona después de 1917, y miembro de los primeros gobiernos de Primo de Rivera, fue nombrado ministro de Orden Público a los setenta y cinco años de edad. Los restantes miembros del gobierno eran civiles. Andrés Amado, amigo de Calvo Sotelo, fue nombrado ministro de Hacienda. El ingeniero naval Juan Antonio Suances, viejo amigo de Franco, fue nombrado ministro de Industria y Comercio.^[749] El carlista Rodezno pasó a ministro de Justicia y Sáinz Rodríguez, el intelectual monárquico, a ministro de Educación. El personaje más poderoso del gabinete era Serrano Súñer, ministro de la Gobernación, aunque el orden público no dependiera de su departamentó. También era secretario general del Movimiento. Fernández Cuesta, que era el único «camisa vieja» del gobierno, era ministro de Agricultura, conservando su cargo honorífico de secretario general del Consejo Nacional. Pedro González Bueno, ingeniero y típico representante de los nuevos falangistas «tecnócratas», fue designado ministro de Trabajo. El último miembro del gabinete, Alfonso Peña y Boeuf, ministro de Obras Públicas, también era ingeniero y anteriormente no había participado en política. Cuatro de estos ministros —Serrano, Fernández Cuesta, Suances y Peña y Boeuf— habían huido de la España republicana a lo largo de la guerra y como mínimo sabían contra qué estaban luchando. Tres eran ex-colaboradores de Primo de Rivera (Martínez Anido, Andrés Amado y Jordana). Amado y Sáinz Rodríguez habían sido monárquicos, Rodezno era el único carlista, Serrano Súñer, el único cedista; dos ministros eran falangistas (Fernández Cuesta y González Bueno) y otros dos, amigos personales de Franco (Peña y Suances). Ninguno de ellos había sido ministro bajo la República, ni

siquiera en los gabinetes derechistas, y sólo Rodezno y Serrano Súñer habían sido diputados. El coronel Beigbéder fue confirmado en el cargo de alto comisario en Marruecos. El gabinete prestó juramento de fidelidad a Franco y a España en el monasterio románico de Las Huelgas: «En el nombre de Dios y sus santos Evangelios, juro cumplir con mi deber como ministro de España con la más estricta fidelidad al jefe del Estado, generalísimo de nuestros gloriosos ejércitos, y a los principios constitutivos del régimen nacional para servir al destino de la Patria». Después de prestar juramento, Rodezno manifestó sotto voce a Sáinz Rodríguez: «Lo que ya nadie nos quita ahora es el rango de ex-ministros, que es la cosa más importante que se puede ser en España».^[750] Un gran ausente fue Queipo de Llano. Era incapaz de comprender el falangismo y le molestaba ver cómo los falangistas acaparaban los mejores cargos del nuevo régimen. De forma gradual, aunque incompleta, el feudo particular que éste tenía en Sevilla se le fue de las manos. A mediados de 1938 no era más que el jefe militar de la zona sur. Serrano se dedicó a organizar la gobernación de España de la forma más previsible. A Serrano le irritaba el exclusivismo de Queipo y ordenó poner fin a los discursos radiados de éste. Desde entonces la España nacionalista se volvió más aburrida. Todas las noches, a las diez, millares de españoles le escuchaban y creían en sus palabras.^[751] En la zona republicana también se le escuchaba —sin interferencias— con aprensión o con entusiasmo. Radio Barcelona le acusaba frecuentemente y con ligereza de estar completamente borracho. «Y ¿por qué no! —respondía vociferando—. ¿Por qué no iba a gozar un hombre de verdad de la soberbia calidad del vino y las mujeres de Sevilla?» Se le recriminaba su pasado republicano, y él respondía que, en un momento dado, creyó que la República podría resolver los problemas de España. Ahora el futuro estaba en manos de Franco. Sin embargo, y así lo advertía a sus radioyentes, si viera que Franco no actuaba en el mejor interés de España (hipótesis que creía imposible) su patriotismo le llevaría a luchar frente al propio caudillo. Pero esta idea no resultaba popular en Salamanca. Sus feroces insultos personales al «judío Blum», a doña Manolita (Azaña), al periodista inglés Noel Monk (a quien acusó de estar borracho cuando informó al Daily Express del bombardeo de Guernica), a Miaja, a quien despreciaba, o a Prieto, su antiguo amigo, formaban parte del folklore de la España rebelde. Lo que maravillaba a sus oyentes era la costumbre de Queipo de terminar sus andanadas contra el populacho, amonestándole por tales o cuales vicios, con un mensaje personal y fuera de lugar: «Y ahora, por si me están escuchando mi mujer y mis hijos que están en París, quisiera decirles que confío en que gocen de buena salud y les aseguro que aquí en Sevilla pensamos en ellos. ¡Buenas noches, señores!».^[752] Este aficionado a la propaganda radiofónica era en realidad un eficaz administrador. Había tomado iniciativas para fomentar la expansión de la industria textil de Sevilla y procuró desarrollar la industria química. También se encargó del reparto de semillas a los labradores y de proporcionarles préstamos en condiciones favorables para ellos. Para proteger a los colonos arrendatarios estableció unos pagos hipotecarios o moratorios y repartió fincas pertenecientes a los republicanos entre los campesinos leales a la causa nacionalista. (Parte de la tierra le fue entregada por grandes terratenientes

como el duque de Alba, a fin de contribuir a la reforma agraria de Queipo.) Queipo también era responsable del cultivo del arroz en el delta del Guadalquivir, que debía compensar la pérdida de los famosos arrozales valencianos de la Albufera, que se hallaban en manos de la República, y que totalizaban unos 240.000 acres convertidos en marjales. Otros dos grandes ausentes en el gobierno eran Nicolás Franco y Sangróniz, quienes desde el mes de octubre de 1936 y durante 18 meses dirigieron los asuntos relativos a las finanzas del bando nacionalista. Tampoco éstos gozaban de la amistad de Serrano Súñer, a quien disgustaban sus métodos anticuados; y ninguno de ellos alcanzó la protección de Franco, para quien el agradecimiento nunca había constituido una virtud. Nicolás Franco fue nombrado embajador en Lisboa, y Sangróniz fue enviado a Caracas con el mismo título. El nombramiento de Martínez Anido como ministro de Orden Público fue calculado con el fin de sembrar el pánico entre los republicanos. Sin embargo, ya fuese por su ancianidad o por su conservadurismo, Martínez Anido, entre los ministros de Franco era uno de los más humanos. Como Gómez Jordana, hombre de otra época, también él despreciaba al fascismo e insistía en que los juicios corrieran a cargo de tribunales militares. En lo sucesivo ya no se producirían muchas más ejecuciones «por la libre» en la España nacionalista.^[753] Entre la burguesía de la España nacionalista no desfallecía el entusiasmo por la «cruzada». Acaso los dirigentes no estuvieran tan bien avenidos como manifestaban. Acaso los vencidos fueran objeto de malos tratos. Pero se trataba de la guerra en definitiva, y aquellos aspectos sombríos no eran sino el reverso de los propios sacrificios. La moneda se mantenía estable, los precios de los artículos alimenticios no habían aumentado en exceso y las existencias eran suficientes para abastecer a toda la España republicana. En las ciudades no existía el espectro del hambre. El suministro de carbón era más que suficiente. Así pues, la vida de la clase medía, lejos del frente, podía reanudarse sin mayores interrupciones. Durante el verano empezaron a celebrarse regularmente las ferias y corridas de toros.^[754] Al atardecer se podía ya dar una vuelta por la calle mayor a la hora del paseo, sin que faltaran en él algunos hombres uniformados. En los lugares públicos aparecían grandes carteles que invitaban a servir a la patria. Se sabía que la hija de tal o cual vecino o conocido prestaba servicio en Auxilio Social. La lotería nacional volvía a funcionar. Antes de terminar el día, cada ciudadano tenía que entregar su contribución destinada a las víctimas de la guerra o a subvencionar las comidas gratuitas o a ayudar a los refugiados. Al llegar la noche se hacía más palpable la proximidad de la guerra. A las diez se oía la voz de Queipo de Llano en las radios de los cafés, de los domicilios particulares o de los abarrotados restaurantes, si uno acertaba a encontrar mesa en ellos. A media noche, el comunicado del día, el parte de bajas y prisioneros. Y finalmente, después de escuchar la Marcha Real, llegaba la hora de dormir. Por lo que respecta a la vida de los combatientes, el piloto Ansaldo, que se acababa de reincorporar al frente tras curarse de las heridas sufridas en el accidente aéreo que costó la vida a Sanjurjo, redactó un resumen de la jornada diaria en el frente del norte:

A las 08,30: Desayuno en familia. A las 09,30: Despegue hacia el frente; bombardeo baterías enemigas; ametrallamiento convoyes y trincheras. A las 11,00: Golf rudimentario

en el club de Lasarte [...]. A las 12,30: Baño de sol en la playa de Ondarreta y corta zambullida en el mar tranquilo. A las 13,30: Mariscos, cerveza y tertulia en un café de la Avenida. A las 14,00: Almuerzo en casa. A las 15,00: Corta siesta. A las 16,00: Segundo servicio de guerra, semejante al matutino. A las 18,30: Cine. Película anticuada, pero magnífica, de Katherine Hepburn. A las 21,00: Aperitivo en el bar Basque. Buen «Scotch», bullicio, animación. A las 22,15: Cena en Nicolasa, canciones de guerra, camaradería, entusiasmo.^[755]

Aquí Ansaldo reflejaba el lado más dramático de la guerra civil, pues el frente aéreo era el único en el que la presencia de hombres valientes o sagaces luchando en combate singular podía marcar el curso de la contienda. A lo largo de la guerra una serie de héroes de la aviación nacionalista habían alcanzado gran celebridad: el capitán Carlos de Haya, de estatura gigantesca, que pilotó aviones Junker durante la mayor parte de 1937 y fue abatido por un «Chato» a principios de 1938, después de efectuar 300 vuelos; Ángel Salas Larrazábal, quien llegó a efectuar 618 vuelos durante la guerra, incluyendo 49 combates aéreos, que era el piloto de mayor relieve del bando nacionalista; y Joaquín García Morato, el más famoso de todos ellos, con 511 vuelos, 56 combates y 40 aparatos enemigos derribados. Bajito, valiente y simpático, García Morato fue el héroe de la aviación nacionalista.^[756] Si los héroes habían llegado a las páginas de los periódicos, los santos habían vuelto a las escuelas. En 1937 se restableció la enseñanza religiosa en las mismas. En abril todas las escuelas recibieron orden de instalar imágenes de la Virgen. Igual que antes del advenimiento de la República, todos los alumnos tendrían que recitar el Ave María al entrar y salir de la escuela. En las aulas reapareció el crucifijo. Profesores y alumnos tenían la obligación de asistir a misa los días festivos. Una vez por semana había lectura de los evangelios. La Iglesia Católica impregnaba todos los aspectos de la cultura de la España nacionalista. Monseñor Antoniutti, nuevo nuncio apostólico, había resuelto muchos problemas de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en España: así, el cardenal Segura, expulsado de la República cuando era primado de España, regresó como arzobispo de Sevilla, tras la muerte del arzobispo Ilundain. Desde el principio, Segura mostró frente al nuevo régimen de Franco la misma intransigencia que frente a la República. Se negó, por ejemplo, a grabar los nombres de los falangistas caídos en los muros de la catedral y se mantuvo en todo momento al margen de la locura colectiva de la propaganda bélica. La guerra trajo consigo muchos cambios radicales. Un decreto del 7 de octubre obligó a todas las mujeres útiles comprendidas entre los diecisiete y los treinta y cinco años que no estuvieran ocupadas en sus obligaciones familiares, o en servicios de guerra o en hospitales, a prestar el servicio social. El certificado de haber cumplido el servicio social se convirtió en documento indispensable para las mujeres españolas que buscaban empleo. Así, la guerra acarreó transformaciones en la vida de las mujeres de la España nacionalista y de la republicana como ha venido sucediendo en todas las guerras del siglo. «Mujeres al servicio de España», «Frentes y hospitales», «Obra de asistencia al frente» eran algunas de las organizaciones en las que prestaban sus servicios las mujeres que sentían ansias de cooperar, espoleadas por los lemas que anunciaban que cada punto

de costura era una pequeña victoria contra el frío que torturaba a los que luchaban en el frente. El régimen nacionalista desarrolló un intervencionismo aséptico y carente de ideología, propio de la primera guerra mundial, muy inspirado en el modelo alemán: había que pedir permiso para abrir nuevas fábricas, se definía la función del Estado como la de «disciplinar la producción», aunque ni los bancos ni las empresas públicas venían obligados a celebrar juntas de accionistas ni a dar cuenta pública de sus libros. Las fábricas que producían material de guerra, incluidas las fundiciones de hierro y acero del País Vasco, quedaron bajo control militar y en lo sucesivo se encargarían de suministrar a los ejércitos cuchillería, platos y uniformes, aparte de material de guerra. Las industrias de la alimentación, de fabricación de jabón y de textiles fueron «sindicalizadas», quedando integradas en los llamados sindicatos verticales, dirigidos por el Estado. Quedaron prohibidas las huelgas y los convenios colectivos. La industria quedó reorganizada a base de ramos, con arreglo a las distintas categorías. La política agrícola nacionalista estaba en manos del SNT (Servicio Nacional del Trigo) y el SNRET (Servicio Nacional de Reforma Económico-Social de la Tierra), fundados respectivamente en agosto de 1937 y abril de 1938. El primero tenía por misión controlar los precios y la distribución del trigo y otros productos agrícolas. Se prohibieron las ventas directas por parte de los agricultores. El SNT compraba los productos a éstos a precios fijos y lo revendía posteriormente a los molinos o las panaderías autorizadas. Se prohibió el cultivo de tierras por encima o por debajo de la cosecha del año anterior, y esta medida obligó a muchos agricultores a parar la producción. Con todo, si trigo sobrante se exportaba a Alemania. Durante el año 1937 y a medida que se ganaba territorio a la República, desaparecieron los excedentes. Los precios del pan permanecían estables. El aceite, la fruta, la carne y algún que otro producto más tenían similar organización. El SNRET se encargaría de reformar la agricultura mediante el riego, la modernización y la mecanización, aunque sin efectuar una redistribución real. Otra misión de dicho servicio era la de devolver la tierra a sus antiguos propietarios, con arreglo a la suspensión del Instituto para la Reforma Agraria y de la legislación al respecto. ¿Se trataba de un Estado totalitario? Sus enemigos y algunos de sus simpatizantes, así lo afirmaban. El padre Menéndez-Reigada, por ejemplo, escribió un catecismo que contenía un debate en torno a la premisa de que «el Estado español es totalitario sí se entiende correctamente la palabra». «Pero, ¿qué es un estado totalitario?» «Un estado totalitario es aquel donde el Estado interviene en todas las manifestaciones de la vida social [...]»^[757] A la sazón el ejército nacionalista contaba con 500.000 hombres. Era una cifra probablemente menor que la de los combatientes del ejército republicano por las mismas fechas. Se había movilizado a unos once reemplazos de reservistas. Estos hombres incluían no sólo a los desertores de la República, sino a muchos capturados en zona republicana, incluso soldados, que se habían visto obligados a cambiar de bando. En el invierno de 1937-1938 la mayor parte de estas tropas habían quedado reorganizadas en divisiones. Lentamente fueron perdiendo el significado territorial de sus nombres regionales. Aunque existía el reclutamiento forzoso, la cifra de voluntarios era elevada: acaso unos 100.000 carlistas y más de 200.000 falangistas.^[758]

Estas grandes fuerzas seguían estando organizadas en tres grandes grupos: el ejército del norte, bajo el mando de Dávila; el del centro, que se hallaba a las órdenes de Saliquet, y el del sur, mandado por Queipo de Llano. Formaban la reserva doscientos batallones y setenta baterías (a las órdenes del general Orgaz, el eficaz organizador de las academias militares). Dado que el armamento de los nacionalistas era de importación, no se requerían fábricas de armas propias (salvo plantas de fabricación de explosivos y municiones), pero la Hispano-Suiza había montado una nueva industria en Sevilla, encargada de la reparación y reconstrucción de los cazas Fiat. Y, por otra parte, las fábricas de armas y explosivos del norte contribuían sustancialmente a reducir la deuda del régimen con Alemania.^[759] En esta época, unos 40.000 hombres del ejército nacionalista eran probablemente marroquíes y había otros tantos italianos, mientras que el personal alemán sumaba cerca de 5.000 hombres. El ejército de África, que incluía la legión extranjera y los regulares, se encontraba disperso en el conjunto de las tropas nacionalistas. Mientras los jefes que debían su nombre a la participación en la ofensiva contra Madrid actuaban en la zona central, los responsables de las victorias del frente del norte, como por ejemplo García Valiño o Alonso Vega, ocupaban los primeros puestos en las listas de futuros jefes de los ejércitos. El mando nacionalista tenía para entonces una poderosa sección de información dirigida por el coronel José Ungría, quien hasta la guerra formó parte del personal de Miaja en Madrid y que, al estallar ésta, huyó de la capital. Ex-alumno de la École Supérieure de la Guerre en París, agregado militar en dicha ciudad a comienzos de los años treinta, Ungría coordinó la acción de los distintos servicios de información de los nacionalistas, los quintacolumnistas y agentes del exterior en una sola organización conocida primero con las siglas SIM (Servicio de Información Militar) y posteriormente como SIPM (Servicio de Información y Policía Militar), creada en noviembre de 1937.^[760] Ésta se encargaba del espionaje, el contraespionaje y de la información. A mediados de 1938 contaba con 30.000 personas trabajando a su servicio, con espías en la escuela de oficiales de Barajas, en Madrid, y varias cadenas de espías en Cataluña, al mando de personas secretamente afiliadas a Falange o a grupos de monárquicos. Más tarde se dijo que diariamente más de 200 personas habían pasado entre Cataluña y Francia para entregar información.^[761] (El servicio de información de la República lo dirigía el coronel Domingo Hungría, de apellido sorprendentemente similar, quien mandaba el 14º Cuerpo de ejército de «guerrilleros», que desplegó especialmente su actividad tras las líneas nacionalistas en el otoño de 1937.) Pero en ciudades como Zaragoza, Burgos y Sevilla no existía guerrilla urbana: las actividades de estos comandos, asesorados al parecer por el coronel ruso Rokossovsky, se centraban en las carreteras, líneas de ferrocarril y comunicaciones rurales.^[762] Durante el año 1938 muchas personas huyeron de la zona republicana, por oportunismo o por idealismo. Al llegar a Irún se les formulaba la pregunta de rigor: «Y ¿usted por qué no huyó antes?» Los antecedentes de estas personas eran cuidadosamente investigados. Y lo mismo ocurría con quienes cruzaban las líneas republicanas. Si carecían de amigos o parientes que les avalaran, no era extraño que se pasaran meses e incluso años trabajando en batallones de trabajos

forzados, con una paga de dos pesetas diarias.^[763] Sin que tampoco faltaran en las grandes ciudades de la España nacionalista los casos de refugiados que habían abusado del parentesco, reforzando así la cautela de las autoridades. Durante el año 1937 y de forma incesante, los españoles escucharon los más diversos lemas, desde Cádiz hasta Hendaya. Giménez Caballero dedicaba panegíricos a la camisa azul de la Falange, Pemán escribía poemas sobre «el Imperio», se publicaban innumerables libros que contenían descripciones exultantes de la lucha en el frente. ¿Qué habría sido de la España franquista sin aquellos «Por España una, grande y libre», «Por Dios y por el César», «Por la Patria, el Pan y la Justicia» o «Tenemos vocación de imperio»? Otra máxima decía así: «Franco manda, España obedece», y un cartel mostraba la figura de Franco diciendo «Mi mano será firme, mi pulso no temblará». El nuevo tríptico «Servicio, Hermandad y Jerarquía» vino a sustituir al lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad». Los libros y la prensa vituperaban a los hombres de la República. Los comentarios de Joaquín Arrarás sobre fragmentos robados del diario de Azaña de los años 1932 y 1933, publicados primeramente en el ABC y luego en forma de libro, alcanzaron los más bajos niveles de la invectiva personal. La revista falangista Fotos publicó una lista de «Salvajes ilustres» (los políticos de la República), mientras José María de Arellano, navarro y gobernador civil de La Coruña hizo retirar el «odiado nombre» de Santiago Casares Quiroga de todos los documentos públicos, desde las inscripciones del registro civil a la lista del colegio de abogados.^[764] El antisemitismo latente en la propaganda derechista española durante años, se vio reforzado por sentimientos germanófilos, aunque careciera de fundamento; Juan Pujol, periodista y antiguamente amigo de Azaña, que fue temporalmente jefe de prensa de Franco, esgrimió el peligroso argumento de que Companys era descendiente de judíos conversos, mientras los periódicos declaraban que «una parte muy grande de la población catalana es judía».^[765] El día 7 de marzo los nacionalistas promulgaron el «Fuero del Trabajo». Este documento ponía fin a interminables discusiones en el seno del régimen y era, en gran medida, una fórmula de compromiso.^[766] Muchas de sus declaraciones resultaban admirables. Se regulaban las condiciones de trabajo. Se garantizaba el salario mínimo, acompañado de seguro social, subsidio familiar y vacaciones pagadas. Se decretaba un aumento de los sueldos a los jornaleros, y las familias campesinas tendrían derecho a poseer una parcela de tierra adecuada a sus necesidades elementales. Los colonos arrendatarios se verían protegidos del desahucio. Pero la mayoría de estos objetivos no pasaron de ser meras aspiraciones. En la práctica, igual que sucedió en la Italia de Mussolini, la vieja oligarquía nunca perdió su dominio económico, a pesar del aspecto novedoso de los propósitos del gobierno. Los únicos artículos del Fuero del Trabajo que tuvieron plena aplicación fueron los que garantizaban la propiedad privada o los que tipificaban como delito de traición a los actos que alterasen la producción nacional. La vida económica del país estaría dirigida por los sindicatos «verticales», cuyos funcionarios habrían de ser falangistas. En ellos se estableció una jerarquía de asambleas que iban desde las corporaciones locales de cada distrito hasta las cinco cámaras nacionales de agricultura, navegación, industria y comercio, servicios

públicos y nacionales y cultura y, en la cúspide, la asamblea corporativa nacional. Estas ideas estaban influidas por la Carta del Lavoro de Mussolini de 1927 y por la hitleriana ley del Trabajo Nacional de 1934, aunque éstas habían tenido muy poco influjo en lo económico. Hubo muy pocos empresarios que prestaran gran atención a estas leyes. Mayor importancia tuvo la ley de Prensa, promulgada el 9 de abril, por la cual el Estado asumía el control de la prensa nacionalista española. Sólo a los periodistas inscritos en el registro se les autorizaría a ejercer su oficio y sólo se permitiría la circulación de diarios y periódicos registrados legalmente. El Debate, que era el principal periódico de la CEDA, ya no volvería a aparecer, ni tampoco el carlista Época. La prensa sería el instrumento del Estado. El artículo 18 prohibía cualquier escrito que amenazara el prestigio del régimen, obstaculizara la labor del gobierno, o «sembrara ideas perniciosas entre los intelectualmente débiles». Esta amplia definición aseguró por muchos años la subordinación de la prensa al régimen. Las ideas monárquicas, militaristas, clericales y ultraconservadoras, se expresaban con un tinte fascista cada vez mayor. Otra innovación la constituyó el «Plan 38», o reforma educativa presentada por el nuevo ministro Sáinz Rodríguez. En él se dejaba la enseñanza media estatal, en gran medida, en manos de la Iglesia. La cuestión de las universidades se resolvería acabada la guerra. (Las universidades fueron clausuradas durante la guerra en ambos bandos al igual que fueron suspendidos otros lujos.) El obeso Sáinz Rodríguez no duró mucho en su cargo de ministro de Educación. Si grandes eran sus indiscreciones, era mayor su aversión a pedir disculpas. Fue destituido, siguiendo el camino del exilio a Portugal, como otros hombres de distintas épocas: Lerroux, Gil Robles... Bajo Sáinz Rodríguez se reorganizó formalmente la primera enseñanza estatal, empezando con una depuración de maestros y la sustitución de las clases tradicionales por los cuatro elementos: religión, patriotismo, educación cívica y educación física. La educación física se centraría teóricamente en aquellos deportes específicamente españoles. Los pormenores de los tres elementos restantes los decidiría cada maestro. La depuración era, por consiguiente, la parte más importante del programa. En la enseñanza sucede como en la política: cuenta el hombre y no la teoría. Los maestros de escuela que ejercían en la nueva España de Fernando e Isabel tenían que prestar declaración jurada de lealtad al glorioso Movimiento Nacional, y que no habían pertenecido jamás a ningún partido político asociado con el Frente Popular ni a ningún partido separatista ni a la antigua asociación de docentes afiliada a la UGT. Si habían pasado algún tiempo en la zona roja tenían que prestar declaración jurada justificando sus actividades en ella. También venían obligados a presentar un certificado de buena conducta religiosa, moral, política y social antes del movimiento nacional y durante el mismo expedido por el párroco y un certificado similar expedido por el jefe de la guarnición local o «delegado de orden público». Asimismo se le exigía un informe del alcalde y el futuro maestro tenía que comparecer personalmente ante una autoridad académica, civil o militar. Superados estos obstáculos, los maestros tenían que someterse a un cursillo sobre los verdaderos principios de la educación.^[767] En la práctica estas dificultades se superaban con mayor facilidad de lo que a primera vista parecía, pero el

caso es que ningún elemento izquierdista o de tendencia liberal formaba parte de los servicios de enseñanza estatal en el año 1938. Continuaba la lucha contra la frivolidad y contra Francia: «Mujer española —decía el manifiesto de las "damas católicas de Sevilla"—, en estos momentos graves para la Patria querida, tu norma de vida no puede ser la frivolidad, sino la austeridad; tu puesto no son los espectáculos, los paseos y los cafés, sino el templo y el hogar. Tus adornos y tus arreos no pueden ser las modas inmundas de la Francia judía y traidora, sino el recato y el pudor de la moral cristiana [...]. Tu deber no está en procurarte una vida fácil sino en educar a tus hijos, en sacrificar tus gustos y en ayudar a España».^[768] Así como en la España republicana el conservadurismo, la reacción y el cristianismo sobrevivían en las embajadas, en la clandestinidad o discretamente camuflados, de igual forma la revolución y el radicalismo crecían a la sombra de los castillos almenados, antiguos o restaurados, que eran las instituciones del Estado franquista. En las cárceles renacía cierta forma de vida política y no hay que olvidar escenas como las descritas por el sacerdote vasco Gumersindo de Estella en su diario de la prisión:

«Día 3 de febrero. Jueves. He asistido a dos ejecuciones. Un tal Francisco Espinosa, natural de Callosa de Segura (Alicante). Soldado del ejército republicano, capturado en Celadas (Teruel). No ha querido confesarse. Ha dicho que los derechistas han falsificado la religión, que quien a hierro mata a hierro muere y que los derechistas no tardarían en ser fusilados a su vez. El otro era un hombre de treinta años, de buena presencia. Capturado en Santoña. Natural de Funes (Navarra) pero residente en San Sebastián. Ha confesado, oído misa y comulgado. Este desdichado estuvo en el batallón de trabajos forzados de San Juan de Mozarrifar. Por unas palabras pronunciadas contra Franco fue detenido y condenado a muerte. Le aterraba la idea de la muerte y especialmente la presencia del piquete de fusilamiento. Ha pedido cloroformo pero se lo han negado. Ambos han sido ejecutados en el cementerio a las siete de la mañana. Este último se llamaba Florián Lacarra Iñigo.»^[769]

Franco no se enfrentó con graves dificultades políticas, excepto algunas tensiones con sus aliados. Los italianos destacados en España mantuvieron buenas relaciones con los españoles. El temperamento común y la semejanza de lenguas favorecieron un estrecho contacto entre ambos pueblos, incluyendo matrimonios e hijos ilegítimos. Pero en las Brigadas Mixtas Internacionales de italianos y españoles, que aparecieron con frecuencia después de la batalla de Guadalajara, surgían problemas por el hecho de que los italianos se resistían a dejar de comer pasta a las horas del rancho, y dificultades lingüísticas entre los mandos.^[770] Anfuso, secretario de Ciano, a su regreso de España a mediados de octubre, informó a su superior de que las tropas italianas en España estaban cansadas y que Franco no podía desear que se marcharan, pues necesitaba la artillería y la aviación italianas. Ciano suponía que el generalísimo «sentiría envidia de nuestros éxitos».^[771] Pero la arrogancia de los oficiales y la tropa italiana, especialmente en San Sebastián, irritó a todos los españoles que trataron con ellos. También se produjo una disputa en torno a la factura a pagar por dos submarinos vendidos por Italia a España.^[772] Pero estas

dificultades quedaron mitigadas por el envío de 100.000 toneladas de acero español a Italia.^[773] Así y todo, a finales de noviembre, España debía a Mussolini 3.000 millones de liras en concepto de material bélico, y no había perspectivas de que la deuda pudiera saldarse en breve plazo.^[774] El día 6 de noviembre, Mussolini manifestó a von Ribbentrop: «En Palma hemos instalado una base aérea y naval: en ella tenemos barcos estacionados de forma permanente y contamos con tres campos de aviación. Trataremos de seguir en esta situación el mayor tiempo posible [...]. Franco debe comprender que, aun después de una posible evacuación, Mallorca debe continuar siendo una base italiana para el caso de que estalle la guerra contra Francia, de manera que ni un solo negro pueda recorrer la ruta del Mediterráneo desde África hasta Francia.»^[775]

Presumiblemente, esta garantía frente a una hipotética guerra europea compensó la mala impresión que causaba al Duce su aliado de Burgos. Por entonces existía también una base naval nacionalista en Palma, dirigida por el almirante Moreno, cuya misión era impedir que los buques rusos llegaran a las costas españolas. Los tres cruceros nacionalistas tenían su base en Palma, y asimismo los cuatro destructores comprados a Italia y los submarinos «legionarios» italianos. Esta base permitiría al general Franco, en el plazo de un año, completar el bloqueo naval de las costas republicanas. En Palma había unos cincuenta aviones: una escuadrilla de Heinkel de la Legión Cóndor, unos cuantos cazas italianos Savoia y Fiat y una escuadrilla española. Los nacionalistas asimismo tenían dificultades con sus amigos alemanes. No eran de tipo personal, pues los alemanes raras veces perdían la cabeza. La Legión Cóndor se alojaba en un tren especial que se desplazaba de un frente a otro para no mezclarse con la población española. De vez en cuando se veían alemanes en las mesas reservadas en los restaurantes o en los burdeles especiales, según indicaban los rumores, pero pocos sabían hablar en español. Dos instructores de las academias militares estaban más en contacto con los españoles. Alemania acababa de otorgar a los nacionalistas un crédito de diez millones de marcos mensuales, de los cuales cuatro millones en material bélico, cinco y medio en otras exportaciones y 350.000 en efectivo. No había indicios de que los españoles pensarán pagar estas deudas. Los financieros alemanes empezaban a temer que los ingleses compraran el hierro español. Funcionarios de HISMA y ROWAK, bajo la influencia de Bernhardt, centraron su atención en el proyecto de Montana, que debía asegurar a Alemania el suministro de minerales españoles a ritmo acelerado. El proyecto tenía por objetivo dar a los alemanes el control de 73 minas españolas. El nuevo embajador alemán, barón von Stohrer (que sucedió al impopular von Faupel), declaró que lo que más convenía a Alemania en España era una «penetración profunda» en la agricultura y la minería. La primera cuestión quedaba resuelta de modo automático puesto que, ocurriera lo que ocurriera, España tendría que encontrar un mercado para sus productos. Pero el control de la minería presentaba más dificultades. Todos los esfuerzos diplomáticos militares y culturales de los alemanes se orientarían a este objetivo.^[776] «Habría que forzar la situación —agregó— si no pudiera lograrse por medios razonables.» El día 9 de octubre, empero, un decreto de los nacionalistas anulaba todos los títulos otorgados sobre

las minas desde el comienzo de la guerra civil. Los alemanes preguntaron con ansiedad cuál era el verdadero significado de aquella medida. Nicolás Franco (que por entonces todavía se hallaba cerca del poder) respondió que sólo un gobierno español con plenitud de poderes estaría capacitado para cerrar un negocio de la envergadura del proyecto Montana. Por el momento no se hizo nada. Goering y Bernhardt se impacientaban.^[777] La impaciencia se tornó suspicacia cuando Gran Bretaña, rival en tiempos de paz y probable enemigo en tiempos de guerra, procedió a intercambiar agentes diplomáticos con Franco, por razones comerciales: porque sir Henry Hilton se retiró, dejando a John Leche, encargado de negocios en Valencia, que sería nombrado representante británico ante la República. Sir Robert Hodgson (cuyo conocimiento del español y experiencia como agente oficial en Rusia durante el año 1921 le hacían apto para aquel difícil cargo) fue enviado a Burgos como agente el día 16 de noviembre.^[778] El gobierno británico esperaba que, además de velar por sus intereses comerciales, la misión de Hodgson obtendría información sobre las pruebas militares alemanas e italianas.^[779] El duque de Alba fue a Londres con una función complementaria. Edén era contrario a la idea de recibir al duque y sólo se avino a ello cuando los españoles le preguntaron sus razones y él no supo dárselas.^[780] (Al cabo de unos cuantos meses Alba y su personal alcanzaron la categoría legal de diplomáticos, como mínimo; en marzo de 1938, al duque se le dispensó del requisito legal de las pruebas para el permiso de conducción, a petición del Foreign Office.)^[781] Además, en el mes de noviembre, un buque de guerra británico, el Calatea, efectuó una visita de cortesía a Beigbéder, alto comisario en Marruecos y se izó la bandera rojigualda en un buque británico. Algo semejante había ocurrido en Palma. El día 2 de diciembre von Stohrer se quejó ante Franco de que Inglaterra había sido objeto de grandes concesiones por parte de España y le pidió explicaciones, pues Alemania quería quedarse con la parte del león del hierro bilbaíno y asturiano y aspiraba a una concesión ilimitada para comprar chatarra. De lo contrario se vería obligada a «reconsiderar su actitud» respecto al gobierno nacionalista. Franco calificó de «invenciones» a los alegatos alemanes, mostrando sorpresa por el hecho de que Alemania prestara tan poca atención a España. La demora en la aprobación del proyecto Montana —dijo Franco— se debía a que no tenía ejemplares de las leyes precedentes ni archivos, ni funcionarios competentes.^[782] Además, la cuestión de suscribir un contrato formal fue aplazada «hasta mañana». El día de año nuevo, Franco recibió un mensaje personal de Mussolini. El Duce quería seguir enviando ayuda, pero ¿no podría usarse ésta con arreglo a los fines previstos, para emprender acciones con resultados decisivos?^[783] Entretanto el barón von Stohrer informaba a Berlín que, si Franco había de ganar la guerra por la vía militar, Alemania tendría que enviar no sólo material sino muchos más técnicos y oficiales de estado mayor.^[784] Ciano estaba preocupado. Temía una ofensiva republicana que hiciera retroceder todo el frente nacionalista. ¿Qué sería de las fuerzas expedicionarias italianas? «O nosotros golpeamos primero —anotó en su diario el 14 de enero— o nos desentendemos hábilmente de nuestros compromisos, contentándonos con llevar grabadas en nuestras banderas las victorias de Málaga y Santander.»^[785] A finales del mes se

apoderó de Ciano una especie de frenesí, preocupado como estaba por los proyectos de Hitler sobre Austria y los designios de Mussolini sobre Albania. «Debemos poner fin a la aventura española», escribió. En Burgos, los diplomáticos alemanes discutían acerca de las minas. El 25 de enero, Gómez Jordana dijo a von Stohrer que, para tratar del caso, debía atenerse a las leyes españolas porque «el pueblo español, por su mentalidad, tiene tendencia a responsabilizar de sus acciones a los anteriores gobiernos [...]. Nunca se sabe lo que puede ocurrir», agregó, con la sagacidad de un viejo monárquico. Al día siguiente Sangróniz —que todavía no ocupaba su nuevo puesto en Caracas— dijo al embajador: «Quiero decirle que no ha sido correcto resolver el caso según los deseos de Alemania. Era un error psicológico alarmar y, en cierto sentido, movilizar a las partes interesadas y a toda la administración española, mediante la venta de cuantiosos derechos sobre las minas. Ello creó una oposición que no se habría manifestado si Alemania se hubiera limitado a comprar tan sólo una parte por el momento».^[786] No era la primera vez que la nación alemana era castigada por su propia codicia. Los alemanes e italianos no eran los únicos que, siguiendo instrucciones de sus gobiernos y por voluntad propia, luchaban en el bando de la España nacionalista. De Portugal vinieron algunos voluntarios — probablemente unos mil durante el invierno de 1937-1938— y, procedentes de las agitadas filas de las derechas del resto de Europa, vinieron otros combatientes ansiosos de luchar contra el comunismo y en defensa de la religión o la monarquía o la «inmensa revolución salvadora», como llamaba a la causa franquista uno de los personajes de la novela del escritor fascista francés Drieu la Rochelle, titulada *Gilés*.^[787] Entre estos voluntarios figuraban Camelots du roi franceses, como el barón de la Guillonnière, que se alistó en las filas de los carlistas y murió en Vizcaya, o el coronel Bonneville de Marsagny quien, con un puñado de rusos blancos, se alistó en la legión; uno o dos ingleses o irlandeses, algunos restos de los desgraciados *camisas azules* de O'Duffy y otros voluntarios por cuenta propia.^[788] También había voluntarios procedentes de Hispanoamérica. Y finalmente los marroquíes, cuyo papel en el ejército nacionalista seguía siendo importante. Confiada, despiadada y desdeñosa frente al enemigo, la España nacionalista había de sufrir el desafío de la República durante el invierno de 1937, desafío de unas proporciones totalmente imprevisibles.

43

La República ante el segundo invierno de la guerra. — Azaña, Prieto y Negrín. — El ocaso del separatismo. — Prieto y los comunistas. — Las fuerzas armadas. — Negrín y los comunistas.

Mientras los nuevos políticos nacionalistas soñaban con la revolución fascista inspirada en el pasado remoto, los viejos estadistas de la República vivían de recuerdos condenados a desaparecer. ¿Dónde estaba el error? ¿Habrían cambiado las cosas si Alcalá Zamora no hubiera sido presidente de la República? ¿Tenía la culpa Lerroux? Los nacionalistas rebosaban optimismo y en las filas republicanas cundía el pesimismo. Desde el principio de la guerra Azaña se hallaba en estado de abatimiento. Hacía el otoño de 1937 creía ya inevitable la derrota e incluso llegó a discutir con sus ex-colaboradores, como Martínez Barrio, sobre la actitud que debería adoptar en tal circunstancia. México podría mantener su posición amistosa, pero no cabía imaginar la emigración masiva a aquel país de uno o dos millones de republicanos o socialistas. Francia podría cerrar la frontera.

«¿Tendremos que quedarnos en España, abandonados a unas represalias atroces, por falta de una política a largo plazo?» Martínez Barrio creía que para la clase trabajadora, si todo se perdía, la derrota sería un revés temporal ya que ésta proseguiría de una u otra forma la lucha por sus intereses de clase. «Para los republicanos sería el fin de todo, pues no cabe imaginar que en veinte o treinta años vuelva a instalarse en España una República liberal. Y ya podemos dar gracias a Dios si encontramos un rincón del mundo donde terminar nuestros días.» Hablar del espíritu numantino sonaba muy bien, pero, en el último minuto, «los numantinos» desaparecerían.^[789] Azaña buscaba la paz, pero una paz real. «Porque no hay que devanarse mucho los sesos para imaginarse la fúnebre paz que reinaría en España tras la derrota de los republicanos.» Así habló Azaña a Giral. Todos estos políticos despreciaban el «inextinguible optimismo» de Negrín, para decirlo con palabras de Giral, pero no sabían cómo combatirlo. Azaña, Martínez Barrio, Prieto y acaso todos los ministros, excepto Negrín y los comunistas, creían que la República no podía ganar la guerra militarmente, pero comprendían que no podían dejar abandonados a su suerte a los millones de españoles que apoyaban a la República. La persecución desencadenada después de los combates en el frente del norte, como admitieron Azaña y Martínez Barrio, era un anticipo de lo que sucedería en el resto de España si la República no conseguía la paz negociada. Muchos republicanos veteranos estaban aún más abatidos: Nicolau d'Olwer, primer ministro de Hacienda de la República en el año 1931 ahora creía que lo que más convenía a España era un régimen similar al de Primo de Rivera. ¿Qué ocurriría —se preguntaba inquieto Pi i Suñer, consejero de Cultura de Cataluña— si los nacionalistas organizaran una enorme ofensiva con todas sus fuerzas para entrar en Cataluña? ¿Ya lo ha considerado el estado mayor? Martínez Barrio creía que los

llamamientos en los que se pedía combatir «hasta el último hombre y la última peseta» tenían cada vez menos capacidad de convocatoria. Todos estaban cansados de la guerra, pensaba Giral, el infatigable ministro de Asuntos Exteriores que trajo consigo la eficacia de un ministerio que Álvarez del Vayo había dejado en un desorden total. De tal forma que, al principio, Giral tuvo que consultar en la prensa los detalles del proyecto británico de control (Azaña le tranquilizó, diciéndole que aquello era «tradicción de la casa»).[790] Prieto sentía idéntico aburrimiento por la guerra que por la política del socialismo y por sus enemigos viejos y nuevos. «Me tiene sin cuidado que los partidos se unan o no —dijo una vez a Hernández y a Uribe—, porque, en cuanto se acabe la guerra, de cualquier modo que sea, tengo resuelto, si salvo el pellejo, dar por terminada y liquidada mi vida política, para siempre. En el primer barco que salga para el país de habla española más lejano, tomaré pasaje.»[791] Sólo Negrín, con su «tranquila audacia» conservaba alguna esperanza. Estimaba que incluso una paz de compromiso sólo podía concluirse si quedaba alguna posibilidad clara de victoria. La frontera francesa se hallaba abierta al tráfico de armas, lo que se debía, en opinión de Negrín, a su propia diplomacia. Buen lingüista y experto viajero, veía la salvación de España en Ginebra, París o Londres. Su asociación con Azaña era compleja, pero las relaciones constitucionales entre ellos no eran cómodas. En el otoño de 1937 parecían amigos personales. Ambos coincidían en la política a seguir respecto a Cataluña y la CNT pero, mientras Negrín era el motor del esfuerzo bélico, Azaña no pasaba de ser un mero observador, cuyo papel se limitaba a disputar con Negrín acerca de los nombramientos de cargos públicos. Años antes, en una comida con Azaña y Araquistain, Negrín había dicho que España «necesitaba una dictadura con reglas democráticas que preparara al pueblo para el futuro».[792] Ahora tenía la ocasión de poner en práctica esta idea. Gobernaba por decreto. Todos los decretos debían ir refrendados por Azaña. Ello no garantizaba la supervivencia de la democracia, pues no existían medios de desafiar al gobierno, salvo el uso de grupos de presión o la intimidación. Las ocasionales reuniones de las Cortes carecían de vida. La prensa, como reconoció Azaña, parecía que estuviera escrita por la misma mano, que habitualmente era «combativa e inculta».[793] La primera necesidad de Negrín era la de poner término a la desunión geográfica de la República. A finales de 1937 se había avanzado mucho en este sentido, pero el gobernador civil de Cuenca todavía se lamentaba de que su provincia era como el Rif: «No hay carreteras ni teléfonos. No tengo forma de conectar con muchos pueblos. La provincia está ocupada por columnas de milicianos irregulares». Dos de sus predecesores habían abandonado su puesto, temiendo por sus vidas. Por los pueblos andaban medrando numerosas columnas anarquistas que no contribuían en nada a la guerra. El gobernador empezó su mandato instalándose en una residencia oficial en donde todos los muebles eran robados.[794] El general Hernández Saravia encontró aún mayor confusión un poco más al norte al hacerse cargo del mando en Teruel, con el nuevo ejército de Levante. El mayor desafío frente a la autoridad republicana seguía siendo el de los catalanes, aunque durante el año había ido consolidando la «normalización» de la vida en Cataluña: Antonio Sbert, consejero de Gobernación de la Generalitat, había conseguido restaurar en buena medida

el orden, mientras Pi i Suñer (consejero de Cultura) y Bosch Gimpera (consejero de Justicia y encargado de la enseñanza superior) restablecieron el imperio de la razón en sus respectivas esferas, pese a algunos roces con el gobierno central. Todas las sentencias de muerte pronunciadas por cualquier tribunal eran sometidas a revisión por el gobierno. Los tribunales de justicia ordinarios, superiores y de apelación, el colegio de abogados, el colegio oficial de notarios, el registro civil funcionaban normalmente. ¿Era una restauración de la vida burguesa que había impelido a los anarquistas y socialistas a emprender la revolución? Indudablemente sí. Pero ahora cada vez había más personas que se daban cuenta, aunque tardíamente, de que la vieja y despreciada república burguesa era el mejor amigo que podían haber tenido.^[795] Las sentencias pronunciadas en 1936 fueron revisadas y empezaron a investigarse los crímenes de los primeros días de la guerra, con gran enojo de la CNT, que asistía al interrogatorio e incluso al encarcelamiento de eminentes anarquistas del verano revolucionario, como por ejemplo Barriobero, Aurelio Fernández y el mismo Sánchez Roca, subsecretario de García Oliver cuando éste era ministro de Justicia.^[796] Los comunistas también protestaban de que la policía catalana interrogase a miembros del PSUC. El comunista Vidiella, consejero de Trabajo, alegó que la policía no podía investigar los «actos revolucionarios». Pero los interrogatorios continuaron igual, aunque a los comunistas les resultaba mucho más fácil sustraerse al castigo que a los anarquistas. Con todo, Cataluña seguía siendo un Estado dentro del Estado. Azaña no podía olvidar que en los momentos de debilidad del gobierno republicano Cataluña había tomado muchas iniciativas que correspondían al Estado español; y Negrín creía que era esencial la intervención no del Estado, sino del Estado español, en la industria catalana para que ésta contribuyera eficazmente al esfuerzo bélico. Además, y pese a las subsiguientes protestas de Companys, en una larga carta fechada el día 13 de diciembre, la industria catalana estaba muy por debajo de los niveles alcanzados antes de 1936.^[797] Incluso el sector de la industria metalúrgica, que había atravesado un momento de expansión en el invierno de 1936-1937, volvió a caer en los años 1937-1938 a un nivel, no ya más bajo que el alcanzado a comienzos de 1936, sino inferior al conseguido en los peores años de la depresión. El índice global de producción industrial en noviembre de 1927 apenas llegaba a la mitad del de junio de 1936.^[798] Las cifras de las industrias bélicas no podían compararse con los índices anteriores a la guerra, pero en casi todos los sectores la producción era inferior a sus posibilidades y en muchos casos muy inferior.^[799] La escasez de materias primas y las irregularidades del suministro, junto con la reducción del mercado subsiguiente a cada victoria de los rebeldes eran las responsables de la situación, al tiempo que el comunista Comorera, consejero de Economía, aseguraba que el delegado del gobierno catalán intervenía cada vez más en todos los comités de fábrica. Pero Negrín estaba resuelto a zanjar definitivamente el problema de la autoridad y, con el apoyo de Azaña, y la oposición de los comunistas, decidió trasladar la sede del gobierno de Valencia a Barcelona.^[800] Ello se produjo en el otoño de 1937, con una deliberada desconsideración hacia las susceptibilidades de los catalanes. Negrín requisó edificios a su antojo para instalar los ministerios, desoyendo las

ofertas de Companys para procurarle acomodo, y evitó todo contacto con éste, ya fuera por escrito o personal. Llegó a provocar que Companys no pudiera asistir a la ópera al negarle plaza en el palco presidencial del Liceo. Negrín se instaló en el palacio de Pedralbes mientras Azaña le acompañaba en su regreso a la capital catalana. Tales actos enfurecieron a la Generalitat. Eran la culminación de «un intento porfiado y sistemático de mermar la autoridad del gobierno catalán». En todo lo demás, pensaban los catalanes, el gobierno se hallaba desorganizado y vacilante y sólo mostraba firmeza en el trato con Cataluña. Los jóvenes catalanes que estaban en el frente no sabían por quién combatían. Éste era el punto de vista de Pi i Suñer, que expuso a Azaña en una protesta formal que se remitió a éste en septiembre. El Estado, agregaba Pi i Suñer, debía a Cataluña 70 millones de pesetas por servicios de guerra. Cataluña pagaba al ejército de Aragón sin compensación alguna, la policía catalana había sido disuelta, existiendo, además, un servicio de información especial de reciente introducción desafecto a Cataluña. Los catalanes consideraban al ejército del este como un ejército de ocupación y temían que los comunistas estuviesen proyectando una dictadura militar. El mito heroico de la resistencia de Madrid, se lamentaban, era un mero instrumento para justificar el centralismo. Los servicios estatales de orden público en Cataluña no estaban coordinados con las actividades del gobierno catalán. Al mismo tiempo, los comunistas catalanes recibían apoyo del gobierno central y trataban de acapararlo todo para sí. Los catalanes querían garantías de que, una vez restaurada la paz, recobrarían su propio régimen.^[801] Azaña aseguró a su visita de que a nadie se le había ocurrido suprimir la Generalitat. El en tiempos hábil Companys parecía estar al límite de sus recursos: la mayoría de la gente le creía enfermo, Prieto le consideraba un hombre acabado, y Negrín, un personaje inútil. Companys alegó su voluntad de dimitir, pero sus amigos le convencieron de que no había nadie que pudiera sucederle; y efectivamente, Tarradellas y Comorera, su más íntimos colaboradores, eran en opinión de Prieto «dos miserables canallas, [...]. Son incapaces de una reacción noble»,^[802] aunque fueran personas competentes. Los vascos, después de ser derrotados, no estaban en posición de crear semejantes problemas. Sus dirigentes se habían trasladado a Barcelona, formando un «gobierno en el exilio». Azaña se reía con desdén de los aires de Aguirre, especialmente al referirse al «eje Bilbao-Barcelona», que coordinaba los objetivos de los separatistas. Como consecuencia del traslado se reanudaron los servicios religiosos católicos en la capital catalana, en la sede del gobierno vasco. En el mes de julio, Irujo, ministro de Justicia, propuso que volvieran a abrirse las iglesias. El consejo de ministros dio su permiso para celebrar servicios religiosos en domicilios privados, autorizados por el gobierno. En octubre el ministro de Hacienda declaró que la plata y las joyas destinadas a fines religiosos quedaban exceptuadas de la ley que ordenaba la entrega de piedras y materiales preciosos al gobierno para contribuir a la financiación de la guerra; si bien es verdad que gran parte de aquellos objetos habían desaparecido. Durante el invierno 2.000 sacerdotes habían regresado del exilio a Barcelona. Iban vestidos de paisano aunque (desde marzo de 1938) ya no se les llamó para prestar el servicio militar, como sucedió antes, sino que ingresaban

en el cuerpo médico. Además, el Vaticano no deseaba el restablecimiento formal de la religión en la República. Ello habría debilitado la pureza católica de la causa de Franco. El cardenal Vidal y Barraquer parecía dispuesto a reintegrarse a la catedral de Tarragona, pero no obtuvo el permiso correspondiente.^[803]

El triunfo logrado por Negrín y el gobierno central les permitió olvidar muchas frustraciones. Prieto se enfrentaba con un problema de autoridad similar. Como se recordará, Prieto, en su empeño de expulsar del gobierno a Largo Caballero, estuvo dispuesto a utilizar al Partido Comunista con tal finalidad. En un momento dado llegó a propugnar la unificación de los partidos socialista y comunista. El ánimo, el realismo y la confianza del Partido Comunista en el curso de la guerra durante el invierno de 1936-1937, llevó a Prieto a adoptar una actitud de tolerancia con los comunistas, una vez comprendió que compartían su misma actitud respecto a Largo Caballero e incluso respecto a los anarquistas. Con todo, el caso de Nin y el POUM quebrantó su confianza. Después de varios incidentes surgidos durante su primer mes al frente de los ministerios fusionados, Prieto llegó a la conclusión de que la política del Partido Comunista era la de apoderarse de «todos los recursos del Estado español» y a finales de junio,^[804] Prieto se enfrentó con los asesores rusos a propósito de un aparato alemán Messerschmitt 109 que había caído casi intacto en manos republicanas. Los comunistas querían entregarlo a los rusos y Prieto insistió en ofrecérselo primero a los franceses.^[805] Durante la ofensiva de Aragón, en el mes de agosto, Prieto se quejó del comportamiento y la incompetencia de los asesores rusos y se vio contrariado por la actitud de éstos en el caso del destructor Ciscar, como ya se ha visto. En el otoño, Prieto lanzó una maniobra calculada para restringir la influencia rusa, incluso en el seno del ejército: se prohibió a los oficiales que realizaran actos de proselitismo político o que asistieran a reuniones de partido. En noviembre, Crescenciano Bilbao, amigo de Prieto, sucedió a Álvarez del Vayo como jefe superior de los comisarios políticos. Este último había convertido el comisariado político en una organización «casi totalmente comunista».^[806] Quedaron suprimidos muchos puestos de comisario en el frente, a pesar de las protestas comunistas: Antón, comisario general del ejército del centro, fue así trasladado a un batallón regular. Este último era un hombre joven que antes de la guerra civil había trabajado como empleado de ferrocarriles y ahora era secretario del partido en Madrid. Se rumoreaba que era el amante de «la Pasionaria», veinte años mayor que él. Ciertamente, ambos ocupaban la misma vivienda, en Madrid, compartida también por Togliatti.^[807] Antón era un dirigente obrero español, formado en la nueva generación burocrática. ¡Cuán distinto era de Julián Ruiz, minero asturiano, que fue marido de «la Pasionaria» en sus años de juventud, y de quien ésta tenía ahora dos hijos adultos! La orden de Prieto provocó las iras de «la Pasionaria» y finalmente Antón abandonó su puesto de comisario sin regresar al frente. El Partido Comunista también controlaba las diversas fuerzas de policía de la República y las cárceles estaban abarrotadas de enemigos políticos de aquél junto con los auténticos enemigos de la República. En febrero de 1938, George Orwell, al regresar a España, calculó en 3.000 la cifra de presos políticos. El cálculo es bastante ajustado si se incluye en él a los

anarquistas y otros detenidos por crímenes revolucionarios cometidos en los primeros días de la guerra, a los que ya nos hemos referido.^[808] Los líderes del POUM que habían salvado la vida, al revés que Nin, se encontraban en espera de juicio. Los hombres de Orlov seguían en activo, mientras se formaba un nuevo servicio de contraespionaje llamado SIM (Servicio de Investigación Militar), más importante todavía. El fin de esta organización, que gozaba de merecida mala fama, era limitar las actividades de los «incontrolables», anarquistas u otros. Por esta razón Prieto, bajo la presión de los «técnicos» rusos, accedió a dar al SIM una posición privilegiada.^[809] Prieto esperaba así poder coordinar todos los servicios de «inteligencia» que funcionaban en la República — algunos de ellos dirigidos por el ejército, otros por el ministerio de Gobernación, uno por los vascos y otro por los catalanes— y que se elevaban a nueve, como mínimo.^[810] Designó al socialista Ángel Díaz Baza, amigo suyo, como primer jefe del SIM. Este individuo simpático no era, con todo, la persona más adecuada para dirigir unos servicios secretos en tiempos de guerra civil. El en tiempos dirigente de la juventud republicana de izquierdas, Prudencio Sayagüés, que hasta entonces había sido el segundo de a bordo, asumió el mando provisionalmente. En los primeros días de la guerra, éste había dirigido unos servicios de contraespionaje dependientes del ministerio de la Gobernación, que actuaron con temeridad e incompetencia.^[811] Pero los problemas se sucedían: Prieto ordenó arrestar a un comandante de milicianos de filiación comunista apodado «el Negus», que había recorrido toda Cataluña buscando apoyo para formar un movimiento destinado a conseguir la dimisión de Prieto como ministro de Defensa. Pero al final se supo que la detención no era obra del SIM sino de los comunistas, en cuyos calabozos fue recluido el inculcado, sin que nunca volviera a saberse de él. Prieto se enfureció.^[812] También surgieron problemas a propósito de los jefes locales del SIM. El compositor e intelectual Gustavo Durán, que fue una de las revelaciones militares de la guerra, ex-jefe de personal a las órdenes de Kleber y ex-comandante de división en Brunete, fue llamado para dirigir el SIM en Madrid. Prieto se enteró de que aquél había nombrado a una mayoría de comunistas para servir a sus órdenes y le trasladó al servicio activo. Un «técnico» ruso protestó ante Prieto: Éste se negó a reponer a Durán y las relaciones con los rusos empeoraron.^[813] A Durán le sucedió en Madrid Ángel Pedrero García, que había acompañado a García Atadell en las odiosas «patrullas de madrugada» y, que, más recientemente, había dirigido una de las minúsculas fuerzas de contraespionaje que existían con anterioridad a la fundación del SIM. El director general del SIM después de Sayagüés fue el coronel Uribarri, oficial socialista que estuvo al frente de una columna de guerrilleros en la sierra de Gredos en octubre de 1936 y, al iniciarse las hostilidades, era capitán de la guardia civil de Valencia y se mantuvo leal a la República. Había sido comandante en el frente de Toledo, en donde vivía, en palabras de Líster, como un barón feudal. Su cuartel general en esta ciudad era «un nido de espías» y sus subordinados tenían por amantes a las hijas de los terratenientes locales.^[814] En los primeros tiempos de su actividad en el SIM sirvió con lealtad a Prieto y le denunció casos de funcionarios rusos que pretendían prescindir de éste y consultar directamente con él. Luego los comunistas

supieron manipular la personalidad de Uribarri. Rendido por el trabajo, permitió que el SIM se transformara en lo que Prieto siempre trató de impedir que fuese: una policía política comunista. Aquí, como en tantos aspectos de la guerra civil, el curso de los acontecimientos jugaba en favor de los comunistas. Ellos eran los únicos que tenían la tenacidad necesaria para organizar una policía secreta eficaz. En todo caso el SIM pronto empezó a emplear los viles métodos de tortura de la NKVD: se construyeron celdas de unas dimensiones tan pequeñas que apenas cabía en ellas un prisionero y el suelo era de ladrillos colocados de canto. Se instalaron fuertes luces eléctricas que producían deslumbramiento, o se utilizaban ruidos ensordecedores, o baños helados, hierros candentes o porras. El SIM fue responsable del asesinato de varios reclutas del ejército republicano, y no sólo de los cobardes e ineficaces, sino también de aquellos que no estaban dispuestos a seguir las órdenes de los jefes comunistas. Los jefes locales del SIM, entre ellos Apellániz, en Valencia y Francés, en Andalucía, se mostraban brutales fueran o no propiamente comunistas (Apellániz era un ex-funcionario de correos que había ingresado en la policía). Muchos de los dirigentes del SIM eran miembros de las juventudes socialistas-comunistas, como Santiago Garcés, quien terminó de jefe nacional de dicho movimiento: una de las muchas personas cuyas actividades anteriores a la guerra, de dudosa legalidad, habían contribuido a provocar el conflicto y a las que la responsabilidad y el poder no hicieron sensatas ni humanas.^[815] Pero no fue el SIM, sino una sección del ejército republicano, la responsable de una repugnante maquinación en Madrid. Se cavó un túnel que llevaba de una casa del madrileño suburbio de Usera a las líneas nacionalistas. Numerosos simpatizantes nacionalistas, incluidos algunos refugiados en las embajadas, pagaron por conseguir la huida. Cuando llegaron al túnel, llevando encima algunos efectos personales y sacos de dormir, los mataron a tiros. Sesenta y siete personas murieron engañadas por el túnel de la muerte.^[816] La versión judicial del SIM eran los tribunales militares que se formaron para celebrar juicios sumarísimos por espionaje y otros delitos. La creación de estos organismos trajo consigo la dimisión del ministro vasco Irujo, en enero de 1938. Pasó a ser ministro sin cartera, siendo sucedido en el ministerio de Justicia por el presidente del ejecutivo de la UGT, Ramón González Peña, el héroe de Asturias en 1934 y decidido prietista a principios de 1936. A partir de entonces los tribunales funcionaron por procedimientos sumarios, sin garantías para la defensa de los acusados. Todas las pruebas se limitaban a los atestados levantados por la policía especial o a los informes del SIM.^[817] Es razonable denunciar la injusticia y la ilegalidad de estos tribunales, aun cuando se preveía que no se ejecutaran penas de muerte sin previa aprobación del gabinete y ello era obligatorio, salvo en los casos de fusilamientos en el frente por desertión o cobardía ante el enemigo.^[818] Durante el año 1938 pronunciaron unas 240 sentencias de muerte y los tribunales de seguridad otras 725. Pero muchas de ellas no se ejecutaron. Probablemente no llegaron a mil las que fueron fusiladas en la retaguardia republicana durante el año 1938.

El ejército republicano contaba ahora con unos 750.000 hombres. Había 1.500 piezas de artillería, incluyendo armas antiaéreas. Esta enorme organización costaba 400 millones de

pesetas al mes, cifra superior al presupuesto nacional de antes de la guerra. El jefe de estado mayor era el apolítico, o políticamente ambiguo, Vicente Rojo, que fue promovido a general en noviembre de 1937, y resultó ser eficaz en su cargo, pese a su innato pesimismo. El ejército del centro seguía mandado por Miaja, el de Levante, por Hernández Saravia y el del este, por Pozas. Dos ejércitos inactivos, el de Andalucía y el de Extremadura, estaban encabezados respectivamente por los coroneles Prada y Burillo. Aquél fue el último comandante en jefe del norte, y éste era el aristocrático y «comunizante» ex-jefe de los guardias de asalto. Hidalgo de Cisneros, al frente de la aviación republicana, contaba ahora con 200 cazas, 100 bombarderos y otros 100 aparatos de reconocimiento o de otro tipo. Así, la República mantenía su superioridad en cuanto al número de aviones, salvo bombarderos. La mayoría de los aparatos ya iban pilotados por españoles y no por rusos, aunque Rusia todavía mantenía una misión aérea a las órdenes de «Montenegro», que había sido sucedido por un tal coronel «José», igualmente inidentificado.^[819] La flota permanecía inactiva. Después de la pérdida de un convoy procedente de Rusia el día 7 de septiembre, debido a la reacción del capitán del crucero nacionalista Baleares, Buiza fue destituido de su puesto de almirante responsable de la flota, siendo sustituido por el capitán González de Ubieta. Pero la situación naval de los republicanos seguía empeorando. La moral era baja, raras veces se tomaban iniciativas y la flota republicana, al revés de lo que sucedía con los nacionalistas, era un gasto desproporcionado para su eficacia real en la guerra. Las Brigadas Internacionales estaban formalmente incorporadas al ejército republicano. Oficialmente, ocuparon el lugar de la legión extranjera del antiguo ejército español. Se prestó cuidadosa atención a la disciplina y la uniformidad. En el semanario *Our Fight*, publicado en inglés por la 15ª Brigada Internacional, apareció una justificación del saludo en cinco puntos:

1. El saludo es el modo militar de decir «hola». 2. El saludo es el modo más rápido para un soldado de decir a su oficial: «¿Qué ordena?» 3. El saludo no es antidemocrático: dos oficiales de la misma graduación, cuando se encuentran de servicio, se saludan mutuamente. 4. El saludo significa que un camarada que era individualista y egocéntrico en su vida privada se ha adaptado a una forma colectiva de hacer las cosas. 5. El saludo es la prueba de que nuestra brigada se está convirtiendo en un acerado instrumento de precisión para eliminar a los fascistas y está dejando de ser un grupo de aficionados.^[820]

A principios de 1937 estas recomendaciones iban acompañadas por un llamamiento a todos para que aprendieran el español. El periódico *Volunteer for Liberty* decía que ello era «nuestro deber de antifascistas». A las brigadas se les hacía cada vez más difícil encontrar nuevos reclutas en el extranjero. Así, el Partido Comunista italiano empezó reclutando 400 voluntarios al mes, cifra que luego descendió a 100 o 150. En el invierno de 1937-1938, esta cifra fue de 68, 77 y 34 en los meses de diciembre, enero y febrero.^[821] Los voluntarios regresaban decepcionados. La liquidación del POUM causó pésima impresión. Las brigadas acogían cada vez más a voluntarios españoles. Se estaba incubando la crisis en el seno de la organización. El francés Vital Gaymann, director de la base de Albacete, fue acusado de desfalco y marchó en dirección a París. Al parecer, él y

sus secuaces se habían apoderado de muchos de los efectos personales de los voluntarios.^[822] Su sucesor fue «Gómez» (Zaisser), quien anteriormente había mandado la 13ª Brigada Internacional. Este nombramiento avivó el conflicto entre los comunistas alemanes y franceses de Albacete. El búlgaro Karpov, intendente del ejército (en sustitución de Louis Fischer), y el comunista francés Grillet, junto con su mujer, también fueron acusados de desfalco. Los Grillet eran amigos íntimos de Pauline Marty. Al final se extendió el rumor de que el propio Marty había «volé les soldats de la liberté». El escándalo creció tanto que el gran hombre se vio obligado a ir a Moscú para justificarse y no volvió a España durante largo tiempo.^[823] También estalló otro escándalo en el que se vieron implicados los generales Asensio, Martínez Cabrera y Martínez Monje, asociados a Largo Caballero. Después de la caída de Gijón fueron detenidos, junto con el coronel Villalba, de Málaga, acusados de traición. Pero demostraron su inocencia y fueron puestos en libertad.^[824] La República habría mostrado más sentido militar de haber prestado mayor atención al problema de la escasez de camiones de repuesto que a descubrir espías potenciales. La escasez de camiones era resultado de la negligencia y no sólo de las pérdidas en el campo de batalla.^[825] Cundía la desilusión en todo el ejército, y no ya simplemente en las Brigadas Internacionales: en este segundo invierno de la guerra fueron frecuentes la fatiga, el shock nervioso y la desmoralización, como puede deducirse del número de causas seguidas contra quienes abandonaban la batalla sin permiso o como desertores.^[826] Las deserciones fueron en aumento. Si bien es verdad que la República había organizado un ejército moderno antes que sus rivales, no es menos cierto que en su seno se reprodujeron las envidias y la burocracia que caracterizaban al antiguo ejército: Miaja, por ejemplo, se sintió con el suficiente poder para insistir en que no se emplearan sus reservistas para combatir en otros frentes que no fueran los de la zona central. Gracias a Rusia, empezaban a adquirirse las armas esenciales, aunque, como señalara Prieto al encargado de negocios norteamericano, Stalin temía que quedara al descubierto lo que todo el mundo sabía ya, es decir, que estaba vendiendo armas al gobierno republicano. La República, señaló Prieto, se veía obligada a pagar la tarifa completa por las mercancías que compraba. Aparte de Rusia la República compraba armas a intermediarios y aventureros. Todos ellos, se lamentaba Prieto, sacaban unos beneficios desorbitados.^[827] En el centro de estos traficantes de armas e idealistas, agentes del Komintern y gánsters vulgares, el periodista norteamericano Louis Fischer seguía dirigiendo la cadena de compraventa de armas desde el hotel Lutetia de París, en colaboración con el coronel Pastor. Mandaron unas doscientas expediciones de material de guerra de Francia a España en los nueve meses comprendidos entre el 1 de julio de 1937 y el 1 de abril de 1938.^[828] Continuaron las dificultades de Negrín con los socialistas caballeristas y los anarquistas. En discursos pronunciados en París y en España, Largo había ofendido a sus sucesores. Sus partidarios fueron expulsados de Claridad, periódico socialista madrileño, que tanto había hecho por defender su causa a principios de 1936. El 1 de octubre, la UGT, tras una penosa discusión, expulsó a Largo Caballero y a sus partidarios del comité ejecutivo con el pretexto, técnicamente válido, pero en realidad indefendible, de que no

había pagado sus cuotas.^[829] El hecho en sí era una prueba más de que la guerra es capaz de ennoblecer a las personas, pero también de rebajarlas. El 19 de octubre, el ex-jefe de gobierno pronunció un discurso en Madrid en el que criticaba la actuación de Negrín en la guerra. El gobierno autorizó el discurso creyendo que Largo Caballero daría la impresión de estar loco. Pero, en cambio, resultó ser una autodefensa digna y exenta de amargura.^[830] Sus actividades posteriores fueron prohibidas. El director general de Seguridad, Carlos de Juan, telefoneó personalmente a Largo Caballero para impedir que éste se desplazara a Alicante donde iba a pronunciar otro discurso, alegando que no estaban autorizadas las concentraciones de masas. Largo Caballero protestó, sin resultado.^[831] Durante el verano de 1937 el Partido Comunista siguió presionando para lograr la unificación entre socialistas y comunistas, y el 17 de agosto se publicó un pacto de cooperación entre ambos partidos. En él se reiteraban los objetivos bélicos del gobierno de Negrín, y se agregaba el siniestro comentario de que la izquierda revolucionaria habría de ser purgada. Pero ni en esta declaración ni en otra posterior, firmada el día 10 de octubre por los cinco partidos del Frente Popular, hacían ninguna concesión nueva a los comunistas. A finales de octubre, Negrín concluyó las discusiones sobre la unidad declarando que una organización rígida era más adecuada para la España nacionalista que para la republicana. Este desaire no se vio compensado por el éxito obtenido por los comunistas en el mes de noviembre, cuando lograron una alianza de los movimientos juveniles, incluyendo a los anarquistas (Alianza Juvenil Antifascista o AJA) por medio de un programa moderado. Los socialistas no pudieron oponerse a él, pues sus Juventudes ya habían quedado absorbidas tiempo atrás. Aunque la nueva organización no tenía una política propia, no dejaba de ser un claro indicio de que las juventudes anarquistas habían aprendido la lección de las algaradas de mayo. Ya no serían la punta de lanza de la oposición no oficial. (El hundimiento de Asturias había acabado con la rama independiente de las juventudes de esta provincia, creada por escisión.) El 1 de octubre, las Cortes celebraron una de las seis sesiones anuales que venían manteniéndose para guardar las formas externas de la democracia. Dominaban en ella los fantasmas. En los primeros meses de la guerra, veintiocho diputados habían sido asesinados en zona republicana; por lo menos el doble de esa cifra son los que fueron fusilados por los rebeldes, y probablemente cien diputados de los elegidos en 1936 apoyaban la rebelión contra la República con éxito aparente. Muchos diputados republicanos se encontraban en el extranjero, como Marcelino Domingo o Albornoz, u ocupaban puestos de embajador o se hallaban en el exilio. Entre los doscientos diputados presentes —cifra aproximada— había varios radicales y un miembro de la CEDA. Pórtela Valladares, el débil jefe de gobierno de las elecciones del 36, asistió a la sesión. En un primer momento se unió a la causa de Franco salvándose de morir a manos de los anarquistas. Luego explicó que Franco había intentado convencerle de que proclamase el estado de guerra después de las elecciones de 1936. Era un hombre ambiguo y el discurso que pronunció en esta ocasión no aumentó su prestigio. Los comunistas, que decían contar con 300.000 afiliados, aparte del PSUC (con unos 64.000) y las juventudes socialistas-comunistas unidas, propusieron la

celebración de nuevas elecciones, aunque sin mucho entusiasmo. Ciertamente la representación parlamentaria del partido no reflejaba su fuerza real. La crítica más dura a la acción del gobierno vino de las filas de la CNT, algunos de cuyos miembros todavía confiaban en crear un estado sindicalista al margen de la guerra civil. Durante el otoño y el invierno de 1937-1938 concentraron sus esfuerzos en mantener la independencia, aunque sin tratar de extenderla, tratando de conservar a ultranza el funcionamiento de sus ya escasas colectividades. En septiembre de 1937 se celebraron sendos congresos de la CNT en los que se discutió la línea a seguir. Aunque se examinaron algunas propuestas de reforma que cubrían todos los aspectos de la economía republicana, la mayor parte de las ideas presentadas tendían a mejorar el estado de cosas existente. El aspecto milenarista del anarquismo se había casi esfumado. Lo que quedaba de él no parecía sino un movimiento federalista sin organización nacional efectiva, que en general prestaba su apoyo al gobierno, aunque de mala gana. Bajo la influencia de Horacio M. Prieto, el realista ex-secretario general de la CNT, se pudo convencer a los anarquistas de que aceptaran la nacionalización de las grandes industrias y bancos a cambio de la colectivización de las pequeñas empresas, y también la «municipalización» de los servicios locales. Pero no siguieron a Horacio M. Prieto hasta el punto de formar un partido político surgido de la CNT, como el Partido Socialista había surgido de la UGT.^[832] La ocupación de Aragón por las tropas de Lister fue acompañada por esfuerzos similares, aunque frustrados, encaminados a destruir las colectividades de La Mancha y Castilla, por parte de las tropas comunistas de «el Campesino». En septiembre de 1937, se produjo en Barcelona un penoso incidente, y sólo en el último momento pudo evitarse el estallido de una nueva guerra entre los distintos partidos cuando las fuerzas armadas intentaron ocupar la sede del sindicato de alimentación, en donde todavía quedaban armas ocultas: se descubrieron 8.000 bombas, centenares de fusiles, ametralladoras y millones de cartuchos.^[833] En el invierno de 1937-1938 subsistían aún muchas colectividades en la España republicana, incluso en Aragón, aunque había rumores incesantes sobre su próxima abolición. Pero la fe ya había desaparecido. Los periódicos anarquistas seguían criticando al gobierno y a los comunistas en casi cada número. «Hoy todavía más que en tiempos de la dictadura [de Primo de Rivera] —escribió en Campo Libre alguien que firmaba con el apodo de «un ateo»— unos hombres mediocres, borrachos y arrogantes declaran ser los dueños absolutos de España.»^[834] En otro número del mismo periódico se colocaba a los comunistas en el mismo plano que a Maquiavelo y a Ignacio de Loyola.^[835] «Desde Cristo hasta Durruti —decía otro artículo— el poder político, cualquiera que fuese su nombre, se ha complacido en asesinar a los predicadores de doctrinas.»^[836] A lo largo del invierno, la censura se fue haciendo cada vez más rigurosa; Solidaridad obrera fue suspendida varios días por el mero hecho de dejar espacios en blanco en los lugares correspondientes a los artículos censurados: ningún periódico podía dejar constancia de la actividad de la censura, ni por obra ni por omisión. A la mayor parte de los anarquistas, los dirigentes del Partido Socialista se les antojaban idénticos a los «otros marxistas», es decir, a los comunistas. Además la vieja UGT era distinta y entre ésta y la CNT existía buena

colaboración a nivel local. La colectividad de zapateros de Lérida, la cooperativa del chocolate de Torrente —Valencia—, los molinos de harina de la misma Valencia, las colectividades generales de Játiva o Mas de las Matas, seguían funcionando y, si no mediaba presión alguna de los intereses del gobierno, actuaban con la misma independencia que a principios de la guerra. A finales de 1937, el Instituto de Reforma Agraria informó que se habían expropiado 5.800.000 acres de tierra por abandono de sus dueños o por responsabilidades políticas y 4.800.000 acres por razones de «utilidad social». Así, la República ponía en práctica de forma irónica, la ley de 1935. Otros 3 millones de acres fueron ocupados provisionalmente. En total sumaban 13 millones de acres, o sea una cuarta parte de la superficie cultivable de la zona republicana.^[837] Según un informe, en 1937-1938 se plantaron 100.000 acres más de cereales que en 1936-1937, pero faltaba mano de obra. El mismo informe señalaba que los tractores no eran manejados correctamente: la capacidad del gobierno para prestar ayuda venía limitada por la actitud de los campesinos, quienes no declaraban cuántas máquinas poseían por miedo a la confiscación.^[838] El gobierno no halló el medio de convencer u obligar a las colectividades o a los campesinos para que, en vez de consumirlos, entregasen los frutos de lo que a veces era una mayor producción. A finales de 1937, circulaban continuos rumores de negociaciones para lograr una paz de compromiso. Ángel Ossorio y Gallardo, embajador de la República en París, recibió el encargo de ponerse en contacto con un grupo de monárquicos en esta ciudad. Ángel Díaz Baza, amigo de Prieto, entabló negociaciones en Hendaya con el nacionalista Troncoso, gobernador militar de Irún.^[839] Pero, en realidad, Franco no tenía el más mínimo propósito de hacer concesiones. Otro contacto se estableció a través de la Cruz Roja. El doctor Junod, con la ayuda de la embajada británica en Hendaya, logró intercambiar pequeños grupos de prisioneros. Pero ello apenas podía influir en la situación de otros tantos miles que seguían en España. La mayoría de los refugiados en las embajadas extranjeras de Madrid desde el comienzo de la guerra seguían en ellas. En enero de 1938, en su mayor parte fueron trasladados a Valencia con las respectivas embajadas, y, algo más tarde, fueron enviadas al extranjero 500 personas refugiadas en la embajada francesa. En las embajadas de Valencia, sin embargo, quedaron más de 2.000 personas.^[840] La mayoría de los anarquistas consideraban a Negrín el símbolo de la contrarrevolución. Con todo, y a pesar de que continuaron los desórdenes y la inquietud interna, el gabinete de Negrín alcanzó un grado tal de unidad que constituía de por sí una revolución dentro de la historia de España. El propósito de Negrín era crear un Estado fuerte, capaz de resistir, si no de vencer, a otro Estado igualmente fuerte. También trató de limitar la expansión de las colectividades agrarias, de reducir el control obrero, sustituyéndolo por la nacionalización o la dirección estatal. Quiso dar estímulos a los poseedores de capital y a la pequeña burguesía, y compensar a quienes habían visto confiscado su capital. La reforma agraria continuó, pero el ministerio de Agricultura no concedió créditos ni ayuda técnica a las colectividades agrarias no reconocidas por el Estado. Ello representaba una razonable solución socialdemócrata a los problemas de España durante la guerra. Negrín luchaba por la

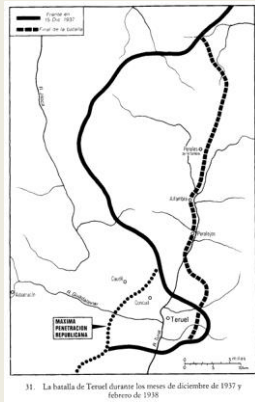
democracia y la libertad, aunque llegó a confiar en el apoyo de los comunistas (muchos de los cuales lo eran por mero oportunismo). Quienes luchaban por la revolución, de cualquier signo que fuesen, jamás le perdonaron. Así pues, tuvo muchos enemigos, y entre ellos figuraban, como mínimo, los indicados por el competente y realista coronel Prada, último comandante en jefe del ejército del norte, a Azaña: «Lo peor de esta guerra no es que casi nadie diga la verdad de lo que ve y sabe, sino que muchas personas responsables son incapaces, por tener los cascos llenos de viento, de darse cuenta exacta de lo que ven».^[841]

44

Teruel. — Attlee en el batallón británico. — El coronel Rey d'Harcourt. — Canta Paul Robeson. — «El Campesino», rodeado. — Ruptura del frente de Aragón. — Queda abierto el camino a Barcelona. — Las fuerzas de Alonso Vega llegan al mar.

Tras la conquista de Asturias la idea de Franco era atacar Guadalajara y dirigirse luego contra Madrid. El proyecto no llegó a madurar. Los planes del generalísimo fueron descubiertos. Según una información reciente, un espía republicano cruzó las líneas enemigas disfrazado de pastor y tomó nota del plan en el puesto de mando nacionalista.^[842] Sea o no verdad, lo cierto es que la República en cambio lanzó su propia ofensiva contra Teruel el 15 de diciembre, una semana antes de la fecha prevista para que empezase el ataque contra Guadalajara. Se escogió Teruel porque se creía que estaba débilmente defendida; la conquista de esta ciudad reduciría la línea de comunicaciones entre Castilla la Nueva y Aragón y pondría en peligro la carretera de Zaragoza. Igual que Belchite, Huesca y Zaragoza, Teruel era una ciudad que había fascinado a los republicanos desde el principio de la guerra. Quizá Prieto confiaba en utilizar la conquista de Teruel para lograr una posición de fuerza desde la cual intentar concluir un armisticio. Intervendría en la operación el ejército de Levante a las órdenes de Hernández Saravia. Éste había reorganizado sus fuerzas de arriba abajo: cuando se hizo cargo del mando, las líneas republicanas se hallaban

a treinta y dos kilómetros del enemigo, él mismo carecía de vehículo para sus desplazamientos y en el cuartel general no quedaban víveres. Las diversas unidades se alojaron ocasionalmente en los pueblos del bajo Aragón, acantonadas en las inmediaciones.^[843] En el mes de diciembre, el ejército de Hernández Saravia sumaba un total de 100.000 hombres, integrados en el 18º Cuerpo de ejército mandado por el coronel Fernández Heredia, que era uno de los oficiales regulares que participaron en la defensa de Madrid en 1936; el 20º Cuerpo de ejército, a las órdenes del coronel Menéndez, que fuera ministro del «gabinete negro» de Azaña anterior a la guerra y el 22º Cuerpo de ejército, dirigido por el coronel Juan Ibarrola, oficial vasco de la guardia civil que hasta entonces había luchado en el frente del norte. Católico ferviente, Ibarrola se encontraba a gusto colaborando con los comunistas, como sucedía con muchos oficiales conservadores. El cuerpo de ejército que dirigía incluía a la 11ª División de Líster, que fue escogida para efectuar el ataque inicial.^[844] Como era habitual, el general ruso «Stern» (Grigorovitch) actuó de asesor de la campaña, desempeñando un papel importante en su ejecución. Teruel es la desolada capital amurallada de una provincia pobre y cuenta con una población de 20.000 habitantes. En invierno se registran en ella las temperaturas más bajas de España. La ciudad es célebre por la sombría leyenda de Los amantes de Teruel, que suele atraer a quienes buscan un tema melancólico para un ballet corto. Esta triste historia proporcionaba un escenario adecuado para la atroz batalla de Teruel, que duró más de dos meses. El 15 de diciembre de 1937, mientras caía la nieve y sin preparación artillera ni aérea (a fin de disimular sus intenciones), Líster inició el ataque. Él y Heredia comenzaron a rodear la ciudad.^[845] Esto lo realizaron avanzando directamente hacia una cresta situada al oeste de la ciudad, denominada La Muela de Teruel. Por la noche, la ciudad estaba sitiada. El comandante de la guarnición de Teruel, coronel Rey d'Harcourt, comenzó a retirar a los defensores hacia el interior de la ciudad. El día 17 desistió de mantener la resistencia en La Muela. Pero, hasta el 23 de diciembre, Franco no decidió suspender la ofensiva de Guadalajara, pues los asesores alemanes le instaban a que no lo hiciera. Franco tomó aquella resolución cuando se convenció de que no podía permitirse el fracaso político que suponía abandonar una capital de provincia. El ataque constituyó una sorpresa para la España nacionalista. Por mucho que los comunistas temieran al espionaje enemigo, en la región de Teruel no existía apenas ese peligro.^[846] Pero, como en Brunete, Franco no estaba dispuesto a hacer concesiones al enemigo y organizó un contraataque frontal en un frente estrecho. Por Navidad, los republicanos habían penetrado en la ciudad, mientras los 4.000 defensores (la mitad eran paisanos) se acantonaban en las dependencias del gobierno civil, el Banco de España, el seminario y el convento de Santa Clara. Estos edificios se hallaban agrupados en la parte sur de la ciudad. El 20 de diciembre, Ciano afirmaba temerariamente en su diario: «Las noticias de España son pesimistas. Franco no tiene idea de lo que significa la síntesis en la guerra. Sus operaciones son las de un magnífico jefe de batallón. Su objetivo es siempre el terreno, no el enemigo».^[847]



La contraofensiva de Franco para liberar Teruel no comenzó hasta el 29 de diciembre. Se telegrafió a Rey d'Harcourt que «confiara en España como España confiaba en él» y que resistiera a toda costa. Después de un día de bombardeos artilleros y aéreos, los generales Varela y Aranda, el experto africanista de la ofensiva contra Madrid y el «héroe de Oviedo», con los cuerpos de ejército llamados de Castilla y Galicia, recientemente organizados, avanzaron. Dávila actuaba de jefe supremo. A las órdenes de estos generales luchaban las brigadas navarras, ahora transformadas en divisiones. Protegía la maniobra la Legión Cóndor, cuyo personal empezaba a sentir cansancio ante los cambios constantes de frente de operaciones.^[848] Las líneas republicanas fueron rechazadas sin que llegaran a romperse. Rey d'Harcourt mantenía la resistencia en el interior de la ciudad. La víspera de año nuevo, mientras empeoraba el tiempo, los nacionalistas realizaron un supremo esfuerzo y consiguieron llegar a La Muela de Teruel por la tarde. Desde allí podían cañonear fácilmente la ciudad pero los republicanos mantuvieron la resistencia hasta que la visibilidad se hizo prácticamente nula. Las carreteras y los motores de todas las máquinas de guerra se helaron. Teruel, manteniendo su reputación de clima extremado, registró una temperatura de dieciocho grados bajo cero. Los hombres que en Brunete habían maldecido el implacable sol de Castilla caían congelados. Los nacionalistas sufrieron más los efectos del frío, ya que su falta de industrias textiles dificultaba el suministro de ropas de abrigo. El servicio de costura de las «mujeres al servicio de España» no alcanzaba a fabricar suficiente ropa de invierno. Hubo una tormenta que duró cuatro días, dejando casi un metro de nieve que aislaba a ambos ejércitos de sus centros de aprovisionamiento. Seiscientos vehículos se encontraban paralizados por la nieve entre Teruel y Valencia. Entretanto proseguían los combates en el interior de la ciudad. Prieto insistió en que no se causaran daños al personal civil, lo cual excluía el uso de grandes minas. Los republicanos se limitaron a lanzar granadas contra los sótanos arruinados de los edificios en los que se concentraban los defensores, tiritando de frío. El día de año nuevo de 1938, habían muerto todos los defensores del convento y del hospital de Santa Clara. El 3 de enero, cayó el gobierno civil. El resto de los defensores habían quedado sin agua ni medicamentos, y contaban con pocos víveres. Se defendían entre montones de escombros. Pero continuaron resistiendo hasta el 8

de enero. En este día el mal tiempo volvió a impedir el contraataque nacionalista. De todos modos, se reanudaron los ataques de artillería sobre un terreno cubierto de espesas capas de nieve. El coronel Rey d'Harcourt, con el obispo de Teruel a su lado, se rindió finalmente. No era más que un soldado y los nacionalistas le acusaron de cometer errores militares y de traición. La rendición de éste parecía un acto demasiado racional a los ojos de la nueva España de Franco, aunque hubiera resistido más de lo humanamente posible. Después de la rendición se evacuó a la población civil de Teruel. Los republicanos se convirtieron en sitiados y los nacionalistas en sitiadores. Por lo que se refiere al obispo, Prieto deseaba que le acompañaran escoltado a la frontera y le dejaran en libertad. Pero el consejo de ministros se opuso por mayoría a aprobar esta propuesta humanitaria, y tanto el obispo como el coronel Rey d'Harcourt fueron encarcelados.^[849] El 17 de enero, Aranda y Varela trataron de ocupar las colinas que rodeaban a la ciudad. La artillería pesada italiana entró en acción para dejar el camino expedito. Al cabo de una hora de lucha, acompañada de combates aéreos entre los cazas Fiat y la aviación rusa, se rompieron las líneas republicanas. El día 19, entraron en acción por primera vez las Brigadas Internacionales a las órdenes del general «Walter».^[850] Los republicanos fueron retirándose paulatinamente, perdiendo el dominio de los altos de La Muela. Pero los días 25, 26 y 27 de enero Hernández Saravia lanzó reiterados contraataques en toda la línea del frente situada al norte de Teruel. En las filas republicanas cundía la fatiga y no faltaban casos de insubordinación; en Rubielos de Mora, el comandante de la 40ª División, Andrés Nieto, fusiló por rebelión a unos cincuenta hombres, entre ellos a tres sargentos, el día 20 de enero.^[851] El 7 de febrero, los nacionalistas lanzaron un ataque en dirección al río Alfambra, al norte de Teruel, en donde las defensas republicanas eran débiles al hallarse concentrado en Teruel el grueso de sus fuerzas. La batalla duró dos días y los nacionalistas cruzaron el frente en tres puntos. La caballería de Monasterio avanzó en forma arrolladora, protagonizando la carga de caballería más espectacular de toda la guerra civil y acaso la última en la historia de la guerra.^[852] Aranda y Yagüe, este último al frente del constituido «ejército de Marruecos», avanzaron con igual celeridad. El 7 de febrero se logró la victoria completa, antes de que Hernández Saravia acertara a enviar refuerzos. En aquellos dos días la República perdió 800 kilómetros cuadrados de terreno, 7.000 hombres cayeron prisioneros y sufrió otras 15.000 bajas, perdiendo asimismo gran cantidad de material: municiones, armas y ambulancias. Los que no quedaron cercados huyeron atropelladamente, siendo ametrallados por la aviación. La última batalla de Teruel comenzó el 17 de febrero. Aquel día, Yagüe atravesó el Alfambra y, avanzando hacia el sur por la margen derecha del río, aisló a la ciudad por el norte. El día 18 Aranda y Yagüe iniciaron un movimiento envolvente, similar al efectuado en diciembre por los republicanos, a varios kilómetros de la ciudad. El 20 de febrero quedaron amenazadas por ambos lados las comunicaciones con Valencia por carretera y ferrocarril, mientras otras unidades nacionalistas empezaban a penetrar en Teruel. Hernández Saravia ordenó la retirada. La mayor parte de las fuerzas republicanas estaban fuera de peligro antes de cortarse la retirada pero, aun así, abandonaron mucho material. Fueron hechos prisioneros 14.500 hombres. En estas batallas, los nacionalistas

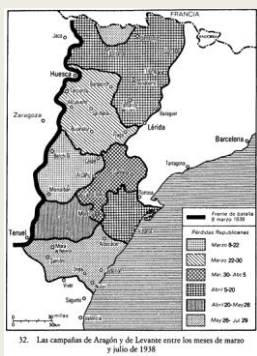
contaban sólo con una ligera superioridad aérea, si se comparan cifras: los republicanos tenían 120 cazas frente a 150 aparatos nacionalistas, 80 bombarderos frente a 100 y, en cuanto al resto de aparatos, la proporción era de 100 a 110. Pero los rebeldes superaban a sus enemigos por su moral de combate, su desprecio al peligro y su preparación militar. Es difícil calcular las bajas producidas en Teruel. Parece ser que el ejército nacionalista que acudió en auxilio de la plaza registró 14.000 muertos, 16.000 heridos y 17.000 bajas por enfermedad. Los que se hallaban en el interior sumaban 9.500 hombres y todos murieron o cayeron prisioneros antes de febrero. Resulta prácticamente imposible calcular las bajas republicanas, pero, en todo caso, no fueron inferiores a la mitad de las bajas enemigas.^[853] Entre las fuerzas que quedaron sitiadas en Teruel se encontraba «el Campesino» con la 46ª División, que trató de huir rompiendo el cerco del enemigo. Este barbudo hombre de acción afirmó más tarde que Líster y Modesto, sus rivales entre los mandos comunistas, le habían abandonado a su suerte en Teruel. Agregó que el general ruso Grigorovitch había suspendido el envío de municiones a Teruel, provocando su caída a fin de desacreditar a Prieto.^[854] Por su parte, Líster declaró que «el Campesino» había desertado del campo de batalla.^[855] Esta polémica, de carácter más político que militar, ha venido arrastrándose años y años y es de difícil solución. «El Campesino» tiene mala memoria, pero tampoco sus rivales comunistas tenían la conciencia tranquila. Los combates librados a principios de 1938 fueron acompañados por intensos bombardeos aéreos contra Barcelona. El 6 de enero, Prieto propuso un pacto en el que se prohibiera el bombardeo aéreo de las ciudades de la retaguardia por ambas partes. Los nacionalistas respondieron que seguirían bombardeando Barcelona a menos que las industrias de esta ciudad fueran evacuadas. El 26 de enero los republicanos bombardearon Sevilla y Valladolid. Tales acciones contravenían las instrucciones de Prieto y obedecían a las órdenes de Hidalgo de Cisneros.^[856] Los nacionalistas replicaron con un nuevo ataque contra Barcelona el día 28 de enero, que causó 150 muertos, y fue dirigido por los italianos desde Mallorca sin consultar al mando español. Ciano leyó con satisfacción un relato melodramático de los bombardeos: «Jamás he leído un documento de un realismo tan aterrador. Han sido destruidos grandes edificios, el tráfico ha quedado interrumpido [...] el pánico rayaba en la locura y se han producido 500 heridos. Y eso que en el ataque sólo han intervenido nueve aviones Savoia 79 y la operación no ha durado más allá de minuto y medio».^[857] Se reanudó la actividad submarina en el Mediterráneo, protagonizada por los dos submarinos nacionalistas comprados a los italianos. El 12 de enero fue hundido el mercante holandés Hannab. Los días 15 y 19 de enero se intentaron sendos ataques frustrados contra buques británicos. El 1 de febrero, el buque británico Endymion, que transportaba carbón a Cartagena, fue torpedeado y hundido, muriendo 10 hombres, incluido un oficial sueco que era observador del comité de no intervención a bordo de la nave. El Endymion se dedicaba notoriamente al contrabando y se había ofrecido para transportar carbón a los nacionalistas. Pero Edén advirtió a Grandi que la armada británica se reservaba el derecho de destruir todos los submarinos sumergidos que encontrara en su zona de patrullaje. La advertencia fue atendida y durante cierto espacio de tiempo no hubo que lamentar nuevos ataques

submarinos, si bien continuaron los ataques contra buques mercantes que aprovisionaban a la República. De todos modos, el almirantazgo entabló buenas relaciones con el almirante Moreno, jefe de la flota nacionalista, instalado en Palma de Mallorca, quien Ies revelaba los puntos en que operaban los submarinos «legionarios» y los nacionalistas.^[858] Entretanto el escenario internacional, siempre inquieto, se estaba transformando a pasos agigantados en la primavera de 1938. No variaba, en cambio, la incesante actividad y la indecisión del comité de no intervención. Lord Plymouth, respondiendo a la propuesta de Franco de que se garantizaran los derechos de los beligerantes a cambio de la retirada de 3.000 «voluntarios», hizo una contraoferta, en la que se estipulaba la retirada de las tres cuartas partes de las fuerzas extranjeras como condición previa. Pero lord Plymouth no quería apresurarse. El representante alemán Woermann (la mayor parte del tiempo suplente de von Ribbentrop), describió como sigue la actividad del comité a finales de enero: «Es un trabajo meramente ilusorio, pues cada participante ve claramente el juego del otro y no se atreve a manifestarlo de forma abierta. La política de no intervención es tan inestable y resulta un invento tan artificial que nadie se atreve a cargar con la responsabilidad de una negativa que ocasione su hundimiento. Así vemos que se discuten hasta la saciedad propuestas muy inconvenientes en vez de rechazarse de plano. Ha sido un acierto táctico el plantear el tema de los derechos de beligerancia simultáneamente al de los voluntarios —agregó—, pues ello ha permitido prolongar la discusión indefinidamente».^[859] Woermann creía que a Inglaterra le interesaba el proyecto de retirada de voluntarios con el fin de que los italianos evacuaran las Baleares. Los voluntarios no podrían retirarse hasta mayo, declaró para tranquilizar a sus superiores, y siempre sería posible señalar nuevas prórrogas. El poeta comunista inglés Edgell Rickword fustigó al comité con justificada amargura en su poema «A la esposa de un estadista de la no intervención»:

Permitidme, Señora, invadir por un instante la agradable paz de vuestro gabinete. ¿Dije invadir? Es demasiado fuerte. Soy voluntario, y como tal he venido O sea que, por favor, no chilléis ni hagáis una escena ni llaméis a Bautista para que intervenga.

El ministro alemán de Asuntos Exteriores (cuyo principal experto en España por entonces era Weizsaecker) replicó a Woermann con el mismo cínico realismo. La política alemana consistía en impedir la victoria republicana (y no necesariamente en asegurar la victoria nacionalista). Su objetivo era ganar tiempo, aplazando «lo más posible el momento en que tengamos que tomar una decisión fundamental».^[860] Lord Plymouth, el incansable pacificador, no tardó en presentar nuevos planes para la retirada de voluntarios. Las grandes potencias tendrían que optar entre una retirada proporcional o una retirada numérica. La cifra de 15.000 o 20.000 podía considerarse «sustancial».^[861] Grandi y Woermann respondieron cortésmente. Por entonces se estaban desarrollando en Londres otras conversaciones de mayor trascendencia entre Grandi, Edén y Chamberlain. Quedó patente que cada uno de ellos representaba una postura distinta. Las relaciones de Edén con Chamberlain eran frías desde que, en el mes de enero, y en ausencia de aquél, éste pusiera sordina al proyecto de Roosevelt de convocar una conferencia general de paz.^[862] Edén deseaba negociar un acuerdo anglo-italiano condicional para la retirada de algunos

voluntarios, por lo menos. Chamberlain estimaba que tanta insistencia suponía pérdida de tiempo. El 18 de febrero, Grandi se negó a discutir por separado el tema de los voluntarios en España. Propuso que se celebraran «conversaciones globales» en Roma, que incluyeran también el estudio del reconocimiento británico del imperio italiano en Abisinia. Chamberlain se mostró de acuerdo y Edén se opuso. El día 20, este último dimitió, junto con el subsecretario de Estado, lord Cranborne, con gran regocijo de Ciano y Mussolini, compartido también (si hemos de creer a Ciano) por lord Perth.^[863] Poco después, el 6 de marzo, la República recibió el estímulo inesperado de una victoria naval. El grueso de la flota nacionalista, encabezados por los cruceros *Baleares*, *Canarias* y *Almirante Cervera* pasó frente a la costa de Cartagena, la medianoche del día 5 de marzo, formando convoy con algunos buques mercantes. Habían zarpado de Palma y se dirigían hacia el sur. Los cruceros republicanos *Libertad* y *Méndez Núñez* y los destructores *Lepanto*, *Sánchez Barcáiztegui* y *Almirante Antequera*, mandados por el capitán González Ubieta, abordaron a las fuerzas nacionalistas, excesivamente confiadas en sí mismas. Los cruceros republicanos lanzaron unos cuantos torpedos y se retiraron a continuación. El *Baleares* fue tocado en su parte central e hizo explosión. Los barcos ingleses *Kempenfelt* y *Boreas*, que eran los buques más próximos de la patrulla de no intervención, recogieron a 400 de los 1.000 hombres que se hallaban a bordo, trasladándolos al *Canarias*. El almirante nacionalista, Manuel Vierna, se hundió con su barco, junto con 726 hombres, entre oficiales y tripulación.^[864] Pero el hundimiento del *Baleares* no afectó al dominio de los mares por los nacionalistas. Franco había proyectado la siguiente ofensiva contra Aragón. El ejército atacante estaría a las órdenes de Dávila, con el coronel Vigón asesor de Franco, como jefe de estado mayor. Solchaga, Moscardó, Yagüe y Aranda mandarían sendos cuerpos de ejército, y asimismo el general italiano Berti. La reserva estaría formada por las divisiones de García Escámez y García Valiño, los más destacados entre los jefes jóvenes. Varela, con el ejército de Castilla, estaría dispuesto para intervenir en los flancos del ataque general, en Teruel. La Legión Cóndor también se mantendría a la expectativa. En cuanto a los tanques alemanes, Franco quería distribuirlos entre la infantería «según el estilo habitual de los generales de la vieja escuela —comentó despectivamente von Thoma—. Tuve que mediar [...] para que se empleasen los tanques de modo concentrado».^[865] Pero los nacionalistas tenían unos doscientos tanques, y en realidad, la táctica era lo que menos importaba.



El ataque, precedido por una intensa acción artillera y aérea, comenzó el 7 de marzo. Las mejores tropas de la República estaban cansadas después de la batalla de Teruel. Su material de guerra estaba agotado: la mitad de las tropas carecían de rifles. El primer día el frente de Aragón se rompió en varios puntos. Como ocurrió después de la batalla de Brunete, los republicanos habían anticipado el punto muerto. Las tropas de primera línea carecían de experiencia de combate. Yagüe avanzó por la margen derecha del Ebro, aplastando toda resistencia. El 10 de marzo, los navarros de Solchaga reconquistaban Belchite. La 15ª Brigada Internacional fue la última que abandonó aquella ciudad arrasada, que cayó con facilidad a pesar de las fortificaciones especialmente diseñadas por el coronel ruso Bielov («Popov»), que era más competente como especialista de la NKVD que como ingeniero.^[866] Los italianos, al principio, hallaron dura resistencia en Rudilla, hasta que, dirigidos por los «flechas negras», consiguieron cruzar las líneas enemigas. «Avanzamos a gran velocidad», se jactaba Ciano desde Roma.^[867] Líster quiso cubrir sus propias responsabilidades haciendo fusilar a algunos jefes de tropa. Éstos eran comunistas y el caso parece que levantó polémicas en el seno del Partido Comunista. Las sentencias fueron cumplidas. El comunista italiano Marcucci («Julio») se suicidó en Madrid para expresar su protesta o tal vez por temor a sufrir la misma suerte de aquellos jefes militares, a quienes había apoyado ante el comité central al tiempo que condenaba su ejecución.^[868] Aranda tuvo que librar duros combates antes de lanzarse a la conquista de Montalbán, el 13 de marzo, a través de las líneas enemigas. Pero la resistencia apenas había comenzado. Rojo instaló en Caspe su centro de operaciones, congregando en esta villa a las Brigadas Internacionales. Pero, aun así, llegaron noticias de que los italianos se aproximaban a Alcañiz. Incluso en aquellos sectores en que las tropas republicanas combatían con eficacia, éstas se veían obligadas a retroceder, debido al hundimiento total de las unidades más próximas. Entretanto, los Heinkel III y los nuevos Savoia italianos bombardeaban la retirada republicana, protegidos por los Messerschmitt y Fiat de vuelo rasante y los aviones de reconocimiento Dornier 17. Se hicieron innumerables prisioneros y los mandos de división quedaron cercados. El general «Walter» estuvo a punto de ser capturado en Alcañiz. Marty se personó en el frente y celebró una reunión con los jefes comunistas de las Brigadas Internacionales. Aunque se reorganizaron algunos mandos (el oficial ruso Mikhail Kharchenko se hizo cargo de la 13ª Brigada), Marty no pudo contener la desbandada.^[869] El 16 de marzo, tres divisiones nacionalistas, mandadas por Barrón, Muñoz Grandes y Juan Bautista Sánchez, del ejército de Castilla, capitaneado por Varela, rodearon Caspe. Por el sur, Aranda ocupó Montalbán. Caspe cayó el 17 de marzo, después de dos días de duros combates, en el curso de los cuales las Brigadas Internacionales, con el concurso de la 15ª Brigada, realizaron prodigios de valor. Para entonces los ejércitos nacionalistas se encontraban ciento diez kilómetros al este del punto de partida de ocho días antes. Al llegar a las defensas naturales de los ríos Ebro y Guadalupe se tomaron un descanso para reorganizar sus fuerzas. El 22 de marzo se reanudó la ofensiva, esta vez en el norte, contra las líneas situadas ante Zaragoza y Huesca, ocupadas por el ejército

catalán desde agosto de 1936. En un día cayeron todas aquellas célebres fortificaciones. Los generales Solchaga y Moscardó lanzaron cinco ataques consecutivos en el frente de 130 kilómetros que separaba Huesca y Zaragoza en el curso de una mañana. Finalmente, Huesca fue liberada,^[870] cayendo también Tardienta y Alcubierre. Al día siguiente, Yagüe cruzó el Ebro, conquistando Pina, el pueblo que había acogido la presencia de Durruti con un silencio hostil. Todos aquellos pueblos revolucionarios de Aragón que, en agosto de 1936, dieron origen a una variada antropología política, se hallaban en manos de los nacionalistas. Perseguidos desde el aire por ráfagas de ametralladoras, los habitantes de aquellas colectividades huyeron hacia el este, uniéndose al éxodo general con el ganado, las aves de corral y los carros cargados de víveres, repitiendo una estampa ya familiar. Porque, aunque ahora la mayoría de los desertores eran hombres que abandonaban a la República para pasarse a los rebeldes, los refugiados que escapaban a las victorias de los rebeldes eran innumerables. El 25 de marzo, Yagüe conquistó Fraga, entrando así en la dorada tierra de Cataluña. La ciudad más cercana era Lérida y en ella «el Campesino» mantuvo una audaz y valiosa resistencia durante una semana. Por el norte Moscardó ocupaba Barbastro. Más al norte, Solchaga se encontraba inmovilizado en los Pirineos. Al intentar abrirse paso por los valles, sus columnas fueron presa fácil de la artillería y la aviación republicanas. Pero al sur, Aranda, García Escámez, Berti y García Valiño cruzaron la altiplanicie del Maestrazgo, situada al sur de Aragón, antes de preparar el avance contra el Mediterráneo. Las líneas del frente apenas existían. Hubo actos aislados de resistencia por parte de algunas unidades republicanas en medio del caos y las sospechas de traición. Las comunicaciones estaban interrumpidas. Algunos jefes anarquistas (como Miguel Yoldi, de la 24ª División) se quedaron sin municiones. Otros (como Máximo Franco, de la 127ª Brigada) fueron detenidos, debido a la desconfianza reinante entre éstos y los comunistas. Marty se trasladaba constantemente de un cuartel general a otro, a la caza de traidores, sin que pudiera evitar la total desintegración de las Brigadas Internacionales. Se sucedían las ejecuciones arbitrarias; no faltaron casos de oficiales que fueron fusilados delante de la tropa, pero, de forma general, como observó cierto capitán llamado Joaquín Frau, «el terror a los ataques aéreos del enemigo era mayor que el que inspiraban los revólveres de nuestros propios oficiales».^[871] En términos generales, la campaña estaba perdida, y no quedaba claro cómo iba a terminar aquella desbandada. Aunque la superioridad artillera y una estrategia eficaz contribuyeron en parte a facilitar los rápidos avances nacionalistas, la superioridad aérea influyó decisivamente en la victoria. Las llanuras aragonesas proporcionaban buenos campos de aterrizaje. Así los aviones podían cumplir las funciones antes reservadas a la caballería de ahuyentar a las unidades republicanas de sus posiciones, como si de una carga se tratara. En el curso de estas batallas, los alemanes adquirieron gran destreza en el empleo de los cazas para apoyar a la infantería. Los rusos eran más cautos en este sentido.^[872] El día 3 de abril, Lérida y Gandesa cayeron en manos de los ejércitos nacionalistas. Fueron hechos prisioneros 140 combatientes británicos y americanos de la 15ª Brigada Internacional. Los restos de esta brigada resistieron unos días más el avance de Yagüe, permitiendo que se

reagrupatan parte de las fuerzas republicanas y se evacuara parte del material. El día 3 de abril, las tropas de Aranda llegaron al Mediterráneo. Pocos días después los italianos estaban a punto de alcanzar la costa en la desembocadura del Ebro. La enérgica resistencia de los hombres de Líster les contuvo en Tortosa. El coronel Gastone Cambara, comandante de las fuerzas italianas en campaña, declaró que existían desavenencias con los españoles. Ciano admitió por primera vez que sus compatriotas no se comportaban de modo irreprochable. «Los oficiales italianos suelen dar muestras de una intolerancia obstinada y provinciana, que sólo puede explicarse por su desconocimiento del mundo», anotó en su diario.^[873] Por el norte, los nacionalistas siguieron avanzando hacia el interior de Cataluña. El 8 de abril cayeron Balaguer, Tremp y Camarasa, aislando a Barcelona de las plantas hidroeléctricas instaladas en los saltos pirenaicos. Ello fue de consecuencias desastrosas para la menguada industria barcelonesa. Hubo que poner en funcionamiento las anticuadas plantas de vapor existentes en la ciudad. Pero Franco no lanzó un ataque frontal contra Cataluña, centrando el esfuerzo militar en el Mediterráneo. Probablemente fue un error estratégico. Aunque tal vez la decisión estaba encaminada a impedir que se extendiera el conflicto, pues Franco aparentemente temía la posibilidad de una intervención francesa en el caso de que «los alemanes» llegaran a los Pirineos.^[874] De todos modos Yagüe sabía que no encontraría grandes obstáculos para llegar hasta Barcelona. Para él, y para otros jefes militares, supuso un duro golpe detener el avance hacia la capital del enemigo. Sea como fuere, el mes de abril aún parecía estar próximo el final de la guerra. El día de viernes santo, Alonso Vega, al mando de la 4ª División Navarra, ocupó Vinaroz, localidad pesquera célebre por sus lampreas. De esta manera pudo hacer la señal de la cruz por primera vez sobre las playas del Mediterráneo. Sus hombres se arrojaron al mar presos de júbilo. El territorio de la República quedaba partido en dos. Las fuerzas de García Val i ño se dirigieron hacia el norte aislando a varios núcleos republicanos al norte del Maestrazgo. El 19 de abril Franco se había adueñado de 60 kilómetros de costa. Aquella racha de victorias tras los momentos angustiosos vividos en las Navidades de la batalla de Teruel, presagiaba, como señaló Serrano Súñer en un discurso del día 3 de abril, que «la guerra se acercaba a su fin».^[875]

45

Negrín en París. — El segundo gobierno de Blum. — Apertura de la frontera. — Ataques aéreos contra Barcelona. — Satisfacción de Mussolini. — Los crímenes del SIM. — Negrín y Prieto. — Tumultos en Barcelona. — Caída de Prieto. — Negrín forma nuevo gobierno.

El hundimiento del frente de Aragón hizo que Negrín se dirigiera urgentemente a París para solicitar al gobierno francés que abriera de nuevo la frontera, que se hallaba cerrada desde el mes de enero, cuando el premier Chautemps formó gobierno sin contar con los socialistas. En un principio, Negrín había pensado declarar que la República estaba a punto de lanzar una contraofensiva a gran escala que, con la ayuda de las armas francesas, aplastaría al enemigo. Prieto le disuadió de esta idea aconsejándole que expusiera la verdad, esto es, que sólo podría evitarse la derrota mediante el suministro regular de armamentos.^[876] Negrín llegó a la capital francesa en el momento oportuno.^[877] Francia, como los demás países europeos, estaba pendiente de la invasión de Austria por Hitler, ocurrida el 12 de marzo. En esta ocasión, los Junker 52, que habían desempeñado un importante papel en los primeros días de la guerra civil, sirvieron para trasladar a Viena a las tropas alemanas.^[878] El día 10 de marzo había caído el gabinete de Chautemps, por la única y sencilla razón de que al jefe del gobierno no le gustaban las crisis exteriores. Blum formó su segundo gobierno, nombrando ministro de Asuntos Exteriores al esclarecido Joseph Paul-Boncour. Chamberlain señaló, a propósito del nuevo gobierno francés, que «no se podía tener en él la menor confianza».^[879] Ciertamente se trataba de un gobierno débil, que además hablaba demasiado. Hasta el circunspecto René Massigli, director político del Quai d'Orsay, llegó a afirmar que la no intervención era «una farsa».^[880] A Fierre Comert, director de información del Quai d'Orsay, se le oyó decir: «Vengaremos a Austria en España».^[881] (De todos modos, Hitler había dicho al canciller austriaco von Schuschnigg que, si no se doblegaba a las exigencias alemanas, Austria se transformaría en «otra España».)^[882] El 15 de marzo, en una reunión del comité francés de defensa nacional, Blum propuso que el gobierno enviara un ultimátum a Franco, redactado en los siguientes términos: «Si en el plazo de veinticuatro horas no ha renunciado al apoyo de las fuerzas extranjeras [...] Francia se reservará el derecho a tomar cuantas medidas de intervención estime convenientes». El general Gamelin señaló que el estado mayor no disponía de un plan de movilización especial para el sudoeste de Francia. Daladier declaró que cualquier intervención francesa en España provocaría la guerra mundial. Léger, que seguía siendo secretario general del Quai d'Orsay, afirmó que la intervención constituiría un casus belli a los ojos de Alemania e Italia y que Gran Bretaña se desentendería de Francia.^[883] El día 17 de marzo, el gabinete francés accedió a la solicitud de Negrín de que se abriera la frontera.^[884] Blum compartió sinceramente la alegría de los republicanos, mientras las armas compradas a Rusia, a traficantes y aventureros particulares, al Komintern o a la misma Francia empezaban a atravesar la frontera pirenaica con destino a España. Pero se desistió de adoptar ulteriores

medidas.^[885] La idea de que un cuerpo motorizado francés acudiera en ayuda de Cataluña fue rechazada por los jefes de estado mayor, al darse cuenta de que tal decisión habría de ir acompañada por una movilización general. Por su parte, el coronel Morell, agregado militar francés en Barcelona, aseguró a Blum: «Monsieur le Président du Conseil: Je n'ai qu'un mot a vous diré: un roi de Frunce ferait la guerre».^[886] Pero von Ribbentrop tenía razón cuando, el 21 de marzo, declaró a Magistrati, encargado de negocios italiano en Berlín, que Francia no intervendría en España sin contar con el apoyo de Gran Bretaña. (Agregó que dudaba de que Chamberlain «se inclinara hacia una política de aventura».)^[887] Pero algunos ministros del gobierno británico se sentían preocupados: el mismo 21 de marzo, el capitán e historiador militar Liddell Hart, que por aquellas fechas era asesor especial del ministerio de la Guerra, escribió un memorándum para Flore-Belisha, ministro de la Guerra británico, en el que llegaba a la conclusión de que «la amistad de España es deseable, su neutralidad es vital [...] desde el punto de vista estratégico, el resultado final de esta guerra y sus consecuencias políticas no son ni pueden sernos indiferentes».^[888] Pero, ¿qué podía hacerse? La cuestión de los voluntarios extranjeros en España había exacerbado el enfrentamiento de Edén con Chamberlain, quedando, por lo demás, sin resolver. (Francia confiaba en que se alcanzara una solución en este punto, cuando menos.) Al generalísimo, que se hallaba a la mitad de su «Segundo Año Triunfal»,^[889] no le importaría tener que prescindir de la infantería italiana, según afirmó el atento marqués de Magaz, embajador nacionalista en Berlín; pero necesitaba a la Legión Cóndor y a los «especialistas» italianos (especialmente los pilotos con base en Mallorca) hasta el fin de la guerra. A Mussolini, como de costumbre, le molestaba que no dejaran actuar más a su preciosa infantería y, en un ataque de mal humor, ordenó a la aviación italiana con base en Mallorca que suspendiera las operaciones hasta que cambiaran las cosas.^[890] Por esta razón, a principios de marzo de 1938, Barcelona pudo descansar de los ataques de la aviación. Bruno Mussolini, hijo del Duce, fue retirado de la aviación italiana destacada en España, después de haber efectuado 27 vuelos. Se había presentado voluntario para servir en España, pero se retiró por indicación de Franco, cuando empezaron a circular rumores (por lo demás, falsos) en el sentido de que la República proyectaba abatir su aparato.^[891] Entretanto Negrín regresaba de París, convencido de que Prieto le había hecho adoptar una política equivocada. El 16 de marzo, los italianos volvieron a la carga, realizando un intenso bombardeo contra Barcelona. Von Stohrer, embajador alemán en Salamanca, calificó sus efectos de «terribles». «Ha afectado a todos los sectores de la ciudad. No hay pruebas de que se haya pretendido atacar objetivos militares».^[892] La primera incursión se produjo a las diez de la noche. Diez Hydro-Heinkel (pilotados por alemanes) sobrevolaron la ciudad a 130 kilómetros por hora y a 400 metros de altura, seguidos por ataques de aparatos Savoia con intervalos de tres horas, que se prolongaron hasta las tres de la tarde del día 18, con un total de 17 incursiones. El balance fue de unos 1.300 muertos y 2.000 heridos.^[893] Ciano informó que, como había sucedido en el mes de febrero, las órdenes procedían directamente de Mussolini y que «Franco no estaba enterado». Von Stohrer declaró que Franco estaba

furioso.^[894] A la sazón, los italianos contaban con tres aeródromos en Mallorca, dependientes del ministerio del Aire de su país, y sus pilotos podían actuar con independencia del mando nacionalista.^[895] El 19 de marzo, el generalísimo solicitó que fueran suspendidos, por temor a «complicaciones exteriores». Ello no impidió que Ciano mintiera al embajador norteamericano en Roma, asegurándole que Italia no ejercía ningún control sobre la aviación italiana que operaba en España. Mussolini, que, al igual que su ex-general Douhet, creía que la aviación podía ganar una guerra mediante el terror, declaró estar encantado de que los italianos «estaban horrorizando al mundo con su agresividad, para variar, en lugar de encantarlo con su guitarra».^[896] La República disponía de cazas para repeler la agresión, pero las rivalidades y envidias internas le impidieron aprovechar sus recursos al máximo. El desánimo se fue extendiendo, hasta que se retiraron del frente algunas unidades de cazas para organizar la fuerza de defensa costera a las órdenes del comandante García Lacalle.^[897] La consternación que estos actos causaron en el extranjero fue considerable. En Londres se celebraron mítines de protesta.^[898] La protesta más elocuente la constituyó el delicado poema de George Baker *Elegy for Spain*. El mismo Cordell Hull abandonó su circunspección habitual para expresar su horror «en nombre de todo el pueblo de los Estados Unidos». Pero estos ataques indiscriminados contra las ciudades republicanas se repitieron durante el resto de la guerra. Sin embargo, la contribución que hicieron a la causa nacionalista no justificó los problemas que ocasionaron. Por ejemplo, los depósitos de gasolina de Barcelona sufrieron 37 ataques antes de ser alcanzados. Los bombardeos tampoco perturbaron gravemente las operaciones de carga y descarga de los buques de aprovisionamiento en los puertos republicanos. Durante este período de crisis militar, el odiado SIM acrecentó su poderío en Barcelona. Creado con el fin de localizar espías, también iba a la caza de «derrotistas», como se calificaba a los culpables de lucros excesivos, de acaparar alimentos y de robo. Los acusados comparecían ante los tribunales de guardia y se les sometía a juicios sumarísimos. Simultáneamente, el SIM emprendió en Barcelona una breve campaña de represalias contra ciudadanos que habían criticado al PSUC, especialmente anarquistas. Cuarenta personas fueron «paseadas» antes de que el gobierno tomara cartas en el asunto. En cárceles especiales del SIM en Barcelona, especialmente la que se encontraba en el convento de San Juan, se aplicaban extrañas torturas que parecían inventadas por el espectro de Edgar Allan Poe. Una habitación esférica pintada de negro, con una sola luz en el techo producía una sensación de vértigo. Algunas celdas eran tan pequeñas que no se podía uno sentar en ellas. Tales torturas se aplicaban indistintamente a prisioneros nacionalistas y republicanos (anarquistas o del POUM), especialmente a los segundos. «Durante el último año de la guerra civil —recuerda el entonces consejero de Justicia del gobierno catalán, Bosch Gimpera—, dedicamos gran parte del tiempo a enfrentarnos con los tribunales militares y con el SIM.»^[899] Surgieron discrepancias sobre la composición de los tribunales de guardia, cuyos presidentes no tenían facultad legal para imponerse a los restantes miembros del tribunal, entre los que siempre figuraba un oficial del ejército y un miembro del SIM. Estos tribunales juzgaron muchas causas que

hubieran correspondido a los tribunales ordinarios.^[900] El SIM desenmascaró a una serie de auténticos agentes nacionalistas; en la primavera de 1938, obtuvieron la lista de los falangistas que operaban en Cataluña. Fueron detenidas 3.500 personas, y después de someterles a interrogatorios y torturas, se les hallaron pruebas de espionaje.^[901] A su regreso de París, Negrín encontró a Barcelona abrumada por el abatimiento. La fuente principal del derrotismo era, invariablemente, Indalecio Prieto. Arrellanado en su sillón de ministro de Defensa Nacional, declaraba suavemente a periodistas y admiradores, con acento de triunfo: «¡Estamos perdidos!» Prieto contagiaba su pesimismo a todo el mundo, especialmente al ministro de Asuntos Exteriores, Giral, voluntarioso y fácilmente sugestionable, que había llegado a expresar su melancolía al embajador francés, Labonne. (Giral estaba en estrecho contacto con Azaña, quien todavía estaba más pesimista que el propio Prieto.) Y así, antes de que Negrín regresara a Barcelona, el gobierno francés había sido advertido por su representante en esta capital de que cualquier material de guerra que enviara a Cataluña caería en manos de Franco o Hitler. Negrín hubo de emplear todos sus recursos para convencer a Labonne de su decisión de luchar a toda costa.^[902] Se convocó una reunión ministerial para el 16 de marzo (el día en que se produjeron los bombardeos más intensos sobre Barcelona) en el palacio de Pedralbes, bajo la presidencia de Azaña. Antes de empezar la sesión, Negrín se dirigió a Prieto y Zugazagoitia, amigo de Prieto y antiguamente director de El Socialista, que ahora ocupaba la cartera de Gobernación, solicitándoles que le apoyaran si, en el curso de la sesión, alguien mencionaba el tema de las negociaciones. Ambos asintieron, creyendo que sería el jefe del gobierno quien propondría la idea de buscar mediación. Prieto sugirió que se bloquearan los bienes de la República en el extranjero, con el fin de ayudar a los que se vieran obligados a exiliarse después de una paz concertada. Negrín se apresuró a responder que «ya nos estamos ocupando de ello». En una reunión preliminar del gabinete, Negrín declaró que se daba cuenta de que algunos ministros eran partidarios de una paz negociada. Nadie le replicó. Giral, ministro de Asuntos Exteriores, dijo que el embajador francés Labonne había ofrecido refugio a los ministros en la embajada francesa para el caso de que se produjera la derrota definitiva. La flota republicana, agregó, podría dirigirse a Bizerta o a Toulon. Este último punto irritó a todos, ya que los ministros se dieron cuenta de que, una vez más, los franceses sólo pensaban en sí mismos y querían apartar del Mediterráneo a una flota que les sería potencialmente hostil, si caía en manos nacionalistas. Entonces, los ministros entraron en el despacho de Azaña. Allí empezaron a oír los broncos gritos de una gran multitud, que avanzaba hacia el palacio. Se trataba de una manifestación para protestar contra la rendición y contra Prieto. Organizada por los comunistas y apoyada por uno o dos negrinistas destacados, incluso con la participación de Mariano Vázquez, secretario general de la CNT. La multitud llevaba pancartas en las que se leía: «¡Abajo los ministros traidores!» y «¡Abajo el ministro de Defensa Nacional!». Las puertas del palacio de Pedralbes cedieron y la multitud de barceloneses llegó hasta las mismas ventanas de la habitación de Azaña. Prieto, que era el blanco de las iras populares, pudo oír a «la Pasionaria», su enemiga personal, arengando a la masa de sus

seguidores. Negrín persuadió a la muchedumbre de que se disolviera, después de dar garantías de que la guerra continuaría a una delegación encabezada por «la Pasionaria».^[903] Posteriormente, Prieto acusaría al jefe del gobierno de haber organizado la manifestación. Pero ni él mismo hubiera podido entablar negociaciones. Los nacionalistas sólo aceptaban la rendición incondicional. Esto suponía libertad absoluta para exterminar al «enemigo total», que era la expresión empleada por Serrano Súñer para calificar a todas las fracciones de opinión izquierdista, desde los liberales a los anarquistas.^[904] Diez días después, en una reunión del ejecutivo del Partido Socialista, celebrada el 26 de marzo en el domicilio de Negrín, éste quitó hierro a las discrepancias entre Prieto y los comunistas. Zugazagoitia se levantó para intervenir: «¡Basta de comedia, don Juan! Nuestros camaradas en el frente están siendo asesinados porque se niegan a aceptar a los mandos comunistas. En cuanto a don Indalecio, basta leer los artículos que se publican en Frente rojo y La Vanguardia bajo la firma de "Juan Ventura", que es un seudónimo del ministro de Educación».^[905] La Vanguardia, periódico republicano que apoyaba a Negrín, había llamado a Prieto «pesimista impenitente» en su edición de aquel día. Negrín replicó que necesitaba la colaboración de Prieto y la de los comunistas. Al día siguiente, Frente rojo publicó otro artículo firmado por Hernández en el que se proponía la dimisión de Prieto. Zugazagoitia protestó aquella misma noche, alegando que se había publicado después de ser prohibido por la censura. Hernández respondió que un ministro no tenía por qué someterse a la censura. Negrín apaciguó a ambos.^[906] Tras la caída de Teruel, había disminuido mucho el prestigio de Prieto y su confianza en sí mismo, aunque sus amigos le aseguraron que los comunistas habían abandonado aquella plaza para desacreditarle. Nunca pudo desentrañar la verdad de tales acusaciones, aunque puede descartarse la existencia de una conspiración para abandonar Teruel. Pero la maniobra comunista contra Prieto había empezado unas semanas atrás. El 24 de febrero apareció en Frente rojo el primer artículo de Hernández, denunciando a los «derrotistas». La decisión comunista de lanzar una campaña a muerte contra el ministro de Defensa debió adoptarse poco antes. Según Jesús Hernández, el representante búlgaro del Komintern, «Stepanov», acababa de viajar a Moscú. Rusia, según dijo, se disponía a enviar más suministros a España a condición de que se destituyera al veleidoso Prieto. Desde entonces habría que seguir una política de resistencia a ultranza. Hernández arguyó que Prieto era el único hombre capaz de llevar a cabo aquella política, porque era el único que podía ganarse el apoyo de los comunistas, la CNT y la UGT, Pero Togliatti insistió en que se eliminara a Prieto, pasando Negrín a convertirse en un semi-dictador.^[907] «La Pasionaria», Miguel Valdés (comunista de Cataluña) y Hernández pronunciaron una serie de discursos en los que atacaban a Prieto. El 28 de marzo se celebró una siniestra reunión del consejo de guerra, un comité gubernamental creado para la dirección de la guerra, compuesto de soldados, políticos y funcionarios civiles. El derrotismo de Prieto se contagió a todos los asistentes. Negrín aseguró a los generales que seguían gozando de su confianza. Al día siguiente se celebró el consejo de ministros en Barcelona, al mismo tiempo que «el Campesino» seguía luchando infructuosamente en el frente de Lérida y la

15ª Brigada Internacional defendía Gandesa. Nuevamente Prieto, «con su sugestiva elocuencia y su habitual dramatismo» (son palabras de Negrín), desmoralizó al gabinete, presentando falsamente las conclusiones de la reunión del consejo de guerra del día anterior.^[908] En la noche del 29 al 30 de marzo «tuvo lugar una dolorosa y violenta lucha» en el ánimo de Negrín. Éste giró repetidas visitas al frente y conversó con los soldados. No tardó en comprender que, por encima de las opiniones personales, había que evitar a toda costa dar muestras de derrotismo y cobardía. En consecuencia, decidió retirar a Prieto del ministerio de Defensa, aunque manteniéndolo en el gobierno, si era posible.^[909] Negrín telefoneó por la mañana a Zugazagoitia y le preguntó si Prieto estaba dispuesto a abandonar el ministerio voluntariamente. Zugazagoitia consultó con Prieto, y éste envió de inmediato una carta de dimisión.^[910] El ejecutivo del Partido Socialista acudió a Prieto pidiéndole instrucciones para orientar su sección y éste se negó a darlas. Una comisión de la CNT, acudió, a su vez, a consultar a Prieto; la integraban Horacio M. Prieto, Segundo Blanco y Galo Diez (veterano anarquista, que ahora era secretario del comité nacional de la CNT). Horacio M. Prieto y Segundo Blanco eran dos claros exponentes de la colaboración entre los dirigentes de la CNT y de la UGT, sellada diez días antes en una declaración de principios conjunta.^[911] Dijeron a Prieto que «pese a las enormes diferencias ideológicas que nos separan», no tenían el menor deseo de que se retirara del cargo de ministro de Defensa.^[912] Los tres sentían desilusión ante el comportamiento de los comunistas, creían que la guerra estaba perdida y que había que llegar a un acuerdo de paz lo antes posible. Al cabo de poco tiempo se celebró una reunión nacional de los anarquistas. Todos convinieron en la necesidad de respaldar a Prieto y terminar con Negrín, pero no había unanimidad sobre la actitud a adoptar después. Horacio M. Prieto cometió la ingenuidad de afirmar que la República era un títere en manos de los rusos, que era básico entablar negociaciones, que la superioridad militar de Franco era indiscutible y que, si no se tomaban medidas, éste acabaría dictando sus propias condiciones. Estalló el escándalo. Juan Doménech, ex-consejero de la Generalitat, se levantó para replicar retóricamente que la guerra no concluiría mientras quedara en pie un solo árbol en Cataluña o un solo militante en la FAI que lo defendiera. Mariano Vázquez, amigo de Negrín y secretario general de la CNT, se adhirió a estas palabras. Jamás se había mostrado tan dividido el movimiento anarquista. La reunión terminó sin haber alcanzado ninguna conclusión.^[913] La única explicación de la crisis radicaba en el hecho de que Negrín, sin el estímulo de los comunistas, había decidido destituir a Prieto de su cargo de ministro de Defensa debido al derrotismo que éste manifestaba. El jefe del gobierno se proponía nombrar a Prieto ministro sin cartera o encomendarle el departamento de Obras Públicas y Ferrocarriles. Pero Prieto rechazó ambas ofertas (no hay que olvidar que, cuando era ministro de Defensa, había pedido el control de los ferrocarriles para su departamento) y abandonó el gobierno. Más tarde explicaría su dimisión diciendo que estaba cansado de los comunistas, y describiendo las discrepancias que le enfrentaban con el partido en cuestiones estratégicas y tácticas. Se habían fundado unas compañías navieras destinadas a comprar armas en el extranjero —denunció Prieto—, pero los

comunistas las utilizaban para lograr beneficios comerciales.^[914] El punto débil de su argumentación era que ni siquiera el mismo Prieto podía proponer una política social o militar más eficaz que la emprendida por los comunistas. Además, hasta hacía poco tiempo éstos y aquél habían seguido una política paralela, en estrecha colaboración. Prieto tampoco pudo explicar qué otra solución cabía al margen de la amistad con Rusia, cuando ésta era la única fuente segura de material bélico y tenía en su poder las reservas de oro de España. Tampoco indicó qué otra cosa podía hacerse salvo continuar la guerra, si los nacionalistas exigían la rendición incondicional, puesto que en definitiva las negociaciones personales entre Prieto y Franco habían fracasado. Lo cierto es que Prieto se sentía agotado por la guerra y por las continuas discrepancias personales con los comunistas. Antes de abandonar el ministerio, prestó su último servicio al disuadir a Azaña de que dimitiera de la presidencia de la República.^[915] A partir de entonces, se dedicó al periodismo y a movilizar a sus amistades en el extranjero para entablar negociaciones con los nacionalistas.^[916] En aquel momento los comunistas estaban pasando su propia crisis. Los rusos querían que los comunistas españoles se retiraran del gobierno de Negrín. Los jefes del partido se reunieron en la habitual atmósfera de envidias y humo de cigarrillos. Hernández preguntó si Moscú pretendía que la República perdiera la guerra. El búlgaro Stepanov le respondió que, con aquella maniobra, se pretendía demostrar a la opinión pública británica y francesa que a los comunistas no les interesaba la conquista del poder en España. De tal forma que si estallaba la guerra europea, como era previsible, Rusia pudiera aliarse fácilmente con Gran Bretaña y Francia.^[917] Pero las órdenes de Moscú sólo fueron obedecidas en parte; Uribe permaneció al frente del ministerio de Agricultura y Hernández abandonó el ministerio de Instrucción Pública, pasando a convertirse en comisario general de los ejércitos del centro y del sur, puesto que suponía mucho más poder. Este cambio de gobierno superficial vino compensado por el retorno de Álvarez del Vayo, apologista de los comunistas, al ministerio de Asuntos Exteriores. A otros comunistas se les encomendaron, asimismo, cargos importantes: por ejemplo, Carlos Núñez Maza fue nombrado subsecretario del Aire; Antonio Cordón, subsecretario de la Guerra; Pedro Prados, jefe de estado mayor de la Marina; Eduardo Cuevas, director general de Seguridad; Marcial Fernández, director general de carabineros, e Hilario Arlandis, que era casi el único militante de la vieja guardia del comunismo español que seguía afiliado al partido, fue nombrado director de la escuela de comisarios políticos. El comisario general, Bibiano Ossorio y Tafall, aunque oficialmente era de Izquierda Republicana, de hecho era un hombre de paja de los comunistas.^[918] Entretanto Negrín abandonó la cartera de Hacienda, asumiendo las funciones de ministro de Defensa y jefe de gobierno. El cargo de ministro de Hacienda recayó en la persona de Méndez Aspe, funcionario civil de carrera que hasta entonces había sido subsecretario de Negrín. Aparte de Negrín, participaban en el gobierno otros militantes socialistas: éstos eran González Peña, ministro de Justicia, y Paulino Gómez Sáez, ministro de la Gobernación. Este último era prietista de toda la vida, pero bajo su mandato los comunistas siguieron controlando los servicios de policía. El vasco Irujo siguió en el gobierno, quedó como ministro sin

cartera y el catalán Jaime Ayguadé conservó la cartera de ministro de Trabajo. El gobierno cobró nueva fuerza por la inclusión de Segundo Blanco, dirigente anarquista, que había logrado huir de Asturias, que ocupó la cartera de Instrucción Pública y Sanidad, de escasa trascendencia. Los anarquistas se decidieron a apoyar a Prieto (como habían apoyado a Largo Caballero en los días heroicos y lejanos de noviembre de 1936) debido al grave peligro militar que pesaba sobre todos: el día 20 de marzo, una circular de la FAI instaba a todos sus militantes a que se unieran al gobierno en aquellas horas críticas y los dirigentes de la CNT divulgaron notas similares, en las que pedían la movilización de 100.000 voluntarios. De hecho la presencia de Blanco en el gobierno pasó casi inadvertida. Éste, que había criticado duramente a Negrín y a los comunistas, se hizo gran amigo del jefe de gobierno. Acaso la participación de Blanco en el gobierno sirviera para limitar la persecución de los anarquistas por los comunistas, en el frente y en la retaguardia. Ocupaban los restantes ministerios los republicanos Giral (ministro sin cartera), Giner (ministro de Comunicaciones y Transportes), Antonio Velao (ministro de Obras Públicas). El ex-ministro de la Gobernación, Zugazagoitia, fue nombrado secretario general de Defensa, cargo puramente honorífico; él mismo denunciaba el hecho de que, para enterarse del curso de los acontecimientos, tenía que comprar el periódico. Negrín, a propuesta de Rojo, creó un nuevo «ejército del este» con los restos de los ejércitos derrotados en Aragón, aprovechando la breve pausa que le permitieron las tropas de Franco al avanzar hacia el sur. Este ejército (oficialmente grupo de ejércitos de la región oriental) se hallaba a las órdenes de Hernández Saravia, fiel amigo de Azaña, que había encabezado la ofensiva de Teruel. A Miaja se le encomendó el mando supremo del ejército del centro (grupo de ejércitos de la región central).

La República, a pesar de las apariencias, no había sido vencida y consiguió realizar una nueva demostración de la unidad de la clase obrera.^[919] El 18 de marzo, la UGT y la CNT habían firmado un acuerdo que significaba un paso más en el repudio del anarquismo. La industria estaría sujeta a la planificación económica del gobierno. Las colectivizaciones serían voluntarias. La UGT se comprometió a persuadir al gobierno de que desistiera en su empeño de disolver las colectividades agrarias existentes y apoyara el control obrero de las industrias cuyos trabajadores lo desearan. La UGT y la CNT convinieron en que la tarea más urgente era incrementar la producción. De hecho, la gestión del gobierno se imponía a las colectivizaciones por todas partes. El gobierno, cada vez con mayor frecuencia, nombraba «mediadores» y supervisores de aquellas tareas que todavía desempeñaban los comités de trabajadores. El ministerio de Hacienda y Economía intentaría subvenir a las necesidades del momento enviando las materias primas precisas. Entre los catalanes y el gobierno central no existía el mismo grado de colaboración, ni siquiera en apariencia: en una carta de Companys a Negrín con fecha de 25 de abril se denunciaban numerosos agravios. A pesar de que el enemigo había penetrado en territorio catalán, a los catalanes no se les había encomendado ningún alto cargo del ministerio de la Guerra ni del consejo supremo de la guerra. El ejército que combatía en el frente de Cataluña estaba mandado por castellanos. A la Generalitat de Cataluña no se le enviaba

información relativa al curso y dirección de la guerra (como en tiempos de Largo Caballero). Companys pedía que se ampliara el estatuto catalán con arreglo a las necesidades de la guerra. Pero su carta no obtuvo contestación alguna y las cosas siguieron donde estaban. Ahora se estaban aplicando medidas administrativas para afrontar el hecho, temido durante tanto tiempo, de la bipartición del territorio republicano. La base de las Brigadas Internacionales de Albacete fue trasladada a Barcelona. Se estableció un servicio de correos submarino entre Barcelona y Valencia, y asimismo un servicio de transporte de pasajeros y de carga. Los dirigentes republicanos se trasladaban regularmente de una base a otra sobrevolando las líneas rebeldes. Las consecuencias de la bipartición del territorio no fueron tan graves como se temió en un principio. El nuevo gobierno de Daladier (que el mes de abril sucedió al segundo gabinete Blum, de corta duración),^[1920] abrió los canales del sur de Francia a fin de permitir a los buques republicanos que pasaran del Mediterráneo al Atlántico. El hundimiento del frente de Aragón hizo estallar en el seno de la República una crisis que venía gestándose desde tiempo atrás. El enfrentamiento de Negrín con Prieto, que en algunos aspectos era un problema de relaciones sociales, era una cuestión de diferencia de temperamentos. Pero tales problemas realzaban las divisiones ideológicas y políticas subyacentes en la coalición republicana. Lo malo era que, a la sazón, la política comunista, por muy eficaz que resultara de cara a la organización de la España profesional y de la burguesía liberal en su lucha contra el fascismo, había minado mucho el espíritu republicano: Orwell, en febrero de 1938, explicó que, a su regreso a Inglaterra, después de combatir en las filas del POUM, «muchas personas me dijeron con mayor o menor franqueza que no es conveniente contar la verdad de lo que pasa en España y del papel que desempeña en ella el Partido Comunista para predisponer a la opinión pública en contra del gobierno español y a favor de Franco». Orwell comentaba que personalmente no compartía esta opinión en virtud del anticuado criterio de que «a la larga no da resultado contar mentiras».^[1921] Anteriormente él mismo había señalado que la guerra había producido «una cosecha de mentiras más rica que ningún otro acontecimiento desde la Gran Guerra de 1914 a 1918».

46

La campaña del Maestrazgo. — Yagüe y Negrín buscan un compromiso de paz. — Los Estados Unidos y la ley del Embargo. — Se reanuda la crisis en el Mediterráneo. — Ambigüedades de los alemanes. — Interrupción del avance nacionalista frente a Valencia.

Pero la guerra estaba lejos de terminar. Bien es verdad que tras los recientes avances de los nacionalistas, éstos habían conquistado valiosos territorios. En la zona pirenaica, los generales Solchaga, Moscardó y Yagüe habían llegado en su avance hasta el Segre y el Noguera Pallaresa, afluente de aquél, que llega hasta la frontera francesa. Sin embargo, tuvieron que dejar atrás a una división republicana que mantuvo la resistencia a las órdenes de Antonio Beltrán, apodado «el Esquinazo» en el valle del Alto Cinca, al borde de la frontera.¹⁹²² El curso del río Ebro, desde la confluencia con el Segre hasta el mar ofrecía una línea de defensa natural de Cataluña y los republicanos se aprestaron a fortificarla. En la desembocadura del Ebro, los italianos, contrariados en su deseo de llegar los primeros al Mediterráneo, quedaron retenidos frente a Tortosa hasta el 18 de abril. Aunque la ciudad terminó cayendo en su poder, las tropas italianas quedaron inutilizables para la lucha durante algún tiempo. Asimismo el avance nacionalista hacía el sur de la zona costera que ocupaban quedó frenado de modo ostensible. Varela trataba de avanzar a través de la monótona llanura del Maestrazgo hacia el sur desde Teruel. En el primer asalto logró abrir una brecha en las líneas republicanas, pero inmediatamente cambiaron las condiciones climáticas, produciéndose lluvias continuas. Este factor favorecía a los defensores, quienes contaban también con el refuerzo de nuevos armamentos, especialmente cazas y armas antiaéreas, que formaban parte de una remesa adquirida en Francia. El 27 de abril el avance quedó paralizado. El 1 de mayo, en una nueva tentativa de remachar una victoria que días antes se vislumbraba fácil y brillante, el general Aranda dirigió un nuevo asalto a 30 kilómetros al este de las posiciones de Varela y a 25 kilómetros del Mediterráneo. El general García Valiño, entre Varela y Aranda, mandaba una fuerza móvil destinada a reforzar a cualquiera de los dos flancos en caso de resistencia. Pero, en las tres líneas de avance, la lucha fue dura. La lentitud del avance ocasionó malestar y renovados rumores políticos en el seno de la España nacionalista. Las protestas no bajaron de tono cuando se divulgó la noticia de que treinta y cuatro bombarderos de la Legión Cóndor habían bombardeado con éxito el puerto de Cartagena, hundiendo todavía más la ya quebrantada moral de la marina republicana. La confianza frustrada en la victoria suele engendrar resentimiento. Los compañeros de armas de Franco le criticaron por no haber atacado Cataluña. Yagüe, en una alocución que pronunció el día 19 de abril en un banquete falangista conmemorativo del aniversario de la Unificación, elogió las cualidades bélicas de los republicanos y definió a los alemanes e italianos como «criminales de presa». Y agregó: «En las cárceles, camaradas, hay miles y miles de hombres que sufren prisión. ¿Y por qué? Por haber pertenecido a algún partido o a algún sindicato. Entre esos hombres hay muchos honrados y trabajadores, a los que con

muy poco esfuerzo, con un poco de cariño, se les incorporaría al Movimiento [...]. Hay que ser generosos, camaradas. Hay que tener el alma grande y saber perdonar. Nosotros somos fuertes y nos podemos permitir ese lujo [...]. Yo pido a las autoridades que revisen expedientes y que lean antecedentes y que vayan poniendo en libertad a esos hombres para que devuelvan a sus hogares el bienestar y la tranquilidad, para que podamos desterrar el odio». Asimismo habló en defensa del infortunado Hedilla y los camisas viejas encarcelados, los «iniciadores de este Movimiento».^[923] Este generoso discurso provocó la destitución temporal de Yagüe del mando del ejército de Marruecos. Yagüe había confiado en un «rejuvenecimiento» fascista de España, pero en la práctica, el septuagenario Martínez Anido dirigía la política interior española, los italianos bombardeaban Barcelona y la guerra parecía eternizarse. Quince días más tarde se produjo una nueva división entre los camisas viejas, al publicarse un decreto por el que se autorizaba el regreso de los jesuitas y se les permitía actuar de forma virtualmente independiente de toda sanción estatal. En medio de este clima aparentemente más esperanzador para la República, el día primero de mayo, Negrín leyó una declaración de trece puntos en la que exponía los objetivos bélicos de su gobierno. En ella se estipulaba la necesidad de que España gozara de absoluta independencia; la retirada de l amp;s fuerzas militares extranjeras; el sufragio universal, la renuncia a las represalias; el respeto a las libertades regionales; el apoyo a la propiedad privada capitalista con exclusión de los grandes monopolios; la reforma agraria; garantías a los derechos de los trabajadores; el «desarrollo cultural, físico y moral de la raza»; la despolitización del ejército; la renuncia a la guerra; la cooperación con la Sociedad de Naciones y, por último, la amnistía para los enemigos. El programa, que había sido pensado tanto por su valor propagandístico de cara al exterior como porque constituía un esquema de mediación era mucho más moderado que el programa del Frente Popular, redactado asimismo en términos de moderación. Cualquier político constitucional de los remotos años de inocencia de la Restauración habría suscrito la declaración de Negrín punto por punto. Para redactarla no se había consultado a la CNT pero el comité de colaboración de UGT-CNT la aprobó calurosamente. No ocurrió lo mismo con la FAI, cuyo comité peninsular (sobre el cual todavía ejercía una influencia preponderante el tullido Escorza) denunció que se trataba de una vuelta al statu quo anterior de julio de 1936.^[924] ¿En qué habían quedado las illusions lyriques, los intransigentes sueños de Durruti, Isaac Puente y demás dirigentes de la conferencia de Zaragoza de mayo de 1936? El gobierno de Negrín, a finales de abril, incluso estaba intentando atraerse al capital extranjero, al decretar la disolución del complejo hidroeléctrico de la CNT y la devolución de las compañías a sus antiguos propietarios. (Pero éstas, confiadas en la victoria de Franco, guardaron silencio.) Ninguno de los puntos polémicos tenían la menor posibilidad de merecer la aprobación de Franco, que no estaba dispuesto a hacer concesiones. Mientras Franco viviera, no sería posible alejar al ejército de la escena política española. Parece claro, de todos modos, que, desde el mismo momento en que asumió las funciones de jefe de gobierno, Negrín, personalidad sutil y huidiza, se había propuesto alcanzar una paz negociada. En agosto de 1937 intentó

entrar en contacto con el Vaticano.^[925] Para entonces ya había celebrado reuniones con el conde Welczeck, embajador alemán en París. También buscó la mediación a través de un primo de Serrano Súñer, aunque en esta ocasión sin resultado. Es difícil culpar a Negrín de la continuación de la guerra cuando no había más alternativa que la rendición incondicional. En cuanto se percató de ello, Negrín puso todas sus esperanzas en el estallido de una guerra europea general, en la que quedarían absorbidos, según se suponía, los problemas de España. Por aquellas fechas, Azaña confesaba a Negrín que «desde noviembre del 1936, [soy] "un presidente desposeído". Cuando usted formó gobierno, creí respirar, y que mis opiniones serían oídas, por lo menos. No es así. Tengo que aguantarme».^[926] Ambos estadistas seguían discrepando: Azaña se remontaba mentalmente a los primeros tiempos de la República y barruntaba dónde había que buscar el error inicial; Negrín, que carecía de historial político, seguía mirando hacia delante. Éste, absorto en la tarea cotidiana de mantener la moral en el frente, se fortalecía para irradiar optimismo; Azaña, que no tenía ninguna misión que cumplir, se limitaba a formular amargas reflexiones. A Franco no le gustaban ni las ideas de Negrín ni las de Yagüe. «Cuantos deseen la mediación —dijo en un discurso pronunciado el 6 de junio— consciente o inconscientemente, sirven a los "rojos".» Y puntualizó que la guerra representaba «la coronación de un proceso histórico en lucha de la Patria contra la "anti-Patria"» y que afirmar la paz en aquellos momentos supondría volver a una nueva guerra más adelante.^[927] En la España nacionalista se organizó una gran campaña de prensa contra los partidarios de mediación. «En nombre del destino de España, de sus héroes y sus mártires, la Patria exige la victoria incondicional de Franco.»

Las perspectivas internacionales de la primavera de 1938, a diferencia de la situación militar española, eran cada vez más desalentadoras para los anti-fascistas. Chamberlain seguía presionando para anticiparse y dar solución a las pretensiones de los alemanes en la Europa central, especialmente en Checoslovaquia. El día 16 de abril concluyó el pacto Mediterráneo anglo-italiano. Italia se comprometía a retirar sus tropas de España al término de la guerra. Aunque el pacto no adquiriría firmeza hasta ese momento, ambos países se comprometieron a garantizar el statu quo en el Mediterráneo. Perth estaba emocionado, según observó Ciano. «Ya sabe usted lo mucho que he deseado que esto sucediera», dijo aquél. «Es cierto —agregó Ciano— Perth ha sido buen amigo nuestro. Y si no, ahí están todos los informes que obran en nuestro poder.»^[928] Azcárate envió una nota de protesta al Foreign Office en la que manifestaba su horror por el intercambio de cartas entre italianos y británicos, que demostraba que éstos aceptaban la presencia de tropas italianas en España hasta el final de la guerra civil. Y eso ocurría mientras Inglaterra mantenía su adhesión al pacto de no intervención y al plan de retirada de voluntarios.^[929] Pravda denunció que el pacto anglo-italiano daba el espaldarazo a Mussolini en «su guerra contra el pueblo español». Churchill se hizo eco del mismo en carta dirigida a Edén: «Ha sido un triunfo completo de Mussolini, que ha conseguido que nosotros aceptemos cordialmente la transformación del Mediterráneo en fortaleza levantada contra nosotros, la conquista de Abisinia y su intervención violenta en España».

Los antagonistas de Chamberlain en el seno del partido conservador llegaron a convertirse en simpatizantes republicanos en el curso de las semanas siguientes.^[930] No había indicios de que Italia tuviera ahora más intención de observar el acuerdo de no intervención. El 11 de abril, llegaron a España otros trescientos oficiales italianos. Por su parte, Alemania llegó a la conclusión de que una rápida victoria nacionalista impediría que progresara el plan de retirada de voluntarios. Así pues, el ministerio de Asuntos Exteriores alemán dio instrucciones a su embajada en Londres para que aceptaran cualquier fórmula que hallaran para conseguir la retirada de los voluntarios. Hitler se proponía retirar de España a las tropas alemanas. La aviación austriaca necesitaba mandos y «nuestros soldados ya no pueden aprender nada más».^[931] Franco propuso que se evacuara a la Legión Cóndor, a condición de que la aviación, las armas antiaéreas y parte del equipo restante permanecieran en España a disposición de los pilotos españoles, a quienes los alemanes habían enseñado a volar. Mientras los alemanes se mostraban impacientes, la República pudo aprovecharse durante algún tiempo del cambio de actitud de los franceses, que se produjo en la primavera de 1938. El nuevo jefe de gobierno francés, el tenaz campesino Daladier, dijo a Bullitt, embajador norteamericano en París, que había abierto la frontera francesa a fin de beneficiar al máximo a la España republicana. Rusia había acordado enviar trescientos aviones a Cataluña, agregó, a condición de que los franceses se avinieran a transportarlos a través de su territorio. Daladier efectuó el traslado en grandes camiones, pese a que «fue preciso talar parte de los árboles de las carreteras de Aquitania para que no tropezaran con las alas».^[932] En los meses de abril y mayo cruzaron la frontera pirenaica 25.000 toneladas de material de guerra. Como era de esperar, no se realizaron progresos sustanciales en las conversaciones emprendidas por Georges Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores de Daladier, con los italianos, en la línea de las de Chamberlain. El diálogo se interrumpió cuando, el día 15 de mayo, Mussolini declaró que no tenía la menor utilidad, dado que ambos países se encontraban «en los extremos opuestos de las barricadas» de la guerra civil española. Pero Bonnet se mostró conservador y cauteloso, demostrando que no era amigo de la República. El día 13 de mayo, Álvarez del Vayo compareció de nuevo ante el consejo de la Sociedad de Naciones. Exigió que aquellos países que, en el mes de octubre habían anunciado que reconsiderarían su postura de no intervención si ésta no se hacía efectiva en breve plazo, actuaran en consecuencia con sus palabras. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Chamberlain, lord Halifax, insistió en que se pasara de inmediato a la votación, pues estaba impaciente por centrar los debates en la crisis checoslovaca.^[933] Harvey, secretario particular de lord Halifax, tras haber ocupado el mismo puesto con Edén escribió: «Ni él ni Chamberlain aborrecían las dictaduras hasta el punto de poder superar la desconfianza innata que sentían por la democracia francesa y su presunta ineficacia».^[934] Algunas delegaciones destacadas en Ginebra, como las de China y Nueva Zelanda, que habrían podido apoyar a España en aquella ocasión tuvieron que consultar con sus respectivos gobiernos. Llegado el momento de la votación, que se celebró el mismo día en que se había suscitado el caso español por primera vez, sólo España y Rusia

votaron a favor de la resolución que pedía acción. Gran Bretaña, Francia, Polonia y Rumania votaron en contra y los otros nueve estados representados, se abstuvieron. El número de abstenciones reflejaba la creciente simpatía internacional por la República, debida al deterioro de la situación europea. Se efectuaron presiones cerca del gobierno norteamericano para que éste levantara el embargo de armas a España. El editorialista Drew Pearson observó: «Washington ha presenciado toda suerte de cabildeos [...] pero raras veces he visto anteriormente a tantas personas de todo el país que gasten dinero en una causa de la que no esperan ningún beneficio material».^[935] El anterior secretario de Estado (y futuro ministro de la Guerra), H. L. Stimson, y el exembajador norteamericano en Alemania, William Dodd, firmaron una petición en la que solicitaban el fin del embargo. Einstein y otros científicos interesados en la campaña se sumaron a ella. Byron Scott, miembro de la cámara de Representantes, y el senador Nye, presentaron sendas resoluciones al congreso en las que proponían, asimismo, el levantamiento del embargo. El día 3 de mayo, el secretario de Estado, Cordell Hull, se reunió con sus asesores del departamento de Estado para estudiar la resolución presentada por el senador Nye.^[936] Hull y los funcionarios convinieron en que no necesitaban intervenir para impedir que se aprobara la resolución. La noticia se «filtró» deliberadamente y apareció publicada en el New York Times del día 5 de mayo. Inmediatamente, el católico Joseph Kennedy, que era el nuevo embajador norteamericano en Londres, telegrafió a Washington expresando su alarma ante la posibilidad de que tales medidas ocasionaran la extensión de la guerra civil. Los católicos de los Estados Unidos protestaron apasionadamente de que se prestara ayuda a los «bolcheviques ateos». Roosevelt, que se hallaba pescando en el Caribe, ordenó a Hull que demorara las cosas y, a su regreso a Washington, se revocó la decisión de levantar el embargo. A finales de mayo, Hull escribió una carta al senador Pittman en la que afirmaba que la guerra civil española era «más que una guerra civil» y por lo tanto no podía ser tratada simplemente como tal.^[937] Entretanto, en Ginebra, Litvinov protestaba ante Louis Fischer, quien todavía actuaba como comprador de armas para la República, en estos términos: «Todo son derrotas y retiradas». «Si usted les entregara quinientos aviones más podrían ganar la guerra», le respondió Fischer. Litvinov alegó que a Rusia le sería más útil enviar una remesa de tal calibre a China que a España. Por lo demás, comentó, Rusia carecía de aviones. «Sólo puedo contar con los documentos diplomáticos», agregó. De todos modos, prometió consultar con su jefe. (Éste se hallaba en un mal momento: recientemente había hecho detener a casi todos los embajadores en activo del ministerio ruso de Asuntos Exteriores.)^[938] Pero, aun en el caso de que hubiera podido reunir los quinientos aparatos, habría tenido grandes dificultades para enviarlos a España. Efectivamente, el día 13 de junio, Daladier, presionado por los ingleses, volvió a cerrar la frontera franco-española.^[939] Así finalizaba un período de unos cuantos meses durante el cual entraron libremente en territorio republicano los suministros de armas. Sin embargo, antes de que se cerrase la frontera, Miles Sherover, hombre de negocios de origen polaco, que actuaba a la sazón como agente de ventas para la República en los Estados Unidos, y que realmente era el administrador de los intereses republicanos, consiguió enviar por

barco importantes suministros con destino a España por medio de la llamada «Hanover Corporation». Fundamentalmente se trataba de camiones, coches y motores de camión.^[940] Un mes después, la primera sala del Tribunal Supremo francés decidió que cierta cantidad de oro perteneciente al banco de España, que se hallaba depositado en Mont de Marsan, en territorio francés, pertenecía a «una sociedad privada» y, por lo tanto, no podía enviarse a la República. Fue otro duro revés, aunque, de todos modos, siguió pasando cierta cantidad de material en dirección a España. La ruta del Mediterráneo había quedado completamente inutilizada. A partir del 1 de junio empezaron a llegar nuevas fuerzas italianas a la España nacionalista. Ciano aseguró a Millán Astray y a un grupo de pilotos españoles que le acompañaban en una visita a Roma, que «a pesar de, lo que digan los comités, Italia no abandonará a España hasta que la bandera nacionalista ondee en las torres más altas de Barcelona, Valencia y Madrid».^[941] Dada la actitud de Roma, no podía sorprender que el gobierno británico tuviera que revisar, de mala gana, «el caso español». El 18 de mayo, la Cámara de los Lores había discutido el acuerdo anglo-italiano; el ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax, dijo a propósito de las actividades de los italianos: «Nosotros aceptamos estas garantías y creemos que serán cumplidas escrupulosamente».^[942] Poco después comenzaba una nueva campaña de bombardeos nacionalistas contra la España republicana. Hubo incursiones contra Valencia y otras localidades costeras del Mediterráneo, ninguna de las cuales contaba con suficientes armas antiaéreas.^[943] El 2 de junio fue bombardeada Granollers, una ciudad que carecía de importancia militar, situada a 30 kilómetros al norte de Barcelona. Murieron unas cien personas (en su mayor parte mujeres y niños). Lord Halifax expresó su protesta ante el gobierno de Burgos y ante el embajador alemán en Londres, Dirksen. Pero puntualizó que «ya sabía que se trataba de un asunto delicado y que en ningún caso pretendía irritar a los alemanes».^[944] Sir Neville Henderson rogó a Weizsaecker que empleara toda su influencia para evitar que se repitieran los ataques indiscriminados.^[945] Perth se dirigió a Ciano en los mismos términos y asimismo el embajador británico cerca de la Santa Sede emprendió una gestión similar ante el secretario de Estado pontificio. Ciano, con su actitud meliflua de siempre, prometió que haría lo que estuviera a su alcance. («En realidad —confesaría Ciano al embajador alemán Xlackensen— no hemos dado ningún paso ni pensamos darlo.»)^[946] El cardenal Pacelli explicó que el Vaticano estaba utilizando constantemente toda su influencia sobre Franco, de una u otra forma.^[947] Finalmente Gran Bretaña propuso que se nombrara una comisión especial que investigara aquellos ataques y dictaminara si iban dirigidos a objetivos militares. Pero ninguno de los países a los que acudió Gran Bretaña (Estados Unidos, Suecia, Noruega y Holanda) estuvo dispuesto a colaborar en la empresa. El gobierno inglés destacó a dos oficiales británicos a España para que realizaran la investigación por su cuenta. Éstos informaron que, a su juicio, los bombardeos habían atacado objetivos no militares en buena parte de los casos, pero no se sacó partido a sus conclusiones. La situación se exacerbó al producirse nuevos ataques contra buques británicos en aguas españolas. Por entonces, la mayor parte del comercio marítimo con la República se efectuaba a bordo de buques británicos. Algunas compañías

suspendieron el tráfico, por considerar que sus barcos corrían demasiado riesgo de verse bombardeados o apresados. Pero gran parte de estos barcos sólo eran nominalmente británicos; muchos de ellos eran griegos, aunque registrados en compañías potencialmente británicas, gracias a la intervención de hombres como Jack Billmair, cuya compañía naviera (Stanhope Shipping Company) contaba entonces con una flota de treinta y cinco buques mercantes que prestaban servicio entre Gran Bretaña y la España republicana. Desde mediados de abril hasta mediados de junio, fueron atacados en aguas españolas veintidós barcos con bandera británica (de un total de ciento cuarenta que prestaban servicio con la República). Once de ellos fueron hundidos o sufrieron graves desperfectos. Resultaron muertos veintiún marineros británicos y varios observadores del comité de no intervención. El gabinete de Chamberlain, según la versión de sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente del Foreign Office, estaba «más bien distraído».^[948] En la Cámara de los Comunes el gobierno británico recibía diariamente duros ataques por tolerar aquel lamentable estado de cosas. La mayoría de los buques habían sido hundidos en los puertos, y para la armada británica era difícil contrarrestar tales acciones. R. A. Butler, subsecretario parlamentario del Foreign Office, tuvo que derrochar los más sutiles recursos léxicos para justificar los motivos por los cuales el gobierno no autorizaba la exportación de armas antiaéreas a la España republicana ni tampoco permitía a los barcos mercantes británicos que llevaran armas. Además, quedó claramente demostrado que los ataques eran premeditados. Varias personalidades conservadoras, como Duncan Sandys, adhiriéndose a la postura del socialista Noel-Baker, denunciaron lo ignominioso de la situación. Aneurin Bevan, estrella ascendente de las izquierdas británicas, evocaba lo que hubiera hecho Clive de la India, y Lloyd George pedía que se tomaran represalias, bombardeando las bases italianas en Mallorca.^[949] Churchill declaró: «Creo que al general Franco se le puede decir sin el menor riesgo: "Si esto se repite, nosotros apresaremos uno de sus barcos en alta mar". Puedo comprender que se soporten humillaciones por causa de la paz. Yo mismo hubiera apoyado al gobierno si creyera que con su conducta está asegurando la causa de la paz. Pero me temo que nuestra abyección será muy mal interpretada en el extranjero. Temo que no hará sino precipitar todos esos peligros de los que queremos librar a nuestro pueblo».^[950] Lord Cecil de Chelwood dimitió de las funciones que desempeñaba en la Cámara de los Lores como representante del Partido Conservador en señal de protesta contra la ineficacia del gobierno. El arzobispo de York, Dr. Temple, y otros prelados pidieron que se llevara a cabo «una acción efectiva». Chamberlain anotó en su diario: «He pensado en todas las formas posibles de represalias, pero es evidente que ninguna de ellas puede llevarse a cabo a menos que estemos dispuestos a entrar en guerra con Franco [...] lo que podría suceder, por supuesto, si Franco fuera lo bastante loco para provocarla».^[951] En una ocasión propuso al consejo de ministros que Gran Bretaña ocupara la isla de Menorca como represalia. «El inconveniente —se observaba con sarcasmo en el acta del consejo— está en que Menorca pertenece al gobierno de la República.»^[952] Finalmente, los nacionalistas propusieron que se creara en Almería una zona de seguridad para la navegación. La idea fue rechazada

por el gobierno republicano y por el comité de navieros británicos, puesto que en Almería sólo se podría realizar una séptima parte de las operaciones que habitualmente se llevaban a cabo en los demás puertos de la República. La situación siguió como antes. El buque británico Dellwynn fue hundido frente a la costa de Gandía en presencia de un buque de guerra británico. «Por primera vez en la historia», se lamentaba Bowers, embajador norteamericano y devoto de la democracia.^[953] Prieto, en un discurso pronunciado en Barcelona, hizo las siguientes reflexiones: «¿Quién lo hubiera creído posible, después de encontrar, en el estudio de las relaciones internacionales, constantes referencias a la arrogancia y al orgullo de Inglaterra, que no le permitían tolerar el menor ataque contra sus intereses materiales ni contra las vidas de sus súbditos? Sin embargo, aquí, en nuestros cementerios, yacen los cuerpos de marinos ingleses que han pagado con sus vidas la confianza que tenían en la protección del imperio». La continuación de los ataques hizo que lord Perth comunicara a Ciano que temía que Chamberlain «cayera de su puesto si continuaban los ataques».^[954] En consecuencia, los ataques fueron suspendidos a principios de julio. La crisis hizo que empeoraran las relaciones de los nacionalistas con sus aliados ya que, si Alemania e Italia negaban su responsabilidad en los ataques, la hacían recaer sobre Franco. Von Stohrer recibió orden de comunicar a Franco que los alemanes habían contado con que él sabría evitar que la Legión Cóndor adquiriera una imagen odiosa. Pero algunos alemanes eran cada vez más indiscretos. El día 12 de julio, el News Chronicle difundió el texto de una conferencia pronunciada por el general nazi von Reichenau, el ambicioso comandante en jefe del 4º grupo de ejército alemán, a propósito de «La actitud alemana frente a los sucesos de España». «Dos años de experiencia bélica en España —decía Reichenau— han resultado de mayor utilidad para nuestra Wehrmacht, todavía inmadura, y para aumentar la capacidad ofensiva del pueblo, que diez años de entrenamiento pacífico.» El gabinete británico hizo circular la nota entre sus miembros, y los ministros que la leyeron pudieron comprobar que los alemanes habían sacado gran provecho del experimento bélico español en lo referente a la guerra aérea y al uso de los tanques y de armas antitanques.^[955] «España nos ha dado lecciones especialmente valiosas para el empleo de vehículos de motor en caso de guerra», decía von Reichenau. Lord Halifax propuso que Gran Bretaña lanzara un llamamiento a los contendientes para que pusieran fin a la guerra. Aquel llamamiento se basaría, naturalmente, en motivos humanitarios, cristianos, etc. Y aun cuando no tuviera grandes posibilidades de éxito, por lo menos serviría para reforzar la posición moral del gobierno de Su Majestad.^[956] En el curso de aquel verano los alemanes se enzarzaron en una agria disputa con Franco. Éste firmó la ley de minas españolas sin informar antes al embajador alemán von Stohrer. Entre las concesiones que se hacían para dar satisfacción a los alemanes, figuraba la autorización a las inversiones de capital extranjero hasta de un 40% y la posibilidad de admitir excepciones, por encima de este límite, en Marruecos. La ley satisfizo a los alemanes, aunque no la forma en que se publicó. Von Stohrer preguntó con frialdad si se le consideraba persona non grata y se le replicó que Franco estaba ocupado. Von Stohrer preguntó si es que Franco no disponía de media hora para entrevistarse con el embajador

alemán. Posteriormente fue recibido por Gómez Jordana, quien explicó que él y Franco habían defendido a Alemania en el consejo de ministros y habían logrado introducir enmiendas favorables a los alemanes. La propaganda enemiga, agregó, habría denunciado que Alemania había forzado concesiones a Franco si éste hubiera recibido al embajador alemán antes de publicarse el decreto. «Pero la prensa nacionalista española nunca da cuenta de mis visitas», comentó von Stohrer. Alemania aceptó las disculpas españolas de mala gana, aceptando asimismo las concesiones.^[957] En el curso de las semanas siguientes, las relaciones de los alemanes con Franco se complicaron extraordinariamente; parece ser que Alemania llegó incluso a acariciar la idea de llevar a la práctica su deseo, sólo formulado a medias, de prolongar la guerra española, vendiendo equipo militar a la República. Como se verá más adelante, Negrín llegó a entrevistarse con negociadores nazis. Durante estas semanas de continua crisis internacional, la ofensiva nacionalista en el Maestrazgo y en el Mediterráneo proseguía con dolorosa lentitud. Las fuerzas republicanas, mandadas por el general Leopoldo Menéndez (bajo el mando supremo de Miaja) resistían con destreza y valor. El general Volkmann, comandante en jefe de la Legión Cóndor, informó de que había agotado las reservas de material.^[958] Los republicanos habían recibido de Rusia numerosos «Moscas», entre los que figuraban algunos modelos del denominado «Supermosca», que llevaba cuatro ametralladoras y desarrollaba mayor velocidad; de Francia, la República recibió cuarenta cazas canadienses Grumman.^[959] Castellón de la Plana resistió hasta el día 14 de junio en que se rindió a las tropas de Aranda tras varios días de feroces combates en los suburbios. Fueron asesinados cuarenta prisioneros políticos y la ciudad fue saqueada antes de que la abandonaran las unidades republicanas. Los nacionalistas contaban ya de ahora en adelante con el importante puerto de El Grao de Castellón. Se hallaban a la sazón a ochenta kilómetros de Valencia. Pero, aunque las expertas tropas de García Valiño (que formaban ahora un cuerpo de ejército) se habían unido a las de Aranda, Solchaga y Varela, las operaciones militares quedaron estancadas a doce kilómetros al norte de Sagunto. El único triunfo que lograron los nacionalistas fue la conquista del enclave defendido por «el Esquinazo», en el valle del Alto Cinca, por el general Iruetagoiena. El pueblo pirenaico de Bielsa cayó el día 6 de junio. Cuatro mil hombres huyeron a Francia.^[960]

A mediados de junio, ya nadie se atrevía a afirmar en España que la guerra se estaba terminando. Se había esfumado el optimismo de la primavera. El cansancio cundía por todas partes. Según palabras de von Stohrer, «el terror que practica actualmente Martínez Anido en la zona nacionalista resulta inadmisibile, aun a los ojos de la propia Falange».^[961] Negrín, en una alocución pronunciada en Madrid, el 18 de junio, dijo que no podía soportarse que la guerra se prolongara ni un minuto más si se deseaba que España siguiera siendo un país libre. El 28 de junio, el obispo de Gerona dirigió una carta a Companys desde territorio nacionalista en la que razonaba que la República debía rendirse, puesto que el ejército de Franco había triunfado en más de la mitad de España y, por lo tanto, el presidente Companys, como buen demócrata, debía acatar el «principio de

la mayoría».^[962] Entretanto, Litvinov declaraba que Rusia se sentiría encantada de retirarse de España sobre la base del principio «España para los españoles», al tiempo que Ilya Ehrenburg, en un artículo publicado en Pravda el 17 de junio, tendía una «mano conciliadora» a la Falange de la vieja guardia, a cuyos miembros calificaba, de forma sorprendente, de «patriotas españoles». La misión militar rusa era mucho más reducida que en otros tiempos. Azaña celebró una entrevista con el encargado de negocios británico, John Leche, en el museo de Vich, en la cual insistió con vehemencia en la necesidad de buscar una mediación en la guerra española, para alcanzar un compromiso que incluyera un plebiscito, después de un alto el fuego.^[963] Azaña criticaba cada vez con mayor dureza los procedimientos judiciales que se practicaban en su nombre. Refiriéndose a los tribunales superiores, anotó en su diario en tonos de desesperación: «La falta de garantías. La incompetencia de los miembros iletrados. La crueldad impolítica [...]. Unos mozalbetes condenados a muerte por cantar un himno. El delator, no sabía cuál era. Malos tratos: Uno sordo, otro ciego». Pero Negrín seguía creyendo que era más útil aplicar unos cuantos castigos ejemplares que ganar batallas.^[964] El día 27 de junio, Maisky aceptó el proyecto de retirada de voluntarios elaborado por el comité de no intervención. Se enviarían dos comisiones a España, una para efectuar el censo de los extranjeros que actuaban allí y otra destinada a supervisar su retirada. Los países componentes de dicho comité satisfacerían el importe de la operación, calculado entre 1.750.000 y 2.250.000 libras.^[965] El proyecto fue enviado a ambos bandos contendientes para que opinaran sobre él. Jordana expresó la actitud de los nacionalistas sobre el particular. Explicó que «había que buscar el medio de reforzar la posición de Neville Chamberlain aceptando el proyecto en principio, pero intentando ganar tiempo para proseguir la guerra, mediante hábiles reservas y contrapropuestas».^[966] Maisky sintetizó acertadamente la actitud general de todos los países interesados cuando (acusando a su propio país) declaró que: «La actitud de las potencias intervencionistas me hace dudar de que se lleve a cabo la evacuación de los "voluntarios"».^[967] El 5 de julio, el ejército nacionalista de Levante emprendió una gran ofensiva para abrirse camino hasta Valencia.^[968] En aquella zona se concentraron novecientos cañones y cuatrocientos aviones. García Valiño, estacionado en las afueras de Castellón, embistió desde el norte, pero, en aquel sector, la sierra de Espadan llegaba casi hasta el mar y las fuerzas republicanas, dirigidas por el astuto Gustavo Durán y el general Menéndez, no pudieron ser desalojadas. El 13 de julio, Varela, junto con tres divisiones italianas de Berti, atacó hacia el sur de Teruel, coordinando su acción con la de los navarros de Solchaga. En los primeros días de la batalla, los blindados italianos lograron importantes avances, pero la resistencia republicana estaba de nuevo bien organizada. Una fuerza de carabineros resistió largamente en Mora de Rubielos. Finalmente, cayó Sarrión y, con ella, las posiciones republicanas situadas a lo largo de la sierra de Toro. El frente empezó a derrumbarse de forma parecida a lo ocurrido en Aragón. La oficina de turismo de los nacionalistas, abierta recientemente, empezó a organizar viajes en autobús a los campos de batalla.^[969] Protegida por un intenso bombardeo artillero antiaéreo, la infantería navarra e italiana avanzó en cinco días noventa y cinco kilómetros en un frente

de treinta kilómetros de anchura. El único obstáculo que quedaba por salvar para ocupar la bella región de la huerta de Valencia, próspera en tiempos de paz y fácil de conquistar en caso de guerra, eran las fortificaciones construidas frente al pueblecito de Viver, en dirección hacia la sierra de Espadán. Pero estas fortificaciones (la llamada línea XYZ) estaban ingeniosamente concebidas y las defendían dos cuerpos de ejército a las órdenes de los dos coroneles que habían ganado el máximo prestigio en la batalla de Madrid en noviembre de 1936: Romero y Güenes.^[970] Se habían construido trincheras capaces de resistir bombas de 500 kilos. El avance quedó interrumpido. El bombardeo artillero y aéreo no causó la menor impresión en los defensores. Cada asalto de la infantería nacionalista era rechazado por una lluvia de metralla. Entre los días 18 y 23 de julio los nacionalistas sufrieron cuantiosas bajas, calculadas por la República en 20.000 hombres. A partir del día 23, los ataques empezaron a espaciarse y finalmente quedaron interrumpidos. Valencia se había salvado.^[971]

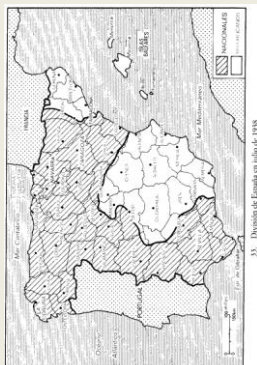
47

La batalla del Ebro. — Avance hacia Gandesa. — La guerra de desgaste. — La crisis de agosto. — España y la crisis de Munich. — Retirada de las Brigadas Internacionales. — La comisión de la Sociedad de Naciones. — Sir Philip Chetwode en España. — Las batallas de Cavalls. — El Pacto del Mediterráneo.

El 24 de julio de 1938, Negrín declaró en Barcelona ante el consejo de la guerra republicano que Valencia caería a menos que se lanzara un ataque diversivo en otro punto. El general Rojo, jefe del estado mayor, propuso que éste se efectuara al norte de la avanzadilla nacionalista en el Mediterráneo. El proyecto consistía en abrirse paso por el Ebro en varios puntos, a unos ciento diez kilómetros del mar con el doble objetivo de perturbar las comunicaciones de los nacionalistas entre Levante y Cataluña y de restablecer, si era posible, las comunicaciones entre Cataluña y el resto de la España republicana. Para llevar a cabo este proyecto se formó un nuevo «ejército del Ebro» a las órdenes de

Modesto, integrado por el 5º Cuerpo de ejército a las órdenes de Líster, el 12º Cuerpo de ejército, dirigido por Etelvino Vega y el 15º Cuerpo de Ejército, mandado por Manuel Tagüeña. El 18º Cuerpo de Ejército, bajo el mando de José del Barrio, formaba la reserva. Apoyarían a esta fuerza de 80.000 hombres, 70 u 80 baterías de campaña y veintisiete armas antiaéreas. El apoyo aéreo de las fuerzas republicanas había mejorado mucho gracias a la adquisición de los cazas «Supermosca» y «Superchato», manejados por pilotos españoles instruidos en Rusia. Todos los comandantes en jefe propuestos para dirigir el ejército del Ebro eran comunistas, y asimismo los comandantes de cuerpo y de división, y, por supuesto, el general Modesto. Estos jefes, en su calidad de militantes comunistas, celebraban reuniones regulares con la dirección del partido.^[972] Los anarquistas sólo contaban con dos jefes de brigada, de un total de veintisiete que integraban el ejército del Ebro.^[973] Pero no hay que creer, ni mucho menos, que estuvieran tan mal representados en los demás ejércitos. Por ejemplo, el coronel Perea, jefe del ejército del este, siempre había simpatizado con los anarquistas, mientras que, de los cinco ejércitos de la zona central que mandaba Miaja, sólo uno (el de Extremadura, de escasa importancia) estaba dirigido por un simpatizante comunista, el coronel Burillo.^[974] Los demás, aunque no fueran anarquistas, tampoco eran comunistas. Además, los comunistas estaban desunidos: Modesto y Líster, que eran las dos revelaciones más destacadas de la guerra, se hallaban en malas relaciones. Modesto era un andaluz sarcástico y despótico, a ratos brutal y raras veces sincero, pero era un auténtico jefe militar, carente de dotes y ambiciones políticas. Líster daba la imagen del orador apasionado y ambicioso, con un fuerte sentido de la amistad, indisciplinado y dispuesto a emprender cualquier acción propagandística, que sabría desarrollar con eficacia; de reacciones desabridas a veces, pasaba por alto casi todos los errores de sus subordinados si éstos le caían en gracia.^[975] Además, muchos comunistas recientes eran de extracción burguesa. Otros jefes militares comunistas habían adoptado una actitud política durante la guerra. Nadie sabía cuáles serían sus opiniones al término del conflicto. Los anarquistas seguían considerando que Rojo, jefe del estado mayor del ejército, mostraba excesiva tolerancia con los comunistas, pero éste era un técnico puro y simple. Bernal, jefe de Transportes, era conocido por sus ideas anti-revolucionarias. El socialista Trifón Gómez, jefe administrativo del ejército, era prietista y llegó a ser expulsado de la dirección del partido en 1934 cuando Largo Caballero inició la apertura a la izquierda. En cuanto al coronel Jurado, oficial de artillería, que se hallaba ahora al mando de las armas antiaéreas, muchos creían que había decidido apoyar el bando republicano por pura casualidad. Manuel Albar, encargado de coordinar las distintas comisarías y Alfonso Játiva, subsecretario de la Marina, eran hombres de Prieto y también lo eran Belarmino Tomás, el nuevo comisario del Aire y Zugazagoitia, secretario general de Defensa, cargo que apenas significaba nada.^[976] Muchos otros cargos del ministerio de la Guerra los desempeñaban preferentemente profesionales políticamente neutros, antes que comunistas, como sucedía en tiempos de Prieto. Por ejemplo, el arma de artillería seguía estando a las órdenes del coronel Fuentes, oficial a quien, en noviembre de 1936, el comandante Voronov calificó de anti-ruso; las comunicaciones corrían a cargo del coronel Montaud, que era uno de los jefes

del ejército vasco; el doctor José Puché, rector de la universidad de Valencia, y amigo de Negrín, se hallaba al frente del cuerpo médico; sólo el comandante Azcárate, primo del embajador, que dirigía el cuerpo de Ingenieros, y el coronel Paredes, especialista en tanques, podían considerarse próximos al Partido Comunista. El enigmático diputado socialista por Granada, Alejandro Otero, subsecretario para la compra de armamento, parecía, por su parte, un capitalista de gran imaginación. Las unidades mandadas por jefes comunistas recibieron la parte del león en cuanto al armamento se refiere; si bien es verdad que se trataba de las armas ofensivas. Al parecer estas unidades fueron las que mejor dirigieron la acción bélica, aunque es difícil pronunciarse sobre el particular.

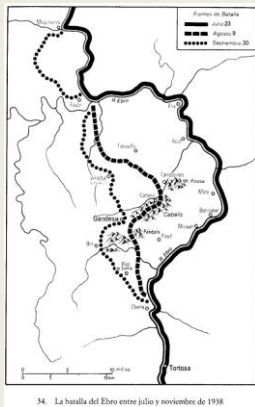


En el ejército del Ebro la rápida carrera ascendente de Manuel Tagüeña, que, con menos de treinta años, mandaba un cuerpo de ejército, sin tener experiencia militar anterior a 1936, era representativo del caso de tantos jóvenes, principalmente comunistas o miembros de las Juventudes Unificadas, que, en la última etapa de la guerra civil, pasaron a desempeñar el mando en campaña.^[977] De la lectura de sus memorias se deduce claramente que su comunismo era el propio de un patriota combatiente y no el de un «ideólogo». Estos ejércitos reorganizados mantuvieron la resistencia de la España republicana durante el año 1938. La recuperación tras las derrotas sufridas en primavera constituyó un gran éxito, del que fue parcialmente responsable la apertura de la frontera francesa durante el mes de marzo. También contribuyó a ello la movilización de nuevos reemplazos de reservistas y la fundación de las nuevas escuelas de oficiales. La recuperación militar también fue fruto de la tenacidad de muchos hombres comprometidos en la lucha, en su mayor parte menores de veinticinco años, que, a menos que trabajaran hasta el agotamiento, se exponían a perderlo todo, incluida la propia vida. La República cometió una temeridad al lanzar una ofensiva en el verano de 1938, con la frontera francesa nuevamente cerrada, ofensiva que parecía inspirada en los ejemplos de Brunete, Belchite y Teruel. El esquema de estas batallas — éxito momentáneo de la ofensiva, contención del avance por tropas nacionalistas llegadas de otros frentes precipitadamente, contraataque nacionalista— se repitió en la batalla del Ebro, aunque en una escala mucho mayor y entrañando consecuencias mucho más trágicas.^[978] Sea como fuere, a las doce y cuarto de la noche del 24 al 25 de julio, con un cielo sin luna, las fuerzas republicanas empezaron a cruzar el Ebro. Las unidades que

mandaba Tagüeña atravesaron el río entre Mequinenza y Fayón. Líster y el 5º Cuerpo de ejército empezaron a cruzar el río por dieciséis puntos distintos comprendidos en el gran arco que éste forma entre Fayón y Cherta, principalmente por Flix, Mora la Nueva, Miravet y Amposta, situada ésta a orillas del mar, cincuenta kilómetros al sur. Para la operación se habían reunido noventa barcas (cada una de ellas transportaba diez hombres), tres puentes de pontones y doce de otros tipos. Les acompañaban veintidós tanques T-26 y cuatro compañías de carros blindados, con la particularidad de que iban armados con ametralladoras en lugar de cañones. La primera unidad del cuerpo de ejército de Líster que alcanzó la otra orilla fue el batallón Hans Beimler, de la 11ª Brigada Internacional, ahora reorganizado, y que estaba formado por alemanes, escandinavos y catalanes, cuyos jefes abrían la marcha al grito de «¡Adelante, hijos de Negrín!», proferido con extraños acentos.^[979] A la altura de Mora, el Ebro tiene una anchura de varios centenares de metros y discurre en medio de escarpados desfiladeros.

La otra orilla del Ebro, desde Mequinenza hasta el mar, estaba custodiada por el ejército de Marruecos, cuyo mando había vuelto a manos de Yagüe. Los oficiales de la 50ª División, mandada por el coronel Campo, habían informado de que a lo largo de la orilla opuesta se hallaban concentradas tropas enemigas selectas, pero el alto mando había hecho caso omiso. El frente de guerra en España tenía 1.750 kilómetros de longitud y no podían verificarse todos los rumores.^[980] A las dos y media de la madrugada, el coronel Peñarredonda (que estaba al frente del sector de Mora) informó a Yagüe de que los republicanos habían cruzado el Ebro. Algunos hombres de Peñarredonda habían oído tiroteos procedentes de la retaguardia, mientras éste y su centro de mando divisional habían perdido el contacto con los flancos. Este coronel era uno de los personajes más antipáticos del ejército nacionalista. Sentía un odio especial por las Brigadas Internacionales, y, bajo su propia responsabilidad, dio órdenes de fusilar a todos los prisioneros pertenecientes a éstas. En cierta ocasión, obligó al capitán inglés Peter Kemp, que servía en su batallón, a que fusilara a un súbdito irlandés en señal de protesta contra la intervención extranjera en ambos bandos.^[981] Entretanto, la 14ª Brigada (franco-belga) cruzaba el Ebro cerca de Amposta, enfrentándose con las fuerzas mandadas por el general López Bravo. Aunque esta operación fracasó, se consideraba un avance de importancia secundaria. A pesar de todo, allí los combates se prolongaron durante 18 horas más, pasadas las cuales los que quedaban se retiraron desordenadamente cruzando el río con los medios a su alcance y dejando tras de sí 600 muertos y gran cantidad de material. Río arriba, las primeras fases del ataque dieron resultado positivo. Todos los pueblos ribereños del Ebro, situados en el sector central del frente, fueron ocupados al amanecer. Se formó una cabeza de puente de grandes proporciones. Los que cruzaron el río, entre ellos la 15ª Brigada Internacional, siguieron avanzando tierra adentro, a fin de rodear por los flancos, y cercar y apresar a las desmoralizadas tropas de Peñarredonda. Al anochecer, éste fue autorizado a retroceder con todos los hombres que pudiera llevar consigo. Después de aquel lance, el coronel, muy afectado, se retiró a Zaragoza y ya no se le vio más durante el resto de la guerra. Por el norte, en Mequinenza, Tagüeña había avanzado 5 kilómetros desde el Ebro. Por el centro,

Líster avanzó 40 kilómetros, llegando hasta la pequeña localidad de Gandesa (en 1937 tenía 3.396 habitantes). Fueron capturados todos los puntos de observación importantes situados en las montañas, entre Gandesa y el río. Cuatro mil soldados nacionalistas cayeron prisioneros, produciéndose numerosas deserciones. Franco ordenó que acudieran para reforzar la región las divisiones de Barrón, Alfredo Galera, Delgado Serrano, Rada, Alonso Vega y Castejón (que vino de Andalucía) y Arias. El coronel Martínez de Campos anotó en su diario que, mientras se hallaba en la sierra de Espadán al frente de las tropas de artillería, «había recibido órdenes de detener la ofensiva [...] pues el enemigo acababa de cruzar el Ebro».^[982] Al principio, Franco pensó permitir que el enemigo penetrara profundamente en sus líneas, para luego efectuar un movimiento en tenaza que destruyera totalmente el ejército republicano. Le disuadieron de esta idea, pero siguió bombardeando los puentes. Finalmente decidió no lanzar a la infantería al ataque hasta que la artillería y la aviación tuvieran la situación dominada.



La batalla principal tuvo lugar en Gandesa. Esta ciudad fue atacada por Líster día y noche durante los sofocantes días del verano. El 1º de agosto, la 15ª Brigada Internacional lanzó su más duro ataque contra la cota 481, a la que ellos llamaban «el grano», situada justamente frente a Gandesa. Una vez más, la lista de bajas fue muy elevada, como había ocurrido dentro de Gandesa durante los combates librados en el mes de marzo. Entre los muertos se hallaba Lewis Clive, concejal socialista de South Kensington, y David Haden Guest,^[983] joven filósofo comunista, procedente de Cambridge. El día 2 de agosto, quedó contenido el avance republicano. El frente se extendía desde Fayón a Ceberta, a lo largo de la base del arco del Ebro, pero con un saliente en el extremo oriental que dejaba en poder de los nacionalistas Villalba de los Arcos y Gandesa. En el norte, la bolsa entre Mequinenza y Fayón tenía 15 kilómetros en su punto más ancho. Los republicanos se pusieron a cavar trincheras. Yagüe dio pruebas de sus dotes de organizador, tanto en la defensa como en el ataque, conservando la calma en todo momento. Sin embargo, el fracaso de la tentativa republicana de proseguir el avance se debió probablemente a fallos técnicos. Para pasar los pesados tanques republicanos a la otra orilla del Ebro, era preciso un puente de hierro y su construcción requería demasiado tiempo. La infantería republicana acudió al frente a pie por la escasez de camiones. Los

nacionalistas pudieron completar las defensas de Gandesa y cavar trincheras sin ser bombardeados por los republicanos, en un momento en que la mayor parte de los cazas nacionalistas se hallaban en la zona de Valencia. (Los bombarderos habían acudido precipitadamente y se dedicaban a atacar los puentes del Ebro.) Modesto había proyectado bombardear Gandesa, pero el coronel Visiedo, jefe de operaciones del ministerio del Aire, frustró sus planes. El coronel García Lacalle, comandante en jefe de los cazas republicanos, que propuso el bombardeo, creía que Visiedo, que era un oficial convencional, había cometido poco menos que un delito de traición al mantener la negativa, pero en el campo republicano eran casi tan frecuentes las acusaciones de traición como las de trotskismo.^[984] De todos modos, el 14 de agosto, Bernhardt, director de HISMA, telegrafió a Goering para pedirle municiones para los inapreciables cañones antiaéreos de 88 milímetros, a fin de conjurar el «agudo peligro militar».^[985] Las órdenes de Líster y Tagüeña eran: «Vigilancia, fortificación y resistencia». Estas consignas fueron repetidas durante las semanas siguientes. Se fusilaba a los oficiales y soldados que retrocedían. Los sargentos recibieron órdenes de fusilar a los oficiales que dispusieran la retirada sin órdenes escritas de la superioridad. «Quien pierda un solo palmo de terreno —ordenó Líster— debe reconquistarlo al frente de sus hombres o, de lo contrario, será ejecutado.»^[986] Franco nunca permitió que ni la más mínima retirada táctica quedara sin respuesta. En consecuencia, resolvió atacar a las fuerzas republicanas para desalojarlas de los territorios que habían conquistado. Casi toda la aviación nacionalista se concentró en el Ebro: en total, unos 300 aparatos. Otros generales nacionalistas criticaron esta decisión de Franco, entre ellos Aranda. Pero se trataba de una decisión característica de Franco. La táctica de éste consistía en lanzar un intenso ataque artillero y aéreo sobre un punto determinado y en un área reducida, para hacer abortar toda posibilidad de resistencia. A continuación, se lanzaban al ataque pequeñas unidades, acaso dos batallones tan sólo. El jefe de la artillería nacionalista era Martínez de Campos, que había desempeñado las mismas funciones en la campaña del norte. Bajo su dirección, la batalla del Ebro se transformó en un gran duelo artillero. Fue la única vez que se aplicó plenamente en España la fórmula de que «la artillería conquista el terreno, la infantería lo ocupa». El primer contraataque nacionalista de estas características tuvo lugar el 6 de agosto, cuando Delgado Serrano reconquistó la bolsa del norte, entre Mequinzenza y Fayón. El 11 de agosto, Alonso Vega y Galera montaron un contraataque contra la sierra de Pándols, una cadena de azuladas montañas de pizarra, situada al sur del frente. El día 14, Líster cedió la cota de Santa Magdalena. El 19, Yagüe lanzó otro contraataque contra las posiciones republicanas en la ladera septentrional del monte Gaeta, compuesta por suaves y ondulantes colinas, llenas de acebos. Este ataque también se vio finalmente coronado por el éxito. El 3 de septiembre lanzaron un ataque los cuerpos de ejército de Yagüe y García Valiño (el último se había trasladado desde Levante, y ahora ejercía el mando del ejército del Maestrazgo). Estos cuerpos se componían de las divisiones de Galera, Delgado Serrano, Arias y Mohammed «el Mizzian», que era sobrino de uno de los más truculentos enemigos de España y fue el único oficial marroquí que llegó a alcanzar el

mando de una división en el ejército nacionalista. Gandesa quedó parcialmente aliviada del cerco que sufría, y los nacionalistas reconquistaron el pueblo de Corbera, situado en un fértil valle entre Pándols y monte Gaeta. De esta forma, en el curso de seis semanas, la República perdió unos 200 kilómetros cuadrados del territorio que había conquistado. Pero esta información escueta no da una idea exacta de lo que fue la implacable batalla que se libró bajo el sol de justicia de agosto. Cada día los aeroplanos nacionalistas, a veces en escuadrillas de 200 a la vez, sobrevolaban las líneas republicanas describiendo círculos, sin ser atacados por las inadecuadas defensas antiaéreas enemigas ni por los cazas republicanos, torpemente manejados. Muchos de los «Moscas» y «Chatos» fueron destruidos, otros muchos sufrieron desperfectos, resultando muchos pilotos muertos o heridos. La mayoría de los pilotos rusos más competentes habían sido evacuados. Por otra parte, el mando de la República no había conseguido adaptar la aviación a las necesidades del ejército. A principios de agosto, la República había perdido el dominio del aire. Así quedó más que desvirtuada la ventaja que suponía el hecho de dominar las elevaciones del terreno. Durante la contraofensiva, la aviación nacionalista arrojó 4.500 kg. de bombas diarias. Pero los ingenieros republicanos eran de gran tenacidad y reparaban los puentes antes de que terminase el bombardeo. Este período de la batalla fue acaso más notable por la dificultad que suponía atacar blancos pequeños: para destruir un puente de pontones se necesitaban 500 bombas.

La República se mostró eufórica en los primeros momentos de la batalla del Ebro. Incluso Azaña llegó a convencerse, durante un tiempo, de que había cambiado la suerte. Además, la crisis checoslovaca amenazaba provocar un conflicto europeo general, en el que quedaría integrada la guerra española, como quería Negrín. Pero estos favorables acontecimientos no impidieron que se produjera una crisis gubernamental de efectos negativos. Se hallaban pendientes de resolución 58 sentencias de muerte por espionaje y sabotaje, que motivaron controversias en el seno del gabinete. Los condenados eran miembros de la red de espionaje de un falangista llamado Villalta, recientemente desarticulada. A raíz de ello, Negrín exigió que todos los tribunales que entendían en casos de espionaje y otros relativos a la guerra quedaran bajo el control del ministerio de la Guerra. También pretendía que este ministerio ejerciera la administración portuaria; y finalmente se proponía llevar a cabo la nacionalización completa de las industrias de guerra. A la sazón, había cierta confusión en las industrias de armamento, imputable unas veces a los trabajadores y otras a la organización estatal.^[987] Por otra parte, las actividades del SIM en Cataluña habían ocasionado protestas de Companys y otros en el sentido de que aquella fuerza policial estaba transgrediendo el estatuto de Cataluña. El punto muerto a que había llegado la polémica había llevado a Negrín al decreto de militarización. En cuanto al proyecto de nacionalización, muchos estaban completa o parcialmente desempleados (más que antes de 1936),^[988] al tiempo que muchas industrias colectivizadas necesitaban ayuda: «Empresa colectivizada desea socio capitalista» proclamaba un cartel en una fábrica de Barcelona.^[989] Muchos ministros (la mayoría de los no comunistas) se opusieron a esta política de Negrín. Ayguadé e Irujo, ministros

catalán y vasco respectivamente del gobierno central, creyeron que su deber era dimitir. La crisis se prolongó durante muchos días.^[990] La censura impidió que se divulgaran públicamente las razones de la actitud de ambos ministros: La Vanguardia, el diario más importante de Barcelona, que defendía Negrín, explicó que se trataba de una conspiración separatista.^[991] Los comisarios de guerra llegaron a anunciar que la Generalitat apoyaba la revuelta separatista que se estaba tramando. Negrín abandonó Barcelona por unos cuantos días, sin que nadie tuviera noticias de su paradero. Había resuelto precipitar la crisis, temiendo que Azaña proyectara llamar a Julián Besteiro, que residía en Madrid, apartado prácticamente de las actividades públicas, para formar un gobierno que preparara la mediación o la rendición. Pero Azaña opinaba que, una vez alcanzada la tregua, aunque fuera temporal, ninguno de los dos bandos se vería capaz de reanudar la guerra.^[992] Finalmente, Negrín se presentó en el domicilio de Companys y se hizo invitar a cenar. Le manifestó que estaba cansado de no recibir un respaldo adecuado de Cataluña y que había resuelto retirarse de la política para asistir a un congreso de biología en Zurich. Antes presentaría la dimisión a Azaña, proponiéndole que le sucediera Companys como jefe del gobierno. Companys, desconcertado, trató de persuadir a Negrín de que permaneciera en su cargo. Éste dijo que se percataba de que no había sabido establecer buenas relaciones con Cataluña reconociendo su falta de tacto. La conversación no dio resultados concretos. Al día siguiente, acudieron a visitar a Negrín, Tarradellas y Sbert, los dos ministros más antiguos de la Esquerra en el gobierno de la Generalitat. Aseguraron al jefe del gobierno que deseaban arreglar el caso amistosamente. Pero Negrín, que parecía haber tomado una resolución definitiva, manifestó a Sbert: «Ya verá usted como mañana se arregla todo. Yo me lo pasaré muy bien en Zurich con los biólogos». Por parte de Negrín era un acto de prestidigitación política, y no un intento auténtico de buscar sucesor. Companys era inviable: si en otro tiempo había sido un dirigente político oportunista y hábil, para entonces había perdido gran parte de sus viejos amigos y colaboradores de la Esquerra, que se habían pasado al PSUC o se habían exiliado, y él mismo estaba desmoralizado desde el traslado del gobierno central a Barcelona. Era un hombre quebrantado. Inmediatamente después, Negrín efectuó una serie de llamadas a diversos puntos de Barcelona y formó un nuevo gabinete, excluyendo a Ayguadé e Irujo. Para reemplazarles designó a José Moix (comunista y anarquista hasta marzo de 1933, en que fue expulsado a raíz de una disputa ideológica), y a Tomás Bilbao (vasco y miembro del partido minoritario Acción Nacionalista Vasca, que hasta entonces había sido cónsul en Perpiñán, y negrinista convencido). Los demás ministros eran los mismos del mes de abril. De todos modos el anarquista Segundo Blanco era ya a los ojos de sus camaradas de la CNT, «un negrinista más».^[993] A continuación, Negrín visitó a Azaña y le presentó la lista del nuevo gabinete y le dijo que, tratándose de una crisis parcial, no había creído necesario consultarle; pero que, si lo rechazaba, debía tener en cuenta que Negrín tenía tras de sí al ejército (se decía que habían llegado cientos de telegramas de los jefes militares expresando su apoyo al jefe del gobierno). Luego Negrín presentó a Azaña los decretos que figuraban en su programa original y que habían precipitado la crisis. Azaña

rechazó el decreto de militarización de los tribunales, pero aceptó el que aprobaba las penas de muerte y el de nacionalización de las industrias de armamentos. Trece de las 58 sentencias de muerte fueron ejecutadas. Pero la nacionalización no varió la situación de las industrias.^[994] De forma bastante sorprendente, Negrín se dirigió a Zurich para asistir al congreso de fisiólogos, con los resultados que más tarde se verán. El continuado compromiso de Negrín con los comunistas lo ha condenado ante los ojos de la historia. Su secretario personal, Benigno Rodríguez, era miembro del Partido, habiendo sido en otro tiempo editor de Milicia Popular, órgano del Quinto Regimiento. De todos modos, en agosto de 1938, igual que antes, a Negrín casi no le quedaba otra alternativa que pactar con el diablo. Sus esfuerzos por conseguir una paz negociada —que había ocultado a los comunistas— habían resultado infructuosos. La única victoria aceptable para Franco era la victoria total. Al parecer, la única esperanza para la República era seguir resistiendo hasta que estallara el conflicto europeo. Entretanto los comunistas eran los defensores más tenaces de la política de resistencia. No quedaba más remedio que emplear sus servicios. Negrín no confió en los comunistas a la hora de buscar una paz negociada. Tenía como objetivo político el mismo de Stalin: estar dispuesto a practicar el doble juego. El doble juego contra los comunistas podía ser peligroso, aunque en un país tan poco ortodoxo como España podía dar resultado. Los republicanos habían aceptado en principio el proyecto británico para la retirada de voluntarios, aunque con reservas. Entre otras cosas, querían que los marroquíes que luchaban en el ejército nacionalista fueran clasificados como voluntarios extranjeros, que los «técnicos» fueran evacuados en primer lugar y que la no intervención se observara estrictamente, empleando para ello el control aéreo. La República, además, deploraba la concesión de derechos de beligerancia prevista en el proyecto. Los nacionalistas, por su parte, exigían la concesión inmediata de estos derechos y, posteriormente, la evacuación de 10.000 voluntarios por cada bando. Pero la retirada no podría supervisarse internacionalmente, dado que «los observadores extranjeros usurparían, de forma humillante, los derechos soberanos de España». Francis Hemming, secretario del comité de no intervención, fue enviado a la España nacionalista para persuadir a Franco de que cambiara de actitud. La nota nacionalista, tal como estaba redactada equivalía a rechazar el proyecto. Azcárate escribió una carta personal a Vansittart, en la que señalaba la injusticia de querer mantener la no intervención a toda costa, cuando Alemania e Italia respaldaban a Franco en su actitud de rechazo al proyecto de retirada de voluntarios. La frontera franco-española había sido cerrada en el mes de junio a fin de facilitar que Franco aprobara el proyecto. ¿No podría abrirse de nuevo la frontera, por lo menos? Vansittart no llegó a contestar nunca.^[995] Por entonces, el general Berti estaba celebrando conversaciones con Franco por orden de Mussolini. Los italianos que combatían al lado de Franco sumaban 48.000 hombres en aquellos momentos. Italia estaba dispuesta a tomar cualquier iniciativa para ayudar a los nacionalistas: ya fuera enviando dos o tres divisiones más a España o enviando un nuevo contingente de 10.000 hombres para cubrir las bajas u ordenando la evacuación parcial o total. Franco optó por la evacuación parcial.^[996] O sea que Mussolini decidió concentrar las divisiones Littorio y

23 de Marzo en una sola división grande, retirando el resto de sus fuerzas. A los británicos no podía pasarles inadvertido, y así Ciano podría solicitar que entrara en vigor el acuerdo anglo-italiano.^[997] Pero Mussolini estaba irritado con el generalísimo a propósito de la batalla del Ebro. «Anota en tu diario —vociferó Mussolini a Ciano—, que hoy, día 29 de agosto, profetizo la derrota de Franco [...]. Los rojos son verdaderos combatientes y Franco no.»^[998] La ofensiva republicana del Ebro había provocado el pesimismo en la España nacionalista. Se hablaba de derrotismo hasta en Burgos. Los falangistas murmuraban contra Franco y Martínez Anido. Von Stohrer dio cuenta de las escenas suscitadas entre Franco y sus generales, «que no cumplen correctamente las órdenes de ataque». Al generalísimo le alarmaba la crisis en Checoslovaquia, que tenía entusiasmado a Negrín. La posibilidad de que estallara un conflicto general, en el que tal vez tendría que luchar contra Francia, hizo que enviara 20.000 prisioneros a trabajar en las fortificaciones fronterizas de los Pirineos y el Marruecos español. Franco no estaba informado de las intenciones del Führer. A mediados de septiembre, Alemania suspendió temporalmente su ayuda para cubrir sus necesidades en la Europa central. Al marqués de Magaz, embajador nacionalista en Berlín, le aseguraron expresamente el día 19 de septiembre que no se producirían cambios en la política alemana con respecto a España, ni aunque se presentara el caso de guerra.^[999] Pero, una semana más tarde, Franco continuaba irritado y se preguntaba si los alemanes necesitaban los puertos españoles para abastecerse.^[1000] Entretanto se reunió en Ginebra la asamblea general de la Sociedad de Naciones, para celebrar la que sería su última sesión. Negrín y Álvarez del Vayo volvieron a plantear el caso español. La guerra se hallaba en su momento más sombrío. Tras la conquista de Corbera, la batalla del Ebro se había convertido en una prueba de resistencia. El frente permaneció estacionario, aunque activo, hasta finales de octubre. El propio Negrín (a espaldas de los comunistas, y también de los vascos y catalanes) se embarcó en un nuevo proyecto de compromiso. El día 9 de septiembre, mientras se hallaba en Zurich de modo ostensible, asistiendo a la conferencia de fisiólogos, se entrevistó en secreto con un emisario de Hitler (probablemente el conde Welczeck, embajador alemán en París) en el bosque de Shil, en las afueras de Zurich.^[1001] Pero mientras Franco siguiera en el poder, no había posibilidad alguna de compromiso. De todos modos, Mussolini, diez días después, llegó a la conclusión de que era inevitable que en España se llegase a una paz negociada y que, por lo tanto, le tocaría perder irremisiblemente sus «4.000 millones de liras de créditos».^[1002] Al duque de Alba, agente nacionalista en Londres, le dijeron en el Foreign Office que los franceses no emprenderían ninguna acción contra España en caso de guerra general si Franco se declaraba neutral. De otro modo, si estallaba la guerra se lanzaría un ataque inmediato contra Marruecos y a través de los Pirineos. Franco hizo la declaración que deseaban que hiciera.^[1003] «¡Repugnante! —anotó Ciano—. ¡Como para que nuestros caídos en España se revuelvan en sus tumbas!»^[1004] Siguiendo la misma línea política, el generalísimo declaró a su vez, haciendo una concesión a Francia, que no permitiría que las unidades alemanas e italianas se aproximasen a la frontera francesa en una distancia de 130 kilómetros. Franco era persona habitualmente

realista. Se llegó por fin a la conferencia de Munich. Ya es bien conocida la suerte que cupo a Checoslovaquia. A propósito de España. Mussolini (a quien Ciano sorprendió «recorriendo la sala con las manos en los bolsillos, con su gran espíritu siempre anticipándose a los acontecimientos y a las personas [...]. A estas alturas, ya ha pasado a otros temas») manifestó a Chamberlain que la rápida evacuación de 10.000 hombres «crearía un clima propicio» para la puesta en práctica del acuerdo anglo-italiano. Añadió que estaba «harto» de España y afirmó (faltando a la verdad) que había perdido 50.000 hombres en aquel país y que estaba cansado de Franco, que había perdido tantas ocasiones de alzarse con la victoria. Chamberlain, entusiasmado por el éxito obtenido en la «solución» del problema checoslovaco, le propuso celebrar una conferencia análoga para «resolver el caso de España». Se exhortaría a ambos bandos a que observaran una tregua, mientras las cuatro potencias representadas en Munich trataban de arbitrar un arreglo.^[1005] Se filtraron noticias en este sentido y la República empezó a temer que le tocara correr la misma suerte que a Checoslovaquia. A Franco tampoco le agradó la idea. De todos modos Hodgson, el agente británico en Salamanca, dijo a von Stohrer que Gran Bretaña estaba intentando mediar en España.^[1006] El propio von Stohrer llegó a preguntarse si el compromiso no iría a favorecer a Franco, en un momento en que sus tropas «estaban desangrándose en el Ebro». Pero el propio generalísimo, en el curso de un banquete ofrecido el 1º de octubre, en el que ocupaba el asiento contiguo al de von Stohrer, se limitó a hablar del triunfo del Führer en Munich. Guardó silencio cuando el embajador le insinuó que el «método checoslovaco» podía servir de modelo para resolver otras cuestiones internacionales.^[1007] El 2 de octubre, Negrín (que estaba angustiado por lo ocurrido en Munich y por la prueba inequívoca que ofrecía de la debilidad de las viejas democracias)^[1008] pronunció un discurso radiado en el que declaró que los españoles debían llegar a un mutuo entendimiento, y preguntó públicamente si es que los nacionalistas querían prolongar la guerra hasta la destrucción total del país. La alocución mostró claramente al mundo por primera vez que Negrín aspiraba a alcanzar una paz negociada. Pero las tentativas de Hodgson de lograr «un compromiso con la apariencia de una victoria total» resultaron tan estériles como todas las anteriores propuestas similares. El día 4 de octubre, Schwendemann, del departamento para asuntos españoles de la Wilhelmstrasse, reconoció que el «propósito negativo» de Alemania de impedir que se implantara el comunismo en España podía satisfacerse por la vía del compromiso, salvaguardando, de paso, los intereses económicos alemanes. Pero la constitución de «una España fuerte y favorable a Alemania», agregó, sólo podría conseguirse con la victoria de Franco.^[1009] El día 6 de octubre, Jordana repitió a von Stohrer que el compromiso significaría que en toda la guerra civil se había luchado en vano. Había que obligar a la República a capitular.^[1010] En un panfleto nacionalista publicado en París se declaraba que «la propia guerra civil vino originada por el intento de mediación entre las fuerzas rivales españolas integradas en la República».^[1011] Lejos de plantearse una solución de compromiso, Franco pedía a los alemanes que le enviaran 50.000 fusiles, 1.500 ametralladoras ligeras y 500 pesadas (que equivalían a la producción mensual alemana de

ametralladoras) y 100 cañones de 75 milímetros. Con estas armas, aseguró a los alemanes, tendría la victoria asegurada. Los alemanes estaban dispuestos a acceder a ello, siempre y cuando se reconocieran formalmente sus derechos sobre las minas españolas. Pero hasta el mes de noviembre no se llegó a un acuerdo sobre el particular.^[1012] Después de los acuerdos de Munich, Stalin fue perdiendo las esperanzas de formar una alianza con Francia y Gran Bretaña contra Hitler. A partir de octubre, Rusia empezó a pensar en la única solución que le quedaba para no verse arrastrada a la guerra: la amistad con Hitler a expensas de las democracias. Probablemente Stalin ya había considerado la posibilidad de seguir tal política aun en los momentos más entusiásticos del Frente Popular.^[1013] Este cambio de actitud tuvo consecuencias en la guerra civil española. Los rusos habían insinuado que les gustaría retirarse de España. Ello explica que Stalin estuviera de acuerdo en retirar a las Brigadas Internacionales, aun antes de alcanzar el compromiso final en el comité de no intervención.^[1014] Las Brigadas Internacionales ya habían cumplido su función. Ya no eran eficaz instrumento de propaganda para la República y la mayor parte de los veteranos componentes de las primeras brigadas habían muerto o habían salido de España. La mayoría de sus actuales miembros eran españoles, algunos de ellos voluntarios, pero otros procedentes de presidio, de campos de trabajo y de batallones de castigo. Incluso varios de los oficiales que se hallaban al mando de los voluntarios extranjeros eran españoles. La 15ª Brigada, a modo de ejemplo, estaba a las órdenes del comandante Valledor, español.^[1015] Bien es verdad que aún se hallaba en acción el coronel Hans Kahle, que, en 1936, en Madrid, había mandado la primera Brigada Internacional y se hallaba ahora en el frente al mando de una división. Pero sus tropas, como las de su colega, el igualmente experto general «Walter», eran españolas. Incluso en el Batallón Lincoln había tres veces más españoles que extranjeros.^[1016] De tal forma que Negrín, en plena crisis de Munich, pudo proponer en Ginebra sin riesgos militares, la evacuación de todos los voluntarios extranjeros de la España republicana, pidiendo que la Sociedad de Naciones supervisara la operación. De esta forma demostraba su desprecio por el comité de no intervención y su apoyo al espíritu de la Sociedad de Naciones. El secretario general de ésta, Avenol, frío anglofilo, no acertó a disimular su regocijo: «¡Ha sido un golpe maestro!», exclamó al encontrarse con Azcárate en los pasillos del palacio de las Naciones. El día 1º de octubre se acordó que la Sociedad de Naciones supervisara la retirada por medio de una comisión de 15 oficiales, encabezados por un general. Rusia empezó a espaciar los llamamientos propagandísticos en favor de la República, al tiempo que seguía suministrando equipo militar, aunque cada vez en menor cantidad. Con la frontera francesa cerrada nuevamente, resultaba difícil asegurar que llegara cualquier clase de ayuda extranjera y las rutas marítimas (incluso la ruta entre Marsella y Barcelona) eran impracticables. La batalla del Ebro proseguía implacablemente. Franco preparaba su contraofensiva principal. En el bando republicano los comisarios seguían repitiendo el grito de «¡resistid, resistid!» En el momento de ser retiradas las Brigadas Internacionales, la batalla continuaba. La última acción que éstas efectuaron tuvo lugar el 22 de septiembre, fecha en que la 15ª Brigada libró su último combate. El batallón inglés

sufrió nuevamente cuantiosas bajas. En esta batalla resultó muerto el hijo del escritor norteamericano Ring Lardner, que fue uno de los últimos ciudadanos de su país que se alistaron voluntarios.^[1017] En un desfile de despedida a las brigadas, celebrado en Barcelona el 15 de noviembre, Negrín y «la Pasionaria» pronunciaron palabras de gratitud. El discurso de «la Pasionaria» hizo revivir por unos momentos los ideales de quienes tanto habían velado por la causa española en los días heroicos. Se dirigió, en primer lugar, a las mujeres de Barcelona: «¡Madres! ¡Mujeres! Cuando pasen los años y las heridas de la guerra hayan cicatrizado; cuando la oscura memoria de los tristes y sangrientos días se convierta en un presente de libertad, amor y bienestar; cuando los sentimientos de odio hayan desaparecido y cuando todos los españoles sientan el orgullo de una patria libre, entonces hablad a vuestros hijos. Habladles de las Brigadas Internacionales. Contadles cómo, llegando a través de mares y montañas, atravesando fronteras erizadas de bayonetas y vigiladas por rabiosos perros ansiosos de destrozar su carne, estos hombres llegaron hasta nuestra patria como cruzados de la libertad. Abandonaron todo, sus hogares, su patria, casa y fortuna, padres, madres, esposas, hermanos, hermanas e hijos, y vinieron para decirnos: "Aquí estamos. Vuestra causa, la causa de España, es nuestra causa. Es la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva". Hoy se marchan. Pero muchos de ellos, miles de ellos, se quedan aquí con la tierra de España como mortaja, y todos los españoles los recuerdan con el más profundo sentimiento». A continuación se dirigió a los miembros de las brigadas: «¡Camaradas de las Brigadas Internacionales! Razones políticas, razones de Estado, la sustentación de la misma causa por la que ofrecisteis vuestra sangre con tan incomparable generosidad, obligan ahora a volver a algunos de vosotros a vuestra patria, y a otros a un exilio forzoso. Podéis marchar orgullosos. Vosotros sois la historia. Vosotros sois leyenda. Vosotros sois el heroico ejemplo de la solidaridad y universalidad de la democracia. No os olvidaremos y cuando en el olivo de la paz vuelvan a brotar de nuevo las hojas, mezcladas con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved!».^[1018] Los hombres dominaban su emoción: era cierto, sin duda, como reflexionaba Pietro Nenni, que, sin ellos saberlo, «habían vivido una *Ilíada*». ^[1019] La multitud vitoreaba bajo grandes retratos de Negrín, Azaña... y Stalin. Arrojabán flores. Los casi 10.000 voluntarios que formaban las Brigadas Internacionales empezaron a partir en barco y en tren en dirección a Francia, a su patria, dondequiera que estuviera. La comisión de la Sociedad de Naciones, encabezada por el general finlandés Jalander, el brigadier inglés Molesworth y el coronel francés Homo, contó 12.673 extranjeros entre las fuerzas republicanas. Algunos habían adquirido la nacionalidad española. A mediados del mes de enero habían abandonado España 4.640 hombres de 29 nacionalidades distintas. Entre ellos había 2.141 franceses, 407 ingleses, 347 belgas, 285 polacos, 182 suecos, 194 italianos, 80 suizos y 54 norteamericanos. Quedaron en España otros 6.000 alemanes, yugoslavos, checos y húngaros, conscientes de que no serían bien recibidos en sus respectivas patrias. Éstos se verían sumidos en la catástrofe de Cataluña y quizá pasarían por pruebas más duras que las que habían sufrido en la guerra.^[1020] Durante este otoño angustioso para los demócratas había otra comisión

que operaba en España. En el mes de octubre de 1937, la República propuso a los ingleses que iniciaran negociaciones para el intercambio de los ciudadanos españoles que desearan abandonar el territorio nacionalista por prisioneros nacionalistas que se encontraran en poder de los republicanos. Se formó una comisión encabezada por el mariscal de campo sir Philip Chetwode, héroe de la primera guerra mundial, que se dirigiera a España para efectuar un intercambio general de prisioneros, aunque a Chetwode no se le autorizó a marchar hasta septiembre de 1938. La comisión no logró sus objetivos. Sólo consiguió efectuar pequeños intercambios, como el de 100 ingleses prisioneros de los nacionalistas por 100 italianos que se hallaban en poder de la República. Cuando sir Philip regresó a Londres al terminar la guerra, afirmó que había persuadido a la República de que suspendiera las ejecuciones de prisioneros y había obtenido del general Franco la conmutación de 400 penas de muerte. Esta última proeza parece cierta, aunque la primera es menos probable, dado que el gobierno de la República ya había promulgado un decreto en aquel sentido tiempo atrás.^[1021]

El día 30 de octubre empezó la contraofensiva nacionalista en el Ebro. El punto de ataque estaba en el paso de un kilómetro y medio de anchura al norte de la sierra de Cavalls. Durante tres horas, después del amanecer, las posiciones republicanas fueron sometidas al bombardeo de 175 baterías nacionalistas e italianas y más de cien aviones. Un centenar de cazas republicanos no causaron ninguna impresión a aquella escuadra aérea. A continuación, se lanzó al ataque el cuerpo de ejército del Maestrazgo, a las órdenes de García Valiño. Mohammed el Mízzian, con los navarros de la 1ª División, conquistó las posiciones republicanas abandonadas durante el bombardeo. La batalla en las cumbres de Cavalls se prolongó durante todo el día, pero, por la noche, aquellas montañas habían caído en manos de los nacionalistas y, con ellas, 19 posiciones fortificadas y toda la red de defensas republicanas. Los nacionalistas dieron parte de 1.000 prisioneros, 500 muertos y 14 aviones derribados. La pérdida de Cavalls supuso un golpe terrible para la República, ya que aquellas posiciones dominaban toda la región. Pero lo peor aún no había llegado. En la noche del 1 al 2 de noviembre, el coronel Galera, oficial que al estallar la guerra era comandante de Regulares, asaltó las alturas de Pándols, la única cota de terreno que permanecía en manos de la República. El día 3 de noviembre, avanzando a través del pueblo de Pinell, llegó al Ebro. El flanco derecho del ejército nacionalista acababa de alcanzar sus objetivos. El día 7 caía Mora la Nueva, situada en la margen izquierda del río. Los nacionalistas lanzaron un ataque masivo contra un altozano conocido con el nombre de monte Pícosa. En este sector los republicanos se habían atrincherado con gran habilidad. Tras la caída de monte Pícosa, la acometida de los blindados nacionalistas terminó de convencer a la República de que la batalla del Ebro estaba perdida. El 10 de noviembre, sólo quedaban seis baterías republicanas al oeste del Ebro. Fueron abandonados deliberadamente los últimos puntos defensivos republicanos. El pueblo de Fatarella, situado en lo alto de una loma, cayó el día 14 de noviembre ante las fuerzas de Yagüe. Las últimas fases de la batalla se demoraron debido a las primeras nevadas que cayeron sobre un campo de batalla que, antes, el calor del verano había hecho intolerable.

El día 18, Yagüe entraba en Ribarroja, última cabeza de puente de los republicanos. Entre los últimos que cruzaron el río figuraban los intrépidos periodistas anglosajones Hemingway, Buckley, Matthews y Sheean; Hemingway lo hizo remando en una barquilla.^[1022] Ha habido controversia sobre el número de bajas ocasionadas en esta batalla. Probablemente hubo unas 50.000 o 60.000 entre ambos bandos, siendo 6.500 el número de muertos en el bando nacionalista y seguramente entre 10.000 y 15.000 en el republicano. Ambos ejércitos perdieron gran cantidad de aviones, la República entre 130 y 150, y ya no podrían reemplazarse.^[1023] El mismo día en que los republicanos se retiraban de la margen derecha del Ebro, 16 de noviembre, entraba en vigor el acuerdo anglo-italiano, ahora que habían sido evacuados de España los 10.000 italianos a que Mussolini hiciera referencia en Munich. Las únicas fuerzas italianas que seguían en España eran los 12.000 soldados de la División Littorio, compuesta de hombres escogidos, a las órdenes del general Cambara, hombre temperamental y de mentalidad fascista. Berti, que había tenido éxito como comandante, y Piazzoni (el «papá de los flechas negras») fueron evacuados. Se quedaron los pilotos, los miembros del cuerpo de tanques y artilleros, y también oficiales y suboficiales para mandar cuatro divisiones mixtas de españoles.^[1024] El 20 de octubre 10.000 hombres llegaron a Nápoles, donde se les tributó la bienvenida. El rey Víctor Manuel y el pueblo los recibieron sin entusiasmo. Pero Ciano no tardó en olvidar su disgusto cuando Franco le envió, como recuerdo, un cuadro de Zuloaga, El último requeté, con un agradable paisaje de guerra y llamas.^[1025] Y así el gobierno de Chamberlain decidió que, al fin, podría entrar en vigor el acuerdo anglo-italiano tanto tiempo deseado. Quince días después, en la Cámara de los Comunes, Edén recordó cómo lord Perth había dicho, cuando se firmó el acuerdo en el mes de abril anterior, que la solución de la cuestión española era el «requisito previo» para su entrada en vigor. Sin embargo, dijo Edén, tal solución no existe, sino un acuerdo logrado a costa de España. Se demostró lo justo de aquella observación cuando, el 3 de noviembre, en la Cámara de los Lores, lord Halifax declaró que Mussolini «había manifestado claramente que, tanto si Gran Bretaña aprobaba sus razones como si no, no estaba dispuesto a ver la derrota de Franco». El día anterior, la guerra española había repercutido incluso en el mar del Norte. A siete millas de Cromer, un mercante nacionalista armado, el Nadir, hundió al Cantabria, un vapor utilizado por la República para el transporte de alimentos.^[1026] Además, 11 buques ingleses fueron atacados en los puertos republicanos durante el mes de noviembre; pero el 16 de noviembre se presentaba en Roma lord Perth, «emocionado», como dijo Ciano con su habitual maestría en el arte de la adulación, en un nuevo intento de aplacar a Italia.^[1027]

Las dos Españas después de la batalla del Ebro. — Infortunio y moderación de la República. — El final del POUM. — La campaña de Cataluña. — El derrumbamiento. — Caída de Barcelona.

Al terminar la batalla del Ebro, la moral nacionalista se había elevado de nuevo. Contribuían a sostenerla la prensa, la radio y las campañas literarias, que continuaban inundando el país de propaganda mitad fascista, mitad monárquica y siempre de signo católico. Por ejemplo, los cuadros de Sáenz de Tejada o de Teodoro Delgado parecían constituir la parodia derechista de aquellos sólidos trabajadores y combatientes que aparecían en los carteles de propaganda republicanos, con el puño cerrado y la mirada al frente. Radio Nacional de España, dirigida por el falangista Antonio Tovar, tenía un objetivo diferente, pues iba dirigida a los nacionalistas que se hallaban en la España republicana, ocultando su condición, o a los quintacolumnistas destacados en ella, y también al enemigo.^[1028] Periódicos que llevaban los expresivos títulos de *La Ametralladora*, *Jerarquía* (Revista Negra de la Falange) y *Vértice* publicaban caricaturas, poemas, relatos, debates y dibujos de artistas y escritores nuevos, o redescubiertos por el nuevo régimen y contaban con un público muy numeroso. A medida que se iban conquistando nuevos territorios, proseguían las purgas de funcionarios civiles, maestros de escuela, profesores universitarios y doctores. «Las cárceles —escribió el embajador alemán von Stohrer— están abarrotadas como nunca. En la cárcel de esta ciudad [Salamanca], que está prevista para 40 personas, se supone que hay unas 1.800 detenidas en la actualidad.»^[1029] En el mes de septiembre, los nacionalistas declararon haber capturado 210.000 prisioneros desde el comienzo de la guerra, 134.000 de los cuales se hallaban «en libertad», generalmente en el ejército o en algún tipo de «servicio nacional». Los restantes se hallaban encarcelados o muertos. Había rachas de ejecuciones de los que eran calificados como espías, y, en una de ellas, mataron a varios centenares de personas.^[1030] Los falangistas y el clero andaban murmurando unos de otros, aunque sin enfrentarse abiertamente. El culto a José Antonio, iniciado con motivo del segundo aniversario de su muerte, ocurrida el 20 de noviembre de 1938, no influyó para nada en este proceso. Serrano Súñer, pese a su formación jesuítica, no logró superar el desfase existente entre aquellos dos sectores de la sociedad española. A modo de ejemplo, el texto definitivo de la nueva ley de Enseñanza Media promulgada el 20 de septiembre de 1938 parecía constituir un incómodo compromiso entre la Falange y la Iglesia: se dedicaría una hora semanal a la

«formación patriótica de la juventud» y dos horas a la enseñanza religiosa. Mientras se declaraba que el catolicismo constituía «la esencia de la historia de España», de los dos idiomas extranjeros que se podían estudiar en el bachillerato, uno tenía que ser el alemán o el italiano. Pero generalmente los católicos que controlaban los ministerios de Justicia e Instrucción Pública (cuyos titulares eran respectivamente el conde de Rodezno y Sáinz Rodríguez) impusieron sus criterios en lo referente a la religión: todos los derechos seculares fueron anulados, el Estado quedó estrechamente vinculado al catolicismo, y se concedieron escasas facilidades a las confesiones no católicas.^[1031] Un nuncio, monseñor Cicognani, fue enviado a España en sustitución del delegado apostólico, monseñor Antoniutti, en el mes de junio de 1938, mientras que el embajador en el Vaticano era el abogado José Yanguas Messía, que había sido ministro de Asuntos Exteriores de Primo de Rivera. Así, otro hombre del antiguo directorio era empleado al servicio de la nueva tiranía. La situación económica de la España nacionalista era algo menos halagüeña que la existente en el año anterior. Aunque había alimentos suficientes para quienes podían comprarlos, los salarios no se incrementaron al mismo ritmo que los precios, a pesar de haberse establecido su control. Debido a las dificultades de transporte, los precios variaban en forma disparatada de un distrito a otro. La inflación había elevado los precios de un nivel de 164 en 1935 (100 corresponde a 1913) a 212 en 1938. El precio de la carne había aumentado en un 80%, el de la verdura, el vino y el aceite, en un 50% y el de los productos textiles, en un 40%; desde 1935, los salarios sólo habían subido en general alrededor de un 20% anual. Los productos manufacturados habían desaparecido prácticamente, aunque la producción de las industrias básicas se incrementó en el curso de 1938. La producción de mineral de hierro vizcaíno, a título de ejemplo, alcanzó las 154.000 toneladas en 1938, frente a las 115.000 del último año de paz, lo que suponía un incremento sustancial sobre la producción a comienzos de 1937, en tiempos de la República vasca. El movimiento del puerto de Bilbao había aumentado en un 50% en relación con el período anterior a la guerra. González Bueno, ministro de la Organización Sindical, estaba trazando el esquema de lo que serían las nuevas sindicales españolas. Pero el control «sindical» del trabajo y la economía sólo existía sobre el papel. En lo esencial, la economía nacionalista era una economía de banqueros, con una intervención gubernamental continua, con la producción estimulada por las necesidades de la guerra y los salarios fijos mantenidos por el terror. Subían las acciones de la Bolsa de Bilbao, en manos de los nacionalistas; mientras que, en el mercado internacional, la cotización de la peseta nacionalista a finales de 1938 era de 100 pesetas la libra, aunque el cambio oficial seguía siendo de 42,50 pesetas por entonces (la peseta republicana se cotizaba a más de 500 pesetas la libra). Entretanto el gobierno nacionalista, que se hallaba urgentemente necesitado de nuevos suministros bélicos, accedió a cumplir las condiciones que recientemente les habían puesto los alemanes.^[1032] Se autorizaría la participación de capital alemán en las minas españolas hasta un 40 96, de base. Pero en una mina se permitiría una participación del 60% y, en otras cuatro, ésta sería del 75%. Estas empresas, agrupadas en el llamado proyecto Montana, cuyo presidente era el astuto Bernhardt, concentraron su actividad en las minas que en aquellos momentos no

trabajaban a pleno rendimiento; lo que interesaba a los alemanes en 1938 era asegurarse por si se presentaba la coyuntura de que Alemania no pudiera continuar el cambio directo de armas por minerales. Bernhardt supo escoger con acierto a sus socios españoles, de forma que éstos aceptaran la gestión alemana. En Marruecos, en donde no tenía aplicación la ley española de minería se autorizó la participación alemana hasta el 100%. España se avino a pagar todos los gastos de la Legión Cóndor y a importar maquinaria minera por valor de 5 millones de marcos. Ello permitiría a Franco emprender de inmediato una nueva ofensiva, sorprendiendo a la República en el preciso momento en que había agotado sus reservas. La ayuda enviada por los alemanes era indicio de que éstos se habían percatado de que, desde los acuerdos de Munich, no habría nada que pudiera impulsar a Gran Bretaña y a Francia a entrar en guerra. De lo contrario, tal vez habría resultado inevitable la paz de compromiso, con mayor probabilidad, una división permanente de España (análoga a la división de Alemania, Corea y Vietnam, ocurridas con posterioridad a 1945). Los nuevos suministros no llegaron hasta comienzos del año siguiente, pero los nacionalistas, sabiendo que su llegada era inminente, pudieron actuar con suma rapidez.^[1033] El ejército nacionalista sumaba por entonces un millón de hombres. Estaban alistados en el ejército todos los hombres útiles comprendidos entre los 18 y los 31 años de edad, sin contar con numerosos voluntarios. Esta masa de gente fue organizada en tres grandes ejércitos, el del sur, que permanecía inactivo, a las órdenes de Queipo de Llano; el de Levante, que constituiría la gran revelación militar en el curso de la campaña que se avecinaba, a las órdenes de Orgaz, y el del centro, mandado por Saliquet, que se disponía a lanzar una ofensiva contra Madrid. Estos dos últimos generales eran «franquistas». Queipo era el único que podía pensar en cierto modo independientemente.^[1034] Por el lado republicano, la afortunada evacuación de la margen derecha del Ebro sirvió para disimular los estragos causados. Al fin y al cabo, los nacionalistas habían tardado tres meses en reconquistar lo que habían perdido en dos días. El historiador anarquista Peirats (que entonces era alférez del ejército) ha descrito hasta qué punto la organización policial parecía controlar totalmente el ejército, cómo había agentes del SIM destacados en todas las unidades, que empleaban, como siempre, métodos caracterizados por una mezcla de sadismo e incompetencia. Algunos de sus jefes eran personajes completamente nuevos: por ejemplo, el jefe del SIM en la 119ª Brigada, que gozaba de plenos poderes en esta unidad, sólo tenía 19 años a finales de 1938.^[1035] Por entonces la República había movilizado a 1.000.000 de hombres, probablemente, desde julio de 1936. Pronto sería llamada a filas la quinta de 1919, compuesta por hombres de cuarenta años. (Los nacionalistas, entretanto, todavía no habían reclutado la quinta de 1927.) De esta forma, a finales de 1938, el 8% de la población española se hallaba en el ejército o encarcelada. La historia de la República en tiempos de paz fue la historia de la «politización» del país; pero la guerra estuvo caracterizada por la militarización del mismo. El día 30 de septiembre se celebró la sesión semestral de las Cortes, esta vez en San Cugat del Vallés. El diputado catalán de la *Esquerra* Miguel Santaló y el ex-ministro vasco Irujo atacaron a Negrín. El primero afirmó que, cuando la crisis de agosto, la prensa afecta a Negrín había desfigurado el decreto de militarización de los tribunales presentándolo como

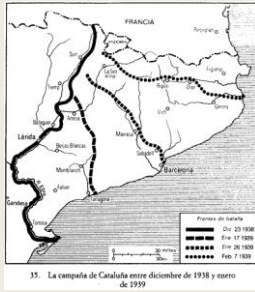
si se tratara de un decreto relativo a las actividades portuarias. Ambos señalaron que el gobierno republicano estaba obligado, legal y moralmente, a consultar con el gobierno catalán.^[1036] En lo que respecta a la libertad religiosa, se había autorizado por algún tiempo la celebración de la misa en privado. En 1938, en Barcelona ejercían sus funciones en privado 2.000 sacerdotes, protegidos por el SIM contra los anarquistas.^[1037] En la zona central no había sacerdotes que ejercieran sus funciones, ni siquiera en privado. Sin embargo, desde el mes de agosto se les autorizó a que atendieran a las necesidades espirituales de los fieles privadamente en las prisiones y en el frente. Irujo propuso la creación de un cuerpo de capellanes castrenses para el ejército y sugirió que se abriera una iglesia en Barcelona. Él y el consejero de Justicia de Barcelona (Bosch Gimpera) solicitaron de nuevo al padre José María Torrent, vicario general de Barcelona, que abriera por lo menos una iglesia; pero el padre Torrent se negó. El vicario general crearía aún más dificultades. A estos eclesiásticos se les hacía difícil colaborar con un régimen al que los católicos ortodoxos habían acusado de satánico y que había sido incapaz de impedir el asesinato de tantos hermanos suyos. Finalmente, se abrió una capilla particular en la plaza del Pino, en Barcelona, en donde empezaron a celebrarse misas (a las que asistían muchos oficiales y funcionarios públicos). El 17 de octubre, se llegó a permitir el paso por las calles de Barcelona a una procesión fúnebre en memoria de un oficial vasco fallecido. Se realizaron otros esfuerzos infructuosos para obtener el regreso del arzobispo de Tarragona, cardenal Vidal y Barraquer. Finalmente, el 9 de diciembre se estableció una comisaría para los asuntos religiosos, destinada a dotar de capellanes a los ejércitos y el doctor Jesús Bellido, profesor de medicina de la universidad de Barcelona, fue nombrado su comisario en jefe. Aunque el inicio de la campaña de Cataluña impidió que este organismo entrara en funciones.^[1038] En la República escaseaban los alimentos. En Madrid, durante el invierno de 1938-1939, vivían 500.000 personas sometidas a una dieta diaria de dos onzas de lentejas, alubias o arroz, con alguna ración ocasional de azúcar o bacalao en salazón. Las lentejas, que eran el alimento más corriente, recibían el nombre de «pildoras de la victoria» del doctor Negrín. La ración media alimenticia de las tropas republicanas se había mermado: de 800 gramos de pan diarios en 1936 había bajado a menos de una libra en 1938, de algo más de media libra de carne a 150 gramos, y la ración de verdura también había descendido.^[1039] La República se veía obligada a comprar gran parte de los alimentos en el exterior y los suministros eran irregulares, debido a los continuos bombardeos de los buques de abastecimiento. Sir Danys Bray, funcionario indio que encabezaba la misión de la Sociedad de Naciones para auxilio de los refugiados, informó de que toda la población de la República vivía con unas raciones mínimas, que, por lo demás, estaban mal distribuidas. En Barcelona, donde había 1.000.000 de refugiados aparte de la población habitual, los problemas eran abrumadores. Una comisión internacional para asistencia a los niños refugiados, fundada por los cuáqueros en diciembre de 1937, sólo podía ocuparse de 40.000 de los 600.000 niños refugiados, a pesar de estar financiada por 17 gobiernos.^[1040] El coste de dar a una tercera parte de estos niños una comida al día durante el invierno fue calculado en unas 150.000 libras esterlinas. Surgieron muchas enfermedades, como la sarna y la

pelagra; las muertes por desnutrición se duplicaron entre 1937 y 1938.^[1041] La misión de los cuáqueros contribuyó a mitigar las peores tragedias. Entretanto, los nacionalistas trataron de señalar el contraste entre el hambre que padecía la República y la situación alimenticia de su propio territorio, arrojando desde el aire barras de pan sobre Barcelona. (Los republicanos respondieron con una incursión aérea en la que arrojaron camisas y calcetines para demostrar su presunta superioridad en productos manufacturados.) El trabajo agrícola continuaba, pero en muchas partes a un ritmo muy lento: por ejemplo, en Cuenca, tan sólo podía sembrarse el 14% de la tierra destinada a cereales, debido a la escasez de mano de obra.^[1042] En la zona republicana la cosecha de trigo había alcanzado 8.000.000 de quintales. El pragmático socialista Trifón Gómez, intendente general del ejército, creía que ésta era aún menor; pero, sea como fuere, la magra cosecha se dispersó de modo rápido y misterioso. El gobierno era lento en pagar y los campesinos no entregaban sus productos. Así pues, el mal suministro de alimentos en la zona republicana era atribuible a la desorganización reinante en el ministerio de Agricultura, ampliamente dominado por los comunistas, y en las colectividades, que no pagaban sus impuestos ni cooperaban con el racionamiento.^[1043] Pero también en lo relativo a los productos manufacturados, la República se hallaba en mala situación. La causa principal estribaba en la escasez de materias primas motivada por el bloqueo. Pero ¿qué ocurriría con la tan discutida producción española y, en particular con la producción bélica de las industrias catalanas? Pese a todos los esfuerzos de los comunistas, la reconversión de las industrias textiles y químicas en industrias de armamentos estaba llena de dificultades; sólo se desarrolló un modelo de avión, que era una réplica del «Chato», del que se construyeron 169 unidades en 1938, que nunca llegaron a usarse. La producción mensual de armas en diciembre de 1938 fue de 1.000 fusiles y 10.000.000 de balas; 700.000 granadas y 300.000 bombas de artillería; 80.000 granadas de mortero y 100 morteros.^[1044] Todo el resto dependía de Rusia. La producción industrial global de Cataluña era sólo un tercio de la correspondiente a julio de 1936, y los precios habían aumentado en un 300% desde entonces. Entre noviembre de 1937 y noviembre de 1938 la inflación estuvo a punto de alcanzar un nivel del 200%.^[1045] Otra estadística, más reveladora, la constituye el bajón en el uso de la electricidad durante el año 1938, a consecuencia de la pérdida de las plantas hidroeléctricas. En septiembre de 1938, que es el único mes del que han quedado estadísticas disponibles, el uso industrial de la electricidad se había reducido a la mitad en relación con el mismo mes de 1937, y la electricidad disponible se usaba a la mitad de su rendimiento normal.^[1046] La decadencia política de los anarquistas frente a los comunistas también influyó en el fracaso económico de la República. El proceso de decadencia no pudo frenarse e incluso se precipitó con motivo de la celebración de una conferencia nacional de anarquistas de todas las tendencias —CNT, FAI y FIJL (las juventudes anarquistas)— en octubre de 1938; en ella se propuso convertir a la FAI en partido político. La idea fue desechada. Horacio M. Prieto volvió a formular su idea de un anarquismo «colaboracionista», que permitiría la coexistencia de las nacionalizaciones, las colectividades y la propiedad privada.^[1047] Pero a muchos delegados estas sugerencias se les antojaban delito de traición. Sólo en el campo educativo la

República tenía motivos para mantener el optimismo. «He visitado —escribió el poeta y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry— en el frente de Madrid una escuela situada a 500 metros de las trincheras, tras una pequeña pared en lo alto de una loma. Un cabo estaba dando una lección de botánica. Iba separando cuidadosamente los pétalos de una amapola. En torno a él se encontraban reunidos unos soldados barbudos, con la barbilla entre las manos y el ceño fruncido en su esfuerzo de concentración. No debían de comprender muy bien la lección, pero se les había dicho: sois unos brutos, acabáis de abandonar vuestras madrigueras, hay que salvaros para la humanidad. Y, pesadamente, estaban corriendo hacia la ilustración.»^[1048] La supervivencia de este espíritu entusiasta y de gran actividad cultural debido al estímulo de la guerra, llevó a decir al periodista francés Raymond Laurent: «Estáis luchando por la noble causa de la humanidad y por la seguridad de la propia Francia». Ya no era esta la opinión de los dirigentes del POUM quienes, excepto Nin, que había sido asesinado, se encontraban pendientes de juicio en el mes de octubre de 1938. Poco antes habían sido juzgados los falangistas auténticamente implicados en el caso. Trece de ellos, incluidos los agentes franquistas Golfín y Roca, fueron fusilados por haber realizado actos que, dadas las circunstancias de una guerra civil, constituían auténtico espionaje. Pero cuando los agentes del POUM comparecieron ante el tribunal quedaron desmontadas todas las acusaciones que pesaban sobre ellos. Ministros y ex-ministros republicanos, encabezados por Largo Caballero y Zugazagoitia dieron pruebas testificales en favor del POUM. Gironella, el joven dirigente que había organizado las guerrillas del POUM en julio de 1936 (así como la caballería y los cuarteles del POUM, su himno y su bandera), se dirigió al fiscal llamándole «Vishinsky», en medio del escándalo general. Arquer ocasionó dificultades con su insistencia en prestar declaración en catalán. Grandizo Munis, un genuino representante de Trotsky, declaró que el POUM no era trotskista en modo alguno. El tribunal dictaminó que los miembros del POUM eran auténticos socialistas, absolviéndoles de los cargos de traición y espionaje. De todos modos, cinco dirigentes, entre ellos Gorkin y Andrade, fueron condenados a diversas penas de reclusión por otras actividades revolucionarias aparentemente perjudiciales para el esfuerzo bélico.^[1049] Merece consideración aparte el aspecto personal de la guerra; en el lado republicano hombres que pocos años antes eran simples estudiantes, trabajadores o agitadores desconocidos, habían alcanzado posiciones encumbradas. Los antiguos dirigentes —Azaña, Largo Caballero, Prieto o Martínez Barrio— habían perdido todo su prestigio, siendo sustituidos por un nuevo grupo de hombres más jóvenes. El cambio de status de este nuevo grupo afectó a la vida privada de sus componentes. Por todas partes circulaban rumores: a fulano se le había sorprendido borracho en su puesto de mando, zutano había abandonado a su esposa y vivía con otra mujer. Más curioso resulta aún que no se produjeran mayores trastornos, si se tiene en cuenta el cambio de status de muchos jefes militares y otros funcionarios de la República. Algunos, como Cipriano Mera, declararon que, cuando terminara la guerra, volverían a sus antiguas profesiones (en el caso de Mera, la de albañil).^[1050] Pero muchos de ellos, incluso muchos anarquistas estaban dando pruebas de ser unos administradores competentes. Negrín era el equivalente

republicano de Franco, en el sentido de que, perteneciendo a una generación de hombres desconocidos con anterioridad a la guerra, no tenía reparos ni prejuicios que impidieran emplear a este nuevo personal. Por aquellas fechas el embajador alemán von Stohrer efectuó un análisis general de la situación española, que concluía con el sagaz comentario de que la continuación de la guerra se explicaba por el temor mutuo que sentían ambos bandos en conflicto. Ninguna personalidad notable de cualquiera de los dos bandos se hacía la menor ilusión sobre el destino que le esperaba en caso de ser capturado por sus enemigos. Franco había manifestado al corresponsal norteamericano que tenía una lista (con testigos) de un millón de personas del bando republicano que eran culpables de diversos delitos. No obstante, el embajador alemán creía que en cualquier momento podía presentarse la oportunidad de llegar a una paz negociada.^[1051] Al mismo tiempo, Adolf Berle, el banquero que había sido designado secretario de Estado adjunto, en los Estados Unidos explicaba al presidente Roosevelt cuál era el método más adecuado para alcanzar un compromiso en España. Propuso intentar un acercamiento interamericano con motivo de la conferencia de países sudamericanos que debía celebrarse próximamente en Lima. El plan no se llevó adelante, debido a las disputas surgidas entre los sudamericanos y al espíritu cauteloso de Cordell Hull: pero Cuba, México y Haití, por distintas razones se declararon favorables al acercamiento propuesto por Roosevelt.^[1052] En la práctica las posibilidades de compromiso eran remotas. Los nacionalistas incluso se negaron a aprobar la propuesta de Negrín de que se suspendieran las ejecuciones de prisioneros militares de guerra durante un mes por ambos bandos.^[1053] Incluso en la cuestión de la retirada de los voluntarios (piedra de toque de sus intenciones pacíficas), Franco se mostró inflexible. No aceptaría tal acuerdo a menos que se concedieran en primer lugar los derechos de beligerancia. Entretanto y contando con la garantía de recibir las armas alemanas se preparaba para lanzar la nueva ofensiva que sería continuación de la batalla del Ebro, al igual que la avasalladora ofensiva de Aragón había seguido a la batalla de Teruel. Las mejores divisiones nacionalistas fueron concentradas en la línea que va de los Pirineos al Ebro y al mar. Éstas eran, de norte a sur, el nuevo ejército de Urgel, a las órdenes de Muñoz Grandes; el ejército del Maestrazgo, mandado por García Valiño; y el ejército de Aragón capitaneado por Moscardó. Posteriormente se les agregaron las cuatro divisiones italianas del general Camba. Más al sur se hallaba el ejército de Navarra, a las órdenes de Solchaga y las tropas de Yagüe, que formaban el ejército de Marruecos. Como de costumbre, este ejército del Norte se encontraba a las órdenes del general Dávila, que era un competente burócrata, y sus efectivos eran de 300.000 hombres, apoyados por 565 piezas de artillería. La aviación nacionalista se componía de 500 aparatos, los cuales eran suficientes para conseguir la supremacía aérea.^[1054] Franco instaló su cuartel general (cuyo nombre en clave siempre fue «Términus») en el castillo de Pedrola, al norte de Lérida.^[1055] La ofensiva, proyectada para el día 10 de diciembre y aplazada luego hasta el 15, fue fijada finalmente para el día 23.^[1056] Existían graves temores de que el asalto a Barcelona exigiera librar durísimos combates. El frente republicano de Cataluña se encontraba a las órdenes de Hernández Saravia. Éste disponía de los ejércitos del este y del Ebro, a las órdenes de los

coroneles Perea y Modesto respectivamente. Sus efectivos sumaban 300.000 hombres que disponían de 360 piezas de artillería y de 200 tanques y carros blindados (en su mayor parte se trataba de tanques T-26 que empezaban a resultar pesados e ineficaces). Gran parte de este material se encontraba en mal estado. Existían unos 80 aviones escasos y la mayor parte de los pilotos, aunque entusiastas, eran inexpertos.^[1057] Además, el ejército republicano de Cataluña padecía escasez de municiones y, sobre todo, había perdido la fe en la victoria. El propio Negrín, según él mismo confesó, se hallaba cansado «física y espiritualmente».^[1058] Por otra parte, Rojo, jefe del estado mayor, creía que Franco necesitaría meses para preparar una ofensiva general, y los dirigentes republicanos, al producirse el ataque estaban discutiendo un plan para desembarcar una brigada en Motril, que marchara sobre Málaga y provocara la sublevación de Andalucía. Esto iría combinado con otro ataque republicano en Extremadura. Pero tanto Miaja como Matallana, su jefe de estado mayor, ahora ascendido a general, lo desaprobaron. El gobierno tuvo que aceptar aquella insubordinación defensiva. Seguramente la actitud negativa de Matallana era debida a traición.^[1059] Por otra parte, la acción de Rojo de trasladar 36 aviones a la zona central debilitó a Cataluña.^[1060] Con anterioridad, Negrín había enviado a Moscú al jefe de las fuerzas aéreas, Hidalgo de Cisneros, para adquirir armas de repuesto: 250 aviones, 250 tanques, 4.000 ametralladoras y 650 piezas de artillería. El importe ascendía a la suma, entonces muy elevada, de 103 millones de dólares, aunque al parecer el crédito de que disponía la República en Rusia no pasaba de los 100 millones. Hidalgo de Cisneros visitó a Voroshilov, Molotov y Stalin, y a pesar del comentario de Voroshilov: «¿Van ustedes a dejarnos sin armas para defendernos?», se acordó el envío de aquel material, que fue embarcado en Murmansk a bordo de siete buques con destino a Burdeos. Pero llegaba ya con retraso, y el gobierno francés no se dio excesivas prisas en efectuar el transbordo.^[1061] En enero sólo había llegado a Barcelona una mínima parte del material. El ataque se inició el 23 de diciembre, a pesar de los vanos esfuerzos del nuncio por conseguir una tregua navideña en nombre del papa.^[1062] El primer asalto lo efectuaron los navarros y los italianos, en el Segre, 20 kilómetros al norte de su confluencia con el Ebro, en Mequinenza. Una vez cruzado el río, los sorprendidos defensores —una compañía de carabineros bien equipada— se vieron abandonados por sus oficiales. El frente, pues, quedó roto al primer enfrentamiento. Más al norte, en las estribaciones de los Pirineos, Muñoz Grandes y García Valiño rompieron a su vez las líneas republicanas. Estas brechas ocasionaron el abandono del frente del Segre. En Barcelona se creyó en un primer momento que se trataba de un ataque de poca envergadura, pero pronto fue enviado al frente el 45º Cuerpo de ejército de Líster, con el fin de que intentara detener la ofensiva. Con su cuartel general en Castellans, en la primera línea de colinas al este del Segre, Líster contuvo el ataque durante 15 días.



El 3 de enero de 1939, los blindados nacionalistas emprendieron finalmente el asalto a las fuerzas de Líster, quien se vio obligado a abandonar sus líneas de defensa en manos de los italianos. En el norte, García Valiño y Muñoz Grandes, con el apoyo de Moscardó, conquistaron el centro de comunicaciones de Artesa de Segre. El día 4 caía en manos de los ejércitos navarros e italianos la población de Borjas Blancas, totalmente arrasada. El frente quedaba abierto. Cambara resultó herido en el curso de los combates pero no abandonó el mando. Las fuerzas de Líster hicieron prisioneros a varios italianos, que fueron fusilados después de un interrogatorio.^[1063] Ciano, que comprendía que el único peligro lo constituía la posibilidad de una intervención francesa, dio instrucciones a los embajadores italianos en Berlín y Londres para que declarasen que, en ia! coyuntura, los italianos enviarían a España divisiones «regulares», aunque con ello «desencadenaran una guerra mundial».^[1064] Pero, puesto que el gobierno británico estaba empeñado en lograr la amistad con los dictadores (el día 12, lord Halifax había insinuado a Ciano en Roma que esperaba que Franco «zanjara definitivamente la cuestión española»),^[1065] era muy improbable que el gobierno Daladier se resolviera a actuar en defensa de la República española. Hernández Saravia, comandante en jefe de los republicanos, informó a Azaña de que sólo contaba con 17.000 fusiles para toda Cataluña.^[1066] Si ello era cierto —y Hernández Saravia era hombre sincero— sirve como indicio de la confusión que reinaba en los distintos ejércitos, ya que el número de armas era mucho mayor. La batalla de Cataluña se convirtió en una desbandada. Las divisiones móviles italianas, que habían sido reorganizadas, dejaron atónitos a los republicanos. Rojo solicitó el envío de hombres y material, por barco, desde Valencia, pero era ya demasiado tarde. El gobierno hizo extensiva la movilización a los varones de 45 años, sin resultado positivo alguno. Las sucesivas líneas de defensa (L.1, L.2 y L.3) estaban semidesguarnecidas. La única medida eficaz adoptada por la República fue una campaña diversiva lanzada contra Andalucía y Extremadura. Esta ofensiva (denominada por Rojo el «plan P») la capitaneó el general Escobar, que había sido coronel de la guardia civil en Barcelona en el año 1936, con los coroneles Ibarrola y García Vallejo, al mando de unos ejércitos que, si bien contaban con numerosos efectivos, no eran muy disciplinados; los restantes ejércitos de la zona central dirigidos por el general Moñones y el coronel Casado, emprendieron a su vez algunas acciones locales. La República ocupaba amplios territorios, pero militarmente ello no significaba casi nada. Efectivamente, el día 14 de enero, Yagüe inició un avance repentino

y desconcertante desde Gandesa y a lo largo del Ebro llegó al mar y conquistó Tarragona. Allí entró en contacto con el cuerpo de ejército de Solchaga, que se dirigía al norte por el litoral. En la catedral se celebró misa por primera vez en dos años y medio, mientras en la ciudad comenzaba la represión. El gobierno francés abrió nuevamente la frontera para permitir la entrada en Cataluña de parte del nuevo material de guerra ruso. Las calles y plazas de Barcelona estaban abarrotadas de refugiados. En la ciudad cundía la desesperación. Soldados, burgueses y anarquistas sólo pensaban en el medio más adecuado para huir a Francia. Las incursiones aéreas eran constantes, principalmente en la zona portuaria. Los bombardeos iban encaminados a destruir los navíos que podían ayudar a los que deseaban huir. El gobierno, preocupado por el problema de la evacuación de los niños, no tomó cartas en el asunto hasta el último minuto. En una de las últimas páginas de su diario, Azaña relata una visita efectuada por él al cuartel general de Hernández Saravia: «Enorme desastre. Ha desaparecido el ejército. Los del Ebro, casi sin combatir. Peor que lo de abril».^[1067] El frente de batalla se iba aproximando a Barcelona, casi sin lucha; el avance era casi tan rápido como lo hubiera sido de no encontrar resistencia alguna. El día 24 de enero Yagüe por el mar, Solchaga, 40 kilómetros tierra adentro, y Cambara otros 10 kilómetros más al norte, habían alcanzado el Llobregat, el río que discurre de norte a sur para desembocar en el Mediterráneo, pocos kilómetros al oeste de Barcelona. El mismo día García Valiño conquistó Mantesa y se dirigió hacia el nordeste para tratar de cortar las comunicaciones entre Barcelona y la frontera. Negrín, Azaña, el gobierno, los dirigentes comunistas, los jefes del ejército y los funcionarios del gobierno se trasladaron de Barcelona a Gerona, junto con el gobierno catalán y el gobierno vasco en el exilio. Azaña fue abandonado a su suerte.^[1068] En la capital catalana no existía el menor espíritu de resistencia y la exhortación comunista para convertir el Llobregat en «el Manzanares de Cataluña» sonaba a pura rechifla. El jefe del estado mayor republicano, Vicente Rojo, observó que: «La población estaba cansada de guerra, aunque no agotada por los sufrimientos y el hambre».^[1069] La capital catalana estaba en condiciones de ser defendida y García Lacalle, comandante en jefe de los cazas republicanos, expresó a su superior el asombro que le producía la decisión de no oponer resistencia, asombro compartido por toda la aviación.^[1070] El gobierno central pagó cara su discordia con la Generalitat, porque había quebrantado el deseo catalán de resistir a los ejércitos nacionalistas. La campaña comunista contra el POUM y los anarquistas había producido idénticos efectos.^[1071] Los extranjeros que quedaban en Cataluña se sumaron al éxodo de refugiados que se dirigían hacia el norte o buscaban embarcaciones en las que poder huir. Las calles de la ciudad estaban llenas de inmundicias tras la huida de los barrenderos municipales. Las turbas empezaban a saquear las tiendas de comestibles. En Roma se consideraba tan segura la caída de Barcelona que lord Perth ya estaba pidiendo a Ciano que interviniera para evitar que se produjeran represalias por parte de los nacionalistas.^[1072] En Francia se prolongó durante una semana un acalorado debate en la Asamblea Nacional, en el cual Daladier y Bonnet declararon que ya era tarde para intentar salvar a España, al mismo tiempo que Blum y la izquierda unida, incluidos

los comunistas, afirmaban que aún no estaba todo perdido. Pero la censura de Blum al gobierno de Daladier por mantener incluso entonces la postura de no intervención podía haberse aplicado a su propio gobierno, por lo menos a partir de febrero de 1937. El 25 de enero, Yagüe cruzó el Llobregat, seguido por Solchaga y Cambara, encontrando resistencia aislada y mal coordinada. Al día siguiente por la mañana, Barcelona había quedado rodeada por el norte y por el oeste. Los navarros e italianos se instalaron en el Tibidabo y Yagüe en Montjuich (donde liberó a 1.200 presos políticos). Al mediodía se inició la ocupación de la ciudad. En el primer tanque que entró en Barcelona iba encaramada y haciendo el saludo fascista una judía alemana. Acababa de ser liberada de la cárcel de Las Corts, donde había sido recluida por trotskista.^[1073] La incongruencia del espectáculo era como un comentario burlón a los vítores de triunfo que saludaban la «liberación» de Cataluña. Las calles estaban vacías. Casi 500.000 personas habían huido hacia el norte por todos los medios a su alcance. A las cuatro de la tarde fueron ocupados los principales edificios oficiales, no tocados por ningún incendiario. Al atardecer, la parte de la población barcelonesa que desde siempre había apoyado secretamente a los nacionalistas se lanzó a la calle para manifestar su regocijo. Otros ciudadanos salieron a la calle con distinto objetivo: durante cinco días menudearon los paseos, en los cuales los falangistas locales supervivientes, amargados por el sufrimiento, asesinaron impunemente a quien quisieron.^[1074] El general Cambara, comandante en jefe de las tropas italianas, informó a Ciano de que Franco había «desencadenado una purga muy drástica en Barcelona». Mussolini, cuando se enteró de que habían sido capturados muchos exiliados italianos, y le preguntaron su opinión, dijo: «dejad que los fusilen a todos. Los muertos no cuentan historias».^[1075] A continuación se iniciaron los procesos de forma más regular, llevados a cabo por los consejos de guerra organizados por el nuevo gobernador militar, general Álvarez Arenas, que también se hizo responsable de restituir las cosas al orden antiguo: desnacionalizaciones, descolectivizaciones, nuevos billetes de banco, nuevos saludos, supresión de carteles y lemas, y «retirada» de todos los libros marxistas y separatistas, tarea encomendada al coronel Mut. A partir de entonces los catalanes hablarían «la lengua del Imperio».^[1076] Surgieron nuevos diarios y reaparecieron los antiguos, entre ellos La Vanguardia, convertida en La Vanguardia Española; uno de sus colaboradores, Carlos Sentís, definió el hundimiento de Cataluña como «el final de una película de gánsters». Para muchas personas, ello suponía el fin de un mundo. Quedó derogada la autonomía de Cataluña; quedó prohibida la sardana, el baile nacional catalán, siendo asimismo prohibido el uso oficial de la lengua catalana (calificada a partir de entonces de «dialecto»). Se multaba incluso a aquellas personas que publicaban propaganda comercial en catalán, se hizo obligatorio el uso sistemático del castellano en las iglesias e incluso se prohibieron los nombres de pila catalanes. Poco tiempo después llegó la orden de retirar las inscripciones de las tumbas del cementerio de Montjuich, que conmemoraban a Durruti, a Ascaso y al maestro anarquista Ferrer y Guardia, fusilado en 1909. «Todo aquello había terminado» para Cataluña, al igual que habían concluido 50 años de intensa actividad cultural. Sin embargo, no todo es atribuible al fascismo: cuando

Ridruejo, director general de propaganda, llegó a Barcelona con propaganda falangista redactada en catalán, ésta le fue confiscada. Tampoco se le permitió celebrar una serie de mítines que tenía previstos en favor de la reconciliación entre vencedores y vencidos; y el gobernador militar, Álvarez Arenas, le manifestó que el problema más grave era «restaurar los altares de la ciudad».^[1077] La Biblia y no José Antonio, marcaría la pauta para el castigo de la antigua «ciudad roja», sede del anarquismo y el separatismo, que, al igual que Sodoma y Gomorra, debía ser «purificada».^[1078]

49

La retirada desde Cataluña.

El final de la campaña de Cataluña no fue una ofensiva, sino un desfile victorioso precedido por una desbandada. El mundo quedó atónito ante la rapidez del hundimiento, causado tanto por el cansancio generalizado como por el agotamiento de hombres y material que supuso la batalla del Ebro. Duncan Sandys expresó el punto de vista de muchos simpatizantes de la República (o cuando menos, enemigos de los aliados de Franco) cuando recalcó al embajador en Londres, Azcárate, que era necesario mantener la resistencia en el norte de Cataluña para que el mundo no creyera que la guerra estaba liquidada.^[1079] Henry Stimson, ex-secretario de Estado, escribió una larga carta al New York Times en la que citaba razones legales y políticas para levantar el embargo de armas a España.^[1080] Siguió una abundante correspondencia, muy apasionada, pese a que era ya demasiado tarde para que pudiera servir de algo. La Casa Blanca recibió una carta redactada en estos términos: «¡Por el amor de Dios, levanten el embargo contra España! ¡Piensen lo que nos ocurrió a nosotros!» Firmaba «El fantasma de Checoslovaquia».^[1081] El 27 de enero, el presidente Roosevelt declaró en una reunión ministerial que el embargo «había constituido un grave error [...]. Y agregó que jamás se repetiría una cosa similar [...]. Convino en que el embargo contravenía todos los viejos principios americanos e invalidaba el derecho internacional establecido».^[1082] Pero aquellas palabras ya no

servían de nada. Ni tampoco podía servir de mucho consuelo a la República el saber que en Inglaterra, de 100 personas interrogadas en una encuesta de opinión pública, 72 apoyaban a la República y sólo 9 se declaraban partidarias de Franco.^[1083] En Cataluña reinaba el caos. El gobierno republicano no había tomado ninguna medida en previsión de la crisis que se venía encima; el Estado se encontraba en plena descomposición; el ministro de la Gobernación no le quedaba otro recurso que tratar de regular el tráfico de la carretera principal que llevaba a Francia, pistola en mano.^[1084] El gobierno, incluido Azaña, se trasladaba constantemente de una sede provincial a otra por el norte de Cataluña, y cada desplazamiento ocasionaba fuertes disputas. El jefe de los cazas de Cataluña, García Lacalle, ignoraba el paradero del comandante en jefe de las fuerzas aéreas, Hidalgo de Cisneros.^[1085] Los éxodos masivos de Irún, Málaga y Bilbao — emprendidos por una población aterrorizada— resultaban insignificantes comparados con la evacuación de Cataluña a través de lo que el barón von Stohrer describió como «la carrera del sufrimiento».^[1086] Se trataba de un movimiento provocado por el pánico, pues sólo un pequeño porcentaje de los que huían habrían corrido peligro de muerte si hubieran permanecido en Cataluña. Pero daba la impresión de que toda la población de Cataluña se había puesto en marcha, y muchos de los fugitivos eran ya refugiados, procedentes de Extremadura y Andalucía. En las carreteras había constantes atascos circulatorios ocasionados por vehículos oficiales y particulares. Todos los pueblos y ciudades próximos a la carretera de Francia se hallaban abarrotados. Por la noche, las aceras quedaban cubiertas de seres humanos de todas las edades, hambrientos y temblorosos. Un indicio del caos reinante lo constituyó el destino de los miembros del POUM detenidos en las cárceles republicanas: Gorkin, Andrade, Gironella y otros. Los responsables de su detención, que eran funcionarios del SIM, pretendían dejarlos en Barcelona, abandonados a merced de Franco. Pero posteriormente, la mayor parte de los presos fueron trasladados hacia el norte. Al llegar a un punto determinado, en las inmediaciones de la frontera francesa, los guardianes se pusieron a disposición de los detenidos. Una vez en territorio francés, sin embargo, fueron devueltos a España de buenas a primeras. Y sólo unos días más tarde pudieron huir del país definitivamente, teniendo que ocultarse lejos de la carretera, cuando, por casualidad, vieron pasar el automóvil negro del juez José Gomis, que les había condenado. Los apuros de los refugiados se vieron agravados por los ataques aéreos de la Legión Cóndor, efectuados al parecer contra la voluntad de Franco.^[1087] Al principio, el gobierno francés, por razones políticas y financieras, se había negado a permitir la entrada de refugiados. Desde el principio de la guerra, Francia ya había invertido 88.000.000 de francos en ayuda a los refugiados españoles. El gobierno francés propuso que se señalara una zona neutral en el lado español de la frontera, en donde los refugiados podrían ser mantenidos por la ayuda extranjera. Pero los nacionalistas se negaron a tomar el proyecto en consideración. En consecuencia, el gobierno francés autorizó a que se abriera la frontera, al principio sólo exclusivamente para los paisanos y heridos. En estas condiciones empezaron a cruzar la frontera los primeros contingentes en la medianoche del día 27 de enero. El día 28 pasaron a Francia 15.000 personas. La cifra

aumentó en los días sucesivos. En la primera semana de febrero quedó de manifiesto que el ejército republicano en retirada no tenía intención ni medios de resistir al avance nacionalista, pese a la llegada de dos nuevas escuadrillas de cazas rusos T-15 B («Superchatos»).[1088] Los franceses, por lo tanto, se hallaban ante la alternativa de permitir la entrada a los soldados o impedirlo por la fuerza. El día 5 de febrero, el gobierno francés resolvió admitirlos en su territorio, a condición de que entregaran las armas. Así pues, a los 10.000 heridos, las 170.000 mujeres y niños y los 60.000 civiles varones que habían cruzado la frontera desde el 28 de enero, se sumaron 220.000 hombres del ejército republicano entre el 5 y el 10 de febrero. Así y todo, los nacionalistas hicieron unos 60.000 prisioneros.[1089] La frontera ofrecía escenas de tragedia. Los fugitivos estaban extenuados y llevaban las ropas empapadas por la nieve y la lluvia. Sin embargo, se oían pocas quejas. Abrumados por la adversidad, la mayor parte de los republicanos españoles marchaban al exilio erguidos y dignos. Los niños llevaban juguetes rotos, la cabeza de una muñeca o una pelota deshinchada, símbolos de la infancia feliz que habían perdido. En la frontera, ¡qué risas de contento! Pero ¡qué desilusión![1090] El lado español de la frontera estaba controlado por un tal José Ramos, presidente de uno de los sangrientos tribunales revolucionarios que funcionaron en Barcelona en los primeros días de la guerra, y que después fue director de la prisión de Órdenes. Se comportó como un auténtico gángster.[1091] En el lado francés de la frontera, se abrió un campo de refugiados, que serviría de centro de distribución. En este campo no existía el menor abrigo, aunque la mayor parte de mujeres y niños, junto con algunos soldados heridos, fueron trasladados a otros puntos de Francia. Tuvieron que separarse familias que siempre habían permanecido juntas, hasta en el desastre de la huida. Se instalaron campos en Argeles, St. Cyprien, Barcarés y otras cuatro pequeñas localidades de la región para dar acogida al ejército republicano. Estos campos consistían simplemente en espacios abiertos en las dunas, junto al mar, rodeados por alambre de púas, y los refugiados tenían prohibida la salida. Los hombres se vieron obligados a cavar agujeros como animales, para procurarse abrigo. El número de estos campos quedó fijado en 15, y se hallaban custodiados por senegaleses y miembros de la garde mobile. Algunos refugiados cruzaban la frontera con un puñado de tierra que habían recogido al salir de sus pueblos. Un garde mobile abrió por la fuerza uno de estos puños cerrados y arrojó con desdén a una charca francesa la tierra de España.[1092] Entre los que cruzaron la frontera figuraba un grupo fantasma de voluntarios internacionales que habían sido reagrupados bajo la dirección del polaco Henrik Torunczyk: entre ellos estaban Ludwig Renn, Heinrich Rau, Mihaily Szalvai (el Chapaiev español) y el italiano Giuliano Pajetta, así como André Marty: Malraux, que había estado en Cataluña filmando L'Espoir, también estaba allí: «c'était toute la Révolution qui s'en allait». Tenía razón: y las esperanzas de los «anti-fascistas» en el exterior sufrieron un duro revés.[1093] Durante 10 días faltaron totalmente en los campos el agua y los alimentos, y los heridos permanecieron sin asistencia. Entre estos últimos figuraba el gran poeta Antonio Machado, que falleció a los pocos días en una pensión de Collioure, a causa de una recaída en su dolencia asmática, exacerbada por las fatigas del éxodo.[1094]

Finalmente se obtuvo el suministro de alimentos, pero siguieron careciendo absolutamente de servicios higiénicos y de refugio contra las inclemencias del tiempo. Los servicios médicos eran muy deficientes. Se criticó al gobierno francés por permitir aquellas condiciones de vida, pero hay que reconocer que las dificultades de atender a 400.000 refugiados en tan corto espacio de tiempo eran casi insuperables. A Francia nunca se le tuvo muy en cuenta el hecho de haber admitido en su territorio a la totalidad de los refugiados sin distinciones. Por otra parte, es cierto que el gobierno francés pretendía, con su abandono, obligar al mayor número posible de refugiados a entregarse a merced de Franco. Pero la misma indiferencia fue manifestada por personas cómodamente instaladas en Norteamérica y en Inglaterra: el director del New York Times rogó a Herbert Matthews que no enviara reportajes demasiado emotivos sobre las condiciones de vida en los campos.^[1095] El coste de manutención de cada refugiado era de 15 francos diarios, y para los heridos, de 60 francos. A principios de febrero el gobierno francés entregó 30 millones de francos a tal objeto. Al mismo tiempo se dirigió a otros gobiernos para solicitarles que compartieran las cargas. Los belgas se avinieron a acoger a 2.000 o 3.000 niños españoles, pero los gobiernos ruso y británico se negaron de entrada a aceptar refugiados en sus países respectivos. La actitud de Rusia fue ampliamente comentada, especialmente por la prensa derechista francesa. Posteriormente, Gran Bretaña aceptó dar asilo a un número selecto de dirigentes y Rusia entregó 28.000 libras esterlinas en concepto de ayuda a los refugiados. Gran Bretaña entregó a la Cruz Roja 50.000 libras esterlinas, destinadas a los campos.^[1096] Como era inevitable, se produjeron casos de venganzas personales en estos campos. En Argeles, por ejemplo, Astorga Vayo, miembro del odiado SIM y en otros tiempos comandante de un gran campo de prisioneros situado en Els Omells de Na Gaia, en la provincia de Lérida, un día fue saludado por un grupo de viejos conocidos de antes de la guerra.^[1097] Caminaron un trecho juntos charlando de los viejos tiempos. Repentinamente se dio cuenta de que le habían llevado a un paraje solitario y poco frecuentado del campo. Vio ante sí una profunda fosa cavada bajo unos pinos. Sus compañeros sonreían torvamente. Lo enterraron vivo.^[1098]

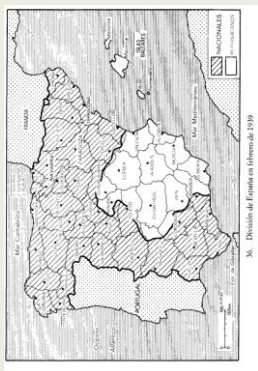
Entretanto el 1 de febrero, en los calabozos del castillo de Figueras, la ciudad catalana más cercana a la frontera, se celebraba sesión de aquellas Cortes que habían sido elegidas casi tres años antes en medio de gran entusiasmo. A la reunión asistía un puñado de sesenta y dos diputados. Diego Martínez Barrio se sentó ante una mesa cubierta con la bandera republicana. Negrín pronunció un discurso en el que puso sólo tres condiciones para la paz: garantía de la independencia española, garantía del derecho del pueblo español a escoger su propio gobierno y renuncia a las represalias. Nadie puso objeciones, aunque era seguro que el general Franco no las aceptaría y que, en consecuencia, lo que hacía el gobierno era recomendar que continuara la guerra.^[1099] La sesión se suspendió. Los diputados huyeron a Francia. Algunos, en realidad, habían pasado allí la noche anterior. Álvarez del Vayo y Negrín entraron en contacto con Stevenson y Jules Henry, embajadores inglés y francés, para tratar de conseguir una mediación con los nacionalistas de acuerdo con las condiciones expuestas por Negrín en Figueras. Los

diplomáticos accedieron a intentarlo. Negrín puntualizó que, si las condiciones eran rechazadas, la guerra continuaría desde Madrid.^[1100] Desde tiempo atrás estaba decidido a hacerlo. Álvarez del Vayo se encargó de organizar el traslado de los cuadros del museo del Prado desde Figueras. En esta ciudad fueron embalados en camiones y enviados a Ginebra, en donde quedaron bajo la custodia temporal del secretario general de la Sociedad de Naciones. Los refugiados se apartaban de la carretera mientras pasaban ante ellos los lienzos de Velázquez, Goya, Tiziano y Rubens. Azaña (parafraseando a uno de los personajes de La Velada en Benicarló) dijo a Negrín que todas las nociones de monarquía y república no valían lo que un solo cuadro de Velázquez. Negrín se mostró de acuerdo.^[1101] Pero, como es de suponer, ni uno ni otro se lo creían. El avance de los navarros e italianos continuó de modo irresistible. Gerona cayó el 5 de febrero, con un bombardeo previo a base de bombas incendiarias, que enfureció a los republicanos hasta el punto de que iniciaron un conato de resistencia. El mismo día, al amanecer, cruzaban la frontera Azaña, Martínez Barrio y Companys. La marcha de Azaña no registró incidentes. Pero el coche en el que viajaba Martínez Barrio se averió, obstruyendo la carretera. Negrín intentó empujarlo personalmente sin resultado. El presidente tuvo que salir de España a pie. Negrín y Azaña se despidieron en Las Illas, nada más entrar en Francia. Negrín regresó a España, donde permanecería unas cuantas horas; Azaña partió hacia el exilio.^[1102] Fueron asesinados varios prisioneros nacionalistas, entre ellos el coronel Rey d'Harcourt, el héroe de Teruel, y el obispo de esta ciudad, que le acompañaba.^[1103] A duras penas pudo evitarse que Marty fusilara a varios miembros del que fuera su estado mayor en Albacete, ya que temía, llevado de su mezquindad y su locura, que éstos divulgaran algunos de sus actos, propios de un maníaco.^[1104] Al oeste, García Valiño entró en la ciudad episcopal de Vich. Como ya suponían los nacionalistas, había cesado toda resistencia en Cataluña. De nada sirvió relevar en el último minuto a Hernández Saravia del mando supremo del ejército, designando a Jurado en su lugar. El nuevo general tenía mucha experiencia, pero no había nadie capaz de crear un frente de la nada. (Hernández Saravia pretendía destituir a Modesto y entregar el mando al anarquizante coronel Perea. Pero Negrín y Rojo se opusieron.)^[1105] Mientras sir Robert Hudgson, en nombre de Gran Bretaña, exponía a los nacionalistas las condiciones de paz de Negrín, cuatro cuerpos de ejército avanzaban en dirección a la frontera francesa. El 8 de febrero, los navarros entraron en Figueras. El mismo día, sus unidades de vanguardia entraron en contacto con la retaguardia del ejército republicano en retirada. El 9 de febrero, Solchaga y Moscardó llegaron a la frontera francesa, aquél en Le Perthus y éste en las montañas de Nuria. El día 10, toda la frontera se hallaba controlada por los ejércitos nacionalistas. A primeras horas de aquel mismo día, Modesto había cruzado a Francia con las últimas unidades del ejército del Ebro. Fue entonces cuando Giménez Caballero, el primer fascista de España, que por entonces servía de «alférez provisional» a las órdenes de Moscardó, recordando la jactanciosa frase de Luis XIV, exclamó jubiloso ante sus hombres: «¡Por fin hay Pirineos!»

Negociaciones de paz. — Las condiciones del general Franco. — Francia e Inglaterra reconocen a Franco. — El golpe de Estado del coronel Casado. — Guerra civil dentro de la guerra civil. — La renuncia de los comunistas. — Negociaciones fallidas en Burgos. — Escenas vividas en la costa mediterránea.

Tras la caída de Cataluña, el mundo sacó la conclusión de que la guerra española había terminado. En la Bolsa de París la peseta nacionalista alcanzó un valor setenta veces superior al de la republicana.^[1106] En la España nacionalista no se hablaba ya de conjuras de asesinato. En el bar de Chicote, en San Sebastián (la más normal de las ciudades nacionalistas), los pesimistas habían sido los clientes más de moda. Ahora los optimistas desanimaban hasta a los que se reían de los anuncios que rezaban «Permaneced callados, sed prudentes, oídos enemigos están escuchando». La gente podía ir al cine con la conciencia tranquila (a ver, por ejemplo, la película histórico-monumental de los fascistas italianos, *Escipión en África* o uno de los nuevos documentales españoles, *España heroica*, o *Los conquistadores del Norte*, incluso *Mares de China*, de Clark Gable y Jean Harlow). El problema de las relaciones entre el régimen y la Iglesia fue discutido por Serrano Súñer el día 6 de febrero en una conferencia de prensa (desde la muerte del anciano general Martínez Anido, regentaba el ministerio de Orden Público, además de ser ministro de Gobernación). Al tiempo que ensalzaba la tradición católica, propuso la división de poderes, especialmente en el campo de la enseñanza. También solicitó el derecho a la presentación de obispos que el Estado había ejercido desde el concordato de 1851. Pero Serrano Súñer no podía hacer en todo su voluntad. El cardenal Segura, en aquellos momentos arzobispo de Sevilla, había acusado a la Falange de irreligiosa y deploraba la influencia de los nazis. Poco después, el primado, cardenal Gomá, volvió a referirse a ello con mayor discreción (según su costumbre), en su pastoral de cuaresma, en la que criticaba «el nacionalismo exagerado». Entretanto, por un decreto del 15 de diciembre se devolvían a la familia real las propiedades y el derecho de ciudadanía que les había retirado la República. El rey Alfonso y su hijo Juan declararon que deseaban que se les considerara como «soldados de Franco» hasta nueva orden. Ahora cortejaban al régimen nacionalista

muchos de los que antes lo habían escarnecido. Por ejemplo, el gobierno francés envió a Burgos al senador Bérard para que negociara el establecimiento de relaciones diplomáticas. Éste fue tratado con frialdad. Jordana exigió en primer lugar, el reconocimiento *de jure*, el regreso de los barcos republicanos refugiados en aguas francesas y la devolución a España de los tesoros artísticos y el dinero españoles que se encontraban en Francia. Los nacionalistas se negaron a financiar el mantenimiento de los refugiados españoles en el sur de Francia y a permitir que el gobierno francés se reembolsara de estos gastos con el dinero español depositado en Francia.^[1107] Entretanto, el gobierno de la República se reunió en Toulouse. Negrín y Álvarez del Vayo llegaron a esta ciudad el 9 de febrero, procedentes de Figueras, y se encontraron al resto del gabinete esperando el permiso de las autoridades francesas para salir en avión hacia Valencia. Después de una breve reunión ministerial en el consulado español, quedaron zanjadas las dificultades de transporte. Negrín y Álvarez del Vayo se dirigieron a Alicante en un avión de Air France, encontrando totalmente desmoralizados a los dirigentes militares de la España central.^[1108] El desánimo aumentó por el hecho de que, el mismo día de la caída de Cataluña, Menorca se rindió a los nacionalistas. Franco había comunicado a Londres que ocuparía Menorca sin la ayuda de alemanes e italianos. Entonces, tres batallones de la guarnición republicana se rebelaron contra Negrín, y el capitán de uno de ellos, telefoneó a su hermano, jefe de los astilleros de Pollensa, en Mallorca, pidiéndole que le enviara intermediarios para negociar la rendición. En consecuencia, el crucero británico Devonshire se encargó de trasladar a los negociadores de Mallorca a Mahón. Su capitán colaboró en las negociaciones para la rendición de la isla y el traslado a Marsella de seiscientos republicanos, encabezados por su comandante, Luis González Ubieta, jefe de la armada recientemente retirado. En la España central, algunos comprendieron que aquél podía ser el modelo de su propia capitulación.^[1109]



Así pues, había comenzado en Madrid un juego extraño y, para muchos, fatal. Miaja, el generalísimo político y militar, seguía controlando una tercera parte de España, incluida Valencia. Contaba con 500.000 hombres armados, y sus cuatro ejércitos (mandados por los generales Moriones, Escobar y Menéndez y el coronel Casado, respectivamente) no habían sido derrotados. Pero el general Matallana, jefe militar de estos ejércitos ya había caído en

la traición o en el derrotismo, al igual que el coronel Muedra, su jefe de estado mayor. El propio Miaja estaba desmoralizado y residía normalmente en Valencia. El «comunismo» de muchas de estas personas demostró ser una ideología buena para los tiempos de prosperidad. Militares procedentes básicamente de la clase media y alta, como el propio Miaja, Burillo, Matallana, Moriones o Prada, que unos años antes se habían dejado impresionar por los comunistas, se alejaban ahora de éstos como si hubieran de un barco en que estuvieran refugiados y que se hallara a punto de zozobrar.^[1110] Varios oficiales veteranos, encabezados por Casado, comandante en jefe del ejército del centro (jefe de la casa militar de Azaña en 1936, y uno de los creadores de las Brigadas Mixtas, que había sido comandante del ejército republicano en Brunete), llegaron a la conclusión de que la negativa de Franco a aceptar negociaciones era debida a la participación comunista en el gobierno de Negrín. Esta conclusión derivaba en parte de la envidia que sentían por el arrojo de los oficiales comunistas y por su indudable preponderancia. Casado y sus amigos no tenían idea de los esfuerzos secretos que venía realizando Negrín para conseguir la paz. Entre estos oficiales se contaban otros elementos antagonistas de Negrín: anarquistas, amigos de Azaña, de Prieto o de Largo Caballero. El político más destacado de este grupo de conspiradores era Besteiro, el socialista reformista que había permanecido en Madrid durante toda la guerra, a la sazón enfermo y anciano, un modelo de estoicismo que, desde una posición de fuerza moral superior, era capaz de pensar seriamente en la posibilidad de la derrota como un medio de purgar las rivalidades existentes en el campo republicano. Su odio al comunismo y su desprecio por el terror revolucionario hicieron que subestimara la represión nacionalista y la evolución del «franquismo» durante la guerra.^[1111] La conspiración podría haber fracasado de no ser por la actitud de los anarquistas, que recibieron instrucciones de Mariano Vázquez, su secretario general que entonces se encontraba en Francia, para que se dispusieran a aceptar la victoria nacionalista. Vázquez había sido amigo de Negrín, como ya hemos visto, y el único anarquista que había dado muestras de ser un jefe militar competente. Cipriano Mera, comandante en jefe del 4º Cuerpo de ejército a las órdenes de Casado estaba lejos de serlo. (Los otros tres jefes de cuerpos de ejército a las órdenes de Casado —Barceló, Ortega y Bueno— eran comunistas.) Un puñado de miembros de la CNT en Madrid, como el periodista García Pradas, Eduardo Val y Manuel Salgado, impulsaron a Mera. Entretanto, Miaja, generalísimo de la España central, había decidido, al parecer, que no tenía ningún sentido prolongar la guerra y que la República terminaría derrotada aun cuando continuara combatiendo un año más. Además, la organización de espionaje nacionalista, una auténtica quinta columna, actuaba en secreto, tanteando la lealtad de Casado, Matallana, Muedra, jefe del estado mayor de Matallana, y otros oficiales, empleando para ello a intermediarios dignos de confianza. A principios de febrero, Casado ya mantenía correspondencia con el coronel Ungría, jefe del servicio de información secreta de Franco en Burgos.^[1112] Al parecer, en las negociaciones entabladas entre Casado y el gobierno de Burgos se preveía que fueran respetadas las vidas de los oficiales del ejército que depusieran las armas «siempre que no hubieran cometido crímenes».^[1113] Casado también se carteo con un viejo

amigo suyo, el general Barrón, jefe militar nacionalista. Casado, el eje de la conspiración, era un hombre competente, culto, austero y trabajador: llevaba una vida tan sencilla como el más joven de los soldados y un ritmo de trabajo tan intenso como si fuera el comandante en jefe.^[1114] Asimismo estaba en contacto, a partir de finales de 1938, con Denys Cowan, el oficial de enlace británico de la comisión Chetwode en Madrid. Cowan, que probablemente actuaba de modo oficioso por cuenta del gobierno británico, estaba muy interesado en poner fin a la guerra.^[1115] Durante mucho tiempo, los comunistas habían desconfiado de Casado. Éste se había opuesto a la ofensiva de Brunete en 1937. El diputado comunista Daniel Ortega, comisario del Quinto Regimiento en los primeros tiempos, que trabajaba en el cuartel general de Casado, había comunicado aquel mismo año a «la Pasionaria» sus sospechas acerca de Casado tiempo atrás.^[1116] Pero éste estaba al corriente de los intentos de Azaña de lograr una paz de mediación, a través de Besteiro. La mujer de Casado, que gozaba de cierta influencia sobre su marido, se había hecho sospechosa de traición, aunque probablemente por derrotismo. También se sabe que, en un momento dado, Casado insinuó que, si Negrín hubiera insistido en la idea de la «lucha numantina» hasta el final y hubiera decidido que era preferible perderlo todo antes que rendirse, habría seguido apoyándole, aunque de mala gana; lo que Casado y sus partidarios encontraban lógicamente inaceptable era que se mantuviera oficialmente la postura numantina, al tiempo que se preparaba la huida. (Los «numantinos, que cuentan con aviones y cuentas corrientes secretas en Suiza», como les definió Azaña.)^[1117] El cuartel general de Casado se encontraba en la ruinosa finca de la familia de Osuna, situada cerca de Barajas, en las afueras de Madrid: La Alameda, pintada por Goya de forma tan encantadora. En aquel palacio delicioso, ornado con sus maravillosas estatuas, escaleras y parterres, Casado planeaba el final de la guerra.^[1118] En Madrid, los jefes militares habían perdido el contacto con el gobierno durante bastante tiempo. Todos estaban cansados de combatir. Sólo el Partido Comunista propugnaba una política de resistencia a ultranza, y sus dirigentes en Cataluña y en el Ebro, Líster y Modesto, habían regresado de Toulouse a España, junto con Togliatti. Mientras muchos jefes militares, como Rojo, Hernández Saravia, Jurado, Perea, Pozas y otros permanecieron en Francia, los veteranos jefes comunistas del ejército del Ebro, regresaron a España.^[1119] Un oficial profesional, Jesús Pérez Salas, que se había pasado toda la guerra combatiendo, recordaría más tarde que cundía el desasosiego por saber qué clase de sistema político se impondría, aun en el caso de una victoria republicana.^[1120] Entretanto, del día 8 ai 12 de febrero, los comunistas celebraron una conferencia en Madrid en el curso de la cual se formularon muchas acusaciones de derrotismo.^[1121] También conferenciaron la CNT, la FAI y las juventudes libertarias, llegando incluso a celebrar una reunión en Valencia, con Negrín, a fin de discutir la situación. Negrín provocó resentimientos de forma innecesaria, al negarse a recibir al nuevo secretario de la FAI, José Grunfeld, con el pretexto de que «no es de nacionalidad española».^[1122] En aquel momento, algunos anarquistas de la Península respaldaban la idea de proseguir la resistencia; pero llegaron instrucciones de Francia, país en donde se encontraban muchos dirigentes anarquistas de modo permanente, en el sentido de aceptar la derrota y tratar de organizar la evacuación de

otros dirigentes anarquistas que se hallaban en la España central.^[1123] Álvarez del Vayo voló de Madrid a París a fin de persuadir a Azaña de que regresara a España. Pero Azaña le respondió: «Mi deber es hacer la paz. Me niego a contribuir con mi presencia a prolongar una batalla que no tiene sentido. Debemos lograr las mejores garantías posibles y terminar con esto lo antes posible». Álvarez del Vayo desistió de convencerle.^[1124] El día 12 de febrero, Negrín llegó a Madrid. Este mismo día, mantuvo una entrevista de cuatro horas con Casado.^[1125] Éste, al referirse al hambre y a la falta de combustible en Madrid, dijo que la guerra debía terminar. Negrín prometió enviar provisiones para quince días. Casado le respondió planteándole nuevas quejas. Carecía de transportes. Gran Bretaña y Francia habían abandonado totalmente a la República. La caída de Cataluña había reducido en un 70% las ya escasas reservas de materias primas. Muchos soldados no tenían botas ni tabardos. Sólo había cuarenta aviones al servicio de aquel ejército, escasa artillería y menos armas automáticas. Los nacionalistas tenían 32 divisiones al sur de Madrid, con grandes cantidades de artillería, tanques, y por lo menos 600 aviones. Negrín dijo a Casado que Rusia había enviado 10.000 ametralladoras, 600 aviones y 500 piezas de artillería. Todo aquello estaba en Marsella y, a pesar de las dificultades, pronto llegaría a España. Además, agregó, las negociaciones de paz con Franco habían fracasado. Casado dijo que los suministros rusos no llegarían nunca, pues la única ruta posible era la que llevaba de Marsella a Valencia, y estaba muy vigilada. Suplicó a Negrín que reanudara las negociaciones y le ofreció su colaboración. Negrín aceptó la oferta, añadiendo que no vacilaría en eliminar del gobierno al Partido Comunista en caso de que fuera necesario. Dijo a Casado que le ascendería a general. Posteriormente Negrín se reunió con los dirigentes de los partidos del Frente Popular en Madrid. Se refirió en términos vagos a sus objetivos generales. Casado se entrevistó con estos mismos políticos, y desahogó ante ellos su irritación contra los comunistas. Algunos comunistas de Madrid, como Tagüeña, Domingo Girón (el organizador local) y Pedro Checa, empezaron a hacer preparativos para enfrentarse a la amenaza de una conspiración militar, pues corrían rumores en este sentido.^[1126] Una delegación del partido encabezada por «la Pasionaria» visitó a Negrín: «Si el gobierno está dispuesto a continuar la resistencia, el Partido Comunista le apoyará; si el gobierno está dispuesto a entablar negociaciones de paz, el Partido Comunista no será un obstáculo». Negrín dijo que entendía que la única salida posible era proseguir la resistencia. Sin embargo, parecía un hombre desbordado por los acontecimientos que, después de haber gastado sus fuerzas en una lucha difícil contra las corrientes capituladoras, se dejaba ir al fondo por la resaca, tratando de conservar en el hundimiento un mínimo de decencia».^[1127] La política de Negrín en febrero de 1939 ha sido objeto de polémica. Aunque deseaba proseguir la lucha, no es menos cierto que, privadamente, trataba de asegurar la huida para sí y para sus amigos. ¿Acaso apoyaba secretamente la conspiración de Casado para justificar su propia huida, mientras que externamente propugnaba la resistencia hasta el fin? ¿Se vio desbordado por maniobras exteriores o se dejó desbordar por ellas? ¿Conocía los tratos secretos que mantenían Casado y Matallana con Franco? Y, en caso afirmativo, ¿por qué no les hizo arrestar? Retrospectivamente los comunistas, en quienes se apoyaba cada

vez más, consideraban que su conducta era «contradictoria e incomprensible»; al tiempo que reafirmaba su decisión de resistir, no hacía nada para organizar la resistencia.^[1128] La realidad parece ser que Negrín estaba indeciso. Deseaba la paz pero sabía, mejor que el propio Casado, que las condiciones de Franco eran duras. Hasta la caída de Cataluña se sintió seguro, teniendo un ejército a sus espaldas. Ahora que se encontraba en la España central, no sólo se sentía indeciso sino que contaba con un ejército sin experiencia, posiblemente desleal y dirigido por unos oficiales cuya lealtad también era dudosa. Aunque sabía que los jefes militares comunistas, por muy competentes que fueran, daban prioridad a su lealtad al partido. La actuación de Negrín durante este mes plantea interrogantes, pero debe tenerse en cuenta que la situación en que se encontraba no era envidiable. Su única estrategia posible era esperar el holocausto de una guerra mundial. Su única táctica posible (y en esto coincidía con los comunistas) era ser el último en abandonar la lucha. El 16 de febrero, Negrín celebró una reunión con los dirigentes militares republicanos en un hangar del aeródromo de Los Llanos, cerca de Albacete.^[1129] Estuvieron presentes varios jefes veteranos del ejército republicano. Figuraban entre ellos algunos capitanes y comandantes que se habían adherido a la causa republicana en junio de 1936 y que habían alcanzado el grado de generales, si bien precariamente. Negrín habló durante dos horas. Explicó el fracaso de las negociaciones de paz emprendidas el mes anterior. También describió cómo, desde el mes de mayo del año anterior había buscado una paz honrosa, por medio de intermediarios. Manifestó que no quedaba otra salida que la resistencia. A continuación habló el general Matallana, quien declaró que era una locura continuar la lucha. Apeló al humanitarismo del jefe del gobierno para que pusiera fin a la guerra. Los generales Menéndez, Escobar y Moñones, jefes de los ejércitos de Levante, Extremadura y Andalucía respectivamente, estuvieron de acuerdo con Matallana. Todos ellos eran oficiales regulares del ejército desde antes de 1936 y habían vivido dolorosamente en su propia carne la tragedia de la guerra: eran leales al gobierno y enemigos de la revolución. El almirante Buiza, comandante en jefe de la Armada (se le volvió a nombrar para este cargo en sustitución de González Urbieto), informó de que una comisión que representaba a las tripulaciones de la flota republicana había decidido que la guerra estaba perdida y que los ataques aéreos nacionalistas obligarían a la flota a abandonar en breve las aguas españolas, a menos que se emprendieran negociaciones de paz. Negrín replicó a Buiza que los jefes de la comisión debían ser fusilados por amotinamiento. Buiza le replicó que, aunque en principio estaba de acuerdo con Negrín, no lo había hecho porque personalmente compartía los puntos de vista de la comisión. A continuación intervino el coronel Camacho, que habló en nombre de las fuerzas aéreas. Dijo que sólo disponía de tres escuadrillas de bombarderos Natasha, dos escuadrillas de Katiuska y veinticinco aviones tipo «Chato» o «Mosca». Él también era partidario de negociar la paz, aunque agregó que la aviación tenía gasolina para continuar la guerra durante otro año. El general Bernal, gobernador militar de la base naval de Cartagena habló en términos análogos. Miaja, «el héroe de Madrid», se quejó de que no le hubieran dejado hablar. Negrín le invitó a que interviniera, puntualizando que había querido que fuera él, en su calidad de comandante en jefe, el último en hablar.

Sorprendentemente, Miaja pidió resistencia a ultranza. Negrín cerró la discusión sin hacer propuestas en firme sobre la acción a seguir; pero quedaba sobreentendido, que, dado que las negociaciones habían fracasado, la guerra debía continuar.^[1130] Posteriormente algunos comentaron que el hecho de que Negrín sólo convocara a aquellos oficiales conocidos por su pesimismo ya indicaba que el propio jefe de gobierno era pesimista. También cabe preguntarse por qué fijó la sede del gobierno en la pequeña población industrial de Elda, situada a treinta kilómetros de Alicante, hacia el interior, y por lo mismo lejana de Madrid, si deseaba continuar la guerra. La situación de esta localidad, no lejos de la costa, hacía sospechar que se preveía la posibilidad de escapatoria. El alto mando comunista, que ahora se hallaba casi abiertamente bajo la presidencia de Togliatti, instaló su cuartel general en las inmediaciones, en un bello palmeral próximo a Elche, y ello planteaba el mismo interrogante.^[1131] Es probable que, mientras Casado, Matallana y los demás oficiales de Madrid conspiraban con los anarquistas y los políticos de Madrid, Negrín hubiera llegado a la conclusión de que, para asegurar la continuidad de la guerra, era indispensable imponer una especie de dictadura personal temporal, con el apoyo del Partido Comunista. A Casado, Matallana, Escobar y otros oficiales que discrepaban del jefe del gobierno se les confiarían cargos de poco relieve. Entretanto la situación de Madrid era terrible, como había dicho Casado. Acaso Negrín no se percataba plenamente de la situación. La comisión internacional cuáquera para la asistencia a los niños refugiados informó de que la ración alimenticia media era tan baja, que, aun manteniéndose en su nivel actual, no permitiría la subsistencia más allá de dos o tres meses. No había calefacción, agua caliente, medicamentos ni material quirúrgico. Este estado de cosas hacía que resultara inútil toda la ayuda internacional que se movilizaba. En Inglaterra se recaudaban fondos para asegurar el envío de «alimentos para España». Varios gobiernos efectuaron donaciones. Los gobiernos del Canadá, Noruega y Dinamarca compraron excedentes de alimentos y los enviaron a España. Bélgica entregó alimentos por valor de 10.000 libras, Suecia, por valor de 75.000 libras (anteriormente había entregado una partida de 50.000). El gobierno francés acordó enviar 45.000 toneladas de harina a la República, aunque no como regalo. Los Estados Unidos enviaron 600.000 barriles de harina por medio de la Cruz Roja, pero el cargamento fue desviado de un puerto a otro del Mediterráneo antes de ser entregado definitivamente. Además, los propietarios navieros trataban de aumentar al máximo el importe del transporte de harina y se justificaban diciendo que cada vez que les designaban un puerto para efectuar el desembarco, éste caía en manos de los nacionalistas. De esta forma los niños hambrientos de la República tuvieron que esperar tres meses la llegada de la harina norteamericana desde Le Havre. Entretanto la comisión cuáquera seguía prestando asistencia en los territorios conquistados por los nacionalistas, aunque exigiendo el cumplimiento estricto de determinadas condiciones.^[1132] Cuanto más próximo se hallaba el fin de la República, sin embargo, mayor era el interés que despertaba internacionalmente su suerte, especialmente en los Estados Unidos. Madrid era una ciudad extraña y silenciosa, cuyos habitantes sabían que, si la guerra continuaba, habría llegado para ellos la hora del juicio. Los periódicos mantenían un fácil optimismo que nadie compartía, al igual que los

servicios radiofónicos, que seguían bajo el control de Negrín. Entretanto, Casado proseguía sus negociaciones secretas con Burgos. Su plan consistía en detener y entregar a Franco a muchos dirigentes comunistas y otros, y llegó a pedir disculpas por no haber podido evitar la fuga de algunos de ellos.^[1133] El coronel Ungría recibió en Burgos un informe completo sobre la reunión convocada por Negrín en Los Llanos. Dos coroneles del estado mayor de Casado, Garijo y Muedra, pensaban también en la posibilidad de rendir sin más las fuerzas del ejército de la zona central.

Entretanto, el 13 de febrero, Franco orientó a los partidarios de la rendición con la promulgación de un decreto que se aplicaba a todos los culpables de «actividades subversivas» desde el 1º de octubre de 1934 hasta el 18 de julio de 1936 y a todos los que, desde entonces se hubieran opuesto «al Movimiento Nacional con actos concretos o pasivos». Ello suponía dar amplia licencia a la venganza. El tema de las represalias era el más importante para la República. Si ésta hubiera recibido garantías, habría firmado la paz un año antes. Azcárate seguía presionando al gobierno británico para que remitiera a Franco la última propuesta de Negrín de armisticio en tres puntos. De lo contrario, al decir de los republicanos, Franco sería responsable de que continuara el baño de sangre. El 17 de febrero, Azcárate y Álvarez del Vayo, que estaban todavía en París, telegrafiaron a Negrín proponiéndole que se pusiera como única condición de paz la garantía contra las represalias y que les autorizara a comunicárselo a lord Halifax para que éste se la transmitiera a Franco. La idea de esta única condición se la había sugerido lord Halifax a Azcárate. Debido a las demoras en los servicios telegráficos (que Azcárate y Álvarez del Vayo atribuyeron a la interferencia de Casado), la respuesta afirmativa de Negrín no llegó a París hasta el 25 de febrero. Entretanto, lord Halifax, el 22 de febrero, había perdido las esperanzas de que fuera aceptada su propuesta y empezó a hacer los preparativos para el reconocimiento incondicional del gobierno nacionalista.^[1134] Tres días antes, Chamberlain había escrito en su diario: «Creo que hemos de lograr establecer unas excelentes relaciones con Franco, que parece bien dispuesto hacia nosotros».^[1135] Mucho antes, el día 18 de febrero, Franco había descartado cualquier idea de paz condicional, ya fuera a propuesta de Gran Bretaña, de Francia o de cualquier personalidad republicana. «Los nacionalistas han vencido —declaró— y, por lo tanto, los republicanos deben rendirse sin condiciones.» En noviembre de 1938, Franco había declarado que no podía tomarse en consideración la posibilidad de amnistía: «Los amnistiados son hombres sin moral». Creía en «la redención mediante el castigo del trabajo». Quienes no fueran ejecutados, tendrían que «reeducarse» en campos de trabajo. El día 20 de febrero, Casado recibió la visita de un agente del servicio de información secreta de Franco, el coronel José Centaño de la Paz, que durante la guerra había sido director de una fábrica de instrumentos de precisión perteneciente al ejército republicano, situada en Aranjuez, pero que, desde 1938, era también jefe de una red de espionaje denominada «Lucero Verde». Él y Manuel Guitián, que era agente de Burgos, visitaron a Casado en La Alameda, siendo recibidos con entusiasmo; Casado les hizo promesas exageradas para sus propias posibilidades, declarando que podría entregar el ejército del centro el día 25 de febrero. Prometió exigir personalmente la dimisión de

Negrín. Entonces Centaño le entregó un documento en el que se garantizaba la vida de los oficiales de carrera del ejército republicano que depusieran las armas y no hubieran cometido crímenes. «¡Magnífico, magnífico!», exclamó Casado. Centaño había enviado a Burgos informes favorables sobre Casado, diciendo que era más anti-comunista que nadie.^[1136] El 22 de febrero, en el curso de otra discusión, Centaño sacó la impresión de que Casado sería capaz de llevar a cabo su plan de rendición «con un éxito completo y con total seguridad»: en el informe, estas palabras venían escritas en letras mayúsculas. Entretanto, Casado pidió al alto mando nacionalista que aplazara cualquier ofensiva.^[1137] El día 22, Franco envió un telegrama a Neville Chamberlain, asegurándole que su propio patriotismo, su reconocido honor de caballero y su notoria generosidad eran las mejores garantías de una paz justa. Posteriormente declaró que los tribunales que entrarían en funcionamiento después de la rendición republicana juzgarían sólo a los criminales, «ya que las represalias repugnan al movimiento nacionalista».^[1138] Gran Bretaña consideró que esta amable frase, junto con el telegrama enviado a Chamberlain, eran lo único que podrían arrancar de Franco para el reconocimiento del gobierno nacionalista. Entretanto, el día 23 de febrero Casado prohibió la publicación del periódico comunista *Mundo obrero*, debido a que en él iba a aparecer un manifiesto lleno de ataques contra Largo Caballero, por haber abandonado España y que apremiaba a mantener la resistencia. Uribe, ministro comunista de Agricultura, que se hallaba en Madrid, expresó su protesta. Casado siguió negándose a autorizar la publicación. Al día siguiente el manifiesto circuló de mano en mano. Casado hizo retirar todos los ejemplares que pudo. Negrín regresó a Madrid el día 24 de febrero y Casado intentó persuadirle de que la solución más acertada era la rendición. Pero no obtuvo resultado alguno, como ya debía de suponer de antemano. Había prometido a Franco claramente más cosas de las que podía dar. Al propio Franco no le gustaba la idea de «tratar» con ningún nuevo consejo de defensa que incluyera en su seno a un político como Besteiro. De todos modos le llegaban constantes informes procedentes de oficiales como el general Jurado, a la sazón en Francia, y del propio general Matallana, que desempeñaba todavía el mando supremo de los ejércitos del centro, en los que le revelaban cuáles serían los puntos de menor resistencia en caso de que se lanzara un nuevo ataque.^[1139] El 26 de febrero, el senador Bérard finalizó su misión en Burgos. Todas las peticiones nacionalistas fueron aceptadas. Francia y la España nacionalista vivirían juntas como buenos vecinos, cooperarían en Marruecos, e impedirían cualquier actividad contraria a la seguridad de ambas. El gobierno francés se comprometió a devolver a España todos los bienes españoles trasladados a Francia contra la voluntad de sus verdaderos dueños. Entre ellos figuraban 8 millones de libras en oro que se hallaban retenidas en Mont de Marsan como garantía de un préstamo concedido el año 1931. El banco de Francia se había negado a reintegrarlos a la República, a pesar de que el préstamo ya había sido devuelto. Todos los restantes bienes de los republicanos en Francia, todos los buques de guerra, mercantes y de pesca, las obras de arte, vehículos y documentos, serían enviados a su vez a España. A cambio, los nacionalistas accedieron a recibir un embajador francés en Burgos. Así pues, el reconocimiento oficial de los nacionalistas por Francia y Gran Bretaña se produjo el día 27

de febrero. (El 22 de febrero, Chamberlain leyó un telegrama de Franco en la Cámara de los Comunes.) Tanto el Partido Liberal como el Partido Laborista se opusieron al reconocimiento y forzaron un debate. Attlee condenó la forma tortuosa en que Chamberlain había acordado el reconocimiento con Daladier antes de consultar a la Cámara de los Comunes: «Vemos en esta acción —concluyó— una grave traición a la democracia, la consumación de dos años y medio de hipócritas ostentaciones de no intervención acompañadas de una connivencia constante con la agresión. Y éste es sólo un paso más en el camino descendente del gobierno de Su Majestad, que en cada nueva ocasión, ya no vende sino que regala los intereses permanentes de su país. No hace nada por conseguir la paz o por detener la guerra, sino que se limita a declarar al mundo entero que todo aquel que se decida a emplear la fuerza tendrá un amigo en el primer ministro británico». Chamberlain respondió a esto diciendo que el general Franco había dado garantías de clemencia y que, a menos que le declarara la guerra, Gran Bretaña jamás podría imponerle condiciones. A continuación se produjo un áspero duelo verbal de los muchos que se habían producido en el curso de la guerra española, entre sir Henry Page Croft, un conservador partidario del general Franco (a quien, un año antes, había calificado públicamente de «valiente caballero cristiano»),^[1140] y Ellen Wilkinson, ferviente defensora de la República. Edén apoyó al gobierno desde los últimos escaños, diciendo que si se aplazaba el reconocimiento, podía prolongarse la guerra. Pero otros diputados conservadores de los últimos escaños como Vyvyan Adams, deploraron el reconocimiento incondicional. Por su parte, el comunista Gallacher sugirió el procesamiento del primer ministro.^[1141] Azcárate efectuó una última y melancólica visita a lord Halifax para intentar que éste lograra alguna garantía de moderación de Franco como condición previa al reconocimiento.^[1142] Rusia denunció la falsedad de «la política capitalista de capitulación ante el agresor» pero no tomó ninguna medida. En Washington no se preparó ningún acto de reconocimiento, pero ahora la mayor parte de los restantes países siguieron los pasos de Gran Bretaña y Francia. Entretanto, los anarquistas celebraron nuevamente una reunión en Madrid. Se aceptaron las instrucciones dadas desde Francia por el secretario general Vázquez de apoyar cualquier esfuerzo tendente a conseguir el fin de la guerra. Se discutió la sospecha de que Negrín estuviera planeando dar un golpe de Estado dentro del Estado. La CNT decidió resistirse a aquella idea, que podía llevar a una dictadura comunista. Sin embargo, entonces la CNT era poco más que un grupo de presión de la clase obrera sin unos objetivos claros, aunque resueltamente hostil a los comunistas.^[1143] En Burgos se recibió un nuevo mensaje de Madrid en el que se anunciaba que al día siguiente se formaría una «junta de liquidación» de la guerra y que Besteiro y el coronel Ruiz-Fornells, jefe de estado mayor del ejército de Extremadura, se dirigirían a cualquier aeródromo que señalaran los nacionalistas para ultimar la rendición. Franco replicó insistiendo en su negativa de tratar con personas civiles. Sólo aceptaría la rendición incondicional, con las únicas garantías ya expresadas en relación con los oficiales del ejército. Se negó a tratar con Besteiro. Podían presentarse uno o dos oficiales, si así lo deseaban.^[1144] Franco no iba a ofrecer a la República el lujo de una paz honrosa, ni quería dar la oportunidad de marcharse

a los que deseaban hacerlo. Esta respuesta aplazó por unos cuantos días el golpe de estado de Casado. Al día siguiente, 28 de febrero, tras difundirse la noticia del reconocimiento de Franco por Gran Bretaña y Francia, Azaña, desde París, dimitió de la presidencia de la República. El comité permanente de las Cortes se reunió en La Pérouse, famoso restaurante situado en el Quai des Grands Augustins, y Martínez Barrio se hizo cargo del puesto de Azaña, según estaba previsto en la constitución de 1931. Pero no tenía ya intención de regresar a España. Entretanto, el gobernador civil de Madrid, José Gómez Osorio, dijo a Casado que había recibido órdenes de relevarle de su cargo. Sin embargo, Negrín aseguró telefónicamente a Casado que él no había ordenado su relevo, y le convocó para celebrar una entrevista en El da el 2 de marzo, en compañía de Matallana. Ambos oficiales recorrieron los 400 kilómetros que les separaban de Elda en el curso de la mañana. Negrín propuso la reorganización del estado mayor central. Matallana y Casado serían jefes del estado mayor y del estado mayor central respectivamente. Ambos oficiales reiteraron sus argumentos en contra de la continuación de la resistencia. Casado, junto con los comunistas Modesto y Cerdón, serían ascendidos a generales, mientras los oficiales Muedra y Garijo, del estado mayor de Casado, pasarían a ser subsecretario del ejército y ayudante de Miaja, respectivamente. Todos estos nombramientos se habían acordado en una reunión del consejo de ministros, celebrada el 28 de febrero por la noche. Casado y Matallana plantearon objeciones a esta reorganización. Terminada la reunión, se dirigieron a Valencia. En esta ciudad se entrevistaron con Miaja, el general Menéndez y el coronel Ruiz-Fornells. Casado explicó a estos oficiales que estaba resuelto a rebelarse contra el gobierno y concertar la paz. Todos le prometieron su apoyo, pero le pusieron en guardia contra el Partido Comunista. Al día siguiente, Casado realizó un contacto similar con Hidalgo de Cisneros, a pesar de que sabía que era comunista, durante un almuerzo en los alrededores de Madrid. Probablemente suponía que la lealtad del jefe de la aviación sería mayor hacia sus antiguos compañeros de armas que hacia sus nuevos camaradas. «Sólo nosotros, los generales, podemos librar a España de la guerra», declaró Casado, quien, según Hidalgo de Cisneros, ya había dado orden de que se cosieran en su uniforme sus nuevas insignias de general. «Le doy mi palabra de que puedo conseguir de Franco mejores condiciones de las que pueda conseguir Negrín. Incluso puedo asegurarle que respetarán nuestra graduación.» Hidalgo le preguntó cómo era posible aquello y Casado respondió que el representante británico en Madrid (posiblemente Denys Cowan) había efectuado todos los arreglos necesarios con Franco. Hidalgo creía que Casado estaba contando fantasías, pero le dijo que fuera a contarle aquello a Negrín.^[1145] Hidalgo de Cisneros dio cuenta a Negrín de esta entrevista. Pero éste no hizo nada, aceptando el nuevo desafío con una momentánea pasividad que le resultaría fatal.^[1146] Casi a la misma hora, en Cartagena, el almirante Buiza convocó a los comandantes de los barcos y a los comisarios políticos. Les comunicó que se estaba preparando un golpe de estado contra Negrín y que iba a formarse un consejo nacional de defensa en el que estarían representadas las fuerzas armadas, todos los sindicatos y los partidos políticos. Nadie presentó objeciones y Buiza sacó la conclusión de que se había conseguido un acuerdo. Veinticuatro horas más tarde llegó Paulino Gómez,

ministro socialista de la Gobernación, quien comunicó a los comandantes que el gobierno se había enterado de las declaraciones de Buiza del día anterior y que estaba decidido a mantener su autoridad. En Madrid, Casado continuaba conspirando y recibía el apoyo de la mayor parte de los coroneles no comunistas y los partidos políticos no comunistas. Prohibió la circulación del *Diario Oficial* del día 3 de marzo, en el que se publicaban los nombramientos de nuevos cargos del alto mando decididos por Negrín. El general Martínez Cabrera (gobernador militar de Madrid), Vicente Girauta (director general de Seguridad) y especialmente Ángel Pedrero García, jefe del SIM en Madrid, aseguraron su apoyo. El apoyo del SIM a Casado revestía gran importancia. Casado dijo a Cipriano Mera que se preparara para reemplazarle en el mando del ejército central. Llegó un telegrama de Negrín en el que convocaba a Casado para otra conferencia en Elda. Casado telefoneó a Matallana, que estaba con Negrín, avisando que no asistiría, por temor a ser detenido. A Negrín le dijeron que, por razones de salud, Casado se veía en la imposibilidad de volver a efectuar un viaje tan largo por carretera. Negrín envió su avión privado en busca de Casado. Entretanto, todos los dirigentes comunistas que habían llegado de Francia se concentraron en Elda, esperando que Negrín les confiara puestos de responsabilidad; Cordón sería nombrado secretario general de Defensa; Jesús Monzón, secretario de éste; Francisco Galán, jefe de la base naval de Cartagena; y los gobernadores militares de las importantes provincias costeras de Valencia, Murcia y Alicante serían sustituidos por Líster, Etelevino Vega y Tagüña. Al día siguiente, 5 de marzo, culminó la conspiración de Madrid. Por la mañana, el jefe del aeropuerto de Barajas informó a Casado de que había aterrizado el avión Douglas de Negrín. Casado dio órdenes de que se hiciera regresar al piloto. Al mediodía Negrín volvió a telefonar a Casado. El coronel alegó que su salud le impedía abandonar Madrid. Negrín, sin hacer caso, le replicó que necesitaba de su presencia inmediatamente, prescindiendo de su salud. A las seis de la tarde, llegaría otro aeroplano para recoger a otros varios ministros que se hallaban en Madrid y conducirlos a Elda. Casado viajaría con ellos, según dijo Negrín. Casado le respondió que «arreglaría el asunto» con los ministros. El nombramiento de «Paco» Galán para el puesto de jefe de la base naval de Cartagena, decidido por Negrín, desencadenó extraños sucesos en este puerto, situado a unos ochenta kilómetros de la sede del gobierno. Al principio, el general Bernal, hasta entonces gobernador militar, accedió pasivamente a ceder el mando a Galán.^[1147] Pero los oficiales de artillería, encabezados por el coronel Gerardo Armentía, se lanzaron a la calle en señal de protesta. También en la flota estalló la indignación. El almirante Buiza y el comisario general Alonso pensaron en atacar la ciudad.^[1148] Entonces apareció una quinta columna falangista, encabezada por el coronel Arturo Espá, del regimiento de artillería costera. Apoyados por una multitud deseosa de mostrar su entusiasmo por los inminentes vencedores de la guerra civil, rodearon los cuarteles de artillería. Un oficial retirado que vivía en la ciudad, el general Rafael Barrionuevo, se proclamó gobernador militar en nombre de Franco. Un regimiento de infantería de marina se sumó a los falangistas y, juntos, se apoderaron de la emisora de radio naval. Desde ella pidieron refuerzos a Cádiz. El coronel Armentía se rindió a las fuerzas falangistas y poco

después se suicidó. Entonces el almirante Buiza ordenó que la flota se hiciera a la mar (incluidos los tres barcos más grandes que quedaban, los cruceros *Miguel de Cervantes*, *Libertad* y *Méndez Núñez* y ocho destructores), de acuerdo con Galán, puesto que éste se refugió a bordo del *Libertad*, tras haber sido detenido brevemente por el jefe del estado mayor de la base, coronel Fernando Oliva. Galán dimitió. Negrín nombró al subsecretario de Marina, Antonio Ruiz, para sustituirle en su cargo.^[1149] El ex-ministro comunista Jesús Hernández, actuando bajo su propia responsabilidad como comisario general del ejército, envió en auxilio de Cartagena a la 4ª División, en la que iba incluida una unidad de tanques de la base de Archena, a las órdenes de un oficial comunista de lealtad probada, el coronel Joaquín Rodríguez, que había iniciado su carrera bélica en el Quinto Regimiento. A media tarde habían sido sofocados el levantamiento falangista y el anti-comunista. El buque de guerra nacionalista *Castillo de Olite*, que había llegado con 3.500 soldados a bordo fue hundido en el preciso momento en que arribaba a puerto para reforzar a los falangistas.^[1150] Los demás buques nacionalistas se retiraron a tiempo. Pero la flota republicana permaneció en alta mar, entregándose finalmente a los franceses, que pidieron a Buiza que se rindiera en Bizerta. De esta forma la República perdió sus tres cruceros, ocho destructores y muchas unidades menores.^[1151] En Valencia ocurrió algo similar: el general Aranguren, gobernador militar, se negó a entregar el mando a Líster y, junto con el general Menéndez, del ejército de Levante, se dispuso a resistir por la fuerza. «La Pasionaria» y Manuel Delicado, que se encontraban en Murcia, se dirigieron a Elda para informar de lo ocurrido en Cartagena: por el camino se libraron con apuros de ser detenidos por un piquete de guardias de asalto enviados por el gobernador socialista de Murcia, Eustasio Cañas, que había dado órdenes de detener a los comunistas, para apoyar a Casado.^[1152] En Madrid, seis ministros del gobierno de Negrín —Giner, Velao, Paulino Gómez, Segundo Blanco, Moix y González Peña— estaban almorzando en el edificio del gobierno central. A la hora del café se les sumó Casado, quien posteriormente diría que todos y cada uno de los ministros le confesaron en privado su desesperación ante la política de Negrín. Casado les explicó que no tenía intención de acompañarles a Elda. Giner, que había sido ministro de Comunicaciones durante toda la guerra, telefoneó a Negrín, sugiriéndole que aplazara el consejo de ministros. Negrín le respondió con tal furia que los ministros se pusieron en camino inmediatamente, aunque sin Casado. A las siete de la tarde, Negrín telefoneó nuevamente a Casado, ordenándole que se presentara. Casado le respondió que se presentaría si la situación no empeoraba. Media hora más tarde, Casado trasladó su cuartel general de La Alameda al ministerio de Hacienda, un elegante edificio dieciochesco de fácil defensa, situado en la calle de Alcalá, cerca de la Puerta del Sol. Allí se reunió con Besteiro. La 70ª Brigada anarquista a las órdenes de Bernabé López, procedente del cuerpo de ejército de Mera, tomó posiciones en torno al edificio. Casado permitió que le nombraran presidente de la nueva junta nacional, después de que Besteiro renunciara a ello (aunque aceptó actuar en calidad de ministro de Asuntos Exteriores). Posteriormente Casado cedió su puesto a Miaja quien, por cansancio, pesimismo, realismo y oportunismo, no tardó en dejarse convencer y se adhirió a la conspiración. Entonces Casado se hizo cargo

de la cartera de Defensa. Los otros miembros de la junta eran el socialista Wenceslao Carrillo, que fuera director general de Seguridad en tiempos de Largo Caballero; Gonzalo Marín y Eduardo Val, de la CNT; Antonio Pérez, de la UGT,^[1153] y los republicanos Miguel San Andrés y José del Río. Ninguno de ellos era conocido, excepto Besteiro. No obstante, estos hombres se hicieron cargo respectivamente de las carteras de Gobernación, Hacienda, Comunicaciones, Trabajo, Justicia y Educación. Sánchez Requena, miembro del malogrado partido sindicalista de Pestaña, era el secretario. Esta junta radió un manifiesto en la medianoche del 5 al 6 de marzo:

«Trabajadores españoles. ¡Pueblo antifascista! Ha llegado el momento en que es necesario proclamar a los cuatro vientos la verdad escueta de la situación en que nos encontramos. Como revolucionarios, como proletarios, como españoles y como antifascistas, no podemos continuar por más tiempo aceptando pasivamente la improvisación, la carencia de orientaciones, la falta de organización y la absurda inactividad de que da muestras el gobierno del doctor Negrín [...]. No. puede permitirse que en tanto el pueblo lucha, combate y muere, unos cuantos privilegiados preparen su vida en el extranjero [...]. Nos dirigimos a todos los trabajadores, a todos los anti-fascistas, a todos los españoles [...]. Constitucionalmente, el gobierno del doctor Negrín carece de toda base jurídica en la cual apoyar su mandato [...]. Realmente carece también de la tranquilidad y del aplomo [...]. Venimos a señalar el camino que puede evitar el desastre [...]. Propugnamos la resistencia para no hundir nuestra causa en el ludibrio [...]. Aseguramos que no saldrán de España ninguno de los hombres que en España deban estar hasta tanto que, por libre determinación, salgan de ella todos los que de ella quieran salir.»

Los conspiradores pisaban un terreno inseguro, pues el gobierno de Negrín estaba legalmente constituido. Como lo demostrarían los acontecimientos, la política de Negrín también tenía su lógica y la junta era incapaz de cumplir las promesas contenidas en la última frase del manifiesto. A continuación hablaron Besteiro, Casado y Mera. El primero pidió que se apoyara al poder republicano legítimo, que no era otro, añadió, que «el poder del ejército»: un extraño eco del discurso que podría haber pronunciado Franco en 1936.^[1154] Casado dirigió su llamamiento a todos los combatientes de ambos lados del frente. «Queremos una Patria exenta de toda tutela extraña, libre de toda supeditación a las ambiciones imperialistas [...]. Nuestra guerra no terminará mientras no aseguréis la independencia de España —añadía dirigiéndose a Franco—, [...] si nos ofrecierais la paz, encontraríais generoso nuestro corazón de españoles.»^[1155] Negrín estaba presidiendo una reunión ministerial en Elda. Matallana se encontraba con él, aunque no estaba claro si como prisionero o a título de asesor. Sea como fuere, lo cierto es que él fue quien respondió a la llamada telefónica de Casado. «Dígale que me he sublevado», dijo Casado. Negrín tomó el aparato: «¿Qué ocurre en Madrid, mi general?»^[1156] «Me he sublevado», contestó Casado. «¿Contra quién? ¿Contra mí?» «Sí, contra usted.» Negrín le dijo que aquello era una locura. Casado le contestó que no era general, sino un coronel que había cumplido con su deber «como oficial y como español». Una vez más en la guerra civil española el teléfono era la base técnica del drama.^[1157] Aquella noche funcionó repetidas veces entre Elda y Madrid;

Negrín trataba de encontrar a alguien que arrestara a Casado. Pero nadie se avino a hacerlo. Al día siguiente, Casado dispuso que Miaja tomara posesión de la presidencia de la junta nacional. Ordenó al general Menéndez que dijera a Negrín que, si en el plazo de tres horas no ponía en libertad a Matallana, detenido en Elda, fusilaría a todo el gobierno. Matallana fue puesto en libertad, no sin antes haber declarado (en falso) que estaba a disposición de Negrín para sofocar la revuelta de Cartagena. Entretanto, Casado nombró alcalde de Madrid al anarquista Melchor Rodríguez, que había ganado merecida fama por su humanidad en el cargo de director de prisiones; ordenó que fueran arrancadas las estrellas rojas de los uniformes del ejército y anuló todos los últimos ascensos. En cambio Miaja se convirtió en teniente general, graduación suprimida por Azaña en 1931. Negrín vacilaba. Jesús Hernández llegó a Elda solicitando instrucciones. «Por el momento —dijo el jefe del gobierno—, no haga nada. Estamos pensando en lo que vamos a hacer.» Las deliberaciones se prolongaron durante todo el día. Pero los asesores rusos sabían muy bien lo que tenían que hacer. Hernández se dirigió hacia el norte al cuartel general del general Iaborov, instalado en la finca El Vedat y lo encontró en completo desorden, y al general que había sucedido al general Maximov al frente de la misión militar rusa, en estado de gran agitación. «Nos vamos, nos vamos», dijo a Hernández sin ceremonias.^[1158] El subcomisario Castro Delgado y el comisario Delage salieron secretamente de Madrid para preguntar a la dirección del Partido Comunista si podían ordenar a las divisiones comunistas que marcharan sobre la capital. Descubrieron a «la Pasionaria», Líster y Modesto en una espléndida casa de campo en las inmediaciones de Elda, convertida en un hotel regentado por el poeta Alberti y su mujer, María Teresa León. También estaban presentes la secretaria de «la Pasionaria», Irene Falcón, Tagüeña (huido de Madrid) y algunos otros. Reinaba la indecisión, en medio de una atmósfera de irrealidad. Se servían opíparas comidas. Los miembros del comité central y los comisarios se paseaban tranquilamente, como si fueran huéspedes invitados a pasar un fin de semana en una casa de campo, que no sabían exactamente en qué ocupar su tiempo. Alberti paseaba tristemente bajo los árboles. Togliatti estaba decidiendo lo que había que hacer.^[1159] Aunque Stalin deseara abandonar España a sus propios recursos, los comunistas españoles no podían consentir, después de haber efectuado tal derroche de energía, que un coronel desconocido se hiciera cargo de la autoridad suprema ignorando al Partido Comunista. Pero la única alternativa era asumir el riesgo de emplear contra él a las divisiones comunistas situadas en torno a Madrid, acaso apoyadas por unidades guerrilleras a las órdenes de los comunistas (el 14º Cuerpo, mandado por el comandante Domingo Hungría). El proyecto parecía inseguro, ya que muchos republicanos, que de otro modo no habrían tomado partido, apoyarían a Casado si estallaba una guerra civil dentro de la guerra civil. Algunos jefes militares como Burillo, Prada, Camacho y Pedrero, del SIM, habían resuelto ser sólo amigos coyunturales de los comunistas. Miaja, cuya reputación habían hinchado los comunistas, también demostraba ser desleal a quienes le apoyaban. Negrín se hallaba, pues, en una posición difícil. Indudablemente sabía que Casado no vacilaría en detenerle si podía, y que le encarcelaría para entregarlo a Franco, si no se suicidaba antes. Era un político sin partido y un jefe

militar sin ejército. Los negrinistas, en otros tiempos tan poderosos, habían quedado reducidos a un pequeño grupo de ministros sentados, como su jefe, en una casa de campo, preguntándose cuál sería el medio más idóneo para llegar a París. El poderoso Partido Comunista parecía haberse reducido a un grupo de dirigentes que después de enfrentarse a los revolucionarios con su contrarrevolución, habían ofendido a la burguesía con su crueldad, su oportunismo y su falsedad. Ahora se habían quedado prácticamente solos: eran unos dirigentes sin seguidores. Negrín realizó esfuerzos de última hora por evitar el conflicto. El ministro anarquista de Instrucción Pública, Segundo Blanco, cuyas lealtades en el momento de la crisis no estaban claras, hizo una tentativa de compromiso, pero no tuvo éxito. Casado, por su parte, estaba intentando detener al gobierno y a los dirigentes comunistas para ofrecérselos a Franco como trofeos. En la España republicana reinaba el caos. Nuevamente los jefes de los ejércitos se habían convertido en dueños de la situación. Nadie tenía idea del paradero de sus colegas. El hecho de pertenecer a un partido o a un sindicato era irrelevante. Negrín se reunió con su estado mayor y los dirigentes comunistas en la pequeña base aérea de Monóvar, a pocos kilómetros de Elda. Estaban Álvarez del Vayo, Uribe y Moix, ministros de su gobierno; el jefe de la aviación, Hidalgo de Cisneros; Líster, Tagüeña y Togliatti. «La Pasionaria» marchó a Francia, con el comunista navarro Monzón.^[1160] Hidalgo de Cisneros envió un mensaje por teléfono a la junta de Madrid para intentar resolver las diferencias de ésta con Negrín. El pequeño grupo esperó en el aeropuerto la respuesta de Casado hasta las dos y media de la tarde. El comité central del Partido Comunista celebró su última reunión: Togliatti dijo a los pocos miembros que estaban presentes que la junta de defensa nacional era el único gobierno de España, que oponerse a él era lo mismo que emprender una nueva guerra civil y que el único recurso era tratar de salvar el mayor número posible de comunistas.^[1161] Se hizo público un manifiesto en este sentido redactado por Togliatti.^[1162] Álvarez del Vayo jugaba al ajedrez con Modesto. Líster, encargado de organizar la defensa del aeropuerto con sólo ochenta guerrilleros, mientras el gobierno estaba preparando su marcha, vio cómo éste empezaba a ser rodeado.^[1163] También oyeron decir que Alicante había pasado a poder de Casado y que Eitelvino Vega, gobernador militar de esta ciudad recientemente nombrado por Negrín, había sido detenido. Ya no esperaron más, dando a España por perdida. Jesús Hernández, Togliatti y Pedro Checa permanecieron en el país tratando de organizar una especie de Partido Comunista en la clandestinidad. A las tres de la madrugada despegaron del pequeño aeropuerto los tres últimos aviones del gobierno de Negrín: dos de ellos se dirigieron a Francia, y el tercero, que era de menor capacidad, partió hacia África. Antes de marchar, el comunista sevillano Manuel Delicado estrechó la mano a todos los refugiados, deslizándoles un billete de una libra esterlina.^[1164]

Pero en Madrid, la causa de la resistencia (¿contra quién?; ¿contra Franco, contra Casado o contra los dos a la vez?) no estaba totalmente perdida. Si el gobierno y los dirigentes comunistas habían huido, las divisiones comunistas que rodeaban Madrid conservaban la voluntad de combatir. Pero, sí con toda seguridad se puede afirmar que no recibieron la aprobación de los dirigentes del partido, ya que las comunicaciones estaban interrumpidas.

No era la primera vez que un Partido Comunista seguía dos políticas contradictorias al mismo tiempo.^[1165] Barceló movilizó su 1.º Cuerpo de ejército para cerrar todas las entradas de la capital. Ocupó los ministerios situados al final de la Castellana, el parque del Retiro y el antiguo cuartel general del ejército del centro, en La Alameda. Tres de los coroneles de Casado y un comisario socialista resultaron muertos.^[1166] Los coroneles Bueno y Ortega enviaron tropas del 2º y 3º Cuerpos de ejército en apoyo de Barceló. De esta forma, la mayor parte del centro de Madrid quedó bajo el control de los comunistas. Sólo unos pocos edificios gubernamentales quedaron en manos de los casadistas. Sin embargo había mucha confusión y los únicos miembros del comité central que quedaban en España (Togliatti, Checa, junto con Jesús Hernández y el dirigente juvenil Fernando Claudín) perdieron durante muchas horas el contacto con los ejércitos de las afueras de Madrid, y durante algún tiempo fueron prisioneros del SIM en Monóvar. Por la tarde, el 4º Cuerpo de ejército de Mera, anarquista en su mayor parte, se puso en marcha para liberar a Casado, que ahora se había hecho fuerte en los suburbios de la zona sureste. Su 12ª División, mandada por Liberino González ocupó Alcalá y Torrejón. Mera no tardó en convertirse en el hombre fuerte de la facción de Casado, siendo respaldado por su segundo de a bordo, el comandante socialista «Paquito» Castro.^[1167] Durante todo el día 8 de marzo prosiguieron los combates en Madrid. Los comunistas conservaban el control. En el resto de España Jesús Hernández consiguió desposeer a Ibarrola del mando del 22 Cuerpo de ejército. Togliatti, Pedro Checa y Claudín se le unieron cerca de Valencia después de muchas dificultades. Entretanto los comunistas eran arrestados en todas partes, sus oficinas del partido eran ocupadas y se acentuaba un proceso general en su contra. Los otros tres ejércitos (de Levante, Extremadura y Andalucía) se mantenían a la expectativa; aunque sus comandantes (Menéndez, Escobar y Moñones) se habían comprometido verbalmente a apoyar a Casado, no podían prever la reacción de sus hombres si se les ordenaba marchar sobre Madrid.^[1168] En casi todas partes se produjeron algunos combates. De estos generales, sólo Menéndez hubiera preferido rendirse a Franco antes que combatir a Casado. La extensión de la victoria comunista en Madrid era tan grande que los comunistas, de haberlo deseado, podrían haber dictado sus propias condiciones. Pero, abandonados por sus dirigentes políticos y perdido el contacto con Togliatti en unos momentos trascendentales, se quedaron sin saber qué hacer. El día 9 de marzo, Matallana dijo a uno de los agentes de Franco con los que estaba en contacto, «casi con lágrimas en los ojos», que confiaba en que Franco lanzara una ofensiva general para impedir que Madrid cayera en manos de los comunistas.^[1169] Pero los jefes militares comunistas casi parecían hallarse a la espera de ser derrotados, a causa de su indecisión política. A Barceló le habría gustado lanzar un asalto definitivo contra la junta de defensa, pero sus hombres estaban cansados. Al día siguiente, el coronel comunista Ortega se ofreció como mediador entre los dos bandos enfrentados en aquella nueva guerra civil. (Él había sido el responsable de la detención de Nin en 1937, cuando era director general de Seguridad.) Desde hacía una o dos semanas se había ido debilitando claramente su fidelidad a su partido de adopción. Aunque, según la versión comunista, esta oferta vino motivada por la reanudación de los ataques nacionalistas.^[1170]

Casado aceptó esta mediación. Entretanto se estableció el alto el fuego, aunque ambos bandos seguían enfrentados en posturas hostiles. Por su parte, los nacionalistas de Madrid informaban en términos pesimistas: «Casado parece incapaz de controlar la situación». Mientras se luchaba en Madrid, los nacionalistas habían avanzado un trecho por la Casa de Campo en dirección al Manzanares. El 10 de marzo, los comunistas quedaron sitiados en la ciudad que ellos mismos habían tomado por asalto y sus dirigentes empezaron a hacer proyectos para la retirada. El 11 de marzo, los comunistas fueron desalojados de sus posiciones y muchos de los hombres de Barceló y Bueno se pasaron a las filas de Casado. Al final, la mayor parte de sus comandantes fueron hechos prisioneros y se mostraron dispuestos a concertar la paz. Las unidades militares dirigidas por oficiales partidarios de la junta habían rodeado Madrid. Casado estipuló que todas las unidades volvieran a las posiciones que ocupaban el día 2 de marzo. Los prisioneros serían devueltos y los jefes militares, destituidos. Así Casado tendría las manos libres para nombrar a sus propios hombres al frente de los tres cuerpos de ejército comunistas. En contrapartida, Casado se comprometía a poner en libertad a todos los prisioneros comunistas «que no fueran criminales» y a escuchar los puntos de vista de los dirigentes comunistas. Así concluyó aquella guerra civil surgida dentro de la guerra civil; el balance final fue de unos 250 muertos y unos 560 heridos.^[1171] Entre los contendientes habían figurado grupos procedentes de todas las antiguas columnas que tanto se habían destacado por su bravura en julio de 1936: incluso podían encontrarse los restos de la Columna de Hierro en la 12ª División que mandaba Liberino González. Los comunistas aceptaron el alto el fuego. Si no había represalia, seguirían luchando como antes contra los «invasores» nacionalistas. Al parecer Togliatti, que había restablecido el contacto telefónico, exhortó a Barceló desde Alicante a que concertara este compromiso. La misma mañana del día 12 de marzo, las fuerzas comunistas regresaron a sus posiciones del día 2. Sin embargo, al día siguiente, un tribunal militar condenó a muerte a Barceló, a su comisario José Conesa y a otros. Las sentencias de Barceló y Conesa (antiguo miembro de las Juventudes Socialistas y comisario del frente central desde octubre de 1936) fueron ejecutadas inmediatamente. Estas muertes fueron actos de represalia más que de justicia. Pero no se ejecutaron más penas de muerte, aunque algunos otros condenados fueron encarcelados. Se formaron privadamente algunos tribunales anarquistas para juzgar a los comunistas. Fuera de Madrid, el general Escobar y el ejército de Extremadura aplastaron la resistencia comunista en Ciudad Real, dirigida por el diputado comunista Martínez Cartón. Menéndez, que seguía al frente del ejército de Levante, impidió que el 22 Cuerpo de ejército, ahora controlado por Hernández, marchara sobre Valencia.

Una vez se hubo desembarazado de Negrín y los comunistas, Casado reemprendió las negociaciones con Burgos. Tanto él como Matallana habían permanecido en contacto diario con los representantes de Franco durante la «semana comunista». Ahora que tenían ya las manos libres, comunicaron a sus nuevos amigos que estaban dispuestos a ir a Burgos el día que Franco señalara. Pero, el 16 de marzo, se recibió un mensaje de Franco, en el que éste manifestaba que sólo le interesaba la rendición incondicional.^[1172] Casado sólo tenía que

enviar a un oficial con plenos poderes, o dos a lo sumo, siempre que no fueran dirigentes destacados. Mientras la junta nacional estudiaba este documento descorazonador, Casado planeaba ya la retirada del ejército del centro al Mediterráneo, y la expatriación de quienes quisieran marcharse. Indudablemente el coronel veía con claridad que no quedaban muchas esperanzas de entablar negociaciones serias. Por lo tanto, su objetivo era ganar tiempo para permitir que huyeran quienes así lo desearan. Durante los quince días siguientes, muchos consiguieron escapar. Pero los medios de huida eran pocos, incluso para quienes conseguían llegar a los puertos de la costa oriental. Entretanto la junta accedió a enviar a Burgos a dos oficiales jóvenes, como deseaba Franco; el 19 de marzo, Franco aceptó entablar negociaciones sobre esta base. Con el mando nacionalista se había dedicado a organizar el nuevo despliegue de sus fuerzas, que le permitiera lanzar una nueva ofensiva en caso necesario. Los dos jóvenes emisarios nombrados por la República para la negociación fueron los coroneles Garijo y Leopoldo Ortega, que durante la mayor parte de la guerra habían formado parte del estado mayor del ejército del centro. Ambos oficiales emprendieron viaje a Burgos en avión el 23 de marzo por la mañana, acompañados por Centaño y otros dos miembros del servicio de información secreta de Franco. Las condiciones que proponían no fueron ni siquiera discutidas por los coroneles Gonzalo y Ungría, los negociadores nacionalistas, que se limitaron a entregarles un documento para que se lo transmitieran a Casado. El documento nacionalista estipulaba que, el 25 de marzo, toda la aviación republicana despegara en dirección a los aeródromos nacionalistas. En cuanto al ejército de tierra, habría un alto el fuego en todos los frentes el 27 de marzo. Los jefes militares atravesarían las líneas nacionalistas portando banderas blancas y documentos en los que se detallara la posición de las fuerzas republicanas. Además, Franco señalaba dos puertos de la costa de Levante como puntos de partida para quienes quisieran expatriarse. No le importaba que el transporte de refugiados se efectuara a bordo de buques británicos, y no pondría obstáculos a su marcha. Pero no habría ningún pacto ni documento firmado en el que se enumeraran estas concesiones. Garijo dijo que la junta de defensa no tenía interés en salvar delincuentes, pero quería saber si el concepto de delito que tenían los nacionalistas correspondía a la legislación anterior al 18 de julio, si se establecerían responsabilidades colectivas, si la benevolencia que afectaría a los oficiales del ejército que se rindieran se haría extensiva a los civiles, y si se garantizaría el salvoconducto a quienes quisieran abandonar el país. ¿Cuántos decidirían marcharse? Tal vez unos 4.000, en opinión de Garijo, y 10.000 a juicio de Ortega.^[1173] El 25 de marzo, después de unas discusiones angustiosas en la junta de defensa, Garijo y Ortega regresaron a Burgos, para pedir que las condiciones se expresaran por escrito y que se concediera un plazo de veinticinco días para que se expatriaran quienes lo desearan. Este último punto fue rechazado, pero el primero fue aceptado. Garijo empezó a redactar el documento, en el que se detallaban algunos otros puntos. Pero, a las seis, el coronel Gonzalo anunció bruscamente que las negociaciones se daban por rotas, puesto que la aviación republicana no se había rendido. Garijo y Ortega regresaron a Madrid. La aviación era de gran importancia, pues constituía un medio de fuga: el mismo día 25 de marzo, despegaron seis aviones de la España central,

transportando a Francia cierto número de funcionarios y otras personas temerosas de las represalias.^[1174] Así terminó el malogrado intento de Casado de conseguir una paz más honrosa que la que Negrín había podido alcanzar. Con su iniciativa, había arruinado la posibilidad de que se prolongara la resistencia republicana, aunque, para muchos de los que habían participado en la guerra en las filas republicanas, habría resultado más ventajoso continuar luchando, por desesperante que fuera, que la rendición incondicional para caer en manos de la justicia nacionalista. Si la República hubiera permanecido intacta, aunque sólo hubiera sido dos semanas más, y Casado no se hubiera enfrentado a Negrín, su posición internacional podría haberse modificado. El día 15 de marzo, Hitler marchó sobre Praga. El propio Chamberlain protestó contra esta acción el 18 de marzo. A finales del mes, las garantías dadas a Polonia por los franco-británicos habían transformado la situación internacional. Una República unida se habría beneficiado de la oportunidad que se le ofrecía. Todo lo que puede alegarse en favor de Casado es que con sus negociaciones consiguió ganar tiempo para que pudieran escapar muchos dirigentes republicanos, aunque no los ciudadanos corrientes. Entretanto, la ejecutiva de la UGT, aquel organismo tan poco digno de confianza que había desempeñado un papel tan curioso en la historia de la guerra civil, celebró una última reunión en Valencia: la discusión terminó en medio de tumulto, disensión y amagos de violencia.^[1175] El mismo día, Togliatti y Jesús Hernández salieron de Valencia en avión con destino a Mostaganem, en Argelia.^[1176] A primeras horas de la mañana del 26 de marzo, Casado telegrafió a Burgos anunciando que la aviación se rendiría al día siguiente. Franco anunció, en respuesta, que los ejércitos nacionalistas estaban a punto de avanzar y exigió que las unidades del frente republicano enseñaran la bandera blanca antes de que comenzara el bombardeo artillero y aéreo.^[1177] Yagüe, que se encontraba nuevamente en Extremadura, donde había ganado sus primeros laureles, avanzó por la sierra Morena. El avance prosiguió durante todo el día. Pozoblanco cayó al mediodía, Santa Eufemia, al anochecer. A lo largo del día fueron capturados 30.000 prisioneros y 2.000 kilómetros cuadrados de terreno. En centenares de pueblos ondeaban las banderas blancas. A las cuatro de la tarde, Franco radió las «concesiones» que sus coroneles habían ofrecido en Burgos el 21 de marzo. Sonaban bastante bien. La junta de defensa se reunió a las seis de la tarde. Miaja, que en otro tiempo fuera un símbolo y ahora era sólo un número más, ocupó la presidencia, pero el presidente efectivo era Casado. A nadie se le ocurrió proponer nuevas negociaciones. La junta decidió no ordenar que se resistiera al avance nacionalista y permitir que todos cuantos lo desearan regresaran a sus casas. Entonces se produjo la auto-desmovilización del ejército republicano. Los soldados abandonaron el frente para dirigirse a sus hogares y los oficiales no trataban de impedirselo. Este abandono espontáneo, que se produjo simultáneamente en todo el frente no se vio interrumpido por el informe difundido por el secretario de la junta, José del Río, por Radio Madrid, explicando la verdadera historia de las negociaciones de Burgos. El 27 de marzo comenzó un nuevo avance nacionalista desde Toledo. Los navarros, a las órdenes de Solchaga, los italianos, a las órdenes de Cambara, y el ejército del Maestrazgo, mandado por García Valiño, atravesaron libremente el Tajo. Aquí, al igual que en el sur, la República había abandonado

el frente. Durante el día, se desintegró su ejército del centro. Matallana, que ostentaba el mando supremo de todas aquellas fuerzas, dijo a Casado que varias unidades se habían pasado a los nacionalistas, y que soldados de ambos bandos se estaban abrazando en la Casa de Campo. A las nueve de la noche, de los tres primeros cuerpos de ejército sólo quedaba el estado mayor. Casado dijo a los miembros de su junta que salieran hacia Valencia, adonde ya se había dirigido Miaja. Diversos elementos anarquistas rezagados querían continuar la resistencia. A las diez, representantes de la UGT, del Partido Socialista, de la Unión Republicana y de la CNT radiaron alocuciones en las que exhortaban a mantener la calma. Entonces, cuando ya no quedaba ni un solo soldado republicano en el frente salvo en el sector de Guadalajara, Casado ordenó al coronel Prada, que era el nuevo jefe del ejército del centro, y el oficial que había dirigido la resistencia de Asturias en los últimos días, que negociara la rendición con el jefe nacionalista de la Ciudad Universitaria. Aquel oficial aceptó sostener una entrevista con el jefe nacionalista en el hospital Clínico. Casado telegrafió al presidente Lebrun para pedirle que todos los republicanos que quisieran marcharse fueran autorizados a aterrizar en Francia (si llegaban allí). Envío una solicitud en el mismo sentido al presidente Cárdenas, de México. A continuación dijo a Matallana que autorizase a todos los ejércitos republicanos a disolverse como el del centro. Luego se dirigió a Valencia, en avión, acompañado por su esposa, sobrevolando caravanas de camiones y grupos de soldados republicanos que regresaban a sus hogares. Santiago Carrillo fue el último de los dirigentes comunistas que abandonó Madrid, el mismo 27 de marzo.^[1178] En esta ciudad se quedó Besteiro, enigmático y resignado, junto con Rafael Sánchez Guerra, que a la sazón era secretario político de Casado como antes lo fuera del presidente Alcalá Zamora. El optimismo típico de la tuberculosis que padecía Besteiro le hizo creer que sería bien tratado, de igual forma que a principios de la guerra, Casares Quiroga, que también padecía tuberculosis, había dado una interpretación excesivamente optimista de los acontecimientos del verano de 1936. A las once de la mañana, el coronel Prada rindió el ejército del centro en nombre de Matallana. Otro ejército nacionalista cruzó el frente de Guadalajara, para unirse a las fuerzas que avanzaban desde Toledo. En la capital, la quinta columna salió de sus escondrijos. Al mediodía, el primer ejército nacionalista, a las órdenes del general Espinosa de los Monteros, que había estado refugiado un tiempo en la embajada francesa, antes de ser canjeado, entró en Madrid y ocupó los edificios gubernamentales. Apenas encontró resistencia: casi la única baja fue la del anciano periodista anarquista Mauro Bajatierra, que se enzarzó en un combate solitario contra los policías que fueron a detenerle en su casa. El general Matallana fue el oficial de mayor antigüedad que se entregó al enemigo, sabiendo que tenía la vida garantizada. Detrás de Espinosa, entraron los representantes de Auxilio Social y doscientos oficiales del cuerpo jurídico del ejército nacionalista, cargados de documentos referentes a los crímenes supuestamente cometidos en la República «¡Han pasado!», exclamaban las multitudes pro-nacionalistas que no tardaron en congregarse. Los españoles derechistas que se habían pasado la guerra encerrados en las embajadas extranjeras salieron a la luz del día por primera vez en dos años y medio, parpadeando, con

los rostros pálidos como espectros. En los demás frentes, en Extremadura, Andalucía y Levante se sucedieron durante todo el día las retiradas en masa.^[1179] Entretanto, Casado había llegado a Valencia. Desde esta ciudad, cablegrafió al gobierno británico, solicitando barcos para trasladar a 10.000 refugiados a Orán o Marsella, pero los ingleses no tenían ganas ni medios suficientes para enviar una ayuda de tal envergadura. En Valencia, Alicante, Gandía, Cartagena y Almería se congregaron tal vez unos 50.000 republicanos ansiosos de expatriarse. Pero los barcos de la Mid-Atlantic Company, la línea marítima republicana instalada en Londres, se negaron a colaborar, arguyendo que no se les habían pagado los servicios prestados. La desertión de la flota republicana se volvía ahora contra millares de soldados y políticos republicanos. Al mediodía del día siguiente, 29 de marzo, Casado, instalado en el antiguo edificio de capitanía general, recibió la visita de la quinta columna valenciana, que le exigió la entrega inmediata de los edificios oficiales. La ciudad estaba abarrotada de personas que hacían el saludo fascista. Casado lanzó una exhortación a la calma por las antenas de radio Valencia y marchó hacia Gandía para embarcarse en el buque de guerra británico *Galatea*. Y ello sólo fue posible gracias a que el Foreign Office, comprendiendo la enorme tragedia, rogó a Godden, su indeciso cónsul en Gandía, que interpretase sus instrucciones «en el sentido más prudente y generoso posible».^[1180] A lo largo de aquel día, los nacionalistas ocuparon Jaén, Ciudad Real, Cuenca, Sagunto y Albacete. El 30 de marzo, los italianos de Cambara entraron en Alicante, y Aranda entró en Valencia, que se hallaba ya bajo control falangista. Mujeres y niños salían al paso de los conquistadores y les besaban las manos, y los balcones de la clase media se adornaron con rosas, mimosas y laureles. El 31 de marzo fueron ocupadas Almería, Murcia y Cartagena. En todas estas ciudades costeras el ejército ocupante hizo prisioneros a millares de personas que habían intentado en vano salir del país. Las escenas de pánico que suscitó la entrada de los nacionalistas eran lastimosas. Hubo varios casos de suicidio. Por fin, el general Franco, que se hallaba aquejado de un resfriado en el palacio de Maguiro, en Burgos, fue informado por un ayudante de que las tropas nacionalistas habían alcanzado sus últimos objetivos a media tarde del 31 de marzo. «Muy bien —contestó sin levantar la vista de la mesa— muchas gracias.»^[1181] La serenidad con que recibió la noticia de la victoria ilustraba adecuadamente el método que había empleado para conseguirla.

CONCLUSIÓN

En las guerras de clases, el bando que gana es el que más mata.

GERALD BRENAN South from Granada

La ironía de la historia aparece de forma evidente en la situación española, ya que se puede afirmar que ha sido el franquismo el que ha llevado a cabo el programa comunista: es decir, «la revolución burguesa». Indudablemente, igual que la hija enferma de un viejo sifilítico, esta revolución burguesa, nacida tardíamente, no ha recibido, a diferencia de sus hermanas extranjeras, el don de una renovación cultural y social, el aumento de las libertades democráticas o la desaparición de prejuicios ancestrales [...]. Pero, utilizando el lenguaje de los marxistas modernos, hay que decir que se han creado las bases económicas de la revolución burguesa [...] —aunque lo nieguen los marxistas españoles...
CARLOS SEMPRÚN MAURA *Révolution et contre révolution en Catalogne (1973)*

51

Conclusión.

Las cuestiones pendientes derivadas de la guerra española no tardaron en resolverse. El 26 de marzo, España se había adherido al pacto anti-Komintern y, el 31 del mismo mes, en Burgos, Gómez Jordana y el barón von Stohrer firmaron un tratado de amistad entre España y Alemania valedero para cinco años. El mismo día 31, también se firmó un pacto de no agresión entre la nueva España y Portugal. Además, ya había llegado a Burgos, como embajador francés, el mariscal Pétain, que había mandado el ejército francés en Marruecos en 1925. Serrano Súñer ordenó a la gente que no saliera a la calle y que bajaran las persianas para recibirle. La acogida de su antiguo compañero de armas fue gélida, y más aún debido a la tardanza del gobierno francés en entregar los barcos de guerra republicanos, refugiados en Bizerta. De todos modos, Franco y él nunca habían sido amigos.^[1182] Los premeditados insultos que recibió Pétain del régimen habrían hecho perder la calma a cualquiera: pero Pétain mantuvo la serenidad y se consoló salvando de la policía a un republicano que se refugió en el jardín de su embajada, en San Sebastián.^[1183] Los objetos de arte y el dinero españoles que la República había trasladado a Francia, así como las armas, los aviones y toda clase de vehículos, no tardaron en ser devueltos a España. Los

cuadros del museo del Prado fueron enviados de nuevo a Madrid desde Ginebra, tras una breve exposición. El primero de abril, los Estados Unidos reconocieron al régimen nacionalista. Rusia era la única gran potencia que no lo había hecho. El embajador norteamericano ante la República, Bowers, al regresar a Washington, recibió el amargo consuelo de oír decir a Roosevelt que, después de todo, la política de embargo había sido una equivocación. El 20 de abril, el comité de no intervención, que no se había reunido desde julio de 1938, se disolvió solemnemente.^[1184] El 19 de mayo, tuvo lugar en Madrid un desfile para conmemorar la victoria nacionalista. El 22 de mayo, la Legión Cóndor celebró su despedida con un desfile en León. Cuatro días más tarde, los oficiales y los soldados alemanes embarcaron en Vigo con destino a Hamburgo. El 31 de mayo, 20.000 italianos embarcaron en Cádiz. Tanto los alemanes como los italianos fueron festejados en sus respectivos países: el 6 de junio, Hitler pasó revista a 14.000 miembros de la Legión Cóndor en Berlín. Los italianos fueron recibidos en Nápoles por Ciano y el rey Víctor Manuel. Acompañados hasta Roma por un destacamento de españoles, allí se celebró otro desfile de la victoria, en presencia de Mussolini. Este desfile fue contemplado desde un balcón por el rey Alfonso XIII, de cuyos ojos brotaron lágrimas al ver pasar a los soldados de su patria, «lejana pero victoriosa». A finales de junio, la evacuación de fuerzas militares alemanas e italianas de España había terminado. En cuanto a los refugiados republicanos que habían salido de puertos mediterráneos, muchos tuvieron grandes dificultades para encontrar asilo. Finalmente, después de esperar en barcos ingleses o franceses en Marsella o en puertos del norte de África en muy malas condiciones, la mayoría acabaron en suelo francés, junto con los 400.000 o más que habían huido antes de Cataluña. Muchos, quizá 50.000, entre civiles y militares, decidieron volver a la España nacionalista. La mayoría de los dirigentes encontraron un alojamiento aceptable (Azaña en una casa que se había comprado en Saboya, Negrín en París, Largo Caballero cerca de Albi, Companys en Neuilly, Federica Montseny en París), pero el resto permanecieron en los campos de concentración del sur de Francia. En abril, las condiciones de vida allí habían mejorado. Los alimentos eran casi suficientes. Ya se habían organizado servicios higiénicos y médicos. No se habían producido epidemias en gran escala. Pero los que estaban allí encerrados seguían sin tener nada que hacer más que esperar. No les permitían marcharse, porque oficialmente estaban «internados». Su situación general seguía siendo de purgatorio. Para entonces, los dirigentes de los exiliados estaban disputando unos con otros. El 31 de marzo, Negrín hizo una exposición, que fue refutada apasionadamente, de sus actividades desde la caída de Cataluña, en una patética reunión del comité permanente de las Cortes en París. Martínez Barrio, Araquistain y «la Pasionaria» disputaron entre ellos, y esta última proclamó que sus manos estaban limpias «de sangre y de oro».^[1185] Al mismo tiempo, el barco Vita salía de Boulogne para México, cargado de piedras preciosas y otros tesoros, procedentes en su mayor parte de las confiscaciones de bienes de simpatizantes nacionalistas que habían tenido lugar al principio de la guerra civil.^[1186] Negrín confiaba aquellos tesoros al presidente mexicano Cárdenas, para financiar los gastos de la República en el exilio. Sin embargo, cuando el Vita llegó a México, Prieto, que se había quedado en

América latina después de asistir a la toma de posesión del nuevo presidente chileno, estaba allí para recibirlo. Convenció a Cárdenas de que poseía derechos sobre el tesoro. Esta fue una maniobra discutible. Entonces creó un subcomité del comité permanente de las Cortes, la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles), para administrar los fondos en cuestión. Negrín, a pesar de todo, continuó siendo jefe del gobierno en el exilio por una ligera mayoría en el mismo comité permanente, y colocó los fondos que había reunido en el SERE (Servicio de Emigración para Republicanos Españoles), administrado por el doctor Puché, jefe del cuerpo médico del ejército y rector de la universidad de Valencia, que era amigo suyo. Este grupo se vio cada vez más comprometido a los ojos del mundo debido al apoyo que recibía del Partido Comunista. Pero entre los dos grupos, que siempre estaban discutiendo violentamente entre sí, transportaron unos 25.000 refugiados republicanos a Latinoamérica, especialmente a México y Argentina. (Quizás, en total, unos 50.000 españoles acabaron yendo a América latina.) La mayor parte del resto se quedaron en el sur de Francia, para ser absorbidos finalmente por las poblaciones de aquella zona. Muchos de los que reunían condiciones físicas no tardaron en emplearse, especialmente en la construcción de fortificaciones. Otros, tal vez 100.000, volvieron a España en el curso de 1939. Con el tiempo, el gobierno francés declaró que todos los varones extranjeros podían ser llamados para servir en el ejército: el incompetente jefe de la armada republicana, almirante Buiza, por ejemplo, ingresaría en la legión extranjera.^[1187] En julio, la población de los campos de concentración había disminuido, y era de 230.000 personas.^[1188] Rusia acogió a unos 2.000 comunistas españoles, así como a los 5.000 niños españoles, aproximadamente, que había aceptado en el curso de la guerra.^[1189] En Inglaterra fueron aceptados doscientos dirigentes republicanos, entre los que se contaban Casado y Menéndez.^[1190] Pero, en 1940, había todavía unos 350.000 españoles en Francia, muchos de los cuales estaban a punto de ser enviados a trabajar para los alemanes, o incluso a campos de exterminio. Aunque hay que reconocer la generosidad que mostró Francia al recibir a una cantidad tan grande de refugiados, también hay que señalar la sorprendente mezquindad que demostraron los funcionarios, la policía y los políticos franceses al tratar a la mayoría de los españoles que huyeron allí.^[1191] El estudio de la vida en los campos de concentración del sur de Francia no muestra precisamente los mejores aspectos de la naturaleza humana. Las peleas entre comunistas y anarquistas ocurridas durante la guerra no se habían olvidado, y tampoco el espionaje, las traiciones y los asesinatos.^[1192] Se cree que murieron unas 4.700 personas en los campos, y se dice que el comunista italiano Chedini, después de dedicarse a asesinar anarquistas italianos en España, hizo amables sugerencias a las autoridades francesas para la redacción de una lista de «indeseables».^[1193] Los comunistas volvieron a hacerse con el control, y algunos alemanes prefirieron volver a Alemania antes que seguir donde estaban, siendo traicionados, al parecer, por un agente doble llamado Stephen Maas, mientras que algunos comunistas italianos escogieron el riesgo de regresar a España antes que permanecer en Francia.^[1194] En España, como es natural, los vencedores estaban exultantes. En Madrid, por ejemplo, la población de clase media y el ejército conquistador inundaban las calles por las noches, y llenaban los

restaurantes y los bares, comiendo y bebiendo a placer, mientras los oficiales del cuerpo jurídico del ejército llevaban a cabo pacientemente su labor, consistente en detener, investigar y escuchar a los informadores. (En Madrid, a diferencia de lo que ocurrió en Barcelona, hubo pocas matanzas no autorizadas.) Por fin, en Madrid, los sacerdotes podían volver a llevar sus bonetes, los guardias civiles sus tricornios, y los carlistas sus boinas rojas. Las calles cambiaron de nombre rápidamente; la calle Alfonso XII volvió a llamarse así, después de haber sido, durante la República, la calle Alcalá Zamora, y luego la calle Reforma Agraria. La calle Derechos del Niño había sido nada menos que la calle de las Milicias de Retaguardia de las Juventudes Socialistas Unificadas. Pero quizá resultó un tanto sorprendente que, en Barcelona, la avenida Mariscal Joffre se convirtiera en la avenida Borbón. Los kioscos y las librerías se llenaron de historias de atrocidades, y se prohibió la venta de libros liberales o «marxistas». En las ciudades grandes se realizaron quemas simbólicas de libros marxistas. Una oleada de propaganda triunfalista anegó el país, dejando a los vencidos que quedaban con vida casi sin el recurso de sus propios pensamientos, y desde luego sin trabajo. El tono general era el dictado por una emisión de radio Nacional del 2 de abril: «¡Españoles, alerta! La paz no es un reposo cómodo y cobarde frente a la Historia [...]. España sigue en pie de guerra».^[1195] Esta afirmación era exacta. Porque, como era de esperar, la represión fue terrible. Puesto que las cárceles ya estaban atiborradas y resultaban insuficientes, se instalaron grandes campos en los que se acumularon políticos, soldados y funcionarios republicanos, que a menudo eran objeto de un trato brutal y, en algunos casos, podían pasar allí años enteros. Muchos eran condenados a muerte por consejos de guerra y, aunque a menudo se conmutaba la pena, generalmente era para cambiarla por treinta años de cárcel, si bien es cierto que a menudo la pena acababa reduciéndose a diez años o menos, aunque algunos podían pasar meses con una sentencia de muerte pendiente sobre sus cabezas. El nuevo secretario general de la UGT, Rodríguez Vega, que consiguió huir de España a finales de 1939, calculaba que, en 1942, habían pasado unos dos millones de personas por las cárceles y los campos de concentración españoles, muchos de los cuales pasarían años condenados a trabajos forzados, algunos de ellos contribuyendo a la construcción del monstruoso mausoleo del Valle de los Caídos, una edificación muy fea que pretende ser la rival de El Escorial en el Guadarrama y la última morada de los muertos de la guerra civil. La mayoría de los prisioneros se veían obligados a hacer el saludo fascista cada día. Muchos de estos hombres fueron fusilados. Investigaron los delitos cometidos en la España republicana, y los supuestos responsables de los «excesos revolucionarios» de 1936 fueron perseguidos, con la ayuda de los supervivientes de las cárceles republicanas, que estaban deseando colaborar en las tareas de identificación. El verano de 1939 fue una fiesta para los delatores, para los vengativos y para los sedientos de sangre.^[1196] La crueldad de los conquistadores contaba con el apoyo de una clase media que era consciente de que había estado a punto de extinguirse. La falta de magnanimidad que caracterizó el final de la guerra fue todavía más completa porque el deterioro de la situación internacional silenciaba la voz, de por sí débil, de la opinión liberal mundial. La propaganda había aumentado el terror de la guerra; desde

luego, los revolucionarios habían hecho muchas cosas abominables; los que habían salido vivos de una cárcel republicana o de una embajada no estaban dispuestos a perdonar; y tenían un buen portavoz en el ministro de la Gobernación, Serrano Súñer, porque, como hemos visto, las experiencias de éste eran adecuadas para cerrar los ojos a la piedad. Además de los fusilados por crímenes revolucionarios (se consideraba que la quema de una iglesia merecía una sentencia de muerte tanto como el asesinato de un banquero), fueron ejecutados numerosos oficiales, funcionarios republicanos y otras personas responsables. Existen diferentes cálculos del número de muertos al final de la guerra (y los fusilamientos continuaron en la década de los años cuarenta); a veces, esta cifra se suma a la de los muertos en la zona nacionalista durante la guerra, y a veces también incluye a aquellas personas como Besteiro o el poeta Miguel Hernández, que murieron en la cárcel por abandono.^[1197] (Besteiro, que se quedó en Madrid para recibir a los vencedores, se dio cuenta de cómo se había equivocado al juzgar a la España de Franco cuando sus esfuerzos por conseguir una mediación le acarrearón una sentencia de treinta años.) Ciano, que fue a España en julio de 1939, informó de que «hay juicios cada día, y van a una velocidad que yo casi calificaría de sumaria [...]. Sigue habiendo muchos fusilamientos. Solamente en Madrid, entre 200 y 250 diarios, en Barcelona 150, en Sevilla 80».^[1198] (Sevilla había estado en la España nacionalista durante casi toda la guerra: ¿cómo podía haber todavía tanta gente para que los fusilamientos continuaran a este ritmo?) Desde luego, Ciano veía las cosas desde fuera, y su opinión no podía basarse en la observación personal. Sin embargo, las cifras que da tienen algo de verdad: por ejemplo, el gobernador civil de Albacete, Martínez Amutio, me explicó que, de los 36 que fueron juzgados con él en Almansa (Albacete) en diciembre de 1939, 32 fueron fusilados.^[1199] Un testigo habla de 2.000 fusilados en Ocaña (Toledo), una cárcel importante en el centro de España.^[1200] Parece ser que en Barcelona, en mayo, se producían trescientas ejecuciones cada semana.^[1201] Los nacionalistas vascos afirmaron que, en la represión posterior a la guerra, murieron 21.780 vascos.^[1202] ¿Es posible que la cifra global se aproxime a la muchas veces citada de 193.000, recogida en 1944 por Charles Foltz, un periodista americano, de labios de un funcionario no identificado del ministerio de Justicia?^[1203] No es probable; quizás esta cifra se refiere al número de sentencias de muerte pronunciadas, sin tener en cuenta las que fueron conmutadas. ¿Tal vez la cifra incluía a todos los fusilados en la España nacionalista, durante la guerra y después de la misma? La historia del siglo XX, a pesar de la energía que se consume en la obtención de estadísticas y del ansia de exactitud reinante, desgraciadamente está llena de estadísticas oscuras y vagas como éstas, e indudablemente sería más prudente considerar la cuestión no resuelta, de cara al desprecio del presente más que, de momento, al juicio de la historia. La historia de España a partir de 1939 no es cuestión de historiadores, aunque resulte incomprensible que la política contemporánea de un Estado europeo occidental deje sin resolver un asunto histórico de este tipo. Lo que sí es seguro es que, en los meses posteriores a la guerra, murieron decenas de millares de españoles. Entre las personas cuya muerte no ofrece lugar a duda se cuentan los generales Aranguren y Escobar, jefes de la guardia civil en Barcelona al principio de la guerra; el

general Martínez Cabrera; el coronel Burillo, comunista, director general de Seguridad; el coronel Antonio Ortega, y su tocayo, el comisario comunista Daniel Ortega; el dirigente de las juventudes socialistas José Cazorla; el presidente de Cataluña, Luis Companys; el ministro de la Gobernación, Julián Zugazagoitia; el ministro anarquista de Comercio, Juan Peiró; el secretario de Prieto, Cruz Salido; los cuatro últimos fueron fusilados tras haber sido detenidos por la Gestapo en la Francia ocupada y entregados, después de 1940. La mayoría de los implicados en el golpe del coronel Casado, incluidos los anarquistas, sobrevivieron, así como algunos —entre otros, Cipriano Mera— que no fueron detenidos hasta más adelante. Entretanto, el cofundador del POUM, Joaquín Maurín, continuaba en la cárcel.^[1204] Sin embargo, Comorera, el dirigente comunista de Barcelona, se arriesgó demasiado al volver a España por su propia voluntad en 1956. Tras ser detenido y juzgado, murió en la cárcel unos años más tarde. Pero la mayoría de los dirigentes de la República huyeron para vivir en un exilio a menudo desagradable, sumidos en la pobreza y la tristeza, mientras que quienes sufrieron las peores consecuencias de esta brutal persecución fueron los de abajo: el alcalde del pueblo pequeño y no el de la gran ciudad, el secretario de la pequeña colectividad más que el comandante en jefe. La responsabilidad de la represión, en el fondo, recae sobre los partidarios de los nacionalistas cuyo odio y cuya furia sólo podían ser contenidos por aquellas sentencias de muerte impuestas por consejos de guerra sumarísimos. Además, el director de Prisiones, Máximo Cuervo Radigales, del cuerpo jurídico militar, y el coronel Martínez Fuset, jefe de este cuerpo, probablemente avivaron las llamas. Los ministros de Gobernación, Justicia y Guerra podrían haber intentado limitar esta crueldad, pero no lo hicieron. El responsable último, desde luego, es Franco, que confirmó más sentencias de muerte que ningún otro estadista en la historia de España, aunque podría haber ejercido una influencia decisiva para crear un clima de magnanimidad. La represión se agudizó debido al reclutamiento deliberado de las fuerzas de policía y seguridad entre hombres que habían estado en cárceles republicanas, o que habían padecido de otra manera.^[1205] La guerra civil española superó en ferocidad a muchas guerras entre países. El número de muertos por todas las causas, teniendo en cuenta los muertos por desnutrición en la República, y los fusilados después de la guerra, debió de ser de unos 500.000.^[1206] Igual que en muchas guerras, el número de muertos en acción o después, a consecuencia de sus heridas, constituyó una parte relativamente modesta del total de muertos: probablemente no mucho más de 200.000 (digamos que 90.000 en el bando nacionalista y 110.000 en el republicano, o sea, el 10% del total de combatientes).^[1207] Las víctimas de los asesinatos o las ejecuciones en la retaguardia suman quizás otros 130.000 (75.000 nacionalistas y 55.000 revolucionarios o republicanos, incluidas las ejecuciones en campos de prisioneros, en el frente o en cumplimiento de sentencias de los tribunales después de 1936).^[1208] Parece razonable atribuir 10.000 muertes a los bombardeos aéreos, y quizá 25.000 a la desnutrición y otras enfermedades achacables a la guerra, así como 100.000 muertes a las ejecuciones u otras causas después de la guerra (en la cárcel o fuera de ella).^[1209] Si suponemos que se produjo una emigración permanente de 300.000 personas (es decir, personas que se marcharon para no volver), puede decirse que España perdió unas

800.000 personas en la guerra civil, entre las que se contaba la flor y nata de la nueva generación.

El coste de la guerra, incluidos gastos internos y externos, fue calculado más tarde por los nacionalistas en 30.000 millones de pesetas.^[1210] El principal coste real fue la disminución de la capacidad laboral, debida por una parte a las muertes y las incapacidades permanentes causadas por la guerra, y por otra, al exilio permanente de tantas personas al final de la contienda. Desde luego, es muy difícil calibrar la pérdida que supuso, en pesetas, el exilio de, por ejemplo, el poeta Juan Ramón Jiménez o la muerte de Lorca. A pesar de todo, los daños causados durante la guerra en bienes inmuebles se calcularon en 4.250 millones de pesetas. Ciento cincuenta iglesias fueron completamente destruidas, y 4.850 dañadas, de las cuales 1.850 quedaron destruidas en más de un 50%. Ciento sesenta y tres núcleos urbanos quedaron tan perjudicados que el generalísimo los «adoptó»; es decir, su gobierno se hizo cargo de los gastos de restauración. Doscientas cincuenta mil casas quedaron inhabitables. Otras 250.000 resultaron parcialmente dañadas.^[1211] Estos daños materiales fueron mucho menores que los producidos en Francia en la gran guerra de 1914-1918. En cuanto a las consecuencias prácticas, los vencedores se negaron a reconocer las emisiones de moneda realizadas por el gobierno republicano después del 18 de julio de 1936: los billetes de banco emitidos anteriormente, sin embargo, podían cambiarse por pesetas nuevas a la par. Los depósitos en efectivo en bancos hechos antes del 18 de julio de 1936 también se restituyeron plenamente en pesetas nuevas. Las cuentas bancadas utilizadas en la República después del 18 de julio de 1936 quedaron sujetas a investigación: de 9.000 millones de pesetas existentes en cuentas bancarias en la zona republicana al final de la guerra, sólo 3.000 millones sobrevivieron a la investigación.^[1212] En cuanto a la parte productiva de la economía, las fábricas de Bilbao y Barcelona salieron de la guerra casi intactas. El sistema de regadíos de la huerta valenciana no sufrió ningún daño. Aunque España perdió una tercera parte de su ganadería^[1213] y mucha maquinaria agrícola, la tierra de labor y los edificios de las granjas sufrieron menos de lo que se podría haber esperado. Sin embargo, la tierra sembrada en 1939 registró un gran descenso comparada con la de 1935.^[1214] La guerra fue muy dura para los ferrocarriles: quedaron destruidas 1.309 locomotoras (el 42% de las existentes en 1936), 30.000 vagones de mercancías (el 40% de los existentes en 1936), y 3.700 vagones de pasajeros (el 70% de los de 1936). Los camiones eran escasos, pero las carreteras se encontraban en buen estado. Se había perdido un tercio de la marina mercante (70 barcos, que sumaban un total de 220.000 toneladas). Las reservas de materias primas y de alimentos eran bajas. El comienzo de la segunda guerra mundial, en septiembre de 1939, seis meses después del final de la guerra española, impidió que España se recuperara de estas pérdidas recurriendo al extranjero. La situación empeoró debido a un larga serie de sequías. De manera que los años de privación que siguieron a la guerra (especialmente 1941-1942) fueron llamados «los años del hambre». La producción agrícola de 1939 había bajado en un 21%, la producción industrial en un 31%, la renta nacional en un 26%, y la renta per cápita en un 28%.^[1215] Las colecciones arqueológicas y artísticas de Cataluña salieron de la guerra casi sin un rasguño, gracias al celo del gobierno catalán.

Tampoco en el centro y el sur de España hubo pérdidas artísticas importantes. Sin embargo, desaparecieron muchas joyas privadas y eclesiásticas de valor incalculable. En 1939, el gobierno republicano sacó de España unos cuantos tesoros importantes, y los entregó a la Sociedad de Naciones junto con los cuadros del museo del Prado, pero todos fueron devueltos. De las obras de arte destruidas, la iglesia gótica de Santa María del Mar, en Barcelona, la plaza de Zocodover, en Toledo, y el palacio del Infantado, en Guadalajara, fueron las pérdidas más importantes desde el punto de vista artístico.

El final de la guerra civil cerró una época de la historia española. Casi todos los actores principales del turbulento medio siglo anterior estaban muertos o en el exilio. Muchas instituciones y muchos ideales habían sido barridos. Los políticos «liberales» y católicos de la República habían sido marginados, sin ceremonia alguna, ya antes de empezar la guerra. Ahora también habían sido aplastados los grandes partidos de la clase obrera española, con todos sus sueños impetuosos, generosos y violentos, y con sus experimentos, a menudo muy inspirados, como el de las colectivizaciones agrarias y de industria. Los dirigentes vascos y catalanes se veían apartados por el exilio, no sólo de Castilla, sino de sus muy amadas regiones. Y también entre los vencedores había muchas muertes que recordar. ¿Quién podía olvidar los trece obispos asesinados, al frente de un ejército de seis mil eclesiásticos muertos? El exuberante Sanjurjo, el conspirador Mola, el brillante Calvo Sotelo, José Antonio Primo de Rivera, con todo su encanto, Onésimo Redondo, el fascista de Valladolid, Ledesma, con su peinado hitleriano, el excéntrico Maeztu, el filósofo carlista Pradera: todos habían muerto, y habían muerto violentamente. Ninguno de los partidos vencidos en la guerra civil había sufrido un número de víctimas tan grande entre sus dirigentes como la Falange,^[1216] a menos que consideremos a los poetas, entre los cuales la matanza también había sido terrible, como un partido: porque Unamuno, el humanista temeroso de Dios, había muerto de pena en Salamanca; García Lorca yace en una fosa desconocida cerca de Granada; Machado murió en el exilio, en una pensión de Collioure; y Miguel Hernández no tardaría en morir en la cárcel de Alicante. Y tras la muerte de todos estos hombres célebres, se alzaba la masa espectral de los millares de combatientes, conocidos y desconocidos, que habían muerto, muchos de ellos entregando sus vidas por causas que, en ambos bandos, habían llegado a creer nobles; mientras que muchos otros habían muerto sin idealismo, luchando por causas en las que no tenían fe ni esperanza. En 1939, las causas mismas también habían muerto. Las tres grandes querellas que habían llevado a la guerra —las regionales, las planteadas por la Iglesia y la lucha de clases— se habían diluido para convertirse de una lucha apasionada entre extremos irreconciliables, en una batalla oportunista para conseguir la victoria o la supervivencia, a toda costa. El liberalismo y la masonería habían sido exorcizados, pero la Iglesia había sido herida por la Falange. Sin embargo, las aspiraciones sociales de la Falange se habían desvanecido casi tan totalmente como el comunismo, el anarquismo y el socialismo. La derrota del separatismo vasco y catalán no significó que los monárquicos o los carlistas pudieran imponer sus puntos de vista. Sobre el montón de despojos de todos estos ideales, entre el polvo del recuerdo de tanta retórica, se alzaba triunfante un hombre más frío,

desapasionado, insulso y gris, igual que Octavio sobrevivió a las guerras civiles de Roma. César y Pompeyo, Bruto y Antonio, Catón y Cicerón, con todo su genio, carecieron todos del pequeño talento que se requiere para poder sobrevivir: Franco era el Octavio de España. Los logros de Franco durante la guerra civil fueron considerables. Como jefe supremo de las fuerzas nacionalistas, su tarea era estratégica o política, nunca táctica —aunque a menudo estaba en el frente—. No tuvo oportunidad de manifestarse (o de arriesgar su reputación) como comandante en el campo de batalla. Su trabajo consistía en decidir en qué región había que desencadenar una nueva ofensiva, en asegurarse de que no empezara ninguna ofensiva sin que todo estuviera preparado, en detener los contraataques cuando éstos se producían (como en Brunete), y en garantizar, gracias a la ayuda de militares tan eficientes y poco espectaculares como Dávila, Orgaz y Barroso, que llegara el material adecuado al frente indicado en el momento oportuno. Tuvo buen cuidado en dar los puestos supremos de mando a hombres como Saliquet, que, puesto que eran anticuados y, en realidad, viejos, no podían ser rivales para él. Los oficiales alemanes que trabajaban con Franco, como Von Thoma, lo encontraban convencional. Pero con su cautela, paciencia y puritanismo, se parecía al futuro vencedor de Von Thoma en El Alamein, Montgomery. En su calidad de jefe supremo, Franco no dio muestras de la temeridad que le había hecho famoso en Marruecos, cuando era joven. A diferencia de Von Thoma, a Franco no le interesaban las innovaciones militares *per se*. Quizá su mayor éxito militar fue político. Para el general Franco, los dirigentes políticos no eran más que comandantes de división, mientras que los asuntos militares también tenían su importancia política o psicológica; de ahí su decisión de liberar Toledo y Brunete, y su negativa a aceptar los hechos consumados en Teruel y en el Ebro. Se convirtió en el jefe político del país más políticamente apasionado del mundo, gracias a su desprecio por las pasiones políticas. No era orador, y esto podía considerarse incluso algo positivo en un país que había sufrido un empacho de retórica. Alcalá Zamora, Azaña, Prieto, Calvo Sotelo, Gil Robles, Melquíades Álvarez y «la Pasionaria» eran oradores admirables, con verdadera sensibilidad para cargar las palabras de vibraciones: Franco inició en España una época de estadísticas, en la que el lenguaje se utilizaría para disimular el pensamiento, más que para comunicarlo. «¡Abajo los intelectuales!», el grito de Millán Astray, el mentor de Franco en aquel cuerpo tan amoral como eficaz, la legión extranjera, era un lema muy adecuado en un país donde la antigua vida política, inspirada por hombres de letras de cultura francesa, con sus interminables tertulias en los cafés de Madrid y su culto a la elocuencia, había fracasado tan trágicamente. La alianza política que consiguió entre sus seguidores fue la principal razón de su victoria. Sin duda, para dar una base teórica a esta alianza, recibió gran ayuda de Serrano Súñer, cuyas simpatías pre-bélicas por un sistema radical de derechas, aunque no fuera el fascismo, se habían agudizado tras sus siniestras experiencias en la cárcel Modelo. (Haber visto a la humanidad aquella noche de verano de agosto de 1936, en Madrid, era algo que daba mucho que pensar, y Azaña ya se había dado cuenta de ello.) La unidad del movimiento fue la principal fuente de propaganda que hizo posible movilizar a un millón de hombres en la «cruzada». Pero fueron la calma de Franco, y su tranquila superioridad

profesional las que primero le proporcionaron la jefatura de los nacionalistas, mucho antes de que Serrano Súñer escapara de una cárcel republicana, y luego le permitieron mantenerse. En el bando nacionalista había casi tantas posibilidades de fisura como entre los republicanos. El retraso en la obtención de la victoria, y las incesantes desilusiones dieron muchas oportunidades para que se derrumbara la alianza nacionalista. Indudablemente, el acuerdo entre la Falange, la Iglesia, los monárquicos, los carlistas y el ejército se veía facilitado por una cierta desesperación de clase, por una mayor apreciación de las desastrosas consecuencias de la derrota que la que existía en el bando republicano, y quizá por un mayor cinismo que hacía que estos grupos tan dispares, igual que el propio Franco, creyeran que no había finalidades políticas tan importantes como para poner en peligro la victoria por conseguirlas. Pero fue Franco quien convirtió esta desesperación, estos temores y este cinismo en motores de guerra. Y al lado de estas emociones negativas había mucho entusiasmo positivo por parte de unas derechas que, en la guerra, estaban dirigidas por extremistas, encantados de pensar que por fin se había acabado la vieja política del debate público y el jarabe de pico del liberalismo francés. Esta extrema derecha, más monárquica que falangista, contaba con más apoyo y era más resuelta de lo que suponían sus enemigos, tanto los del extranjero como los de la República. Además, Franco y su ministro de Asuntos Exteriores, el conde de Gómez Jordana, demostraron ser unos diplomáticos muy hábiles al conseguir la suficiente ayuda alemana e italiana sin entregar a los dictadores de aquellos países más que unos derechos, desde luego muy considerables, sobre las minas españolas. Así como la unidad política contribuyó tanto a la victoria nacionalista, la desunión entre los republicanos constituyó una causa primordial de su derrota. Esto es lo que convierte a la antropología política de la España republicana, particularmente en sus primeras etapas, en un objeto de estudio especialmente fascinante. En nada estuvieron tan desacordes las voces republicanas como en la atribución de las responsabilidades de la derrota. Algunos acusaron a los comunistas de haber sofocado la «revolución» con su ambición de poder. Otros arguyeron que, aunque muchos comunistas españoles deseaban la victoria tan apasionadamente como decían, Stalin temía las consecuencias de una victoria republicana, y, a partir de un momento determinado, hizo lo que pudo para asegurar su derrota. Hace muchos años, Madariaga afirmaba que las divisiones en el seno del Partido Socialista hicieron inevitable la guerra civil; y los errores políticos de Largo Caballero, un buen organizador sindical sin visión, se encontraban en el fondo de los problemas de la República en los meses anteriores al conflicto. En realidad, el Partido Socialista español era un microcosmos de la propia España: la juventud urbana revolucionaria, los jóvenes militantes campesinos de la FNNTT, los socialdemócratas de Prieto, la insegura dirección de Largo Caballero, el profesionalismo tecnocrático de Negrín, el marxismo teóricamente «puro» pero, en la práctica, tan razonable de Besteiro: todos tenían una idea de lo que podía ser España. Y los choques entre ellos destruyeron lo que España ya había logrado, en particular lo que se había logrado para liberar a los españoles. En ningún lugar del mundo la idea de la lucha de clases ha sido más destructora para la misma clase a la que se intentaba ayudar con la creación de ese concepto que en España.

Los anarquistas creían que la guerra se habría ganado si se hubiera llevado a cabo plenamente la revolución proletaria en los primeros días de la contienda. Pero, en las zonas donde la revolución se antepuso a la preparación militar, como Andalucía occidental y Extremadura, el ejército de África cortó las líneas enemigas como un cuchillo corta la mantequilla. La lucha entre anarquistas y comunistas empezó pronto; a lo largo de la primavera de 1937, los comunistas se dedicaron a matar anarquistas y miembros del POUM. Esta estrofa tan poco edificante en la epopeya de la revolución española culminó en las jornadas de mayo. Luego vino la represión comunista del Consejo de Aragón. Finalmente, como detalle curioso, la guerra terminó, igual que había empezado, con el levantamiento de un militar profesional contra el gobierno para evitar el comunismo. Así pues, las disputas entre sus defensores eran un gran obstáculo para la República. Incluso cuando los comunistas, gracias a su superioridad lógica y a su mayor habilidad, consiguieron una posición destacada, el silencioso recelo que inspiraban minaba la moral. El «siglo de oro» de España estuvo dominado por el odio entre los cristianos viejos y los judíos conversos. Del mismo modo, el renacimiento intelectual de la clase obrera española en el siglo XX estuvo dominado por la tensión entre marxistas y bakuninistas, que querían dar al comunismo y al anarquismo un matiz personal. (Los «liberales» apoyaban ora a unos, ora a otros.) ¿Estaban todos los partidos tan convencidos de su propia política que les parecía preferible la derrota antes que ceder en la pureza de sus ideas particulares? Sería más exacto decir simplemente que nadie fue capaz de forjar una unidad real con las tribus guerreras republicanas así como Franco había podido forjarla entre las nacionalistas. Los políticos hablaban de los reinos de taifas de la Edad Media para describir las divisiones políticas y territoriales de la República: el último queso del general Llano de la Encomienda en la «frontera» entre Asturias y Santander era un símbolo de la desunión. Negrín hizo cuanto pudo. Pero su política le obligó a utilizar al Partido Comunista. La política de no intervención de las democracias occidentales forzó a Negrín a apoyarse peligrosamente en Rusia. Habría sido inconcebible no haber utilizado las cualidades que tenían los comunistas para la lucha. Pero algunos aspectos del comportamiento comunista, en particular su falta de humanidad y de sinceridad, envenenaron la savia de la causa republicana. Bien es verdad que un verdadero Estado revolucionario, como la Rusia de 1919, más que una sociedad anarquista revolucionaria, podría haber llevado la guerra con mayor eficacia. Pero para ello habría sido necesario que conquistara el poder un partido comunista más fuerte y todavía más implacable que el que existía entonces en España; y eso todavía habría gustado menos a los anarquistas. Además, dadas las circunstancias de Europa en aquellos momentos, y no digamos las de España, las posibilidades de que a una República revolucionaria se le hubiera permitido disfrutar de su triunfo pacíficamente son muy problemáticas. ¡Qué fácil es sentir simpatía hacia los dirigentes anarquistas sumidos en sus dilemas en plena guerra! El anarquismo podía aportar una contribución creativa y original a la sociedad española. Sin duda, una verdadera revolución anarquista era imposible mientras no fuera partidario de ella un porcentaje mucho más elevado de la población. Pero quizá podría haber existido una revolución no tan total dentro de una sociedad mixta. Los anarquistas, sencillamente,

mataron a demasiada gente al principio de la guerra civil. El moderado Juan Peiró escribía, en octubre de 1938, que «al día siguiente de la victoria militar» sobre el fascismo, volvería a empezar la lucha libertaria contra el marxismo y la clase media. A pesar de todo, «confiaba en evitar una guerra civil entre las izquierdas»; un comentario no muy tranquilizador, después de dos años de conflicto.^[1217] En cierto modo, además, los anarquistas, a quienes se podía acusar de todo menos de falta de honradez, se crearon ellos mismos enemigos. Personas que nunca habían leído ni una sola línea de Marx se unieron a los comunistas buscando seguridad contra las bandas anarquistas de julio de 1936, en las que los idealistas actuaban codo a codo con delincuentes comunes. Los miembros burgueses del Partido Comunista español defendían su propiedad a través del partido; y no eran insignificantes. Vistas las cosas desde la perspectiva de los años setenta, y del estado industrial moderno de los grandes trusts, o de las empresas estatales de la Rusia moderna, no parece que la pequeña burguesía de la vieja España, con sus numerosas pequeñas empresas, fuera el peor enemigo de la clase obrera española. Trágicamente, el único sector de la política republicana donde Negrín, con el apoyo de Azaña, fue capaz de introducir cierta unidad —la relación entre la autoridad central con la autónoma en Cataluña— provocó desilusión. Además, fue un error no conservar, o reanudar, la vida constitucional. Una vez restablecido el orden, el jefe de gobierno sería sometido regularmente a rigurosos interrogatorios en las Cortes. La falta de una vida democrática vigorosa se reflejó en la eficacia y en el buen nombre de la República. La oposición debería haber podido cuestionar a los sucesivos ministros sobre su forma de llevar la guerra, aunque hubiera sido difícil celebrar elecciones. Franco tuvo suerte: si, en 1938, la crisis checa hubiera llevado a una guerra mundial, en vez de llevar a Munich, tal vez el ejército francés habría intervenido para salvar a la República. Si no se hubiera planteado el golpe de estado del coronel Casado, la guerra podría haberse prolongado hasta el verano de 1939. Inglaterra y Francia no se convirtieron en garantes de la independencia de Polonia hasta finales de marzo, y no empezaron a buscar la alianza con Rusia hasta mayo. He aquí lo cerca que estuvo Negrín de alcanzar su objetivo, es decir, de sacar la conclusión lógica del hecho de la intervención extranjera en el conflicto, y sumir la guerra civil española en la guerra europea. Franco se opuso a la idea de una mediación obstinadamente. Es casi seguro que la mayoría de los españoles, si hubieran sido consultados en cualquier momento a partir de agosto de 1936, habrían aceptado una paz de compromiso. Azaña y Negrín empezaron a perseguir esta quimera a partir de mediados de 1937. Evidentemente, un compromiso habría salvado millares de vidas, así como fábricas, ganado y producción agrícola. Salvar vidas en cuanto tales nunca fue una preocupación importante para Franco, que aprovechó su victoria para continuar con su odiosa política de «limpieza»: se trataba de limpiar a España de las doctrinas que él consideraba malas. Franco y Serrano Súñer pensaban que su alianza con Alemania e Italia les ponía en contacto con la onda del futuro, que entonces parecía que iba a triunfar en Europa. La «limpieza» no dio resultado: hace mucho tiempo que han vuelto a España las ideas «francesas», así como el *ragout*, los marxistas, los anarquistas, e incluso los demócratas. Una paz con mediación, pues, no sólo habría sido humana: habría

reconocido las posibilidades que se abrían, a la larga, para España en el siglo XX, de una forma que no podía reconocer el intento de monarquía absoluta de Franco, ni en la guerra, ni en la paz por agotamiento que vino a continuación. Si los nacionalistas no hubieran manifestado con toda evidencia su deseo de ejecutar a mucha gente después de su victoria, la guerra podría haber terminado un año antes.^[1218] Pero no querían ningún compromiso con la «anti-España», igual que no lo habían querido con Abd-el-Krim; y en la «cruzada de liberación» se luchó, en realidad, como si se tratara de una gran guerra colonial dirigida por hombres como Sanjurjo, Mola, Kindelán, Varela, Yagüe y el propio Franco, cuya imaginación política se había formado bajo el sol de Marruecos. Lo trágico, o lo irónico, del caso era que se trataba de una guerra imperial que se libraba en su propio país. La «lengua del imperio» en las montañas de Aragón tenía un sonido extraño. Los Pirineos convierten a España y Portugal en una isla, más que en una península. En una guerra española, el dominio del mar tiene mucha importancia. Al principio, la República tenía la mayor parte de la flota. Los nacionalistas llevaron sus dos nuevos cruceros, el *Canarias* y el *Baleares*, a Gibraltar, en septiembre de 1936, y aquel mismo verano consiguieron dominar también la costa cantábrica, aunque perdieron su único acorazado, el *España*, a la altura de Santander, en abril de 1937. El único acorazado de la República, el *Jaime I*, estalló en junio de 1937. Aunque la República continuó teniendo tres cruceros y catorce destructores, hasta el final de la guerra, los nacionalistas mantuvieron su superioridad, con cuatro destructores que habían sido italianos y dos nuevos destructores españoles. Cuando fue hundido el *Baleares* en marzo de 1938, su pérdida se vio casi compensada por el *Navarra*, es decir, el antiguo *República*. En total, los nacionalistas hundieron 48 barcos mercantes republicanos (mientras que la República capturó 22) y 44 extranjeros (unas 240.000 toneladas), y capturaron 202 barcos mercantes republicanos y 23 extranjeros (330.000 toneladas, junto con 150.000 toneladas de cargamento confiscado)^[1219] Respecto a todos los barcos pequeños, los nacionalistas siempre llevaron ventaja, excepto en los submarinos. Los nacionalistas fueron capaces, con la ayuda de sus aliados, de imponer un bloqueo efectivo. La historia de la flota republicana es poco gloriosa, mientras que la de la flota nacionalista es digna de mención. Los republicanos andaban tan escasos de oficiales que nunca se aprovecharon de su superior número de barcos. Además, en el último año sufrieron las consecuencias de la escasez de combustible en el mar (aunque no en la aviación). La República también empezó la guerra con ventaja en el aire. En los dos o tres primeros meses, prescindiendo de números, los Junker, Fiat y Savoia de Alemania e Italia, en la práctica, fueron superiores a los aparatos que envió Francia a la República. Los grandes envíos de aviones rusos, particularmente «Moscas» y «Chatos», dieron a la República la superioridad aérea en el invierno de 1936, pero en 1937, los Messerschmitt, los nuevos Heinkel y los nuevos Savoia volvieron a desequilibrar la balanza. Además, tanto los rusos como sus discípulos españoles utilizaron los aviones rusos en forma conservadora, a menudo tímidamente, y perdieron muchos. En el norte, y durante la mayor parte de 1938, los nacionalistas tuvieron una superioridad aérea abrumadora, pero, durante las primeras fases de la batalla del Ebro, los nuevos «Supermoscas» y «Superchatos» rusos produjeron

su impacto. Los rebeldes utilizaron unos 1.300 aviones durante la guerra, y las izquierdas probablemente unos 1.500.^[1220] Estas cifras eran sustanciales: las fuerzas aéreas alemanas en 1937, por ejemplo, disponían sólo de unos 2.000 aviones, mientras que los ingleses y los franceses tenían unos 1.500 y 3.000 respectivamente.^[1221] La historia de la guerra española de revolución es en parte la historia del abuso de la tecnología: el Buick en el que García Lorca hizo su último viaje en Viznar, los coches que «llevaban a la gente a dar un paseo» —triste eufemismo sacado de las películas— en la zona republicana, el teléfono con el que Moscardó habló con su hijo, y el edificio de la Telefónica que decidió ocupar la policía comunista en Barcelona eran los utillajes modernos en una sociedad semiindustrializada en la que, en último término, el poder caía en manos de quienes sabían utilizar mejor aquellos mecanismos. El éxito alcanzado por Queipo de Llano utilizando el micrófono, con su lenguaje gráfico, era un símbolo de cómo triunfaba la vieja España, con nuevas armas. Si lo consideramos globalmente, el ejército de Franco estaba mejor organizado que el de sus enemigos. La unidad política le daba unidad de mando. Las fuerzas nacionalistas eran más disciplinadas que sus antagonistas, y su disposición logística era excelente, como se deduce de la facilidad con que se trasladaban las tropas de reserva de un frente a otro. Aquí jugó un papel importante el entrenamiento técnico alemán, particularmente en cuestión de señales. Pero puede considerarse igualmente importante la existencia de todos aquellos jóvenes de la clase media que se convirtieron en alféreces provisionales, cuya educación los hacía más eficaces que los jóvenes oficiales republicanos. El esfuerzo realizado por la República para reunir un ejército fue considerable. Pero no utilizaron a los oficiales regulares de que disponían hasta el máximo de sus posibilidades. Las milicias del ejército popular eran eficaces y heroicas en la defensa, pero a menudo no demostraban mucha imaginación en el ataque. El fracaso de las milicias en el frente de Aragón ante una línea nacionalista poco nutrida hace absurdas las quejas de los anarquistas a propósito del ejército regular. Por otra parte, el ejército popular acabó siendo tan convencional y burocrático como temían los anarquistas.^[1222] Al final, el general Matallana probablemente tenía razón cuando dijo a Negrín en 1939 que aunque el ejército «había aprendido algo acerca de las tácticas defensivas, era incapaz de retirarse o de contraatacar».^[1223] Las deficiencias de Franco no se situaban en el terreno de la organización, sino que eran errores de juicio; una y otra vez, en Brunete, en Teruel y en el Ebro, insistió en luchar por los escasos kilómetros que había perdido en vez de pensar en reducir el número de bajas o intentar atacar al enemigo por los flancos. Estos contraataques frontales suponían una pérdida excesiva de vidas, como siempre ocurre en cualquier guerra. Su máximo error estratégico, probablemente, fue no haber avanzado sobre Barcelona en abril de 1938. ¿Es posible que, como han sugerido sus enemigos (particularmente los monárquicos), prolongara la guerra deliberadamente, para asegurar su futuro político? No es probable; igual que en el caso de Toledo en 1936, Franco no podía saber si una decisión tan arriesgada le beneficiaría a la larga. En abril de 1938, la situación internacional podría haber hecho que las cosas se volvieran contra él. Si hubiera estallado la guerra mundial por la cuestión de Checoslovaquia, en la época de Munich, indudablemente España se habría visto arrastrada y habría entrado en ella, con la España de

Franco en primera línea. La decisión de Franco de no atacar Barcelona hasta haber destruido al ejército republicano en el sur fue muy característica suya, y en realidad puede justificarse por motivos tanto políticos como estratégicos.^[1224] Nadie podía saber que Barcelona caería sin lucha. La gestión financiera de la guerra fue un éxito para los nacionalistas, y un desastre para la República. Los primeros pagaron su esfuerzo de guerra aplazando los intereses de la deuda nacional y de la mayoría de las nuevas deudas adquiridas por causa de la guerra; reduciendo implacablemente los gastos innecesarios; introduciendo nuevos impuestos; creando un nuevo Banco de España, que prestó a las autoridades nacionalistas 9.000 millones de pesetas; y, naturalmente, utilizando la ayuda extranjera, que no pagarían hasta después. La República recurrió a métodos financieros similares (por ejemplo, al aplazamiento de los intereses de las deudas), pero aumentó de una forma tremenda el dinero en circulación, los gastos del gobierno eran enormes, y ello produjo una sustancial inflación, así como un severo racionamiento que no impidió que la escasez de alimentos fuera considerable a partir de finales de 1937.^[1225] La intervención extranjera, desde luego, fue muy importante en la guerra, y esto era evidente para cualquiera que mirara al cielo, por ejemplo, desde Brunete o el Ebro, cubierto de aviones de fabricación rusa, alemana e italiana. También era evidente cuando se veían los encuentros entre ametralladoras Hotchkiss y Degtyareva, y las Bredas y Mausers. Para llegar a hacer un cálculo de la importancia que tuvieron los repostadores participantes en el conflicto no basta con sumar sencillamente lo que entregó o vendió cada uno de ellos.^[1226] Hubo muchas ocasiones en que el momento en que llegó la ayuda extranjera fue decisivo. En primer lugar, cuando Alemania envió aviones Junker 52 en julio de 1936, ayudó a Franco a hacer atravesar el estrecho de Gibraltar al ejército de África. Decir simplemente que los nacionalistas habrían perdido la guerra si no hubiera sido por aquella ayuda suscitaba demasiadas discusiones. Antes de que llegaran los Junker ya habían sido transportadas algunas tropas y, tarde o temprano, los rebeldes se habrían dado cuenta de que la flota republicana era incompetente; como en realidad lo hicieron, cuando la acción del *Canarias* les valió el control del estrecho a finales de septiembre. Sin embargo, la guerra habría seguido un curso diferente si el ejército de África no hubiera llegado a la península tan rápidamente. Esta ayuda tuvo un efecto mayor que la compra de aviones que efectuó la República simultáneamente en Francia, prescindiendo de la cantidad o la calidad de estos aparatos. El Junker 52 («la Annie de hierro») proyectó su sombra sobre gran parte de Europa entre 1936 y 1945, pero nunca tanto como cuando la proyectó sobre el mar que separaba este continente de África en 1936. El impacto de otros hombres y material llegados en los primeros tres meses de la guerra es menos fácil de calcular. En un país que no tenía tanques antes de julio, indudablemente los pocos Panzer Mark I que llegaron de Alemania y los Fiat ligeros de Italia fueron más impresionantes que los enormes tanques de fabricación casera que tenía la CNT en Barcelona. En el verano de 1936, los aviones franceses —Potez, Dewoitine y Bloch— eran más rápidos que los Heinkel y los Junker 52 de los alemanes, pero no estaban tan bien tripulados y, ya a finales de verano, el caza Fiat de los italianos —el CR32— se empezó a revelar como una nueva arma muy digna de

confianza en el aire. Los primeros tanques Fiat-Ansaldo, italianos, con ametralladoras ligeras se vieron en la caída de Irún. Pero no fueron decisivos en aquella acción. La segunda ocasión importante en lo que respecta a la intervención extranjera fue en noviembre de 1936, cuando la ayuda rusa a la República, la llegada de las Brigadas Internacionales y el apoyo organizado del comunismo internacional ayudaron a salvar Madrid. Aquí el momento crítico fue a principios de noviembre, cuando los pesados tanques T-26, junto con los cazas «Mosca» y «Chato», dominaron los campos de batalla.^[1227] Además, los rusos enviaron muchas de sus viejas ametralladoras Pulemet y Maxim, que eran muy de fiar, y también las más ligeras Degtyareva Pekhotnii (DP), muy buenas dentro de su categoría. Éstas fueron mucho más útiles que las ametralladoras Hotchkiss, de tamaño medio, compradas a Francia. Probablemente, los asesores rusos también desempeñaron un papel positivo, aunque es muy difícil saber exactamente hasta qué punto fueron útiles. En tercer lugar, el material enviado por Mussolini y Hitler en 1937 probablemente evitó que se hundiera la moral de los nacionalistas cuando los generales rebeldes fracasaron en su intento de conquistar la capital. En el curso de 1937, la Legión Cóndor se convirtió en una fuerza realmente revolucionaria, aunque, evidentemente, al servicio de la contrarrevolución. Los nuevos y ligeros cazas Messerschmitt 109 y los bombarderos Heinkel, junto con los nuevos Savoia 79, devolvieron el dominio del aire a los nacionalistas a partir de Brunete, y los tanques Panzer y Fiat-Ansaldo recuperaron la iniciativa. Probablemente tuvo la misma importancia el potente cañón alemán antiaéreo «88» (Flak 36 de 88 milímetros), que se convertiría en la columna vertebral de la defensa alemana desde el momento en que empezó a usarse por primera vez en España en el invierno de 1936-1937. La nueva «Maschinengewehr 34» (MG 34) alemana también produjo un impacto considerable como «ametralladora de uso general», más que su equivalente italiana, la Breda 30. En cuarto lugar, la apertura de la frontera francesa para que pudiera pasar la ayuda rusa y de otros países salvó a la República de la derrota en la primavera de 1938, después del éxito alcanzado por los nacionalistas en la campaña de Aragón. Finalmente, si Franco no hubiera cedido tantos derechos sobre las minas a cambio de armas alemanas en el otoño de 1938, tal vez no habría podido lanzar la campaña catalana en la navidad de aquel año. De no haber sido por esto, su ejército se habría encontrado tan mal provisto como el ejército republicano después de la batalla del Ebro. Y, en este caso, tal vez se habría llegado a un alto el fuego *de facto* en todos los frentes.^[1228] A finales de 1938, el gobierno alemán sabía que los temores que había tenido anteriormente de que la guerra de España pudiera convertirse en «una conflagración europea» eran infundados, por muy flagrantes que fueran sus violaciones del pacto de no intervención. Porque, después de los acuerdos de Munich, parecía que Inglaterra (y Francia) nunca irían a la guerra por ningún otro país europeo. Esta impresión quedó confirmada por la puesta en vigor del acuerdo anglo-italiano en noviembre de 1938. Además, los alemanes se sintieron inclinados a pensar que podían actuar con impunidad ante el enfriamiento del interés ruso por España en el otoño de 1938 y, especialmente después de Munich, ante varios gestos de aproximación del gobierno ruso hacia la propia Alemania. Pero hasta los acuerdos de

Munich, la política alemana había consistido en negarse a enviar a España las suficientes fuerzas o material de guerra para asegurar el triunfo de sus protegidos nacionalistas. Los alemanes creían que un envío tan comprometedor habría supuesto el riesgo de que la guerra española se convirtiera en una conflagración europea. En realidad, tanto Alemania como Rusia demostraron, durante toda la guerra civil, una clara inclinación a evitar el riesgo de que la guerra española diera lugar a una guerra general: una vez que Rusia quedó complicada en el bando de la República, en octubre de 1936, indudablemente cualquier guerra general que resultara del conflicto español la habría implicado a ella también. De manera que Stalin había seguido una política similar a la de Hitler: evitar la derrota de su protegida, sin garantizar su victoria; porque garantizar una victoria republicana habría significado el envío de tropas y material en una escala que hubiera supuesto el riesgo de una guerra europea. Las cuatro primeras ocasiones en que resultó decisiva la intervención fueron situaciones defensivas, en las que las potencias intervencionistas trataron de evitar la derrota de uno u otro bando. Ésta fue una de las razones por las cuales la guerra duró tanto. Hitler y Stalin encontraron buenas razones para justificarse a sí mismos por la prolongación de la guerra. Podían poner a prueba nuevas ideas militares y material nuevo. Para ambos, la victoria podía plantear tantas dificultades como la derrota. Mientras continuara la guerra civil, estas dificultades podían posponerse. Mussolini, que trataba de alcanzar gloria en España, estaba insatisfecho. Envió todas las tropas que pudo, demasiadas, como puso de manifiesto su debilidad en el momento del Anschluss. Si Alemania o Rusia hubieran enviado a España tantos hombres como envió Italia, habría estallado una guerra europea. Pero 50.000 italianos no eran suficientes para decidir la guerra en favor de Franco, ni para convertir la guerra en un conflicto general. La última intervención crítica, a finales de 1938, señaló una política de pleno compromiso de Alemania con los rebeldes, que partía de la base de que, si Francia (e Inglaterra) no luchaba por Checoslovaquia, tampoco lo haría por España. Además, así como, durante toda la guerra, la República estuvo intentando constantemente conseguir suministros o transformar sus fábricas para adaptarlas a las exigencias de la guerra, los suministros nacionalistas fueron más regulares. Al contar con Alemania e Italia no necesitaron crear una gran industria de guerra. La tecnología y la diplomacia tuvieron una acción recíproca. La guerra civil española fue un conflicto que se produjo en la época de la revolución tecnológica en los aviones, además de ser un conflicto de ideologías. Fue una guerra de ideas revolucionarias en el terreno de la propaganda y los medios de comunicación, en la que los extranjeros tuvieron un papel importante como en las batallas propiamente dichas. En la era industrial, para una guerra larga son tan importantes los suministros de energía como los de armas. La Texas Oil Company y, en menor medida, la Standard Oil de New Jersey ayudaron mucho a Franco con sus sustanciales suministros a crédito. Parece ser que estas compañías entregaron casi tres millones y medio de toneladas de petróleo a los rebeldes durante la guerra civil; mientras que la República importó un millón y medio de toneladas, la mayor parte de Rusia.^[1229] Los Estados Unidos enviaron algunos camiones militares a precios inferiores a los de Alemania o Italia: llegaron 12.000 camiones procedentes de la Ford, la Studebaker y la General

Motors, mientras que Alemania e Italia enviaron 3.000. El petróleo compensó la falta de carbón en la zona nacionalista hasta la conquista de Asturias a finales de 1937. (La guerra fomentó la utilización del petróleo en la industria, en los ferrocarriles y en los barcos, que continuaría después.) Mientras tanto, los nacionalistas se entregaron a la actividad comercial de una forma inteligente, aunque con rasgos de piratería, ya que Franco podía vender donde quería, sin preocuparse por los tratados comerciales concluidos antes de la guerra. Si la República hubiera podido comprar armas, por ejemplo, a Inglaterra, Estados Unidos y Francia, la guerra habría tomado un rumbo diferente, aunque cabe preguntarse si el material de Francia, por lo menos, habría sido tan bueno como el de Rusia. El caza Y15 era mejor que el Breguet, la ametralladora Degtyareva probablemente era mejor que la Hotchkiss, y los tanques T-26 y BT-5 eran más potentes que sus equivalentes franceses. Aunque fue Blum quien propuso la política de no intervención, en realidad fue el gobierno inglés quien la sostuvo. Los gobiernos franceses tenían demasiado miedo a Alemania para arriesgarse a una ruptura con Inglaterra. El jefe del Quai d'Orsay, Alexis Léger, señaló que la ruptura habría sido inevitable si el gobierno francés del Frente Popular se hubiera complicado realmente a favor de sus camaradas ideológicos españoles. Por consiguiente, la frontera francesa sólo estuvo abierta para los envíos de armas a España durante breves períodos.^[1230] Entretanto, los ingleses estaban decididos a evitar que la guerra civil desembocara en una guerra general, aunque reinaba una simpatía oculta hacia Franco entre algunos miembros del gobierno y del Foreign Office (entre los que no se contaba Anthony Edén, sin embargo). La mayoría de los ingleses responsables de la política exterior deseaban que España se esfumara de algún modo. Cuando quedó claro que no se respetaba el pacto de no intervención, insistir en mantenerlo fue un acto de cinismo. Este cinismo proporcionó al gobierno inglés tan poco crédito como ventajas. Una guerra general que hubiera surgido de la guerra española en 1936, 1937 o 1938 se habría librado en circunstancias más favorables para las democracias occidentales que la que comenzó en 1939 por la cuestión de Polonia. La alternativa a la «farsa de la no intervención» (así como la alternativa a Munich, a la ocupación de la Renania, y al rearme alemán) era mantenerse firmes y denunciar la violación de los acuerdos. Esta política habría dado la oportunidad de contrariar al dictador sin llegar a la guerra. Pero esta política, por razones derivadas del empeoramiento de la posición económica británica que se remontaba a la década de 1890, no se intentó hasta septiembre de 1939, cuando el imperio británico entró en guerra por causa de Polonia. Así pues, las batallas de España se decidían de acuerdo con la marcha de las discusiones en el comité de no intervención, a muchos kilómetros de distancia. Edén fue comprendiendo progresivamente lo insensato de la política de apaciguamiento, aunque en agosto de 1936, cuando empezó la no intervención, todavía no sabía —según sus propias palabras— que «es peligroso hacer gestos de acercamiento con los dictadores, ya que lo más probable es que, en vez de imitarlos, los interpreten mal».^[1231] No comprendía a quienes firmaban un acuerdo sin intención de cumplirlo. Aquello era algo que nunca se habría hecho antes de 1914. Más adelante, el general von Thoma, jefe del destacamento de tanques alemanes en la guerra civil, calificaría a España de «el Aldershot europeo».^[1232] La

experiencia de combate que adquirió Alemania con las dos armas técnicas, los tanques y la aviación, fue muy valiosa. Así como el hierro y otros minerales que puso a disposición de Alemania la victoria de Francia en la guerra civil. Blum, al justificarse en el juicio celebrado contra él en Riom, en 1942, por haber enviado aviones franceses a España, dijo que la guerra española había sido un «ensayo para la aviación francesa». Pero los franceses sacaron conclusiones equivocadas de la guerra de España. Incluso llegaron a creer a un escritor emigrado alemán, Helmuth Klotz, que, después de pasar unas semanas en España, afirmó en su libro *Lecions militaires de la guerre d'Espagne* que el tanque había sido dominado por el cañón antitanque. El estado mayor central francés ignoró el tipo de guerra mecanizada que se había puesto a prueba en España. Y esto constituyó una gran desventaja para ellos cuando las divisiones Panzer de Guderian se lanzaron a través de las llanuras del norte de Francia en 1940. Los rusos también sacaron conclusiones falsas de su experiencia española, aunque Prieto, más adelante, dijo que los rusos se habían tomado a España como «una academia militar viviente».^[1233] El general Pavlov dijo a Stalin que la guerra española demostraba que las formaciones de tanques no podían realizar una operación táctica independiente.^[1234] Es posible que diera esta opinión para que no lo consideraran un admirador del mariscal Tukhachevsky, que siempre había manifestado confianza en aquellas formaciones. Probablemente a consecuencia de esto, en 1939, la gran fuerza de tanques pesados del ejército ruso fue distribuida como fuerza de apoyo de la infantería. El éxito de los tanques ligeros alemanes en Polonia y Francia hizo que se volviera al sistema de Tukhachevsky, pero este cambio llegó demasiado tarde para ser útil al comienzo de la guerra germano-rusa en 1941. Para los comunistas italianos y yugoslavos, su experiencia en España fue una ayuda inestimable de cara a la lucha «partisana» que librarían en sus propios países en 1944-1945. Incluso los ingleses aprendieron algo: el *Illustrated London News* abrió el camino con un estudio sobre los efectos de los bombardeos aéreos en Barcelona titulado «Estudio de vivisección humana». Copeman, ex-jefe del batallón inglés de las Brigadas Internacionales, pocos meses después del final de la guerra de España, se encontraba en Windsor, aleccionando a la familia real acerca de las precauciones que se han de tomar en caso de bombardeo aéreo.^[1235] La medicina, en general, progresó enormemente gracias a los nuevos métodos de tratamiento de las heridas de guerra introducidos en España por el ejército republicano. A partir de entonces, en las guerras, los muertos a consecuencia de heridas producidas por armas de fuego se han contado por centenares, mientras que antes se contaban por millares.

Las repercusiones generales de la guerra civil española en el resto del mundo no pueden, sin embargo, medirse en términos precisos. Fuera de España, la guerra pareció, por lo menos al principio, cuando se creía que estaban cooperando todos los partidos de izquierdas, el momento de la esperanza para una generación enojada ante el cinismo, la indolencia y la hipocresía de la generación más vieja, que había perdido todas las simpatías de los jóvenes. La lucha dio lugar a un estallido de energía creadora en muchos países (así como en España, en ambos bandos), cuyos resultados son de una calidad comparable a todo lo producido a raíz de la segunda guerra mundial. La guerra civil destruyó las esperanzas

políticas de toda una generación de españoles; pero también formó parte del renacimiento de España en el siglo XX. A pesar de todo, la guerra civil está simbolizada, más que por las heroicas acciones en torno a Madrid, por el espectáculo de las cárceles donde se acumulaban los disidentes de ambos bandos: «Éramos unos 400 presos, estábamos mezclados FAI, Juventudes Libertarias, algunos militares, sacerdotes, desertores, delincuentes comunes, prófugos, hampones, carteristas, homosexuales...».^[1236] Son palabras de un hombre que había estado preso en un campo dirigido por el SIM en Cataluña. En la España nacionalista podían encontrarse acumulaciones similares de falangistas disidentes, anarquistas, comunistas y masones. Las cruzadas dan tantas oportunidades al heroísmo como a la brutalidad. Nin y Hedilla fueron dos víctimas sacrificadas a la ortodoxia. La guerra civil tuvo momentos de gloria. Pero, esencialmente, fue una tragedia terrible y una ruptura en el desarrollo de la vida de un pueblo europeo: el único pueblo europeo importante —cabe recordar tristemente— que, antes de 1936, era demasiado pobre para tener una moderna industria de armamento.

EPÍLOGO

España tardaría años en recuperarse de la guerra civil, y nunca lo haría completamente, porque la guerra transformó al país. La primera guerra mundial dejó marcados a los que participaron en ella, especialmente a Francia, durante una generación. En Alemania nunca se olvidarán los asesinatos de los nazis, como tampoco los rusos olvidarán las persecuciones que se produjeron en su país en tiempos de Lenin y Stalin. La guerra civil española fue la participación de España en el trágico derrumbamiento europeo del siglo XX, del que salieron destrozadas la herencia liberal del siglo XIX y la sensación de optimismo que perduraba desde la época del Renacimiento. No es éste el lugar indicado para explicar con detalle el uso que hizo el frío general de su victoria. Caudillo, jefe de Estado y de gobierno, rey en todo menos en el nombre, Franco gobernó con independencia de cualquier teoría que no fuera su compromiso de estilo propio, logrado ya durante la guerra civil, entre la Falange, la Iglesia, el ejército, los monárquicos y la industria, sostenido por un culto público a su persona, que debía más al siglo XX que al de Isabel y Fernando. Franco continuó tratando a sus aliados como si fueran de las tribus marroquíes que había conocido en su juventud. El aplazamiento sistemático de las decisiones fue su política más frecuente, la etiqueta, su preocupación constante, y el poder personal, su única ideología. El monarquismo romántico, autoritario y católico expresado en los artículos de fondo de Acción Española, de Ramiro de Maeztu, antes de 1936, influyó más en su forma

de gobierno que el fascismo de José Antonio. España se convirtió legalmente en una monarquía en 1947, pero don Juan, el heredero del rey Alfonso XIII (que murió en Roma en 1941) esperó en vano durante veinte años hasta que Franco, en 1969, nombró su heredero en la jefatura del Estado a Juan Carlos, el hijo de don Juan. Después de la guerra civil, España permaneció políticamente inmóvil durante más de treinta años, pero experimentó una revolución económica y social, de manera que se convirtió en uno de esos países, como Alemania y Japón, que han llevado a cabo la revolución industrial bajo la égida de un régimen autoritario de derechas. Durante muchos años, en España la censura continuó siendo tan rigurosa como lo había sido al principio. Franco sobrevivió a la mayoría de sus compañeros de armas y a la mayoría de sus colegas de sus primeros gobiernos. Algunos de los generales de la cruzada llegaron a ser ministros,^[1237] otros no.^[1238] Entre los paisanos, Serrano Súñer continuó siendo el hombre más poderoso de España después de Franco hasta 1942. Entonces salió del gobierno y perdió toda su importancia política: una carrera meteórica que terminó a los cuarenta años. En los sucesivos gobiernos participaron unos cuantos falangistas conocidos ya en tiempos de la guerra civil, como Raimundo Fernández Cuesta o José Antonio Girón, y también algunos carlistas, como el conde de Rodezno o Esteban Bilbao. Pero Franco era muy aficionado a buscar hombres nuevos. El antiguo héroe de los «camisas viejas», Manuel Hedilla, y la antigua esperanza de la derecha democrática española, Gil Robles, vivieron ignorados: el primero no salió de la cárcel hasta 1941, y el segundo permaneció en el exilio hasta 1957. Después de que España volviera a convertirse en una monarquía, teóricamente, en 1947, Franco infundió nuevo vigor a la nobleza repartiendo varios títulos nobiliarios; lo más notable fue la concesión del título de duque a los fantasmas de Mola, Calvo Sotelo y José Antonio, que llevaban ya mucho tiempo enterrados. Sin embargo, a los duques muertos se añadieron varios marqueses vivos: Queipo de Llano (un republicano de toda la vida), Dávila, Saliquet, el almirante Moreno, y Juan Antonio Suances, mientras que los generales Yagüe y Varela, García Escámez, Vigón y Kindelán, con el almirante Juan Cervera, acabaron recibiendo marquesados postumos. También hubo varios condes nuevos, algunos de ellos vivos, como el nuevo conde del Alcázar de Toledo (Moscardó), la nueva condesa del Castillo de la Mota (Pilar Primo de Rivera), y el general Martín Moreno, y muchos muertos, como Onésimo Redondo, Víctor Pradera, el as de la aviación García Morato, y Juan de la Cierva.^[1239] La creación de una nobleza muerta fue una de las acciones más generosas de Franco. En parte por su pobreza, aunque más por razones políticas, España no entró en la guerra mundial al lado de Hitler, que llegó a decir, al pedir que le pagaran los 400 millones de marcos que le debían, que Franco le hacía sentirse «casi como un judío, que quiere hacer negocio con los bienes más sagrados de la humanidad».^[1240] Goethe definió el genio como la capacidad de saber dónde hay que detenerse. Éste es el aspecto más obvio en que Franco se diferencia de la imagen popular del dictador fascista expansionista. Despreciaba la publicidad, aunque, a diferencia de su vecino, el monarca Salazar, era aficionado a la pompa. Hitler y Franco se entrevistaron en Hendaya en 1940. La reunión no tuvo éxito, aunque no está claro lo que se discutió. Más tarde, Hitler diría

que había encontrado a Franco tan difícil que preferiría que le arrancaran tres o cuatro ruedas antes que tener otra entrevista como aquella.^[1241] A pesar de todo, cuando Alemania atacó a Rusia, la «División Azul», constituida por 47.000 voluntarios falangistas a las órdenes del general Muñoz Grandes, combatió junto a los alemanes. Durante la primera parte de la guerra, la España nacionalista proporcionó a Alemania bases submarinas, servicios de escucha, material de guerra e incluso bases aéreas,^[1242] mientras que la compañía que había resultado de la fusión de HISMA, ROWAK y el proyecto Montana, llamada SOFINDUS (Sociedad Financiera Industrial Limitada), continuó controlando las relaciones económicas hispano-alemanas.^[1243] En cuanto a los vencidos, la historia, como profetizó Auden, ha lamentado su suerte, pero no les ha ofrecido «ni ayuda ni perdón». Muchos lucharon con la resistencia francesa, o integrados en el ejército rojo; tal vez 10.000 murieron en campos de concentración.^[1244] En la segunda guerra mundial quizá resultaron muertos unos 25.000 republicanos españoles.^[1245] Los dirigentes republicanos pasaron sus años de exilio discutiendo sobre su poder fantasmal y sobre sus remanentes financieros. Negrín murió en 1956, en París, y en su testamento dejó al gobierno español varios documentos relacionados con el oro español enviado a Rusia. En 1945 había dimitido de su puesto de jefe de gobierno en el exilio, con la esperanza de unir a todos los exiliados. Le sucedieron otros. Martínez Barrio siguió siendo el presidente de la República en el exilio, puesto que ocupó hasta su muerte, en 1962. Fue sucedido en el puesto por Jiménez de Asúa, el abogado socialista, que murió en 1970. Prieto murió en México, en 1962. Álvarez del Vayo, optimista como siempre, fue expulsado del Partido Socialista Español por su excesiva amistad con los comunistas, y a principios de 1975 todavía vivía. Largo Caballero murió, agotado, en París, en 1946, después de pasar cuatro años en un campo de concentración alemán. Azaña murió en 1940, en el Grand Hotel du Midi, en Montauban.^[1246] De los generales republicanos, Miaja, Riquelme, Pozas, Jurado y muchos otros murieron en el exilio, mientras que Rojo y Casado volvieron para morir en España en los años 60.^[1247] Bayo, el héroe de la expedición a Mallorca de 1936, fue quien entrenó a los seguidores de Fidel Castro en la guerra de guerrillas para atacar otra isla, de mayores dimensiones. Los anarquistas, a pesar de sus cismas, mantuvieron una floreciente organización entre los emigrados del sur de Francia. De los dirigentes de primera fila, en 1976 todavía vivían, en Francia o en México, Federica Montseny, García Oliver y Ricardo Sanz. El Partido Comunista español estuvo dirigido durante muchos años por Santiago Carrillo, secretario general, y ex-secretario general de las Juventudes Socialistas Unificadas. «La Pasionaria» fue, durante treinta años, presidente del partido. Díaz cayó de una ventana en Tiflis, en 1942, después de haber perdido su puesto, que había ocupado «la Pasionaria». Modesto, Uribe, Castro Delgado y Jesús Hernández murieron en los años 60, y el general Cordón en 1972. Hernández y Castro Delgado acabaron abandonando el partido y ambos escribieron libros suficientemente malintencionados como para ser editados rápidamente en la España nacionalista. Lo mismo hizo otro comunista famoso y desilusionado, Valentín González, «el Campesino», que se rebeló contra la disciplina que debía observar en Rusia. Después de muchas aventuras, escapó de Rusia a través de Persia.

Tagüeña salió del partido y murió en México en 1972. La mayoría de los dirigentes del POUM, como Julián Gorkin y Joaquín Maurín, vivieron muchos años en el exilio, y este último no murió hasta 1973. De los dirigentes vascos, Aguirre murió en 1960, y fue sucedido como presidente del gobierno vasco en el exilio por Leizaola. La conciencia de Cataluña ha sido mantenida durante muchos años por José Tarradellas, presidente titular de la Generalitat. Otro de los personajes de esta historia que murió en el exilio es Alcalá Zamora, que falleció en Buenos Aires, en 1949. Lerroux volvió a España, donde murió en 1949. La proscripción dictada por los vencedores afectaba a todos los que hubieran hecho algo para crear el nacionalismo catalán o vasco, incluso a Francisco Cambó, que había dado dinero para contribuir a la causa nacionalista: Cambó murió en Buenos Aires en 1947, y hasta entonces se mantuvo la prohibición que le impedía regresar a España.^[1248] Los principales alemanes e italianos que apoyaron a los nacionalistas desaparecieron con la segunda guerra mundial. De sus seguidores, el barón von Stohrer siguió como embajador en Madrid hasta que fue destituido por von Ribbentrop en 1942, por no haber sabido evitar la caída de Serrano Súñer. El general von Faupel y su mujer se suicidaron en 1945, cuando los rusos entraron en Berlín. Entre los generales, von Sperrle, von Thoma y von Richthofen se distinguieron en la lucha en la segunda guerra mundial, y a continuación el primero fue juzgado como criminal de guerra. Galland, que llevó a cabo más de trescientas misiones con su Messerschmitt 109, como miembro de la Legión Cóndor en España, llegó a ser, junto con Molders, que le sucedió en su puesto español, el más famoso de los pilotos alemanes en las batallas de Inglaterra y Francia. Por otra parte, el astuto Johannes Bernhardt siguió viviendo en España hasta 1950, y luego se fue a la Argentina.^[1249] Entre los italianos, el general Roatta fue jefe del estado mayor de Mussolini, luego cayó en desgracia, y huyó a España fugándose del hospital donde estaba esperando a ser juzgado como criminal de guerra. Volvió a Italia para morir en 1968. Bastico, Berti y Bergonzoli combatieron en África, y el primero se convirtió en gobernador de Libia en 1941; Berti estuvo al mando de la artillería en Etiopía y murió en 1960; Bergonzoli, el «bigotes eléctricos» del avance de Wavell, fue hecho prisionero en Bengasi, en 1941, y pasó el resto de su vida junto al lago Maggiore. Cambara luchó en Libia y Yugoslavia, en la segunda guerra mundial, fue jefe de estado mayor de Graziani en la República de Saló, y murió en Roma en 1962. Bonaccorsi, el «conde Rossi», luchó en Somalia, y murió también en 1962. Grandi, tras haber ayudado a derrocar a su amo, vivió durante muchos años en México, convertido en hombre de negocios. Entre los rusos que vinieron a España, Berzin, Stashevsky, Antonov-Ovseenko, Gorev, Gaikins, Rosenberg y Koltsov fueron ejecutados o murieron en campos de concentración. Más adelante, Berzin, Koltsov y Antonov-Ovseenko fueron rehabilitados, cosa que de poco podía servirles. Khrushchev, en su discurso de condena a Stalin en febrero de 1956, en el 20º congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, se refirió de pasada a estas muertes, lamentándolas como un error.^[1250] El general de los tanques, Pavlov, fue fusilado por Stalin en 1941, cuando perdió su ejército en las primeras semanas del avance alemán. El general Kulik también fue fusilado en 1941, por razones relacionadas con la desorganización de los suministros del ejército rojo. El general

«Stern» (Grigorovitch) estuvo al frente del primer ejército rojo en 1938, en su lucha contra los japoneses en el paso de Changkon, luego combatió en Finlandia, y también fue fusilado en 1941. Rychagov, piloto destacado en España, que combatió en el ejército de Bandera Roja, en el lago Khason, contra los japoneses, fue fusilado por sus fracasos frente a la Luftwaffe. En cambio, Krivoshein, Voronov, Rodimtsev, Yakushin, Batov, Meretskov, Malinovsky, Konev y Rokossovsky, así como el almirante Kuznetzov, todos ellos veteranos de España, ascendieron a posiciones importantes en Rusia; Kuznetzov mandó la armada rusa durante la segunda guerra mundial y de nuevo después de 1953. Malinovsky fue ministro de Defensa en tiempos de Khrushchev. Él y Voronov llegaron a ser mariscales. Etingon, que inició su carrera en Barcelona, bajo el nombre de «Kotov», como director del servicio de contraespionaje, fue fusilado en 1953, junto con Beria, que entonces era su jefe.^[1251] Orlov vivió muchos años secretamente, como respetado ciudadano de los Estados Unidos, donde se consideró muy valiosa su defección, aunque se tratara de un asesino.^[1252] El general Krivitsky, aquel testigo tantas veces citado, fue encontrado muerto en el hotel Bellevue, de Washington, el 10 de febrero de 1941.^[1253] Entre los otros comunistas extranjeros que lucharon en España, el magnético Kleber fue ejecutado en Rusia antes de 1939, y Gal y Copie poco después. A finales de los años cuarenta, todos los comunistas de la Europa oriental que habían luchado en España quedaron cubiertos por la nube de las sospechas de Stalin. El que entonces era ministro de Asuntos Exteriores húngaro, Laszlo Rajk, comisario del batallón Rakosi, en la 13ª Brigada Internacional, «confesó» en su juicio, en 1949, que había ido a España al servicio de la policía del almirante Horthy «con un doble propósito: averiguar los nombres de los miembros del batallón Rakosi [...] y [...] procurar reducir la eficacia militar del batallón Rakosi. Debo añadir que también hice propaganda trotskista en el batallón Rakosi».^[1254] Después de la ejecución de Rajk, fueron detenidos muchos veteranos de la guerra civil española de los países de la Europa oriental, y algunos fueron fusilados. Sin embargo, después de la muerte de Stalin, en 1953, estos antiguos «voluntarios de la libertad» fueron rehabilitados. Los que quedaban con vida salieron de la cárcel. Estos hombres no tardaron en alcanzar posiciones importantes; Mehmet Shehu (que había sido miembro de la 12ª Brigada Internacional) se convirtió en presidente del gobierno albanés, y Enver Hodja también era un veterano de las Brigadas; Raiko Damianov pasó a ser vicepresidente de Bulgaria; Josef Pavel, el último jefe del batallón Dimitrov, era el ministro del Interior de Dubcek en 1968; Pal Maleter, que luchó a las órdenes de Lukács, fue el heroico ministro de Defensa húngaro de 1956, al que Khrushchev hizo fusilar con Nágý. Veinticuatro yugoslavos que combatieron en España se convirtieron en generales del ejército yugoslavo. La mayoría de ellos se distinguieron en la lucha partisana a las órdenes de Tito, el organizador del «ferrocarril secreto» con destino a España. El general «Walter» (Swierczewski) fue ministro de Defensa en Polonia de 1945 a 1947, fecha en que fue asesinado por unos partisanos ucranianos. Geroe, el húngaro de los mil alias que dirigió a los comunistas de Cataluña, llegó a ser vicepresidente del gobierno de Hungría e instrumento de Khrushchev en la revolución húngara de 1956. Perene Múnnich, otro comisario político del batallón Rakosi, fue presidente de Hungría, después

de una carrera muy ambivalente en la política húngara a partir de 1945. Togliatti y Luigi Longo (este último después de haber mandado a los partisanos del norte de Italia en 1943-1944) dirigieron durante muchos años el Partido Comunista italiano, mientras que Giuseppe di Vittorio fue secretario general de la CGT en Italia hasta su muerte, ocurrida en 1958. Vittorio Vidali («Carlos Contreras») fue senador durante muchos años, y jefe de los comunistas de Trieste. Codovila volvió a Buenos Aires, donde murió en 1972. Pacciardi, del batallón Garibaldi, y del partido republicano italiano, fue ministro de Defensa en los gobiernos de coalición de De Gasperi. Nenni, jefe de los socialistas italianos, se convirtió en vicepresidente de Italia. Hans Kahle murió siendo jefe de policía de Mecklenberg, en 1952, mientras que Franz Dahlem fue objeto de una purga en 1953, después del levantamiento de junio en Berlín. Heinrich Rau, que había sido jefe de estado mayor de la 12ª Brigada, fue vicepresidente del gobierno de la Alemania oriental. El general «Gómez» (Wilhelm Zaisser) fue durante cinco años ministro de Seguridad del Estado de Alemania oriental antes de caer en desgracia en julio de 1953. El general Staimer, que bajo el nombre de coronel «Richard» había estado al mando de la 11ª Brigada, llegó a ser jefe de policía en Leipzig. En la resistencia francesa murieron muchos ex-voluntarios de las Brigadas Internacionales: el coronel Dumont, Fierre George («coronel Fabien»), el coronel Putz, Fierre Rebière, Joseph Epstein (en la resistencia, coronel Gilfés), y el comandante François Bernard; mientras que Henri Tanguy (el «coronel Rol-Tanguy»), último comisario del batallón La Marsellaise de la 14ª Brigada, fue uno de los liberadores de París en 1944.^[1255] Marty fue expulsado del Partido Comunista francés antes de morir, en 1955. De los miembros americanos supervivientes de las Brigadas Internacionales, muchos lucharon en la segunda guerra mundial. Sin embargo, estos hombres resultaban sospechosos para la administración. Hasta finales de la guerra ni siquiera se les permitió ir al extranjero.^[1256] Después de la guerra, en la era de McCarthy, cualquier vinculación con la causa española empezó a considerarse subversiva. El mismo batallón Abraham Lincoln fue declarado subversivo en 1946, después del discurso que pronunció el general «Walter» en su última reunión.^[1257] Aquel cuerpo de veteranos continuó siendo perseguido hasta los años 60 de una forma que desacreditaría al Estado liberal. Sin embargo, Miles Sherover, el agente comercial republicano en los Estados Unidos, en los años 70 llevaba una vida muy próspera en Venezuela y en Israel. Pocos de los ex-combatientes anglosajones en España alcanzaron posiciones elevadas en sus países. En los años de postguerra, el único miembro del Parlamento que había luchado en España era Robert Edwards, antiguo capitán del batallón del POUM en Aragón. Sin embargo, algunos de sus camaradas de las Brigadas Internacionales ocuparon durante muchos años posiciones importantes en el movimiento sindicalista. Will Paynter, por ejemplo, que durante muchos años fue secretario general de la Unión de Mineros, había sido comisario en la base de Albacete.^[1258] Copeman salió del Partido Comunista a principios de 1939, para unirse más adelante a la Iglesia católica, al partido laborista y a la asociación de rearme moral. Jock Cunningham, tras ver rechazadas sus cualidades militares por el ejército británico a causa de su pasado rebelde, pasó muchos años recorriendo Inglaterra y haciendo trabajos eventuales. Frank Ryan, el dirigente

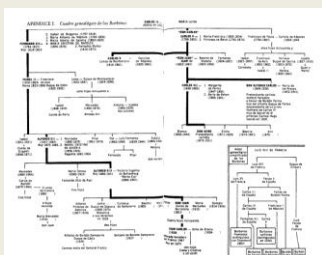
irlandés de las Brigadas Internacionales, pasó unos años en una cárcel española antes de ser enviado a trabajar para los alemanes. Después de una serie de extrañas aventuras, murió en un sanatorio antituberculoso en Leipzig, en 1941^[1259] mientras que Malcolm Dunbar, jefe del estado mayor de la 15ª Brigada Internacional, se suicidó arrojándose al mar en 1963.

Ahora, después de muchos años, España goza de una prosperidad mucho mayor que antes de la guerra civil. El índice de mortalidad ha disminuido y la renta nacional es por lo menos tres veces superior a la de 1931-1935.^[1260] Pero la libertad de expresión ha sido limitada durante muchos años. Algunas personas se han consumido en las cárceles durante muchos años por razones políticas. A pesar de todos sus cambios económicos y sociales, España se enfrenta con un futuro político incierto. La guerra civil proyecta una larga sombra sobre el presente e incluso sobre el futuro. España, pues, sigue en pleno parto. Pero un día llegará la libertad, y cuando llegue, por fin los españoles harán caso de Azaña que, con todo su egocentrismo, su sectarismo y su pesimismo, llegó, pasando de la desesperación, a la magnanimidad, y la sabiduría que no había alcanzado cuando detentaba el poder, y que, en plena guerra civil, terminó un discurso diciendo: «Es obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acabe como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordaran, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelva a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres, que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón».^[1261]

APÉNDICES

APÉNDICE I:

Cuadro genealógico de los Borbones.



APENDICE II

APÉNDICE II
LA ECONOMÍA DE ESPAÑA

Estos cuadros muestran cómo las fluctuantes circunstancias económicas exacerbaban los trastornos políticos de la República. Las cifras proceden del estudio estadístico anual de la Sociedad de Naciones correspondiente a 1936.

	(1) MATIZ		(2) ARROZ		(3) TRIGO	
	Area *	Producción *	Area *	Producción *	Area *	Producción *
1925	428	5.962	49	3.063	4.332	39.784
1926						
1927						
1928						
1929						
1930						
1931		6.703		2.662		36.585
1932		6.931		3.182		50.134
1933	432	6.604	47	2.951		37.622
1934	434	7.878	46	2.936	4.608	50.849
1935	440	7.335	47	2.920	4.554	42.997
1936					4.398	33.065

	(4) CASA DE AZÚCAR		(5) VINO		(6) ACEITE DE OLIVA	
	Producción	(en millones de hl)	Producción	(en millones de hl)	Producción	(en millones de hl)
1926	92		15.4		2.301	
1927	99		27.6		6.656	
1928	116		21.5		1.914	
1929	134		24.3		6.601	
1930	169		17.7		1.149	
1931	176		18.6		3.511	
1932	175		20.6		3.488	
1933	157		19.2		3.102	
1934	184		21.2		3.130	
1935	198		16.0		4.398	
1936						

CLAVE: 1. Miles de hectáreas.
2. Miles de quintales (un quintal métrico = 100 kilogramos).

	(7) LANA		(8) SEDA	
	Producción (1.000 t)		Natural	Artificial
1925				112
1926	38,6			
1927	38,1		83	143
1928	38,1			502
1929	37,6			900
1930	36,3			1.523
1931	34,9		44	1.639
1932	35,4		42	2.160
1933	35,4		38	2.295
1934	33,1		30	2.526
1935	29,9		34	2.722

	(9) SAL		(10) CARBÓN	
	Producción (1.000 t)		Producción (1.000 t)	
1927	979		6.563	
1928	983		6.371	
1929	1.079		7.108	
1930	1.038		7.120	
1931	889		7.091	
1932	939		6.854	
1933	929		5.999	
1934	762		5.932	
1935			7.017	

	(11) COQUE		(12) ELECTRICIDAD	
	Hornos	Fábricas de gas	Producción (1.000 t)	
			(en millones de kWh)	
1926	832 (combinada)		1.708	
1927	714	161	1.849	
1928	681	204	2.370	
1929	768	216	2.433	
1930	676	233	2.609	
1931	503	248	2.681	
1932	369	243	2.795	
1933	427	248	3.066	
1934	486	250	3.198	

	(13) MANGANESO		(14) PIRITAS		(15) MIN. DE PLOMO	
	(1.000 t)		(1.000 t)		(1.000 t)	
1926	44,9		3.655		216	
1927	36,9		3.611		196	
1928	13,7		3.625		177	
1929	17,9		3.867		181	
1930	16,8		3.417		164	
1931	17,9		2.594		151	
1932	2,6		2.125		137	
1933	2,8		2.219		115	
1934	3,8		2.072		102	
1935	1,3		2.286		104	

	(16) PLOMO		(17) MINERAL DE ZINC		(18) MINERAL DE HIERRO	
	(1.000 t)		(1.000 t)		(1.000 t)	
1926	149				3.191	
1927	144		132		4.972	
1928	131		122		5.785	
1929	143		145		6.599	
1930	123		160		5.525	
1931	110		112		3.190	
1932	105		92		1.760	
1933	88		95		1.815	
1934	72		79		2.094	
1935	63		83		2.633	

	(19) ACERO		(20) MIN. DE COBRE		(21) COBRE	
	(1.000 t)		(1.000 t)		(1.000 t)	
1926	668		49,5		23,9	
1927	671		50,7		28,7	
1928	777		54,2		27,8	
1929	1.003		63,7		28,5	
1930	925		58,4		23,0	
1931	645		54,0		25,7	
1932	532		35,0		15,6	
1933	507		44,0		17,3	
1934	647		30,0		13,8	
1935	580		30,0		10,8	

	(22) NUEVOS BARCOS BOTADOS		(23) MOVIMIENTO DE BARCOS	
	(Entrada)		(Salida)	
			(en millones de toneladas)	
1926	26			
1927	23			
1928	12			
1929	37	18		27
1930	25	18		28
1931	48	17		23
1932	11	16		23
1933	18	15		23
1934	18	15		23
1935	3	16		22

	(24) IMPORT. - EXPORT.		(25) IMPORT. - EXPORT.	
	(Comercio especial)		(Mercancía)	
			(en millones de pesetas)	
1926	4.127	7.088	2.148	1.605
1927	5.602	10.285	2.576	1.887
1928	6.634	11.432	3.004	2.118
1929	7.131	11.533	2.737	2.108
1930	5.862	9.955	2.447	2.300
1931	4.809	6.693	1.176	961
1932	5.133	5.180	975	738
1933	4.105	6.139	835	669
1934	4.892	6.587	855	611
1935	5.048	6.364	878	583

Año	(26) VALOR DE LA PESETA (porcentaje de la paridad del oro en 1929)	(27) ÍNDICE NUM. ACCIONES Y DE LA PROD. INDUSTRIAL (100 = 1929)	Acciones	Producción
1929	100			98,6
1930	79,5			93,2
1931	65,0	84,4		88,4
1932	54,8	65,1		84,4
1933	56,8	36,0		85,5
1934	55,3	37,6		86,9
1935	55,3	63,1 ¹		
		65,7 (1936 enero)		
		64,9 febrero		
		60,9 marzo		
		59,9 abril		
		58,6 mayo		
		58,1 junio		
		57,8 julio		

(28) DEPOSITOS EN CAJAS DE AHORROS (al final de cada año)		
Año	CAJA POSTAL DE AHORROS (en millones de pesetas, pero téngase en cuenta el cambio de valor de la peseta, columna 26)	BANCOS DE DEPÓSITO
1928	239	1,608
1929	252	1,703
1930	265	1,882
1931	278	2,014
1932	298	2,158
1933	318	2,320
1934	338	3,778
1935	370	

1. La cifra más alta durante la República fue 67,3, en noviembre de 1935.

APENDICE III

Apéndice III LAS BRIGADAS INTERNACIONALES		
Brigadas	Batallones	Principal composición étnica
11.* (formada en octubre de 1936) (Hans Béhmer) (Erigo, Thaelmann)	1 Edgar André	Alemanes
	2 Comuna de París (después transfe- rido a la 14.* Bri- gada)	Franco-belgas
	3 Dombrowsky (después transfe- rido a las Brega- das 12.ª, 19.ª y 13.ª)	Polacos Húngaros Yugoslavos
12.* (formada en noviem- bre de 1936) (Garibaldi)	1 Thaelmann (transferido a la 11.ª)	Alemanes
	2 Garibaldi	Italianos
	3 André Marty (transferido a la 19.ª, la 12.ª y la 14.ª)	Franco-belgas
13.* (formada en diciem- bre de 1936)	1 Louis Michel (transferido a la 14.ª)	Franco-belgas
	2 Chapiev (transferido a la 12.ª)	Balcánicos
	3 Henri Vuillemin (transferido a la 14.ª)	Franceses
	4 Mickiewicz (Pilatov)	Polacos

<i>Brigada</i>	<i>Batallones</i>	<i>Principal composición étnica</i>
14.* (formada en diciembre de 1936) (La Marseillaise)	1 Batallón Nueve Naciones (transferido al Comando de París) 2 Domingo Germainal (en su mayoría juvenil) - marroquíes españoles 3 Henri Barbusse 4 Pierre Brachet	Franceses Franceses Yugoslavos
15.* (formada en febrero de 1937) (con el tiempo Lincoln-Washington)	1 Dimitov transferido a la 129.* y luego a la 130.* 2 Inglés 3 Lincoln Washington Markuze Papouzis 4 6 de febrero (transferido a la 14.*)	Ingléses Norteamericanos Franceses
150.* (formada en junio-julio de 1937)	1 Rakosi (transferido a la 130.*)	Húngaros
129.*	1 Masaryk (vinculado a la 45.* División) 2 Djakovich 3 Dimitrov	Checoslovacos Búlgaros Yugoslavos Albanos
(en la 86.* Brigada)	Un batallón internacional mandado por el coronel Motand.	

APENDICE IV Y V

APÉNDICE IV

TIPOS DE CAMBIO RESPECTO A LA LIBRA ESTERLINA

	<i>Enero 1930</i>	<i>Enero 1936</i>	<i>Enero 1939</i>	<i>Mayo 1939</i>
Dólar	4,86	4,93	4,64	4,68
Francos	134,2	174	176	176
Lira	92,46	61,8	88	88
Peseta	25,22	36	100-200 *	42
Marco	20,43	12,22	11,55	11,63

* Peseta republicana.

[Fuente: *The Times*]

APÉNDICE V

LA VIDA Y LA MUERTE DE LA PESETA EN LA BOLSA DE TÁNGER

(tipo de cambio respecto a la libra esterlina)

	<i>Peseta republicana</i>	<i>Peseta nacionalista</i>
1936		
Junio	36	(se ignora)
Julio (2 primeras semanas)	36	
	43	
Agosto	55	
Septiembre	57	
Octubre	63	
Noviembre	77	
Diciembre	116	

(sigue en pág. 1038)

	<i>Peseta republicana</i>	<i>Peseta nacionalista</i>	
1937			
Enero	115	76	
Febrero	114	76	Estas fueron
Marzo	152	88	sobrecimpresas
Abril	134	122	
Mayo	147	76	A partir de es-
Junio	158	74	ta nuevos billetes
Julio	217	81	nuevos
Agosto	221	76	
Septiembre	246	86	
Octubre	212	79	
Noviembre	226	85	
Diciembre	226	87	
	<i>Nuevos billetes de Valencia</i>	<i>Antiguos billetes de Valencia</i>	
1938			
Enero	452	219	91
Febrero	510	306	95
Marzo	530	353	102
Abril	533	246	97
Mayo	708	272	108
Junio	635	294	110
Julio	635	291	113
Agosto	681	288	126
Septiembre	917	338	145
Octubre	983	346	144
Noviembre	1.083	379	173
Diciembre	1.462	450	172
1939			
Enero	2.132	488	177
Febrero	2.391	448	126
Marzo	13.538	386	129

[Fuente: C. Declaux, *La financiación de la Cruzada*, Universidad de Deusto (1950), p. 108.]

APENDICE VI

APÉNDICE VI			
PRODUCCION INDUSTRIAL CATALANA 1936-1938			
	1936	1937	1938
Enero	100	70	60
Febrero	98	58	60
Marzo	97	66	60
Abril	94	69	41
Mayo	95	65	30
Junio	98	68	32
Julio	82	71	37
Agosto	64	68	31
Septiembre	73	66	33
Octubre	69	60	
Noviembre	63	53	
Diciembre	69	58	
INDICE GENERAL DE PRECIOS AL POR MAYOR EN BARCELONA 1936-1938 (100 = 1913)			
	1936	1937	1938
Enero	168,8	223,7	434,4
Febrero	168,2	244,4	457,7
Marzo	167,2	266,5	524,5
Abril	169,1	294,3	530,1
Mayo	170,6	297,6	547,9
Junio	171,9	303,7	551,6
Julio	174,7	315,8	554,2
Agosto	178,9	322,7	554,2
Septiembre	183,1	342,7	556,9
Octubre	194,4	358,8	562,3
Noviembre	202,9	375,4	564,4
Diciembre	209,6	389,1	564,7

[Fuente: Bricall.]

APENDICE VII

*UN CÁLCULO DE LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA EN LA GUERRA CIVIL
ESPAÑOLA*

Del texto de este libro se hará patente que la eficacia y la calidad de la ayuda extranjera a una u otra de las dos Españas no dependió del número de aviones u hombres enviados. Tampoco dependió de la cantidad de dinero que cada bando gastó en el extranjero o recibió del extranjero como regalo (aunque los regalos no llegaron a tener mucha importancia: todas las principales potencias que intervinieron se cobraron de una forma u otra su ayuda respecto al material de guerra). A pesar de todo, es conveniente hacer un cálculo. En primer lugar, en lo que respecta al dinero: en términos generales, la República gastó todo lo que tenía, y algo más. Los nacionalistas no tenían nada para empezar, pero obtuvieron mucho a crédito. Las facturas consiguientes fueron pagadas en su totalidad, aunque, por lo que respecta a Italia, el último pago no se efectuó hasta 1967. Los gastos republicanos en el extranjero consistieron en una intrincada serie de juegos, en los que Rusia hacía de banca. Probablemente nunca se conocerán las cifras hasta que se abran los archivos rusos. A pesar de todo, podemos llegar a una conclusión por tanteo. Las reservas de oro españolas en julio de 1936 ascendían a 700 toneladas, gran parte de las cuales consistían en monedas (particularmente, en soberanos). Este tesoro estaba en manos del gobierno, y tenía un valor de 788 millones de dólares (162 millones de libras).^[1262] Al final de la guerra, todo esto había sido gastado, excepto 48 millones de dólares depositados en Mont de Marsan, en Francia; y, además del oro que se había enviado a Rusia —por valor de 500 millones de dólares, aproximadamente (1.582 millones de pesetas de oro, o 100 millones de libras)— el gobierno soviético afirmaba que le debían otros 50 millones de dólares.^[1263] Las exportaciones españolas de la República probablemente supusieron otros 100 millones de dólares, que también se gastaron, básicamente en material de guerra, y básicamente en Rusia. Por último, la República envió al extranjero gran cantidad de joyas, oro, plata y otros objetos de valor confiscados, con los que obtuvo 14 millones de dólares en los Estados Unidos sólo en 1938. En conjunto, probablemente la República gastó en el extranjero algo más de 900 millones de dólares entre 1936 y 1939, de los cuales, la mayor parte se empleó en armas, y en Rusia.^[1264] Los principales proveedores de los nacionalistas fueron, naturalmente, los alemanes y los italianos, aunque hay que tener presente la ayuda de la Texas Oil Company y de otras compañías petrolíferas: puesto que en las cifras que hemos

dado sobre Rusia, va incluido el petróleo ruso enviado a España. La ayuda militar alemana a Franco se valoró en 540 millones de marcos, esto es, 46 millones y cuarto de libras o 225 millones de dólares (1.955 millones de pesetas al cambio de 1936, de 42,25 pesetas la libra). De este total, 88 millones de marcos se gastaron en salarios y gastos que Alemania no cobró a los españoles; 124 millones se gastaron en remesas entregadas directamente a España; y 354 millones se gastaron en la Legión Cóndor.^[1265] Más tarde, los españoles se avinieron a aceptar una deuda de 378 millones de marcos, así como a pagar una factura de 45 millones de marcos en concepto de indemnización para los alemanes que sufrieron pérdidas en España. Estas deudas fueron totalmente pagadas entre 1939 y 1945 con minerales, verduras, frutas y otras mercancías enviadas a Alemania durante aquellos años, con los costes de la División Azul (una unidad constituida básicamente por falangistas y enviada al frente ruso en 1942 a las órdenes del general Muñoz Grandes), y con varios convenios entre España y los aliados en 1945. De las exportaciones enviadas por España a Alemania durante la propia guerra civil, el 48% eran alimentos y verduras, y sólo el 27% eran minerales.^[1266] En 1940, Ciano calculaba que la ayuda italiana a Franco había sido de 14.000 millones de liras (157 millones y cuarto de libras o 766 millones de dólares: 6.646 millones de pesetas).^[1267] Pero al final Italia envió una factura de sólo la mitad de esta suma —7.500 millones de liras (84 millones y cuarto de libras, 410 millones de dólares, o 3.560 millones de pesetas)— que corresponde a otros cálculos en el curso de la guerra. Después de más regateos, en mayo de 1940, los gobiernos italiano y español se pusieron de acuerdo en una cifra de 5.000 millones de liras (56 millones y cuarto de libras, 273 millones y medio de dólares, y 2.373 millones y medio de pesetas), a pagar en 25 años, a partir de 1942.^[1268] El pago sería a plazos, empezando con 80 millones de liras en 1942, y acabando con 300 millones de liras en 1967, y habría que pagar unos intereses, al principio del 0,25%, y al final del 4%.^[1269] Todos estos pagos se efectuaron puntualmente, y el gobierno italiano fue un acreedor tan bueno después de 1945 como lo había sido su predecesor fascista, incluso cuando estuvieron en la administración Togliatti y los comunistas. Sin duda, los italianos fueron, con mucho, los más generosos de cuantos intervinieron en España, ya que la factura que pagó Franco no tenía en cuenta gran parte de la actividad militar de las fuerzas armadas italianas. De ahí posiblemente que el cálculo original de Ciano fuera mucho mayor, aunque también es probable que exagerara. Entre los gastos nacionalistas en el extranjero también hay que tener en cuenta unos 10 millones de dólares destinados a pagar el petróleo a los Estados Unidos, y quizás otros 10 millones gastados en ése y otros países para pagar cosas como autobuses o medicinas, todo lo cual tenía, naturalmente, una utilidad militar. Así pues, los gastos totales de los nacionalistas en el extranjero, siempre a crédito, debieron de ser de unos 635 millones de dólares, si consideramos que la cifra de 7.500 millones de liras representa un cálculo razonable de la ayuda italiana. Sí aceptáramos la cifra de 14.000 millones de liras, diríamos que los nacionalistas recibieron 981 millones de dólares. Naturalmente, resulta tentador comparar estas cifras con los 900 millones de dólares de gastos republicanos y concluir que la implicación internacional en España fue, como mínimo, tan grande en el bando del

gobierno como en el de los rebeldes, o incluso mayor.^[1270] Sin embargo, esta forma de presentar las cosas puede inducir a error. Al plantear la ecuación en estos términos tan simples no se tienen en cuenta las diferencias entre las economías rusa, alemana e italiana, ni las diferencias entre las economías de las dos Españas. No está claro en absoluto si cuanto enviaron los rusos valía el dinero que se pagó por ello, y en realidad la noción de valor al considerar los precios rusos de artículos como tanques y aviones resulta algo cómica. La enorme discrepancia entre los diferentes cálculos de la ayuda italiana meramente pone de relieve el hecho de que este tipo de sumas siempre se prestarán a especulaciones. Los costos de transporte desde Rusia eran elevados. Pero el valor de una reserva de oro no puede traducirse exactamente en moneda corriente, sobre todo tratándose, como se trataba entonces, de una de las mayores reservas del mundo. Más útil es el cálculo al que se puede llegar si se conoce aproximadamente el número de piezas diferentes enviadas, aunque, a pesar de todo, una simple enumeración de los aviones enviados no da una idea completa de su valor. Sin embargo, es útil saber que España recibió del extranjero entre los 1.425 y los 1.900 millones de dólares. También podemos señalar que los que apoyaban a su bando a crédito —Alemania e Italia— tenían un incentivo mucho mayor para continuar con su apoyo de todas clases, porque era la única manera que tenían para poder cobrar la deuda, mientras que los que vendían su ayuda al contado —Rusia— por lo menos podían estar satisfechos, porque ya habían cobrado. Además, añadirían algunos, parecía que quienes insistían en cobrar al contado dudaban de las probabilidades de éxito de su bando, mientras que los que daban crédito confiaban en las del suyo.^[1271]

AYUDA A LOS NACIONALISTAS

Alemania

Las fuerzas alemanas en España se elevaron como máximo a unos 10.000 hombres, aunque en mayo de 1939, en el desfile de la Legión Cóndor en Berlín participaron 14.000 veteranos. Los alemanes que ayudaron a los nacionalistas probablemente fueron más de 16.000, muchos de los cuales eran personal civil e instructores.^[1272] Unos 300 alemanes murieron en España. La Legión Cóndor estaba constituida por 5.000 hombres. Esta importante y bien dirigida unidad de tanques y aviones experimentales iba acompañada por treinta compañías antitanque. El coronel von Thoma, que mandaba el cuerpo de tanques, dijo a los americanos en 1945 que durante la guerra había tomado parte en 192 batallas de tanques.^[1273] Estos tanques Panzer Mark I no resultaron eficaces contra los tanques rusos, que eran mayores, en 1936 y 1937. Probablemente, el total de tanques enviados a España fue de unos 200. Los envíos alemanes se realizaron en unos 180 viajes diferentes, Los

alemanes enviaron unos 600 aviones a España, entre los que se contaban 136 Messerschmitt 109, 125 Heinkel 51, 93 Heinkel 111 y 63 Junker 52.^[1274] Cualquier cálculo de la ayuda alemana a Franco debería tener en cuenta además la ayuda prestada en las academias militares, en el terreno de las comunicaciones y el entrenamiento, así como el asesoramiento prestado en mil problemas pequeños, pero cruciales, de organización militar. El cañón antiaéreo de 88 milímetros también fue una contribución importante de Alemania y probablemente impidió que la República se aprovechara de su superioridad aérea en la primavera de 1937.

Italia

Las fuerzas italianas en España en su punto máximo sumaban entre los 40.000 y los 50.000 hombres, y quizás en conjunto pasaron por España un total de 75.000 italianos.^[1275] En España murieron más de 4.000 italianos,^[1276] y además Italia perdió tal vez una cuarta parte del equipo militar que había enviado.^[1277] Italia envió a España unos 660 aviones, de los cuales, los más importantes fueron los 350 cazas Fiat CR.32 y los 100 Savoias 79. También había unos 70 Romeo 37 y 64 Savoia 81.^[1278] Quizá llegaron a España unos 150 tanques italianos, todos los cuales eran o Fiat-Ansaldo de tres toneladas y media, armados con ametralladoras de 7 milímetros, con una velocidad máxima de 40 kilómetros por hora y una tripulación de dos hombres; o lanzallamas más pesados, capaces de transportar 125 litros de gasolina y de lanzarla a 60 o 70 metros de distancia.^[1279] También enviaron unas 800 piezas de artillería (el excelente modelo de 1916 de 65/17 milímetros),^[1280] que, al parecer, se quedaron todas en España. La artillería italiana estaba bien dirigida por oficiales expertos, que habían combatido en la primera guerra mundial, encabezados por el general Ettore Manca. Los italianos, además, probablemente enviaron unos 1.414 motores de avión, 1.672 toneladas de bombas, 9 millones de cartuchos, 10.000 ametralladoras y armas automáticas, 240.000 fusiles, 7 millones de balas de artillería, y 7.660 vehículos motorizados.^[1281] Según los cálculos de la prensa italiana de 1939, los pilotos italianos volaron 135.265 horas en la guerra, participaron en 5.318 bombardeos aéreos, alcanzaron a 224 barcos, y entablaron 266 combates aéreos, en los que derribaron 903 aviones. 5.699 oficiales y soldados y 312 miembros del personal civil de las fuerzas aéreas italianas también participaron en la guerra, al parecer, en diferentes épocas. Se cree que tomaron parte en la guerra civil 91 barcos de guerra y submarinos italianos. Se dijo que estos últimos habían hundido barcos con un peso total de 72.800 toneladas. Los ingenieros, expertos en señales y criptógrafos italianos también tuvieron su papel, por ejemplo, en las escuelas de «radiotransmisión» de Valladolid, Miranda de Ebro y Palencia.^[1282] En Valladolid y en Zaragoza hubo dos grandes hospitales militares italianos, cada uno con mil camas o más, y algunos hospitales menores, así como tres trenes-hospital. El material y la organización de las unidades italianas, que eran malos en 1937, mejoraron en 1938, y las raciones de comida y las condiciones materiales de los italianos probablemente eran superiores a las de los españoles.^[1283]

Portugal, Irlanda, Francia, etc.

Entre las ayudas de otros gobiernos extranjeros estuvo la de Portugal, que, por lo menos al

principio de la guerra, era imposible de calcular, por razones geográficas más que militares. Varios miles de voluntarios portugueses lucharon en la legión extranjera y en algunas otras unidades.^[1284] Seiscientos irlandeses lucharon con los nacionalistas, dirigidos por el general O'Duffy. Apenas tuvieron pérdidas. Algunos franceses de derechas combatieron como voluntarios con los requetés y en la legión —tenían derecho a llevar una estrecha cinta tricolor sobre la correa del hombro, y estaban a las órdenes de un tal coronel Courcier, de los spahis—, así como algunos latinoamericanos, unos cuantos exiliados rusos blancos, y otros. En total no pasaron de 1.000, como máximo. Pocos anglosajones lucharon en el bando de Franco.^[1285]

Otra ayuda a los nacionalistas

Unos 75.000 «voluntarios» marroquíes, por lo menos, combatieron en el bando de Franco, y tuvieron un papel muy importante en los primeros días de la guerra.^[1286] Los nacionalistas, además, compraron unos cincuenta aviones aproximadamente a países que no eran Alemania o Italia (unos cuantos Dragón y Foker).

AYUDA A LA REPUBLICA

Rusia

La República compró alrededor de 1.000 aviones a Rusia, y quizás 300 a otros países, principalmente a Francia. De éstos, casi 400 eran cazas «Chato», casi 300 «Mosca», y quizá 100 bombarderos Katiuska, 60 «Rasantes» y 113 bombarderos Natasha.^[1287] Los principales aviones comprados a Francia fueron los 42 Dewoitine 371, los 40 Potez 54, y los 15 Marcel Bloch 210.^[1288] En total, en Francia se debieron de comprar entre 100 y 150 aviones. Otros aviones comprados fueron: 40 Aero 101, 10 Letov, 14 Vultee A1, 11 Bristol Bulldog, 20 De Havilland Dragón, y 28 Koolhoven FK51 comprados en Holanda, así como una escuadrilla de 40 cazas Grumman, comprados en los Estados Unidos: éstos tenían buenas radios, pero por lo demás no eran muy apropiados para una guerra;^[1289] sin embargo, algunos motores permitían a los aviones volar a gran altura. El conjunto de aviones comprados a otros países que no fueran Rusia debió de ser de unos 320, lo cual hace que el total se eleve a 1.320 aviones. Es menos fácil hacer cálculos de las compras republicanas de otro tipo de material de guerra. Según los informes del agregado militar alemán en Estambul, basados a su vez en los informes de agentes que actuaban en esta capital, entre septiembre de 1936 y marzo de 1938, Rusia envió, en unos 164 barcos (71 españoles, 39 ingleses, 34 rusos, 17 griegos y 4 de otros países), unos 242 aviones, 703 cañones, 27 cañones antiaéreos, 731 tanques, 1.386 camiones, 69.200 toneladas de material de guerra y 29.125 toneladas de munición. Además parece ser que recorrieron el mismo

camino 920 oficiales y hombres así como por lo menos 28.000 toneladas de gasolina y 32.000 de petróleo, 4.650 toneladas de lubricantes, y algunos otros artículos, entre otros 450 toneladas de ropas, 325 de medicinas, 100 fusiles ametralladores, 500 obuses y 187 tractores.^[1290] Sin duda hubo más embarques, aunque el bloqueo hizo muy difícil o incluso imposible la travesía por el Mediterráneo en los meses siguientes. En cuanto los envíos por tierra, el cuartel general nacionalista hizo varios calculos: uno, en octubre de 1938, indicaba que, entre julio de 1 julio de 1938, habían entrado unos 200 cañones, 200 tanques, 3.247 ametralladoras, 4.000 camiones, 47 unidades de artillería, 4.565 toneladas de municiones, 9.579 vehículos y 14.889 toneladas de combustible.^[1291] Esta ayuda fue complementada más adelante. Indudablemente, todo esto procedía de las agencias de compra de del Komintern, de la comisión de contribución a la República con sede en París, y directamente de Rusia. Cuantitativamente, es probable que los suministros extranjeros enviados a la República fueran iguales que los enviados a los nacionalistas (en algunos casos mayores), pero la calidad era variable. Además, gran parte fue desperdiciada o abandonada en el campo de batalla. Las diferencias de calibre de los fusiles constituían una de las desventajas de recibir ayuda de tantos sitios diferentes. Al final de la guerra, las fuerzas nacionalistas tenían un regimiento de tanques rusos, y una serie de ametralladoras rusas. En ambos bandos escaseaban los camiones; la falta de medios de transporte puede considerarse el factor decisivo del fracaso último del ataque lanzado por la República en el frente del Ebro. Probablemente Rusia envió a España 900 tanques, 1.550 piezas de artillería, 300 carros blindados, 15.000 ametralladoras, 30.000 automáticos, 15.000 morteros, 500.000 fusiles, 8.000 camiones, con 4 millones de proyectiles de artillería, 1.000 millones de cartuchos, y 1.500 toneladas de pólvora.^[1292] Los tanques rusos eran, en su mayoría, del tipo T-26, y algunos TB-5: ambos eran mucho más pesados, estaban mejor armados, eran más rápidos e imponentes, aunque menos manejables que los tanques alemanes o italianos de que disponían los nacionalistas. Pero la República se benefició de ellos menos de lo que cabía esperar.

Las Brigadas Internacionales

El número total de extranjeros que lucharon a favor de la República española fue probablemente de unos 40.000 o 45.000, y, de éstos, alrededor de 35.000 estuvieron en las Brigadas Internacionales, que probablemente nunca tuvieron más de 18.000 hombres en servicio al mismo tiempo.^[1293] Además debía de haber otros 10.000 extranjeros, entre médicos, enfermeras, guerrilleros, etc. El mayor grupo nacional de voluntarios lo constituyeron los 10.000 franceses, aproximadamente, de los que murieron 1.000.^[1294] Alemania y Austria contribuyeron quizá con 5.000 hombres, de los que murieron 2.000.^[1295] El número de polacos, incluidos los ucranianos que, a partir de 1945, pasarían a pertenecer a Rusia, debió ser también de unos 5.000.^[1296] A continuación venía Italia con 3.350.^[1297] Los Estados Unidos aportaron unos 2.800. De éstos, murieron alrededor de 900.^[1298] Hubo unos 2.000 voluntarios ingleses, de los cuales murieron unos 500 y cayeron heridos 1.200 —un porcentaje muy alto—; ^[1299] alrededor de 1.000 voluntarios canadienses, 1.500 yugoslavos,^[1300] 1.000 húngaros, 1.500 checos, y 1.000 escandinavos, de los cuales

500 eran suecos.^[1301] Murieron 76 suizos.^[1302] Los demás voluntarios procedían, según se dijo, de 53 países.^[1303] Probablemente lucharon en España 90 mexicanos.^[1304] En cuanto a los rusos, el máximo que hubo al mismo tiempo en España fue de 700, y el total se sitúa probablemente entre los 2.000 y los 3.000.^[1305] En la guerra de España quizá volaron 1.000 pilotos rusos.^[1306] Tampoco hay que ignorar los 47 millones de rublos «regalo» de los trabajadores rusos en agosto de 1936, y un fondo de unos 10 millones de dólares constituido por organizaciones privadas y públicas extranjeras. Cayendo quizás en la pedantería, recordemos además que servicios como las Brigadas Internacionales y las misiones médicas voluntarias supusieron una ayuda que no se contabiliza al dar cifras de la intervención extranjera en el terreno económico. Los organismos de ayuda norteamericanos recogieron más de dos millones de dólares. México envió 20.000 fusiles, 28 millones de cartuchos y 8 baterías, con algunos camiones y aviones. Sin embargo, no se trataba de un regalo: los españoles tuvieron que pagar, aunque gran parte de este material no era de primera categoría.

RESUMEN				
Cifras probables de la intervención extranjera en la guerra civil.				
	Hombres	Aviones	Tanques	Artillería (piezas)
<i>Nacionalistas</i>				
De Alemania	apr. 17.000	apr. 600	200	1.000
» Italia	apr. 75.000	apr. 660	150	1.000
» otros países (marroquíes)	apr. 75.000	4		
	apr. 1.260	apr. 350	apr. 2.000	(cálculo)
<i>Republicanos</i>				
De Rusia	apr. 2.000-3.000	1.000	900	1.550
» otros países (Brigadas Internacionales)	35.000	320		
	5.000			
(Otros)	10.000			
(Voluntarios extranjeros no combatientes)				
	apr. 1.320	apr. 900	apr. 1.550	

APENDICE VIII

GUERNICA

Carta sobre Guernica del cónsul inglés R. C. Stevenson, dirigida al embajador inglés, Sir Hlnry Chilton, en Hendaya.

Consulado Británico Bilbao 28 de abril de 1937

Querido sir Henry: Ayer, al desembarcar en Bermeo, me hablaron de la destrucción de Guernica. Fui inmediatamente a echar un vistazo in si tu y cuál no sería mi asombro al comprobar que aquella población, que normalmente tenía unos cinco mil habitantes y desde septiembre, debido a la afluencia de refugiados, había llegado a los diez mil, estaba casi completamente destruida. Nueve de cada diez casas han quedado de tal forma que es imposible reconstruirlas. Muchas estaban todavía ardiendo, y estallaban nuevos incendios de vez en cuando, producto de las bombas incendiarias que, por algún defecto de fabricación, no habían explotado en el momento del impacto, el día anterior, y lo hacían ahora, en el momento de mi visita, entre vigas y muros derrumbados. No puede averiguarse el número de víctimas, y probablemente nunca se sabrá con exactitud. Unos calculan que ha habido mil, otros hablan de más de tres mil. Un vecino que lo presenció todo me dijo que, hacia las cuatro de la tarde, aparecieron en el cielo tres aparatos y lanzaron bombas incendiarias y de alta potencia. Después desaparecieron y, al cabo de diez minutos, llegaron otros cinco o seis aparatos, y así sucesivamente durante varias horas, hasta después de las siete. Calculan que pasaron unos cincuenta aviones. Después de dos o tres incursiones, la población fue presa del pánico. Hombres, mujeres y niños salieron corriendo de Guernica ascendiendo por las peladas colinas. Allí fueron ametrallados implacablemente, aunque con escaso efecto. Pasaron la noche al aire libre, contemplando su ciudad en llamas. Vi muchos hombres y mujeres que vagaban por las calles buscando entre los escombros de sus casas los cuerpos de sus seres queridos. Por la tarde me encontré a Monzen, que parecía aturdido por la catástrofe. Me preguntó qué se podía hacer por las mujeres y los niños de Bilbao. Yo le hablé de la evacuación sugerida, él dijo que se trataba de un cuarto de millón de personas, y que aquello era prácticamente imposible cuando en el extranjero estaban dando muestras de tan poca comprensión, y no existía una organización para abordar un plan como aquél y llevarlo a cabo. Yo le dije lo que pensaban en Francia del problema de los refugiados. Mencione a los rusos, polacos, italianos, alemanes y judíos que habían inundado Francia a cientos de miles durante las dos últimas décadas. Además, el plan dependía de Salamanca, que tenía el dominio del mar, y Salamanca todavía no había respondido a la sugerencia hecha por usted de que dejaran al vapor Habana y al yate Goiseka Izarra hacer la travesía entre Bilbao y los puertos franceses sin ser molestados.^[1307] Él veía lo razonable de todo esto, pero, a pesar de todo, me preguntó si no se me ocurría alguna solución. A esto yo respondí que llevaba varias horas buscando una, pero que sólo podía sugerir la rendición. Él dijo que esto era imposible. Yo le hice imaginar el cuadro de un Bilbao destruido de la misma manera, sin posibilidad de escapar a la destrucción más que para parte de su población, que ahora es de medio millón. No y mil veces no. Le dije que yo simpatizaba con él, que su buen criterio estaba ofuscado por la pasión, que la resistencia contra un enemigo aplastante era inútil, que yo metería a los miembros del gobierno, los oficiales más antiguos y los dirigentes del Partido Nacionalista Vasco en un

destructor. Pero fue inútil. Dijo que la rendición era imposible, cualesquiera que fueran las consecuencias. Hoy he repetido todo esto al presidente, pero he encontrado en él la misma resistencia a la idea de rendición. El presidente me ha preguntado si creía que cabía la posibilidad de que interviniesen los gobiernos inglés y francés. Le he dicho que, si había intervención, yo no podía concebirla sobre otra base que no fuera la rendición. Ya habrá leído su llamamiento al mundo civilizado en la prensa. Tengo la impresión de que ya he llegado todo lo lejos que podía a este respecto. Evidentemente, no puedo convencerles para que se rindan, por lo menos no ahora. Teniendo en cuenta cómo es la naturaleza humana, me atrevería a decir que mi sugerencia encontrará eco algún día, si es que entonces no es demasiado tarde. Todavía no he pensado qué es lo que haría en caso de evacuación. Con los bombarderos encima de nuestras cabezas, con elementos extremistas dispuestos a continuar la guerra, con miles de hombres, mujeres y niños corriendo enloquecidos, todos intentando conseguir un pasaje, y con la imposibilidad de mantener en secreto los planes de la evacuación, no veo cómo podría llevarse a cabo con éxito. No cabe duda de que aquí la moral ha bajado. Mi amigo Eguía, el «primer lord del Almirantazgo vasco» pero sin ningún puesto en el gobierno, me ha dicho hoy que temía que se rompiera el frente si continuaban los bombardeos de centros civiles y los reveses militares.^[1308] Creo que tiene razón. Al fin y al cabo, en Bilbao hay tres grupos políticos: los nacionalistas vascos, los izquierdistas y los partidarios de Franco. Los primeros morirán o serán fusilados según luchan o se rindan; los segundos huirán a Santander o a Gijón, o se rendirán esperando salvar el pellejo, pensando que los rebeldes agotarán su capacidad de ejecutar a la gente con los vascos; los terceros pueden formar una «quinta columna». Dios sabe cuál de estas posibilidades se materializará. Probablemente un poco de cada una, y no digamos cómo actuarán los rebeldes cuando se encuentren ante las puertas abiertas de una ciudad importante. Además, Eguía me ha dicho que circulan rumores, cada vez más insistentes, de que los extremistas intentan hacerse con el poder. De manera que ya ve usted que aquí la situación es decididamente crítica, y que puede empeorar cualquier día. Las negaciones oficiales de Salamanca respecto al bombardeo de Guernica alientan la creencia de que, por mucho valor físico que tengan los rebeldes, no tendrán el valor moral de cumplir su amenaza de arrasar Bilbao. Muchas personas han basado nuevas esperanzas en esta insuficiente posibilidad. También se dice que un Bilbao destruido no ayudaría a Franco a alcanzar la victoria, porque entonces se quedaría sin las fábricas que tanto necesita. Todo lo anterior no es más que una serie de impresiones, pero he tenido tantas durante las últimas 36 horas que no he podido formarme una opinión. Sin embargo, estoy convencido de la necesidad de la evacuación de mujeres y niños, aunque sólo sea de unos cuantos miles, y si puede hacerse algo a este respecto antes de que sea demasiado tarde, tanto mejor. ¿Hay alguna esperanza de que Salamanca dé una respuesta favorable? Tanto Casterán como yo creemos que habría que hacer algo para llevar a la práctica el proyecto del Habana sin condiciones respecto a los rehenes, dejando que nosotros nos encarguemos de hacer salir a un porcentaje razonable de mujeres familiares de los rebeldes. Estoy siendo importunado día y noche por gente que quiere marcharse. El público ha llegado a considerar los destructores británicos como una

empresa de servicio público, y se muestran incrédulos cuando les digo que esto se ha acabado. Sin embargo, con permiso del presidente, he tomado medidas para hacer subir a bordo de nuestro destructor a doce personas, la señora de la Sota, que pertenece a una familia monárquica, y sus hijos, y los Aburto, que son medio vascos, medio rebeldes. Ramón de la Sota no quiere marcharse, a pesar de mis ruegos. Le he dicho que está el primero en la lista de «personas fichadas» y que, si no se va ahora, esto puede costarle la cabeza, porque no puedo concebir que los rebeldes tengan en cuenta que, durante los últimos nueve meses, su casa ha estado llena de refugiados políticos que, gracias a su influencia, no sólo se han salvado de la cárcel y posiblemente de la muerte, sino que han conseguido pasaportes y permisos para marcharse en nuestros destructores. Espero que esto no haya sido demasiado largo. Suyo afectísimo,
(Firmado) R. C. Stevenson

Otras notas del Foreign Office

Es un relato interesante. El señor Stevenson decidió utilizar su influencia para convencer a los vascos de que se rindieran: no creo que haya ningún peligro de que los vascos piensen que el gobierno de Su Majestad estaba intentando presionarles: estaba claro que se trataba de una cuestión personal. J. A. Malcolm 5/5

Un relato muy interesante de la visita del señor Stevenson a Guernica y de sus conversaciones con las autoridades vascas. En otro escrito he sugerido que tal vez el señor Stevenson fue demasiado lejos al sugerir la rendición a las autoridades vascas y prometerles evacuar al gobierno. Siguiendo las instrucciones de sir G. Mounsey, esta mañana he telefoneado a Hendaya para decir al señor Stevenson que no repita su consejo a los vascos. Sin embargo, el señor Stevenson había salido para Bilbao esta mañana. Sir H. Chilton me ha dicho que había precisado claramente al señor Stevenson que no debía repetir su consejo, y que éste había comprendido muy bien su posición. ¿Es necesario, en este caso, telegrafiar directamente al señor Stevenson? D. Howard 5/5

He hablado por teléfono en el mismo sentido con el señor Stevenson, que había pensado en un arreglo que implicaba la rendición del gobierno vasco y nos comprometía a llevarlos a bordo de nuestros barcos. Le dije que no debía insistir más en aquello, porque podía crearnos toda clase de complicaciones. Sería mejor que enviáramos un telegrama para confirmar nuestro punto de vista, a efectos de archivo, aunque no me cabe la menor duda de que el señor Stevenson ahora comprende nuestros deseos. G. M. (sir George Mounsey) 5.5.37

De acuerdo. A.E. (Anthony Edén) 6 de mayo

Lord Cranborne Sir R. Vansittart: No estoy seguro de que haya quedado suficientemente claro en estas notas lo que realmente se propone en caso de evacuación del gobierno vasco.

Lo que deseamos dejar bien claro ante el señor Stevenson es que de ningún modo debe llegar a ningún acuerdo con el gobierno vasco para darles refugio en un barco inglés antes de que se presente una emergencia. Por otra parte, desearíamos que nuestras autoridades navales de Bilbao tuvieran la misma discreción que han tenido en Barcelona y en otros puntos de España: es decir, que cuando ocurra una emergencia, si es que ocurre, y los miembros del gobierno vasco cuyas vidas se encuentren en peligro inminente busquen refugio, de hecho, en uno de nuestros barcos, no se les niegue el acceso al mismo. Indudablemente esto no podría interpretarse como una intervención por nuestra parte. No está preparado de antemano —igual que el envío de barcos con alimentos y la evacuación de los civiles— y equivale a un acto de humanitarismo con personas cuyas vidas de otro modo serían sacrificadas. Si se les trajera a este país, naturalmente se les pedirían ciertas garantías de su conducta neutral mientras permanecieran aquí. G.M. (sir George Mounsey) 7.5.37

Esto me parece conveniente, si no hay acuerdo previo. Pero creo que es sumamente importante no dar a los gobiernos alemán e italiano una excusa para que digan que hemos intervenido, y, con todos los respetos para sir G. Mounsey, yo veo una diferencia entre proteger barcos ingleses, que transporten alimentos o algo parecido, fuera de las aguas territoriales españolas, o evacuar mujeres y niños vascos, y llevar a bordo de barcos de guerra británicos a un gobierno que ha representado a un bando en la guerra y ha sido derrotado. A mi entender, esto se aproxima mucho más a la intervención. Debería considerarlo el ministro adjunto. C. (Lord Cranborne) 7.5

De acuerdo. G. 8/5

La evacuación del gobierno vasco, si llega el caso, va a ser una cosa muy difícil y delicada. Este telegrama no nos compromete a nada, y evidentemente puede enviarse. Pero ¿y si el señor Stevenson se encuentra con una emergencia? Está claro que ahora se necesita poca cosa para que el Signor Mussolini eche por la borda la no intervención. Evidentemente, no podemos ir y recoger al gobierno vasco. Pero, si salen de las aguas territoriales por su cuenta y llegan a un barco inglés en alta mar, este barco ¿ha de negarse a recogerlos? Yo creo que no puede negarse —aunque tal vez eso ya sea suficiente para Mussolini. Sin embargo, sugiero que ésta debería ser la actitud general del señor Stevenson. R.V. (sir Robert Vansittart) 10 de mayo

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Ahora ya existe una amplia bibliografía sobre la guerra civil española y sus orígenes. Véase J. García Durán, *Bibliografía de la guerra civil española* (Montevideo, 1965), o Ricardo de la Cierva et al., *Bibliografía general sobre la guerra de España* (Madrid-Barcelona, 1968). Ninguna de las dos es completa, ni podía serlo; y ahora ambas ya acusan el tiempo transcurrido desde su publicación. Herbert Southworth señala algunos errores de la segunda en «Los bibliófobos», Cuadernos de Ruedo Ibérico, nº 2. Un buen ensayo bibliográfico sobre la historia española moderna se encuentra en Raymond Carr, *Spain 1808-1939* (Oxford, 1966; traducción castellana: Barcelona, 1968). Puede encontrarse más material bibliográfico en la serie de *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España, 1936-1939* (publicados por la Universidad de Madrid a partir de 1966).

I. Colecciones de documentos

Los textos más importantes de la República se encuentran en María del Carmen García Nieto y Javier M. Donézar, *Bases documentales de la España contemporánea*, vols. 8 y 9, «La Segunda República» (Madrid, 1974). Los textos de 1936 pueden encontrarse en Ricardo de la Cierva, *Los documentos de la primavera trágica* (Madrid, 1967). Sobre la guerra, véase Fernando Díaz-Plaja, *La guerra de España en sus documentos* (Barcelona, 1966).

II. Antecedentes

(1) La mejor historia de la España moderna es la de Carr (véase más arriba, en el primer párrafo). Véase una introducción admirable al siglo XX en Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth* (Cambridge, 1943; traducción castellana: París, 1962). Entre otras obras generales se cuentan: Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX* (París, 1966), y Antonio Ramos Oliveira, *Historia de España*, 3 vols. (México, 1969); ambos insisten en el aspecto económico. La primera mitad de la obra de Salvador de Madariaga, *España* (Buenos Aires, 1946, y ediciones posteriores), sigue siendo útil.

(2) La mejor historia política de la Restauración es la obra de Melchor Fernández Almagro,

Historia política de la España contemporánea, 2 tomos (Madrid, 1959). Sobre la Institución Libre de Enseñanza, véase el libro de este título de Vicente Cacho Viv (Madrid, 1962). Sobre Alfonso XIII, véase Julián Cortés Cavanillas, Alfonso XIII (Madrid, 1959). Sobre la guerra en Marruecos, véase David Woolman, *Rebels in the Rif* (Stanford, 1969). Sobre 1909, véase Joan Connelly Ullman, *The Tragic Week* (Cambridge, Massachusetts, 1968; traducción castellana: Barcelona, 1972). Sobre la dictadura de Primo de Rivera, véase Juan Velarde Fuertes, *Política económica de la Dictadura* (Madrid, 1968): no hay ningún estudio político satisfactorio, ni siquiera una biografía. Sobre el ejército a lo largo de aquel período, véase Stanley Payne, *Politics and the Military in Modern Spain* (Stanford, 1967; traducción castellana: París, 1968).

(3) Puede ser útil la lectura del análisis general de las cuestiones constitucionales que hace Carlos Rama en *La crisis española del siglo XX* (México, 1960).

III. La historia primitiva de los movimientos obreros

(1) Sobre el anarquismo, véase el excelente libro de Casimiro Martí, *Los orígenes del anarquismo en Barcelona* (Barcelona, 1959); Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España* (Barcelona, 1972); Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante* (México, 1940, y otras ediciones), que es un relato personal; la famosa obra de J. Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba* (Madrid, 1929); el primer tomo de José Peirats, *La CNT y la revolución española* (Toulouse, 1951); y Diego Abad de Santillán, *Contribución a la historia del movimiento obrero español*, 2 tomos (México, 1962). También puede encontrarse información útil o interesante sobre el anarquismo en la obra de Joan Connelly Ullman [véase anteriormente, en la sección ii, apartado (2)]; en el meticuloso estudio de Joaquín Romero Maura sobre los movimientos de la clase obrera de Barcelona a principios de siglo, «*La Rosa de Fuego*» (Barcelona, 1975); y salpicada aquí y allá en los tres tomos de la *Historia de las Internacionales en España* de Maximiano García Venero (Madrid, 1956). Brenan [véase anteriormente, sección ii, apartado (1)] es excelente al tratar del anarquismo andaluz, y obras como las de Ángel Pestaña, *Lo que aprendí en la vida* (Madrid, 1932), Manuel Cruells, *Salvador Seguí, el Noi del Sucre* (Barcelona, 1974), y Abel Paz, *Durruti: le peuple en armes* (París, 1972), aportan visiones personales. La mejor introducción al anarquismo como fenómeno internacional es la de James Joll, *The Anarchists* (Londres, 1964; traducción castellana: Barcelona, 1972). Véase también el artículo de Joaquín Romero Maura, «*Anarchism Today: the Spanish Case*» (*Government and opposition*, vol. 5, nº 4, otoño, 1970).

(2) El socialismo no está tan estudiado, aunque puede verse el excelente libro de Gerald

Meaker, *The revolutionary left in Spain 1914-1923* (Stanford, 1974), el libro de Julián Zugazagoitia *Pablo Iglesias* (Madrid, 1926), el superficial *Mis recuerdos*, de Largo Caballero (México, 1954), y el episódico Julián Besteiro, de Andrés Saborit (México, 1961).

(3) Meaker [véase más arriba, sección III, apartado (2)] tiene una buena introducción a la historia —poco importante— de los comunistas antes de 1936. E. Comín Colomer hace una crónica enormemente larga en su *Historia del Partido Comunista en España*, 3 tomos (Madrid, 1965). Véase también José Bullejos, *Europa entre dos guerras* (México, 1944); Enrique Matorras, *El comunismo en España* (Madrid, 1935); V. Reguengo, *Guerra sin jrentes* (Madrid, 1954); y los capítulos correspondientes de las *Mémoires de Jules Humbert-Droz*, en 3 tomos (Neuchatel, 1969-1972).

(4) Si interesa un estudio general, véase la desigual obra de Stanley Payne, *The Spanish Revolution* (Nueva York, 1970; traducción castellana: Barcelona, 1972).

IV. La república

(1) De los estudios generales, la obra de Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República española*, 4 tomos (Madrid, 1956-1963), es el más detallado; es favorable a las derechas. La primera mitad de la obra de Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War* (Princeton, 1965; traducción castellana: Barcelona, 1974), es una narración apasionada y bien escrita, favorable a los liberales. La *Historia de la Segunda República española* de Josep Pía, 4 tomos (Barcelona, 1940-1941), todavía puede leerse con interés. Los ensayos de Raymond Carr, *The Republic and the Civil War in Spain* (Londres, 1971; traducción castellana: Barcelona, 1974), incluyen debates revisionistas interesantes.

(2) El mejor estudio de la caída de la Monarquía y la formación del movimiento republicano es el de S. Ben-ami, *The Fall of the Spanish Monarchy* (tesis doctoral de Oxford, 1974).

(3) Las elecciones están bien tratadas en Jean Bécarud, *La Deuxime République Espagnole* (París, 1962; traducción castellana: Madrid, 1967). Sobre este tema, véase también José Venegas, *Las elecdones del Frente Popular* (Buenos Aires, 1942), y un estudio moderno muy meticuloso, la obra de Javier Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, 2 tomos (Madrid, 1972). También está el libro de Manuel Ramírez Jiménez, *Los grupos de presión en la Segunda República* (Madrid 1969). Sobre política extranjera sólo existen las *Memorias (1921-1936)* de Salvador de Madariaga (Madrid, 1974).

(4) La historia económica de la República puede estudiarse en Albert Balcells, *Crisis económica y agitación social en Cataluña, 1930-1936* (Barcelona, 1971), y en la primera

parte de la obra de Ramón Tamames, *La República, la era de Franco* (Madrid, 1973), una obra de economía política muy provocativa.

(5) La obra de Edward Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Révolution in Spain* (New Haven, 1970; traducción castellana: Barcelona, 1972), es, con mucho, el mejor estudio de los problemas agrarios. Hay mucho material muy ilustrativo en tres estudios de tres pueblos muy diferentes: Julián Pitt Rivers, *People of the Sierra* (Londres, 1954; traducción castellana: Barcelona, 1971); Gerald Brenan, *South from Granada* (Londres, 1957; traducción castellana: Madrid, 1974), y Carmelo Lisón-Tolosana, *Belmonte de los Caballeros* (Oxford, 1966).

(6) El desafío liberal ha sido poco tratado por los historiadores y los escritores de memorias, con la excepción del incomparable diario de Manuel Azaña, contenido en los tomos III y IV de sus *Obras completas* (México, 1966), y en las páginas robadas que editó Joaquín Arrarás en 1938 con el título de *Memorias íntimas de Azaña* (Madrid, 1939). También son de una cierta utilidad dos biografías de Azaña: Cipriano Rivas-Cherif, *Retrato de un desconocido* (México, 1961), y Frank Sedwick, *The Tragedy of Manuel Azaña and the fate of the Spanish Republic* (Ohio, 1963). Véase también Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII...* (Barcelona, 1962), y Marcelino Domingo, *Mi experiencia del poder* (Madrid, 1934).

(7) El mejor estudio general sobre las derechas españolas es el de Richard Robinson, *The Origins of Franco's Spain* (Newton Abbot, 1970; traducción castellana: Barcelona, 1974), y son útiles las memorias de José María Gil Robles (*No fue posible la paz*, Barcelona, 1968) y de Joaquín Chapaprieta (*La paz fue posible*, Barcelona, 1971). La pequeña historia (*Buenos Aires, 1945*) de Alejandro Lerroux no es digna de confianza. La más informativa de las biografías de Calvo Sotelo es la de Aurelio Joaniquet (Santander, 1939). Los monárquicos son estudiados en Santiago Galindo Herrera, *Los partidos monárquicos bajo la segunda república* (Madrid, 1956), y, mucho más críticamente, en varios análisis de Paul Preston [p. ej., *The Spanish Right under the Second Republic*, Reading, 1971, y «The Moderated Right and the undermining of the Second Spanish Republic», *European Studies Review*, vol. III, nº 4 (1973)]. La nostalgia monárquica queda reflejada en José María Pemán, *Mis almuerzos con gente importante* (Barcelona, 1970) o en Juan Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos* (Barcelona, 1971). Javier Tusell hace un estudio metódico de la CEDA en su *Historia de la Democracia Cristiana en España*, 2 tomos (Madrid, 1974). Véase también José Gutiérrez Ravé, *Antonio Goicoechea* (Madrid, 1965).

(8) El resurgimiento carlista se expone en Juan de Zavala y Luis Redondo, *El Requeté* (Barcelona, 1957), y Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil* (Madrid, 1970). Para un estudio equilibrado, véase Martin Blinkhorn, *Carlism and Crisis in Spain* (Cambridge, 1975).

(9) La mejor historia de la Falange es la obra de ese título de Stanley Payne (Stanford, 1961; traducción castellana: París, 1965). También merece la pena examinar David Jato, *La rebelión de los estudiantes* (Madrid, 1953); la biografía de José Antonio escrita por Felipe Ximénez de Sandoval, *Biografía apasionada* (Barcelona, 1941); Francisco Bravo, *Historia*

de la Falange española de las JONS (Madrid, 1940); y *Hacia la Historia de la Falange*, de Julián Pemartín y Sancho Dávila. Las obras completas de José Antonio han aparecido en diferentes ediciones, p. ej., *Obras Completas* (Madrid, 1942). [Sobre la Falange en la guerra, véase más adelante, sección vn, apartado (1)].

(10) Sobre los movimientos obreros bajo la República, no hay mucho que añadir a la lista de la sección III, apartados (1) al (3). Sobre el anarquismo, las obras de Peirats, Abad de Santillán, García Venero, Brenan y Paz pueden complementarse con John Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España 1930-1937* (Barcelona, 1974). Los diferentes ensayos periodísticos de Prieto [en *Convulsiones de España*, 3 tomos (México, 1967-1969), *De mi vida*, 2 tomos (México, 1965-1970), o *Palabras al viento* (México, 1942)] reflejan la actitud socialista moderada.

(11) Los problemas regionales durante la República no han sido suficientemente estudiados. A diferencia de la lucha por la autonomía, la labor de la Generalitat catalana no ha sido objeto de mucha atención. E Allison Peers, *Catalonia Infelix* (Londres, 1937), aunque antigua, sigue siendo una buena introducción al tema. Hay una biografía de Companys, insatisfactoria, escrita por Ángel Ossorio y Gallardo: *Vida y sacrificio de Companys* (Buenos Aires, 1943). Véase un estudio general de fondo en García Venero, *Historia del nacionalismo catalán* (Madrid, 1944), y en Jesús Pabón, *Cambó*, 3 tomos (Barcelona, 1952-1969), la mejor biografía que hay en castellano. La Lliga ha sido estudiada ampliamente en Isidre Molas, *Lliga Catalana* (Barcelona, 1972). Balcells [véase anteriormente, en el apartado (4)] estudia la economía con detalle. En cuanto al nacionalismo vasco, la obra de Stanley Payne, *El nacionalismo vasco* (Barcelona, 1974) es una buena introducción, aunque bastante escéptica, que viene a reemplazar a la *Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1945) de García Venero, aunque en ésta se encuentra información útil.

(12) El tema de la Iglesia en la República está bien tratado por José Mariano Sánchez en *Reform and Reaction* (Chapel Hill, 1964) y más apasionadamente por Juan de Iturralde en *El catolicismo y la cruzada de Franco* (Bayona, 1955). Véase también Arxiu Vidal i Barraquer, *Església i Estat durant la Segona República Espanyola, 1931-1936*, vol. I (Montserrat, 1971). Naturalmente, hay material sobre este tema en las memorias de Gil Robles y otros.

V. La guerra civil en conjunto

Entre las obras generales se cuentan la segunda mitad del libro de Gabriel Jackson [véase sección IV, apartado (1)] y la recopilación de Raymond Carr. Una historia general desde un

ángulo trotskista es el libro de Pierre Broué y Émile Témime, *La Révolution et la Guerre d'Espagne* (París, 1961; traducción castellana: México, 1962). La *Historia de la guerra en España* de Julián Zugazagoitia (Buenos Aires, 1940, reediciones posteriores) es una vivida narración de un ministro socialista. La *Historia ilustrada de la guerra civil española*, 2 tomos (Barcelona, 1970), de Ricardo de la Cierva, buena, aunque desigual, es más crítica respecto de la República. La historia general de la guerra del mismo autor todavía no ha llegado, de momento (1975), a la fase de combate. La *Histoire de la guerre d'Espagne* de Robert Brasillach y Maurice Bardèche (París, 1939; traducción castellana: Valencia, 1966) es sólo una obra de época. La voluminosa *Historia de la Cruzada Española*, 36 tomos (Madrid, 1940-1943), dirigida por Joaquín Arrarás, es útil para estudiar el alzamiento. La *guerra de mil días*, de Guillermo Cabanellas (Buenos Aires, 1973), es un relato bien escrito, aunque punzante, de un hijo socialista del general Miguel Cabanellas, cuyo papel está bien estudiado.

VI. Aspectos militares, navales y aéreos.

(1) Todavía no hay ningún estudio adecuado de la creación y la naturaleza del ejército nacionalista. Sin embargo, sus jefes han escrito numerosas autobiografías y memorias, y han sido tema de muchas biografías: entre las primeras, véase la obra del general Kindelán, *Mis cuadernos de guerra* (Madrid, sin fecha), la del general García Valiño, *Guerra de liberación española* (Madrid, 1949), y la del general Martínez de Campos, *Ayer, 1931-1953* (Madrid, 1970). Entre las segundas se cuentan la vida del general Varela escrita por José María Pemán, *Un soldado en la Historia* (Cádiz, 1954), la biografía de Mola escrita por su ayudante, coronel José María Iribarren {Mola, Zaragoza, 1938), y numerosas biografías de Franco. De éstas, la más equilibrada es la de J. W. D. Trythall, *Franco* (Londres, 1970), y la más vivida es la de Luis Ramírez (Francisco Franco, París, 1964). La de Brian Crozier, *Franco* (Londres, 1967; traducción castellana: Madrid, 1969), no es crítica. Hay algunas intuiciones interesantes en la de George Hills, *Franco* (también Londres, 1967; traducción castellana: Madrid, 1968). La vida de Yagüe escrita por Juan José Calleja {Yagüe, un corazón al rojo, Barcelona, 1963) evita todos los temas difíciles.

(2) El monumental estudio de Ramón Salas Larrazábal sobre el ejército republicano {*El ejército popular*, 4 tomos, Madrid, 1974) contiene muchísima información y publica muchos documentos interesantes en los apéndices. Más manejable y menos partidista es la obra de Michel Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War* (tesis doctoral, Reading, 1974; traducción castellana: París, 1976). Las memorias de militares republicanos son legión: por ejemplo, general Vicente Rojo, *Alerta los pueblos* (Buenos Aires, 1941, y

Barcelona, 1974), Así fue la defensa de Madrid (México, 1967) y España heroica (México, 1961, y Barcelona, 1975); Julián Henríquez Caubín, La batalla del Ebro (México, 1944); José Martín Blázquez, I helped to build an army (Londres, 1939), muy bien escrito; la historia, poco de fiar, del golpe de estado del coronel Casado escrita por él mismo, The Last Days of Madrid (Londres, 1939; traducción castellana: Madrid, 1968); y el testimonio de cinco veteranos oficiales comunistas: Enrique Líster, Nuestra guerra (París, 1969); Juan Modesto, Soy del Quinto Regimiento (París, 1969); Antonio Cordón, Trayectoria (París, 1969), el excelente libro de Manuel Tagüeña, Testimonio de dos guerras (México, 1973); e Ignacio Hidalgo de Cisneros, Memorias, 2 tomos (París, 1964).

(3) Las dos historias militares más antiguas, la de Manuel Aznar, Historia militar de la guerra de España (Madrid, 1940), y la de Luis María Lojendio, Operaciones militares de la guerra de España (Madrid, 1940), todavía son útiles para el ejército nacionalista, pero, ahora, la historia militar general más satisfactoria, con mucho, es la que se encuentra en los numerosos tomos preparados por el coronel Martínez Bande para el Servicio Histórico Militar (Madrid, 1968, y en adelante), aunque son excesivamente discretos sobre muchos aspectos de las decisiones nacionalistas. También hay mucha información interesante en Salas Larrazábal [véase apartado (2)].

(4) Las cuestiones navales están ampliamente tratadas en el estudio enciclopédico de José Luis Alcofar Nassaes, Las fuerzas navales en la guerra civil española (Barcelona, 1971). Sobre las operaciones nacionalistas, véase también Almirante Cervera, Memorias de guerra (Madrid, 1968), y almirante Moreno, La guerra en el mar (Barcelona, 1959). Unas memorias navales republicanas son Bruno Alonso, La flota republicana y la guerra civil española (México, 1944), y puede encontrarse una sugestiva narración periodística en Manuel Benavides, La Escuadra la mandan los cabos (México, 1944). La contribución rusa a la presencia naval republicana está bien resumida en la colaboración del almirante Kuznetsov en *Bajo la bandera* de la España republicana (Moscú, probablemente 1967).

(5) La mejor historia de la guerra en el aire es la de Jesús Salas Larrazábal, La guerra de España desde el aire (Barcelona, 1970). Véase también general José Gomá, La guerra en el aire (Barcelona, 1958). Véase el punto de vista de un piloto republicano en coronel Andrés García Lacalle, Mitos y verdades (México, 1974). Menos extenso es F. Tarazona, Sangre en el cielo (México, 1960). La Escuadra España recibe un tratamiento épico en la maravillosa novela de Malraux, L'Espoir (París, 1938). Otras memorias de aviadores republicanos que siguen siendo interesantes son los libros de Olof de Wet, Cardboard Crucifix (Londres, 1938), y de F. G. Tinker, Some still Uve (Londres, 1936). Entre las memorias nacionalistas se cuentan las de J. García Morato, Guerra en el aire (Madrid, 1940); Juan Antonio Ansaldo, ¿Para qué? (Buenos Aires, 1951); y José Larios, Memorias de un piloto de caza (Santander, 1966). Puede encontrarse información técnica en los cuatro pequeños tomos de Salvador Relio, La aviación en la guerra de España (Madrid, 1969-1971), o en Miguel Sanchís, Alas rojas sobre España (Madrid, 1956). Hay muchos relatos de aviadores alemanes e italianos que lucharon en el bando de Franco (por ejemplo, Max von Hoyos, Pedros y Pablos, Munich, 1939), y algunos de rusos [véanse las memorias de *Bajo la*

bandera mencionadas anteriormente, en el apartado (4)]. Véase también *Des avions et des hommes* (París, 1969).

(6) La conspiración militar y el alzamiento están descritos exhaustivamente en Arrarás, *Historia de la Cruzada* (mencionado anteriormente, en la sección v). Sobre esto, véase también Antonio Lizarza, *Memorias de la conspiración* (Pamplona, 1954); Felipe Beltrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* (Barcelona, 1940); y la narración del chófer de Mola, B. Félix Maíz, *Alzamiento en España* (Pamplona, 1952). El primer tomo de la *Historia de La Cierva* (véase anteriormente, sección v) ata muchos cabos sueltos, y hay comentarios útiles en las obras anteriormente citadas de Robinson, Gil Robles y Stanley Payne (*Politics and the Military*). En Luis Bolín, *España, los años vitales* (Madrid, 1967), hay evidencia de las actividades de Franco. La obra de Del Burgo [véase más arriba, sección IV, apartado (8)] es interesante para conocer las actitudes carlistas. Véase García Venero, *Madrid, julio 1936* (Madrid, 1973), sobre el fracaso del alzamiento en la capital. Luis Romero, *Tres días de julio* (Barcelona, 1967), es un intento inteligente de recrear los primeros días de la guerra.

(7) Hay descripciones de batallas sueltas en los libros de Martínez Bande [véase más arriba, apartado (3)]. Sin embargo, véase también la lucha en torno a la capital en R. G. Colodny, *The Struggle for Madrid* (Nueva York, 1958; traducción castellana: París, 1970); en Esmond Romilly, *Boadilla* (nueva edición, Londres, 1971), véase una descripción de esa batalla; Olao Conforti, *Guadalajara* (Milán, 1967); R. Casas de la Vega, *Brunete* (Madrid, 1967) y *Teruel* (Madrid, 1975); Luis María Mezquida, *La batalla del Ebro*, 2 tomos (Tarragona, 1963), y, del mismo autor, *La batalla del Segre* (Tarragona, 1972); y el libro de Hernández Caubín sobre el Ebro anteriormente citado [véase apartado (2)]. Sobre Guernica, véase Gordon Thomas y Max Morgan Witts, *Guernica* (Nueva York, 1975), un texto interesante, aun cuando deja sin respuesta algunos interrogantes. Coronel Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República* (Barcelona, 1972), arroja luz sobre los servicios de información secreta de los nacionalistas al final de la guerra, igual que José Bertrán y Musitu, *Experiencias de los servicios de información del nordeste de España (SIFNE)* (Madrid, 1940). El libro de Cecil Eby, *The Siege of the Alcázar* (Londres, 1966) es el relato más equilibrado de este episodio. Julio de Urrutia, *El cerro de los héroes* (Madrid, 1965), es un relato cuidadoso, aunque apasionado, de lo ocurrido en Santa María de la Cabeza. Luis Romero, *Desastre en Cartagena* (Barcelona, 1971), explica la historia de la rebelión en aquella ciudad en marzo de 1939.

VII. La España nacionalista

(1) La historia política de la España nacionalista aún espera su historiador, aunque éste todavía no podría disponer de los documentos necesarios. Mientras tanto, puede sacarse alguna información de las diferentes vidas de Franco y de la obra de Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar* (Madrid, 1947). La vida de Hedilla, contada por éste a Maximiano García Venero, que la explica en *Falange en la guerra de España* (París, 1967), es interesante, especialmente cuando se lee junto con el comentario de Herbert Southworth, *Antifalange* (París, 1967). La ulterior corrección de Hedilla a García Venero se ha editado con el título de *Testimonio de Manuel Hedilla* (Barcelona, 1972). La obra de Dionisio Ridruejo *Escrito en España* (Buenos Aires, 1962) tiene referencias a la guerra. Sobre la Falange, la mejor introducción sigue siendo la obra de Payne [véase sección vi, apartado (5)], Del Burgo [sec. IV, ap. (8)], y Bolín [sec. vi, ap. (6)] son útiles.

(2) La mejor historia social de la España nacionalista, con mucho, es la de Rafael Abella, *La vida cotidiana en la España nacional* (Barcelona, 1973). Algunos relatos periodísticos contemporáneos aclaran algunos puntos: por ejemplo, Eddy Bauer, *Rouge et Or* (Neuchâtel, 1939).

(3) La represión en la España nacionalista es objeto de una amplia crónica en Antonio Bahamonde, *Un año con Queipo de Llano: memorias de un nacionalista* (Barcelona, 1938), sobre Sevilla, Antonio Ruiz Vilaplana, *Doy fe...* (París, s. a.), Jean Flory, *Galice sous la botte de Franco* (París, 1938), *Franco's Rule* (Londres, 1937), y *El clero vasco frente a la cruzada franquista* (Toulouse, 1966).

(4) El aspecto económico de la «cruzada» puede encontrarse en la tesis de Carlos Delclaux, *La financiación de la Cruzada* (Deusto), y en el artículo de J. R. Hubbard, «How Franco financed his war», publicado en *The Journal of Modern History* (diciembre, 1953). Véase también Juan Sardá, «El Banco de España (1931-1962)», en *El Banco de España* (Madrid, 1970), y Glenn T. Harper, *Germán Economic Policy in Spain* (La Haya, 1967).

(5) Los vencedores intentaron probar la legalidad de su rebelión en *Dictamen de la Comisión sobre la ilegitimidad de poderes actuantes en el 18 de julio de 1936* (Barcelona, 1939).

(6) La represión después de la guerra se trata en Catalunya sota el régim franquista (París, 1973); Melquíades Rodríguez Chaos, *24 años de cárcel* (París, 1968); Miguel García, *I was Franco's Prisoner* (Londres, 1972); Arturo Bray, *La España del brazo en alto* (Buenos Aires, 1943); y también Ronald Fraser, *In Hiding* (Londres, 1972).

VIII. La política de los republicanos durante la guerra civil

(1) Estudios generales de la República son los de Diego Sevilla Andrés, *Historia política*

de la zona roja (Madrid, 1954), y Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage* (Londres, 1961; traducción castellana: Barcelona, 1967). Una visión personal, pero informada, de la época es la de Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit* (Londres, 1937; traducción castellana: París, 1971).

(2) El «etéreo» centro no está bien estudiado. Véase, sin embargo, el diario de Azaña anteriormente citado [sección IV, ap. (6)]; la autobiografía de Ángel Ossorio y Gallardo, *La España de mi vida* (Buenos Aires, 1941); y el famoso diálogo de Azaña, *La Velada en Benicarló* (en el vol. III de sus Obras completas, y otras varias ediciones). Las memorias de Casado [sec. vi, ap. (2)] ponen de manifiesto la frustración de un oficial del ejército leal.

(3) Los socialistas tampoco están analizados con detalle. Pero véanse las obras de Largo Caballero, Zugazagoitia, Prieto y Saborit (sobre Besteiro) anteriormente citadas. Julio Álvarez del Vayo escribió varias autobiografías, de las cuales la más útil es *La guerra empezó en España* (México, 1940). Véase también Justo Martínez Amutio, *Chantaje a un pueblo* (Madrid, 1974), y el último tomo de Antonio Barea, *La forja de un rebelde* (Buenos Aires, 1951).

(4) Sobre la experiencia anarquista de la guerra civil véase Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra* (Buenos Aires, 1940), y José García Pradas, *Cómo terminó la guerra de España* (Buenos Aires, 1940): ambos son relatos personales. El estudio más útil es el de José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 3 tomos (Toulouse, 1951-1953), que tiene mucha documentación interesante. Sobre la «política» del anarquismo, véase César Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder* (París, 1974), y Vernon Richards, *Lessons of the Spanish Révolution* (Londres, 1953; traducción castellana: París, 1971). Sobre la revolución, véase F. Mintz, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire* (París, 1970), y Gastón Leval, *L'Espagne libertaire* (París, 1970; traducción castellana: Buenos Aires, 1972). Véase también de Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista* (París, 1976). «El movimiento libertario español», suplemento de Cuadernos Ruedo Ibérico (París, 1974); Albert Pérez Baró, *Trenta meses de collectivisme a Catalunya* (Barcelona, 1970); y Ricardo Sanz, *Los que fuimos a Madrid* (Toulouse, 1969). Los libros anteriormente citados de Brademas, Paz [sec. III, ap. (1)], Borkenau y Bolloten son útiles, y el de Juan Peiró, *Perill a la rereguarda* (Matará, 1936), es testimonio del realismo anarquista del momento. Una obra reciente de Carlos Semprún Maura, *Révolution et contre-révolution en Catalogue* (Tours, 1974; traducción catalana: Barcelona, 1975) tiene algunas buenas observaciones.

(5) Los comunistas tienen una amplia bibliografía. Los dos análisis históricos más serios son el de D. C. Cattell, *Communism and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1955), y el de Burnett Bolloten, citado en el ap. (1) de esta sección. Entre las memorias de comunistas se encuentran los libros de «la Pasionaria» (Dolores Ibárruri), *EZ único camino* (París, 1962), Hidalgo de Cisneros, Lister, Cordon y Modesto [cit. en sec. vi, ap. (2)]. También puede encontrarse alguna información en Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne*, una conversación con Régis Debray y Max Gallo (París, 1974). Entre los ex-comunistas que han criticado a sus antiguos camaradas se cuentan Jesús Hernández, *Yo, ministro de Stalin en España*

(Madrid, 1954); Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú* (Barcelona, 1965); y «el Campesino» (Valentín González), cuyos libros son *Comunista en España* y *antiestalinista en la U.R.S.S.* (México, 1952), y *Listen Comrades* (Londres, 1962). El libro de Manuel Tagüeña [citado anteriormente, sec. vi, ap. (2)] enfoca el tema con serenidad. Las críticas o los comentarios sobre los comunistas en la guerra civil pueden encontrarse en todos los estudios políticos o los libros de memorias sobre la guerra civil. Véanse en particular los libros de Barea, Martínez Amutio y Borkenau [anteriormente citados, en la sec. vm, ap. (1) y (3), y también véase la sec. ix, ap. (7), sobre Rusia].

(6) Cataluña. La obra de Bricall, *Política económica de la Generalitat* (Barcelona, 1970) es una contribución importante a la historia económica de la guerra. La mayoría de los relatos anarquistas tienen información valiosa, en particular los libros anteriormente citados de Semprún Maura, Abad de Santillán y Pérez Baró. Manuel Benavides, *Guerra y revolución en Cataluña* (México, 1946), es un relato vivido favorable al PSUC. Véase también Carlos Pi i Suñer, *La República y la guerra* (México, 1975) y Frederic Escofet hace una buena narración de los hechos del 19 y el 20 de julio de 1936 en *Al servei de Catalunya i de la República*, 2 tomos (París, 1973). La obra de George Orwell, *Homage to Catalonia* (Londres, 1938; traducción castellana: Barcelona, 1971), evoca con brillantez los hechos de mayo de 1937. Véase también la vida de Companys escrita por Ossorio y Gallardo [citada en la sec. IV, ap. (11)]. En el diario de Azaña hay amplios comentarios. Véanse visiones derechistas de Cataluña en tiempos de la República en F. La Cruz, *El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona* (Barcelona, 1943), y en José María Fontana, *Los catalanes en la guerra de España* (Madrid, 1951).

(7) Sobre los vascos, G. L. Steer, *The Tree of Gernika* (Londres, 1938; traducción castellana: s. 1., 1963), es un relato apasionante de la guerra en Vizcaya, muy pro-vasco. A. Lizarra, *Los vascos y la República española* (Buenos Aires, 1944), da las opiniones de Manuel de Irujo. José Antonio Aguirre, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín* (Buenos Aires, 1943), no es muy útil. Un estudio militar más reciente es el de Sancho de Beurko, *Gudaris, recuerdos de guerra* (Buenos Aires, 1956). Véase también la historia de Stanley Payne.

(8) Sobre el POUM, véase George Orwell, citado en el ap. (6) de esta sección; Jorquín Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España* (segunda edición, París, 1966), y Julián Gorkin, *Caníbales políticos* (México, 1940). Ha aparecido una nueva versión de la historia de Gorkin con el título de *El proceso de Moscú en Barcelona* (Barcelona, 1974). Un ensayo reciente es el de Andrés Suárez, *El proceso contra el POUM* (París, 1974). Katia Landau, *Le stalinisme en Espagne* (París, 1938) expone la persecución comunista del POUM. Grandizo Munis, *Jalones de derrota* (México, 1948), es una visión bien escrita del fracaso de la revolución, desde una óptica «poumista», más o menos. Véase también Manuel Casanova, *L'Espagne livrée* (reedición París, 1971).

(9) Las circunstancias espantosas en que vivieron muchas personas en la retaguardia están descritas vividamente en obras como *La Causa General* (informe sobre el proceso masivo incoado por los vencedores después de la guerra, Madrid, 1943, y reediciones). Véase

también el libro del padre Montero, *La persecución religiosa en España* (Madrid, 1961); Pilar Millán Astray, *Cautivas: 32 meses en las prisiones rojas* (Madrid, 1940); la novela de Agustín de Foxá, *Madrid de Corte a checa* (San Sebastián, 1938); el juicio del que se da cuenta en el libro titulado *Por qué hice las checas de Barcelona* (Madrid, 1940), de Rafael López Chacón; y algunos de los ataques del POUM contra los comunistas (p. ej., las obras citadas de Julián Gorkin, Katia Landau y Manuel Casanova).

(10) La historia económica de la República requiere un estudio más cuidadoso que el que se ha llevado a cabo hasta ahora. Pero véanse las obras de Bricall, Semprún Maura, Mintz, Delclaux, Sardá y Stanley Payne (*The Spanish Revolution*) anteriormente citadas.

IX. Las implicaciones internacionales

(1) Hay mucho material interesante en Jesús Salas Larrazábal, *Intervención extranjera en la guerra de España* (Madrid, 1974). Hay breves relatos diplomáticos de P. A. M. van der Esche, *Prelude to War* (La Haya, 1951), y Dante Puzzo, *Spain and the Great Powers 1936-1941* (Nueva York, 1962). Fernando Schwarz, *La internacionalización de la guerra civil española* (Barcelona, 1971) es sugestiva. N. J. Padelford, *International Law and Diplomacy in the Spanish Civil strife* (Londres, 1939), sigue siendo el mejor estudio de las cuestiones legales. A. J. Toynbee, con V. M. Boulter y Katherine Duff, siguen siendo los autores del mejor estudio de la guerra como problema internacional: *The Survey of International Affairs 1937*, vol. ii, y sobre 1938, vol. i (Londres, 1938 y 1948, respectivamente). El representante de la Cruz Roja en España, Marcel Junod, proporciona una buena información en su obra *Warrior without weapons* (Londres, 1951). Herbert Southworth, *La destrucción de Guernica* (París, 1975), es un estudio esclarecedor de las reacciones de la prensa. (Yo tuve la suerte de acceder a las memorias y los manuscritos, todavía inéditos, de Pablo de Azcárate, el embajador republicano en Londres en 1936-1939. En prensa este libro, acaba de aparecer *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, 1976.)

(2) Sobre las Brigadas Internacionales se ha escrito mucho. Casi cada país del mundo tiene su historia especial. La mejor historia general es la obra enciclopédica e indigesta de Andreu Castells, *Las Brigadas Internacionales en la guerra de España* (Barcelona, 1974). Véase también Jacques Delperrie de Bayac, *Les Brigades Internationales* (París, 1968), y Vincent Brome, *The International Brigades* (Londres, 1967). El libro del coronel Martínez Bande, *Brigadas Internacionales*, es menos impresionante que su otra obra, y Ricardo de La Cierva, *La leyenda de las Brigadas Internacionales* (Madrid, 1967), es superficial. El apéndice de Ramón Salas Larrazábal, *Historia del ejército popular de la República*, vol. IV

(Madrid, 1974), es interesante.

(3) La relación entre Inglaterra y la guerra civil es investigada por K. W. Watkins en *Britain Divided* (Londres, 1963). La política exterior inglesa se estudia en la estimable obra de lord Avon, *Facing the Dictators* (Londres, 1962), y en *The diplomatic diaries of Oliver Harvey* (Londres, 1970). Entre los diplomáticos ingleses en España que aportan su contribución se encuentran sir Robert Hodgson (*Spain Resurgent*, Londres, 1953), sir Geoffrey Thompson (*Front Line Diplomat*, Londres, 1959), y sir Samuel Hoare (*Ambassador on Special Mission*, Londres, 1946). El mejor telón de fondo para la diplomacia inglesa de aquella época es Keith Middlemas, *Diplomacy of Illusion* (Londres, 1962). La reacción intelectual británica ante la guerra es captada por Peter Stansky y William Abrahams, *The Journey to the Frontier* (Londres, 1966), un estudio sobre John Cornford y Julián Bell. Los mejores libros de participantes ingleses son Esmond Romilly, *Boadilla* (Londres, 1971); John Sommerfield, *Volunteer in Spain* (Londres, 1937); Tom Wintringham, *English Captain* (Londres, 1939); el libro de George Orwell anteriormente citado; y Jason Gurney, *Crusade in Spain* (Londres, 1974). Véase también Carmel Haden Guest, *David Guest: a scientist fights for freedom* (Londres, 1939). Puede encontrarse un estudio sobre los voluntarios ingleses en William Rust, *Britons in Spain* (Londres, 1939): no es crítico. La única obra de un voluntario inglés en el bando de Franco es el vivido relato de Peter Kemp, *Mine were of Trouble* (Londres, 1957; traducción castellana: Barcelona, 1959). La participación irlandesa en el bando nacionalista es recordada en la obra del general O'Duffy, *Crusade in Spain* (Londres, 1938).

(4) La política exterior francesa y la guerra civil española está expuesta en los varios tomos de documentos de política exterior editados bajo el título de *Documents diplomatiques français 1932-1939, 2ª serie*, de 1968 en adelante (tomos ni al vil). Véase también la narración de Léon Blum en *Les événements survenus en France* (Informe de la comisión parlamentaria de investigación de las causas de la derrota de 1940, editado en París, en 1951). También hay material en Pierre Cot, *Triumph of Treason* (Chicago, 1944); George Bonnet, *De Washington au Quai d'Orsay* (Ginebra, 1946); y general Gamelin, *Servir* (París, 1948). Un estudio excelente de la propaganda de guerra en Francia es D. W. Pike, *Conjecture Propaganda and Deceit and the Spanish Civil War* (Stanford, 1968). Maitre Isorni, *Philippe Pétain*, 2 tomos (París, 1972), tiene un capítulo muy interesante sobre Pétain y España. La gran novela de Malraux, *L'Espoir* (París, 1938), tiene pasajes incomparables. El papel de los voluntarios franceses en el bando de la República está resumido en *L'Épopée d'Espagne* (París, 1957). Véase también Henri Dupré, *La "Légion Tricolore" en Espagne* (París, 1942), donde se demuestra que no todas las fantasías de Marty eran infundadas.

(5) Sobre Alemania y la guerra civil, los documentos de política exterior, serie D, volumen m, son inapreciables. La política alemana es analizada en Manfred Merkes, *Die Deutsche Politik gegenüber dem Spanischen Bürgerkrieg* (Bonn, 1961), y en Glenn Harper [en el libro citado en la sec. vn, ap. (4)]. Hay algunos relatos de aviadores de la Legión Cóndor, por ejemplo el del general Galland, *The First and the Last* (Londres, 1955; traducción

castellana: Barcelona, 1955). Un estudio reciente y brillante es el de Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio* (Madrid, 1974). Sobre los alemanes que lucharon en el bando de la República, véase la excelente obra de Gustav Regler, *The Owl of Minerva* (Londres, 1959); Ludwig Renn, *Der Spanische Krieg* (Berlín, 1955); Alfred Kantorowicz, *Spanisches Tagebuch* (Berlín, 1948) y "*Tschapaiew*", *das Bataillon der 21 Nationen* (Berlín, 1956; traducción castellana: Madrid, 1938).

(6) La diplomacia italiana en relación con España puede estudiarse en Ciano, *Diaries 1937-1938* (Londres, 1952), y *1939-1943* (Londres, 1947), y *Ciano's Diplomatic Papers* (Londres, 1948). Véase también Roberto Cantalupo, *Fu la Spagna* (Milán, 1947; traducción castellana: Barcelona, 1951). La intervención militar está resumida en José Luis Alcofar Nassaes, *CTV: los legionarios italianos en la guerra civil española* (Barcelona, 1972), y todavía tiene interés ver relatos más antiguos, como el de Ambrogio Bollati, *La guerra di Spagna*, 2 tomos (Turín, 1939), o Francesco Belforte, *La guerra civile in Spagna* (Milán, 1938). También hay algunas narraciones de «voluntarios» italianos en el bando de Franco, como la de Emilio Faldella, *Ven ti me si de guerra in Spagna* (Florencia, 1939), o la de Sandro Piazzoni, *Las tropas Flechas Negras en la guerra de España* (Barcelona, 1942), y la de Ruggero Bonomi, *Viva la muerte* (Roma, 1941). Sobre la izquierda, están los libros de Randolfo Pacciardi (*Volontari italiani nella Spagna repubblicana*, Lugano, 1948); Luigi Longo (*Le Brigate Internazionali in Spagna*, Roma, 1956; traducción castellana: México, 1966); Pietro Nenni (*La guerre d'Espagne*, París, 1959; traducción castellana: México, 1964); Giovanni Pesce (*Un garibaldino in Spagna*, Roma, 1955); y Cario Penchienati (*Brigate Internazionali in Spagna*, Milán, 1950). El mejor telón de fondo para la política de la izquierda se encuentra en Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, vol. III (Turín, 1970).

(7) El mejor estudio sobre la política rusa sigue siendo D. C. Cattell, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1957), aunque no tiene en cuenta la gran cantidad de memorias de rusos que se han publicado recientemente. De éstas, las más importantes son las de Bajo la bandera de la España republicana (Moscú, hacia 1970). Sobre la diplomacia rusa véase Ivan Maisky, *Spanish Notebooks* (Londres, 1960). Sobre la guerra no oficial y la diplomacia véase Mikhail Koltsov, *Diario de la guerra de España* (reeditado en París, 1964), y Louis Fischer, *Men and Politics* (Nueva York, 1941). Véase también Walter Krivitsky, *I was Stalin's agent* (Londres, 1940; traducción castellana: Guadalajara, 1945), y las memorias de Ilya Ehrenburg, vol. III, *The Eve of War 1933-1941* (Londres, 1963). Obviamente, muchos de los estudios sobre el comunismo también ayudan a interpretar la política rusa.

(8) Los tomos de los documentos de política exterior de los Estados Unidos incluidos en su serie de Relaciones Exteriores (1936, vol. i; 1937, vol. ii; 1938, vol. i; 1939, vol. II, Washington, 1954-1956) son interesantes. Véanse también las memorias del embajador norteamericano en España, Claude Bowers, *My Mission to Spain* (Nueva York, 1954; traducción castellana: México, 1955). Sobre la política del petróleo, véase Herbert Feis, *The Spanish Story* (Nueva York, 1948). Pueden encontrarse análisis de la política exterior

norteamericana respecto a España en Richard Traína, *American Diplomacy and the Spanish Civil War* (Bloomington, 1968), y en F. J. Taylor, *The USA and the Spanish Civil War* (Nueva York, 1956). Hay muchas narraciones personales de voluntarios norteamericanos en España; entre otras, las de Steve Nelson, *The Volunteers* (Nueva York, 1953); Edwin Rolfe, *The Lincoln Battalion* (Nueva York, 1939); y Alvah Bessie, *Men in Battle* (Nueva York, 1939; traducción castellana: México, 1969). El relato más equilibrado sobre el batallón Abraham Lincoln es el de Cecil Bay, *Between the bullet and the lie* (Nueva York, 1969), pero véase Arthur Landis, *The Abraham Lincoln Battalion* (Nueva York, 1967) si se desea una versión entusiasta. La famosa novela de Ernest Hemingway, *For whom the Bell Tolls* (Nueva York, 1940; traducción castellana: Buenos Aires, 1957), a menudo es esclarecedora. Muchos periodistas norteamericanos escribieron libros interesantes en aquellos momentos; entre otros, véanse los libros de Herbert Matthews, *Two Wars and More to Come* (Nueva York, 1938), y H. R. Knickerbocker, *The Siege of the Alcázar* (Philadelphia, 1936). El impacto intelectual de España sobre los Estados Unidos se estudia en Alien Guttman, *The Wound in the Heart* (Nueva York, 1962).

(9) Entre otros países afectados por la guerra civil española se cuentan México [véase Lois Elwyn Smith, *México and the Spanish Republicans* (Berkeley, 1955)], Suiza [véase Max Wullschleger, *Schweizer Kampfen in Spanien* (Zurich, 1939)], Cuba (véase Raúl Roa, *Pablo de la Tórnente Brau y la Revolución española* (La Habana, 1937)], y la mayoría de los países centroeuropeos. Pueden encontrarse algunos indicios de la importancia que tuvo el conflicto para los checos, por ejemplo, en *L'aveu* de Artur London (París, 1968; traducción castellana: Madrid, 1971). En la mayoría de los países de la Europa oriental hay estudios muy detallados sobre su participación. Véase la bibliografía de Castells. El papel de Portugal puede estudiarse en *Diez años de política externa (1936-47)*, vol. III (Lisboa, 1965).

X. Miscelánea

Sobre las innovaciones quirúrgicas debidas a la guerra civil, véase J. Trueta, *Treatment of War Wounds and Fractures* (Londres, 1939). María Rosa Urraca Pastor, *Así empezamos* (Bilbao, 1940), son las memorias de una destacada enfermera nacionalista («la Coronela»). El tercer tomo de F. Bravo Morata, *Historia de Madrid* (Madrid, 1968), y la obra de Vicente Ramos, *La guerra civil: provincia de Alicante*, 3 tomos (Alicante, 1974), inician lo que será, sin duda, una biblioteca de historias locales. Ian Gibson, *The Death of Lorca* (Londres, 1973; traducción castellana: París, 1974), ilustra el ambiente de Granada en 1936.

XI. Consecuencias literarias

Si se desea una introducción, véase Aldo Garosci, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna* (Florencia, 1959); Guttman [véase más arriba, sec. ix, ap. (7)]; Frederick Benson, *Writers in Arms* (Nueva York, 1967); y Stanley Weintraub, *The Last Great Cause* (Londres, 1968), muy bien escrito. Una tesis de Hilary Footit es buena para conocer las reacciones de las derechas francesas (*French Intellectuals of the Right and the Spanish Civil War*, tesis doctoral, Reading, 1972). Enrique Suñer, *Los intelectuales y la tragedia española* (San Sebastián, 1937), presenta una reacción nacionalista, sobre la cual hay mucha información valiosa en la obra de Abella [sec. vn, ap. (2)]. Herbert Southworth, *El mito de la Cruzada de Franco* (París, 1963), pone en cuestión las interpretaciones nacionalistas con agudeza y brío. Véase también *Les écrivains et la guerre d'Espagne* (París, 1975).

XII. La iglesia durante la guerra civil

Véase una obra polémica antifranquista de erudición en Juan de Iturraldé, *El catolicismo y la cruzada de Franco*, 2 tomos (Bayona, 1955). Sobre los sacerdotes vascos, véase *El clero vasco frente a la cruzada franquista* (Bayona, 1966). La «anti-cruzada» es también el tema de la obra del obispo de Vitoria (doctor Mateo Múgica), *Imperativos de mi conciencia* (Buenos Aires, sin fecha), y de Montserrat, glosas a la carta colectiva de los obispos españoles, escrito por fray J. Vilar Costa (Barcelona, 1938). Sobre el apoyo católico francés a la República véase Georges Bernanos, *Les grands cimetières sous la lune* (París, 1938; traducción castellana: Santiago de Chile, 1939), y Jacques Maritain, *Sobre la guerra santa* (Buenos Aires, 1937). Sobre la defensa ortodoxa de la Iglesia, véase cardenal Gomá, *Pastorales de la guerra de España* (Madrid, 1955), y muchos folletos como el de fray Ignacio Reigada, *La guerra nacional española ante la moral y el derecho* (Salamanca, 1937). Puede encontrarse una defensa razonada de la Iglesia en Luis Carreras, *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa* (Toulouse, 1938). Hay un estudio completo de la persecución de la Iglesia bajo la República en el libro anteriormente citado del P. Antonio Montero [sec. vm, ap. (9)]. Puede encontrarse algo de material útil en Antonio Granados, *El cardenal Gomá* (Madrid, 1969).

XIII. Novelas

Algunas buenas novelas que tratan de la guerra española y sus orígenes son: Georges Conchon, *La corrida de la victoire* (París, 1959); Camilo José Cela, *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid* (Madrid, 1969); Pío Baroja, *Aurora roja* (Madrid, 1929); José María Gironella, *Los cipreses creen en Dios* (Barcelona, 1956); Agustín de Foxá, *Madrid de Corte a checa* (San Sebastián, 1938); Ernest Hemingway, *Por Whom the Bell Tolls*, citada anteriormente; Ángel María de Lera, *Las últimas banderas* (Barcelona, 1966); André Malraux, *L'Espoir* (París, 1937); Henri de Montherlant, *Le chaos et la nuit* (París, 1963), Gustav Regler, *The Great Crusade* (Londres, 1940); y Ramón Sender, *Siete domingos rojos* (Barcelona, 1932 y Buenos Aires, 1970).

XIV. Películas

Algunas películas son: *Madrid 36* (1937, dirigida por Buñuel); *L'Espoir* (1939, dirigida por Malraux); *La guerre est finie*, brillante reconstrucción de la política en el exilio, dirigida por Alain Resnais y con guión de Jorge Semprún; *Mourir á Madrid* (1962), la reconstrucción de F. Rossif y M. Chapsal; *The Spanish Earth* (1938), hecha por Joris Ivens, Hemingway, Lilian Helman, *Dos Passos*, sin mucho éxito; *El espíritu de la colmena* (1974), muy hermosa aunque sombría.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

En esta lista se incluyen libros, artículos y otro material al que se hace referencia en las notas a pie de página, además de diarios y periódicos; y también algunos otros libros

consultados que pueden ser útiles. A menudo, el criterio seguido para la selección ha sido la significación del libro o folleto en cuanto típico en su género: así, por ejemplo, el valor histórico de *The Bishop of Chelmsford Refuted* no es grande, pero tanto este folleto como otros tienen un interés por sí mismos.

ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *Por qué perdimos la guerra* (Buenos Aires, 1940). —*La revolución y la guerra en España* (Barcelona, 1937). ABELLA, Rafael, *La España nacional* (Barcelona, 1973). ABERRIGOYEN, Iñaki de (Ignacio de Azpiazu), *Sept mois et sept jours dans l'Espagne de Franco* (París, 1938). (Hay traducción castellana.) ABSHAGEN, Karl, *Canaris* (Londres, 1956). ACEDO COLUNGA, Felipe, José Calvo Sotelo (Barcelona, 1959). ACIER, Marcel, ed., *From Spanish trenches* (Nueva York, 1937). AGUIRRE Y LECUBE, José Antonio de, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín* (Buenos Aires, 1944). ALBA, Víctor (Pedro PAGÉS ELÍAS): *Histoire des Républiques Espagnoles* (Vincennes, 1948). ALCALÁ-GALIANO, Alvaro, *La caída de un trono* (1931), Madrid, 1933. ALCÁZAR DE VELASCO, A., *Serrano Súñer en la Falange* (Madrid, 1940). ALCOFAR NASSAES, José Luis, *CTV: los legionarios italianos en la guerra civil española* (Barcelona, 1972). —*Los asesores soviéticos en la guerra civil española* (Barcelona, 1971). —*Las fuerzas navales en la guerra civil española* (Barcelona, 1971). ALCOLEA, Raymond, *Le Christ chez Franco* (París, 1938). ALLAN, Ted, *The Man who made Franco* (un artículo) (Colliers, 1947). —y Sydney GORDON, *The scalpel, the sword* (Londres, 1954). (Biografía del doctor Norman Bethune.) ALONSO, Bruno, *La flota republicana y la guerra civil de España* (México, 1944). ALPERT, Michael, *The Republican Army in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Reading, 1973. (Hay traducción castellana.) ÁLVAREZ, Ramón, *Eleuterio Quintanilla (vida y obra del maestro)* (México, 1973). ÁLVAREZ DEL VAYO, Julio, *La guerra empezó en España* (México, 1940). —*En la lucha* (México, 1976). —*The Last Optimist* (Londres, 1950). AMBA, Achmed, *I was Stalin's bodyguard* (Londres; 1952). AMERY, Julián, *Approach March* (Londres, 1973). ANSALDO, Juan Antonio, *¿Para qué...?* (De Alfonso XIII a Juan III) (Buenos Aires, 1951). *Anuario Estadístico de España* (Madrid, 1931). ARAQUISTAIN, Luis, *El comunismo y la guerra de España* (Carmaux, 1939). *Archivos Carlistas, Sevilla: documentos, cartas y otro material, propiedad de Manuel Fal Conde, que me enseñó Melchor Ferrer*. ARENILLAS, José María, *The National Question and the Socialist Revolution in the Basque Country* (Leeds, 1972). ARMILLAS GARCÍA, Luis, *Rutas gloriosas* (Cádiz, 1939). ARMIÑÁN, José Manuel y Luis de, *Epistolario del dictador* (Madrid, 1930). ARMIÑÁN, Luis de, *Bajo el cielo de Levante* (Madrid, 1939). ARNAL, mosén Jesús, *Por qué fui secretario de Durruti* (Andorra, 1972). AROCA SARDAGNA, José María, *Los republicanos que no se exiliaron* (Barcelona, 1969). ARRARÁS, Joaquín, *Franco* (Buenos Aires, 1937). —*Historia de la Segunda República*, 4 vols. (Madrid, 1956-1964). ASENSIO TORRADO, general, *El general Asensio: su lealtad a la república* (Barcelona, 1938). ATHOLL, Katharine, Marjory STEWART-MURRAY, duquesa de: *Searchlight on Spain* (Harmondsworth, 1938). ATTLEE, C.R., (con Ellen WILKINSON, Philip Noel BAKER, John DUGDALE), *What we saw in Spain* (Londres, 1937). AUB,

Max, Campo cerrado (México, 1943). AUCLAIR, Marcelle, *Enfance et mort de García Lorca* (París, 1968). *Authors take sides on the Spanish War* (Londres, 1937). AVILES, Gabriel, *Tribunales rojos* (Barcelona, 1939). AYERRA, Marino, *No me avergoncé del Evangelio* (Buenos Aires, 1958). AZAÑA, Manuel, *Obras Completas*, 4 vols. (México, 1966-1968). AZCÁRATE, Pablo de, *Memoirs* (no publicadas). (Acaba de aparecer *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Barcelona, 1976.) AZNAR, Manuel, *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)* (Madrid, 1940). AZPILIKOETA, doctor de, *Le problème basque vu par le cardinal Gomó et le président Aguirre* (París, 1938).

BAHAMONDE Y SÁNCHEZ DE CASTRO, Antonio, *Un año con Queipo de Llano: memorias de un Nacionalista* (Barcelona, 1938). BAILEY, Geoffrey, *The Conspirators* (Londres, 1961). *Bajo la Bandera de la España Republicana* (Moscú, 1967). BAKER, Carlos, *Hemingway: the writer as an artist* (Princeton, 1952). BALBONTÍN, José Antonio, *La España de mi experiencia* (México, 1952). BALCELLS, Albert, *Crisis económica y agitación social en Cataluña (1930-1936)* (Barcelona, 1971). BALK, Theodore, *La Quatorzième* (Madrid, 1937). BALLESTEROS, Antonio, *Historia de España*, 8 vols. (Barcelona, 1919-1936) BARÁIBAR, Carlos de, *La guerra de España en el plano internacional* (Barcelona, 1938). BARCIA TRELLES, Augusto, *La política de no-intervención* (Buenos Aires, 1942). BARCO TERUEL, Enrique, *Valle del Jarama (Brigada Internacional)* (Barcelona, 1969). BARDOUX, Jacques, *Chaos in Spain* (Londres, 1937). BAREA, Arturo, *La forja de un rebelde* (Buenos Aires, 1951). BARMINE, Alexander, *One who survived* (Londres, 1945). BAROJA Y NESSI, Pío, *Ayer y hoy* (Santiago de Chile, 1939). BARRIOBERO, Eduardo, *Un tribunal revolucionario* (Barcelona, 1936). BARTLETT, V., *I accuse* (Londres, 1937). BASALDÚA, Pedro de, *El dolor de Euzkadi* (Barcelona, 1937). —*En España sale el sol* (Buenos Aires, 1946). BAUER, Eddy, *Rouge et Or* (Neuchatel, 1939). BAYLE, Fr. Constantino, *¿Qué pasa en España?* (Salamanca, 1937). BEAUFRE, general André, *The Fall of Trance*, 1940 (Londres, 1965). BÉCARUD, Jean, y LAPOUGE, Gilíes, *Anarchistes en Espagne* (París, 1969). (Hay traducción castellana.) BÉCARUD, Jean, *La Deuxième République espagnole 1931-1936* (París, 1962). (Hay traducción castellana.) BELL, Quentin, ed., *Julián Bell: Essays, Poems and Letters* (Londres, 1938). BELFORTE, Francesco, *La guerra civile in Spagna* (Milán, 1938). BEN-AMI, S., *The Origins of the Second Republic* (tesis doctoral, Oxford, 1974). BENAVIDES, Manuel, *El último pirata del Mediterráneo* (Madrid, 1933). —*Guerra y revolución en Cataluña* (México, 1946). —*La escuadra la mandan los cabos* (México, 1944). BENDINER, Robert, *The Riddle of the State Department* (Nueva York, 1962). BERJÓN, Antonio, *La Prière des exiles espagnoles á la vierge du pilier* (Lieja, 1938). BERNANOS, Georges, *Les grands cimetières sous la lune* (París, 1938). (Hay traducción castellana.) BERNERI, Camilo, *Mussolini a la conquête des Baléares* (París, 1937). (Hay traducción castellana.) —*Guerre de classes en Espagne* (París, 1938). BERNERI, Giovanna, *Lezione sull'antifascismo* (Bari, 1962). «BERRYER», *Red Justice* (Londres, 1937). BERTRÁN GÜELL, Felipe, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* (Valladolid, 1939).

BERTRÁN Y MUSITO, José, Experiencias de los Servicios de información del nordeste de España (SIFNE) durante la guerra (Madrid, 1940). BESSIE, Alvah Cedí, Men in battle (Nueva York, 1939). (Hay traducción castellana.) BETHUNE, Norman, Le crime de la route Málaga-Almería (Publicaciones Iberia, s. 1., ¿1937? BEUMELBURG, Werner, Kampf un Spanien. Die Geschichte der Legión Condor (Berlín, 1940). BEURKO, Sancho de, Gudarís, recuerdos de guerra (Buenos Aires, 1956). BIHALJI-MERIN, Otto (Merin, Peter), Spain between death and birth (Nueva York, 1938). BILANKIN, George, Tito (Londres, 1957). *Bishop of Chelmsford Refuted*, The (Londres, 1938). BLANKFORT, Michael, The brave and the blind (Nueva York, 1940). BLEY, Wulf, Das Buch der Spanienflieger (Leipzig, 1939). BLINKHORN, Martin, «"The Basque Ulster": Navarre and the Basque autonomy question under the Spanish Second Republic», The Historical Journal, XVIII, n° 3 (1974), pp. 595-613. BLOCH, Jean Richard, España en armas (Santiago de Chile, 1937). BLYTHE, Henry, Spain over Britain (Londres, 1937). BOLÍN, Luis A., España, los años vitales (Madrid, 1967). BOLLATI, Ambrogio (y BONO, Giulio del), La guerra di Spagna. Sino alia liberazione di Gijón (Turín, 1937). —La guerra di Spagna. Dalla liberazione di Gijón alia vittoria (Turín, 1939). BOLLOTEN, Burnett, The grand camouflage; the communist conspiracy in the Spanish Civil War (Nueva York, 1961). (Hay traducción castellana.) BONET, Joaquín Alonso, Simancas: epopeya de los cuarteles de Gijón (Gijón, 1939). BONOMI, Ruggero, Viva la muerte, diario de la «Aviación de El Tercio» (Roma, 1941). BONNET, Georges, De Washington au Quai d'Orsay (Ginebra, 1946). *Book of the XVth Brigade*, The (Madrid, 1938). BORKENAU, Franz, The Spanish Cockpit (Londres, 1937). (Hay traducción castellana.) BORRÁS Y BERMEJO, Tomás, Checas de Madrid (Barcelona, 1956). BOTELLA PASTOR, V., Así cayeron los dados (México, 1959). —Por qué callaron las campanas (México, 1953). BOUTHELIER, Antonio (con MORA, José López), Ocho días de la revuelta comunista (Madrid, 1940). BOWERS, Claude, My mission to Spain (Nueva York, 1954). (Hay traducción castellana.) BRACHER, Karl, The Germán dictatorship (Londres, 1970). (Hay traducción castellana.) BRADEMAS, John, Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937) (Barcelona, 1974). BRASILLACH, Robert (y BARDÉCHE, Maurice), Histoire de la guerre d'Espagne (París, 1939). (Hay traducción castellana.) BRAVO MORATA, Federico, Historia de Madrid, vol. III (Madrid, 1968). BRAVO, Francisco, Historia de Falange Española de las JONS (Madrid, 1940). BRAY, Arturo, La España del brazo en alto (Buenos Aires, 1943). BRECHT, Bertolt, Die Gewehre der Frau Carrar, en Gesammelte Werke, vol. 3 (Frankfurt, 1967). (Hay traducción castellana.) BREDEL, W., Rencontre sur l'Ebre (París, 1950). BRENAN, Gerald, Personal Record (Londres, 1974). (Hay traducción castellana.) —South from Granada (Londres, 1957). (Hay traducción castellana.) —The Spanish Labyrinth (Cambridge, 1943). (Hay traducción castellana.) BRERETON, Geoffrey, Inside Spatn (Londres, 1938). BRICALL, Josep Maria, Política económica de la Generalitat (1936-1939). Evolució i formes de la producció industrial (Barcelona, 1970). BRISSA, José, La Revolución de julio en Barcelona (Barcelona, 1910). BROCKWAY, Archibald Fenner, The Truth about Barcelona (Londres, 1937). BROME,

Vincent, *The international brigades. Spain, 1936-1939* (Londres, 1965). BROUÉ, Fierre (y Témime, Émile), *La Révolution et la guerre d'Espagne* (París, 1961). (Hay traducción castellana.) BROWDER, Earl Russell (y Lawrence, Bill), *Next steps to win the war in Spain* (Nueva York, 1938). BUCKLEY, Henry W., *Life and death of the Spanish republic* (Londres, 1940).

BULLEJOS, José, *Europa entre dos guerras* (México, 1944). BULLOCK, Alan, *Hitler and the origins of the Second World War* (Actas de la British Academy, luí, 1967; informe Raleigh.) BURGO, Jaime del, *Guerra y conspiración civil* (Madrid, 1970). BUSCH, Ernst, ed., *KampfHeder. Battle-songs. Canzoni di guerra. Chansons de guerre. Canciones de guerra de las brigadas internacionales* (Madrid, 1937). BUTLER, lord, *The art of the Possible* (Londres, 1971). BUTLER, J. R. M., *Lord Lothian* (Londres, 1960).

CABANELLAS, Guillermo, *La guerra de los mil días*, 2 vols. (Barcelona, 1973). CABANILLAS, Alfredo, *Hacia la España eterna* (Buenos Aires, 1938). CABEZAS, Juan Antonio, *Asturias, catorce meses de guerra civil* (Madrid, 1974). CACHO VIU, Vicente, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid, 1962). CACHO ZABALZA, Antonio, *La Unión Militar Española* (Alicante, 1940). CALLEJA, Juan José, *Yagüe, un corazón al rojo* (Barcelona, 1963). CAMPBELL, Roy, *Flowering rijle* (Londres, 1939). «CAMPESINO, el»: véase González, Valentín. CAMPOAMOR, Clara, *La révolution espagnole vue par une républicaine* (París, 1937). CANTALUPO, Roberto, *Fu la Spagna* (Milán, 1948). (Hay traducción castellana.) CAPA, Robert, *Death in the making* (Nueva York, 1938).

CARDOZO, Harold G., *The tnrch of a nation* (Nueva York, 1937). CARR, Raymond, ed., *The Republic and the Civil War in Spain* (Londres, 1971). (Hay traducción castellana.) — *Spain 1808-1939* (Oxford, 1966). (Hay traducción castellana.) CARRASCAL, G., *Asturias, 18 julio 1926, 21 octubre 1937* (Valladolid, 1938). CARRERA, Buenaventura, *L'Europe aveugle devant l'Espagne martyre* (París, 1939). CARRERAS, Luis, *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa* (Toulouse, 1938). CARRERO BLANCO, Luis, *España y el mar* (Madrid, 1962). CARRETERO, José María, *Nosotros los mártires* (Madrid, 1940). CARRILLO, Santiago, *Demain l'Espagne* (entrevistas con Régis Debray y Max Gallo) (París, 1974). CARRILLO, Wenceslao, *El último episodio de la guerra civil española* (Toulouse, 1945). CARRIÓN, Pascual, *La reforma agraria de la segunda República* (Barcelona, 1973). CARSTEN, Francis, *The Reichswehr and Politics 1918-1933* (Oxford, 1966). CASADO, Segismundo, *Así cayó Madrid* (Madrid, 1968). CASANOVA, Manuel, *L'Espagne livrée* (París, 1971). CASARIEGO FERNÁNDEZ, Jesús Evaristo, *Flor de hidalgos* (Pamplona, 1938). CASAS DE LA VEGA, R., *Brunete* (Madrid, 1967). CASTELLS, Andreu, *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España* (Barcelona, 1974). CASTILLO, José del (con Álvarez, Santiago), *Barcelona, objetivo cubierto* (Barcelona, 1958). CASTRO ALBARRÁN, Aniceto de, *Este es el cortejo... Héroes y mártires de la cruzada española* (Salamanca, 1941). CASTRO DELGADO, Enrique, *Hombres «made in Moscú»* (Barcelona, 1965). *Catalunya sota el Régim franquista, vol. I* (París, 1973). *Catholic church in Spain. Joint letter of the Spanish bishops to the bishops of the whole world concerning the war in Spain* (Londres, 1937). CATTELL, David Tredwell,

Communism and the Spanish Civil War (Berkeley, 1955). —Soviet diplomacy and the Spanish Civil War (Berkeley, 1957). CAUTE, David, *The Fellow Travellers* (Londres, 1973). (Hay traducción castellana.) CELA, Camilo José, *Vísperas, festividad y octava de San Camilo del año 1936 en Madrid* (Madrid, 1969). CERVERA VALDERRAMA, Almirante Juan, *Memorias de guerra 1936-1939* (Madrid, 1968). CÍA NAVASCUES, Policarpo, *Memorias del tercio de Montejurra* (Pamplona, 1941). CIANO, Conde Galeazzo, *Diaries 1937-1938* (Londres, 1952). *Diaries 1939-1943* (Londres, 1947). (Hay traducción castellana.) —*Diplomatic Papers* (Londres, 1948). CIERVA Y DE HOCES, Ricardo de la, *Historia de la guerra civil española* (Madrid, 1969). —*Historia ilustrada de la guerra civil española* (Barcelona, 1970). —*La historia perdida del socialismo español* (Madrid, 1972). —*La leyenda de las Brigadas Internacionales* (Madrid, 1969). —*Los documentos de la primavera trágica* (Madrid, 1967). CIRAC ESTOPANÁN, Sebastián, *Héroes y mártires de Caspe* (Zaragoza, 1939). CIRRE JIMÉNEZ, José, *De Espejo a Madrid con las tropas del general Miaja* (Granada, 1937). CLARK, Ronald, J. B. S. *The Life and work of J. B. S. Haldane* (Londres, 1968). CLAUDÍN, Fernando, *La crisis del movimiento comunista* (París, 1970). —«Spain, the Untimely Révolution», *New Left Review*, nº 74. CLÉRISSE, Henry, *Espagne 36-37* (París, 1937). *Clero vasco, el, Rapports présentés par des prêtres basques aux autorités ecclésiastiques* (París, 1938). *Clero vasco frente a la Cruzada franquista*, El (Bayona, 1966). CLEUGH, James, *Spanish fury; the story of a civil war* (Londres, 1962). (Hay traducción castellana.) CLOUD, Yvonne, *Basque children in England* (Londres, 1937). COCKBURN, Claud, *Crossing the Une* (Londres, 1956). COLAS LAGUÍA, Emilio, *La gesta heroica de España* (Zaragoza, 1936). *Colectividades de Castilla* (Madrid, 1937). COLMEGNA, Héctor, *Diario de un médico argentino en la guerra de España, 1936-1939* (Buenos Aires, 1941). COLODNY, Robert, *The Struggle for Madrid* (Nueva York, 1958). (Hay traducción castellana.) COLVIN, Ian, *Hitler's secret enemy* (Londres, 1957). COMÍN COLOMER, Eduardo, *El comisariado político en la guerra española 1936-1939* (Madrid, 1973). —*El 5º Regimiento de Milicias Populares* (Madrid, 1973). —*Historia del Partido Comunista de España, 3 vols.* (Madrid, 1965). —*La República en el exilio* (Barcelona, 1957). *Communist Atrocities in Southern Spain, The* (Introducción y segundo y tercer informes, en inglés, Londres, 1936; cuarto y quinto informes, en castellano, Burgos, 1937). *Communist International, Report of the VIIth World Congress of the* (Londres, 1936). CONCHON, Georges, *La Corrida de la Victoire* (París, 1960). CONFORTI, Olao, *Guadalajara* (Milán, 1967). CONILL Y MATARÓ, Antonio, *Codo: de mi diario de campaña* (Barcelona, 1954). CONNELLY ULLMAN, Joan, *The Tragic Week. A Study of anticlericalism in Spain, 1875-1912* (Cambridge, Mass., 1968). (Hay traducción castellana.) CONNOLLY, Cyril, *The condemned playground* (Londres, 1945). —*The Golden Horizon* (Londres, 1953). CONQUEST, Robert, *The Great Terror* (Londres, 1968). (Hay traducción castellana.) CONZE, Edward, *Spain today* (Londres, 1936). COPEMAN, Fred, *Reason in revolt* (Londres, 1948). CÓRDOBA, Juan de (José LOSADA DE LA TORRE), *Estampas y reportajes de retaguardia* (Sevilla, 1939). CORDÓN, Antonio, *Trayectoria* (recuerdos de un artillero) (París, 1971). CORNFORD,

John, véase Sloan, Pat. COT, Pierre, *The Triumph of Treason* (Chicago, 1944).

COUFFON, Claude, *A Grenade, sur les pas de García Lorca* (París, 1962). (Hay traducción castellana.) — Orihuela y Miguel Hernández (París, 1963).

COVERDALE, John, «The Battle of Guadalajara», *Journal of Contemporary History* (enero, 1974).

COWLES, Virginia, *Looking for trouble* (Londres, 1941).

Cox, Geoffrey, *Béfense of Madrid* (Londres, 1937).

Crozier, Brian, *Franco* (Londres, 1976). (Hay traducción cast.).

Cruells, Manuel, *El 6 d'octubre a Catalunya* (Barcelona, 1971). — *Mayo sangriento: Barcelona 1937* (Barcelona, 1970). *Cruzada: Historia de la cruzada española*, 35 volúmenes (Madrid, 1940-1943). *Cuadernos de Ruedo Ibérico: «El movimiento libertario español»* (París, 1974).

CURTÍS, Norah, *Malnutrition* (Londres, Nueva York, 1944).

CHAMSON, André, *Retour d'Espagne. Rien qu'un témoignage* (París, 1937). (Hay traducción castellana y catalana.)

CHAPAPRIETA, Joaquín, *La paz fue posible* (Barcelona, 1971).

CHAVES NOVALES, Manuel, *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (Santiago de Chile, 1937).

CHOMSKY, Noam, *American power and the new mandarins* (Londres, 1969). (Hay traducción castellana.) *Christ or Franco? An answer to the Collective Letter which the Spanish Episcopate issued to the bishops of the world.* (Londres, 1937).

CHURCHILL, Winston, *The Second World War*, vol. I: *The Gathering Storm* (Londres, 1948). (Hay traducción castellana.)

DAHMS, Hellmuth, *Der spanische Bürgerkrieg 1936-1939* (Tubinga, 1962).

DALTON, Hugh, *The Fateful Years: Memoirs 1931-1945* (Londres, 1957).

DÁVILA, Sancho (y Pemartín, Julián), *Hacia la historia de Falange, primera contribución de Sevilla* (Jerez, 1938). *Déclaration des gouvernements européens au sujet des affaires d'Espagne* (conjunto de documentos mecanografiados que se hallan en la Biblioteca Rockefeller del Palacio de las Naciones).

DEDIJER, Vladimir, *Tito speaks* (Londres, 1953). *De julio a julio* (por J. García Oliver, etc.) (Barcelona, 1937).

DE LOS RÍOS, Fernando, *Mi viaje a la Rusia Soviética*, 2ª ed. (Madrid, 1970).

DELAPRÉE, Louis, *The martyrdom of Madrid* (Madrid, 1937). (Hay traducción castellana.)

DELCLAUX, Carlos, *La Financiación de la Cruzada*, tesis doctoral inédita. Universidad de Deusto.

DELMER, Sefton, *Trail sinister* (Londres, 1961).

DELPERRIE DE BAYAC, Jacques, *Les Brigades Internationales* (París, 1968).

DERIABIN, P. (y GIBNEY, F.), *The Secret World* (Londres, 1960).

DESANTI, Dominique, *LTnternatiomle Comuniste* (París, 1971).

DEUTSCHER, Isaac, *Stalin, a political biography* (Londres, 1949). (Hay traducción castellana.) — *The Prophet Armed* (Londres, 1954). (Hay traducción castellana.) — *The Prophet Unarmed* (Londres, 1959). (Hay traducción castellana.) — *The Prophet Outcast* (Londres, 1963). (Hay traducción castellana.)

DE WET, Oloff, *Cardhoard crucifix* (Edimburgo y Londres, 1938).

DÍAZ, José, *Por la unidad, hacia la victoria* (Barcelona, 1937). — *Tres años de lucha* (París, 1970).

DÍAZ DE ENTRESOTOS, Baldomero, *Seis meses de anarquía en Extremadura* (Cáceres, 1937).

DÍAZ-PLAJA, Fernando, comp., *La guerra de España en sus documentos*, 2ª ed. (Barcelona, 1966).

DÍAZ DE VILLEGAS, José, *Guerra de liberación; la fuerza de la razón*, (Barcelona, 1957).

DÍAZ DEL MORAL, José, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba* (Madrid, 1929).

DÍAZ NOSTY, Bernardo, *La comuna asturiana*

(Madrid, 1974). *Dictamen de la comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes el 18 de julio de 1936* (Barcelona, 1939). DIEGO, Capitán de, *Belchite* (Barcelona, 1939). *Documents diplomatiques français 1932-1939, 2ª serie* (París, 1939). *Documents on Germán Foreign Policy 1918-1945, Serie C, vols. IV* (Londres, 1962) y *V* (Londres, 1966); serie D, vols. III (Londres, 1951) y XI (Londres, 1961). (Cuando en las notas a pie de página aparecen las siglas GD, se hace referencia a la serie D, vol. III.) *Documents secrets de la ministere des affaires étrangères d'Allemagne, vol. III* (Moscú, 1946). DOLGOFF, Sam, *The anarchist collectives; workers self-management in the Spanish Revolution, 1936-1939* (Nueva York, 1974). DOMÉNECH PUIG, Rosendo, *Diario de campaña de un requeté* (Barcelona, s. a.). DOMÍNGUEZ, Edmundo, *Los vencedores de Negrín* (México, 1940). DUCLOS, Jacques, *Mémoires 1935-1939* (París, 1969). DUMONT, René, *Types of rural economy* (Londres, 1957). DUNDAS, Lawrence, *Behind the Spanish mask* (Londres, 1943). DUPRÉ, Henri, *La «Légion Tricolore» en Espagne* (París, 1942). DURAN JORDÁ, Frederick, *The Service of blood transfusión at the front* (Barcelona, 1937). DUVAL, Maurice, *Les espagnols et la guerre d'Espagne* (París, 1939). —*Les leçons de la guerre d'Espagne* (París, 1938). (Hay traducción castellana.) DZELEPY, Eleuthere, *Britain in Spain* (Londres, 1939). (Hay traducción castellana.) —*The Spanish plot* (Londres, 1937). (Hay traducción castellana.)

EBY, Cecil D., *Between the bullet and the lie* (Nueva York, 1969). (Hay traducción castellana.) —*The siege of the Alcázar* (Londres, 1966). EDÉN, Anthony, (conde de Avon), *Facing the dictators* (Londres, 1962). *Education in Republican Spain* (Londres, 1937). EHRENBURG, Ilya, *Eve of War* (Men, years and life, vol. IV) (Londres, 1963). (Hay traducción castellana.) EISNER, Alexei, *La 12ª Brigada Internacional* (Valencia, 1972). ELSTOB, Peter, *Spanish prisoner* (Nueva York, 1939). *L'Épopée d'Espagne; brigades internatonales, 1936-1939* (París, 1957). ERICKSON, John, *The Soviet High Command* (Londres, 1962). ESCOBAL, Patricio P., *Death row: Spain 1936* (Indianápolis, 1968). ESCOBAR, José I. (marqués de Valdeiglesias), *Asi empezó...* (Madrid, 1974). ESCH, Patricia A. M. van der, *Prelude to war: the international repercussions of the Spanish Civil War, 1936-1939* (La Haya, 1951). ESPAÑA, *Guernica: being the official report of a commission appointed by the Spanish national government to investigate the causes of the destruction of Guernica on 26-28 April, 1937* (Londres, 1938). *Ministerio de Asuntos Exteriores, La agresión italiana. Documentos ocupados a las unidades italianas en la acción de Guadalajara* (Valencia, 1937). —*Oficina de Información, Las brigadas internacionales; la ayuda extranjera a los rojos españoles* (Madrid, 1948). —*Appeal by the Spanish government. White book published by the Spanish government and presented to the Council on 28 May, 1937* (Ginebra, 1937). —*Documents on the Italian intervention in Spain* (Londres, 1937). —*Tribunal supremo. Ministerio fiscal. The general cause, the red domination in Spain, preliminary information drawn up by the ministry of justice* (Madrid, 1946). —*Servicio Histórico Militar, Síntesis histórica de la Guerra de Liberación, 1936-1939* (Madrid, 1968). ESPERABÉ ARTEAGA, Enrique, *La Guerra de Reconquista Española* (Madrid, 1939). ESPINA DE SERNA, Concha, *Luna roja, novelas de la*

revolución (Valladolid, 1939). —Princesas del martirio (Barcelona, 1940). ESPINAR, Jaime, "Argelés-sur-Mer" (Campo de concentración para españoles) (Caracas, 1940). ESTADOS UNIDOS, gobierno de los: Foreign Relations of the United States: 1936 (vol. II); 1937 (vol. i); 1938 (vol. i); 1939 (vol. ii). (Washington, 1954-1956.) ESTEBAN INFANTES, general Emilio, General Sanjurjo (Barcelona, 1957). FARNBOROUGH, Florence, Life and People in National Spain (Londres, 1938). FALDELLA, Emilio, Venti mesi di guerra in Spagna (Florencia, 1939). FD: véase Documents diplomatiques frangais. FEILING, Keith, The Life of Neville Chamberlain (Londres, 1946). FEIS, Herbert, The Spanish Story (Nueva York, 1948). FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, Historia de la república Española, 1931-1936 (Madrid, 1940). FERNÁNDEZ ARIAS, Adelardo, Madrid bajo el «terror», 1936-1937 (Zaragoza, 1937). FERRARA, Marcella y Mauricio, Palmiro Togliatti, traducción francesa (París, 1955). FERRARI BILLOCH, Francisco, ¡Masones! Así es la secta. Las logias de Palma e Ibiza (Palma, 1937). FERRER, Melchor, Documentos de don Alfonso Carlos (Madrid, 1950). FERRER, Sol, Francisco Ferrer (París, 1962). FIDALGO CARASA, Pilar, A young mother in Franco's prisons (Londres, 1939). FISCHER, Louis, Men and Politics (Nueva York, 1941). —The war in Spain (Nueva York, 1937). (Hay traducción castellana.) FISCHER, Ruth, Stalin and Germán Communism (Oxford, 1949). FITZPATRICK, capitán Noel, Memoirs (inéditas). FOLTZ, Charles, The Masquerade in Spain (Boston, 1948). FONTANA, José María, Los catalanes en la guerra de España (Madrid, 1951). FONTERIZ, Luis de (pseud.), Seis meses bajo el terror rojo en Madrid (Ávila, 1937). FOOTE, Alexander, Handbook for Spies (Londres, 1953). FOOTIT, Hilary, French Intellectuals and the Spanish Civil War (tesis doctoral, Reading, 1972). FORBES, Rosita, The Sultán of the Mountains (Nueva York, 1924). FORELL, Fritz von, Mólbers und seine mánnner (Graz, 1941). FOSS, William, The Spanish arena (Londres, 1938). FOX, Ralph, A writer in arms (Londres, 1937). FOXÁ, Agustín de, Madrid de Corte a checa (San Sebastián, 1938). FRASER, Ronald, In Hiding: The Life of Manuel Cortés (Londres, 1972). —The Pueblo (Londres, 1973). FRUTOS, Víctor de, Los que no perdieron la guerra (Buenos Aires, 1967). FÜHRING, Hellmut Hermann, Wir funken für Franco (Gütersloh, 1941). FULLER, general J. F. C., The Conquest of Red Spain (Londres, 1937). GALEY, John H., «Bridegrooms of death: a profile study of the Spanish Foreign Legión», Journal of Contemporary History, vol. IV, No. 2, 1969. GALÍNDEZ SUÁREZ, Jesús, Los vascos en el Madrid sitiado (Buenos Aires, 1945). GALINDO HERRERA, Santiago, Los partidos monárquicos bajo la Segunda República (Madrid, 1956). GALLAND, Adolf, The First and the Last (Londres, 1957). (Hay traducción castellana.) GALLO, Max, Spain under Franco: A History (Londres, 1973). (Hay traducción castellana.) GAMELIN, Maurice, Servir (París, 1946-1947). GAMIR Ulibarri, general Mariano, Guerra de España, 1936-1939 (París, 1939). GANNES, Harry (con "Reparo", Theodore), Spain in Revolt (Londres, 1936). (Hay traducción castellana.) GÁRATE, José María, Mil días de fuego (s.l., s.a.). GARCÍA, José, Ispaniia Narodnogo fronta 1936-1939 (Moscú, 1957). GARCÍA, Miguel, Franco's Prisoner (Londres, 1972). GARCÍA ALONSO, Francisco, Así mueren los

españoles (Buenos Aires, 1937). GARCÍA ARIAS, Luis, La política internacional en torno a la Guerra de España, 1936 (Zaragoza, 1961). GARCÍA LACALLE, Andrés, Mitos y Verdades (México, 1974). GARCÍA MERCADAL, José, Aire, tierra y mar (Zaragoza, 1939). GARCÍA MORATO, Joaquín, Guerra en el aire (Madrid, 1940). GARCÍA PRADAS, José, Cómo terminó la guerra de España (Buenos Aires, 1940). GARCÍA SERRANO, Rafael, Diccionario para un macuto (Madrid, 1964). GARCÍA VALIÑO, Rafael, Guerra de Liberación Española. Campañas de Aragón y Maestrazgo (Madrid, 1949). GARCÍA VENERO, Maximiano, Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla (París, 1967). —El general Fanjul (Madrid, 1967). —Historia de las Internacionales en España, 3 vols. (Madrid, 1956-1957). —Historia del nacionalismo catalán, 2 vols. (Madrid, 1967). —Historia del nacionalismo vasco (Madrid, 1945). —Madrid, julio 1936 (Madrid, 1973). *Garibaldi in Spagna* (Madrid, 1937). GAROSCI, Aldo, Gh intellettuali e la Guerra di Spagna (Turín, 1959). GARRACHÓN CUESTA, Antonio, De África a Cádiz y de Cádiz a la España Imperial (Cádiz, 1938). GARRIGA, Ramón, Las relaciones secretas entre Franco y Hitler (Buenos Aires, 1965). GARTHOFF, R., How Russia makes war (Londres, 1954). GD: véase Documents on Germán Foreign Policy 1918-1945. GEORGE, Robert (Robert Sencourt), Spain's ordeal (Londres, 1938). GERAHTY, Cecil, The road to Madrid (Londres, 1937). GIBSON, Ian, The Death of Lorca (Londres, 1973). (Hay traducción castellana.) GIL MUGARZA, Bernardo, comp., España en llamas, 1936 (Barcelona, 1968). GIL ROBLES, José María, Discursos parlamentarios (Madrid, 1971). —No fue posible la paz (Barcelona, 1968). GILLAIN, Nick, Le mercenaire (París, 1938). (Hay traducción castellana.) GILBERT, Martin, A century of conflict; Essays presented to A. J. P. Taylor (Londres, 1966). GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, ¡Hay Pirineos! Notas de un alférez de la IV^a de Navarra sobre la conquista de Port Bou (Barcelona, 1939). GIRONELLA, José María, Los cipreses creen en Dios (Barcelona, 1956). —Un millón de muertos (Barcelona, 1961). GISCLON, Jean, Des avions et des hommes (París, 1969). GODED, Manuel, Un «faccioso» cien por cien (Zaragoza, 1939). GOMA Y TOMÁS, Isidro, cardenal, Pastorales de la guerra de España (Madrid, 1955). GOMA ORDUÑA, José, La guerra en el aire (Barcelona, 1958). GÓMEZ ACEBO, Juan, La vida en las cárceles de *Euzkadi* (Zarauz, 1938). GÓMEZ BAJUELO, Gil, Málaga bajo el dominio rojo (Cádiz, 1937). GÓMEZ CASAS, Juan, Historia del anarcosindicalismo español (Madrid, 1968). GÓMEZ MÁLAGA, Juan, Estampas trágicas de Madrid (Ávila, 1936). GÓMEZ OLIVEROS, comandante, General Moscardó (Barcelona, 1955). GONZÁLBEZ RUIZ, Francisco, Yo he creído en Franco. Proceso de una gran desilusión (París, 1937). GONZÁLEZ, Valentín, («El Campesino»), Comunista en España y antiestalinista en la URSS (México, 1952). —Listen, Comrades (Londres, 1952). GONZÁLEZ OLIVEROS, Wenceslao, Falange y Requeté orgánicamente solidarios (Valladolid, 1937). GORDÓN ORDÁS, Félix, Mi política fuera de España, 2 vols. (México, 1965-1967). GORKÍN, Julián, Caníbales políticos; Hitler y Stalin en España (México, 1941). Hay una nueva edición, con notas, que lleva por título El Proceso de Moscú en Barcelona (Barcelona, 1974). —«My experiences of Stalinism», *The Review*, nº 2, octubre, 1959 (Imre Nagy

Institute for Political Research). GOTT, Richard (y GILBERT, Martin), *The Appeasers* (Londres, 1963). GRANADOS, Antonio, *El cardenal Gomá* (Madrid, 1969). GRAVES, Robert (y HODGE, Alan), *The Long Week-end* (Londres, 1940). GREAVES, Harold, *The truth about Spain* (Londres, 1938). GREENE, Herbert, *Secret agent in Spain* (Londres, 1938). GROSS, Babette, *Willi Muenzenberg: Eine politische Biographie* (Stuttgart, 1967). GROSS, Miriam, *The World of George Orwell* (Londres, 1971), (incluye un ensayo de Raymond Carr). GUARNER, coronel Vicente, *Papers* (inédita). GUÉRIN, Daniel, *L'anarchisme* (París, 1965). (Hay traducción castellana.) *Guerra y revolución en España 1936-1939* (Moscú, 1966). GUEST, Carmel Haden, *David GUEST: a scientist fights for freedom* (Londres, 1939). GURNEY, Jason, *Crusade in Spain* (Londres, 1974). GUTIÉRREZ RAVÉ, José, Antonio Goicoechea (Madrid, 1965). —Gil Robles, caudillo frustrado (Madrid, 1967). GUTTMANN, Alien, *The wound in the heart: America and the Spanish Civil War* (Nueva York, 1962). GUZMÁN, Eduardo de, *El año de la victoria* (Madrid, 1974). —*La muerte de la esperanza* (Madrid, 1973). —*Madrid rojo y negro; milicias confederales* (Buenos Aires, 1939). HALDANE, Charlotte, *Truth will out* (Londres, 1949). HALIFAX, lord, *Speeches on Foreign Policy 1934-1939* (Londres, 1940). —*The Fullness of Days* (Londres, 1957). HAMILTON, Thomas J., *Appeasement's child* (Londres, 1949). (Hay traducción castellana.) HANIGHEN, Erank, ed., *Nothing but danger* (Londres, 1940). HARPER, Glenn T., *Germán Economic Policy in Spain* (La Haya, 1967). HEDILLA, Manuel, *Testimonio* (Barcelona, 1973). Helsby, Cyril, *Air raid structures and ARP in Barcelona today* (Londres, 1939). HEMINGWAY, Ernest, *For whom the Bell tolls* (Nueva York, 1940). (Hay traducción castellana.) —*The fifth column* (Harmondsworth, 1966). (Hay traducción castellana.) —*The Spanish earth* (Londres, 1938). HENDERSON, sir Neville, *Failure of a mission* (Londres, 1940). HENRÍQUEZ CAUBÍN, Julián, *La batalla del Ebro* (México, 1944). HERMET, Guy, *Les espagnols en France* (París, 1967). (Hay traducción castellana.) —*Los comunistas en España* (París, 1971). HERNÁNDEZ, Jesús, *La grande trahison* (París, 1953). (Hay traducción castellana.) HIDALGO DE CISNEROS, Ignacio, *Memorias*, 2 vols. (París, 1964). HILLS, George, *Franco: the Man and his Nation* (Londres, 1967). HIRIARTIA, J. de, *El caso de los católicos vascos* (Buenos Aires, ¿1939?) «HISPANICUS», pseud., ed., *Foreign intervention in Spain* (Londres, 1938). HITLER, Adolf, *Hitler's Table-Talk 1941-1943* (Londres, 1953). (Hay traducción castellana.) HOARE, sir Samuel, *Ambassador on special mission* (Londres, 1946). HOBSBAWM, Eric, *Primitive Rebels* (Manchester, 1959). (Hay traducción castellana.) HODGSON, sir Robert, *Spain resurgent* (Londres, 1953). (Hay traducción castellana.) HORNER, Arthur, *Incorrigible Rebel* (Londres, 1960). HOSKINS, Katharine Bail, *Today the struggle; literature and politics in England during the Spanish Civil War* (Austin, 1969). HOYOS, Graf Max, *Pedros y Pablos: fliegen, erleben, kämpfen in Spanien* (Munich, 1941). HUBBARD, John R., «How Franco financed his war», *The Journal of Modern History* (diciembre de 1953). HUIDOBRO PARDO, Leopoldo, *Memorias de un finlandés* (Madrid, 1939). HULL, Cordell, *Memoirs*, 2 vols. (Nueva York, 1948). HUMBERT DROZ, Jules,

Mémoires, 3 vols. (Neuchâtel, 1969-1972).

I accuse France, por un abogado (Londres, 1937). IBÁRRURI, Dolores, et al., Guerra y revolución en España 1936-1939 (3 vols. 1967-1971). —El único camino (París, 1967). ICKES, Harold, The Secret diary of Harold Ickes (Londres, 1955). INGE, Dean W. R., Dean Inge indicts the Red Government of Spain (Londres, 1938). *International Committee for the application of the agreement regarding Non Intervention in Spain*. (Notas taquigráficas de las actas de las treinta reuniones del subcomité de la presidencia y de los subcomités técnicos. Hay un juego completo de estas actas en el Public Record Office, Londres.) *International Military Tribunal: the trial of the major war criminals*, 37 vols. (Nuremberg, 1947-1949). IRIBARREN, José María, El general Mola (Madrid, 1945). IRVING, David, The Rise and fall of the Luftwaffe (Londres, 1974). ITÚRRALOS, Juan de, El catolicismo y la cruzada de Franco, 2 vols. (Bayona, 1955). ISORNI, Jacques, Philippe Pétain, 2 vols. (París, 1972). *Istoriy Velikoy Otechestvennoy voyny Sovetskogo Soyuza*, 1941-1945, vol.I (Moscú). IZAGA, Guillermo Arsenio de, Los presos de Madrid; recuerdos e impresiones de un cautivo en la España roja (Madrid, 1940). IZCARAY, Jesús, Madrid es nuestro (Madrid-Barcelona, 1938).

JACKSON, Gabriel, A Concise history of the Spanish Civil War (Nueva York, 1974). (Hay traducción castellana.) —Historian's Quest (Nueva York, 1969). —The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939 (Princeton, 1965). (Hay traducción castellana.) *Jane's Fighting Ships* (Londres, 1936). JATO, David, La rebelión de los estudiantes (Madrid, 1953). JELLINEK, Frank, The civil war in Spain (Londres, 1938). JERROLD, Douglas, Georgian adventure (Londres, 1937). JIMÉNEZ DE ASÚA, Luis, Anécdotas de las Constituyentes (Buenos Aires, 1942). JOANIQUET, Aurelio, Calvo Sotelo, una vida fecunda (Santander, 1939). JOHNSON, doctor Hewlett, Report of a recent delegation to Spain (Londres, 1937). JOHNSTONE, Nancy J., Hotel in flight (Londres, 1939). JOLL, James, Intellectuals in Politics (Londres, 1960). —The Anarchists (Londres, 1964). (Hay traducción castellana.) JONG, doctor L. de, The Germán Fifth Column in the Second World War (Londres, 1958). JORDÁN, Philip, There is no return (Londres, 1939). JOUBERT, vicealmirante H., La Guerre d'Espagne et le Catholicisme, panfleto (París, 1937). JUNOD, Marcel, Warrior without weapons (Londres, 1951). JUANES, José, Por qué fuimos a la guerra (Ávila, 1937).

KAMINSKI, Hanns Erich, Ceux de Barcelone (París, 1937). (Hay traducción castellana.) KANTOROWICZ, Alfred, Spanisches Tagebuch (Berlín, 1948). —«Tschapaiew», das Bataillon der 12 Nationen (Berlín, 1956). (Hay traducción castellana.) KAY, Hugh, Salazar and modern Portugal (Londres, 1970). KEMP, Peter, Mine were of trouble (Londres, 1957). (Hay traducción castellana.) KENYON, sir Frederic, Art treasures of Spain (Londres, 1937). KERSHNER, Howard, Quaker service in modern war (Nueva York, 1950). KESTEN, Hermann, Die Kinder von Guernika (Hamburgo, 1955). KINDELÁN, general Alfredo, Mis cuadernos de guerra (Madrid, 1945). KIRK, H.L., Pablo Casals (Nueva York, 1974). KIRKPATRICK, sir Ivone, Mussolini, study of a demagogue (Londres, 1964). KLEIN, Burton, Germany's economic preparations for war (Cambridge,

Mass., 1959). KLOTZ, Helmut, Les leçons militaires de la guerre civile en Espagne (París, 1937). KNICKERBOCKER, H. R., The siege of the Alcázar (Filadelfia, 1936). KNOBLAUGH, H. Edward, Correspondent in Spain (Londres y Nueva York, 1939). KOESTLER, Arthur, Dialogue with death (Nueva York, 1942). —The Invisible Writing (Londres, 1954). (Hay traducción castellana.) —Spanish testament (Londres, 1937). (Hay traducción castellana.) KOLTSOV, Mikhail, Diario de la Guerra de España (París, 1963). KORTA, Adam (con Hopman, M.), Karol Swierczewski (Varsovia, 1954). KRIVITSKY, Walter, I was Stalin's agent (Londres, 1963). (Hay traducción castellana.) KUTISCHER, Eugene, The displacement of population in Europe (Montreal, 1944). LACOUTURE, Jean, André Malraux (París, 1973). LACRUZ, Francisco, El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona (Barcelona, 1943). LAMO DE ESPINOSA, E., Filosofía y política en Julián Besteiro (Madrid, 1973). LANDAU, Katia, Le stalinisme en Espagne (París, 1938). LANDIS, Arthur H., The Abraham Lincoln Brigade (Nueva York, 1967). LANGDON-DAVIES, John, Behind the Spanish barricades (Nueva York, 1936). (Hay traducción castellana.) LARGO CABALLERO, Francisco, Mis Recuerdos. Cartas a un amigo (México, 1954). LARIOS, José (duque de Lerma), Memorias de un piloto de caza (Santander, 1966). LAST, Jef, The Spanish tragedy (Londres, 1939). *Laszlo Rajk and his accomplices before the People's Court: a transcript of the Rajk trial* (Budapest, 1949). LEHMANN, John, The Whispering gallery (Londres, 1955). LEÓN, María Teresa, Contra viento y marea (Buenos Aires, 1941). LERROUX, Alejandro, La pequeña historia (Madrid, 1963). *Les événements survenus en France 1936-1945, Rapport fait au nom de la commission de l'Assemblée Nationale: Temoignages*, vol. I (París, 1955). LEVAL, Gastón, Espagne Libertaire 1936-1939: L'œuvre constructive de la révolution espagnole (París, 1971). (Hay traducción castellana.) —Né Franco né Stalin: la collettività anarchica spagnola nella lotta contro Franco e la reazione staliniana (Milán, 1955). LEWIS, Flora, The Man who disappeared — the strange history of Noel Field (Londres, 1965). LEWIS, Wyndham, Count your dead: they are alive (Londres, 1937). *Libro de Oro de la Revolución Española, 1936-1946* (Toulouse, 1946). LIDDELL HART, sir Basil, The Defence of Britain (Londres, 1938). —Memoirs, 2 vols. (Londres, 1965). —The Other side of the Hill (Londres, 1948). —ed., The Soviet Army (Londres, 1956). *Lieder der spanischen Révolution* (Moscú, 1937). LINDBAECK, Lise, Internationella Brigaden (Estocolmo, 1939). LINDSLEY, Lorna, War is people (Boston, 1943). LISON-TOLOSANA, Carmelo, Belmonte de los Caballeros (Oxford, 1966). LÍSTER, Enrique, Nuestra guerra, aportaciones para una historia de la guerra nacional revolucionaria del pueblo 1936-1939 (París, 1966). LIZARRA, A. de, Los vascos y la República española. Contribución a la historia de la guerra civil 1936-1939 (Buenos Aires, 1944). LIZARZA, Antonio, Memorias de la conspiración (Pamplona, 1954). LIZÓN GADEA, Adolfo, Brigadas internacionales en España (Madrid, 1940). LODOLI, Renzo, I legionari (Milán, 1970). *L'Œuvre constructive de la révolution espagnole, CNT-AIT* (Barcelona, 1936). LOEWENSTEIN, príncipe Hubertus, A Catholic in republican Spain (Londres, 1937). LOJENDIO, Luis María de, Operaciones militares de la guerra de España, 1936-1939 (Barcelona, 1940). LONDON,

Artur, L'Aveu (París, 1969). (Hay traducción castellana.) —Espanne (París, 1966). (Hay traducción castellana.) LONGO, Luigi, Le brigate internazionali in Spagna (Roma, 1956). (Hay traducción castellana.) LÓPEZ BARRANTES, Ramón, Mi exilio (Madrid, 1974). LÓPEZ CHACÓN, Rafael, Por qué hice las chekas de Barcelona (Madrid, 1940). LÓPEZ FERNÁNDEZ, Antonio, Defensa de Madrid (México, 1945). LÓPEZ, Juan, Una misión sin importancia (Madrid, 1972). LÓPEZ MUÑIZ, Gregorio, La batalla de Madrid (Madrid, 1943). LÓPEZ SEVILLA, Enrique, El partido socialista obrero español en las cortes constituyentes de la segunda República (México, 1969). LORENZO, Anselmo, El proletariado militante (Barcelona, 1901-1932 y Madrid, 1974). LORENZO, César M., Les anarchistes espagnols et le pouvoir (París, 1969). (Hay edición castellana.) LOVEDAY, Arthur Frederic, World war in Spain (Londres, 1939). LOW, Mary, Red Spanish notebook: the first six months of the revolution and civil war (Londres, 1937). LOZANO, Jesús, La segunda República: Imágenes, Cronología y Documentos (Barcelona, 1973). LUCA DE TENA, Juan, Mis amigos muertos (Barcelona, 1971). LUNN, Arnold Henry Moore, Spanish rehearsal (Nueva York, 1937). LUSSU, Emilio, «La Legione italiana in Spagna», Giustizia e Liberta, 28 agosto, 1969). LLARCH, Joan, La muerte de Durruti (Barcelona, 1973). LLORENS, Josep María, La Iglesia contra la República española (Vieux, 1968). LLOYD GEORGE, David, Spain and Britain (Londres, 1937). LLUCH VALLS, Francisco, Mi diario entre los mártires, cárcel de Málaga, año 1937 (Granada, 1937).

MACK SMITH, Denis, Mussolini as a military leader (The Stenton Lecture, Universidad de Reading) (Reading, 1973). MADARIAGA, Salvador de, España, 7ª edición (Buenos Aires, 1964). —Memorias (1921-1936) (Madrid, 1974). MAEZTU, Ramiro de, En vísperas de la tragedia, prólogo de José María de Areilza (Madrid, 1941). MAISKY, Ivan, Spanish Notebooks (Londres, 1966). MAÍZ, Félix, Alzamiento en España. De un diario de la conspiración (Pamplona, 1952). MALAPARTE, Curzio, ¡Viva la muerte! (Número especial de Prospective) (Roma, 1939). MALEFAKIS, Edward E., Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of the Civil War (New Haven, 1970). (Hay traducción castellana.) MALRAUX, André, L'espoh (París, 1937). MANCISIDOR, José María, Frente a frente (Madrid, 1963). MANN, Thomas, Avertissement a l'Europe; prólogo de André Gide (París, 1937). MANNING, Leah, What I saw in Spain (Londres, 1935). MARAÑÓN, Gregorio, Liberalismo y comunismo (Buenos Aires, 1938). MARICHAL, Juan, «La significación histórica de Juan Negrín», Triunfo, 22 de junio de 1974. MARINELLO, Juan, Hombres de la España leal (La Habana, 1938). MARITAIN, Jacques, Sobre la guerra santa (Buenos Aires, 1937). MARRERO SUÁREZ, Vicente, La guerra española y el trust de cerebros (Madrid, 1961). MARTÍ, Casimiro, Orígenes del anarquismo en Barcelona (Barcelona, 1959). MARTIN, Claude, Franco, soldat et chef d'état (París, 1959). (Hay traducción castellana.) MARTIN, Kingsley, Editor (Londres, 1938). MARTÍN ARTAJO, Javier, «No me cuente usted su caso». Recuerdos (Madrid, s. a.). MARTÍN, J. G., Political and social changes in Catalonia during the révolution (Barcelona, 1937). MARTÍNEZ, Carlos, Crónica de una emigración (la de los republicanos españoles en 1939) (México, 1959). MARTÍNEZ ABAD, Julio, ¡17 de julio! La guarnición de Melilla inicia la salvación

de España (Melilla, 1937). MARTÍNEZ ALIER, Juan, La estabilidad del latifundismo (París, 1968). MARTÍNEZ AMUTIO, Justo, Chantaje a un pueblo (Madrid, 1974). MARTÍNEZ BANDE, coronel José Manuel, La guerra en el norte (Madrid, 1969). — Brigadas internacionales (Barcelona, 1972). — El final del frente norte (Madrid, 1972). — La batalla de Teruel (Madrid, 1974). — La gran ofensiva sobre Zaragoza (Madrid, 1973). — La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca (Madrid, 1970). — La lucha en torno a Madrid (Madrid, 1968). — La marcha sobre Madrid (Madrid, 1968). — La ofensiva sobre Segovia y la batalla de Brunete (Madrid, 1972). — Los cien últimos días de la república (Barcelona, 1972), — Vizcaya (Madrid, 1971). MARTÍN BLÁZQUEZ, José, I helped to build an army; Civil War memoirs of a Spanish staff officer (con una introducción de F. Borkenau) (Londres, 1939). MARTÍNEZ DE CAMPOS, Carlos (duque de la Torre), Ayer 1931-1953 (Madrid, 1970). MARTÍNEZ PASTOR, Manuel, Cinco de marzo 1939 (Madrid, 1971). MARTY, André, Volontaires d'Espagne: douze mois sublimes! (París, 1937). (Hay traducción castellana.) MATORRAS, Enrique, El comunismo en España (Madrid, 1935). MATTHEWS, Herbert, The yoke and the arrows. A report on Spain (Nueva York, 1961). — Two wars and more to come (Nueva York, 1938). MATTIOLI, Guido, L'aviazione legionaria in Spagna (Roma, 1940). MAULVAULT, Lucien, Gla'ieul noir (París, 1938). MAURA, Miguel, Así cayó Alfonso XIII... (México, 1962 y Barcelona, 1966). MAURÍN, Joaquín, Revolución y contrarrevolución en España (París, 1966). MAURRAS, Charles, Vers l'Espagne de Franco (París, 1943). MCCULLAGH, Francis, In Franco's Spain: being the experiences of an Irish war correspondent during the great civil war which began in 1936 (Londres, 1937). MCGOVERN, John, Terror in Spain. How the Communist International has destroyed working class unity, undermined the fight against Franco, and suppressed the social revolution (Londres, 1938). — Why bishops back Franco (Londres, 1936). MACKEE, Seumas, I was a Franco soldier (Londres, 1938). MCNEILL-MOSS, Geoffrey, The Epic of the Alcázar (Londres, 1937). MACROBERTS, Noel, A.R.P. lessons from Barcelona (Londres, 1938). MEAKER, Gerald, The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923 (Stanford, 1974). *Medical aid unit in Spain. The story of the* (Londres, 1936). MENDIZÁBAL VILLALBA, Alfredo, Aux origines d'une tragédie: la politique espagnole de 1923 a 1936 (París, 1937). MENÉNDEZ REIGADA, Ignacio, La Guerra Nacional Española ante la moral y el derecho (Salamanca, 1937). MERA, Cipriano, Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista (París, 1976). MERKES, Manfred, Die deutsche Politik gegenüber dem spanischen Bürgerkrieg, 2ª ed. (Bonn, 1969). MEZQUIDA, Luis María, La batalla del Ebro, 2 vols. (Tarragona, 1963). — La batalla del Segre (Tarragona, 1972). MIDDLEMAS, KEITH (y BARNES, John), Baldwin, A Biography (Londres, 1969). — Diplomacy of Illusion (Londres, 1972). MIGUEL, Florindo de, Un cura en zona roja (Barcelona, 1956). MIKSCHÉ, F.O., Blitzkrieg (Hardmondsworth, 1944). MILLÁN ASTRAY, Pilar, Cautivas; 32 meses en las prisiones rojas (Madrid, 1940). MINNEY, R.J., The Private papers of Hore-Belisha (Londres, 1960). MINTZ, Frank, L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire (París, 1970). MIQUELARENA, Jacinto, Cómo fui ejecutado en Madrid (Ávila, 1937). — El otro mundo (Burgos, 1938). MIRAVITLLES, Jaume, Episodis

de la guerra civil espanyola (Barcelona, 1972). MITCHELL, sir Peter Chalmers, My house in Málaga (Londres, 1938). MITFORD, Jessica, Sons and Rebels (Londres, 1960). MOCH, Jules, Rencontres avec... Léon Blum (París, 1970). MODESTO, Juan, Soy del quinto regimiento (París, 1969). MOLA, Emilio, Obras Completas (Valladolid, 1940). MOLINA, Juan, Noche sobre España (México, 1958). MONELLI, Paolo, Mussolini. An intimate Life (Londres, 1953). MONTERO, Antonio, La persecución religiosa en España (Madrid, 1961). MONTERO DÍAZ, Santiago, La política social en la zona marxista (Bilbao, 1938). *Montserrat, glosas a la Carta colectiva de los obispos españoles* (Barcelona, 1938). (J. Vilar Costa.) MONTSERRAT, Víctor, Le drame d'un peuple incompris. La guerre au Pays Basque (París, 1938). MORA, Constanca de la, In place of splendor. The autobiography of a Spanish woman (Nueva York, 1939). MORAVEC, Frantisek, Master of Spies (Londres, 1975). MORENO, almirante Francisco, La guerra en el mar (Barcelona, 1959). MORROW, Félix, Revolution and counter-revolution in Spain (Nueva York, 1938). MUGGERIDGE, Malcolm, The Thirties (Londres, 1940). MÚGICA, doctor Mateo (obispo de Vitoria), Imperativos de mi conciencia (Buenos Aires, s. a.). MUÑÍS, Grandizo, Jalones de derrota: promesa de victoria. España 1930-1939 (México, 1948). MUÑOZ MARTÍN, Óscar, El verano de la dinamita (Madrid, 1974). MUÑOZ DÍEZ, Manuel, Marianet, semblanza de un hombre (México, 1960). MUSSOLINI, Rachele, My Ufe with Mussolini (Londres, 1959). *Naciones Unidas, Consejo de Seguridad de las: Report on Spain* (Nueva York, 1946). *Nazi Conspiracy in Spain, The* (Londres, 1937). (El autor era Otto Katz.) NEHRU, Jawaharlal, Spain! Why? (Londres, 1937). NELSON, Steve, The Volunteers (Leipzig, 1954). NENNI, Pietro, Spagna (Milán, 1958). (Hay traducción castellana.) NERUDA, Pablo, España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en la guerra (1936-1937) (Santiago de Chile, 1938). NIN, Andrés, Los problemas de la revolución española (París, 1971). NOLLAU, Gunther, International Communism and world révolution (Londres, 1961). NONELL BRÚ, Salvador, Así eran nuestros muertos del laureado Tercio de Requetés de Ntra. Sra. de Montserrat (Barcelona, 1965). NORMAN, James, The Fell of Dark (Londres, 1960). NORTH, Joseph, Men in the ranks. The story of 12 Americans in Spain (Nueva York, 1939). NOTHOMB, Paul, Le Rançon (París, 1952). *Nuevo Ripalda enriquecido con varios apéndices* (Madrid, 1927). NÚÑEZ MORCADO, Aurelio, Los sucesos de España vistos por un diplomático (Buenos Aires, 1941). NYON, Conferencia de, 1937, International agreement for collective measures against piratical attacks in the Mediterranean by submarines (Londres, 1937).

O'DONNELL, Peadar, Salud! An Irishman in Spain (Londres, 1937). O'DUFFY, Eoin, Crusade in Spain (Londres, 1938). OLIVEIRA SALAZAR, dr. Antonio de: Portugal, a aliança inglesa e la guerra de Espanha (Lisboa, 1937). ONAINDÍA, Alberto de, Hombre de paz en la Guerra (Buenos Aires, 1973). O'NEILL, Carlota, Una mexicana en la Guerra de España (México, 1964). O'NEILL, R. J., The Germán Army and the Nazi Party 1933-1939 (Londres, 1966). ORLOV, Alexander, Evidence at Senate Internal Security Sub-committee (14 de febrero de 1957). ORTEGA Y GASSET, José, España invertebrada (Madrid, 1922). ORTIZ DE VILLAJOS, Cándido, De Sevilla a Madrid, ruta libertadora de la columna

Castejón (Granada, 1937). ORWELL, GEORGE, *Collected Essays*, vol. i (Londres, 1968). —Homage to Catalonia (Londres, 1938). (Hay traducciones castellana y catalana.) OSSORIO Y GALLARDO, Ángel, Julio de 1909. *Declaración de un testigo* (Madrid, 1910). —La España de mi vida. *Autobiografía* (Buenos Aires, 1941). —Vida y sacrificio de Companys (Buenos Aires, 1943). OYARZUN, Román, *La historia del carlismo* (Madrid, 1969).

PABÓN, Jesús, *Cambó*, 3 vols. (Barcelona, 1952 y 1969). —Palabras en la oposición (Sevilla, 1935). PACCIARDI, Randolpho, *Volontari italiani nella Spagna repubblicana. II bataglione Garibaldi* (Lugano, 1948). PADELFOURD, N.J., *International Law and diplomacy in the Spanish Civil War* (Cambridge, Mass., 1939). PAGÉS GUIX, Luis, *La traición de los Franco* (Madrid, 1938). PALACIO ATARD, Vicente, *Aproximación histórica a la guerra civil española* (Madrid, 1970). PALENCIA, Isabel de, *I must have Liberty* (Nueva York, 1940). —*Smouldering Freedom* (Nueva York, 1945). PALMER, Nettie, *Australians in Spain* (Sidney, 1948). PÁMIÉS, Tomás, y Teresa, *Testamento en Praga* (Barcelona, 1970). PAUL, Elliot Harold, *The life and death of a Spanish town* (Nueva York, 1937). PAUL-BONCOUR, J. *Entre deux guerres* (París, 1946). PAYNE, Robert, *The Civil War in Spain, 1936-1939* (Nueva York, 1962). PAYNE, Stanley, *Falange* (Stanford, 1961). (Hay traducción castellana.) —*El Nacionalismo Vasco* (Barcelona, 1974). —*Politics and the Military in Modern Spain* (Stanford, 1967). (Hay traducción castellana.) —*The Spanish Révolution* (Nueva York, 1970). (Hay traducción castellana.) PAZ, Abel, *Durruti: Le peuple en armes* (París, 1972). PEERS, Edgar Allison, *Catalonia Infelix* (Londres, 1937). —*The Spanish tragedy, 1930-1936; dictatorship, republic, chaos* (Londres, 1936). —*Spain in eclipse, 1937-1943, a sequel to The Spanish tragedy* (Londres, 1943). PEMÁN, José María, *Mis almuerzos con gente importante* (Madrid, 1970). —*Poema de la bestia y el ángel* (Madrid, 1939). —*Un soldado en la Historia (Vida del general Varela)* (Cádiz, 1954). PEÑA-BOEUF, Alfonso, *Memorias de un ingeniero político* (Madrid, 1954). PENCHIENATI, Cario, *Brigate Ineternazionali in Spagna* (Milán, 1950). PEIRATS, José, *La CNT en la Revolución Española*, 3 vols. (Toulouse, 1951-1953). —*Los anarquistas en la crisis política española* (Buenos Aires, 1964). PEIRÓ, Joan, *Perill a la retaguarda* (Mataró, 1936). PÉREZ BARÓ, Albert, *Trenta mesos de collectivisme a Catalunya* (Barcelona, 1970). PÉREZ DE OLAGUER, Antonio, *El terror rojo en Andalucía* (Burgos, 1938). PÉREZ PERRERO, Miguel, *Drapeau de France. La vie des réfugiés dans les légations á Madrid* (París, 1938). PÉREZ LÓPEZ, Francisco, *A guerrilla diary of the Spanish Civil War* (Londres, 1972). PÉREZ MADRIGAL, Joaquín, *Aquí es la emisora de la flota republicana* (Madrid, 1939). —*Augurios, estallido y episodios de la guerra civil* (Ávila, 1937). —*Memorias de un converso*, 9 vols. (Madrid, 1943). PÉREZ MORÁN, Domingo, *¡A éstos, que los fusilen al amanecer!* (Madrid, 1973). PÉREZ SALAS, Jesús, *Guerra en España (1936 a 1939)* (México, 1947). PÉREZ SOLÍS, Óscar, *Sitio y defensa de Oviedo* (Valladolid, 1938). *Persecución religiosa en España, La* (Buenos Aires, 1937). «PERTINAX», *Les fossoyeurs de la France* (París, 1946). PESCE, Giovanni, *Un garibaldino in Spagna* (Roma, 1955). PETERSON, Sir Maurice, *Both sides of the Curtain*

(Londres, 1950). PHILBY, Kim, *My silent war* (Londres, 1968). PHILLIPS, A. V. *Spain under Franco* (Londres, 1940). PHILLIPS, Cecil, *The Spanish Pimpernel* (Londres, 1960). (Hay traducción castellana.) PI I SUNYER, Carlos, *La República y la Guerra* (México, 1975). PIAZZONI, Sandro, *Las tropas Flechas Negras en la guerra de España* (Barcelona, 1942). PIKE, D. W., *Conjecture, Propaganda and Deceit* (Stanford, 1970). —*Vae Vktis!* (París, 1969). PINI, G. y Susmel, D., *Mussolini*, 4 vols. (Florencia, 1953-1955). PITCAIRN, Frank, pseud. (Cockburn, Claud), *Repórter in Spain* (Londres, 1936). PITT-RIVERS, Julián, *Peo pie of the Sierra* (Londres, 1954). (Hay traducción castellana.) PLA, Josep, *Historia de la segunda república*, 4 vols. (Barcelona, 1940-1941). PONS PRADES, Eduardo, *Un soldado de la república* (Madrid, 1974). PORETSKY, Elizabeth, *Our own people* (Londres, 1969). PRADERA, Víctor, *El estado nuevo* (Pamplona, 1934). PRATS Y BELTRÁN, Alardo, *Vanguardia y retaguardia de Aragón* (Buenos Aires, 1938). PRIESTLEY, J. B. (y West, Rebecca), *Spain and Us* (Londres, 1936). PRIETO, Indalecio, *Convulsiones de España*, 3 vols. (México, 1967-1969). —*De mi vida*, 2 vols. (México, 1965-1970). —*Cómo y por qué salí del Ministerio de defensa nacional, intrigas de los rusos en España* (México, 1940). —*Epistolario Prieto y Negrín* (París, 1939). —*Palabras al viento* (México, 1942). —*Yo y Moscú* (Madrid, 1955). PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *Obras Completas* (Madrid, 1942). PRITTIE, Terence, *Willy Brandt* (Londres, 1974). PUZZO, Dante Anthony, *Spain and the great powers, 1936-1941* (Nueva York, 1962).

QUEIPO DE LLANO, Rosario, *De la cheka de Atadell a la prisión de Alacuás* (Valladolid, 1939). QUINTANILLA, Luis, *AJI the brave* (Nueva York, 1939). —*Los rehenes del alcázar de Toledo* (París, 1967).

RAMA, Carlos, *La crisis española del siglo XX* (México, 1960). «RAMÍREZ, Luis», *Francisco Franco: historia de un mesianismo* (París, 1964). RAMÍREZ JIMÉNEZ, Manuel, *Los grupos de presión en la segunda República española* (Madrid, 1969). RAMÓN-LACA, Julio de, *Cómo fue gobernada Andalucía* (Sevilla, 1939). RAMOS, Vicente, *La guerra civil 1936-1939 en la provincia de Alicante*, 3 vols. (Alicante, 1974). RAMOS OLIVEIRA, Antonio, *Historia de España*, 3 vols. (México, 1969). REDONDO, Luis, *El requeté; la tradición no muere* (Barcelona, 1957). REGLER, Gustav, *The great crusade* (Nueva York, Toronto, 1940). —*The Owl of Minerva* (Londres, 1959). RECUENCO, V., *Guerra sin frentes* (Madrid, 1954). RELLO, Salvador, *La aviación en la guerra de España*, 3 vols. (Madrid, 1969-71). RENN, Ludwíg, véase Vieth von Golssenau, Arnold. *Renta Nacional de España en 1959 y Avance del 1960*, La (Madrid, 1960). REPARAZ, Antonio, *Desde el cuartel general de Miaja al santuario de la Virgen de la Cabeza* (Valladolid, 1937). RESTREPO, Félix, *España mártir* (Bogotá, 1937). *Revolución de Octubre en España*, La (Madrid, 1934). RIAL, José Antonio, *La Prisión de Fyffes* (Caracas, 1969). RIBBENTROP, Joachim von, *Memoirs* (Londres, 1954). RICHARDS, Vernon, *Lessons of the Spanish Révolution, 1936-1939* (Londres, 1953). (Hay traducción castellana.) RIDRUEJO, Dionisio, *Escrito en España* (Buenos Aires, 1962). —*Poesía en armas* (Barcelona, 1940). «RIEGER, Max», *Espionnage en Espagne* (París, 1938). (Hay

traducción castellana.) RÍO CISNEROS, Agustín de, (con Pavón Pereira, Enrique), Los procesos de José Antonio (Madrid, 1969). RIESENFELD, Janet, Danger in Madrid (Nueva York, 1938). RIVAS-CHERIF, Cipriano de, Retrato de un desconocido: vida de Manuel Azaña (México, 1961). ROA, Raúl, Pablo de la Torriente Brau y la revolución española (La Habana, 1937). ROBINSON, Richard, «Calvo Sotelo's Bloque Nacional and its manifiesto» (Universidad de Birmingham, Historical Journal, 1966, vol. x, nº 2). —The Origins of Franco's Spain (Newton Abbot, 1970). (Hay traducción castellana.) ROCKER, Rudolf, Extranjeros en España (Buenos Aires, 1938). —The Tragedy of Spain (Nueva York, 1937). RODRÍGUEZ CHAOS, Melquesidez, 24 años en la cárcel (París, 1968). RODRÍGUEZ TARDUCHY, Emilio, Significación histórica de la cruzada española (Madrid, 1941). ROJAS, Carlos, Por qué perdimos la guerra (Barcelona, 1970). ROJO, Vicente, ¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española (Buenos Aires, 1939, y Barcelona, 1974). —Así fue la defensa de Madrid (México, 1967). —España heroica (Buenos Aires, 1942, y Barcelona, 1975). ROLFE, Edwin, The Lincoln battalion (Nueva York, 1939). ROMANONES, conde de, Y sucedió así (Madrid, 1947). ROMERO, Luis, Desastre en Cartagena (Barcelona, 1971). —Tres días de julio (Barcelona, 1967). ROMERO, Emilio, La paz empieza nunca (Barcelona, 1965). ROMERO MAURA, Joaquín (con Preston, Paul; Varela Ortega, José, y Ruipérez, María), «Par? la historia de la república española» (Revista Internacional de Sociología, julio-diciembre, 1972). ROMERO-MARCHENT, Joaquín, Soy un fugitivo (Valladolid, 1937). ROMILLY, Esmond, Boadilla (Londres, 1971). ROOSEVELT, F. D., Papers (inéditos, Nueva York). ROS, Félix, Preventorio D (Barcelona, 1939). ROSENSTONE, Robert A., Crusade of the Left; the Lincoln battalion in the Spanish Civil War (Nueva York, 1969). ROSSELLI, Carlo, Oggi in Spagna, domani in Italia (París, 1938). ROUGERON, C., Les enseignements aériens de la guerre d'Espagne (París, 1940). ROY, M. N., Memoirs (Bombay, 1964). RUIZ ALBÉNIZ, Víctor, Del Ebro al Mediterráneo (febrero-abril del 38) (Madrid, 1941). RUDEL, Christian, La Phalange (París, 1972). RUIZ VILAPLANA, Antonio, Burgos justice. A year's experience of nationalist Spain (Nueva York, 1938). (Hay traducción castellana.) RUMBOLD, Richard, The Winged Life. A Portrait of Antoine de Saint-Exupéry, Poet and Airman (Londres, 1953). RUSR, William, Britons in Spain (Londres, 1939).

SABORIT, Andrés, Asturias y sus hombres (Toulouse, 1964). —Julián Besteiro (Buenos Aires, 1967). SAINT-AULAIRE, Auguste, conde de, La renaissance de l'Espagne (París, 1938). SAINT-EXUPÉRY, Antoine de, Terre des hommes (París, 1939). (Hay traducción castellana.) SALAS, Jesús, Intervención extranjera en la guerra de España (Madrid, 1974). —La guerra de España desde el aire (Barcelona, 1969). SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, Historia del ejército popular de la República, 4 vols. (Madrid, 1914). SALAZAR ALONSO, Rafael, Bajo el signo de la revolución (Madrid, 1935). SALCEDO, Emilio, Vida de don Miguel (Madrid, 1964). SALTER, Cedric, Try-out in Spain (Nueva York, 1943). SÁNCHEZ, José Mariano, Reform and reaction; the politico-religious background of the Spanish Civil War (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1964). SÁNCHEZ

DEL ARCO, Manuel, El sur de España en la reconquista de Madrid (Sevilla, 1937). SÁNCHEZ GUERRA, Rafael, Mis prisiones (Buenos Aires, 1946). SANCHÍS, Miguel, Alas rojas sobre España (Madrid, 1956). SANTAMARÍA, Aldo, Operazione Spagna 1936-1939 (Roma, 1965). SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA, N., Romance de la muerte de Pepe García, «elAlgabeño» (1937) (Valladolid, 1937). SANZ, Ricardo, El sindicalismo y la política: los «solidarios» y «nosotros» (Toulouse, 1966). —Los que fuimos a Madrid. Columna Durruti, 26 división (Toulouse, 1944). —Los que fuimos a Madrid. Columna Durruti, 26 división (Toulouse, 1969). SARDÁ, Juan, «El Banco de España (1931-1962)», en El Banco de España {Madrid, 1970). SAROLEA, Charles, Daylight on Spain. The answer to the Duchess of Atholl (Londres, 1938). SEHAPIRO, Leonard, The Communist party of the Soviet Union (Londres, 1960). SEHLAYER, Félix, Diplomat im roten Madrid (Berlín, 1938). SEHLEIMANN, Jurgen, «New light on Münzenberg», Survey, abril 1965, Londres. SCHMIDT, Paul, Hitler's Interpreter (Londres, 1951). SCHWARTZ, Fernando, La internacionalización de la guerra civil española (Barcelona, 1971). SEALE, Patrick (y MCCONVILLE, Maureen), Philby, the Long Road to Moscow (Londres, 1973). SECO SERRANO, Carlos, Historia de España. T. VI: época contemporánea (Barcelona, 1962). SEDWICK, Frank, The Tragedy of Manuel Azaña and the Eate of the Spanish Republic (Ohio, 1963). SEMPRÚN MAURA, Carlos, Révolution et contre-révolution en Cata logne (Tours, 1974). (Hay traducción catalana.) «Sencourt, Robert», véase George, Robert. SENDER, Ramón, Contraataque (Madrid, Barcelona, 1938). —Réquiem por un campesino español (Buenos Aires, 1961). —Siete domingos rojos (Buenos Aires, 1970). —The war in Spain (Londres, 1937). SERGE, Víctor, Mémoires d'un révolutionnaire 1901-1941 (París, 1957). SERRANO SÚÑER, Ramón, Entre Hendaya y Gibraltar (Madrid, 1947). *Servicio Histórico Militar, Historia de la Guerra de Liberación*, vol. I (Madrid, 1945). SETON WATSON, Christopher, Italy from liberalism to Fascism (Londres, 1967). SEVILLA ANDRÉS, Diego, Historia política de la zona roja (Madrid, 1954). SHEEAN, Vincent, Not peace but a sword (Nueva York, 1939). —The eleventh hour (Londres, 1939). SILVA, general Carlos de, Millán Astray (Barcelona, 1956). SIMPSON, sir John, The Refugee Problem (Londres, 1939). SINCLAIR, Upton Beall, «No pasarán». (They shall not pass) (Londres, 1937). (Hay traducción castellana.) SLOAN, Pat, ed., John Cornford. A memoir (Londres, 1938). SMITH, Lois Elwyn, México and the Spanish Republicans (Berkeley, 1955). *Sociedad de Naciones, Rapport de la Mission sanitaire de la Société des Nations en Espagne, 28 décembre 1936-15 janvier 1937 (París, 1937)*. — Yearbook 1936 (Ginebra, 1937). SOLANO PALACIO, Fernando, La tragedia del norte (Barcelona, 1938). SOLANO, Wilebaldo, The Spanish Revolution: the Ufe of Andrés Nin (Londres, s. a.). *Solidaridad de los pueblos con la República española (1936-1939)* (Moscú, 1972). SOMMERFIELD, John, Volunteer in Spain (Londres, 1937). SOMOZA SILVA, Lázaro, El general Miaja (biografía de un héroe) (México, 1944). SORIA, Georges, Trotskyism in the service of Franco: Facts and documents on the POUM (Londres, 1938). SOUCHY, Agustín, Colectivizaciones. La obra constructiva de la revolución española (Barcelona, 1937). —Entre los campesinos de Aragón (Valencia, 1937). SOUTHWORTH, Herbert R.,

Antifalange (París, 1967). —El mito de la cruzada de Franco (París, 1963). —La destruction de Guernica (París, 1975). SPENDER, Stephen (y Lehmann, John, ed.), Poems for Spain (Londres, 1939). —World within world (Londres, 1951). SPERBER, Murray A., comp., And I remember Spain; a Spanish civil war anthology (Londres, 1974). SPIELHAGEN, Franz, Spione und Verschwörer in Spanien (París, 1936). SPRIANO, Paolo, Storia del partito comunista italiano, vol. III (I fronti popolari, Stalin, la guerra) (Turín, 1970). STACKELBERG, Karl Georg, barón von, Legión Cóndor. Deutsche freiwillige in Spanien (Berlín, 1939). STANSKY, Peter, y Abrahams, William, Journey to the Frontier (Londres, 1966). STAVIS, Barrie, Refuge; a one act play of the Spanish war (Nueva York, Londres, 1939). STEER, George Lowther, The tree of Gernika: a field study of modern war (Londres, 1938). (Hay traducción castellana.) STEWART, Margaret, Reform under Fire. Social Progress in Spain 1931-1938 (Londres, 1938). STRONG, Anna Louise, Spain in arms, 1937 (Nueva York, 1937). «SUÁREZ, Andrés», El Proceso contra el POUM (París, 1974). SUÑER, Enrique, Los intelectuales y la tragedia española (San Sebastián, 1937). SWAFFER, Hannen, A British art-critic in republican Spain (Madrid, 1938). SZINDA, Gustav, Die XI Brigade (Berlín, 1956). TAGÜEÑA, Manuel, Testimonio de dos guerras (México, 1973). TALÓN, Vicente, Arde Guernica (Madrid, 1970). TAMAMES, Ramón, Estructura económica de España (Madrid, 1969). —La República. La era de Franco (Madrid, 1973). TAMARO, Attilio, Venti Anni di Storia (Roma, 1954). TANGYE, Nigel, Red, white and Spain (Londres, 1937). TARAZONA, Francisco, Sangre en el cielo (México, 1960). TAYLOR, Foster Jay, The United States and the Spanish Civil War (Nueva York, 1956). TAYLOR, A.J.P., The Origins of the Second World War (Londres, 1961). TÉLLEZ, Antonio, La guerrilla urbana en España: Sabaté (París, 1972). TENNANT, Eleonora, Spanish journey (Londres, 1936). TERMES, Josep, Anarquismo y sindicalismo en España: La primera internacional 1864-1881 (Barcelona, 1972). TÉRY, Simone, Front de la liberté, Espagne 1937-1938 (París, 1938). THARAUD, Jérôme y Jean, Cruelle Espagne (París, 1937). THOMAS, Gordon (y Morgan Witts, Max), Guernica (Nueva York, 1975). THOMPSON, sir Geoffrey, Front Line Diplomat (Londres, 1959). «*The Times*», History of, vol. IV (Londres, 1952). TINKER, Frank Glasgow, Some Still Live (Nueva York, 1936). TITIMUSS, Richard, Problems of Social Policy (Londres, 1950). TOGLIATTI, Palmiro, Le parti communiste italien, traducción francesa (París, 1961). TOMALIN, Miles, Diaries (inéditos). TOMLIN, E. W. F., Simone Weil (Cambridge, 1954). TORYHO, Jacinto, La Independencia de España (Barcelona, 1938). TORRIENTE-BRAU, Pablo de la, Peleando con los milicianos (México, 1938). TOYNBEE, Arnold, Survey of International Affairs, 1937, vol. II (con V. M. BOULTER) (Londres, 1938); 1938, vol. I (con Katherine DUFF) (Londres, 1948). TOYNBEE, Philip, Friends Apart (Londres, 1954). —Spain assailed (con Gilíes Martinet et al.: delegación de estudiantes en España (Londres, 1937). TRAÍNA, Richard P., American diplomacy and the Spanish Civil War (Bloomington, 1968). TRAUTLOFT, Hannes, Ais Jagdfliieger in Spanien (Berlín, 1940). TREND, J. B., The Origins of modern Spain (Cambridge, 1934). TROTSKY, León, The Spanish Revolution (1931-1939) (Nueva York,

1973). (Hay traducción castellana.) TRYTHALL, J. W. D., Franco: A Biography (Londres, 1970). TUÑÓN DE LARA, Manuel, La España del siglo XX (París, 1966). —El movimiento obrero en la Historia de España (Madrid, 1972). TUSELL, Javier, Historia de la democracia cristiana en España, 2 vols. (Madrid, 1974). —Las elecciones del Frente Popular, 2 vols. (Madrid, 1971).

URIBARRI, Manuel, La Quinta Columna española (La Habana, 1943). URRACA PASTOR, María Rosa, Así empezamos (memorias de una enfermera) (Bilbao, s. a.). URRUTIA, Julio de, El Cerro de los Héroes (Madrid, 1965). Uso: véase Estados Unidos. VALVERDE, Juan Tomás, Memorias de un alcalde (Madrid, 1961). VALDESOTO, F. de, Francisco Franco (Madrid, 1943). VANNI, Ettore, Io, Comunista in Russia (Bologna, 1948). (Hay traducción castellana.) VANSITTART, lord Robert, The mist procession (Londres, 1958). VEGA GONZÁLEZ, Roberto, Cadetes mexicanos en la guerra de España (México, 1954). VEGAS LATAPIÉ, E., El pensamiento político de Calvo Sotelo (Madrid, 1941). VELARDE, Juan, Política económica de la Dictadura (Madrid, 1968). VENEGAS, José, Las elecciones del Frente Popular (Buenos Aires, 1942). VICENS VIVES, Jaime, Aproximación a la historia de España (Barcelona, 1962). VIDAL I BARRAQUER, Arxiu, Església i estat durant la Segona República Espanyola 1931-1936, vol. I (Montserrat, 1971). VIETH VON GOLSSERNAU, Arnold («Ludwig Renn») Der Spanische Krieg (Berlín, 1955). VIGÓN, Jorge, General Mola, el conspirador (Barcelona, 1957). VILA SAN JUAN, José Luis, Así fue. Enigmas de la Guerra civil española (Barcelona, 1972). VILANOVA, Antonio, La defensa del alcázar de Toledo (México, 1963). VILAR, Fierre, Histoire de l'Espagne (París, 1952.) (Hay traducción castellana.) VILAR, Sergio, Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura (París, 1968). Vilaró, José Esteban, El ocaso de los dioses rojos. Barcelona, Perthus, Argeles, París, México (Barcelona, 1939). VILLALBA DIÉGUEZ, Fernando, Diario de guerra 1938-1939 (Madrid, 1956). VILLAR SALINAS, Jesús, Repercusiones demográficas de la última guerra civil española (Madrid, 1942). VILLAR, Manuel, El anarquismo en la insurrección de Asturias (Valencia, 1935). VILLARÍN, Jorge, Guerra en España contra el judaísmo bolchevique (Cádiz, 1937). VIÑAS, Ángel, La Alemania Nazi y el 18 de julio (Madrid, 1974). VOROS, Sandor, American commissar (Filadelfia, 1961).

«W.W.W., general», El Mando (Barcelona, 1937). WALL, Bernard, Spain of the Spaniards (Londres, 1938). WARNER, Geoffrey, «France and Non-Intervention in Spain, July-August 1936» International Affairs, abril, 1962. WATKINS, K.W., Britain divided (Londres, 1963). WATSON, Keith Scott, Single to Spain (Londres, 1937). WATT, D. C., «Soviet aid to the Republic», The Slavonic and East European Review (junio, 1960). WEIL, Simone, Écrits historiques et politiques (París, 1960). WEINBERG, Gerhard, The Foreign Policy of Hitler's Germany. Diplomatic Revolution in Europe (Chicago, 1970). WEINTRAUB, Stanley, The last great cause: the intellectuals and the Spanish Civil War (Londres, 1968). WEIZSAECKER, Ernst von, Memoirs (Chicago, 1951). WHITAKER, J.T., «Prelude to War» Foreign Affairs, octubre, 1942 (Nueva York). WINTRINGHAM, Thomas Henry, English captain (Londres, 1939). WOLFE, Bertram, Khrushchev and

Stalin's ghost (Nueva York, 1957). WOOLMAN, David, Rebels in the Rif (Londres, 1969). WOOD, J. K., The long shadow (inéedita, Harrogate). WOOD, Neal, Communism and British Intellectuals (Londres, 1959). WOODCOCK, George, Anarchism (Londres, 1963). WOOLSEY, Gamel, Death's other Kingdom (Londres, Nueva York, 1939). WORSLEY, Thomas Cuthbert, Behind the battle (Londres, 1939). WULLSCHLEGER, Max, ed., Schweizer kámpfen in Spanien (Zurich, 1939). XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe, José Antonio. Biografía apasionada (Barcelona, 1941). YZURDIAGA, Fermín, Discurso al silencio y voz de la Falange (Salamanca, 1937). Zaragoza, Universidad de, La guerra de liberación nacional (Zaragoza, 1961).

ZAYAS, marqués de, Historia de la vieja guardia de Baleares (Madrid, 1955).

ZUGAZAGOITIA, Julián, Historia de la guerra en España (Buenos Aires, 1940). —Pablo Iglesias (Madrid, 1926). ZYROMSKI, Jean, Pour sauver la démocratie et la paix, ouvrez la frontière! (París, 1936).

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

19/08/2012

Notas a pie de página

[1] USD, 1936, vol. II, p. 546; NIS, octava reunión. Sobre esta reunión hay un interesante relato de Maisky, que es particularmente bueno cuando se refiere al miedo a las potencias fascistas demostrado por los diplomáticos de los países más pequeños. Ivan Maisky, pp. 58-63. [2] En la Conferencia del Partido Laborista, celebrada aquel año en Edimburgo, se habían registrado 435.000 votos (contra 1.728.000) contra la política del partido de apoyo a la no intervención. Entre los rebeldes se contaban sir Charles Trevelyan, Christopher Addison, Philip Noel-Baker y Aneurin Bevan. En esta conferencia pronunciaron discursos muy elocuentes Jiménez de Asúa e Isabel de Palencia (a la que Hugh Dalton, en sus memorias, *The Fateful Years*, val. I, 1931-1945 [Londres, 1951], p. 99, confunde con «la Pasionaria»), Isabel de Palencia, representante republicana en Estocolmo, escribió también un relato en *I Must Have Liberty* (Nueva York, 1940), p. 246. Sin embargo, el ejecutivo nacional redujo el ardor general de la conferencia enviando a Attlee y a Greenwood a consultar con Chamberlain (primer ministro en funciones) y pedirle una investigación detallada sobre las violaciones de la no intervención. [3] *Solidaridad obrera*, 30 de octubre de 1936. [4] Arman murió siendo general en la segunda guerra mundial. P. Batov y N. Voronov, que posteriormente serían generales, también estuvieron presentes en la lucha de aquel día, el primero como asesor militar de Líster (que, igual que Modesto, sabía algo de ruso), y el segundo como asesor de artillería. Al parecer, en Seseña fue donde se usó por primera vez el llamado «cóctel Molotov»: lo lanzaron los legionarios contra los tanques (La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 480). Líster nos dice que el escritor Ramón Sender, actuó durante algún tiempo en esta batalla como jefe de estado mayor, pero que luego abandonó el frente precipitadamente (Líster, p. 82). Véase el relato de Batov en *Bajo la bandera*, p. 223 y ss. [5] Jesús Salas, p. 126. En estos aviones rusos, los pilotos eran rusos, pero los encargados de lanzar las bombas y disparar las ametralladoras eran españoles. El comandante de este ataque era un germano-ruso, E. Schacht. Véase el relato de G. Prokofiev en *Bajo la bandera*, p. 378 y ss. [6] GD, pp. 123-125. [7] *Ibidem*. [8] Milch, el secretario de Estado, fue a despedir a las primeras unidades el 6 de noviembre (Irving, p. 50). Sperrle había sido el responsable de todas las operaciones aéreas de los años 20, bajo el mando de von Seeckt. [9] Los tanques estaban mandados por el coronel von

Thoma, que llevaba tres meses en España instruyendo a los españoles. Los cazas iban mandados, al principio, por el comandante von Merhard. Las fuerzas aéreas alemanas de esta época disponían de algo más de 1.200 aviones de combate (véase Irving, p. 52, nota).

[10] Volkischer Beobachter, mayo 1939, cit. por Toynbee, *Survey* 1938, vol. I, p. 358; Jesús Salas, p. 136. [11] El difunto Noel Monks, que entonces pertenecía al *Daily Express*, describió esta conferencia de prensa al autor. El doctor L. de Jong, autor de *The German Fifth Column in the Second World War* (Londres, 1958), ha descubierto una referencia a la quinta columna en *Mundo obrero* del 3 de octubre de 1936. Pero lord St. Oswald (que por entonces era corresponsal en el lado republicano) afirma que la expresión la había inventado él unas semanas antes, mientras el ejército de Africa estaba todavía en el valle del Tajo, y que la había mencionado en un despacho (no localizado) enviado al *Daily Telegraph*. Dice que la expresión fue recogida por los demás reporteros en la Telefónica de Madrid y que de ahí llegó a Mola, atravesando las líneas en forma de rumor. Por otra parte, la expresión también se utilizó aplicada a los partidarios de los rusos dentro de la fortaleza de Ismail, sitiada por Suvarov en 1790. [12] Los dos aeródromos para cazas rusos se instalaron cerca de Madrid: uno cerca de Algete, en la finca El Soto, dirigido por el comandante Richagov, y otro en Alcalá de Henares; en ambos, la mayor parte del personal era ruso, aunque había algunos pilotos españoles, por ejemplo García Lacalle (op. cit., pp. 174-175). [13] Valdesoto, p. 183. [14] Lorenzo, p. 224 (Lorenzo es hijo de Horacio Martínez Prieto). Los cuatro anarquistas, al llegar a Madrid, fueron a ver a Horacio M. Prieto para pedir instrucciones; él dijo que la CNT no era el Partido Comunista, y que no quería limitar la libertad de acción de los ministros (op. cit., p. 254). Horacio M. Prieto había vuelto a ocupar el cargo de secretario general poco antes de la guerra, tras haber dimitido en mayo después de la conferencia de Zaragoza. [15] El arquitecto de la nueva Ciudad Universitaria de Madrid, Manuel Sánchez Arcos, era subsecretario. [16] Carlos Pi Sunyer, *La República y la Guerra* (México, 1975), p. 419; véase también Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 206. [17] Por ejemplo, Martín Blásquez, p. 298. [18] *Causa General*, p. 371, citando un testimonio directo. [19] *Socialist Review*, mayo-junio 1938, vol. vi, nº 6, p. 17, cit. por Cattell, *Communism*, p. 66. [20] Peirats, p. 233. [21] Federica Montseny en un discurso en Toulouse (*International Bulletin of the MLE-CNT in France*, septiembre-octubre de 1945); cit. por Richards, p. 59. [22] Discurso, 27 de mayo de 1937, cit. por Peirats, vol. II, pp. 270-272. [23] Peirats, vol. I, pp. 228-229; Lorenzo, p. 151. [24] López Muñiz, p. 25 y ss. [25] Prieto, *Convulsiones*, vol. II, p. 316. [26] Los únicos subsecretarios que se quedaron en Madrid fueron Fernando Valera, subsecretario de Comunicaciones, y Wenceslao Carrillo, de gobernación (Lázaro Somoza Silva, *El general Miaja* [México, 1944], p. 148). [27] Federica Montseny, discurso de 27 de mayo de 1937, cit. por Peirats, vol. II, p. 272. Véase también comentario en Prieto, *Palabras*, pp. 324-325. [28] Vicente Rojo, *España heroica* (México, 1961), p. 38. [29] L. Fischer, p. 369. [30] Koltsov, p. 189; Azaña, (vol. IV, p. 860) dice lo que le contó Miaja. [31] Somoza Silva, p. 139; Largo Caballero, p. 235. [32] Barea, p. 174; Koltsov, p. 184 y ss.; Ehrenburg, *Eve of War*, pp. 146-147. [33] Rojo, p. 41. Un relato más reciente y detallado puede encontrarse en

Rojo, *Así fue la defensa de Madrid* (México, 1967). [34] Rojo, *España heroica*, p. 44; Somoza Silva, p. 142. El texto de este «documento que salvó a Madrid» está reproducido en Somoza Silva, p. 316. [35] Somoza Silva, p. 316, reproduce el acta de esta reunión. Los comunistas impusieron un veto contra la entrada del POUM en la junta, y los dirigentes del POUM de Valencia no pudieron hacer nada para cambiar esto. Manuel Albar, dirigente socialista, dijo a Enrique Rodríguez, el responsable del POUM en Madrid, que los socialistas se habían quejado, pero habían decidido aceptar «debido a la importancia de la ayuda soviética». Julián Gorkin acudió desde Barcelona para defender la postura del POUM, pero no consiguió nada. [36] Opinión de Azaña (op. cit., p. 732). [37] Jesús de Galíndez, *Los vascos en el Madrid sitiado* (Buenos Aires, 1945), p. 66; *Causa General*, p. 236; Koltsov, p. 192; G. Izaga, *Los presos de Madrid* (Madrid, 1940), p. 336, da una versión nacionalista terrorífica. Koltsov atribuye la orden a «Miguel Martínez», que, sin embargo, era él mismo. Peirats culpa a José Cazorla (vol. II, p. 96). Christopher Lance, el «Pimpinela de la guerra de España», ya había llevado a cabo varias fugas con gran audacia, y salvaría a más de cien personas utilizando la unidad de ambulancias financiada por un filántropo escocés como medio de transporte de Madrid a la costa. Lance acabó por ser descubierto y pasó varios meses en cárceles muy poco agradables. Véase su «historia» en C. E. Lucas Phillips, *Spanish Pimpernel* (Londres, 1960); y Delmer, p. 345. [38] Alvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 208; Borkenau, p. 196; Eduardo Guzmán, *Madrid rojo y negro* (Madrid, 1938), p. 300. Pedro Rico, el popular alcalde de Madrid, también fue obligado a volver. De regreso en Madrid, se refugió en la embajada mexicana. No fue bien recibido por los refugiados de derechas que encontró allí. Pero ahora no podía regresar al ayuntamiento. Tenía miedo de ir a su casa. A pesar de su enorme volumen, lo metieron en el portaequipajes del coche de «el Nili», el banderillero de Juan Belmente, y lo llevaron a Valencia. Prieto le ayudó a escapar a Francia (*De mi vida*, vol. II, pp. 324-326). El propio Prieto huyó a Valencia. [39] Ibárruri, p. 334. [40] En Castro Delgado, pp. 452-453, aparece un retrato de Goriev. Louis Fischer (p. 377) lo describe como «más que cualquier otro hombre [...] el salvador de Madrid». Véase también Ehrenburg, *Eye of War*, pp. 146-147 y Barea, pp. 288-289. La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 492, tiene una opinión diferente. Los distintos autores suelen dividir los laureles entre Miaja y Goriev según sus propias inclinaciones. [41] Fuentes al principio se negó a ver a Voronov, y luego dijo que no podía tomar parte en aquello porque no sabía español. Después, Largo Caballero dio a Voronov una impresión igualmente mala al decir que la España republicana no necesitaba armas extranjeras (*Bajo la bandera*, p. 67). Voronov dice que fue él quien insistió en que se trasladara el cuartel general de la artillería republicana a la Telefónica (pp. 80-81), y quien protestó porque los de artillería se tomaban dos horas para comer. [42] Le llamaban el coronel «Kodak», por su afición a que le fotografiaran. Veinte años antes, Dumont y Hans se habían enfrentado como miembros de los ejércitos francés y alemán, respectivamente, en el frente occidental. [43] «El 8 de noviembre al amanecer, cuando salía para la sierra, vi un batallón de la primera Brigada Internacional en la calle Ferraz» (Tagüena, p. 140). Esto desmiente la extraña afirmación del general Rojo (*Así fue*, p. 69) de que estas tropas no

entraron en combate hasta el 12 de noviembre. Este falseamiento de la verdad está comentado en R. Salas, vol. I, p. 584. Véase también el poema de Neruda que empieza «Una mañana de un mes frío», en *Tercera residencia* (Buenos Aires, 1961). [44] USD, 1936, vol. II, p. 603. [45] Cox, p. 144; Fischer, p. 373. Véase también Castells, p. 100 y ss. [46] Fischer, loc. cit. Fischer, que era intendente de la brigada, probablemente lo sabía. [47] Somoza Silva, p. 183. En los años 70, este valenciano sería jefe de gobierno de la República española en el exilio, en París. [48] Voronov, en *Bajo la bandera*, p. 256. [49] Malraux, p. 322. [50] Jesús Salas, p. 133. El teniente Kraft Eberhard fue el primer oficial alemán muerto en España. [51] Karlo Lukanov luchó en la primera guerra mundial, en 1919 ingresó en el Partido Comunista, huyó a Austria en 1923, y fue a Rusia después de pasar una temporada de nuevo en Bulgaria. Después de 1945, fue jefe segundo de gobierno de Bulgaria (1952-1953), y más tarde ministro de Asuntos Exteriores. Sobre esta brigada, véase Batov en *Bajo la bandera*, p. 228. [52] Pacciardi, miembro del Partido Republicano en Italia, venía de Maremma, y era un veterano de la primera guerra mundial y de varias luchas contra los fascistas, en 1920-1922. A partir de 1926 había estado exiliado en Francia y Suiza. Antes de que le nombraran jefe del batallón Garibaldi hubo largas discusiones entre él y los comunistas, zanjadas con un acuerdo final el 27 de octubre, por el que Pacciardi accedía a tener como comisario a un comunista, Antonio Roasio, de Biella. [53] Ésta fue una batalla famosa, la más dura de 1936, en la que lucharon 14 Fiat contra 13 «Chatos» sobre el paseo de Rosales, y cayeron varios de estos últimos. Un piloto ruso que se lanzó en paracaídas sobre Madrid fue linchado porque creyeron que se trataba de un piloto alemán. [54] Durruti se había mostrado reacio a ir. Véanse cifras en *Paz*, pp. 418 y 422. [55] Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista* (París, 1976), p. 86. A Durruti le adjudicaron un «asesor» ruso, conocido por «Santi», cuyo verdadero nombre era Mamsurov Jadjí-Umar, caucásico y futuro general. No se llevaron bien. Teniendo en cuenta cómo se portaron después los comunistas con los anarquistas en el frente, es posible que el comentario de Mera sea válido. Véanse comentarios sobre el papel de «Santi» en Eduardo Comía Colomer, *El comisariado político* (Madrid, 1973), p. 96. [56] Aquel mismo día la Legión Cóndor también bombardeó Cartagena, el puerto adonde solía llegar el material ruso. [57] Koltsov, p. 233. [58] Gustav Regler, *The Great Crusade*, traducido por Whittaker Chambers (!) (Nueva York, 1940), p. 4. [59] Antonio López Fernández, *Defensa de Madrid* (México, 1945), p. 175. [60] Peirats, vol. I, pp. 245-246. Las diferentes posibilidades están resumidas en Joan Llach, *La muerte de Durruti* (Barcelona, 1973). Hay un resumen más frío de las diferentes versiones en Jaume Miravittles, *Episodios de la guerra civil española* (Barcelona, 1972); y en *Paz*, p. 497, donde se censura al anónimo crítico de la obra de James Joll, *The anarchists in The Times Literary Supplement* del 24 de diciembre de 1964. Véase también Ángel Maroto, *Actualidad española* (diciembre, 1971). [61] Salas, op. cit. [62] En 1937, sir F. Kenyon, antiguo director del museo Británico, y James Mann, conservador de la colección Wallace, visitaron la España republicana e informaron de que las obras de arte del museo del Prado y de otros lugares de la República se encontraban en un excelente estado de conservación. [63] Delaprée, p. 14.

[64] El avión de Delaprée probablemente fue atacado por la aviación republicana. Delaprée murió unos días más tarde en un hospital de Guadalajara. Delmer (p. 324) dice que el avión fue derribado por los republicanos porque su servicio de contraespionaje deseaba matar a un sospechoso de ser agente rebelde, el doctor Henry, de la Cruz Roja, que también iba a bordo. [65] «El café se le enfrió y en Madrid no entró». [66] Salas Larrazábal, vol. I, p. 625, da la cifra muy baja de 266 defensores muertos y 6.029 heridos. Puede que no haya encontrado pruebas documentales de más muertes, pero es muy probable que la cifra sea más elevada. Los datos estadísticos de estas muertes no son de fiar. [67] Koltsov, pp. 261-262. Después de esto, se abrió una falsa embajada bajo la bandera de Siam, con el objeto de atraer a nacionalistas ocultos. Varias personas (parece ser que sólo seis) acudieron buscando refugio. Se escucharon sus conversaciones con micrófonos secretos, y más tarde fueron asesinadas. [68] Parece ser que fue asesinado por la brigada de servicios especiales del ministerio de la Guerra, dirigida entonces por el anarquista Manuel Salgado, alegándose como motivo que, antes de la guerra, había sido representante de la Mercedes en Madrid (*Causa General*, pp. 162-163). [69] Al principio de este combate, Hans Beimler, el comisario alemán, había sido muerto; aunque probablemente no liquidado por sus camaradas comunistas, como se ha dicho a veces. Véase una buena descripción de su muerte en Gustav Regler, *Oivl of Minerva* (Londres, 1959), p. 286. La teoría del asesinato reaparece en Martínez Amutio, p. 240 y ss. Aquí se afirma claramente que Beimler fue muerto por sus discrepancias con Moscú, y que, para encubrir su muerte, fueron muertos nueve miembros de las Brigadas Internacionales cerca de Albacete. Beimler fue sustituido por Franz Dahlem, diputado comunista para el Reichstag en 1928, y dirigente de los comunistas alemanes después de la detención de Thaelmann, descrito por Víctor Serge como «el voluntarioso sin personalidad, el militante sin dudas [...] el cuadro medio comunista» (Serge, *Memoirs*, p. 162). [70] López Muñiz, p. 56. [71] Ocho (de los dieciocho que había en un principio) habían muerto en sus dos acciones anteriores, en el sudeste de Madrid y en la Ciudad Universitaria. Uno de los supervivientes fue Esmond Romilly, que al cabo de poco volvió a Inglaterra y allí siguió hasta que lo mataron siendo piloto de un bombardero en la batalla de Inglaterra. La obra de Romilly Boadilla (reedición en Londres, 1970) es una inspirada descripción de esta batalla. [72] También se había formado una 13^a Brigada Internacional, que por entonces se encontraba ante Teruel. Se componía principalmente de europeos del este. Su jefe era un comunista alemán, Wilhelm Zaisser, conocido por «General Gómez»; su comisario político era un polaco (Ferry), y su jefe de estado mayor, otro alemán, Albert Schindler. [73] Nathan había estado en Irlanda, a principios de los años veinte. Parece ser que estaba vinculado al Black and Tans, y era miembro de la llamada banda de asesinos del castillo de Dublín. Como tal, fue identificado más tarde como el asesino del lord Mayor y el ex-lord Mayor de Limerick (George Clancy y George O'Callaghan) en marzo de 1921 (véase el artículo de Richard Bennett en *New Statesman*, 24 de marzo de 1961). [74] Marcel Acier, ed, *From Spanish Trenches* (Nueva York, 1938), p. 113. No sabemos si Ryan conocía el pasado de Nathan. Véase J. Bowger, *The Secret Army* (Londres, 1970), p. 189. [75] Fox tenía 36 años cuando murió. En una

introducción a unas memorias publicadas en su honor, Harry Pollitt presentaba a Byron como precursor de Fox al morir por una causa extranjera (véase Fox, p. 6). Parece ser que Byron era una obsesión para Pollitt en aquella época. Al pedir a otro poeta, Stephen Spender, que se adhiriera al Partido Comunista puramente para poder ayudar a España, le dijo que la mejor manera de ayudar al partido era «ir y hacerte matar, camarada: necesitamos un Byron en el movimiento». [76] Véase un relato de su muerte en Stansky y Abrahams, p. 384 y ss. [77] Véase Tom Wintringham, *English Captain* (Londres, 1939), pp. 83-86. Sin embargo, según el no muy fiable Esteban Vilaró (op. cit., p. 123), Delasalle había sido miembro del Deuxième Bureau en 1919, en Odesa, y allí había arrastrado a Marty a su primera hazaña revolucionaria. Véanse los comentarios de Marty en el Senado francés en marzo de 1939, citados por Pike, pp. 197-199. Delasalle fue denunciado por su comisario, el comunista André Heussler, que a su vez fue ejecutado por sus propios camaradas, durante la Resistencia, acusado de traición. Véase en Delperrie y Castells, pp. 132, 163 y ss., el mejor relato de este episodio. Marty estaba obsesionado con los espías, pero indudablemente había algunos. Véase, por ejemplo, el relato de Henry Dupré de cómo engañó a Marty para que le diera un cargo de confianza cuando, de hecho, era un *cagoulard*: véase *La Légion Tricolore en Espagne* (París, 1942). Dupré fue fusilado en Francia, por colaboracionista, en 1951. Hubo otros espías: por ejemplo, León Narvich, que se presentó en las brigadas como un ruso opuesto a Stalin y a las purgas de Rusia, era un agente provocador de la NKVD. Fue asesinado en 1939 por los amigos de aquellos a quienes había traicionado en Barcelona. [78] Mauricio Amster, un voluntario polaco, que entonces era comunista, me dijo (en Chile, en 1971) que Kleber le había llamado y le había dicho que quería un jefe de estado mayor y deseaba hacerle tres preguntas: ¿Tu padre era de la clase media?, ¿Has sido alguna vez social-demócrata?, y ¿Quisiste ser sacerdote cuando eras joven? Amster respondió que sí a las dos primeras preguntas, y que no a la tercera. No le dieron el puesto. Años más tarde, en Santiago de Chile, donde estaba exiliado, habló con Durán, que para entonces era funcionario de las Naciones Unidas; y le contó esta historia. Durán le dijo que él también había tenido esta conversación con Kleber, pero que él había respondido afirmativamente a todas las preguntas. Éstas eran las cosas que contaban en un curriculum en el mundo de Kleber. Durán, en las semanas anteriores a la guerra civil, había sido una figura destacada en «La Motorizada», es decir, la sección motorizada del movimiento juvenil socialista vinculado a Prieto. [79] Tagüeña, p. 142. El éxito ruso se debía a unas granadas que perforaban los blindajes, y que no tardaron en ser adoptadas por Alemania. Entre los muertos el 5 de enero se contaba Guido Picelli, un socialista italiano, «héroe de la *giornata di Fariña*» en 1922, a la cabeza de dos compañías. Véase Spriano, p. 135, y véase la sugerencia de que él también fue asesinado por la policía comunista en Paz, p. 520, y Julián Gorkin, *El proceso de Moscú en Barcelona* (Barcelona, 1974), p. 54. [80] Lise Lindbaeck, *Internationella Brigaden* (Estocolmo, 1939), páginas 87-90. [81] No debe confundirse con el general polaco «Walter». (Otra fuente de confusión se debe a que a Walter Ulbricht, que también estuvo un tiempo en España en 1937, también le llamaban «Walter».) Otro encuentro internacional en Las Rozas fue el que se produjo entre el coronel

ruso Rodion Malinovski («Malino»), que fue al frente como ayudante del general Kulik («Kupper»), con un ruso blanco, el capitán Karchevski, que estaba luchando como jefe de servicios en la 14ª Brigada Internacional (*Bajo la bandera*, p. 15). (Karchevski fue muerto en Lérida en 1937.) Otros rusos blancos, como el coronel Boltin, acompañado por su «pope», el capitán Rachewsky, lucharon en el bando de Franco. [82] Acier, p. 82. [83] Cunningham era un hombre de gran fuerza física, y poseía notables cualidades como jefe en un nivel bajo de mando. Durante un tiempo le llamaron el «Chapaiev inglés» —en recuerdo del jefe guerrillero de la guerra civil rusa— y, gracias a la película rusa que entonces se estaba exhibiendo en Madrid, aquello era un magnífico cumplido. [84] Regler, *Great Crusade*, pp. 219-241; Koltsov, p. 303. Parece ser que el papel del propio Koltsov con los tanques en esta batalla fue considerable. Durante esta batalla murió Pablo de la Torriente Brau, un escritor comunista cubano que había desempeñado un papel importante en la lucha contra Machado en su propio país. Véase Teresa Casuso, *Cuba and Castro* (Nueva York, 1960), p. 81. [85] López Muñiz, p. 64. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid* (Madrid, 1970), calcula que en estas batallas hubo 6.000 bajas republicanas (500 muertos) y 1.500 nacionalistas. [86] Orwell, *Homage to Catalonia*, pp. 20-23. Orwell llegó a Barcelona a finales de diciembre y se incorporó a una columna del POUM en el frente de Aragón, donde permaneció hasta abril. Volvió al frente un mes más tarde, pero, finalmente, regresó a Inglaterra en junio. [87] Testimonio de Francisco Giral. [88] Junod, p. 114. [89] Estos esfuerzos están descritos en García Venero, p. 197 y ss. Véase Southworth, *AntiFalange*, p. 145 y ss., donde aparece la última entrevista de José Antonio con un periodista extranjero, Jay Alien (reproducida del *Chicago Tribune*, 9 de octubre de 1936). Véase también en Jackson, p. 339, lo que, al parecer, fue otro intento de salvar a José Antonio, anteriormente. [90] Carta a Martínez Barrio, citada en F. Bravo Morata, *Historia de Madrid* (Madrid, 1968), vol. III, p. 208. [91] Ximénez de Sandoval, p. 617. [92] Monzón era un comunista de buena familia de Navarra que antes, durante la guerra, había salvado por lo menos a un antiguo amigo y enemigo ideológico, el conspirador carlista Lizarza, de una muerte cierta. [93] Largo Caballero, p. 21. [94] Abad de Santillán, p. 21, escribió: «Los españoles de esta talla, los patriotas como él, no son peligrosos, y no se han de considerar enemigos [...]. ¡Cómo habría cambiado el destino de España si hubiera sido posible un acuerdo entre nosotros [...] como deseaba Primo de Rivera!» [95] El gobierno se había mostrado igualmente ineficaz dos meses antes, cuando el ex-ministro radical Salazar Alonso había sido condenado a muerte por un tribunal revolucionario. El gobierno indultó al condenado, pero luego rectificó su decisión a consecuencia de la presión popular. [96] El magistrado del tribunal popular era Federico Enjuta Ferrán, un magistrado de carrera. Años más tarde era profesor en Puerto Rico, y sus alumnos lo arrojaron por la ventana de un aula y lo mataron. Este asesinato nunca quedó totalmente aclarado. [97] El novelista Pío Baraja huyó de la República a la España nacionalista, de donde también escapó posteriormente. [98] Se dijo que había declarado esto en una entrevista publicada en *Le Petit Parisien* de aquella fecha. El 12 de agosto, el gobierno de Madrid había privado a Unamuno de su rectorado por «deslealtad», y el 1 de septiembre, la Junta de Burgos lo había confirmado en

el cargo. [99] Citado por Aurelio Núñez Morgado, *Los sucesos de España vistos por un diplomático* (Buenos Aires, 1941), p. 169 y ss. [100] Este prelado, al parecer, ya había utilizado la palabra «cruzada» para describir al movimiento nacionalista en una carta pastoral del 30 de septiembre, *Las dos Españas* (véase Abella, p. 177). Prestó su palacio episcopal a Franco para que instalara en él su cuartel general. [101] En esta época Unamuno tenía 72 años. Al día siguiente, los periódicos de Salamanca publicaron los discursos de Pemán, Heredia, Francisco Maldonado y José María Ramos, pero ni siquiera mencionaron que Unamuno hubiera hablado. [102] Véase *Unamuno's Last Lecture*, de Luis Portillo, de donde procede esta versión de las palabras de Unamuno. Publicada en *Horizon*, y reproducida en Cyril Connolly, *The Golden Horizon* (Londres, 1953), pp. 397-409. Véase otro relato en Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel* (Madrid, 1964), p. 409 y ss. Agradezco a Ronald Fraser sus consejos en cuestión de detalles. Nunca habrá pleno acuerdo sobre lo que se dijo y el tono en que se dijo. Yo he comentado esta versión con Luis Portillo, y con Ilse Barea, que la tradujo. Pero véase el relato de Pemán, «La verdad de aquel día», *ABC*, 12 de octubre de 1965. Cabe preguntarse por qué la Falange hizo acto masivo de presencia en el entierro de Unamuno. [103] Miguel García, *Franco's prisoner* (Londres, 1972), p. 25. [104] Luis Bolín, el ex-periodista de *ABC*, se encargaba de la prensa extranjera, junto con los capitanes Aguilera y Rosales. Los tres prodigaban amenazas de ejecución a los periodistas, a los que acusaban de ser espías; en esta sección trabajaron, entre otros, el oscuro escritor Vicente Gay, que sucedió a Millán Astray; Agustín de Foxá, un inteligente escritor falangista; José Ignacio Escobar, un periodista monárquico; y Eugenio Vegas Latapié, el escritor monárquico. [105] Véase almirante Juan Cervera, *Memorias de guerra* (Madrid, 1968), pp. 33-34, y Bolín, p. 219. [106] Sobre esto, véase José Bertrán y Musitu, *Experiencias de los servicios de información del nordeste de España (SIFNE) durante la guerra* (Madrid, 1940). El SIFNE había sido fundado por Mola en agosto de 1936, con base en Biarritz, y sus principales organizadores habían sido Quiñones de León, el coronel Bertrán y Musitu, y el conde de los Andes. A finales de 1936, tenía una buena organización en Cataluña, basada en parte en antiguos miembros del somatén de Primo de Rivera, la antigua guardia civil de Cataluña. Entre otras organizaciones de espionaje se contaban varios grupos en Francia, como el grupo «Mapeba», dirigido por Nicolás Franco, varias personas particulares y varias organizaciones efectivas en Madrid, como la «Organización Antonio», encabezada por el teniente Antonio Rodríguez Aguado, y varios individuos introducidos en el cuartel general de Miaja, en los hospitales militares y, más adelante, en la escuela de oficiales de Barajas. (Véase Vicente Palacio Atard, La quinta columna, en su *Aproximación histórica a la guerra española* [Madrid, 1970], p. 241 y ss.) [107] Bolín, p. 223. [108] Payne, pp. 145-147. [109] En octubre de 1937 tenía 711 centros; en octubre de 1938, 1.265, y en octubre de 1939, 2.847. Era una «organización voluntaria», aunque, naturalmente, respaldada por las autoridades. [110] Véase la descripción de una visita en Julián Amery, *Approach Match* (Londres, 1973), p. 99. [111] Todo esto procede de los archivos de Fal Conde, en Sevilla, que pude consultar gracias a Melchor Ferrer. Véase también Del Burgo, p. 692. [112] GD, p. 189. [113] Puede que esta historia sea apócrifa

pero, aun así, expresa los sentimientos carlistas en esta «cuarta guerra carlista», como ellos la consideraban. [114] La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 440. [115] Palabras de Federico de Urrutia, citadas en Abella, p. 109. [116] Véanse otros ejemplos divertidos en Abella, p. 119. [117] El Oratorio de Haendel *Israel en Egipto* en Berlín se convirtió en *Furia mongólica*. [118] A. de Castro Albarrán, *Éste es el cortejo* (Salamanca, 1941), pp. 101-103. Véase también I. Luca de Tena, *Mis amigos muertos* (Madrid, 1971). [119] Ruiz Vilaplana, p. 191. [120] Discurso del 14 de septiembre de 1936. [121] GD. p. 267. [122] Cardenal Gomá, *El caso de España* (Pamplona, 1936), p. 12. [123] Lisón Tolosana, p. 232. Evidentemente —añade con amargura— para entonces muchos de los que no se confesaron podían haber escapado o haber sido fusilados. [124] Carta publicada en *El clero vasco*, p. 365 y ss. [125] Véase la apología de monseñor Múgica, *Imperativos de mi conciencia* (1945). [126] Véase Iturralde, vol. II, pp. 384, ss. y 414. Los nombres de los 14 sacerdotes fueron publicados por primera vez en la España nacionalista por el padre Montero en 1961 (op. cit., pp. 70 y 77). Después hubo otros dos fusilamientos (el padre Iturricastillo y el padre Román de San José). [127] La segunda carta de monseñor Múgica al papa está en la p. 389 de *El clero vasco*, vol. II. [128] También se dijo que el arzobispo de Santiago de Compostela condenó los crímenes de los falangistas en Galicia. [129] Cantalupo, p. 130. [130] Testimonio de Johannes Bernhardt. Las únicas personas con las que Franco demostró clemencia fueron su hermano, el aviador, Ramón, que había sido conspirador republicano contra el rey, era agregado militar en Washington en 1936, y tardó dos meses en unirse a los rebeldes; y Manuel Aznar, el director de *El Sol*, en Madrid, que había ayudado mucho a Azaña en 1931-1932 y que, después de ser visto con uniforme de miliciano al principio de la guerra, más tarde huyó a Zaragoza, donde fue detenido. Ramón Franco se convirtió en comandante de la base aérea de Palma. Aznar se salvó de ser fusilado y, después de mucho periodismo de guerra, acabó siendo embajador de España. Véase García Venero, p. 243 y ss. Su historia militar, aunque franquista, es la mejor en su género. Mills (p. 254) decía, con bastante autoridad, que Franco tenía tendencia a fusilar a los dirigentes y perdonar a los seguidores, alegando que los primeros debían haber sabido lo que se hacían. [131] O. Conforti, *Guadalajara* (Milán, 1967), p. 32. [132] Como dijo el general Burguete en un contexto similar en 1917. Véase Dionisio Ridruejo, en Sergio Vilar, pp. 482-483. [133] Estos y otros casos pueden verse en el diario del padre Gumersindo de Estella, en *El clero vasco*, vol. II, p. 289 y ss. [134] Véase *El clero vasco*, vol. II, p. 144. [135] Abella, p. 128. [136] Hedilla, en García Venero, *Falange*. [137] Testimonio de Johannes Bernhardt. Se habían hecho propuestas a la firma inglesa Bradbury and Wilkinson, que solía imprimir el dinero español, pero se había negado. A partir de entonces, se consideró que toda la moneda de la zona republicana no era válida, y cuando era necesario se marcaba para que constara. [138] Agradezco al señor Norman Cooper su ayuda en estas cuestiones. [139] Por si alguien no lo entendía, había carteles que decían: «¡Español! No estreches la mano de un hombre o una mujer que, después de diez meses de guerra, aún lleva un anillo de boda de oro que le pide la Patria. Esa persona no es española». [140] Véase comentario en Glenn T. Harper, *Germán Economic Policy in Spain* (La Haya, 1967), pp. 32-59. [141] Véase

artículo en *Cambio 16*, 15 de septiembre de 1975. [142] Zugazagoitia, p. 406. [143] Hidalgo de Cisneros, vol. II, pp. 317, 361. Barea (p. 720) escribió: «Jóvenes funcionarios de los diferentes ministerios [...] jóvenes ambiciosos de la clase media alta que se declaraban comunistas [...] porque aquello significaba sumarse al grupo más fuerte y participar de su disciplinado poder». [144] Lorenzo, p. 155. [145] Castro Delgado, p. 475. [146] José Díaz, *Tres años de lucha* (reedición, París, 1970), pp. 289-290. La cifra dada por Díaz era 249.140, de los cuales 87.660 (37,5%) eran obreros industriales, 62.250 (25%) trabajadores agrícolas, y 7.045 (2,9%) intelectuales y hombres de profesiones liberales. [147] En Sergio Vilar, op. cit. [148] Federación Catalana de Gremios y Entidades de Pequeños Comerciantes e Industriales. Cifra dada en *Frente rojo*, 21 de octubre de 1937, cit. por Bolloten, p. 83. [149] Véase Bolloten, pp. 192-193. [150] José Díaz, Por la unidad, hacia la victoria, discurso de marzo de 1937 (Barcelona, 1937), pp. 50-51. [151] Radek, Piatakov y otros fueron juzgados en Moscú entre el 23 y el 30 de enero. [152] *La Batalla*, 27 de enero de 1937, cit. por Bolloten en Carr, *The Republic*; y *La Noche*, cit. por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 289. [153] Por ejemplo, Nin nombró fiscal en Cataluña a un semipistolero llamado Balada «que, en los juicios, actuaba como si fuera un matarife». Véase Benavides, *La guerra y la revolución en Cataluña*, p. 226. [154] La conspiración de *l'Estat Catalá* de noviembre de 1936 sigue siendo una cuestión oscura. Algunos dicen que Reverter fue fusilado en la cárcel. Véase Benavides, *La guerra*, p. 244, donde se dice que Reverter fue ejecutado por haber hecho fusilar a su suegra. Véase Payne, *The Spanish Revolution*, y Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, p. 296. [155] Véase Azaña, Obras, vol. III, *Artículos sobre la guerra de España*, p. 508. [156] Peirats, vol. II, p. 163. [157] Borkenau, p. 185. [158] Véase el discurso de Juan López de 27 de mayo de 1937 (cit. por Peirats, Vol. II, pp. 248-252. [159] Bosch Gimpera, Memorándum nº 1, enviado al autor, 1962. [160] Peirats, vol. II, pp. 262-263. [161] Véase Bricall, *Generalitat*, p. 48. El índice de Bricall atribuye un valor 100 a enero de 1936, 98 a junio, 63 a noviembre, y 69 a diciembre. Otros índices de este estudio indican que el uso industrial de la electricidad en Cataluña descendió de 40 millones de kW en junio a 33 millones en diciembre (30 millones en marzo), aunque el uso doméstico de la electricidad había disminuido menos señaladamente en enero de 1937, respecto a 1936 (10.700.000 kW en enero de 1936, 9.700.000 en enero de 1937). [162] Diego Abad de Santillán, *After the Revolution* (Nueva York, 1937), p. 121. [163] Tabla en Bricall, pp. 116-117. Si se toma 1936 como equivalente a 100, enero de 1936 fue 161,5, junio 162,6, y los meses siguientes fueron: julio 165; agosto 167,9; septiembre 172,9; octubre 182,3; noviembre, 191,1; diciembre 197,6; enero de 1937, 209,7; febrero 227,1; y marzo 242,2. La espiral inflacionaria prosiguió de forma aterradora a lo largo del año. Las cifras de Bricall se refieren a Cataluña. [164] Sobre este debate, véase Lorenzo, pp. 257-258. [165] Véase Leval, p. 277 y ss. [166] Bricall indica que la industria de la construcción, relacionada con el comercio de la madera, había descendido a 32 puntos en enero de 1937, en comparación con los 100 del índice de enero de 1936, y los 69 de junio. [167] Véase *L'oeuvre constructive de la révolution espagnole* (¿sin fecha?, noviembre de 1936). [168] Semprún-Maura, p. 94. [169]

Cifra de Bricall (op. cit., p. 79): tomando como 100 a enero de 1936, las cifras fueron: 71 en junio, y 60, 42, 54, 58, 41, 56, 49 y 40 en los meses siguientes, hasta febrero de 1937. [170] Souchy, *Colectivizaciones*, p. 71. [171] Bricall (p. 79), atribuyendo a enero de 1936 un valor 100, da 67 a junio de 1936, y 85, 76, 96, 108, 70, 123 y 119 a los meses siguientes. Estas cifras se mantuvieron altas hasta que llegó la primavera, con sus crisis políticas. La industria química descendió casi en un 50% en el invierno de 1936-1937, en relación con 1935-1936. [172] Peirats, vol. II, p. 261. [173] Zugazagoitia, p. 197. [174] Nenni, p. 171. [175] Malinovski, en *Bajo la bandera*, p. 21. [176] Azaña, vol. IV, p. 589. [177] Esta carta fue publicada por primera vez en el *New York Times* del 4 de junio de 1939, por el que había sido embajador en París en 1936-1937, Araquistain, que para entonces era anticomunista. Cuando llegó esta carta al despacho de Largo Caballero, nadie pudo leer las firmas, que eran ilegibles. Llamaron a Codovila, el agente del Komintern. Él tampoco consiguió descifrar las firmas. Tuvo que ser un miembro del personal de Rosenberg en la embajada rusa quien descifrara los nombres de Stalin, Molotov y Voroshilov (Gorkin, *Caníbales políticos*, p. 85). [178] El equipo de Largo Caballero oyó claramente esta conversación desde el otro lado de la puerta. Véase Ginés Ganga, en *Hoy*, 5 de diciembre de 1942, cit. por Bolloten, p. 273. Véase también Largo Caballero, p. 195. [179] Discurso de Prieto en México, 1946, cit. por Bolloten, p. 223. [180] Prieto, loc. cit. [181] Largo Caballero, p. 225. [182] Véanse las cartas, citadas por Bolloten, op. cit., p. 118. Más tarde, la juventud unificada asturiana llegó a una alianza táctica con la juventud anarquista. [183] Cifras en *Education in Republican Spain*, 1938. [184] Leval, p. 169 [185] *Libro de oro de la Revolución española*, cit. por Lorenzo, p. 115. [186] Leval, p. 296. [187] Peirats, vol. III, p. 187. [188] Véase el editorial de *Solidaridad obrera* de 13 de enero de 1937 (cit. por Peirats, vol. II, pp. 116-117). [189] Cit. por «Berryer», *Red Justice* (Londres, 1937). [190] Discurso de García Oliver de 27 de mayo de 1937 (Peirats, vol. II, pp. 252-258; véase Cabanellas, vol. II, p. 1.118. [191] Entrevista con Kaminski, *Ceux de Barcelone*, pp. 68 y 74. [192] Informe del coronel Buzón Llanes, jefe de la 2ª sección del estado mayor del ejército del norte, 21 de noviembre de 1937, cit. por Martínez Bande, *La guerra en el norte*, p. 247. [193] Del Burgo, p. 700. [194] García Venero, *Falange*, p. 151, nota; véase Southworth, *AntiFalange*, p. 124, y Steer, p. 110. [195] R. Salas, vol. I, pp. 369-370. [196] Este comentario ignora la desafortunada ofensiva vasca en Álava, montada por el general Llano de la Encomienda en diciembre: fue repelida por los coroneles Iglesias y Alonso Vega. Sobre el experimento vasco, véase Stanley Payne, *El nacionalismo vasco* (Barcelona, 1975). [197] Véase, por ejemplo, «Auca de la Lluita i de la Milicia», n.º 1, *Edició del Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya*. [198] Sobre la creación de las brigadas mixtas, véase Michael Alpert, *The Republican Army in the Spanish Civil War* (tesis de la Universidad de Reading, 1973). Las brigadas mixtas no estaban numeradas según el orden en que quedaban formadas, sino según el orden en que empezaban a organizarse: de ahí que, a finales de diciembre de 1936, quince de ellas estuvieran plenamente en servicio activo: la 1ª, la 2ª, la 4ª, la 5ª, la 6ª, la 11ª (Internacional), la 12ª (Internacional), la 35ª, la 37ª, la 39ª, la 40ª, la 41ª, la 43ª, la 44ª, la 50ª y una no numerada

(E). De éstas, cuatro estaban mandadas por jefes de milicias, y el resto (excepto las internacionales) por oficiales regulares. Los números que faltan se estaban completando. Pero pronto aparecieron jefes de milicias. [199] 4.000 como máximo. [200] Salas Larrazábal, vol. I, pp. 528-530. [201] Martínez Bande, *La invasión de Mallorca*, p. 274, que reproduce un informe reconocidamente sin firma del frente catalán; la junta de defensa de Madrid, el 12 de diciembre de 1936, oyó un informe de Isidro Diéguez a este respecto (véase la tesis de Alpert). [202] Orwell, *Selected Writings*, vol. I, p. 325. Orwell se incorporó al ejército en Barcelona. Bob Edwards había formado un pequeño destacamento de voluntarios ingleses para el POUM en Inglaterra, constituido principalmente por miembros del ILP. Veinticinco de estos hombres llegaron a Barcelona el 12 de enero. [203] En 1936, los reclutas tenían de veinte a veinticinco años, y los voluntarios a menudo eran más jóvenes. [204] Orwell, *Collected Essays*, vol. I, p. 253. Alpert comenta: «Quizá la suciedad y la sarna, o la gonorrea después de un viaje rápido a la ciudad, eran más características que la sodomía». [205] Peirats, vol. I, p. 283. Acracia era el periódico que dirigía Peirats en Lérida. [206] Martín Blázquez, p. 296. En 1937, la paga de un soldado ordinario era de 10 pesetas diarias; la de un teniente, 25 pesetas; la de un capitán, 50; la de un teniente coronel, 100. [207] Lorenzo, p. 188. [208] *Nosotros*, cit. por Bollothen, p. 268. Véase también Fernando Claudín, «Spain, The Untimely Revolution», en *New Left Review*, nº 74. La posición comunista queda expuesta en *Guerra y revolución en España, 1936-1939* (Moscú, 1967-1972), 3 vols. Los argumentos anarquistas se encuentran en Vernon Richards, *Lessons of the Spanish Revolution*, donde se resume el dilema del siguiente modo: «El "pueblo en armas" ganó la revolución, y el "ejército del pueblo" perdió la guerra». [209] Lister había sido nombrado el 10 de octubre, y fue sucedido por Modesto en el Quinto Regimiento. Este regimiento fue disuelto el 21 de enero de 1937. [210] Cada brigada tenía 3.800 hombres, incluidos tres batallones de unos 500 hombres cada uno, cuatro baterías de tres o cuatro cañones, 120 ametralladoras, 104 morteros, 2.200 fusiles, y un destacamento de comunicaciones y de ingenieros. Aunque, de hecho, esto casi nunca era así: la mayoría de brigadas mixtas sólo tenían una compañía de ametralladoras. [211] Martín Blázquez (p. 299) quedó impresionado ante la competencia de García Oliver cuando se trató de organizar las escuelas de oficiales. [212] Teóricamente, los jefes de milicias no podían pasar del rango de comandante. [213] Memorándum Guarner, p. 5. [214] Orwell, loc. cit. [215] Había sido condenado a cadena perpetua por no defender la fábrica. [216] Peirats, vol. II, p. 215. [217] Ésta era la opinión del agudo agregado militar francés, FD, vol. v, p. 597. [218] Voronov (*Bajo la bandera*, p. 71) dice que el 90%. Yo creo que la cifra era inferior, aunque, en 1938, sólo estaba con la República el 14%. En el invierno de 1936, la antigua artillería de julio estaba siendo reemplazada por artillería francesa, inglesa, alemana y rusa, así como por algunas baterías antiaéreas rusas. Luego también se abrieron escuelas de artillería en Lorca y en Barcelona. Más tarde, la escuela de Barcelona se fusionó con la de Lorca, lo cual irritó mucho a los catalanes. [219] Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 123. Constancia de la Mora trabajó en el departamento de censura. Véase su libro *Doble esplendor* (México, 1944). [220] Manuel Benavides, *La escuadra la mandan los*

cabos (México, 1944), p. 376. [221] *Bajo la bandera*, p. 142. [222] Entre los oficiales rusos que sirvieron en la flota republicana se cuentan S. Ramishvili (en la base naval de Cartagena); V. Drozd (con la flotilla de destructores); Nikolai Eguipko y Burmistrov, comandante de los dos submarinos; V. Alafuzov, en el crucero *Libertad*, N. Ostriakov (muerto en Sebastopol) y I. Proskinov, ambos en la diminuta fuerza aérea de la flota. [223] Véase J. Trueta, *Treatment of War Wounds and Fractures* (Londres, 1939); *Principles and Practice of War Surgery* (Londres, 1943); *The Atlas of Traumatic Surgery* (Oxford, 1947); y la vida de Bethune escrita por Ted Allan y Sydney Gordon, *The Scalpel, the Sword* (Londres, 1954), p. 102 y ss. Bethune murió en 1949, dirigiendo una unidad operadora móvil que atendía a los comunistas chinos. Los antibióticos no llegaron hasta 1943. Más tarde, Trueta pasó a ser profesor de cirugía ortopédica y traumatología en Oxford. Véase también Orwell, *Collected Essays*, vol. I, p. 323. El doctor Manuel Bastos, de Madrid, había introducido el enyesado y la exposición por medio de «ventana» en Asturias, en 1934. [224] El traslado del gobierno a Cataluña a finales de 1937 fue muy beneficioso a este respecto. La obra de Trueta estaba basada en la de Winnett Orr. Otras aportaciones importantes durante la guerra civil fueron las de D'Harcourt y Bofill, sobre la congelación y tratamiento con sulfamidas, y la de González Aguilar en métodos neuroquirúrgicos. [225] Cifras del informe del Instituto de Reforma Agraria, mayo de 1938, cit. por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 241; también Leval, p. 80; las cifras proceden principalmente de fuentes anarquistas y, por lo tanto, quizás les son demasiado favorables. Otras fuentes incluyen a A. Pérez-Baró, *Trenta meses de colectivisme a Catalunya* (Barcelona, 1970). Andalucía debía de tener 1.000 colectividades durante la guerra, pero la Andalucía republicana se reducía a Jaén y Almería. También había habido muchas más colectividades en Extremadura. [226] Véase Peirats, vol. I, pp. 317-319. [227] Leval, p. 183. [228] Excepto algunas colectividades que había en el Ebro y en las huertas de la zona del Llobregat. [229] Cifra de Malefakis, p. 386. [230] *Campo Libre*, 11 de septiembre de 1937. [231] Leval, p. 88. [232] *Campo Libre*, 29 de enero de 1938. Alcázar de Cervantes era el nuevo nombre de Alcázar de San Juan. [233] Leval, p. 134. [234] Líster, p. 157. [235] *Campo Libre*, 18 de diciembre de 1937. [236] Peirats, vol. I, pp. 321-322. [237] *Ibid.*, pp. 334-335. [238] Souchy, p. 30. [239] Caso citado por Broué y Témime, op. cit. [240] Peirats, vol. I, p. 336. [241] *Ibid.*, pp. 311-313 y 320. [242] *Campo Libre*, 29 de enero de 1937. [243] Peirats, vol. I, pp. 333-334. [244] Leval, p. 220. Algunas de las colectividades urbanas o industriales impusieron un límite de seis meses a la duración de sus consejos. Leval hace una descripción de una de estas asambleas generales en Tamarite de Litera (Huesca) (pp. 221-222). A las diez de la noche, se reunieron en el cine 600 personas, de las cuales unas 100 eran mujeres. [245] Testimonio de Jaime de Piniés, Londres, febrero de 1973. [246] *Campo Libre*, 9 de octubre de 1937. Estas cifras figuran en la publicación del ministerio de Agricultura Economía Política, publicación 60, serie C, nº 33. Las cifras de 1936 se refieren sólo a la producción en el área republicana. El hecho de que las cifras indiquen un descenso de la producción en Cataluña y Levante indica como mínimo una intención de veracidad, ya que esto nunca se lo habría inventado un ministerio de

Agricultura comunista, que tenía más fuerza en estas áreas que en el centro y en Aragón.

	1936	1937	Diferencia
Cataluña	1.968.228	1.550.600	— 417.628
Aragón	1.349.999	1.620.000 + 270.001	Zona central (esto es, Castilla) 5.236.721 6.090.238
Levante	1.293.942	1.197.216	— 97.726
			9.848.890 10.458.054
			+ 608.264 [247]

[247] *Campo Libre*, 2 de octubre de 1937. El pequeño error en la suma de la parte superior de la columna de la derecha está en el original. [248] Alianza Internacional de Trabajadores. [249] *Campo Libre*, 2 de octubre de 1937. [250] *Campo Libre*, 11 de junio de 1938. [251] *Campo Libre*, 11 de junio de 1938. [252] *Ibid.*, 30 de julio de 1937. La base de los datos de 1935 es desconocida: ¿eran cifras reales o respondían a propósitos fiscales? En este caso, el primer supuesto es el más probable, ya que el antiguo administrador del conde pasó a formar parte del consejo de administración. 1935-1936 Trigo 3.000 fanegas Cebada 500 fanegas Vino 3.000 arrobas Melones por valor de 196.000 ptas. Alfalfa por valor de 80.000 ptas. 1936-1937 Trigo 7.000 fanegas Cebada 2.000 fanegas Vino más de 4.500 arrobas Melones por valor de 300.000 ptas. Alfalfa por valor de 300.000 ptas. [253] Peirats, vol. I, p. 320. [254] Castro Delgado (pp. 379-382) recordaba que sus tres objetivos prioritarios al encargarse del Instituto de Reforma Agraria eran destruir los equipos de reforma agraria formados por socialistas; obligar a los patronos a aceptar que el ritmo de la guerra era diferente que el de la paz; y atraer tanta gente como fuera posible al Partido Comunista. [255] Véase Borkenau, p. 198, que da la versión anarquista; Peirats, vol. II, p. 77; Leval, pp. 172 y 369; y también Lorenzo, p. 275. [256] L. Fischer, p. 443. [257] NIS, onceava reunión. El 12 de noviembre de 1936 fue el día en que Baldwin reconoció, en una famosa intervención en la Cámara de los Comunes, que «no había sido muy sincero» con los electores respecto a la cuestión del rearme por miedo a perder las elecciones. [258] Nota de Edén al gabinete, 21 de noviembre (en CAB 24/265). [259] Edén, p. 413. [260] Nota al comandante en jefe en el Mediterráneo, del 20 de noviembre de 1936, enviada por el ministerio de Asuntos Exteriores. [261] Esto fue el 18 de noviembre. El día anterior, Alemania y Japón habían afirmado su amistad con el pacto Anti-Komintern, aparentemente dirigido contra el comunismo, pero que, en realidad, era una alianza militar ofensiva. Italia se adhirió un año después. El 24 de noviembre, el poeta Robert Graves, que había residido anteriormente en Mallorca (al igual que Bernanos), pidió a Churchill que denunciara la política alemana e italiana en el Mediterráneo occidental. «Churchill: Los dos bandos tienen las manos empañadas en sangre. ¿Desea usted la intervención? El país no la apoyaría. Graves: No la intervención en el sentido de tomar partido [...] sino en el de salvaguardar los intereses británicos en el Mediterráneo.» (R. Graves y A. Hodge, *The Long Weekend* [Londres, 1940], p. 411). [262] No se hundió, pero, como los republicanos no tenían ningún dique seco, no fue reparado hasta 1938. [263] USD, 1936, vol. II, p. 576. [264] GD, p. 139; Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 75-77. [265] El IMAM RO. 37 bis, para dar su nombre completo, era un avión versátil de una velocidad máxima de 320 kilómetros por hora, que volaba a una altura de 6.000 metros. Se utilizaba para observación, bombardeos ligeros, ametrallamientos a bajo nivel y fotografías aéreas. [266] Fagnani llegó incluso a ordenar que arrestaran al as de la aviación nacionalista Ángel Salas Larrazábal

cuando éste se negó a obedecer la orden de no volar sobre territorio enemigo en un Fiat. Salas no había sufrido las consecuencias de estos vuelos, pero, para entonces, los rusos habían matado a muchos pilotos italianos y habían destruido sus aviones. Véase, entre otros, Emilio Faldella, *Venti mesi di guerra in Spagna* (Florencia, 1939), p. 80. Otros italianos con equipo más complicado, 38 tanques incluidos, se habían incorporado a la legión (Belforte, vol. I, p. 51). [267] Serrano Súñer, pp. 44-47. [268] GD, p. 159. [269] El equivalente de von Faupel en Berlín sería el marqués de Magaz, que había sido miembro del directorio militar de Primo de Rivera y había perdido un hijo en la cárcel Modelo. [270] Whealey, en Carr, *The Republic*, p. 219, citando el interrogatorio del general Warlimont. [271] GD, pp. 159-160. [272] FD, vol. IV, p. 89. [273] *Ibid.*, p. 97; también USD, 1936, vol. II, pp. 578-581. [274] NIS, doceava reunión. [275] GD, pp. 158-159; Edén, p. 416. Véase Salvador de Madariaga, *Memorias* (1921-1936), Madrid, 1974, p. 374. [276] GD, pp. 165. *The Observer* (de Londres), dirigido por Garvín, decidido enemigo de la República, aquel día publicó una noticia disparatada diciendo que en Madrid había 21.000 rusos. De manera que los rumores se sumaban unos a otros, y la verdad parecía relativa. [277] En Alcofar Nassaes, *CTV*, frente a la p. 32, se publica un facsímil de la carta en la que Mussolini nombra jefe supremo a Roatta. [278] NIS (c), decimoséptima reunión. En una importante reunión celebrada el 21 de diciembre, Hitler, Goering, Warlimont, Blomberg y Fritsch rechazaron más peticiones, presentadas por von Faupel en persona, para que enviara tres divisiones alemanas con el fin de acabar la guerra. Véase Gerhard Weinberg, *The Foreign Policy of Hitler's Germany* (Chicago, 1970), p. 297, que se basa en el testimonio de Warlimont después de la guerra. [279] GD, p. 180. [280] *Ibid.*, p. 186. Los alemanes creían que los ingleses sólo querían salvaguardar sus intereses comerciales en España. Con este fin —informó von Faupel— no sólo el agregado comercial de la embajada inglesa, Pack, acudía frecuentemente a Burgos para discutir de estos asuntos, sino que Chilton tenía a las autoridades nacionalistas tan bien informadas de lo que iba pasando que el texto de una manifestación hecha por Edén en la Cámara de los Comunes a las 3 de la tarde fue comunicado a Franco a las diez de la mañana de aquel mismo día (GD, p. 181). Esto no era sorprendente, porque Chilton todavía era muy pro-nacionalista. «Espero —dijo a Bowers al cabo de poco— que envíen bastantes alemanes para terminar la guerra.» (USD, 1937, vol. I, p. 225.) [281] Era de esperar que el acuerdo llevara a negociaciones más detalladas, pero éstas no empezaron hasta 1938 (y entonces provocaron la caída de Edén). [282] Edén, p. 432. [283] FD, vol. IV, p. 71. [284] El ministerio italiano del Aire afirmó el 23 de enero que «en enero, Italia tenía en España 211 pilotos, 238 especialistas, 777 oficiales del ejército de tierra, 995 suboficiales y 14.752 soldados». (Cit. por Cattell, *Soviet Diplomacy*, p. 4.) [285] FD, vol. IV, pp. 71 y 451. El parte que figura en pp. 451-454 puede ser útil. Véase también FD, p. 563. Así pues, la paga era de más de 175 liras semanales, mientras que un albañil en Roma cobraba unas 150 liras. En Italia, los jornaleros agrícolas cobraban una lira la hora. Véase Coverdale, *Journal of Contemporary History*, enero, 1974, p. 74. [286] USD, 1936, vol. II, p. 625. [287] L. Fischer, p. 387. [288] Edwin Rolfe, *The Lincoln Battalion* (Nueva York, 1939), p. 18. Este grupo llegó el 6 de enero a su base de

Villanueva de la Jara, cerca de Albacete, en la llanura de La Mancha, tan desierta que recordaba su tierra a dos nativos de Wisconsin que iban en la expedición. Como iban acompañados de unos cuantos cubanos, pronto establecieron buenas relaciones con los habitantes del pueblo. Los cubanos estaban dirigidos por Rodolfo de Armas, a quien acompañaba el experto dirigente comunista Joaquín Ordoqui, que, más adelante, en tiempos de Fidel Castro, sería protagonista de una historia muy extraña. Entre ellos se contaba un joven comunista, Rolando Masferrer, que más tarde se haría famoso como gángster político y senador. También había sesenta miembros de la organización para-militar Joven Cuba, organizada por Antonio Guiteras, el líder obrero asesinado. En la lista de cubanos que lucharon en España estaban incluidos también muchos de los que dominaron la política gangsteril de aquella isla entre 1933 y 1959. [289] Los pasaportes de estos hombres han desempeñado en la historia un papel tan importante como los propios hombres. Porque la NKVD se hizo con los pasaportes de muchos muertos (y algunos vivos) de las Brigadas Internacionales, y los envió a Moscú: allí Krivitsky (op. cit., p. 114) vio un montón de casi cien pasaportes, «principalmente americanos». Los nuevos portadores de estos pasaportes entraron en América aparentemente como ciudadanos reformados. Uno de ellos fue probablemente el catalán Mercader, el supuesto asesino de Trotsky. Véase en Robert Murphy, *Diplomat among Warriors* (Londres, 1964), p. 50, el intento de un diplomático americano de recuperar estos pasaportes. [290] La «Vimalert Enterprise» había vendido motores de aviación a Rusia en 1930 (Traña, p. 80). [291] Al parecer, se llegó a esta decisión sin discusión previa por parte del gobierno de los Estados Unidos. El secretario del Interior (*The Secret Diary of Harold Ickes* [Londres, 1955], p. 569) afirmó: «Estoy seguro de que, si esta cuestión se hubiera presentado al gobierno para ser discutida seriamente, habría encontrado oposición». [292] El representante Bernard presentó más tarde una resolución en la que pedía apoyo para la República, y sugería que se aplicaran restricciones por lo menos iguales contra los gobiernos de Alemania e Italia. [293] El cónsul general español en Nueva York negó más adelante que se debiera ningún dinero a aquellos hombres. Acosta era un aviador famoso, que, en 1927, había atravesado el Atlántico en el América con el almirante Byrd. [294] Cervera, pp. 87-88; más tarde, el senador Nye acusó a los propietarios de una compañía naviera de Nueva York de haber hecho espionaje a favor de Franco y de haber sido los causantes de la captura del *Mar Cantábrico*. [295] Taylor, pp. 75-95. Había también el voto católico, en el que confiaba Roosevelt. Norman Thomas dijo al autor que, a su juicio, para Roosevelt aquella había sido la razón más importante para el embargo. [296] Cervera, pp. 29-30. FD, vol. IV, p. 405. [297] 2 Véase Gordón Ordás, *Mi política fuera de España* (México, 1965), vol. i. [298] GD, pp. 210-212. [299] Edén, pp. 434-436. [300] Memorándum, 8 de enero, G4B/266. CAB.80 (37) muestra que Edén estaba influido por el requisamiento de la Tharsis Copper and Sulphur Co., y la Río Tinto Co., y por el envío de piritas y cobre a Alemania, mientras que en la refinera de la Río Tinto Co., en Port Talbot, no se había recibido cobre desde julio. [301] FD, vol. IV, pp. 457-459. [302] USD, 1937, vol. m, p. 217 y ss.; GD, p. 215 y ss. [303] Al-Lal el Fasi, *Los movimientos de independencia en el Mogreb árabe* (El Cairo, 1948), p. 198. [304]

Miravittles, p. 119. [305] Véase Hernández, p. 75; Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 238. [306] Azaña, vol. IV, p. 66 [307] GD, p. 225. [308] *Ibid.*, p. 226. [309] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter* (Londres, 1952), p. 62; Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 85-86. [310] Weizsaecker, p. 113. [311] GD, p. 237. [312] *Ibid.*, p. 243. [313] *Ibid.*, pp. 241-242. [314] El 16% de Inglaterra fue rebajado en 64.000 libras, que representaban el costo aproximado del control de la frontera portuguesa. El clima en que se creó el plan está descrito en el capítulo, muy bien titulado «Palabras, palabras... y montañas de papel», de Maisky, Notebooks, p. 94 y ss. [315] Véase NIS (c) 22ª a 40ª reuniones; NIS, 15ª y 16ª reuniones. [316] Su *nom-de-guerre* estaba sacado del apellido de su mujer. Roatta, que era uno de los oficiales jóvenes próximos al mariscal Badoglio, había sido agregado militar en Francia. [317] Carta de un oficial de artillería a Alcofar Nassaes, en *CTV*, p. 58. [318] Kindelán, p. 63; Alcofar Nassaes, p. 64. [319] GD, pp. 231,236. [320] Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, p. 146. [321] Ibárruri, pp. 359-360. [322] El relato más cuidado es el de Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, p. 139 y ss. [323] Cervera, p. 73. [324] Bahamonde, p. 117. [325] Había estado en España en agosto, y se hizo pasar por un simpatizante nacionalista hasta que lo reconoció otro alemán que luchaba a favor de Franco. Más tarde, gracias a los buenos oficios del doctor Junod, fue canjeado por la bella esposa de un piloto nacionalista, el comandante La Haya. El gobierno británico intervino para ayudar a Koestler, debido a su relación con el *News Chronicle*, aunque Edén dijo en la Cámara de los Comunes que no sabía cuál era la nacionalidad de Koestler. Desde luego, era húngaro, y estaba trabajando para el Komintern, en París, desde 1934. Véase la versión nacionalista del caso Koestler en Bolín, p. 248 y ss.; sobre el canje de la Cruz Roja, véase Junod, p. 124. [326] Cantalupo, p. 137. Uno de los fiscales de Málaga era un joven abogado, Arias Navarro, que había pasado seis meses en la cárcel, y que ahora inició una carrera que le llevaría a convertirse en presidente del gobierno de España en 1973. [327] Galinsoga, p. 285. [328] Sobre la batalla de Málaga, véase Borkenau, p. 211 y ss.; Aznar, p. 339 y ss.; Koestler, *Invisible Writing*, p. 338 y ss.; TH. C. Worsley, *Behind the Battle*, passim., el diario del doctor Bethune en Ted Alian y Sydney Gordon, op. cit.; R. Salas, vol. I, p. 803; Fraser, *In Hiding*, especialmente p. 149 y ss. [329] Lacouture, pp. 247-248. [330] Ibárruri, p. 360. [331] A los anarquistas no les gustaba Asensio, en el que veían un disciplinado adversario de la actividad libertaria en el campo de batalla. Prieto y los republicanos de izquierda le eran contrarios porque Largo Caballero le admiraba. [332] Líster, p. 100. El ayudante de Pavlov, Kravchenko («Antonio») había sido compañero de Líster en la Escuela Lenin de Moscú. Líster tuvo a Malinovski («Malino») como asesor en esta batalla. Éste dice que tenía que aconsejar con mucho tacto, para que Líster nunca tuviera la sensación de que le estaban dictando (*Bajo la bandera*, p. 28). Al parecer, el asesor ruso de Pozas, Kulik, otro futuro mariscal, aunque éste desafortunado («Kupper» en España), también desempeñó un papel importante, aunque negativo. La 70ª Brigada anarquista tenía como asesor al comandante Petrov (que a veces hacía de jefe) y el futuro mariscal ruso Rodimtsev («Pablito») estaba con la 9ª Brigada como experto en ametralladoras. [333] Véase Martínez Bande, *La lucha*, p. 91; general Batov, en *Bajo la*

bandera, p. 242. [334] García Lacalle califica la precisión de estos cañones antiaéreos de «la revelación de la guerra» (p. 483). [335] Jason Gurney, *Crusade in Spain* (Londres, 1974), p. 63; Wintringham, p. 16. El jefe del batallón inglés durante su entrenamiento había sido Wilfred Macartney, un brillante periodista de izquierdas, que no era comunista, aunque había estado en la cárcel por facilitar secretos militares a Rusia. Tuvo que abandonar el mando del batallón porque fue herido en una pierna por Peter Kerrigan, comisario de todos los ingleses que estaban en España, que, al parecer, estaba limpiando su fusil. [336] Así llamado en recuerdo de los disturbios ocurridos en París el 6 de febrero de 1934, pero que, por coincidencia, en realidad se había formado el 6 de febrero de 1936. [337] Fred Copeman, *Reason in Revolt* (Londres, 1948), p. 83. [338] Eoin O'Duffy, *Crusade in Spain* (Londres, 1938), p. 135. O'Duffy había sido comisario de la guardia cívica irlandesa hasta que De Valera le había retirado de aquel puesto en 1932. Los «camisas azules» habían sido fundados por el ex-presidente Cosgrave después de ser derrotado por De Valera en 1932. Aproximadamente la mitad de los soldados y casi todos los oficiales del grupo de O'Duffy en España eran «camisas azules». Los demás eran principalmente aventureros sin trabajo. (Véase el folleto de Seumas McKee, *I was a Franco Soldier* [Londres, 1938]). Sobre los miembros del IRA, véase el libro de O'Duffy. Por lo menos uno, el capitán Diarmid O'Sullivan, había participado en el levantamiento de 1916. [339] Véase Gurney, p. 73. [340] Stephen Spender y John Lehmann, *Poems for Spain* (Londres, 1938), pp. 33-34. [341] Wintringham, p. 151 y ss. [342] Su verdadero nombre era Christopher St. John Sprigg. Había escrito siete novelas policíacas, cinco libros sobre aviación, y otras tres obras sobre filosofía y economía, entre las que se contaba la famosa *Ilusión and Reality*, en la que exponía sucintamente la teoría marxista de la estética. [343] Al mismo tiempo, el odiado coronel Gal fue ascendido a general y se le dio el mando de una división. En la 15ª Brigada fue sustituido por un croata, Vladimir Copie, un taciturno aficionado al ajedrez y a la música, que había sido por poco tiempo diputado comunista en Yugoslavia, y que, más adelante, con el nombre de «Senko», sería uno de los principales miembros del Partido Comunista yugoslavo, en Moscú. [344] O'Duffy, p. 157. [345] Conforti, p. 29. Roatta fue ascendido a general después de Málaga. [346] Véase Jesús Salas, p. 123, y Joaquín García Morato, *Guerra en el aire* (Madrid, 1940), p. 101. La cautela de los jefes rusos —¿qué diría Stalin si perdían todos aquellos aviones?— hizo que no despegaran sus aviones durante el resto de esta batalla, lo cual contribuyó en gran medida a elevar la moral nacionalista. [347] *Life* (IV, 28 de marzo de 1938, cit. por Guttman, p. 98) calculaba que el 10% de los voluntarios americanos eran judíos. «Sé lo que Hitler está haciendo con mi pueblo» era una explicación normal para presentarse voluntarios. [348] Rolfe, pp. 57-71; Wintringham, p. 259. [349] Rolfe, p. 71. El mejor relato sobre el batallón Lincoln es el de Cecil Eby, *Between the Bullet and the Lie* (Nueva York, 1968). [350] Para esta batalla, las fuentes son: Rojo, *España heroica*, pp. 54-69; Longo, pp. 208-238; Líster, p. 97 y ss.; Wintringham, p. 151 y ss.; R. Salas, vol. I, pp. 740-780; J. Salas, p. 160 y ss.; y Martínez Bande, *La lucha*, p. 73 y ss. [351] Gracias a la amabilidad del señor F. W. Deakin, entonces director del St. Antony's College, Oxford, pude ver el informe que, sobre Guadalajara, envió a Roma el

jefe italiano, general Roatta, en la biblioteca de St. Antony's. Hay un estudio muy útil sobre esta batalla de John Coverdale, *Journal of Contemporary History*, enero, 1974 («*The Battle of Guadalajara*»), Véase también Lojendio, p. 212 y ss.; Aznar, p. 380 y ss.; Regler, *The Owl of Minerva*; Koltsov, pp. 350-353; Rojo, pp. 72-86; Longo, pp. 291-318; y Martínez Bande, *La lucha*, vol. III. Pueden verse los relatos de dos oficiales rusos, Rodimtsev y Batov, en *Bajo la bandera*. Entre las versiones italianas se cuenta la de Faldella. [352] Cantalupo, pp. 85-86, 147 y ss. Farinacci no hizo ningún intento para que el embajador Cantalupo asistiera a estas reuniones, y ambos sólo se vieron casualmente en una corrida de toros. Antes de la marcha sobre Roma, en 1922, a Farinacci se le conocía como el Ras fascista de Cremona, famoso por su brutalidad. [353] Mussolini fundó tres poblaciones del mismo nombre, literalmente Lictoria. [354] Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, p. 176; carta de García Lacalle, anteriormente citada. [355] Pacciardi había sido herido en el Jarama. [356] GD, p. 251. [357] *Spanish White Book* (Madrid, 1937), p. 275. [358] Líster, p. 110. Véase el relato de Rodimtsev en *Bajo la bandera*, p. 280 y ss. Entre los muertos de este día se contaba el «cónsul general» (una graduación de las milicias fascistas) Luizzi, ex-jefe de los «camisas negras» de Udine. Era comandante de un batallón a las órdenes de Nuvoloni. [359] Entre los documentos encontrados en Guadalajara se hallaban muchas cartas conmovedoras de esposas y madres italianas a sus maridos o hijos: una esposa escribía a su marido: «¡Qué bonita ha sido mi luna de miel! Dos días de matrimonio y veinticinco meses de interminable espera. Ya sé que primero es la patria, y luego el amor, pero soy una egoísta, y con razón, porque tú fuiste uno de los primeros voluntarios que fueron a África, y eres de los últimos en volver. Pido a Dios que algún día haga posible para ti servir a la patria y a la vez ganar el pan para tu familia». (Documento nº 267 en la relación presentada a la Sociedad de Naciones.) Una madre escribía: «Querido Armando: sólo puedo pedir a Dios y a los santos que te protejan y, si vuelves sano y salvo, que podamos regresar a Roma para abrir la tienda». Otros documentos daban las listas de los fusilados por cobardes, por infligirse heridas a sí mismos, o por vendarse sin tener ninguna herida. [360] De hecho, en el sector de Orgaz se hicieron varios intentos de ofensiva, sin éxito. Los irlandeses de O'Duffy entraron en acción por primera vez el 13 de marzo: entre los muertos se contaron el sargento mayor Gaselee, de Dublín, y dos «legionarios» de Kerry. [361] El informe de la entrevista del 17 de marzo, que acabó con este nombramiento, puede verse en Martínez Bande, *La batalla en torno*, pp. 154-173. [362] Regler, *The Great Crusade*, p. 315 y ss. Véase Rodimtsev, p. 306; Aznar, p. 113; y Conforti, p. 297. [363] Véase comentario en Coverdale, op. cit., p. 67 y ss. Yo me atengo al análisis de Conforti, p. 376, para las pérdidas republicanas; al de Martínez Bande para las italianas, y al del Ufficio Spagna para los heridos y prisioneros. Además, los republicanos se apoderaron de grandes cantidades de equipo italiano: Líster dice que se capturaron 65 cañones, 13 morteros, 500 ametralladoras, más de 3.000 fusiles, y 10 tanques. Los voluntarios del Garibaldi trataron mal a sus prisioneros de guerra italianos; posiblemente los mataron a todos. (Véase Junod, p. 119.) Véase el inventario del ejército republicano publicado por Martínez Bande en *La lucha*, p. 227 y ss. [364] Ernest Hemingway, «The

Spanish War», en *Fact*, junio de 1937. Véase Carlos Baker, Ernest Hemingway (Londres, 1969), p. 360 y ss. A partir de entonces, el autor de *Death in the Afternoon* desempeñó un papel activo en la guerra, en el bando republicano, excediendo los deberes de un simple corresponsal: por ejemplo, instruyendo a jóvenes españoles en el manejo del fusil. La primera visita de Hemingway a la 12ª Brigada Internacional fue un gran acontecimiento: el general húngaro Lukács envió una invitación al pueblo vecino para que las muchachas acudieran al banquete que ofreció (Regler, *Owl of Minerva*, p. 298) [365] 50. Herbert Matthews, *Two Wars and More to Come* (Nueva York, 1938), p. 264. [366] García Lacalle, p. 239. [367] Coverdale, op. cit., p. 12. [368] GD, pp. 258-260. [369] Zugazagoitia, p. 241. [370] F. Miksche, *Blitzkrieg* (Londres, 1942), p. 37. [371] Cattell, *Soviet Diplomacy*, p. 73. [372] NIS, 19ª reunión. [373] Haldane hizo tres visitas a la España republicana y, a partir de entonces, en Inglaterra, fue un enérgico defensor del movimiento «Ayuda a España». Entonces era un «decidido partidario» de los comunistas, aunque todavía no era miembro del partido, en el que ingresaría más adelante (Ronald Clark, *BBS*, Londres, 1968, p. 115 y ss.). En Gurney, p. 77, hay una descripción de este científico, «patéticamente ansioso» por ser útil. El interés de Haldane, y el de su mujer, Charlotte, por España había empezado con el alistamiento de su hijo de dieciséis años en las Brigadas Internacionales. La señora Haldane también vino a España, pero su principal labor consistió en actuar como encargada de la recepción de voluntarios británicos para las Brigadas Internacionales en la oficina de reclutamiento de París. [374] Había muchas enfermedades venéreas entre los voluntarios franceses, principalmente porque nadie se había preocupado en adoptar precauciones. Los jefes británicos daban charlas a sus tropas sobre métodos anticonceptivos. [375] Geoffrey Thompson, *Front Line Diplomat* (Londres, 1939), p. 118. Copeman recordaba que, más adelante, fueron ejecutados dos voluntarios ingleses. Véanse, por ejemplo, en Eby, *Between the Bullet and the Lie*, algunos casos (también ocurridos más adelante) de ejecuciones de norteamericanos en el frente. El número de franceses fusilados por orden de Marty siempre ha sido objeto de especulación. Véase en Delperrie, p. 178, un resumen de las pruebas y testimonios. [376] En un esfuerzo por llevar plenamente a la práctica la política del Frente Popular, a partir de entonces las reuniones de las células comunistas en el seno de las Brigadas Internacionales cesaron durante unos nueve meses. [377] Y las relaciones internacionales dentro de las Brigadas Internacionales no siempre eran buenas. Por ejemplo, Gal, que ahora era general, una noche dio un banquete para la 15ª Brigada. En la cena, a su derecha colocó al nuevo comisario de la brigada, George Aitken. A su izquierda sentó al nuevo jefe, Copie. El jefe de estado mayor, coronel Klaus, un prusiano que había luchado como oficial en la primera guerra mundial, fue colocado junto a Copie. Klaus se sintió tan ofendido por el lugar que le habían asignado que, con un estilo verdaderamente germánico, se levantó y se marchó, y tuvieron que volver a colocarlo en su puesto bajo guardia armada. (Recuerdo de George Aitken.) [378] Estas leyes fueron aprobadas como parte integrante del acuerdo del control de no intervención. [379] Vladimir Dedijer, *Tito Speaks* (Londres, 1953), pp. 106-108. [380] Spender, p. 212. [381] Ahora había dos batallones americanos: el batallón Abraham Lincoln, mandado por Martin Hourihan, de

Pennsylvania, y el batallón George Washington, dirigido por un yugoslavo nacionalizado americano, Mirko Markovic (Marcovich) que, en realidad, era más yugoslavo que americano. [382] El American Medical Bureau to Aid Spanish Democracy, dirigido por el doctor Cannon, de la Facultad de Medicina de Harvard, había recogido 100.000 dólares. Durante un tiempo, el Departamento de Estado se negó, en nombre de la ley de Embargo, a permitir que fueran a España ni siquiera médicos y enfermeras. Más adelante, aflojaron. Otro fondo estadounidense era el North American Committee to aid Spanish Democracy, dirigido por el obispo McConnell. Los dos comités se fusionaron en 1938. [383] Hemingway, *The Spanish War*. Hemingway colaboró en la película de propaganda *The Spanish Earth*, dirigida por el comunista holandés Joris Ivens. El poeta Archibald Macleish, Dos Passos y Lilian Hellman también colaboraron en ella (esta película era la sucesora de *Spain in Flames*, en la que también había trabajado Hemingway, con Prudencia Pereda, una novelista española que vivía en Nueva York). Con todos estos talentos, es sorprendente que la película no fuera mejor. (Dos Passos acababa de tener un gran éxito con su reciente novela USA.) [384] Spender, *World within World*, p. 247. Aunque, véase también su artículo en el *New Statesman*, 20 de enero de 1937. La experiencia de Auden en España es similar a la de Simone Weil. Ambos (al contrario de todos los demás que visitaron España) no dieron ninguna información al volver a su país. Simone Weil, que pasó algún tiempo en Cataluña entre agosto y octubre de 1936, se convirtió al catolicismo a consecuencia de sus experiencias. Había quedado aterrada ante los asesinatos cometidos tras las líneas republicanas. [385] Su «Penguin especial» *Searchlight on Spain* (Londres, 1938) fue el que tuvo más éxito de todos los libros de propaganda sobre la guerra española. En 1938, renunció a su escaño conservador y se presentó como conservadora independiente, en protesta contra la política de no intervención del gobierno. Perdió las elecciones parciales que se celebraron a continuación, a pesar de la ayuda de Gerald Brenan, que, en el capítulo 23 de su obra *Personal Record*, hace una vivida descripción de la campaña. [386] Charlotte Haldane, *Truth Will Out* (Londres, 1949), p. 106. Gollancz y Laski fueron los directores, junto con John Strachey, del famoso Left Book Club, es decir el club del libro de izquierdas, cuyos 50.000 miembros constituían un movimiento político en la sombra que defendía al Frente Popular en Inglaterra. [387] Cit. por Stansky y Abrahams, pp. 398-399. [388] Kindelán, p. 76. [389] Alrededor de marzo de 1937, las tropas republicanas y nacionalistas teóricamente estaban constituidas por unos 110.000 hombres frente a 80.000 en el norte y en el centro, unos 80.000 frente a 30.000 en Aragón, y 60.000 frente a 50.000 en Andalucía y Extremadura (F. Ciutat, cit. por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 330). [390] Véase el informe que aparece en Martínez Bande, *Vizcaya* (Madrid, 1971), p. 223 y ss. [391] Al parecer, a principios de 1937, un grupo de la CNT que estaba en la legión trató de rebelarse y soltar a los prisioneros de Zaragoza. El plan salió mal y todos fueron fusilados (véase Payne, *The Military*, p. 390). [392] Véase su informe en Martínez Bande, op. cit., pp. 229-238. Más adelante, se hizo famoso en la España de Franco como ingeniero de otro tipo: diseñó el Talgo, el tren expreso de baja suspensión que hacía el trayecto Madrid-Irún. Tuvo mejor suerte que su ayudante, el capitán Pablo Murga, que había sido

fusilado por espía en noviembre de 1936. (Véase Martínez Bande, *La guerra en el norte*, pp. 161-162.) [393] Aznar, p. 397. En aquellos momentos, la Legión Cóndor se componía de (1) un grupo de combate de dos escuadrillas de Heinkel 51 y una de los nuevos y rápidos Messerschmidt 109, y uno o dos cazas; el jefe de este grupo era von Medhard; (2) un grupo de bombarderos de dos escuadrillas de Junker 52 y Heinkel 111, mandado por el comandante Fuchs; (3) una escuadrilla de aviones de reconocimiento mandada por el comandante Kessel; (4) una escuadrilla de bombarderos ligeros (Henschel 123); (5) una escuadrilla de hidroaviones Heinkel 59; (6) una escuadrilla de Junker 52, que ahora se usaban sobre todo para transporte; (7) baterías antiaéreas. La Legión Cóndor continuaba teniendo un total de 100 aviones. Sperrle seguía siendo su jefe. (Jesús Salas, pp. 212-213.) [394] En R. Salas, vol. III, p. 2.840, se reproducen doce preguntas que formuló Llano de la Encomienda a Aguirre el 9 de enero. La pregunta nº 7 era característica: «¿El vestuario y equipo para los combatientes es de Euzkadi o del norte? ¿Puede especificarse en este último caso la propiedad de acuerdo con los tres departamentos de Defensa?» La sección vasca de este ejército estaba compuesta por 36.000 hombres en marzo, que en junio habían ascendido a 100.000 (Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 36). [395] Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 135. [396] Cit. por Aznar, vol. II, p. 133. [397] Steer, p. 159. [398] Alcofar Nassaes, p. 112; véase también Sancho Piazzoni, *Las tropas Flechas Negras* (Barcelona, 1942). GD, p. 269. [399] Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 35. [400] Koltsov, p. 397; Castro Delgado, p. 517 y ss. Además, hubo serias disputas en el seno del Partido Comunista vasco: Astigarrabia y Urondo (director de Obras Públicas) se encontraban más próximos a la política del gobierno vasco que otros que estaban fuera del gobierno, como Ormazábal, Larrañaga y Monzón (Ibárruri, p. 388; Castro Delgado, p. 525). [401] Los barcos ingleses realizaban la mayoría de los transportes hacia y desde España. Las exportaciones inglesas a España descendieron notablemente durante el año 1937: las de carbón disminuyeron en un 37%, las de maquinaria en un 90%, las de automóviles en un 95%, y las de cuchillería en un 90% (estas cifras se refieren a toda España, ya que la junta de Comercio no publicaba estadísticas comparadas para las dos Españas). Sin embargo, las importaciones inglesas aumentaron, excepto en los capítulos de nueces y patatas. Para los ingleses que se preocupaban por sus inversiones en España, aquel genio fracasado de la época, Brian Howard, que era izquierdista pese a su esteticismo, escribió un poema en el que les pedía: Dedicad un pensamiento, un pensamiento a todas esas tumbas españolas y a un pueblo en peligro, que sufre en casas que se hunden, a un pueblo en peligro, que dispara desde hogares en ruinas. [402] FO, 371205/33. [403] CAB, 23/88, reunión del 7 de abril, comentario de Runciman, presidente de la junta de Comercio. [404] Nota nacionalista del 9 de abril, a la que se refirió Edén en la Cámara de los Comunes el 19 de abril (Hansard, Cámara de los Comunes, vol. 322, col. 1.404). [405] Edén, p. 462; CAS, 15/37, 11 de abril de 1937 (Hansard, Cámara de los Comunes, vol. 322, col. 597). [406] CAB, 16 (37): reunión del 14 de abril de 1937 [407] CAB, 23/87. [408] Anthony Edén, *Foreign Affairs* (Discursos) (Londres, 1938), pp. 189-190 (discurso del 12 de abril). [409] Hizo esta confidencia a su secretario particular, Oliver Harvey (John Harvey, *The Diplomatic Diaries*

of *Oliver Harvey*, 1937-1940 [Londres, 1970], p. 34.) [410] Todo este debate, que estuvo salpicado de llamadas al orden, gritos de «¡fuera!», y otras interrupciones, puede verse en Hansard, Cámara de los Comunes, vol. 322, cois. 1.029-1.142. Véase Harvey, p. 39. «Es muy difícil conseguir hechos del Almirantazgo», añadía el secretario particular de Edén. [411] Los armadores ingleses que corrieron el riesgo de ayudar a aprovisionar a la República obtuvieron beneficios especiales (a veces, hasta de un 100% más que los habituales). [412] Edén, *Facing the Dictators*, p. 441. [413] Los Heinkel —llegaron treinta a España en febrero— sustituyeron a los Junker 52. Se usaron por primera vez el 9 de marzo, en un ataque aéreo contra Barajas y Alcalá de Henares. [414] Von Morau era un «as» de la aviación alemana que había lanzado suministros sobre el Alcázar de Toledo, con gran éxito, en septiembre de 1936. [415] Sobre estos detalles, véase Gordon Thomas y Max Morgan Witts, *Guernica* (Nueva York, 1975), pp. 206-213. Los autores tuvieron acceso al diario de von Richthofen, el jefe de estado mayor de la Legión Cóndor, y a otras memorias de miembros de la Legión Cóndor. El roble fue destruido durante la guerra de la independencia contra Napoleón, pero quedaban las raíces y un tocón, y luego salieron nuevos retoños. [416] Véase *Le clergé basque*, pp. 151-153, y Vicente Talón, *Arde Guernica*, cuya primera edición (Madrid, 1970) fue un importante paso para la historia contemporánea escrita en España. El relato de Talón es aceptado en R. Salas, vol. II, p. 1.386 y p. 2.864 y ss. (col. III). Véase un estudio general del impacto de Guernica en Herbert Southworth, *La destruction de Guernica* (París, 1975). En Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 106 y ss., puede verse un relato notable por su franqueza. Es sumamente difícil determinar el número de muertos. Los cálculos varían desde 1.600 hasta 100. Talón comenta las cifras (p. 91 y ss.) y sugiere la de 200. Pero, incluso la comisión de investigación nacionalista indicó que el 70% de las casas quedaron totalmente destruidas, el 20% gravemente dañadas, y sólo el 10% quedaron relativamente bien. Posiblemente hubo unos 1.000 muertos. [417] Véase el informe del cónsul inglés en el apéndice VIII. La versión vasca fue confirmada por conversaciones sostenidas por el autor en Guernica en el verano de 1959, estando presente el padre Alberto Onaíndía. El autor también habló de Guernica con Noel Monks, del Daily Mail, y con Jesús María de Leizaola. En 1945, el gobierno vasco en el exilio intentó acusar a Alemania en el tribunal de Nuremberg de crímenes de guerra. Pero no lo consiguió, ya que, en Nuremberg, no se tuvo en cuenta ningún hecho acaecido antes de 1939. [418] Sobre la visita de periodistas extranjeros entre el 29 de abril y el 3 de mayo, véase Southworth, p. 90. [419] Virginia Cowles, *Looking for Trouble* (Londres, 1941), p. 71. [420] Thomas y Witts, p. 197. [421] Galland, p. 26. [422] Thomas y Witts, p. 212. [423] Thomas y Witts, pp. 197-198. [424] Me resulta difícil creer que el coronel Vigón, un oficial convencional de ideas monárquicas, no consultara con Mola o con Franco sobre este ataque aéreo: pero quizá no consiguió establecer contacto por teléfono con ellos. Mola no se encontraba en su cuartel general el día del bombardeo de Guernica ni el día anterior, el 25, que era domingo, cuando se planeó el ataque. Aquel día, finalmente fue arrestado Hedilla, a las siete de la tarde. Mi reseña del libro de Thomas y Witts en *The Times Literary Supplement* (Londres) profundiza más en esta cuestión. [425]

Martínez Bande, p. 110. [426] Véase Hills, p. 281. [427] Los ataques aéreos italianos contra Barcelona en 1938 se dirigían contra una ciudad que contaba con algunas defensas antiaéreas. [428] Aunque no vivía en España desde 1903, Picasso, en 1936, aceptó el cargo (honorario) de director del Museo del Prado e hizo un informe sobre el estado de los cuadros que habían sido trasladados de Madrid a Valencia. En enero, había dibujado una serie de bandas satíricas, «El sueño y la mentira de Franco», siguiendo el estilo de las aleluyas famosas en la política española desde el siglo XVIII y que revivieron durante la guerra civil. [429] Guernica fue una piedra de toque para determinar la actitud de la prensa internacional ante la guerra civil. A partir de entonces, por ejemplo, la revista *Time*, *Life* y, al cabo de poco, *Newsweek*, se decantaron a favor de la República (Guttman, pp. 61-62). [430] *The Times*, 5 de mayo de 1937. [431] Testimonio del padre Alberto Onaindía. El sacerdote que recogió las firmas, padre Fortunato de Unzueta, escribió un relato de cómo se preparó esta carta, en *El clero vasco*, p. 244 y ss. [432] A pesar de todo, parece ser que lo trasladaron de su puesto inmediatamente. Las memorias de Bolín no se publicaron hasta 1967. Me temo que, en su apéndice III y su capítulo 33, no dice la verdad. [433] En Talón, *Arde Guernica*. [434] Véase La Cierva, *Historia ilustrada*, Vol. II, p. 158. [435] Galland, loc. cit. [436] NIS (c), 49ª reunión. [437] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.561. [438] El mejor libro sobre estos hechos es el de Julio de Urrutia, *El cerro de los héroes* (Madrid, 1965), una apasionada obra de investigación. Los héroes no fueron debidamente recompensados en la España nacionalista. [439] Todos estos hechos y los siguientes están tomados de los archivos carlistas de Sevilla. Los falangistas que tomaron parte en las discusiones fueron Sancho Dávila, Pedro Gamero del Castillo (un importante «camisa nueva» de Sevilla) y José Luis Escario. Los carlistas fueron Fal Conde, el conde de Rodezno y José María Arauz de Robles. Hedilla, el jefe provisional de la Falange, estaba enterado de las negociaciones, pero las desaprobaba (GD, p. 268). No sabía el papel que tenía Dávila (García Venero, *Falange*, p. 324). Otro que participó fue José María Valiente, que había sido dirigente de las juventudes de la CEDA, y ahora era carlista. [440] El documento más notable fue una serie de «bases para la unión» de los dos grupos, incluida en una nota falangista del 1 de febrero. Según ella, la Falange estaría dispuesta «a instaurar, en un momento oportuno, una nueva monarquía, como garantía de continuidad del Estado nacional-sindicalista y como base de su imperio. La nueva monarquía rompería todos los lazos con la monarquía liberal». [441] Serrano Súñer no era miembro de la Falange antes de 1936. Huyó de la zona republicana gracias a que se trasladó a una clínica, y de allí se escapó con el ex-jefe de estado mayor de Miaja en el frente de Córdoba. El ministro republicano sin cartera, Irujo, fue el responsable de su traslado a la clínica (véase Lizarra, p. 125), aunque la iniciativa fue del doctor Gregorio Marañón. [442] Hoare, p. 56. Hoare le comparaba al conde Mosca de Stendhal (p. 167). [443] Serrano Súñer, pp. 29-31. [444] Sobre esto, véase García Venero, *Falange*, p. 317. El hecho ocurrió el 2 de febrero. En el discurso se habían dicho cosas como «no queremos una revolución marxista. Pero sabemos que España necesita la revolución». El discurso había sido un ataque contra las izquierdas y las derechas en las elecciones de 1936. [445] La defensa que hace de él García Venero, *Falange*, p. 237 y ss.,

parece convincente, aunque Southworth (*AntiFalange*, p. 159) tiene razón al advertir que lo que le preocupaba era la cantidad de fusilados sin juicio previo, y no simplemente la cantidad de fusilados. [446] Cantalupo, pp. 117-118; García Venero, *Falange*, p. 249; y Southworth, *AntiFalange*, p. 160. Los fascistas italianos quedaban impresionados a menudo ante la brutalidad de los conservadores españoles. [447] Ángel Alcázar de Velasco, *Serrano Súñer en la Falange* (Barcelona, 1941), pp. 64-66. [448] Recuerdo de von Haartman, cit. por Southworth, *AntiFalange*, p. 197. [449] El conflicto de evidencias está resumido en Southworth, op. cit., p. 198 y pp. 219-224. [450] Véase Cartas entrecruzadas entre el Sr. D. Manuel Hedilla Larrey y el Sr. D. Ramón Serrano Súñer (Madrid, 1947). Véase también L. Pagés Guix (posiblemente un seudónimo de Garcerán), *La traición de los Franco* (Madrid, 1937); Payne, *Politics and the Military*, pp. 166-167; y García Venero, *Falange*, p. 372 y ss. [451] García Venero, *Falange*, p. 394. El texto está en Díaz Plaja, pp. 398-401. El ingenioso Agustín de Foxá, para referirse al monstruoso título del partido, lo llamaba la «Compañía Internacional de Coches-Camas y de los Grandes Expresos Europeos». Fue escrito unos días antes, sin duda antes del 16 de abril (véase Escobar, p. 178). [452] Archivos carlistas. A partir de entonces, el uniforme oficial del partido consistiría en la camisa azul de la Falange y la boina roja de los carlistas. A ninguna de las partes le gustaba el compromiso, y los falangistas se metían la boina carlista en el bolsillo siempre que podían. En una célebre ocasión, un grupo de falangistas que no llevaban la boina puesta fueron recibidos por el carlista Rodezno, que no iba de uniforme. Cuando le preguntaron por qué iba vestido de aquella manera, el viejo cínico contestó: «Porque no puedo meterme la camisa azul en el bolsillo...» (Ansaldo, p. 78.) [453] Serrano Súñer, p. 42. [454] Eran José Luis Escario, el «tecnócrata»; el coronel Gazapo, el oficial rebelde de Melilla al principio de la guerra, y falangista activo en Zaragoza desde mayo de 1936; Miranda, el jefe de Sevilla; Giménez Caballero, uno de los primeros fascistas españoles, expulsado por José Antonio, y recientemente readmitido; López Bassa, un arribista de Mallorca; y Pedro González Bueno, otro «camisa nueva» (muy nueva). [455] Véase Southworth, *AntiFalange*, p. 213. [456] Al parecer, no es cierta la versión dada por Cardozo, p. 308, de que Hedilla desafió personalmente a Franco. [457] García Venero, *Falange*, p. 406. Fue entonces cuando se concibió y se llevó a cabo el ataque contra Guernica. [458] Una excepción fue José Luis de Arrese, que fue condenado a muerte en Sevilla por ayudar a Hedilla, pero, a pesar de todo, en 1941 se convirtió en secretario general del Movimiento. [459] A sus vejaciones se sumaron las producidas por sus compañeros de prisión, que eran «rojos» y, naturalmente, le odiaban. [460] Gil Robles, ex-jefe de la CEDA, declaró su apoyo a Franco, aunque esto no tuvo efecto alguno, puesto que simultáneamente se alineó en las filas de los monárquicos (ortodoxos). Permaneció en el exilio, sin participar en política (aunque ocasionalmente colaboró en el tráfico de armas), y no regresó a España hasta 1957. [461] Serrano Súñer, p. 37. Este texto fue escrito en 1947, o sea que la referencia al aspecto «inmoral» de la actuación alemana era una reflexión posterior a 1945. [462] GD, p. 274. [463] Serrano Súñer, p. 49. [464] *ABC* de Sevilla, 19 de julio de 1937. [465] Un hombre, como mínimo, un pastelero de Extremadura, Fernando Gordillo Bellido, cometió la

imprudencia de utilizar el reverso de uno de estos carteles con otro fin: para escribir una carta en la que renovaba su suscripción a un periódico. Fue detenido, juzgado y condenado a seis años y un día, y se encontró con otro hombre inocente, Hedilla, en la cárcel de Las Palmas (García Venero, p. 444). [466] W. González Oliveras, en *Falange y Requeté orgánicamente solidarios* (Valladolid, 1937), cit. por Cabanellas, vol. II, p. 939. González Oliveras fue gobernador civil de Barcelona después de la guerra. [467] «El Tebib Arrumí» era Víctor Ruiz Albéniz, que había trabajado ocho años como médico en las minas de Monte Uixan. Véase una descripción general de la organización de la prensa en Salamanca en Southworth, *La destruction*, p. 63 y ss. [468] Gray no tardó en ser sucedido por el comandante Arias Paz, del cuerpo de Ingenieros. [469] Bricall, p. 137. [470] Aunque resulte sorprendente, abril de 1937 fue el mejor entre muchos meses para la industria metalúrgica. [471] 29.228.088 kilovatios, en comparación con 40.265.603 en 1937 (Bricall, p. 55). [472] Cito la cifra de Jackson (op. cit., p. 365). [473] Actas de la FAI, publicadas en Barcelona, en 1937. Cit. por Cattell, *Communism*, p. 110. («La Pasionaria» a Azaña, en Azaña, vol. IV, p. 820). [474] En Castro Delgado, pp. 475-480, hay una descripción imaginativa. [475] Díaz, *Por la unidad*, pp. 13-15. [476] Líster, p. 106. [477] *The Spanish Revolution* (periódico del POUM), 3 de febrero de 1937. [478] Gorkin, *El proceso de Moscú*, p. 45. [479] Martín Blásquez, p. 320. [480] Véase Payne, *Spanish Revolution*, pp. 271-272. [481] Hernández (p. 66), de quien procede nuestra información sobre esta reunión, dice que fue Togliatti quien propuso la eliminación de Largo Caballero. Togliatti (Rinascita, diciembre de 1962) negó que estuviera en España antes de junio de 1937, y como todos coinciden en afirmar que hasta entonces estuvo en Moscú (véase Spriano, op. cit., p. 215, nota 1), tenemos que admitir que Hernández debía de equivocarse. Es posible que Togliatti hubiera venido a España en misión especial, como hemos dicho antes. Véanse más comentarios en Giorgio Bocea, *Palmiro Togliatti* (Roma, 1973), p. 285 y ss. [482] *Peirats*, vol. II, p. 172. [483] Ahora rebautizada plaza de San Jaime. [484] *Ruta*, periódico de la JLC (juventudes anarquistas catalanas), 25 de marzo de 1937. [485] «Incontrolables» a las órdenes de la CNT robaron de la Generalitat 9.000 kilos de harina, 5 camiones de trigo y 40 de patatas: *Solidaridad obrera* los defendió. Véase informe en Martínez Bande, *La invasión*, p. 278. [486] El nuevo gobierno estaba formado por Tarradellas (consejero primero y de Hacienda), Sbert (Cultura), y Ayguadé (Seguridad interior), todos ellos de la *Esquerra*; Isgleas, Capdevila, Doménech y Aurelio Fernández (Defensa, Economía, Servicios públicos y Sanidad), de la CNT; Miret, Vidiella y Comorera (Abastos, Trabajo y Obras públicas, y Justicia), del PSUC; y Calvet, de los *rabassaires*, era el consejero de Agricultura. El nombramiento de un pistolero como Aurelio Fernández no podía inspirar mucha confianza. [487] Agradezco a Mariano Puente su ayuda para aclarar esta oscura reyerta. Véase también Benavides, *La guerra y la revolución en Cataluña*, p. 405 y ss., donde se acusa a Martín y a sus hombres de haber intentado ampliar su zona de control, e incluir en ella al pueblo de Bell ver, en la carretera de La Seu. La colectividad tenía 170 miembros, con un salario de 50 pesetas cada hombre y 35 cada mujer. Véase *La révolution prolétarienne*, 25 de junio de 1937. Martín tiene sus defensores. [488] Ésta fue la impresión

de George Orwell, que volvió del frente a Barcelona el 26 de abril, y había estado sirviendo en la columna del POUM (*Homage to Catalonia*, p. 169 y ss.). Su relato de los disturbios que tuvieron lugar a continuación, por muy maravillosamente escrito que esté, constituye más un libro sobre esta pequeña guerra como tal que sobre la guerra española. Pero véase Cruells, *Mayo sangriento* (Barcelona, 1970), pp. 41, 52. Auden comentó en «Spilling the Spanish Beans» (*New English Weekly*, 29 de julio de 1937, cit. por Orwell en *Collected Essays*, vol. I, p. 269) que «el gobierno español (incluido el gobierno catalán semiautónomo) tiene más miedo de la revolución que de los fascistas». [489] José Peirats, *Los anarquistas en la crisis política española* (Buenos Aires, 1964), pp. 241-243; Félix Morrow, *Revolution and Counter Revolution in Spain* (Nueva York, 1938), p. 87. [490] Miravittles, p. 141. [491] Algunos todavía creen que el complot fue preparado cuidadosamente; pueden verse argumentos en favor de la teoría de la conspiración en Krivitsky (p. 128), quien escribió que, el 2 de mayo, se vio (probablemente en Holanda) con un importante comunista español, un tal «García», jefe del «servicio secreto leal», que había sido enviado a Moscú de vacaciones por Orlov, que quería «alejarse». Pero ¿quién es este «García»? Víctor Serge (op. cit., p. 335) habla de una discusión sostenida en marzo, en Bruselas, con alguien a quien «un destacado comunista español» había dicho, en Barcelona, que «se están preparando para liquidar a miles de anarquistas y militantes del POUM». Los anarquistas recelan de un viaje a París de Comorera el 26 de abril, y de sus supuestas conversaciones con los dirigentes del *Estat Catalá* que estaban exiliados allí (Peirats, *La CNT*, vol. II, p. 215). Abad de Santillán habla de una predicción, también en Bruselas, del embajador español, Ossorio y Gallardo, según la cual la CNT y la FAI no tardarían en recibir su merecido. Gorkin (*The Review del Imre Nagy Institute for Political Research*, octubre de 1959) afirma que el hombre del Komintern en Cataluña, Geroe, «provocó en 1937 las famosas jornadas de mayo en Barcelona [...] el gran provocador de Budapest en 1956 [así pues] llevó a cabo un ensayo». Más tarde, en cambio, Azaña, en su diario, censuró a Ayguadé por presentar batalla sin estar preparado para ella (vol. IV, p. 575), y, en su obra *La insurrección libertaria y el «eje» Barcelona-Bilbao* (vol. III, p. 513), dice, con razón, que «en Barcelona se acumularon los elementos necesarios para una conflagración. [...] He leído una explicación de este suceso, achacándolo a profundos manejos de un país extranjero. Me parece novelesco». [492] ¿Quiénes eran los «amigos de Durruti»? Jóvenes de la FAI, como Pablo Ruiz, Careño, Eleuterio Roig y, sobre todo, Jaime Balius, que no estaban de acuerdo con la política seguida por la CNT desde noviembre. Sin embargo, los verdaderos viejos amigos de Durruti, los «solidarios» y los hombres en torno al periódico *Nosotros*, no eran amigos de los «amigos de Durruti». Las ideas de estos últimos pueden verse en el periódico *El amigo del pueblo*. Eran, como dice Lorenzo (p. 269), anarquistas bolcheviques, en el sentido de que querían conquistar el poder, y no la disolución del Estado. Eran leninistas, quizá, sin ser marxistas, si es que eso es posible. En torno al periódico *Acracia*, dirigido en Lérida por José Peirats, se había formado otro grupo disidente. [493] Un ataque poco importante; que no tuvo consecuencias. [494] GD, p. 286. Cruells, p. 47, arguye que los agentes de Franco casi no hicieron nada más que suministrar

información a los nacionalistas. [495] Richard Bennett (que estaba en radio Barcelona) me explicó cómo, en aquellos días, dos hombres que llevaban bombas de mano abrieron la puerta de su domicilio de Barcelona y le preguntaron ásperamente: «¿De qué lado está usted?» «Del vuestro», respondió él prudentemente. Otro testigo presencial de estos acontecimientos fue Willy Brandt, corresponsal de los periódicos noruegos en España desde febrero hasta mayo de 1937. Brandt, que simpatizaba con el POUM, aunque criticaba sus excesos, volvió a Noruega censurando fuertemente a los comunistas (véase Terence Prittie, Willy Brandt, Londres, 1974, p. 34). [496] Cabía la posibilidad de que algunos sectores de la CNT, especialmente la FIJL, se pasaran al POUM. Véase Wilebaldo Solano, *The Spanish Revolution: the Life of Andrés Nin* (Londres, s. f.), p. 18. Wilebaldo Solano era el secretario general del movimiento juvenil del POUM. [497] Julián Gorkin, *Caníbales políticos*, p. 69. [498] Peirats, *La CNT*, vol.II, p. 274. [499] Ibárruri, p. 377. Esto también lo cuenta Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 210, quien dice que los anarquistas y los del POUM ya habían abandonado el frente. [500] Semprún Maura, p. 219. [501] Sus miembros eran Sesé (UGT), Valerio Mas (CNT), J. Pons (*rabassaires*), y Martín Faced (*Esquerra*). [502] ¿Por quién? Los dos italianos fueron detenidos, probablemente por la policía del PSUC o de la Generalitat, el 5 de mayo, por «contrarrevolucionarios». Nunca más se supo de ellos. Berneri estaba trabajando en un informe sobre relaciones entre el fascismo italiano y el nacionalismo catalán (Peirats, *La CNT*, vol. II, p. 198). Él se había convertido en una especie de intelectual que nucleaba a los partidarios de la «revolución inmediata», y, como dice Semprún Maura, era un «objetivo obvio para la policía secreta dirigida por los rusos». Durante una generación, habían actuado en Barcelona anarquistas italianos. Spriano (p. 209) supone que el asesinato de Berneri fue un ejemplo de «los métodos stalinistas introducidos en España». Dos días antes Berneri se había conolido públicamente, en Radio Barcelona, y con palabras magnánimas, por la muerte de Antonio Gramsci (op. cit., p. 154). Véase el testimonio de Giovanna Berneri, viuda de Gamillo, en *Lezioni sull'antifascismo* (Bari, 1962), p. 109 y ss. [503] Orwell, que se encontraba en un puesto del POUM en la línea de fuego, compartía este temor. [504] CAB, 20 (37) del 5 de mayo. [505] *Solidaridad obrera*, 14 de mayo de 1937. Unos treinta o cuarenta anarquistas fueron muertos en Tarragona, y más en Tortosa. En los dos sitios, igual que en Barcelona, la lucha empezó cuando la policía intentó ocupar las centrales telefónicas (Peirats, *La CNT*, vol. II, p. 342). En Gerona y en Lérida, donde la CNT o el POUM tenían un control total, no hubo incidentes; en el resto de Cataluña, donde el PSUC o la *Esquerra* tenían influencia, hubo lucha. [506] Ángel Ossorio y Gallardo, *Vida y sacrificio de Companys* (Buenos Aires, 1943), p. 210. [507] Sanz, *Los que fuimos*, p. 145. [508] Peirats (en adelante siempre *La CNT*), vol. II, p. 206. Abad de Santillán (p. 138) habla de mil muertos y varios miles de heridos. Después, los anarquistas lamentaron haber conseguido este alto el fuego, porque llevó a su rendición final ante los comunistas (Abad de Santillán, p. 140 y ss.). [509] Peirats, vol. II, p. 346. Mas había sido secretario de la CNT en Cataluña. Fue sucedido en este cargo por Dionisio Eróles, que, poco después, a su vez, fue sustituido por Juan Doménech. [510] Azaña, vol. IV, p. 575. Del gobierno que él había formado en febrero-

mayo de 1936, como señalaba amargamente, sólo dos personas (Giral y Casares) estaban en España: el resto estaba en el exilio o en lugar seguro, haciendo de embajadores. [511] Zugazagoitia, p. 213. Martínez Bande, *La invasión*, p. 282, reproduce el texto de las conversaciones telefónicas de Azaña con el ministerio de la Guerra, y luego con Prieto. [512] El plan de Extremadura (trazado por el coronel Álvarez Coque) está reproducido por Martínez Bande en *La batalla de Brunete*, p. 237-240, y se comenta en la p. 53 y ss. [513] A Berzin lo hicieron volver y lo ejecutaron en Rusia, como parte de la purga del ejército soviético. No hay que confundir a este Stern con Stern, el verdadero nombre de «Kleber». [514] Hernández, pp. 80-81. [515] Casado, pp. 71-73. [516] *Ibid.* Un memorándum del Departamento de Estado (enviado desde Valencia) calculaba que en aquellos momentos la República poseía 460 aviones, de los cuales se decía que 200 eran cazas rusos, 150 bombarderos rusos (bimotores del tipo Martin), y 70 aviones rusos de observación (Cattell, *Communism*, p. 228). Véase también Jackson, p. 372, nota, donde se comparan las opiniones de Llopis, secretario de gabinete de Largo Caballero, y Julio Just, ministro de Obras Públicas, con las de Prieto, sobre si el plan era práctico o no. [517] Azaña, vol. IV, p. 594. Después Baraibar presentó a Azaña (op. cit., p. 613) un informe sobre este proyecto en el que aseguraba al presidente que la sublevación era «cuestión de unos días, cuando terminaran las fiestas religiosas». Azaña creía, con razón, que los nacionalistas estaban gastando sumas parecidas en Marruecos. También había un plan según el cual querían pagar el viaje de mujeres moras a España para que convencieran a sus maridos, que estaban en el ejército de Franco, de que abandonaran las armas: «¡Estamos haciendo una adaptación marroquí de Lisístrata!», decía Azaña torvamente. [518] Largo Caballero dice que los comunistas querían deshacerse de Galarza, porque entonces estaba investigando sobre la lealtad del general Miaja y del coronel Rojo, de quienes se había descubierto que eran miembros de la UME antes de la guerra (op. cit., p. 218). Todavía no se sabe con plena seguridad si habían sido miembros o no. Lo que sí es seguro es que no habían manifestado opiniones izquierdistas antes de 1936. [519] Sobre esta crisis, véase Peirats, vol.II, p. 238 y ss.; Cattell, *Communism*, p. 153 y ss.; Largo Caballero; Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 212; Gorkin, *Caníbales políticos*, Araquistain y Hernández. Yo consulté con el señor Irujo, el señor Álvarez del Vayo y la señorita Montseny, que estuvieron presentes en esta reunión. Véase también el informe contemporáneo de Largo Caballero en Azaña, vol. IV, p. 595. [520] Hernández, pp. 86-88. Krivitsky dice que, ya en noviembre de 1936, Stashevsky había «escogido» a Negrín para que fuera el siguiente jefe de gobierno (op. cit., p. 119). [521] No existe evidencia de que Prieto hubiera llegado a un acuerdo formal con los comunistas antes de esta reunión, aunque Bolloten hace insinuaciones en este sentido (op. cit., pp. 311-312). [522] La carta de Lamonedá en la que se niega a apoyar a Largo Caballero está reproducida en Peirats, vol. II, p. 246. Véase también Largo Caballero, pp. 217-218. Lamonedá, durante algún tiempo, en 1920, había sido comunista. [523] Zugazagoitia, p. 138. Véase una conversación con Azaña sobre esto en 1938, en Azaña, vol. IV, p. 875. [524] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 228. La descripción que Prieto hace de él puede verse en vol.II, p. 219 y ss. [525] Esto me lo dijo Julio Álvarez del

Vayo (Ginebra, 1960). [526] Largo Caballero, p. 204. [527] Prieto, *Convulsiones*, vol. III, p. 220. [528] Azaña, vol. IV, p. 867. [529] Azaña, vol. IV, p. 603. En cambio, el 16 de junio, criticaba el «optimismo juvenil» de Negrín (op. cit., p. 620). [530] Azaña, vol. IV, p. 894. [531] Es decir, presidente del consejo. Recuerdo de Álvarez del Vayo (Ginebra, 1960). [532] Hernández, p. 135. Puede que dijera esto porque Negrín, desde el primer momento, puso su esperanza en una guerra mundial, que él creía inevitable, pero que Stalin siempre estaba tratando de evitar. [533] Ibárruri, p. 437. Togliatti dijo en 1962 que sólo había visto a Negrín una vez en España, en marzo de 1939. [534] En Perpiñán, en 1939, Negrín negó a Henry Buckley la existencia de las cámaras de tortura, y en 1949 admitió su error ante el mismo periodista (testimonio del señor Buckley al autor). [535] Negrín, además, era muy hábil con los periodistas extranjeros, mientras que Largo Caballero dijo a Azaña que «él no creía en la realidad del mundo exterior» (*Obras*, vol. IV, p. 617). Véase Juan Marichal, «La significación histórica de Juan Negrín», *Triunfo*, 22 de junio de 1974, que concluía diciendo: «En pocos hombres de la historia europea del último siglo y medio ha habido — como hubo en el doctor Negrín— tal fusión de inteligencia y carácter, de integridad moral y capacidad intelectual». La visión hostil de Bolloten (p. 300), a mi juicio, es una equivocación. Véase una opinión equilibrada en Cabanellas, vol. II, p. 970. [536] El representante republicano más influyente en París durante el gobierno de Negrín fue el jefe de la compra de armas, doctor Alejandro Otero, ayudado por el periodista americano Louis Fischer, ex-intendente de las Brigadas Internacionales, intérprete en los contactos ruso-norteamericanos de los años veinte, que, desde el hotel Lutetia, dirigía una organización dedicada a la compra de armas y a la difusión de propaganda republicana. Quizá también deberíamos señalar las actividades de los comunistas franceses en Toulouse. Véanse en Pike, p. 128, unos comentarios sobre el papel de Jean Marcel Blanc y el bar Gambetta. [537] A Julio Just también le indignó abandonar su ministerio de Obras Públicas: «personalmente, y como valenciano» (Azaña, vol. IV, p. 603). [538] Textos en Peirats, vol. II, pp. 248-277. [539] *Ibid.*, p. 281. [540] Circular nº 12 del comité nacional de la CNT de abril de 1937, cit. por Lorenzo, p. 275, nota 43. Decían que, de un total de 2.178.000 miembros, un millón estaban en Cataluña. [541] Esta reasunción del poder gubernamental en Cataluña fue consecuencia de una firme y explícita decisión gubernamental en la que insistió particularmente Azaña (op. cit., pp. 604-605). El nuevo gobierno catalán estaba compuesto sólo por el PSUC y la *Esquerra*, con tres consejeros cada uno, y Acció Catalana y los *rabassaires* con uno cada uno: Sbert (Seguridad interior), Tarradellas (Hacienda), Pi y Suñer (Cultura), todos de la *Esquerra*; Vidiella (Trabajo), Serra Pamiés (Abastos), y Comorera (Economía), del PSUC; Bosch Gimpera (Justicia), de Acció Catalana, y Calvet (Agricultura), de los *rabassaires*. De los antiguos colegas moderados que tenía Companys al principio de la guerra sólo quedaban dos: Tarradellas y Pi y Suñer. Todos los demás, viejos amigos como Espanya, Gas sol y Escofet, se habían visto obligados a exiliarse o huir a Francia. Doce exconsejeros de la Generalitat estaban en París, según Azaña (op. cit., p. 624). [542] Largo Caballero, p. 229. [543] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.194. [544] El ME 109 tenía dos ametralladoras fijas en la cubierta del motor, y dos cañones de 20 mm en las

alas. Su equipo de radio era malo comparado con el inglés. Pero estos puntos flacos no se pusieron de relieve en la lucha contra los rusos en los cielos de España. Al final, se construyeron más Messerschmitt 109 que ningún otro tipo de aparato en la historia de la aviación: 33.000. Había sido diseñado por Willy Messerschmitt en 1935 y lo fabricaba la Bayerische Flugenzwerke en Augsburgo. En España se probaron varios tipos de este avión: el 109 B-1, el 109 B-2, el C-1, el D, el E-O, y, más adelante, el E-1. Parece ser que la primera vez que se usó el Messerschmitt fue en Guernica. [545] Azaña, vol. IV, p. 620. [546] Este equilibrio de fuerzas en mayo de 1937 se basa en Salas Larrazábal, vol. I, p. 1.084 y ss.; Voronov en *Bajo la bandera*, p. 128; Cattell, *Communism*, p. 228; y Sanchís, passim. [547] Véanse ejemplos del obstruccionismo de Visiedo en García Lacalle, p. 388. [548] Prieto nació en Oviedo, pero fue a Bilbao de niño. [549] Iturralde, vol. II, p. 425. [550] Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 128 y ss. [551] R. Salas, vol. II, pp. 1.382-1.383; Francisco Tarazona, *Sangre en el cielo* (México, 1958), p. 132. [552] Yvonne Cloud, *Basque Children in England* (Londres, 1937); Steer, p. 263. Inglaterra hizo una propuesta a los vascos para que señalaran una serie de zonas neutrales que fueran garantizadas contra todo ataque. El gobierno republicano protestó contra este acto de Inglaterra, que trataba a los vascos como si fueran un gobierno independiente. [553] Véase *Revue des deux mondes*, 10 de febrero de 1940. Este artículo afirmaba falsamente que el gobierno vasco había iniciado negociaciones directas con Franco. La versión que doy aquí me la dio Leizaola, que confirmó la narración en Aguirre, pp. 34-36. Ha sido ligeramente corregida en Largo Caballero (p. 206): por ejemplo, los vascos dijeron que se estaba celebrando una reunión secreta del consejo de ministros, sin que asistiera a ella el ministro vasco, Irujo. No hay que creer la versión que circulaba en Salamanca, y que figura en los telegramas enviados por von Faupel a Berlín. En marzo de 1937, se había dado otro paso para conseguir una paz con mediación; esta vez lo había dado Mussolini, a través de su cónsul en San Sebastián, el marqués de Cavaletti, «quizá convirtiendo a las provincias vascas ¡en un protectorado italiano!» Aguirre rechazó la propuesta (Aguirre, pp. 31-33). Véase también el comentario de Martínez Bande, *La guerra en el norte* (Madrid, 1969), p. 60 y ss., y el que hay en la biografía del cardenal Gomá escrita por Antonio Granados (Madrid, 1969), p. 155 y ss. [554] Madariaga, p. 416. Azaña (vol. IV, p. 588) confirma que ésta fue una misión de paz suya personal, y que Largo Caballero no tenía nada que ver con ella. Largo Caballero hizo comentarios adversos sobre ella en sus memorias (p. 199). Véase comentario de Jackson, p. 442 y ss. [555] USD, 1937, vol. I, p. 295. [556] GD, p. 291. [557] *Ibid.* [558] Serrano Súñer, p. 70. [559] Esto no era cierto, aunque Inglaterra tenía grandes intereses financieros en Bilbao. [560] GD, p. 295. [561] *History of The Times*, vol. IV (Londres, 1952), p. 907. [562] USD, 1937, vol. I, p. 302. [563] *Ibid.*, p. 303. [564] NIS, 22ª reunión. [565] Blum manifestó al embajador americano que, según sus informes, los alemanes estaban diciendo la verdad (USD, 1937, vol. I, p. 309). [566] Véase Prokofiev en *Bajo la bandera*, p. 401, y García Lacalle (p. 212), donde indica que los rusos confundieron el *Deutschland* con el *Canarias*. Véase Azaña, vol. IV, p. 611, donde señala que el hecho fue sorprendente, ya que «los rusos observan una disciplina sumamente rigurosa y sus jefes, lo mismo que su gobierno, saben que deben

evitar cualquier conflicto con los alemanes». [567] USD, 1937, vol. I, p. 317; GD, p. 297 y ss. Véase también el comunicado de François-Poncet del 3 de junio (FD, vol. VI, p. 22).

[568] Las víctimas del *Deutschland* fueron atendidas por el gobernador de Gibraltar, general sir Charles Harington, cuya principal preocupación desde el comienzo de la guerra española había sido la de cómo restaurar la antigua gloria del real club de caza de Gibraltar. Las cacerías se habían reanudado después de la caída de Málaga. [569] NIS, 53ª reunión.

[570] GD, p. 299. [571] GD, p. 302. [572] Los comunistas españoles llamaban a Moscú «la casa». [573] Azaña relata todo esto (vol. IV, pp. 611-613). Véase también Hernández, p. 114. [574] El relato de Hernández, en general, es confirmado por Prieto en el prólogo a la edición mexicana de *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*. [575] Prieto, *Convulsiones*, I, pp. 152-153. La primera queja comunista contra Prieto fue durante la batalla de Brunete, que tuvo lugar a continuación, cuando Uribe y Hernández dijeron a Negrín que el ministro de Defensa estaba haciendo una redistribución de mandos que les perjudicaba. [576] Véase Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.395. [577] Véase la narración de Gustav Regler, que fue herido al mismo tiempo (Regler, *The Owl of Minerva*, p. 312). También lo fue el general ruso Batov (*Bajo la bandera*, p. 100). Véase Historia y vida, diciembre, 1969. El as de la aviación nacionalista García Morato mató al doctor Heilbrunn, médico de la 12ª Brigada Internacional, no a Lukács. El comandante que sustituyó a Lukács fue el búlgaro Kosovski («Petrov»). [578] Orwell, *Homage to Catalonia*, p. 260. Esta campaña está bien descrita en Martínez Bande, *La gran ofensiva sobre Zaragoza* (Madrid, 1973), pp. 39-74. [579] Nuestra Señora de la Fuencisla, patrona de Segovia, fue nombrada posteriormente mariscal de campo, por su parte en la defensa de la ciudad. Esto ocurrió cuando Varela era ya ministro de la Guerra en el gobierno nacionalista, en 1942. Cuando Hitler se enteró de esto, dijo que nunca visitaría España, en ningún caso (Table Talk, p. 515). [580] Véase una descripción honrada en Tagüeña, p. 152. Martínez Bande, *La ofensiva sobre Segovia y La batalla de Brunete* (Madrid, 1972), pp. 61-100, da información útil. Véase también en Gillain, p. 57 y ss., una descripción mordaz de los problemas entre Walter y Dumont. Además, la República empleó incorrectamente una compañía de tanques rusos T-26. Martínez Bande publica un informe sobre la batalla redactado por Walter y Galán (op. cit., p. 246 y ss.). Ésta es la ofensiva republicana que describe Hemingway en *Por quién doblan las campanas*. Él sugiere que fue traicionada pero que, debido a la obstinación de Marty, se permitió que continuara. La acción de este libro transcurre en «las 68 horas entre la tarde del sábado y el mediodía del martes de la última semana de mayo de 1937» (Baker, p. 225). Por extraño que parezca, para entonces Hemingway se encontraba de vuelta en Nueva York, haciendo una campaña para recoger fondos para la República. [581] GD, p. 410. Por entonces se dijo que a Mola lo habían matado los alemanes porque había protestado contra el bombardeo de objetivos no militares. Es tan poco probable que se produjera tal protesta como que tuviera tales consecuencias. [582] Martínez de Campos, p. 221. Ahora el ejército de los nacionalistas en el norte había sido reorganizado. La antigua 6ª División, cuyo cuartel general se encontraba en Burgos, se había ido ampliando, hasta convertirse en el 6º Cuerpo de ejército (a las órdenes del general López Pinto), dividido en

dos divisiones. La primera división, dirigida por Solchaga, comprendía seis brigadas navarras, de las cuales las cuatro primeras se basaban en las antiguas columnas de voluntarios carlistas y tenían los mismos jefes que el 31 de marzo, y las dos nuevas tenían por jefes a los coroneles Bartomeu y Juan Bautista Sánchez. El jefe de estado mayor seguía siendo Vigón, y la artillería continuaba a las órdenes de Martínez Campos. El 23 de mayo, esta división fue rebautizada con el nombre de 61ª División (Navarra), esto es, la 1ª División del 6º Cuerpo de ejército. Véase Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 124-125. [583] Martínez Bande, *La guerra*, pp. 154-155. La organización de divisiones y brigadas era floja. [584] Véase Del Burgo, p. 900 y Martínez Bande, p. 172. [585] Steer, p. 307; Salas, vol. II, p. 1.403; Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 288-290, reproduce las notas del jefe de estado mayor, Lamas, en esta conferencia. El relato de Steer es excelente. El ruso Koltsov también estaba en Bilbao, aunque no en esta reunión. [586] Véase Víctor de Frutos, *Los que no perdieron la guerra* (Buenos Aires, 1967), p. 119. Frutos era jefe de una brigada. Sobre Leizaola, véase Sancho de Beurko, *Gudarís, recuerdos de guerra* (Buenos Aires, 1956), p. 90. [587] Aznar, pp. 425-426; Steer, pp. 336-371. [588] Véase el manuscrito inédito del coronel Lamas, cit. por Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 198, nota 317. [589] Kindelán, p. 86. [590] Martínez Bande, *La guerra*, pp. 219-229; la lista oficial de bajas vascas en el mes de junio se perdió. En abril y mayo se registraron 7.344 y 8.793 bajas, respectivamente. Es probable que la cifra correspondiente a junio fuera de 14.000, en total. [591] GD, p. 409. [592] *Ibid.*, p. 412. [593] Los alemanes estaban dispuestos a negociar sobre esto más adelante con Inglaterra y, a finales de 1937, las exportaciones de mineral de hierro a Inglaterra habían recuperado su ritmo normal. [594] La importancia naval de la caída de Bilbao está muy bien descrita por el almirante Cervera (op. cit., p. 170), cuyo bloqueo había contribuido tanto a la victoria. Los astilleros y los suministros de anclas, cables, cadenas, etc., fueron muy útiles. [595] Cloud, p. 8. El autor tiene noticias sobre la vida en estos campamentos gracias a Víctor Urquidí, que trabajó en ellos cuando era estudiante en la London School of Economics. Los niños vascos formaron un comité, recuerda, «para luchar contra el castigo corporal»; y alguna vez había ocurrido que, cuando llegaba un dentista, encontraba el campamento vacío: los niños habían huido. [596] *Osservatore Romano*, 8 de enero de 1937. [597] *La guerre d'Espagne et le catholicisme*, folleto del vicealmirante H. Joubert en respuesta al artículo de Maritain del 1 de julio (París, 1937), p. 26. [598] Iturralde, vol. II, pp. 318-319. A pesar de todo, el obispo, ya entonces, reconoció en privado que se había equivocado, y más tarde lo haría públicamente. [599] Cit. por el padre Bayle s.j., *¿Qué pasa en España?* (Salamanca, 1937). [600] La postura de Maritain puede encontrarse en su prólogo a Alfred Mendizábal *Aux origines d'une tragédie* (París, 1937). Véase también el capítulo 8, «Católicos antitotalitarios», de Southworth, *El mito de la cruzada*. [601] Publicada en Londres por la Catholic Truth Society. Es probable que la carta fuera escrita por sugerencia del general Franco. El cardenal Gomá la escribió y la envió a los demás obispos para que la firmaran. [602] El padre Ignacio Menéndez Reigada añadió, en *La guerra nacional española ante la moral y el derecho* (Salamanca, 1937), que el alzamiento había sido «no sólo justo, sino un deber». [603] El obispo de Orihuela estaba

enfermo, de manera que su representante firmó en su nombre. El arzobispo de Tarragona, aunque evitó todo comentario sobre la actitud de la Iglesia española en la guerra civil, nunca manifestó públicamente su posición. Sin embargo, no regresó a España, y murió en el exilio, en el convento de la Cartuja, cerca de Zürich, tras haber encargado que se inscribiera sobre su tumba un lacónico epitafio que recuerda el de Hildebrand: «Muerdo en el exilio por haber amado demasiado a mi patria». Parece ser que no se pidió que firmara la carta al cardenal Segura, que no tardaría en volver de Roma a Sevilla. [604] GD, p. 236. [605] *Le clergé basque*, p. 10. [606] *Ibid.*, pp. 33-38. [607] Véase Southworth, *El mito*, p. 235; Pike, pp. 130-132. [608] Antonio Berjón, *La prière des exilés espagnols a la Vierge du Pilier* (Lieja, 1938). [609] Jerrold, p. 384. Sobre la controversia a propósito de Guernica en Inglaterra, véase Southworth, *La destruction* (passim). [610] Taylor, p. 157. [611] Lacouture, p. 253; Spender, *World within World*, p. 496; véase también Koltsov, p. 431; Ehrenburg, *The Eve of War*, p. 408; y *Left Review*, septiembre de 1937. [612] Véase Claude Couffon, *Miguel Hernández et Orihuela*. (Traducción, ligeramente alterada, de A. L. Lloyd, en Spender y Lehmann, *Poems for Spain*, p. 37.) Véase una entrevista con su viuda en *Triunfo*, 4 de enero de 1975. El suegro de Hernández había sido miembro de la guardia civil y había sido fusilado por los anarquistas, de una forma totalmente gratuita, en el verano de 1936. [613] Al cabo de poco escribió su obra *Los fusiles de la señora Carrara*, una sátira de la idea de la neutralidad, siguiendo el modelo de la obra de J. M. Synge, *Riders to the Sea*. La eficacia dramática de la obra no queda disminuida por el error del autor al dar a sus personajes nombres italianos, en vez de españoles. [614] La despectiva descripción de Azaña se encuentra en su diario (op. cit., vol. IV, p. 672). [615] Cit. por «Max Reisser», *Espionaje en España* (París, 1938), p. 12. Nunca quedó claro quién escribió este libro o en qué idioma se escribió por primera vez. El traductor español fue Arturo Perucho, director de *Treball*, un periódico del PSUC, y antiguo subdirector de *El Imparcial*, de Juan March. [616] Esta narración se basa en lo que Golfín y Roca dijeron a los dirigentes del POUM cuando se encontraron en la cárcel. Véase Gorkin, pp. 252-253 y 258-260. Al provocador de Castilla se le permitió escapar vivo y con cierta cantidad de dinero a Francia. El principal agente de policía catalán a las órdenes de Geroe, Victorio Sala, que había sido miembro del POUM, más tarde rompió con los comunistas, a los que, desde entonces, ha acusado de crímenes atroces. Los documentos fueron publicados en *Espionaje en España*. El punto de vista comunista puede verse en el folleto del periodista comunista francés George Soria, *Trotskyism in the Service of Franco* (Londres, 1938). [617] Krivitsky, p. 125, confirmado a John Erickson por un ex-oficial ruso. Su esposa, francesa, y su hija también desaparecieron de París al mismo tiempo (Poretsky, p. 212). Según Krivitsky, Stashevsky aprobó las acciones de la GPU contra los «trotskistas» en Rusia, pero pensaba que había que respetar los partidos legalmente constituidos en España. Se fue de Rusia muy contento, creyendo que había convencido a Stalin con este punto de vista. Antonov-Ovseenko fue nombrado comisario del pueblo responsable de Justicia, y recibió la orden de volver a Rusia para hacerse cargo de sus funciones: una broma típica de Stalin. Nunca llegó a ocupar su puesto. Algunos sugieren que se había hecho demasiado amigo de

los catalanes, y eso era peligroso (véase Miravittles, p. 195 y ss.). [618] Ortega había sido sargento de carabineros antes de 1936, y, en agosto, había mandado fuerzas republicanas en Irún. A mediados de 1937, era comunista. Para todo lo siguiente, véase Hernández, pp. 124-126. Véase un relato de los acontecimientos desde el punto de vista del POUM en Gorkin, *El proceso*, p. 102 y ss. Véanse también las horribles historias de Katia Landau, *Le Stalinisme en Espagne* (París, 1938). [619] R. Salas, vol. II, p. 1294. [620] Véase Peirats, vol. II, p. 334; la declaración de la CNT está reproducida íntegramente en Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, pp. 293-297. [621] R. Salas, vol. II, p. 1294. Otros creen que lo llevaron a Rusia y allí lo mataron. Orlov, en los años cincuenta, intentó atribuir la culpa a un tal «Bolodin», enviado desde Rusia (Miravittles, p. 193). Pero no sabemos si realmente existió. [622] Robles, que había pasado algunos años exiliado en España, en los Estados Unidos, había sido amigo de Dos Passos, que asumió su causa. Fue asesinado porque sabía demasiado. El cinismo con que Hemingway se tomó la muerte de Robles lo que acabó con la amistad entre Dos Passos y Hemingway. [623] Azaña, vol. IV, p. 692. Aunque, más tarde, Casares Quiroga explicó que la base de la historia del envenenamiento, como mínimo, era falsa. [624] Op. cit., p. 99. Hernández es el único ex-comunista (o comunista) que menciona esta explicación de la muerte de Nin, aunque ahora Carrillo ha aceptado que «lo mataron en nuestra zona» (*Demain l'Espagne*, p. 57). [625] Casanova, p. 23. [626] *Izvestia*, 3 de noviembre, cit. por Suárez, p. 54, nota. [627] «Destruídos por su propia gente sin razón alguna», dice de Gorev, Antonov Ovseenko, Berzin y Stashevsky (op. cit., p. 176). [628] Sobre esta controversia, véase George Orwell, *Collected Essays*, vol. I, p. 363, y las memorias de Kingsley Martin, Editor (Londres, 1968), pp. 226. Más tarde Orwell, en una carta a Frank Jellinek, corresponsal del *Manchester Guardian*, reconoció, de forma un tanto sorprendente, que «se ha armado demasiado jaleo a propósito del asunto del POUM, y el resultado neto de este tipo de jaleos es predisponer a la gente en contra del gobierno español» [...]. «En realidad —añadió— yo he dado [en *Homage to Catalonia*] una impresión sobre la línea política del POUM más favorable que la que yo tenía, porque siempre pensé que estaban equivocados [...]. Pero [...] creo que tenían algo de razón en lo que decían, aunque sin duda su forma de decirlo era pesada y provocativa en extremo.» Orwell también señaló que, en aquellos momentos, el comunismo resultaba atractivo para los ricos en los países occidentales, mientras que el trotskismo «no atrae a nadie que gane más de 500 libras al año». [629] Moreno Laguía era amigo de Azaña, y estaba en contacto con él (Obras, vol. IV, p. 828). [630] Entre los ejecutados se contaban José Cullares, José Navarro López y Marciano Mena. Véase también Casanova, p. 23. [631] Véase Benavides, *Revolución*, p. 229. [632] Azaña, vol. IV, p. 618. [633] ¿Cuándo, exactamente?: esto es algo que nos gustaría saber. Los dirigentes del POUM fueron detenidos el 16 de junio. De manera que Togliatti tenía buenas razones para querer que quedara bien sentado que él no estaba en España antes del 16 de junio y para hacer que sus amigos (Vidali, Berti, Longo) repitieran esta versión ante P. Spriano (vol. m, p. 215). Las razones para abandonar Moscú eran igualmente compulsivas. Desde luego, Togliatti estaba en España en agosto, cuando se distribuyó una circular en la que se declaraba que los periódicos que criticaran a la Unión

Soviética serían suspendidos indefinidamente. (Circular del 14 de agosto, cit. por Broué y Témine, p. 284.) [634] Rojo, *¡Alerta los pueblos!* (Buenos Aires, 1939), p. 104; *España heroica*, p. 87 y ss.; Líster, p. 132; Aznar, p. 435; López Muñiz; Castro Delgado, p. 541 y ss.; Longo, pp. 371-397. Para escribir sobre esta batalla tuve en cuenta las memorias de Malcolm Dunbar, Giles Romilly, George Aitken y Miles Tomalin, que combatieron en ella con el batallón inglés. Sobre cuestiones generales de interpretación, véase Salas Larrazábal (op. cit., vol. II, p. 1.215 y ss.). Es especialmente importante la nota (nota 9, p. 1.275) en la que critica al ruso Malinovsky, que estaba allí en calidad de asesor, por ignorar, en sus memorias (*Bajo la bandera*, p. 37 y ss.), el papel del coronel Matallana en la preparación de la ofensiva. Martínez Bande, *La batalla de Brunete*, p. 103 y ss., es un buen estudio general. Salas Larrazábal reproduce el orden de batalla de las Brigadas Internacionales en el vol. IV, pp. 3.434-3.572. Véase también R. Casas de la Vega, *Brunete* (Madrid, 1967).

[635] El batallón inglés de esta brigada estaba dirigido por Fred Copeman, un ex-marinero que había participado en el llamado motín naval de Invergordon en 1931. Según su propia versión, Copeman no se hizo comunista hasta después de abandonar España. Sin embargo, estaba tan estrechamente vinculado al partido que era como si fuera miembro. El batallón inglés se componía de tres regimientos, mandados por Nathan, y otros tres mandados por Mihaly Szalvai («Chapaiev»). Szalvai llegó a ser general en Hungría, después de la guerra mundial. [636] Véase Longo, p. 291. En esta batalla entre «internacionales», sólo permaneció inactiva la 14ª Brigada Internacional (francesa). Staimer —el «coronel Richard»— fue otro de los comunistas alemanes importantes que dirigió una brigada en España. «Krieger» había sucedido a otro alemán, Zaisser («Gómez»), Staimer había sido el jefe del sindicato de madereros en Alemania y en 1932 había dirigido la organización «*Rot Front*» en el norte de Baviera. [637] Galland, p. 27. [638] Miksche, p. 38. [639] Aznar, p. 443; López Muñiz, p. 171. [640] Azaña, vol. IV, p. 678. [641] Quizá se trataba de algo más que una reunión social el 8 de julio por la noche, cuando Hemingway, Martha Gelhorn y Joris Ivens cenaron en la Casa Blanca para explicar lo que ellos creían que los Estados Unidos tenían que hacer para ayudar a España (documentos de F. D. Roosevelt, Hyde Park, Archivador 422A). [642] Fue mortalmente herido por una bomba. En sus últimos momentos, ordenó a los que le rodeaban que cantaran para ayudarlo a abandonar la vida. Al anoecer, fue enterrado en un tosco ataúd bajo los olivos que bordean el río Guadarrama. El comisario de la brigada, George Aitken, pronunció un elogio fúnebre. «Gal» y Jock Cunningham, dos hombres rudos que habían sentido celos de Nathan, escucharon en pie, con las mejillas húmedas por las lágrimas. Testimonio de George Aitken. Véase también Steve Nelson, *The Volunteers* (Nueva York, 1953), pp. 166-169. [643] También hay que señalar los comentarios del coronel Menéndez contra Modesto, Líster, Mera, «el Campesino», y otros jefes de milicias: «El único que sabe leer un plano es el llamado Modesto. Los otros, además de no saber, creen no necesitarlo». (Azaña, vol. IV, p. 712.) [644] El día 18, Julián Bell, de 29 años, otro héroe inglés de su tiempo, sobrino de Virginia Woolf, murió en Villanueva de la Cañada, mientras conducía una ambulancia de la unidad de auxilio médico inglesa. Llevaba un mes en España. (Véase Quentin Bell, Julián Bell,

Londres, 1938, p. 176; y Stansky y Abrahams, pp. 399-413.) [645] Véase Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.254 y referencias: Jesús Salas, pp. 227-235. [646] Kindelán, p. 99. Juan Ignacio Luca de Tena, que entonces era ayudante de Varela, hace un relato de esta conversación en el que insinúa que las razones de Franco para detener el avance de Varela sobre Madrid estribaban en su miedo a que Varela obtuviera demasiada gloria (Luca de Tena, pp. 205-206). [647] Sobre las bajas, véase Casas de la Vega, p. 362 y ss.; Martínez Bande, p. 231; Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.256; el 9 de agosto, Miaja comunicó a Azaña que la República había perdido 1.800 muertos y 17.000 heridos (Azaña, vol. IV, p. 732), mientras que Giral informaba de que la mitad de los «heridos» eran desertores u hombres que se fingían heridos. [648] Salas Larrazábal, en Carr, *The Republic*, p. 181. [649] Véase el informe del coronel Matallana, reproducido en La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 242. El jefe del batallón Garibaldi, Pacciardi, ahora abandonó España, desilusionado con el comunismo de las brigadas. Nenni coincidió con él en este punto y regresó a París, y a partir de entonces los «Garibaldis» fueron mandados por Cario Penchienati (un comunista que más adelante rompió con el partido), y luego por Arturo Zanoni, un socialista. Véase Pacciardi, pp. 239-240 y 161, y Spriano, p. 223. Arthur Horner, que entonces era presidente de los mineros de Gales del Sur, consiguió que las autoridades de las brigadas se comprometieran a dar permisos a los miembros de las mismas. Pero esto nunca se cumplió plenamente. Durante su visita, Horner fue encarcelado por breve tiempo en Barcelona, porque le encontraron una bandera mora en la maleta y, por lo tanto, lo acusaron de monárquico (Arthur Horner, *Incorregible Rebel*, Londres, 1960, p. 159). [650] Miksche, p. 171. Esta controversia sobre el uso de los tanques puede retrotraerse a la primera vez que entraron en acción, en la batalla de Cambrai, en el frente oeste, en 1917. Ninguno de los dos bandos de la guerra civil tenía bastantes camiones para permitir que la infantería motorizada se aprovechara del embate inicial de los tanques. [651] Azaña, vol. IV, p. 698. [652] La fecha 23 de marzo conmemoraba la fundación del movimiento fascista en Italia en 1919. [653] El relato más minucioso de esta batalla es el del coronel Martínez Bande, *Final del Frente Norte* (Madrid, 1972). También puede ser provechoso consultar Aznar, pp. 466-475. [654] Sobre estos esfuerzos frustrados que implicaron un encuentro secreto del padre Onaindía y el agregado militar italiano cerca de Algorta (Vizcaya), el 25 de junio, y un viaje de éste a Roma para dar explicaciones a Ciano —que desconocía totalmente el problema vasco— véase S. Payne, *Nacionalismo vasco*, p. 280. [655] Aguirre había querido trasladar todas las fuerzas vascas al frente catalán para avanzar sobre Navarra desde la retaguardia (!), pero en Valencia habían rechazado la idea (Aguirre, p. 59 y ss.). [656] Castro Delgado, p. 539. [657] Véase una descripción de esta deprimente reunión en Gamir (p. 84); Zugazagoitia, vol. II, pp. 307-308; y el informe del comandante Lamas, citado en Martínez Bande, op. cit., p. 78, nota 85. [658] Martínez Bande ofrece un triste retrato de estos hombres sentados en la plaza de toros local (*El final del Frente Norte*, Madrid, 1972, frente a la p. 104). Unos 30.000 eran vascos, y 20.000, santanderinos. [659] Azaña, vol. IV, p. 782. [660] Martínez Bande, op. cit. (p. 97) publica un facsímil del documento de la rendición (pp. 228-229). Véase también el relato del general Piazzoni en

las pp. 230-242, y un comentario sobre el relato del padre Onaindía en S. Payne, *El nacionalismo vasco*, p. 285. [661] Steer, pp. 388-390. Este relato es confirmado por Jesús María de Leizaola. Sin embargo, véase R. Salas, vol. II, p. 1.460 y ss., y Martínez Bande, op. cit., pp. 93-94. [662] Había sido jefe de la UME antes de la guerra y había escapado de Valencia en agosto de 1936. [663] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 5. El corresponsal de *The Times* que describió la conquista de Santander por los nacionalistas fue Philby. [664] Martínez Bande, op. cit., p. 245 y ss. [665] GD, p. 434. Esto ocurría a mediados de agosto. El propio Sperrle no tardó en ser llamado a Alemania (aunque no, como se ha dicho, por su participación en Guernica), y le sucedió en el mando de la Legión Cóndor el general von Volkmann («Vieth»), Richthofen continuó siendo jefe de estado mayor. [666] Mientras que el croata Gopic seguía siendo el jefe de la 15ª Brigada, Aitken, el comisario de la brigada, había vuelto a su país, siendo sustituido por Steve Nelson, trabajador en unos astilleros de Filadelfia, de origen esloveno a pesar de su apellido. Estos nombramientos significaron un período de predominio americano en la 15ª Brigada. Hubo incluso algo de resentimiento por parte de los americanos cuando el puesto de jefe de operaciones de la brigada pasó a manos de Malcolm Dunbar, un joven inglés muy eficiente que, hacía tres años, había «dirigido un movimiento de estética avanzada en Cambridge». Tres miembros ingleses de la brigada (Copeman, jefe en Brunete; Tapsell, comisario; y Cunningham, jefe de estado mayor) regresaron a Inglaterra con un propósito específico: hablar del control comunista en la brigada inglesa. Esto dio lugar a una disputa en el seno del comité central del Partido Comunista. Cunningham no regresó a España, y fue acusado de «fascista». Abandonó el partido. Los otros dos regresaron. La brigada se había ampliado con la incorporación del batallón Mackenzie-Papineau, formado por canadienses que antes se alineaban con los americanos. Este batallón llevaba el nombre de los dos cabecillas canadienses de la revuelta de 1837 contra Inglaterra. Menos de un tercio del batallón eran canadienses, y el resto eran norteamericanos. El comisario era Joe Dallet, un obrero portuario de Nueva York, de familia rica, que se había sumado a la causa de la República para hacer desaparecer la evidencia de su anterior vida. Estos detalles indican hasta qué punto España parecía un terreno de pruebas a nivel mundial, donde se probaba algo más que tanques pesados, aviones Messerschmitt y experiencias anarquistas. [667] Líster, p. 152. [668] Azaña, vol. IV, p. 614. [669] Lorenzo, p. 139. Según Juan Sapiña (Azaña, Obras, vol. IV, p. 635), diputado por Castellón y director general de Minas, iba siempre con una escolta de 24 hombres. Su secretario había pertenecido anteriormente al equipo de Juan March. [670] Azaña, vol. IV, p. 685; también p. 744. [671] Véase J. Silva, cit. por Bolloten, en Carr, *The Republic*, p. 375. Véase el relato de Negrín a Azaña (Azaña, vol. IV, p. 733). [672] Véase *Campo Libre*, agosto y septiembre de 1937. El jefe de la 26ª División, Ricardo Sanz, hace una amarga narración de todo esto en el capítulo XII de su obra *Los que fuimos a Madrid*. Mantecón dijo posteriormente a Azaña que Líster quería fusilar a los consejeros, pero que él, Mantecón, le había refrenado: «El juego era claro. Los habría fusilado, y luego me habría echado la culpa a mí, presentándome como defensor de los proletarios». (Azaña, vol. IV, p. 897.) [673] La 15ª Brigada Internacional tuvo un papel importante en estas batallas.

El jefe irlandés del batallón inglés, Daley, murió a consecuencia de sus heridas, y fue sucedido por Paddy O'Daire. Thompson y Dallet, jefe y comisario del batallón Lincoln, respectivamente, fueron muertos, y Nelson, el comisario de la brigada, fue herido. [674] No se ha descubierto el verdadero nombre de «Montenegro». Véase un comentario sobre sus cualidades en Azaña, op. cit., p. 687. El mejor estudio general sobre esta batalla es Martínez Bande, *La gran ofensiva*, p. 77 y ss. [675] Aznar, p. 504; Castro Delgado, p. 560. Para escribir sobre esta batalla, conté con la ayuda de Malcolm Dunbar. [676] Casanova, p. 9. Este miembro del POUM, que estuvo presente en la batalla, rinde tributo a la elevada moral carlista. [677] El tanque BT-5 pesaba 20 toneladas, tenía un cañón de 7 mm y dos ametralladoras (a veces cuatro) de 7,62. Era un modelo Vickers «Christie» del año 1929. De los cuarenta tanques que participaron en el ataque sólo volvieron 28: el terreno era un cenagal y fue fácil inutilizarlos y capturarlos. Véase comentario en Alexander Foote, *Handbook for Spies* (Londres, 1953), p. 18. [678] Telegrama citado por Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.324. [679] Castro Delgado, p. 571. [680] Ehrenburg, p. 147. [681] Azaña, vol. IV, p. 846 y ss. (Informe de Prada al presidente.) [682] Sobre esta campaña, véase Martínez Bande, *El final del Frente Norte*, p. 109 y ss. [683] Prada informó sobre esto a Azaña personalmente (op. cit., p. 847). Dijo que el «gobiernín», como llamaba Azaña despectivamente al consejo de Asturias, se negaba a reconocer que en Asturias pudiera haber quinta columna. Belarmino Tomás, «totalmente subordinado a la CNT», había dicho: «En la Asturias roja no hay fascistas». Pero, incluso en el «rojo» Avilés, la quinta columna había atacado a una brigada, causando muchas bajas. [684] Galland, p. 30. [685] El acta de la última reunión está publicada en *Independent News*. (Véase Broué y Témime, p. 380.) [686] En la España nacionalista se siguieron con gran interés los detalles de su juicio. [687] Prieto, *Convulsiones*, vol. II, p. 60; véase Azaña, vol. IV, p. 830. [688] Abel Cuides, el as de la escuadrilla de Malraux, que luego se había incorporado a las fuerzas aéreas republicanas, había llevado a cabo un intento frustrado de rescatar a Goriev. Cuides hizo tres vuelos, pero, en el cuarto, fue derribado y muerto. Véase Ehrenburg, *Eve of War*, p. 147. Después de salvarse de Franco en Asturias, nada pudo salvar a Goriev de su propio gobierno. Al regresar a Rusia, fue fusilado. Sobre las luchas posteriores de guerrilleros en Asturias, entre 1937 y 1948, véase A. Saborit, *Asturias y sus hombres* (Toulouse, 1964). [689] El Partido Comunista intentó cargar gran parte de la culpa sobre las espaldas del secretario del Partido Comunista de *Euzkadi*, Astigarrabia, que fue condenado por un pleno del comité central por haber apoyado con demasiado entusiasmo la «política chapucera y reaccionaria de Aguirre» (*Campo Libre*, 27 de noviembre de 1937). [690] GD, p.339. [691] GD, p. 336. [692] Azcárate, p. 80. En un debate sobre asuntos exteriores en la Cámara de los Comunes, el 25 de junio, Chamberlain, que pronunciaba su primer discurso como primer ministro, al hablar de la conducta de Alemania en el caso del *Leipzig*, dijo que «había que reconocer que estaba mostrando cierta contención». Sobre la no intervención, dijo: «Se está privando a ambos bandos de suministros de material que ellos piensan que necesitan con urgencia». (Parliamentary Debates, vol. 325, col. 1.586.) [693] NIS (c), 55ª y 56ª reuniones. [694] NIS (c), 57ª reunión. [695] Nenni, p. 83. [696] Azaña, vol. IV, p. 654,

reproduce un informe de Negrín sobre esto. [697] B. Klein, *Germany's Economic Preparations for War* (Cambridge, Mass., 1959), p. 41, habla del tema. Véase también Harper, p. 65. En 1936, Alemania importó un total de 9.200.000 toneladas de mineral de hierro. Alemania necesitaba estas importaciones para sostener su industria del acero. Anteriormente ya había importado mineral de hierro de España; por ejemplo, en los años veinte, una cuarta parte de las importaciones alemanas procedían de España. Pero en 1937 y 1938 gran parte de las importaciones alemanas procedentes de España consistían en verduras, fruta y vino (de hecho, estos productos suponían más marcos que los minerales). [698] GD, p. 413. Véase Harper, p. 52 y ss. [699] GD, p. 417. [700] GD, p. 421. [701] GD, p. 410. [702] NIS, 24ª reunión. [703] NIS, 26ª reunión. [704] USD, 1937, vol. I, p. 360. Este comentario lo hizo en un almuerzo en el que estaban presentes el nuevo embajador británico en París, Phipps, y Bullitt. [705] USD, 1937, vol. I, p. 366. [706] Ciano, *Diplomatic Papers*, p. 132; Churchill, *Gathering Storm*, p. 189; Edén, p. 445. La carta fue escrita sin que lo supiera Edén. Aparentemente, el gobierno español ignoró este cambio. Azaña, que había considerado siempre que la influencia inglesa había sido nefasta para los asuntos españoles, fue tranquilizado, el 16 de agosto, por Azcárate, que le aseguró que el gobierno inglés no sabía lo que quería: «No hay ahora nadie en la política de estos países que haga o conciba planes a más largo plazo». Y Azaña contestó: «Me cuesta trabajo creer que el Imperio británico está gobernado por majaderos» (Azaña, IV, p. 738). [707] USD, 1937, vol. I, p. 639. Sin duda esto fue un aparte apresurado de Edén, porque el ministro de Asuntos Exteriores, en aquel período, por lo general simpatizaba con la República. Por lo menos esto es lo que él dice, y lo confirma un testigo hostil como Hoare en *Nine Troubled Years*. [708] NIS (c), 62ª reunión. [709] NIS (c), 63ª reunión. [710] Cervera, p. 111. [711] GD, p. 432. [712] Esta visita tuvo lugar el 4 de agosto (*Ibid.*, p. 433). [713] *Jane's Fighting Ships 1936*. La armada italiana era potente comparada con la francesa: Italia tenía 6 acorazados frente a los 7 de Francia, pero tenía 29 cruceros frente a 16, y 64 destructores y cabezas de flotilla frente a 60 que tenía Francia. (Las cifras correspondientes en la armada inglesa eran: 15, 52 y 175, con 57 submarinos y 5 portaviones.) [714] Edén, p. 457. Al parecer, además, los ingleses habían descifrado el código naval italiano. [715] Ciano, *Diaries 1937-1938*, pp. 7-8. [716] Véase Alcofar Nassaes, *CTV*, p. 150. [717] Cervera, p. 186. [718] Edén, p. 461. [719] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 9. En aquellos momentos, la eficacia del bloqueo era casi total. Sea cual fuere el crédito que merezcan las cifras incompletas que da el agregado militar alemán en Ankara, refleja claramente la verdad cuando dice que, durante el mes de septiembre, no llegó a España ningún material ruso por vía marítima. En cambio, en agosto pasó una cantidad sustancial de suministros. Véase Azaña, op. cit., p. 733. Stalin había señalado a Pascua las ventajas de la fabricación de armamentos en el propio país para evitar los costes ruinosos que, al fin y al cabo, tendrían un fin: el oro no iba a durar siempre. [720] *Ibid.*, p. 11. [721] Churchill, p. 191. [722] Edén, p. 465. Véase el acta de esta reunión en FD, VI, p. 730 y ss. [723] Baldwin usó la metáfora en 1936 (Keith Middleman y John Barnes, Baldwin, Londres, 1969, p. 967). [724] FD, vol. VI, pp. 824-825. [725] Azaña, vol. IV, p. 805. A pesar de que lo deseaban, los republicanos

no consiguieron que España fuera reelegida miembro del consejo de la Sociedad de Naciones. Chile se ofreció a reunir los votos suficientes para conseguirlo a condición de que dejaran en libertad a los refugiados en embajadas. Esta idea fue rechazada con desprecio. [726] Documents secrets du Ministère des Affaires Étrangères d'Allemagne 1936-1943, vol. III, p. 22 (Moscú, 1946). [727] Ciano, *Diaries*, 1937-1938, p. 15. [728] Pero Dahl volvió a América en 1940. [729] Ciano, *Diaries*, 1937-1938, p. 18. [730] *Ibid.*, p. 26. [731] USD, 1937, vol. I, p. 420. En este caso, como en tantos otros, la mejor fuente sobre política francesa la constituyen estos informes del embajador norteamericano en París. [732] Azaña, vol. IV, p. 823. [733] Watkins, p. 186. [734] NIS, 28ª reunión; NIS (c), de la 64ª reunión a la 70ª reunión. [735] Azcárate, p. 122. [736] Les événements survenus en France, p. 219. [737] Azcárate, pp. 129-130. [738] Harvey, p. 49. Véase también con B. H. Liddell Hart, *Memoirs* (Londres, 1965), vol. II, p. 136. [739] Éste fue el célebre «Memorándum Hossbach» (Nuremberg Triáis, vol. XXV, pp. 403-414). Además, entonces era cuando los alemanes que estaban en España empezaban a excitarse con el proyecto de las minas españolas —véase p. 618—. Véase un comentario sobre su validez en A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, p. 131, y Alan Bullock, *Hitler's War Aims*, Proceedings of the British Academy, 1967. [740] A. Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes* (Nueva York, 1953), pp. 241-242. Orlov llama a este militar «el general N».

¿Podemos fiarnos del testimonio de Orlov? Cuando coincide con otras evidencias, o no las contradice, parece aceptable. Araquistain hizo el mismo comentario en La Prensa (Buenos Aires), el 12 de julio de 1939: Stalin no deseaba ganar la guerra porque aquello habría exasperado a Hitler, ni perderla porque, una vez terminada, Hitler tendría más libertad para llevar a cabo su agresión en la Europa oriental y contra la Unión Soviética. Por otra parte, España para Rusia era una cuestión secundaria, comparada con su amistad con Inglaterra y Francia, y Azaña y Pascua eran conscientes de ello (Azaña, vol. IV, p. 734). [741] CAB, 35(37), 27 de septiembre de 1937. En una reunión subsiguiente, Chamberlain había dicho que «no nos importa qué bando gane, mientras sea una victoria española, y no alemana o italiana» (CAB, 37(37), de 13 de octubre, 1937). Louis Fischer también explicaba que un tal coronel Clark, del ministerio de la Guerra, le preguntó: «¿Qué opina usted que sería mejor? ¿Que Franco ganara rápidamente? ¿O que España siguiera siendo una herida abierta a través de la cual pudiera salir el veneno de Europa?» (op. cit., p. 457). [742] GD, p. 550. [743] Azcárate, p. 120. [744] Dionisio Ridruejo, *Escrito en España* (Buenos Aires, 1962), p. 34. Este joven poeta y orador, procedente de Segovia, pero que durante un corto tiempo fue jefe provincial de Valladolid, denunció a Franco por haber detenido a Hedilla y, a principios de 1938, pasó a ser director general de Propaganda a las órdenes de Serrano, su mentor. ¿Por qué no fue detenido por su denuncia de Franco? Probablemente porque su juventud, su elocuencia, su sinceridad, su encanto y su aspecto de joven promesa le valieron la protección del general Monasterio, jefe de las milicias unificadas, y la de Serrano, al que había conocido en las tertulias de Pilar Primo de Rivera. [745] Me fue muy útil mi conversación con Justino de Azcárate (Caracas, 1973). [746] Prieto, *Palabras*, pp. 235-236. Quizá Prieto estaba mal informado por culpa de «Luis Pagés Guix», que publicó

una versión de los acontecimientos de Salamanca titulada La traición de los Franco. Véanse comentarios en Southworth, *AntiFalange*, y La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 293. [747] Tomado de una serie de notas inéditas para una vida del príncipe Javier de Borbón-Parma, en los Archivos Carlistas de Sevilla. [748] Serrano Súñer, p. 136. Tampoco es seguro que a todos los ingleses les gustara su costumbre de no presentarse en su despacho hasta las once de la mañana. Esto ofendía a sir Philip Chetwode. [749] Suances era amigo de Franco desde que ambos eran niños, en El Ferrol. Ambos habían querido ser marinos, pero sólo había sido aceptado Suances. Más tarde, Suances se convirtió en director de una compañía, con parte de capital británico, que se dedicaba a construir barcos para la armada española. En 1934, dimitió porque no pudo conseguir la nacionalización de la participación inglesa. Después del comienzo de la guerra civil, huyó de Madrid; y desde entonces estaba en Burgos, dedicado a la construcción naval. [750] Serrano Súñer, p. 64 y ss. [751] Hubo dos noches en que Queipo cambió de horario y habló a las 10,30. Esto se debió, según dijo a sus oyentes, a que una delegación de muchachas sevillanas se le habían quejado de que sus emisiones de las diez sólo les dejaban estar media hora en la reja con sus novios. De manera que Queipo cambió su hora, perturbando con ello los programas de radio nacionalistas: porque todas las emisoras estaban conectadas con radio Sevilla para el programa de Queipo. [752] Hay un buen estudio sobre Queipo de Llano como propagandista en Dundas, *Behird the Spanish Mask*, p. 59 y ss. [753] De manera que en alguna parte deben de existir estadísticas sobre los «pasados por las armas». Sobre Martínez Anido, véase Cabanellas, vol. II, p. 945. [754] Los toreros más destacados de la época (Marcial Lalanda, Manolo Bienvenida) estaban con los nacionalistas. El gran «Manolete» estaba en el frente de Córdoba, con el ejército nacionalista, aunque empezó a llamar la atención durante la temporada de 1938. Véase un comentario en Rafael Abella, «Toros en la guerra civil», *Historia y vida*, enero de 1975. En la República se celebraron algunas corridas, en su mayoría a beneficio de hospitales y escuelas, a pesar de la oposición de los anarquistas. [755] Ansaldo, p. 74. [756] J. Salas, pp. 458, 459 y 462-463. [757] *Catecismo patriótico español* (Salamanca, ¿1938?) [758] Véase La Cierva, en Carr, *The Republic*, p. 200. [759] Véase Jesús Salas, p. 339. [760] El SIFNE de Bertrán y Musitu se fusionó con el SIPM en febrero de 1938. [761] Véase Fontana, pp. 161-162, acerca de las redes de espionaje de Luis Canos, José María Velat, Manolo Bustenga y Carlos Carranceja; pp. 336-337 sobre la historia de Clariana, el espía doble, fusilado en Irún. [762] Véase Palacio Atard, *La quinta columna*, p. 261 y ss.; «el Campesino» es quien habla del papel de Rokossovsky, sobre el que no hay otros documentos. [763] Abella, p. 134. [764] Abella, p. 268. [765] Pujol, «Cuando Israel manda», en *ABC* de Sevilla, 20 de diciembre de 1936, cit. en Catalunya sota el règim franquista, vol. i (París, 1973), p. 136; Domingo (San Sebastián), 21 de marzo de 1937. [766] Los orígenes del Fuero del Trabajo se estudian en Payne, *Falange*, pp. 186-187. El autor fue González Bueno, ayudado por Ridruejo y otros jóvenes falangistas. [767] Abella, pp. 308-309. [768] Cit. por Abella, p. 325. [769] *El clero vasco*, vol. ti, p. 293. [770] Abella, pp. 291-292. [771] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 22. [772] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 32. [773] *Ibid.*, p. 37. [774] GD, pp. 512-516. [775]

Ciano, *Diplomatic Papers*, p. 144. [776] Ya a principios de 1936 se había pensado en nombrar embajador en Madrid a von Stohrer, un diplomático profesional. Antes ya había estado allí, como secretario de embajada, durante la primera guerra mundial, y se había dedicado a sabotear los intereses aliados. Era un brillante lingüista, una figura alta e imponente «que demostraba poseer un notable conocimiento de España» (Hoare, p. 44). [777] Sobre todo lo anterior, véase GD, pp. 496-503 y 541-542. [778] La misión inglesa era impopular. «Se daba por sentado —decía sir Robert Hodgson— que estábamos contra el movimiento y contra la "España una, grande y libre". Veían la prueba de ello en nuestra obstinada negativa a conceder los derechos de beligerancia y en el hecho de que la prensa inglesa siempre se refiriera a los nacionalistas llamándolos los insurgentes.» Hodgson no consiguió ser recibido por Franco hasta el 1 de febrero de 1938. (Sir Robert Hodgson, *Spain Insurgent*, Londres, 1953, pp. 84-85.) [779] CAB 12 (37). La misión de Hodgson había sido sugerida por primera vez en marzo. [780] El gobierno francés no estableció siquiera estas relaciones limitadas con la España nacionalista. Lo único que hizo, como comentaba irónicamente *L'Action Française*, fue restablecer el servicio del Sud Express, el principal tren diario que iba de París a Hendaya. Pero Charles Maurras fue recibido en Salamanca «no como un diplomático, sino como un jefe de Estado». [781] *News Chronicle*, 30 de marzo de 1938, cit. por Watkins, p. 68. [782] GD, p. 522. [783] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 62. [784] GD, p.553. [785] Ciano, *Diaries 1937-1938*, pp. 64-65. Para entonces, los republicanos habían conquistado Teruel. [786] GD, p. 470. [787] Drieu La Rochelle, *Gilés* (París, 1967), p. 490. [788] Por ejemplo, los capitanes Fítzpatrick, Nangle y Peter Kemp, cuyo libro *Mine were of Troubles* (Londres, 1957) es una excelente descripción de la vida en la legión. [789] Numancia, una fortaleza situada en una colina cerca de Soria, resistió a Roma hasta el fin, en 135-134 a. de C. En realidad, los defensores no tenían escape posible, ya que Publio Escipión Emiliano había cavado una línea continua de trincheras alrededor de la ciudad. [790] Todas estas conversaciones están tomadas del diario de Azaña. [791] Azaña, vol. IV, p. 786. [792] Azaña, vol. IV, p. 107. [793] Azaña, vol. IV, p. 794. [794] Gómez Lobo a Azaña, op. cit., p. 748. [795] Esta triste imagen fue utilizada por Christopher Seton-Watson en relación con la Italia prefascista. [796] García Oliver pidió al fiscal, Eduardo Ortega y Gasset, que dejara en libertad a Fernández, y añadió: «Nosotros no pedimos las cosas dos veces». Ortega huyó del país. [797] Cit. en Ossorio y Gallardo, p. 207. [798] Si atribuimos un valor 100 a enero de 1936, ahora la cifra era 53, comparada con 98 en junio de 1936 (Bricall, p. 96). [799] Bricall, p. 70. [800] Véase, p. ej., Azaña, op. cit., p. 760. [801] Caries Pi i Suñer a Azaña, en Azaña, vol. IV, pp. 790-801. [802] Op. cit., p. 802; también p. 760. [803] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, pp. 317-318. El vicario general de Barcelona prohibió que se abriera ninguna iglesia e hizo saber que denegaría la autorización a los sacerdotes que celebraran misas. (Testimonio del señor Irujo.) [804] Azaña, vol. IV, p. 638. [805] *Convulsiones*, vol. II, p. 65 y ss. [806] Palabras de Prieto a Azaña, op. cit., p. 638. [807] *Convulsiones*, vol. II, p. 34. Hernández, pp. 99-100; Castro Delgado, p. 201; «el Campesino», *Comunista*, p. 86 y ss. [808] George Orwell, carta a Raymond Mortimer, 9 de febrero de 1938. [809] *Convulsiones*, II, pp. 56-

57. [810] Manuel Uribarri, *El SIM de la República* (La Habana, 1942). Carlos de Juan, el nuevo director general de Seguridad, hizo todo lo que pudo para reducir el número de policías, y para desvincularlos de la política (a mediados de 1937, en la República había 4.000 policías más que los que había antes de la guerra en toda la península). Azaña señaló que el «problema» era común a ambas zonas, cuando «uno se refiere a ellas en estos momentos» (op. cit., p. 835). [811] *Causa General*, p. 161. [812] Prieto en *Yo y Moscú*, p. 156. Nadie sabe qué pasó con «el Negus», a pesar de que llegó a adoptar la política del propio partido. [813] Prieto, *Convulsiones*, vol. II, p. 22, 57, y *Yo y Moscú*, p. 189. Orlov, que seguía siendo el jefe de la GPU en España, pensó en asesinar a Prieto; fue disuadido por Hernández (véase *Convulsiones*, vol. II, p. 117). [814] Líster, p. 125. [815] Martínez Amutio, pp. 211, 228. [816] *Causa General*, p. 304. La unidad del ejército en cuestión era la 36ª Brigada Mixta, dirigida por Justo López de la Fuente, quien, al volver a España en los años 60, murió en la cárcel a consecuencia de esto. En Rusia ocurrió algo parecido durante su guerra civil. Véase Angélica Balabanoff, *Impressions of Lenin* (Ann Arbor, 1964), p. 108. [817] Véase una descripción de estos arbitrarios tribunales, en los que a menudo hacían de jueces hombres ignorantes y malévolos en G. Avilés, *Los tribunales rojos* (Barcelona, 1939), passim. Por difícil que resulte dar crédito a este tipo de libros, es imposible ignorarlos. [818] Una excepción fue durante el hundimiento de Aragón, a principios de 1938. [819] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.560. [820] Cit. en William Rust, *Britains in Spain* (Londres, 1939), p. 98. Estas instrucciones no estaban destinadas exclusivamente a las Brigadas Internacionales. También se publicaron muchos folletos sobre «el mando», p. ej., *El mando*, escrito por el «general W.W.W.». [821] Spriano, p. 226. Otras cifras de 1938 referentes a Italia son 27. [822] 47 y 35, en marzo y los meses siguientes. Gurney, p. 53. [823] *The International Brigades* (folleto, Madrid, 1953), p. 21. [824] Asensio pasó a ser agregado militar en los Estados Unidos, y Martínez Cabrera, gobernador militar de Madrid. [825] Azaña, vol IV, p 683 [826] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.583. [827] USD, 1938, vol. I, pp. 149-150. Los que se aprovechaban del tráfico de armas a costa de la República procedían de todas las clases sociales. ¿Quién no oyó hablar por entonces de aquel noble inglés que, después de haber cobrado un cargamento de municiones de la República, se lo volvió a vender a los nacionalistas? [828] Salas Larrazábal, vol. II, p. 1.619. [829] La reunión había sido convocada en el último minuto, después de muchas dudas (Largo Caballero, p. 236). [830] Texto en Peirats, vol. II, pp. 382-393. [831] La nueva comisión ejecutiva de la UGT incluía a Ramón González Peña (presidente); Edmundo Domínguez (vicepresidente); Rodríguez Vega (secretario general); Amaro del Rosal Díaz (vicesecretario); y Felipe Pretel (tesorero). Tanto Domínguez como Pretel habían sido anteriormente partidarios de Largo Caballero, pero ahora eran negrinistas. Éstas son las consecuencias del poder. La antigua ejecutiva caballerista continuó existiendo, y negando la validez de la nueva. Después de algunos meses, se iniciaron negociaciones entre las dos, y para iniciar las conversaciones se utilizó la habilidad diplomática del dirigente sindicalista francés Léon Jouhaux. Finalmente se llegó a un compromiso, y cuatro seguidores de Largo Caballero (Zabalza, Díaz Alor, Belarmino

Tomás y Hernández Zcajo) se unieron a la ejecutiva. Pero no ocuparon ningún cargo, y Largo Caballero permaneció fuera. Véase Peirats, vol. II, pp. 393-394. [832] Lorenzo, p. 84. [833] Lorenzo, p. 312; Azaña, vol. IV, p. 802 y ss. [834] *Campo Libre*, 20 de noviembre, 1937. [835] *Ibid.*, 27 de noviembre, 1937. [836] *Ibid.*, 18 de diciembre, 1937. [837] El área total cultivable era de 60 millones de acres. [838] *Imprecorr*, 17 de mayo de 1938, p. 145. El mismo informe dice que el Instituto de Reforma Agraria gastó 200 millones de pesetas en créditos y ayuda a los campesinos entre julio de 1936 y el 31 de diciembre de 1937. [839] Pike, p. 129. Este último fue un contacto muy poco conveniente: Troncoso, que era un enlace importante del servicio de espionaje nacionalista, fue detenido en Bayona por organizar un grupo, en el que figuraba un fascista italiano, el marqués de Maraviglio (director del periódico romano *La Tribuna*), cuyo objetivo era capturar el submarino republicano C-2 cuando fondeara en Brest. [840] A. Toynbee, *Survey* 1938, p. 391. [841] Azaña, vol. IV, p. 848. [842] Esto es lo que dice La Cierva (*Historia ilustrada*, vol. II, p. 328), aunque afirma que el espía fue Cipriano Mera (una historia que este último no menciona en su libro). [843] Azaña, vol. IV, p. 812. [844] Aznar, p. 549. El mando estaba a cargo de las siguientes personas: 22º Cuerpo de ejército (Ibarrola), 11ª División (Líster) y 25ª División (Vivancos); 20º Cuerpo de ejército (Menéndez), 68ª División (Trigueros) y 40ª División (Nieto); 18º Cuerpo de ejército (Heredia), 34ª División (Etelvino Vega) y 64ª División (Martínez Cartón). Había unidades de tanques (T-26 y BT-5), de artillería y de zapadores vinculadas a cada uno de los cuerpos de ejército. [845] Las mejores narraciones periodísticas de esta batalla desde el lado republicano son las de Henry Buckley y Herbert Matthews en *Two wars and more to come* (Nueva York, 1938). Véase también Líster, p. 171 y ss. R. Salas, vol. II, p. 1.637 y ss. Lojendio, Aznar y Villegas son las fuentes para la contraofensiva nacionalista. [846] Véase el informe de Kindelán sobre la aviación republicana, 8 de febrero de 1938, cit. por R. Salas, vol. II, p. 1.624. [847] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 46. [848] Galland, p. 32. [849] Prieto, *Palabras al viento*, p. 220. Más adelante, ambos fueron fusilados. [850] Las Brigadas Internacionales habían descansado durante la primera parte de estas operaciones. A principios de diciembre, el batallón inglés recibió la visita de los dirigentes laboristas Attlee, Ellen Wilkinson y Philip Noel-Baker. Se les ofreció un banquete, en el que Attlee prometió hacer todo lo posible para que terminara la «farsa de la no intervención», y Noel-Baker recordó cómo Inglaterra había enviado 10.000 hombres para ayudar a los liberales españoles en tiempos de las guerras carlistas. A partir de entonces, la compañía nº 1 del batallón inglés recibió el nombre de «compañía comandante Attlee». Attlee les escribió: «Quiero haceros presente nuestra admiración por vuestro valor y vuestra entrega a la causa de la libertad y la justicia social. Intentaré explicar a los camaradas de la patria lo que he visto. ¡Trabajadores del mundo, unios!». El cantante Paul Robeson también hizo una visita. Para aquellos para quienes «la patria» era Francia, el invierno de 1937-1938 fue notable por la publicación de *L'Espoir*, de Malraux. Azaña comentó: «¡Ah, estos franceses! ¡Sólo a ellos podía ocurrírseles convertir en filósofo a un guardia civil!». [851] R. Salas, vol. II, pp. 3.050-3.051. [852] Con la excepción de determinadas acciones rusas cerca del Caspio, en 1942.

[853] Véase Martínez Bande, *La batalla de Teruel* (Madrid, 1974), p. 227. [854] «El Campesino», *Listen Comrades* (Londres, 1952), p. 11; *Comunista en España*, pp. 65-70. Véase la crítica que hizo Prieto de este libro reproducida en *Convulsiones*, vol. II, pp. 110-111. [855] Líster, p. 301. [856] Prieto, *Yo y Moscú*, pp. 197-200. [857] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 72. Edén prometió a Azcárate que intentaría hacer una gestión ante Franco para impedir que se repitieran estos bombardeos (Azcárate, p. 209). Mientras se supuso que se estaba considerando esta gestión, los republicanos se abstuvieron de tomar represalias. Pero, más adelante, después de la dimisión de Edén, Inglaterra dijo que nunca había tomado iniciativa alguna respecto a aquella cuestión. [858] Edén, p. 571. El capitán del Sanjurjo, que era responsable del ataque contra el Endymion, fue relevado del mando al volver al puerto. [859] GD, p. 564. [860] *Ibid.*, p. 573. [861] NIS (c), 83ª reunión. [862] Edén, p. 549 y ss. [863] Feiling, p. 337; Edén, pp. 380-382; Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 78. [864] Cervera, p. 226. [865] La Legión Cóndor tenía ahora dos grupos de cuatro escuadrillas de Messerschmitt 109; dos grupos de dos escuadrillas de Heinkel 51; un grupo de reconocimiento de tres escuadrillas de Heinkel y Dornier 17; cuatro grupos de tres escuadrillas de bombarderos Heinkel 111 y Junker 52. Los grupos de cazas y reconocimiento eran de nueve aviones, y los grupos de bombarderos, de doce. Ahora, el cuerpo de tanques que mandaba von Thoma comprendía cuatro batallones, cada uno de los cuales tenía tres compañías, con 15 tanques ligeros cada una. Este cuerpo iba acompañado de treinta compañías antitanque, con seis cañones de 37 mm cada una. [866] El veterano comandante norteamericano Merriman murió en la retirada. Merriman fue sucedido por el inglés Malcolm Dunbar. Un estudiante de arte de Brooklyn, Milton Wolf, se hizo cargo del batallón Lincoln. El comisario del batallón inglés, Wally Tapsell, también resultó muerto cerca de Belchite. Había criticado abiertamente los cambios de frente de la política comunista respecto a España. [867] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 87. [868] Martínez Amutio, p. 266. [869] Véase Castells, p. 311 y ss. [870] Julián Amery, *Approach March*, p. 92, recuerda una escena macabra en el cementerio situado a las afueras de Huesca, en el que ahora entraron los nacionalistas y se encontraron con una especie de danza de la muerte representada por esqueletos y cadáveres en plena descomposición, junto con hombres muertos recientemente, dispuestos de aquella manera para recibir al enemigo. (Amery, futuro político inglés, visitó la España nacionalista en la primavera de 1938, cuando era estudiante.) [871] Es difícil clasificar las acusaciones de traición, cobardía e intento de asesinato que inundan las obras de los escritores anticomunistas de este período —p. ej., Peirats, vol. III, pp. 102 y ss. y 251 y ss. A consecuencia de estas derrotas serían destituidos una serie de jefes. Otros, evidentemente, fueron fusilados, en parte por razones políticas o incluso personales. Varios de los hechos más deshonrosos tuvieron lugar en Andalucía, donde no podía darse la excusa de que las tensiones creadas por la derrota dieron lugar a aquello. Los anarquistas no aceptaron los asesinatos cometidos por los comunistas sin protestar: así, el famoso guerrillero Francisco Sabater («el Quíco») mató a un capitán y un comisario comunistas por haber sido colocado en una parte muy expuesta del frente (Téllez, p. 17). [872] A veces, los pilotos nacionalistas se tomaban las batallas aéreas como si se

tratará de una corrida de toros. Algunos, cuando empezaba la batalla propiamente dicha, gritaban: «¡Al toro!». El lema del famoso as de la aviación nacionalista, García Morato, era «Vista, suerte y al toro». [873] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 99. [874] La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 354. Estos rumores no están confirmados. [875] Cit. por Abella, p. 312. [876] Zugazagoitia, vol. II, p. 82. [877] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 300. [878] Hitler utilizó al ex-jefe de la Legión Cóndor, Sperrle, «mi general de aspecto más brutal», como amenaza física en su famosa entrevista con Schuschnigg. [879] Feiling, p. 347. [880] USD, 1938, vol. I, p. 163. [881] Robert Brasillach, *Histoire de la guerre d'Espagne* (París, 1939), p. 397. [882] Schuschnigg, Ein Requiem in *Rot-Weiss-Rot*, p. 37, cit. por Churchill, *Gathering Storm*, p. 205. [883] Esta reunión está descrita en Maurice Gamelin, *Servir* (París, 1946), vol. II, pp. 322-328. Véase también Georges Bonnet, *De Washington au Quai d'Orsay* (Ginebra, 1946), p. 77. [884] Quizá se decidieron a hacerlo ante la aparición de la falsa noticia de que había tenido lugar un levantamiento militar contra Franco en Tetuán. Este bulo había sido inventado por el departamento de propaganda del Komintern, en París, por obra de Otto Katz y Claud Cockburn. El fraude pretendía dar la impresión de que Franco todavía podía ser derrotado y que, por lo tanto, valía la pena el esfuerzo francés de abrir la frontera. (Claud Cockburn, *Crossing the Line*, Londres, 1958, pp. 27-28.) (Agradezco a Claud Cockburn su ayuda en éste y en otros puntos de este libro.) [885] L. Fischer, pp. 451-452, sugiere que lo que inclinó la balanza fue una conversación crucial entre el embajador británico, Phipps, y Paul Boncour. Parece ser que Phipps había protestado contra las propuestas de movilización. [886] *Les événements*, p. 253. [887] GD, p. 622. Ribbentrop sucedió a Neurath como ministro alemán de Asuntos Exteriores en febrero. [888] Basil Liddell Hart, *The Defence of Britain* (Londres, 1938), p. 66. [889] En la España nacionalista existía la costumbre de fechar los decretos públicos e incluso las cartas privadas utilizando la terminología de Año I ó Año II después del alzamiento del 18 de julio de 1936, siguiendo el estilo de la Italia fascista. (En Roma, 1937 era el Año XV.) [890] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 80. Ciano estaba casi furioso: «Franco debe explotar su éxito. La fortuna no es un tren que pasa cada día a la misma hora. Es una prostituta que se ofrece fugazmente y que luego va a manos de otros». [891] Rachele Mussolini, p. 71. [892] GD, p. 625. [893] Informe del agregado militar norteamericano, coronel Fuqua (Claude Bowers, *My mission to Spain*, Nueva York, 1954, p. 376). [894] GD, p. 626. [895] Véase Cervera, pp. 317-318; y Kindelán, p. 19. A los Hydro-Heinkel alemanes de Palma los llamaban «negrillas», y a los italianos, «legionarios». [896] Ciano, *manes 1937-1938*, pp. 91-92. [897] Véase una narración de Barcelona en Horner, p. 160. [898] Una carta pública de protesta fue firmada por un grupo mixto de ingleses eminentes, entre los que se contaban los dos arzobispos, el cardenal Hinsley, el lord presidente de los tribunales, los presidentes de ICI y Lloyds, lord Horder y lord Camrose, los directores de Rugby y Haileybury, Maynard Keynes, y muchos otros. H. G. Wells también firmó una de estas protestas. El agente nacionalista, duque de Alba, le escribió muy asombrado de que tan gran escritor tuviera aquellos tratos con la «canalla». [899] En una carta al autor. [900] Bosch Gimpera, Memorándum nº 5. [901] Véase Peirats, vol. III, pp. 280 y 288. Según un informe, el SIM

tenía 6.000 agentes sólo en Madrid, con un presupuesto de 22 millones de pesetas. El SIM pasó por un período de desorganización: su jefe, el coronel Uribarri, huyó a Francia llevándose mucho dinero. Aunque se pidió su extradición, ésta no llegó a producirse. Su sucesor fue Santiago Garcés, anteriormente miembro de las juventudes socialistas, confidente de Prieto, que había estado en el coche donde se produjo el asesinato de Calvo Sotelo. Otro miembro destacado del SIM, Maxim Schneller, jefe de su «Sección Extranjera», al parecer era un espía doble y huyó a Francia (véase Delmer, p. 356, donde hay una descripción de una visita al buque prisión del SIM, Uruguay, fondeado en el puerto de Barcelona). [902] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 301. [903] Otros miembros de la delegación eran Pretel (UGT); Vidarte (socialista); Santiago Carrillo (Juventudes Unificadas); Serra Pámies (PSUC); y Guerrero (FAI) (Ibárruri, p. 395). [904] Esto está tomado de Epistolario Prieto-Negrin (París, 1939); Prieto, *Convulsiones*, Vol. II, p. 37; Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 123; Zugazagoitia, p. 400. [905] Esto es, Jesús Hernández. Véase la confirmación de los asesinatos comunistas en el frente en Peirats, vol. III, pp. 102-130. La CNT y la FAI enviaron una queja a propósito de esto a Prieto el 25 de marzo. [906] Prieto, *Yo y Moscú*, p. 38. [907] Hernández, p. 159. El movimiento comunista mundial no se encontraba, en aquellos momentos, en una de sus épocas más felices: Bujarin y sus compañeros-víctimas, entre los que se contaban Yagoda y Grinko, el comisario de Hacienda que había recibido el oro español en 1936, fueron juzgados entre el 2 y el 13 de marzo de 1938. [908] Prieto, *Yo y Moscú*, pp. 39-40. Prieto dijo más adelante que él sólo había dicho que «inevitablemente, los fascistas llegarían al Mediterráneo». [909] Prieto, *Epistolario*, p. 24. [910] Cit. en Prieto, *Yo y Moscú*, p. 43 y ss. [911] Véase Lorenzo, pp. 291 y 313. Se había formado un comité de enlace con Horacio M. Prieto como presidente y Rodríguez Vega (socialista) como secretario. [912] *Ibid.*, pp. 176-177. [913] Lorenzo, p. 315. [914] Las compañías navieras creadas en Inglaterra por el gobierno republicano eran las de Howard Tenens Ltd., la Prosper Steamship Co., la Burlington Steamship Co., la Southern Shipping, y la Kentish Company. La Entreprise Maritime, también creada por la República, estaba inscrita en Marsella. La Mid Atlantic Company se formó para fletar otros barcos, y sus gerentes eran un nacionalista vasco y un socialista, bajo la dirección de la embajada española en Londres. El hijo de Prieto, Luís, era agregado financiero. Billmeir, el millonario de Tyneside, era la mano oculta que se encontraba detrás de muchas de estas aventuras. [915] Prieto, *Palabras al viento*, pp. 282-283. [916] Véase, por ejemplo, Amery, pp. 108-109. A Prieto le ofrecieron el puesto de embajador en México. Sin duda, Negrín quería alejarlo. Azaña estaba furioso. Esto provocó una pelea importante entre los dos, ya que Azaña quería mantener a Prieto como posible jefe de gobierno. Prieto se negó. Véase Azaña, vol. I, pp. 881-883. Finalmente, más adelante, aquel mismo año, Prieto accedió a ir como «embajador especial» a la toma de posesión del presidente Aguirre Cerda, de Chile. Fue a Santiago, pronunció innumerables discursos brillantes, y ya se encontraba en el exilio cuando terminó la guerra. [917] Hernández, pp. 166-168. El 18 de marzo, Rusia propuso una «gran alianza» dentro de la Sociedad de Naciones contra Hitler. Chamberlain rechazó la idea. [918] Castro Delgado, p. 659. [919] Este acuerdo y las negociaciones que lo

precedieron están ampliamente descritos en Peirats, vol. III, p. 62 y ss. Se creó un comité para coordinar las actividades de la UGT y la CNT, bajo la dirección de dos anarquistas (Horacio M. Prieto y Roberto Alfonso) y dos miembros de la UGT (Rodríguez Vega y César Lombardie). En el mes de abril, la CNT dio otra muestra de apoyo al gobierno: el ex-ministro Peiró pasó a ser comisario general de Electricidad (op. cit., p. 124). [920] Aunque este gobierno, básicamente radical-socialista, estaba más a la derecha que los de Blum y Chautemps, contaba con el apoyo de los socialistas. [921] Carta al director de *Time and Tide*, 5 de febrero de 1938. [922] Beltrán, un político local, se había distinguido en 1930 en la sublevación de Jaca y había sido el administrador republicano de izquierda de un proyecto de viviendas estatales en Canfranc. Durante la guerra se había hecho «comunista». Véase en Prieto, *Convulsiones*, vol. II, p. 203, sus futuras aventuras en Rusia, su regreso a Francia con el maquis, su posterior deportación a Córcega, su ruptura con los comunistas, su colaboración con los servicios de información secreta norteamericanos a partir de 1945 en España, los Estados Unidos y México, donde, como muchos otros héroes españoles de nuestro siglo, murió en la pobreza, después de pelearse con sus jefes norteamericanos. El apodo de «el Esquinazo» lo heredó de su padre y de su abuelo, famosos contrabandistas de Canfranc. [923] El texto de este discurso sólo se publicó en el Diario de Burgos, 19 de abril de 1938. Está reproducido parcialmente en García Venero, *Falange*, pp. 436-437. Prieto intentó aproximarse a Yagüe en la primavera de 1938, por mediación de Jakob Altmaier, un periodista alemán, refugiado socialista y, en el fondo, partidario de la monarquía austríaca, para tratar de conseguir una paz de compromiso. Según el acuerdo que él proponía, Franco y Negrín formarían un gobierno de coalición con Prieto, Gil Robles y otros «moderados». Al cabo de dos años habría un plebiscito sobre la cuestión de la monarquía. Véase Amery, pp. 108-109. Altmaier había sido un dirigente socialista en Francfort durante la revolución de 1919, y en la segunda guerra mundial trabajó para el servicio secreto británico. Véase también Prieto, *Palabras*, p. 237, donde se insinúa que Negrín le impidió negociar todo lo que habría podido. [924] Véase la circular nº 17 de la FAI, de fecha 3 de mayo, citada por Peirats, vol. III, p. 118. Los trece puntos se discutieron en una reunión del gobierno, el 30 de abril. Segundo Blanco dijo que había que consultar a la CNT. Negrín decidió que era imposible, porque la embajada inglesa tenía que recibir el documento el mismo día, y porque, al fin y al cabo, básicamente se trataba de una declaración de cara al extranjero (op. cit., p. 119). [925] Azaña, vol. IV, p. 845. [926] Azaña, op. cit., p. 877. Esta conversación tuvo lugar el 22 de abril, porque Negrín deseaba que Azaña firmara 45 penas de muerte. Azaña se mostró reacio. Negrín lo consideraba esencial para evitar los «paseos» y salvar vidas. Negrín recordó a Azaña que él mismo había lamentado haber conmutado la pena de muerte de Sanjurjo en 1932. (Negrín también había sido partidario de fusilar a Sanjurjo, aunque le tenía simpatía personal; a Azaña, personalmente, no le gustaba Sanjurjo, pero había sido partidario del indulto.) [927] Discurso de Franco, cit. por Abella, p. 328. [928] Ciano, *Diaries 1937-1938*. [929] Azcárate, p. 153. El embajador republicano añadió que, a partir de entonces, «la vergüenza y la indignación» que causaba a la República la política inglesa hicieron que el gobierno español mantuviera las relaciones con Gran Bretaña a un

nivel mínimo. [930] W. Churchill, *Gathering Storm*, p. 221. Churchill, por ejemplo, llegó a sostener una amigable conversación con el embajador republicano, Azcárate, en la que manifestó simpatía por la República, después de una cena en la embajada soviética. La conversión de Churchill a la causa de la República se debió a la influencia de su yerno, Duncan Sandys, que estuvo en Barcelona en la primavera de 1938. Pero el «republicanismo» de Churchill siempre fue realista. Por ejemplo, en cierta ocasión, dijo a un periódico de Buenos Aires: «Franco tiene toda la razón de su parte, porque ama a su patria. Además, Franco está defendiendo a Europa contra el peligro comunista, si desea usted expresarlo así. Pero yo [...] yo soy inglés, y prefiero el triunfo de la mala causa. Prefiero que gane el otro bando porque Franco podría ser un estorbo para los intereses británicos». (La Nación, Buenos Aires, 14 de agosto de 1938.) [931] GD, p. 635. [932] USD, 1938, vol. I, pp. 192-193. [933] El 10 de mayo, Ivone Kirkpatrick dijo al príncipe Bismarck que «si el gobierno alemán advirtiera confidencialmente al gobierno inglés de la solución que trataba de dar a la cuestión de los alemanes sudetes [...] el gobierno inglés presionaría tanto en Praga que el gobierno checoslovaco se vería obligado a ceder a los deseos alemanes». (GD, Serie D, vol. II, doc. nº 1.511.) [934] Harvey, p. 124. «Mis colegas tienen una mentalidad dictatorial», había dicho Edén a menudo. [935] New Orleans States, 9 de mayo, 1938, cit. por Taylor, p. 169. [936] R. J. Bendiner, *The Riddle of the State Department* (Nueva York, 1943). [937] Taylor, p. 174; Traína, p. 134 y ss.; Bendiner, pp. 59-62; USD, 1938, vol. I, pp. 183-195. El embajador alemán en Washington informó a Berlín de que la influencia británica era el factor decisivo (GD, pp. 656-657). Arthur Krock me dijo (9 de enero de 1963) que la información sobre la cual basó este artículo se la facilitó Hull o Welles, y que aquella era la política que su informante deseaba entonces llevar a cabo. Ickes (vol. II, p. 390) dice que Roosevelt le dijo, el 9 de mayo, que «levantar el embargo significaría perder todos los votos de los católicos el próximo otoño, y los miembros demócratas del Congreso estaban inquietos ante aquella perspectiva y no querían hacerlo». Esto confirma la impresión de Norman Thomas, con quien hablé de este tema en 1962. Más tarde, Jay Alien, en *The Christian Science Monitor*, afirmó que el cardenal Mundeleim de Chicago había telefoneado a Roosevelt en una ocasión posterior para disuadirle de que levantara el embargo (Traína, p. 213). Parece ser que el hijo de Krock fue uno de los poquísimos norteamericanos que combatieron en el bando de Franco. [938] L. Fischer, pp. 468-470. La mujer de Litvinov recuerda que su propio marido tuvo preparada una maleta para llevársela a la cárcel durante muchos meses. [939] Harvey, p. 157: «Los franceses están cada vez más impacientes porque han cerrado la frontera a consecuencia de nuestra insistencia», escribió Harvey el 2 de julio. [940] Traína, p. 168. Sherover había sido noticia por vez primera al vender 60 millones de bonos soviéticos a la seguridad norteamericana entre 1931 y 1935. Había sido agente comercial de la República desde 1936. En conversación en Londres en 1975 con el autor, Sherover confirmó que Roosevelt le dio a entender de algún modo que los votos católicos en Nueva York fueron los que decidieron su política. [941] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 123. [942] *Speeches on Foreign Policy*, 1934-1939, p. 164. [943] Véase Thompson, p. 122 y ss. [944] GD, p. 684, cursiva

de Dirksen. [945] *Ibid.*, pp. 684-685. [946] *Ibid.*, p. 683. [947] USD, 1938, vol. I, p. 208. [948] USD, 1938, vol. I, p. 215. Sucedió a Vansittart el 1 de enero de 1938. [949] *Parliamentary Debates*, vol. 337, col. 1.011 (21 de junio de 1938). [950] *Ibid.*, col. 1.387 (23 de junio de 1938). [951] Feiling, p. 352 [952] CAB, 27 (38), elide junio. [953] USD, 1938, vol. I, p. 231. Un ejemplo de la reacción lo constituyó el chiste de Low publicado el 16 de junio, en el que el coronel Blimp dice: «Bien, señor, creo que ha llegado el momento de que digamos a Franco que, si hunde otros cien barcos ingleses, nos retiraremos del Mediterráneo». [954] Ciano, *Diaries 1937-1938*, p. 132. [955] Véase CAB (163), 38. Sobre Reichenau, véase R. J. O'Neill, *The Germán Army and the Nazi Party 1933-1939* (Londres, 1966), p. 194. La lección que habían sacado los alemanes era que Franco no tenía bastantes vehículos motorizados para permitir la *Blitzkrieg*. [956] CAB, 32 (38) de 13 de julio. [957] GD, pp. 675-681. Véase comentario en Harper, p. 98 y ss. [958] GD, p. 689. [959] Según R. Salas (vol. II, p. 1.870), la República se negó a comprar a los Estados Unidos el caza T-6, que habría tenido efectos considerables. Pero ¿cómo lo habrían pagado? Y ¿era deseable cambiar de suministrador a mitad de la guerra? [960] Aznar, p. 704; Buckley, p. 375. [961] GD, p. 711. [962] El profesor Bosch Gimpera me dio una copia de esta carta. [963] Testimonio del profesor Bosch Gimpera. [964] Azaña, op. cit., p. 876. [965] NIS, 29ª reunión; NIS (c), 93ª reunión. [966] GD, p. 7.255. [967] Cattell, *Soviet Diplomacy*, p. 119. [968] Ansaldo, p. 63, dice que este ataque fue resultado de una iniciativa personal de Franco. Algunos alarmistas de la España nacionalista estaban convencidos de que los alemanes eran quienes habían impuesto esta campaña, para prolongar la guerra. [969] El primer director de esta agencia fue Luis Bolín, que, para ello, compró doce autobuses escolares a los Estados Unidos (véase Bolín, p. 302). [970] Véase R. Salas, vol. IV, pp. 3.284-3.286. [971] Buckley, pp. 379-381. [972] Líster, p. 220. [973] Peirats, vol. m, p. 230. [974] Los demás eran los ejércitos del centro (Casado), de Levante (Hernández Saravia), de «maniobra» (Menéndez), y de Andalucía (Moñones). [975] Véase un excelente retrato de ambos en Tagüeña, p. 187. [976] Es interesante que se encontrara un cargo para Tomás, que había tenido tan poco éxito y había sido tan presuntuoso cuando era presidente del Consejo de Asturias. Los nacionalistas se lo habrían pensado mucho antes de recompensar la incompetencia con un acto de amabilidad como aquél. [977] Miembro activo de las juventudes socialistas antes de la guerra, Tagüeña combatió en la Sierra en julio, en el frente del Tajo en septiembre, en Madrid en octubre, sucediendo a Fernando de Rosa, y, en el invierno de 1936-1937, se convirtió en uno de los primeros jefes de una Brigada Mixta. Ingresó en el Partido Comunista en noviembre de 1936. Su gran éxito lo había obtenido en el frente de Aragón, en la retirada de marzo. [978] Sobre la batalla del Ebro, véase Luis María Mezquida, *La batalla del Ebro* (Tarragona, 1963-1967); Julián Henríquez, *La batalla del Ebro* (México, 1944); y las versiones que dan Tagüeña, Líster, Martínez de Campos, Kindelán, Rojo y Henry Buckley en sus libros citados tan a menudo. Sobre el plan de batalla, véase R. Salas, vol. IV, pp. 3.287-3.297. Los tomos de Mezquita tienen el mérito de incorporar gran cantidad de testimonios personales de soldados jóvenes. Véase una impresión sobre la guerra en el aire en García Lacalle, p. 381 y ss. Véase un curioso y

reciente relato de un testigo ocular en Francisco Pérez López, *A Guerrilla Diary of the Spanish Civil War* (Londres, 1973). Véase también R. Salas, vol. II, p. 1.967 y ss. Para escribir sobre esta batalla me beneficié de mis conversaciones con el entonces coronel Martínez de Campos y con Manuel Tagüeña, y de mi correspondencia con el coronel García Lacalle. [979] *Reconquista* (periódico del ejército del Ebro). La preparación de esta ofensiva está bien descrita en Tagüeña, p. 200 y ss. Igualmente importante, en los primeros días de la batalla del Ebro, fue la reconstituida 14ª Brigada francesa, dirigida por Marcel Sagnier, cuyo comisario era Henri Tanguy. Véase Delperrie de Bayac, p. 354 y ss. Los pontones y los botes hinchables de goma estaban comprados en Francia. No hay evidencia de que el ejército francés prestara su asesoramiento respecto a su utilización, como dio a entender a Hills (p. 319) el general Barroso. [980] Compárese con el frente occidental en 1918, que sólo tenía 650 kilómetros. [981] Kemp fue herido por una granada precisamente antes de que comenzara la batalla. Durante los meses anteriores, se había visto enfrentado con un antiguo condiscípulo suyo del Trinity College de Cambridge, Malcolm Dunbar, jefe de estado mayor de la 15ª Brigada Internacional. [982] Martínez de Campos, p. 154. [983] Haden Guest había sido el inspirador de toda una generación de comunistas en Cambridge. Clive había remado en el equipo de la universidad de Oxford a principios de la década de los 30. [984] Carta de Lacalle, julio de 1964. [985] GD, p. 735. Inmediatamente antes del comienzo de la batalla del Ebro, el embajador nacionalista en Berlín, marqués de Magaz, se había quejado de que el gobierno alemán estaba vendiendo armas a la República. Alemania había vendido fusiles a una libra esterlina cada uno y también aviones, nominalmente a China y Grecia, pero, de hecho, a la España republicana. Magaz afirmaba que Goering estaba enterado de la transacción, y que deseaba prolongar la guerra civil con aquella jugada. Al cabo de dos meses, Alemania negó que su gobierno estuviera implicado. (Documentos citados en *The International Brigades*, p. 44.) [986] Aznar, pp. 744-745, reproduce varias órdenes republicanas halladas posteriormente que demuestran que esta amenaza se cumplió a menudo. [987] Véase Peirats, vol. III, pp. 197-205. [988] En Barcelona, la media era de 80.000, comparada con la de 50.000 de enero de 1936. [989] Cit. por Azaña, vol. III, p. 510. [990] El 9 de agosto, Prieto atacó a Negrín ante el comité nacional del Partido Socialista español. El discurso fue publicado con el título de «Cómo y por qué dejé el ministerio de Defensa». Véase *Yo y Moscú*, pp. 137-227. [991] Una circular secreta de la FAI de septiembre de 1938 señalaba que, de los 7.000 ascensos que habían tenido lugar en el ejército a partir de mayo, 5.500 habían sido comunistas (Peirats, vol. III, p. 225). [992] Zugazagoitia, pp. 438-440. Véase comentario de Jackson, p. 457. Por entonces, el diario de Azaña era demasiado fragmentario, y no puede utilizarse mucho. [993] Op. cit., p. 90. [994] Este relato se debe en gran parte al profesor Bosch Gimpera. Véase también Zugazagoitia. Yo también discutí el acontecimiento con Irujo. El rumor de que, por entonces, los vascos y los catalanes buscaron una paz negociada pidiendo ayuda a Bonnet y Halifax es falso (se informa de él, presentándolo como un hecho, en USD, 1938, vol. I, p. 239). [995] Azcárate, p. 174. Azcárate creía que lord Halifax se daba cuenta de la injusticia de la discriminación, pero que no podía hacer nada para oponerse al deseo de

Chamberlain de no ofender a Italia. [996] GD, pp. 765-766. [997] Este plan no fue aceptado por Franco hasta finales de septiembre. [998] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 148. [999] GD, p. 742. [1000] *Ibid.*, p. 747. [1001] El cónsul general de los Estados Unidos en Ginebra informó de que las conversaciones de Negrín fueron con el duque de Alba (USD, 1938, vol. I, p. 239). Bosch Gimpera y Juan Negrín hijo me dijeron explícitamente que fueron con un alemán. Negrín también dijo esto al secretario de Prieto, Víctor Salazar (*Convulsiones*, vol. III, p. 2.222), con la clara intención de que transmitiera la noticia. Es difícil creer que el emisario de Hitler, quienquiera que fuese, dijera, como contó Prieto, que Hitler estaba dispuesto a abandonar a Franco para apoyar a Negrín, a condición de que Negrín creara un Estado de estilo nazi. Quizás habría que añadir que Negrín siempre tuvo un contacto con Berlín, a través de la cantante Emérita Esparza, que fue varias veces de Barcelona a Berlín en el curso de la guerra, y que vivía con Negrín en el palacio de Pedralbes, en Barcelona. ¿Era una espía? ¿Para quién trabajaba? [1002] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 159. [1003] GD, p. 479. Salazar había instado a Franco a que adoptara esta actitud. Véase Kay, p. 117. [1004] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 163. [1005] Ciano, *Diaries* 1937-1938, p. 167-168; Feiling, p. 376. [1006] GD, p. 754. [1007] *Ibid.*, p. 756. [1008] Comentario de Francisco Giral. [1009] GD, p. 758. Había sido consejero en Madrid en 1936. [1010] GD, p. 760. [1011] *Médiation en Espagne* (París, 1938). [1012] GD, pp. 776, 784-786. [1013] El 25 de diciembre de 1937, un periodista francés, Luciani, corresponsal de varios periodicos franceses en Moscú, había sido convocado por Litvinov, quien le anunció que el Kremlin había «había establecido contactos» para iniciar el acercamiento germano-ruso. Litvinov dijo a Luciani que se lo comunicaría al embajador. Pero, aunque él lo hizo, nadie se tomó en serio el mensaje. Véase *Le Monde*, 19 de febrero de 1969, cit. Por Suárez, p.25. [1014] El número de rusos en España había disminuido, porque los pilotos españoles habían aprendido a pilotar los aviones que les habían dado los rusos: parece ser que la misión militar rusa era mucho más pequeña; e incluso Orlov, el representante de la NKVD, había abandonado, el 12 de julio de 1938, para dirigirse en avión primero a Canadá, y luego a los Estados Unidos (véase su testimonio ante el Internal Security Act Sub-Committee del Senado, 14-15 de febrero de 1957; Hearings, p. 3.421). [1015] Valledor, que había sido uno de los dirigentes de la revolución de Asturias en 1934, también había combatido en Asturias en 1936-1937. En 1938 consiguió escapar de la España nacionalista. [1016] Rolfe, p. 234. [1017] Vincent Sheean, *The Elevation Hour* (Londres, 1939), p. 237. [1018] Tomado de un folleto editado en Barcelona, en 1938. El mismo día, el coronel Ramón Franco, que durante algún tiempo había sido comandante de la aviación nacionalista en las Baleares, fue derribado cuando volaba en su hidroavión y murió (J. Salas, p. 384). [1019] Nenni, p. 172. [1020] Trescientos cinco miembros del batallón inglés fueron recibidos con gran entusiasmo en la estación Victoria, el 7 de diciembre, por Attlee, sir Stafford Crips, William Gallacher, Tom Mann y Will Lawther. Entonces, Sam Wild ordenó por última vez al batallón que rompieran filas. El comité de Ayuda Familiar se ocupó lo mejor que pudo de las familias de los muertos. [1021] Toynbee, *Survey*, 1938, vol. I, pp. 392-393. El secretario de esta comisión era Noel Field, ex-funcionario del departamento de Estado,

funcionario de la Sociedad de Naciones, y futura víctima, o héroe, de la guerra fría. En 1938, ya era, o se consideraba a sí mismo, un agente ruso. Véase Flora Lewis, *The man who disappeared* (Londres, 1965). [1022] Hemingway había regresado a América a primeros de año, después de terminar una obra muy mala, *The Fifth Column*, en el hotel Florida. Sin embargo, una noche de verano, los amigos de la República se alegraron al oír por la radio la siguiente noticia: «El escritor Ernest Hemingway ha abandonado repentinamente su casa de Key West. La última vez que se le ha visto fue en Nueva York, subiendo a bordo de un barco, sin sombrero ni equipaje, para reunirse con las tropas republicanas en el frente». (Regler, *Owl of Minerva*, p. 298.) Para entonces, Hemingway estaba desilusionado con «el carnaval de traición y podredumbre de ambos bandos» (Baker, p. 401). Véanse sus obras *The Denunciaron* y *The Butterfly and the Tank*. [1023] Lister, p. 214; Tagüña, p. 261. R. Salas, vol. II, p. 2.021, y vol. IV, p. 3.303. Este último dice que los muertos fueron 4.007, los heridos, 37.712, y los enfermos, 15.238, todo lo cual da un total de 56.957. Es razonable suponer que el 10% de los heridos y los enfermos murieron posteriormente. [1024] Cambara, que era un joven oficial en la primera guerra mundial, había luchado en Etiopía como jefe de estado mayor de Bastico. En 1943, sería jefe de estado mayor de Graziani, en la infortunada República de Saló, de Mussolini. El Cuerpo de Ejército Legionario a las órdenes de Cambara consistía en la División Littorio (general Bitossi), los «flechas negras» (coronel Babini), los «flechas azules» (coronel La Fera), los «flechas verdes» (coronel Battisti), y una sección de artillería, encabezada por el general D'Amico. El cuerpo tenía unas 58 baterías (Aznar, p. 609). Ahora los italianos eran 26.000 suboficiales y soldados, y 2.000 oficiales (Belforte, p. 118). Véase Alcofar Nassaes (*CTV*), p. 176. [1025] Ciano, *Diaries* 1937-1938, pp. 180-181. [1026] *The Times*, 5 de noviembre de 1938. [1027] El objetivo del acuerdo anglo-italiano era procurar separar a Italia de Alemania. Halifax escribió a sir Eric Phipps, que estaba en París: «Aunque no esperamos desvincular a Italia del Eje, creemos que el acuerdo aumentará el poder de maniobra de Mussolini y por lo tanto le hará menos dependiente de Hitler, y le dejará más libre para volver a asumir el papel clásico italiano de equilibrio entre Alemania y las potencias occidentales» (*British Foreign Policy*, 3ª serie, vol. III, n° 285). La respuesta de Mussolini fue lanzar una renovada campaña para la cesión de los territorios franceses de Niza, Saboya y Córcega. [1028] Esta guerra psicológica está analizada de un modo excelente en Abella, p. 369 y ss. Esta emisora de radio en Salamanca estaba dirigida por Jacinto Miquelarena, cuyos breves «comentarios» luego fueron editados. El ex-radical socialista Joaquín Pérez Madrigal tenía un programa humorístico titulado «La flota republicana». También daba detalles de los menús que se servían en los restaurantes de Salamanca, con la intención de que en Barcelona a la gente se le hiciera la boca agua. Es dudoso que esto produjera un buen efecto en los anti-republicanos medio muertos de hambre que estaban en territorio republicano. Véanse sus nueve tomos de apología, peligrosamente titulados *Memorias de un converso* (Madrid, 1943). [1029] GD, p. 796. [1030] Una supuesta conspiración afectó al cónsul inglés en San Sebastián, Harold Goodman, en cuya valija se encontraron documentos nacionalistas secretos. ¿Fue un truco de la policía o un intento de obtener

información por parte de la República? Un criado se suicidó; quizás era el culpable. Thompson, p. 145, consideró que la responsable era la Gestapo: «¿Qué espía dibujaría un sistema de trincheras en una hoja de papel?» [1031] Payne, *The Spanish Revolution*, p. 193. Sin embargo, este catolicismo tenía unos acompañantes algo extraños: «Camino de la guerra española; caminos del imperio hispano; caminos del Islam; trinidad que resulta en la sola meta del afán sin horizontes». Son palabras de Antonio Olmedo en el *ABC* de Sevilla, 5 de abril de 1938. [1032] GD, pp. 795-796. La fecha del acuerdo fue el 19 de noviembre. Véase Harper, p. 112. [1033] Véanse comentarios de Harper, p. 117, y Salas Larrazábal en Palacio Atar, p. 123. En *Spilling the Spanish Beans*, Orwell escribió: «Puede que la guerra termine pronto, o puede que se prolongue durante varios años, pero terminará con España dividida por auténticas fronteras, o en zonas económicas». [1034] El ejército nacionalista se componía de 61 divisiones de infantería (840.000 hombres), 15.323 hombres en caballería, 19.013 en artillería, 119.594 en servicios auxiliares, 35.000 marroquíes (con oficiales españoles), 32.000 CTV (la mitad españoles), y 5.000 en la Legión Cóndor: en total, 1.065.941. (Cifras de Boln, p. 349). [1035] Peirats, vol. III, p. 278. [1036] Diario de Sesiones, 30 de septiembre de 1938. [1037] Lawrence Fernsworth, *New York Times*, 23 de marzo de 1938, cit. por Jackson, p. 458. [1038] Toynbee, A., *Survey*, 1938, vol. I, pp. 271, 389. [1039] Las cifras exactas eran un descenso de 700 gramos de pan a 400, de 250 gramos de carne a 150, y de 200 gramos de verdura a 180. [1040] Bosch Gimpera, Memorándum n 2. [1041] Véase comentario en Jackson, p. 447, y también Noah Curts y Cyril Gilbey, *Malnutrition* (Londres, 1944), p. 46 y ss. [1042] *Campo Libre*, 14 de enero de 1939, da las siguientes cifras de la siembra en la temporada 1938-1939: Cuenca: 170.000 hectáreas Toledo: 200.000 hectáreas Madrid: 69.010 hectáreas Granada: 117.000 hectáreas Córdoba: 39.330 hectáreas Jaén: 74.700 hectáreas Albacete: 204.690 hectáreas [1043] Véase conversación entre Trifón Gómez y Azaña, Azaña, op. cit., p. 900. [1044] Archivos del ejército soviético, cit. por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 344. [1045] Bricall, pp. 48 y 101. [1046] *Ibid.*, p. 55. [1047] Horacio M. Prieto lanzó estas y otras ideas moderadas en el periódico de Abad de Santillán, "Timón", en agosto de 1938. Véase comentario en Lorenzo, p. 294. [1048] Antoine de Saint-Exupéry, *Terre des hommes* (París, 1939), p. 210. [1049] Gorkin, pp. 268-280; Peirats, vol. III, pp. 297-300. Véase también el relato general del proceso que hace Suárez. Uno de los dirigentes del POUM, Rey, fue puesto en libertad, aunque fue fusilado por Franco una vez acabada la guerra. Después de este juicio, tres dirigentes anarquistas —Federica Montseny, Abad de Santillán y García Birln— fueron a ver a Azaña para acusar a Negrín de dictador y pedir un cambio de gobierno. Pero Azaña, como de costumbre, aunque estaba de acuerdo con ellos, no haría nada en concreto. (Peirats, vol. III, p. 318.) [1050] Mera acabó haciéndolo, en Francia. [1051] GD, p. 796. [1052] USD, 1938, vol. I, p. 255. Yo tuve ocasión de comentar el fracaso de este plan con A. A. Berle, en 1963. [1053] Aunque la comisión Chetwode convenció a los nacionalistas para que aplazaran 400 ejecuciones. [1054] J. Salas (p. 432) habla de 197 cazas, 93 «aviones de cooperación» y 179 bombarderos. [1055] La plana mayor del cuartel general de Franco, en 1938, estaba diri gida por el ahora general Francisco Martín Moreno, a cuyas

órdenes se encontraban los coroneles Villanueva, Ungría, Barroso, Villegas y Medrano (organización, información, operaciones, servicios, mapas): éstos eran los hombres esenciales, aunque generalmente olvidados, en la organización de la guerra de Franco. Cervera y Kindelán continuaban siendo, respectivamente, jefe de estado mayor de la Marina y jefe de las fuerzas aéreas, mientras que los generales García Pallasar y García de Pruneda dirigían la artillería y el cuerpo de ingenieros. Véase Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República* (Madrid, 1973), p. 39. [1056] Aznar, pp. 814-815. [1057] García Lacalle, p. 445. Muchos aviones llevaban pocas ametralladoras. [1058] Zugazagoitia, p. 447. El director inglés Kingsley Martin dijo a Negrín en diciembre que Churchill había «cambiado de opinión» respecto a la República española. «Demasiado tarde», dijo Negrín. (Kingsley Martin, p. 136.) [1059] Véanse las acusaciones en La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, pp. 474-475. Desde luego, dos meses más tarde, Matallana estaba en contacto con los nacionalistas. [1060] García Lacalle, p. 431. [1061] Véase Hidalgo de Cisneros, vol. II, pp. 445-452. García Lacalle, por entonces jefe de los cazas republicanos, en noviembre insistió en que se realizara este viaje. Hidalgo se mostró de acuerdo, y se comprometió a ir. Al cabo de unas semanas, que parecieron años, Lacalle regresó del frente y se encontró con que todavía estaba allí. Hidalgo explicó que no había ido porque Negrín y él habían pensado que debía ir el subsecretario, Núñez Maza, que era un comunista de toda la vida. Lacalle volvió al frente, imaginándose una vez más que ya había un emisario en Moscú. Al cabo de unas semanas, que volvieron a parecer años, Lacalle regresó y se encontró a Núñez Maza todavía en Barcelona porque creía que aquello era una maniobra de Hidalgo para quitarle el puesto. Entonces se fue Hidalgo de Cisneros; pero ya era demasiado tarde. (Carta de García Lacalle, julio de 1964.) [1062] Véase Buckley; Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 262 y ss.; Aznar, p. 816 y ss.; Rojo, *España heroica*; Lojendio, p. 547 y ss. [1063] A. Santamaría, *Operazione Spagna*, 1936-1939 (Roma, 1965), p. 115. [1064] Ciano, *Diaries* 1939-1943, p. 5. [1065] *Ibid.*, p. 10. [1066] Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 262; Azaña, vol. IV, p. 907. [1067] Azaña, vol. IV, p. 906. [1068] Azaña, vol. III, p. 537. Según Azaña, el gobierno se dejó todos los papeles relacionados con asuntos extranjeros y con el espionaje en la España nacionalista, lo que fue fatal para muchos. [1069] Vicente Rojo, *Alerta los pueblos* (Buenos Aires, 1939), p. 173. [1070] García Lacalle, p. 490. [1071] «Al matar a la revolución, mataron también a la guerra antifascista.» Palabras de M. Casanova en *Cahiers de la quatrieme Internationale* (París, 1971), p. 5. [1072] Ciano, *Diaries* 1939-1943, p. 15. [1073] Junod, p. 133. [1074] Cabanellas, vol. II, p. 1.047; Cabanellas habla de 10.000 fusilados entre el 26 y el 31 de enero, y de 25.000 ejecuciones más, posteriormente. No da pruebas de estas cifras. Puede que tenga razón. [1075] Ciano, *Diaries* 1939-1943, p. 34. [1076] Abella, p. 401. [1077] Ridruejo, en Sergio Vilar, p. 485. [1078] Véase «El Tebib Arrumi», cit. en *Catalunya sota...*, p. 147. En este libro hay un análisis completo de la persecución del catalanismo en 1939. [1079] Azcárate, manuscrito. [1080] El 23 de enero. [1081] Documentos de Roosevelt, Hyde Park. Se insistía en el mismo punto de vista en un libro de Alien Dulles y Hamilton Fish Armstrong, de *Foreign Affairs* (Can America Stay Neutral?).

[1082] Ickes, p. 569. [1083] Tomado de una tesis doctoral inédita, *The Spanish Civil War*, de H. J. Parry, de la universidad de California, cit. por Taylor, p. 195. Hubo otras tres encuestas para conocer la opinión de los ingleses, realizadas por el British Public Opinion Institute durante la guerra civil. En enero de 1937, el 14% opinaba que la junta de Burgos había de ser considerada el auténtico gobierno de España, frente a un 86% que opinaba lo contrario. En marzo de 1938, el 57% manifestó su simpatía por el gobierno, el 7% por Franco, y el 36.96 por ninguno de los dos. En octubre de 1938, las respuestas fueron muy parecidas a las del mes de marzo anterior. [1084] Esto se lo dijo Martínez Barrio a Azaña, en Azaña, vol. III, p. 541. [1085] García Lacalle, p. 494-495. [1086] GD, p. 844. [1087] Hills, p. 324, habla del enojo entre Kindelán y el agregado militar alemán, barón von Funck, a propósito de esto. [1088] No tardaron en ser enviados a Toulouse. [1089] Las cifras se comentan en Pike, pp. 213-214. Basándose en la embajada mexicana en París, La Cierva da la cifra de 527.000 exiliados de España entre febrero y finales de abril de 1939. Azaña (vol. m, p. 534) habla de 220.000. Álvarez del Vayo (en Azaña, vol. m, p. 553) dijo que habían atravesado la frontera 400.000. Sir John Simpson, *Refugees* (Chatham House, 1939), habla de 270.000 soldados, 170.000 paisanos y 13.000 enfermos: 453.000 en total. [1090] Howard Kershner, *Quaker service in modern war* (Nueva York, 1950), p. 24. [1091] *La dépêche* (Toulouse), 3 de marzo de 1939, cit. por D. W. Pike, *Vae Victis!* (París, 1969), p. 14. [1092] Regler, *Owl of Minerva*, p. 321. Véase Pike, *Vae Victis!*, pp. 216-217. [1093] Giuliano Pajetta había sido el comisario más joven de las Brigadas Internacionales. Era un joven comunista de Turín que, a los catorce años, había sido detenido, había huido a Francia, luego a Rusia, y había estado en España casi desde el principio de la guerra. Las emisiones radiofónicas italianas transmitidas de España a Italia duraron hasta el final de la guerra. Los combatientes que llevaban más tiempo en España, como Longo, Vidali y Togliatti, también se marcharon de Cataluña. (Spriano, p. 271.) [1094] El nuevo embajador republicano en París, Marcelino Pascua (trasladado desde Moscú), intentó llevar a Machado a París, pero no pudo hacerlo debido a la gravedad del estado de Machado (carta de Marcelino Pascua al autor). [1095] Regler, *Owl of Minerva*, loc. cit. Para los simpatizantes de la República, atender a los refugiados fue la última y la más dolorosa de las «causas» de la guerra española. Véase Nancy Cunard, *Manchester Guardian*, 17 de febrero de 1939, y el capítulo xv de Nancy Mitford, *The Pursuit of Love*. [1096] Toynbee, A., *Survey*, 1938, vol. I, pp. 397-399. [1097] El método de Astorga para mantener la disciplina había consistido en fusilar a cinco personas por cada prisionero que se fugaba. Véase la narración de Juan Pujol en *Historia y vida*, enero de 1975. [1098] Gorkin, *Caníbales políticos*, p. 237; y Pike, *Vae Victis!*, p. 53. [1099] Diario de sesiones, nº 69, febrero de 1939. Véase la descripción de la escena en Zugazagoitia, p. 508 y ss. [1100] USD, 1939, vol. II, pp. 739-740. [1101] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 294; Azaña, vol. III, p. 554. [1102] El relato de Azaña se encuentra en su carta a Ossorio del 28 de junio de 1939, en *Obras*, vol. III, p. 552 y ss. [1103] *Causa General*, p. 178. [1104] Regler, *Owl of Minerva*, p. 325. [1105] La tensión anterior entre Hernández Saravia y Rojo se pone de manifiesto en una nota de una entrevista que sostuvieron ambos publicada por R. Salas, vol. IV, p. 3345. Saravia llevaba

más de dos semanas completamente aislado de sus tropas, y la única información que tenía de dónde se encontraba el enemigo se la proporcionaba el jefe de los cazas, García Lacalle. Véase García Lacalle, p. 495. [1106] El valor real se aproximaba más al cambio no oficial de 100 pesetas la libra esterlina que al oficial de 42 pesetas. Los vales emitidos por los ayuntamientos, por los comités del Frente Popular y por la Generalitat en los primeros días de la guerra (conocidos con el nombre de «pijamas», porque sólo podían usarse en casa) ya no eran aceptados. [1107] Madariaga, p. 431. [1108] Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 275. [1109] GD, p. 835; Bruno Alonso, pp. 117-118. Los nacionalistas pidieron que negociara la rendición el capitán Alan Hillgarth, cónsul inglés en Mallorca (vicecónsul en 1932-1937 y futuro jefe del servicio de información secreta de la Marina). El Foreign Office accedió con la condición de que no se permitiera el estacionamiento de tropas alemanas ni italianas en la isla durante dos años. Esta condición se cumplió. [1110] Guy Hermet, *Los comunistas en España* (París, 1971), p. 30. [1111] Saborit, Julián Besteiro, p. 410. [1112] El papel decisivo corrió a cargo del jefe de la red de espionaje, «Antonio» (Antonio de Luna, un profesor universitario). El profesor Julio Palacios, un agente de «Antonio», recibió la orden de ponerse en contacto en enero con Casado a través de intermediarios. (Tomado de unas memorias inéditas de Palacios, cit. por Martínez Bande, *Los cien últimos días*, 1973, p. 119). El coronel Bonel, en Toledo, también tuvo un papel importante en las negociaciones entre Madrid y Burgos. [1113] Martínez Bande, op. cit., p. 120. [1114] Comentario de Zugazagoitia en op. cit., p. 546. [1115] Ibárruri, p. 429. Persiste el rumor de que el gobierno inglés pagó a Casado para que intentara poner fin a la guerra. Esta historia tan improbable parece desmentida por el recibimiento de que fue objeto cuando llegó a Inglaterra a principios de abril. Broué y Témime (p. 261) sugieren que fue Cowan quien inició el complot. Yo creo que esto es un resto del clásico respeto francés por «l'intelligence», no siempre merecido. [1116] El siguiente relato del final de la guerra de España y del golpe de estado del coronel Casado se ha basado principalmente en las narraciones del propio coronel Casado (aunque confusa y contradictoria, su segunda edición es diferente de la primera), de Castro Delgado, «la Pasionaria», Bruno Alonso, Álvarez del Vayo, García Pradas (*Cómo terminó la guerra de España*), Wenceslao Carrillo (*El último episodio de la guerra civil española*, Toulouse, 1945) y Jesús Hernández. También he tenido en cuenta el discurso de Negrín en el comité de las Cortes, pronunciado en París el 31 de marzo; Bouthelier (*Ocho días*) y Edmundo Domínguez (*Los vencedores de Negrín*). La obra de Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*, es una narración sobria y cuidada, como es habitual en este autor, y da información sobre los contactos de Casado con Burgos. Véase también Mera, p. 193 y ss. [1117] Prieto recuerda esto en *Convulsiones*, vol. II, p. 83. [1118] Martínez Bande, *Los cien últimos días*, p. 82. [1119] Tagüeña, p. 304. Díaz estaba en Moscú desde noviembre (Spriano, vol. III, p. 272). [1120] Pérez Salas, p. 232. [1121] Ibárruri, pp. 436-437. [1122] Peirats, vol. III, p. 353. Era argentino. [1123] Las instrucciones fechadas el 10 de febrero estaban firmadas por Mariano Vázquez, de la CNT, y Pedro Herrera, de la FAI (*Ibid.*, p. 365). Véase Juan López, *Una misión sin importancia: Memorias de un sindicalista* (Madrid, 1972). [1124] Álvarez

del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 278 y ss. [1125] Casado dice que esto fue el 25 de febrero, y Mera lo confirma (página 194). [1126] Tagüeña, p. 306. [1127] Ibárrari, p. 440. Entre los otros comunistas se contaban Checa, Delicado e Isidro Diéguez. [1128] Ibárruri, p. 427. [1129] R. Salas, vol. IV, pp. 3.392-3.398, da el informe de Camacho. Yo acepto las fechas que da Martínez Bande, quien sitúa esta reunión el día 16, y no el 27 de febrero. [1130] Casado, p. 121; véase Benavides, *La Escuadra*, p. 451. [1131] Casado (p. 135) y García Pradas (p. 34) lanzaron sendos ataques contra la forma de vida de Negrín en esta última fase de la República española. ¿Es realmente cierto que se rodeaba de chicas de conjunto? ¿Había de verdad cajas de champagne? ¿O es producto de la imaginación de unos puritanos? [1132] Kersher, p. 47. [1133] Martínez Bande, p. 121. [1134] Estos hechos fueron relatados al autor por Azcárate. Están descritos en la p. 221 de sus memorias inéditas. Véase también Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 285. [1135] Feiling, p. 394. [1136] Martínez Bande (op. cit., pp. 124-126) cita el informe de Centaño. Casado, en su libro, dice que la única vez que vio a Centaño fue en marzo, y que su visita fue una sorpresa. Al parecer, esto no es cierto. [1137] Martínez Bande, op. cit., p. 126. [1138] Azcárate, loc. cit. [1139] Martínez Bande, op. cit., p. 128. [1140] Cit. por Watkins, p. 118. [1141] La oposición, desde que, en octubre de 1936, se había convencido de que la no intervención era una «farsa», había apoyado activamente a la República española, y había sostenido buenas relaciones con Azcárate, de la embajada española. [1142] Más tarde entregó la embajada española en Londres al Foreign Office, que, a su vez, la entregó al duque de Alba. En otras capitales del mundo estaban teniendo lugar escenas similares. [1143] García Pradas, p. 82. [1144] Martínez Bande, op. cit., p. 128. [1145] Hidalgo de Cisneros, pp. 463-464. Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 291. [1146] Jackson, p. 474, se refiere a este momento de «pasividad». [1147] Bruno Alonso, *La flota republicana y la guerra civil de España* (México, 1944), pp. 136-137. Galán sustituyó a Bernal el día 4 por la noche. [1148] *Ibid.*, pp. 141-143. [1149] Bruno Alonso, p. 146. [1150] Murieron unos 1.200. [1151] Sobre los acontecimientos de este día en Cartagena, véase Manuel Martínez Pastor, *Cinco de marzo 1939* (Madrid, 1971). También está la novela-documento de Luis Romero *Desastre en Cartagena* (Barcelona, 1971). Galán escribió su versión en España republicana (Buenos Aires, marzo-abril 1968). [1152] Ibárrari, p. 450. [1153] Antonio Pérez, ferroviario, era un socialista seguidor de Prieto. Había sido miembro del comité ejecutivo del Partido Socialista. Los restos de este organismo se habían reunido para discutir su próxima actuación, y (según su vicepresidente, Edmundo Domínguez) se habían visto obligados a apoyar a la junta tras una votación amañada. Ni Domínguez ni el secretario de la UGT, Rodríguez Vega, quisieron aceptar un puesto en la junta, de manera que tuvo que aceptarlo Pérez, contra su voluntad. [1154] Saborit, Julián Besteiro, p. 411. El escritor Julián Marías se presentó para hacer de secretario de Besteiro. [1155] Casado, p. 150. Mera había querido arrestar a Negrín y llevarlo a Burgos. [1156] Eco de la pregunta formulada por Casares Quiroga, hacía ya tanto tiempo, al general Gómez Morato: «¿Qué ocurre en Melilla?» [1157] Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, p. 224. Hay otras versiones de esta conversación. Véase García Pradas, p. 75. [1158] Hernández, p. 197. La suerte que

corrió Iaborov (o Berov), sus orígenes y sus referencias son desconocidos. Líster lo mencionaba de pasada. Indudablemente, él y su estado mayor se marcharon aquel mismo día, con sus archivos. [1159] Castro Delgado, p. 731; Tagüeña, p. 312. [1160] Ibárruri, pp. 453-454; Tagüeña, p. 318. [1161] Tagüeña, p. 316. [1162] Parece ser que el manifiesto está reproducido en R. Salas, vol. IV, p. 3.414. Que el autor fue Togliatti lo atestigua Ettore Vanni, lo, *Communist in Russia* (Bolonia, 1948), pp. 6-18, cit. por Spriano, vol. III, p. 272. Entonces Vanni era el director del diario comunista español de Valencia, *Verdad*. Posteriormente rompió con el comunismo. Véase Bocca, p. 313. [1163] Líster, pp. 256-257. Véase también Castro Delgado, p. 733. [1164] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist*, p. 316; Líster, p. 257. [1165] Martínez Bande, *Los cien últimos días*, pp. 180-181; Tagüeña describe su asombro al darse cuenta de que él y sus amigos habían huido a Francia mientras continuaba la lucha. [1166] Se trataba de los coroneles López Otero, José Pérez Gazzolo y Alfredo Buznego, y del comisario Peinado Leal (loc. cit., p. 220). [1167] W. Carrillo en *El Mundo* (México, 1 de septiembre de 1944, cit. por Bullejos, p. 226). [1168] Véase para todo esto la carta de Togliatti a los líderes del partido comunista y publicada en *Historia Internacional*, Madrid, febrero, 1976. [1169] Martínez Bande, p. 212. [1170] Ibárruri, p. 455. Puede que lo sugiriera Miaja. [1171] R. Salas, vol. II, p. 2.318. Ramos Oliveira, vol. III, p. 392, dice que 1.000. [1172] Martínez Bande, *Los cien últimos días*, p. 221. Estos telegramas fueron del coronel Ungría, en Burgos, al coronel Bonel, en Torre de Esteban Hambrán (Toledo), que se puso en contacto con Centaño y otros agentes de Madrid. [1173] Sobre esta primera entrevista, en el aeródromo de Gamonal, cerca de Burgos, véase Martínez Bande, *Los cien últimos días*, p. 229. En una conversación sostenida el 23 de marzo, el coronel Ungría dijo que los oficiales profesionales del ejército republicano habían prolongado la guerra; el coronel Garijo replicó fogosamente que la República había perdido la guerra sólo porque no se había permitido a aquellos oficiales actuar como ellos querían. Además, si los profesionales hubieran luchado por una causa en la que hubiesen creído verdaderamente, probablemente no habrían perdido. [1174] Sobre la segunda conferencia en Gamonal, véase Martínez Bande, *Los cien últimos días*, p. 246 y ss. [1175] Domínguez, op. cit. [1176] Spriano, vol. III, p. 272. [1177] Aznar, p. 845. [1178] Hermet, p. 168. [1179] Uno de los que observó la entrada de los ejércitos de Franco en Madrid fue el hijo mayor del embajador norteamericano en Londres, Kennedy. El joven Joseph Patrick Kennedy había llegado a Barcelona en enero, después de escribir una tesis doctoral en Harvard sobre «La intervención en España». Cuando cayó Barcelona, Kennedy se fue a Valencia, y de ahí pasó a Madrid, técnicamente como agregado de prensa de la embajada de los Estados Unidos en París. En Madrid, Kennedy fue detenido por una patrulla anarquista y entró en contacto con la quinta columna. Permaneció en la capital hasta principios de abril. Probablemente, su misión era oficial y secreta. Véase Hank Searls, *The Lost Prince: Young Joe; the forgotten Kennedy*. [1180] Documentos del Foreign Office británico, P.R.O. El capitán pensó que Casado y sus acompañantes eran «personas adecuadas para embarcar en uno de los barcos de Su Majestad». No pensó lo mismo de los 300 «comunistas armados» que aparecieron de repente en el muelle. En conjunto, la armada británica embarcó a unas

650 personas. Pero quedaron en el muelle un número de personas diez veces mayor, como mínimo. Martínez Bande (*Los cien últimos días*, p. 287) sugiere que, en Alicante, había entre 10.000 y 20.000. (Agradezco a Michael Alpert su ayuda para llegar a esta interpretación.) [1181] Villegas, p. 384. Otra reacción fue el comentario que hizo Mussolini a Ciano, señalando en un atlas abierto el mapa de España: «Ha estado abierto por esta página casi tres años, y ya es suficiente. Pero ya sé que tengo que abrirlo por otra página». Ciano, *Diaries* 1939-1943, p. 57. Italia atacó a Albania la semana siguiente (el 6 de abril). [1182] Pero el biógrafo de Pétain, Maitre Isorni (*Philippe Pétain*, París, 1972, p. 397 y ss.), dice que Franco había «admirado a Pétain en 1925». [1183] *Ibid.*, p. 419. El colega inglés de Pétain era sir Maurice Peterson. Véase su libro *Both sides of the Curtain* (Londres, 1950), pp. 153-235. También él lo pasó mal. [1184] NIS, 30ª reunión. En esta reunión, Francis Hemming decidió devolver a los gobiernos participantes la parte proporcional que les correspondía de los fondos sobrantes en la cuenta del comité; hizo que le encargaran escribir un estudio sobre la labor del comité, aunque este libro nunca llegó a editarse; se acordó que «no se darían facilidades a personas ajenas» para que examinaran los documentos del comité —otra medida que no se llevó a la práctica; y se aprobó la idea de una «asociación de antiguos camaradas» constituida por los que habían participado en la patrulla de la no intervención —que tampoco se llevó a la práctica. [1185] Diario de sesiones, 31 de marzo de 1939. [1186] Los republicanos españoles fueron acusados por sus enemigos de haberse llevado al extranjero enormes cantidades de dinero. Sin embargo, la mayor parte de este dinero se había utilizado para la compra de armas. [1187] Bruno Alonso, p. 156. [1188] Por lo menos 70.000 en Barcarés, 40.000 en Argeles, y 30.000 en Saint Cyprien. Véase Pike, p. 55. En Gurs había 7.000 antiguos miembros de las brigadas. [1189] Véase una descripción en Tagüeña, p. 300 y ss. [1190] Véase Eugene Kutischer, *The Displacement of Population in Europe*, Serie D de Estudios e Informes, nº 8 (Montreal, 1944, ILO), p. 44. [1191] Este tema está bien tratado en Cabanellas, vol. II, p. 1.119 y ss. [1192] Guy Hermet, *Les espagnols en Trance* (París, 1967), p. 28. [1193] Pike, p. 68. [1194] *Ibid.*, p. 72. [1195] Abella, p. 416. [1196] Véase la brillante novela de Georges Conchon, *La corrida de la victoire* (París, 1959). [1197] Sobre Miguel Hernández, véase una vivida entrevista con su viuda, publicada en *Triunfo* (Madrid), en enero de 1975. [1198] Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 293-294. [1199] Declaración al autor de Martínez Amutio, gobernador civil de Albacete hasta marzo de 1939. [1200] Sergio Vilar (p. 227), citando a un comunista, Miguel Núñez, que pasó allí doce años. [1201] Catalunya sota..., p. 242. [1202] Astillara, La guerra de *Euzkadi*. Mera da los nombres de 500 fusilados en la cárcel de Madrid cuando él se encontraba allí en 1941-1944 (p. 288). [1203] Charles Foltz, *The Masquerade in Spain* (Boston, 1948), p. 97. [1204] Sobre la represión, véase Juan M. Molina, *Noche sobre España* (México, 1958); Miguel García, *Franco's Prisoner* (Londres, 1972); Ronald Fraser, *In Hiding*. El encargado de negocios paraguayo, Arturo Bray, escribió un relato espeluznante, *La España del brazo en alto* (Buenos Aires, 1943), y también está el libro de Melquíades Rodríguez Chaos, que lleva el expresivo título de *24 años en la cárcel* (París, 1968). [1205] Véase Catalunya sota..., p. 242. [1206] La primera

edición de este libro (1961) fue de las primeras en sugerir que la cifra, hasta entonces aceptada, de un millón de muertos era una exageración. Es interesante señalar que los distintos intentos de dar una cifra basándose en el análisis demográfico han dado cifras tan diferentes como 800.000 (Jésus Villar Salinas, *Repercusiones demográficas de la última guerra española*, Madrid, 1942) y 560.000 (Fierre Vilar, *Historia de España*, p. 150).

[1207] Después de un análisis más cuidadoso de las cifras de cada batalla, he dado unas cifras más reducidas que las de mi última edición. Los argumentos de Jackson en este caso parecen convincentes (p. 526 y ss.), y coinciden con La Cierva, vol. II, p. 221 y ss. R. Casas de la Vega, *Las milicias nacionales en la guerra de España* (Madrid, 1974), calcula 17.015 muertos en acción o a consecuencia de sus heridas de un total de 160.000 o 170.000 voluntarios falangistas en la guerra. [1208] La Cierva reduce esta cifra a 50.000 y 25.000 (*Historia ilustrada*, vol. II, p. 221). Me gustaría pensar que tiene razón, pero me temo que peca de optimista. Me temo, también, que Jackson minusvalora los asesinatos de la República y exagera los de los rebeldes. [1209] Aquí incluyo como muertos de guerra a aquellos que murieron en la cárcel a consecuencia de la guerra, como Julián Besteiro o Miguel Hernández. Mientras que Jackson tiene esta cifra de 50.000 indicada anteriormente, da la cifra de 200.000 para los muertos por represalias después de la guerra. La Cierva, op. cit. (vol. II, p. 223), dice que hay que considerar que 50.000 es el máximo. Cabanellas (Vol. II, p. 1.112) aventura la cifra de 300.000. [1210] Boletín Oficial del Estado, 4 de agosto de 1940, cit. por Sardá, «El Banco de España», habla de 22.740.000 pesetas en el bando republicano, y 10.000.000 en el nacionalista (pesetas de 1935). La elevada cifra de los republicanos puede atribuirse en parte al alto coste del personal en el ejército republicano. [1211] *Informe de la Dirección General de Regiones Devastadas*, 1943. Esto era un 8% del total de casas del país. [1212] Tamames, *Estructura*, p. 559. [1213] Tamames, *La República*, p. 357, da estas cifras: Ganado vacuno Ovejas Cerdos 1933 597.000 2.926.000 382.000 1941 291.000 1.977.000 191.000 Porcentaje de reducción 34,3% 32,7% 50,6% [1214] Ocho millones de hectáreas de trigo en comparación con los 11.000.000 de 1935. Desde luego, en algunas zonas especialmente dañadas, como la zona donde se libró la batalla del Ebro, las pérdidas fueron mayores: Mezquida (vol. X, p. 162), por ejemplo, da cifras que muestran que, en Gandesa, así como había 5.400.000 vides en 1935, en 1939 se habían perdido más de 2.000.000. Pasaron muchos años antes de que la antigua producción de la vendimia se recuperara. [1215] Cifras en Tamames, *La República*, p.37 [1216] Dicen que el 60% de los que eran miembros de la Falange antes de la guerra murieron en el conflicto (cálculo de Payne, *La Falange*, p. 212). [1217] Lorenzo, p. 236. [1218] Observación de Abad de Santillán, *Por qué perdimos*, p. 15. [1219] Cifras de Cervera (Cervera, p. 422). El almirante Bastarache dio unas cifras ligeramente diferentes en su contribución a los seminarios de la universidad de Zaragoza (Guerra de liberación, Zaragoza, 1961, p. 422). [1220] R. Salas, vol. IV, p. 3.422. En el Apéndice VI hay un análisis detallado de la ayuda extranjera. [1221] FD, vol. VII, p. 377. [1222] Hay muchos ejemplos de esto en la excelente tesis de Alpert. [1223] Cit. por Carr, Spain, p. 689. La lealtad de Matallana podía resultar sospechosa, pero su táctica era sensata. [1224] Incluso

Azaña comentó más tarde (carta a Ossorio, 28 de junio de 1939) que le sorprendió que Franco no se lanzara a la conquista de Barcelona en marzo de 1938 (vol. III, p. 537). [1225] Sobre este tema, véase Tamames, *La República*, p. 341; Carlos Delclaux, *La financiación de la cruzada* (Universidad de Deusto, tesis inédita, 1950). [1226] Véase un estudio completo en el Apéndice VI. [1227] «La Pasionaria» (en *They shall not pass*, p. 348) dice que «sin los tanques y los aviones soviéticos, la defensa de Madrid habría sido imposible». [1228] Véase una opinión contraria en el ensayo de R. Salas, Palacio Atard, *Aproximación histórica a la guerra civil española* (Madrid, 1970). [1229] La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 326; Feis, loc. cit. Parece ser que las cifras exactas son 3.471.383 y 1.504.239, respectivamente. [1230] Del 17 de julio al 8 de agosto de 1936; del 20 de octubre de 1937, aproximadamente, a enero de 1938; del 16 de marzo al 13 de junio de 1938; y en enero y febrero de 1939. Además hubo aviones que atravesaron la frontera entre agosto y octubre de 1936, con toda seguridad. [1231] Edén, p. 403. [1232] Véase Liddell Hart, *The other side of the Hill*. El valor de la experiencia de combate adquirida en España por los pilotos alemanes requiere alguna puntualización: las pruebas a que se vio sometida la Legión Cóndor durante la segunda guerra mundial fueron mucho más duras que las de España, y posiblemente las lecciones de España no fueron totalmente aplicables a los cielos de Inglaterra. [1233] Prieto, *Yo y Moscú*, p. 140. [1234] B. Liddell Hart, *The Soviet Army* (Londres, 1956), pp. 316-317 [1235] A pesar de todo, hubo muchos errores en los cálculos del gobierno inglés acerca de los posibles efectos de un ataque aéreo contra Londres, deducidos de la experiencia de los bombardeos sobre Barcelona en marzo de 1938. Los funcionarios calcularon que una tonelada de bombas podía causar 72 bajas. Más adelante, sin embargo, se supo que, en todos los bombardeos de Barcelona, habían muerto un promedio de 3,5 personas por bomba. Esta nueva proporción de bajas no sustituyó, en los planes del ministerio del Interior británico, a las cifras primitivas, y más drásticas. (R. Titmuss, *Problems of Social Policy*, Londres, 1950, *Official History of the War*, pp. 13-14.) Estoy muy agradecido al difunto Christopher Bennet, que me hizo caer en la cuenta de esto. [1236] *Historia y Vida*, enero de 1975. [1237] Por ejemplo, Yagüe, Muñoz Grandes, Varela, Alonso Vega, García Valiño, Martín Alonso, Dávila, Orgaz, Vigón y Barroso. [1238] Entre los menos afortunados se contaron Kindelán, Aranda, Saliquet y Queipo de Llano. [1239] La extraña cuestión de los títulos de Franco está tratada en el Apéndice I de Vila San Juan, p. 472 y ss. [1240] *Documents on Germán Foreign Policy*, vol. xi, p. 213. Fue una gran hazaña conseguir que Hitler se sintiera como un judío. Las condiciones que puso España a Alemania para entrar en la guerra en 1940 fueron: que Alemania entregara a España entre 400.000 y 700.000 toneladas de grano; que le entregara todo el combustible y el equipo que necesitaba el ejército español, y la artillería, los aviones, las armas especiales y las tropas necesarias para conquistar Gibraltar. Además Alemania tenía que acceder a entregar a España todo el Marruecos francés, así como Orán, y ayudarla a conseguir la revisión de la frontera sur de Río de Oro. [1241] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter* (Londres, 1952), p. 193. [1242] *UN Security Council Report on Spain*, 2, 76. [1243] Los capitales alemanes en España, que ascendían a 55 millones de dólares, fueron liquidados

finalmente en mayo de 1948 por un acuerdo con Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. [1244] Líster, p. 241. [1245] Pike comenta las cifras en *Vae Victis!*, p. 114. Puede que la cifra de republicanos muertos sea inferior. Desde luego, hubo más de 10.000 en Mathausen, de los que volvieron 2.000. [1246] Se mantiene una controversia sobre si Azaña murió o no en el seno de la Iglesia; los testimonios parecen inclinarse por la negativa, aunque es cierto que le visitó monseñor Theas, el obispo de Montauban, en sus últimas horas. La viuda de Azaña dio dos relatos contradictorios a los dos biógrafos de su marido (el profesor Sedwick, de Florida, y Cipriano Rivas Cherif). (Véase Sedwick, p. 236). [1247] Matallana, que entregó el mando de los ejércitos republicanos del centro, fue juzgado, encerrado en la cárcel, y murió en Madrid en 1952, cuando sólo tenía 58 años. [1248] Esta persecución, que suponía la exclusión de cualquier forma de cargo público, afectó no sólo a los miembros de la Lliga que habían huido al extranjero, sino a muchos que habían trabajado activamente para los nacionalistas en la guerra, como Bertrán i Musitu, uno de los fundadores de la Lliga, que había organizado el servicio de espionaje de Franco en Francia, y el naviero millonario conde de Ruiseñada. [1249] Me entrevisté con él en Buenos Aires en 1972. Era un exiliado de dos países, lleno de recuerdos nostálgicos de la Prusia oriental de su juventud, símbolo de la aventura alemana en pos del poder mundial que había acabado tan trágicamente. [1250] «Muy graves consecuencias, especialmente al comienzo de la guerra, se derivaron de la liquidación por parte de Stalin de muchos jefes militares y dirigentes políticos durante los años 1937-1941 [...] durante este tiempo, el cuadro de dirigentes que habían adquirido experiencia militar en España y en el lejano oriente quedó casi completamente aniquilado.» (Bertram Wolfe, *Khrushchev and Stalin's Ghost*, Nueva York, 1957, p. 174.) Aquí, por lo menos, Khrushchev exageraba. [1251] Sobre Etingon, véase Isaac Don Levine, *Mind of an Assassin* (Londres, 1960); declaraciones de Orlov ante el Senado; P. Deriabin y F. Gibney, *The Secret World* (Londres, 1960), p. 187. [1252] Prestó gran ayuda al FBI en varios casos de «espionaje», sobre todo en los de los hermanos Soble y Zbrowsky. [1253] La cuestión de si éste fue otro asesinato de Stalin o si se trataba de un suicidio nunca ha sido dilucidada. [1254] *Laszlo Rajk and his Accomplices before the People's Court*, p. 6. El recuerdo de los voluntarios checos en España es el telón de fondo de los juicios de Arthur London: «Nous voila, six vétérans de la Guerre d'Espagne réunis. Mais ou est notre enthousiasme d'autrefois?» (L'aveu, p. 16). Haber sido miembro de las Brigadas Internacionales era tan malo como haber intervenido en Rusia contra los bolcheviques en 1919. [1255] Véanse más noticias sobre los voluntarios franceses en Delperrie de Bayac, p. 390. Había algunos en el otro bando. Por ejemplo, el cagoulard Henri Dupré trabajó para los nazis y fue fusilado en 1951. [1256] *Volunteer for Liberty*. Introducción a la edición abreviada de archivos (Nueva York, 1946), p. 3. [1257] Véase Taylor, pp. 113-115. [1258] Es muy conocido el papel de Jack Jones y Bert Ramuelson, ambos antiguos voluntarios de las Brigadas, en la política sindicalista británica de los años 70. Ramuelson, emigrante polaco en Canadá, luchó con el batallón Mackenzie-Papineau. Jones cayó herido en el Ebro. [1259] Testimonio del comandante sir A. James, primer secretario honorario de la embajada británica en Madrid. (Confirmado por la familia Ryan.)

Véase también *The Irish Times*, 9 de abril de 1975. [1260] Sin embargo, el punto de recuperación para la industria, o sea, el momento en que los españoles empezaron a estar mejor que antes de la guerra, se sitúa en 1952-1953. [1261] Manuel Azaña, en Barcelona, el 18 de julio de 1938. Miguel Maura, el más independiente de los políticos, describió (op. cit., p. 225) una trágica visita que hizo a Azaña en el exilio, en un pueblecito de Saboya: «¡Todo se había hundido para él en esos dolorosísimos años de la guerra civil! Su claro talento había calibrado la pequeñez de las ambiciones y de los sueños de poder y de popularidad, que quizás algún día habían constituido la meta de sus aspiraciones y su ideal. Desengañado, triste, pero, repito, con el juicio más claro y lúcido que nunca, me trazó un cuadro de lo que fueron para él moralmente los tres años terribles. En aquel grave momento tuve ante mí a un hombre superior a todo encomio humano, con humanidad casi sobrenatural por su desinterés y su renuncia a toda vanidad y a toda ambición». Azaña acababa de cumplir sesenta años, pero murió al año siguiente. [1262] Sobre la base de toneladas métricas, equivalentes a 32.150 onzas de oro de ley. Cifras dadas sobre la base de 4,8666 respecto al dólar, y del tipo de cambio de la peseta en la primera mitad de 1936. [1263] *Pravda*, 5 de abril de 1957. En 1939, corría la historia de que la República debía a Rusia 120 millones de dólares (véase L. Fischer, p. 346). Recuérdese que Hidalgo de Cisneros obtuvo armas por valor de 85 millones de dólares a finales de 1938 después de que Stalin le dijera que el crédito de la República se había agotado. Al parecer, la factura de 35 millones de dólares no tardó en pagarse, con lo que quedaron 50 millones. [1264] Esta cifra se ha obtenido considerando las reservas totales de oro de 788 millones de dólares, una vez restados los 48 millones que se quedaron en Francia, y añadiendo los 50 millones que Rusia decía que se le debían y el valor de las exportaciones, teniendo también en cuenta los objetos de valor que fueron exportados. No está totalmente clara la forma en que se pagó materialmente el dinero, pero Delclaux (*La financiación de la Cruzada*, p. 75) da esta lista de destinatarios del dinero del Banco de España hasta el 1 de enero de 1938: a Rusia, 663 millones de pesetas; a Mont de Marsan, 350 millones; a Fernando Shaw, Alfredo Palacios y Antonio Cruz Marín, que estaban en Londres, 11, 16 y 34 millones respectivamente; a Gordón Ordás, el embajador en México, 64 millones; a De los Ríos, el embajador en Washington, 175 millones; a Araquistain y a Albornoz, ambos embajadores en París, 194 y 210 millones respectivamente; a Méndez Aspe, titular del ministerio de Hacienda, 400 millones; y a anónimos (!), 100 millones. [1265] Cifras en GD, p. 892. Véase también GD, vol. xi, pp. 329-330. Véase también Whealey en Carr, *The Republic*, p. 219, y Ángel Viñas, «Los costos de la guerra civil», en *Actualidad económica*, agosto 1972. [1266] Southworth, *AntiFalange*, p. 178. [1267] Se lo dijo a Hitler en una conversación (GD, p. 933). [1268] Acuerdo del 8 de mayo de 1940. [1269] Delclaux, p. 65. [1270] Esto es lo que hace Jesús Salas en su *Intervención extranjera*, p. 510. [1271] Estoy particularmente agradecido a Peter Robeson, de Baring Brothers, que me prestó su amable ayuda a propósito de estas sumas y su interpretación. [1272] Manfred Merkes, *Die Deutsche Politik gegenüber dem Spanischen Bürgerkrieg*, 2ª edición (Bonn, 1974), habla de un total de 15.990 hombres enviados a España, incluido personal no militar, pero

excluye a los que fueron a mediados de 1937, cuyos datos no obtuvo. [1273] Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, p. 126. [1274] En realidad 593, según las cifras de Jesús Salas en su *Intervención extranjera*, p. 430. Estas cifras son más de fiar que los cálculos anteriores del mismo autor y de su hermano (p. ej., en *Palacio Atard*, p. 201) u otros cálculos como los de Gomá o La Cierva. Los pesados Junker 52 (bombarderos) y los pequeños Heinkel 51 (cazas) fueron la base de los primeros días; los rápidos Messerschmitt 109 (cazas) se utilizaron en 1937. El Heinkel 111 de autonomía media era el bombardero más moderno de Alemania. Otros aviones comprados a Alemania fueron: 31 Dornier 17 (un bombardero que, en su época, era más rápido que la mayoría de los cazas del mundo), 33 HE 45, y 20 HE 46. J. Salas (*La guerra*, p. 209) dice que en 1937 llegaron a España cinco modelos del famoso Stuka (Junker 87), pero que no fueron muy utilizados. Uno entró en acción en Teruel, en febrero de 1938, y otro, al parecer, fue derribado en enero de 1939 (García Lacalle, p. 485). [1275] En la primavera de 1937 había unos 35.000 italianos en la CTV, quizás 10.000 en la Legión, los «flechas» y las fuerzas aéreas legionarias. Véase Payne, *The Military*, p. 327; y *Alcofar (CTV)*, p. 189. Entonces se dieron cifras más elevadas, debido a la confusión creada por las unidades de españoles que mandaban oficiales y suboficiales italianos. [1276] *Alcofar, CTV*, p. 189. 3.785 están enterrados en el monasterio de San Antonio, Zaragoza; 372 en el cementerio de puerto del Escudo; y hubo algunas otras muertes aisladas. Véase Belforte, p. 228, y Conforti, p. 416. Pero también hubo algunos pilotos y otros italianos muertos que no formaban parte de la CTV. [1277] Cálculo de Denis Macksmith, *Mussolini as a military leader* (Reading, 1974), p. 9. [1278] Cifra de R. Salas (op. cit., p. 3.420) y de J. Salas, *Intervención extranjera*, p. 435, que yo prefiero a la de la agencia informativa Stefani dada en 1941, cit. por *New York Times* del 28 de febrero de 1941 (763 aviones). Se han dado cifras más altas respecto al número de Fiat CR.32. [1279] Cifras de Stefani; *Alcofar* (1972) las critica (p. 190). [1280] Cantalupo y Belforte (p. 164) hablaban de 800 piezas. Véase Whealey, op. cit., p. 221; *Forze armate*, junio 1939; y comentario de R. Salas, *Intervención extranjera*, p. 490. [1281] Agencia informativa Stefani en 1941. Véanse cifras ligeramente inferiores en J. Salas, *Intervención extranjera*, p. 490. [1282] *Alcofar, CTV*, p. 191. [1283] Belforte, p. 183. [1284] Véase Martínez Bande, *La lucha*, p. 110, nota 122; La Cierva, *Leyenda y tragedia de las Brigadas Internacionales* (Madrid, 1973), p. 101; y Kay, p. 92. Al parecer, la Brigada «Viriato» de voluntarios portugueses ofrecida por el general Raúl Esteves, uno de los fundadores de la revolución de Salazar, nunca llegó a formarse como una unidad independiente, no obstante, a los portugueses que fueron a España se les llamaba «viriatos». En una edición anterior, yo hablaba de 20.000 voluntarios de Portugal: probablemente esto era una exageración. Sobre las experiencias de un «piloto» portugués en el bando de Franco, véase José Sepúlveda Velloso, *Páginas do diario de un aviador na guerra de Espanba* (Lisboa, 1972). El general Spínola, que se hizo famoso en 1974 en Portugal, hizo sólo de observador en una misión y nunca combatió. [1285] Parece ser que sólo fueron cuatro norteamericanos (el «genio de la electricidad» Stanley Baker; el piloto Patriarca, derribado por los republicanos en 1936; el hijo de Arthur Krock, del *New York Times*; y el capitán Guy Stuart

Castle) y tal vez doce ingleses (los capitanes Fitzpatrick y Nangle, que sirvieron en la legión; Peter Kemp; un tal Patrick Campbell; Rupert Bellville, que luchó con los falangistas en Jerez en 1936; dos desertores de los Royal Marines, «Stewart» y «Little»; otros dos desertores del buque inglés Barham, Wilson, que emigró a Canadá, y Yarlett, que murió a consecuencia de sus heridas; y algunos otros ingleses que lucharon en Andalucía, en la legión). Al parecer, la mitad de éstos eran, por lo menos parcialmente, irlandeses. [1286] El cónsul general británico en Tánger calculó que, en junio de 1938, se habían ido a la guerra 70.000 marroquíes. (Véase el artículo de Halstead sobre Beigbéder en *The Historian*, noviembre 1974; y La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 472.) [1287] Éstas son las cifras que da Jesús Salas en la p. 429 de su *Intervención extranjera*, y las que aparecen en las pp. 3.418-3.419 del vol. IV del libro de su hermano. El jefe de los Katiuska, coronel Leocadio Mendiola, que ahora está en México, dice que sólo había 62 aparatos de este tipo, y el jefe de los Natasha, comandante José Romero, dice que sólo había 93 de aquellos aviones. García Lacalle, en una carta que me escribió, dice que la cifra global se aproximaba a los 500, de los cuales 300 eran cazas y 220 bombarderos. Sin embargo, yo acepto las cifras de Salas, sobre la base de su documentación. [1288] Pueden encontrarse muchas otras cifras incluso en R. Salas, *Palacio Atard*, p. 200. La República construyó o reunió «Moscas» y «Chatos» en Barcelona; los nacionalistas encontraron 200 de estos aviones en Barcelona, y 100 en Alicante. Véase también Sanchís, p. 35; Gomá, p. 58; La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II, p. 313. William Green y John Fricker, *The Air Forces of the World* (Nueva York, 1958), p. 249, creían que Rusia había enviado 550 I 15, 475 I 16, 210 2B-2, 130 R-5 de reconocimiento, y 40 R2. [1289] Carta del coronel García Lacalle, julio de 1964. Uno por lo menos de estos Grummans fue muy útil como pionero de la fotografía militar aérea. [1290] Véase D. C. Watt, «Soviet Aid to Spain», en *The Slavonic and European Review*, junio de 1960. [1291] *The International Brigades*, p. 123; véase también Alpert, p. 3 [1292] He tomado estos cálculos de J. Salas, *Intervención extranjera* (pagina 476), y de *Solidaridad de los pueblos con la República española*, Moscú, 1972, aunque creo que las cifras de artillería son altas. [1293] Wintringham, p. 37; Rolfe, p. 8. Vittorio Vidali («Carlos Contreras») ha dado la cifra de 35.000 (II Contemporáneo, vol. IV, julio-agosto 1961, p. 284). Los archivos del ejército soviético, cit. por Payne, *Spanish Revolution*, dan la cifra de 31.237. El análisis que hace Andreu Castells en su útil estudio, *Las Brigadas*, es impresionante; nos deja la cifra de 59.380, pero la evidencia es débil: ¿de dónde saca el autor la cifra de 15.400 franceses? ¿Por qué se fía más de un libro ruso que de uno italiano al tocar el tema de la participación italiana? El folleto del ministerio español de Asuntos Exteriores, *Las Brigadas Internacionales* (editado en 1952), aunque presenta mucho material interesante, exagera al calcular la cifra en 125.000; una cifra (¿una conjetura, tal vez?) que, al parecer, apareció por primera vez en Lizón Caldea, *Brigadas Internacionales en España* (Madrid, 1940), p. 11. R. Salas, vol. II, p. 2.144, también arguye, de una forma poco plausible, que la cifra fue de 120.000. La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 404, habla de 80.000. «La Pasionaria» y sus colegas (La guerra, vol. II, p. 234) dicen que entre 30.000 y 35.000, y Delperrie de Bayac (p. 386) también habla de 35.000. Quizá Salas y La

Cierva se equivocaron al contar a los voluntarios españoles de las brigadas como si fueran extranjeros. [1294] *L'Épopée de L'Espagne* (París, 1957), p. 80. Este folleto dice que los miembros franceses de las brigadas fueron 8.500. Pero uno de sus autores me dijo que no confiaba en las fuentes de su propia información y que la cifra debía de ser más alta. [1295] Alfred Kantorowicz, *Spanisches Tagebuch* (Berlín, 1948), p. 15. [1296] Ésta es la cifra que Maciej Techniczek dio a Castells, con la que yo estoy de acuerdo. [1297] Togliatti, en su historia del *Partido Comunista italiano*, dice que la cifra era de 3.354, de los cuales 3.108 eran combatientes. 1.819 eran comunistas, 310 socialistas, republicanos o miembros de «Justizia e Liberta», y 1.096 no pertenecían a ningún partido, pero «en su mayoría habían sido reclutados en nuestras organizaciones». Togliatti añade que murieron unos 600 italianos (356 comunistas), cayeron heridos 2.000, y 100 fueron hechos prisioneros, y probablemente fusilados (Togliatti, *Le Parti Communiste Italien*, París, 1961, p. 102). La discrepancia entre la cifra de Togliatti y la de los archivos militares rusos, mencionada anteriormente, indica que la última no es muy digna de confianza. Quizá los rusos no contaron a los que no eran comunistas. El origen social de estos hombres era el siguiente: 1.471 obreros industriales, particularmente de la industria metalúrgica, sólo 254 campesinos, 69 miembros de profesiones liberales, incluyendo a 19 abogados. Pero no se conoce el origen social de 1.412 combatientes. De todos modos, las categorías sociológicas de esta clase siempre son equívocas. De los combatientes italianos en España, 102 tenían más de sesenta años, y la mayoría estaban entre los treinta y los cuarenta y cinco. Si tomamos sólo a los comunistas, la mayoría de los «garibaldinos» eran venecianos: 309 de Venecia Euganea y 225 de Venecia Giulia. 145 eran toscanos. Véase Spriano, vol. III, pp. 227-229. [1298] Rolfe, p. 7. [1299] Rust, p. 210. Neal Wood, *Communism and British Intellectuals* (Londres, 1959), p. 56, sin embargo, dice que hubo 2.762 voluntarios ingleses, 1.762 heridos y 543 muertos. Puede que tenga razón, pero nadie más da cifras tan exactas. [1300] Tito, en sus comentarios a *Life* (28 de abril de 1952). Dedijer, p. 108, dice que hubo 1.500 voluntarios yugoslavos, 300 heridos, «casi la mitad de muertos», y 350 internados en Francia después del hundimiento de Cataluña. [1301] Clarté (Estocolmo), nº 2 de 1956, p. 2. [1302] Wullschlegel, pp. 39-42. [1303] Longo, p. 34. Un estudio reciente de I. Persiguer, «Participación de polacos antifascistas en la guerra de España», aparecido en I. Maisky, *Problemas de la Historia de España* (Moscú, 1971), habla de 30.000 eslavos en España. Creo que esto es una exageración. [1304] Lois Elwyn Smith, p. 200. [1305] Véase *Istoriya velikoy otechestvennoy voyny Sovyetskogo Soyuza 1941-1945*, vol. I, pp. 112-113; aquí dice que, probablemente en 1937, había en España 557 «voluntarios» rusos, de los cuales 23 eran «asesores» militares, 49 instructores, 29 artilleros, 141 pilotos, 107 tanquistas, 29 miembros de la Marina, 73 intérpretes, y 109 «técnicos», expertos en señales y médicos. El número de «especialistas» rusos de la NKVD sigue siendo un misterio. Pero Largo Caballero dijo a Azaña en 1937 que entonces había 781 rusos en España (Azaña, vol III, p. 477). Véase también lo que dijo Hidalgo de Cisneros a Bolloten, en Bolloten, p. 125. Líster habla de 2.500 (op. cit., p. 265). R. Salas, vol. II, pp. 2.151-2.153, habla de más de 20.000. Véase Alpert, pp. 287-289. Jesús Salas (Intervención extranjera), p. 453, dice 12.000 como

conjetura, sin evidencia documental. La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. II , p. 314, habla de 5.000. «La Pasionaria» y sus colegas (Guerra y Revolución en España 1936-1939, vol. II, p. 235) hablan de 2.000, y nunca más de 600-800 al mismo tiempo. [1306] Jesús Salas, *La guerra*, p. 286. [1307] El yate pertenecía al millonario vasco Ramón de la Sota. Construido en Tryon en 1904, sus 1.266 toneladas lo convertían en uno de los yates privados más grandes que existían. [1308] J. de Eguía, jefe de la armada vasca.

